

LIBRO  
DE LOS  
ORADORES

DC255

.A28

C5

C.1

009933



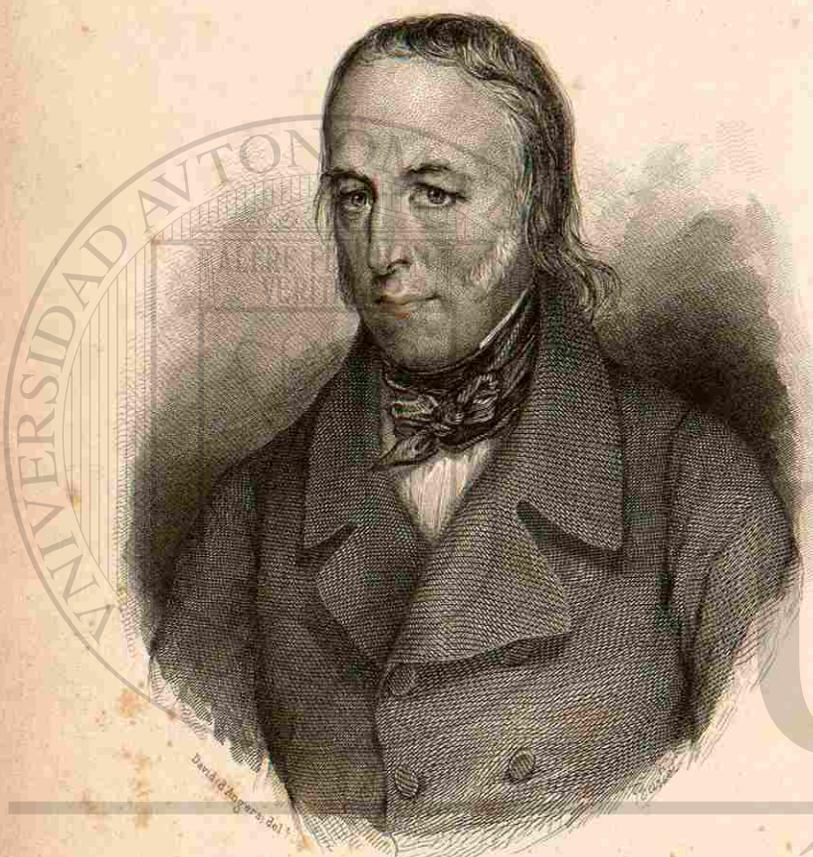
1080021786

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



SISTEMA DE BIBLIOTECAS



LIBRO  
ORADORES

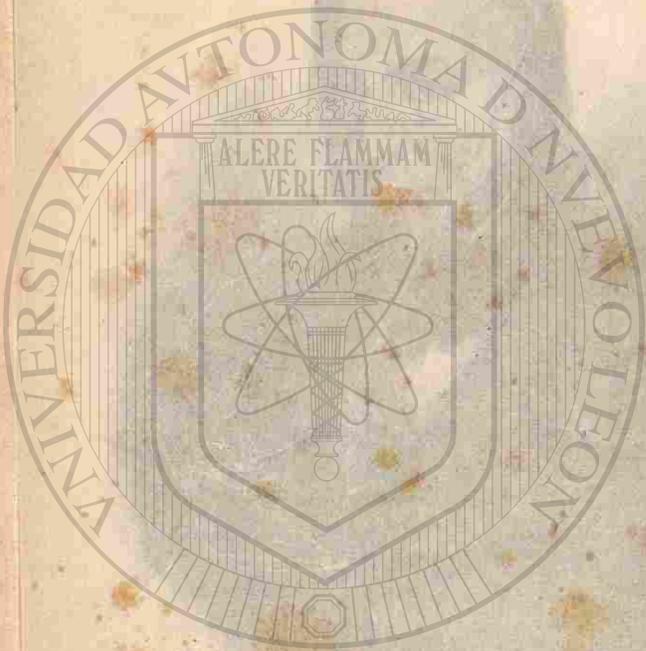
JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CORMENIN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

46367

REVISTA  
na  
taria



LIBRO

DE LOS

# ORADORES

POR

TIMON

**NUEVA TRADUCCION**

HECHA SOBRE LA DÉCIMASEPTIMA EDICION FRANCESA

CON UN APÉNDICE

POR

**DON J. BERMUDEZ DE CASTRO**

CON VEINTE RETRATOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Capilla y Alfonso  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS

LIBRERIA DE ROSA, BOURET Y CA

1853

46367

DC 265  
A 28  
C 5



FONDO E  
VALVERDE Y TELLEZ

## ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

No hay persona que ignore, á menos de desconocer los mas vulgares elementos de la política y literatura contemporáneas, que la denominacion de Timon es un pseudónimo detras del cual se oculta la personalidad del vizconde de Cormenin, escritor de primer orden, folletista formidable, político consumado y sin rival en materia de derecho administrativo.

Las obras del señor de Cormenin son populares en Francia y juzgadas como modelos de estilo, independientemente de sus otras calidades. Odiado por el antiguo régimen y por los aristócratas parásitas, amado por el pueblo, admirado por los literatos, el vizconde de Cormenin combatió con el éxito mas feliz las miras de la monarquía de Julio, en materia de dinero, convencido que, en un siglo de corrupcion, las cuestiones pecuniarias poseen una importancia decisiva. El solo supo dar vida á las cifras y elocuencia al cálculo; él solo, por su palabra nerviosa, por su lógica irresistible, pudo forzar á los cortesanos á simular el pudor, y á la Cámara de diputados á responder con denegaciones á las reiteradas instancias pecuniarias de la corte. Amargo como Juvenal, terrible como Arquiloco, y, al mismo tiempo, dotado de una gracia epigramática exclusivamente francesa, Timon acibilla con sus flechas á sus adversarios ó los disuelve con su ironía.

La presente obra es la que tal vez reúne las mas brillantes calidades del autor, y por consiguiente es la mas difícil de traducir. Si su mérito se ciñese á la variedad y profundidad de la ciencia, á lo sólido de las ideas emitidas, todo esto podria ser un motivo de admiracion, mas no podria arredrarnos, pues, en el paso de una lengua á otra, solo la forma ó el estilo puede naufragar, y de ninguna manera el fondo. Pero afortunadamente para el público, y desgraciadamente para los traductores, la obra de Timon es por su indole, aun mas artística que científica. En efecto, por su estilo ligero, incisivo, brillante, epigramático el *Libro de los Ora-*

009983

dores, es, en cierto modo, intraducible en castellano, á pesar, ó, por mejor decir, á causa de la pompa y gala de nuestro idioma, cuya índole se acomoda mas á lo que lleva el sello de la magestad y nobleza, que á lo gentil y gracioso. En ninguna otra obra se miró con mas complacencia el autor, y nunca llegó á pintar su frase con mas primor y delicadeza.

Así no osábamos trasladar en nuestro idioma tan bella prosa, temiendo desfigurarla como si se tratase de transportar de una casa á otra un juego de café de la mas bella porcelana de China ó del Japon, sobre un azafate de cristal, objeto tan fragil como bello. No osábamos, pero una circunstancia nos decidió á pesar nuestro, y fue una traduccion monstruosa publicada en Madrid en el año 1844. Si, con el mayor esmero y actividad se hubiese buscado un hombre incapaz, *bajo todos titulos*, para traducir la obra del señor de Cormenin, no hubiera podido encontrarse mas al intento que el traductor de Madrid, cuyo nombre juzgamos prudente omitir. Seria tan prolijo como ageno de nuestro intento enumerar los defectos mas ó menos groseros de esta traduccion que parece haber sido empresa tramada y ejecutada con el mayor acierto por un enemigo personal del vizconde de Cormenin.

Lo primero que salta á la vista al hojear el tomo, es que este carece de prólogo, epilogo ó parte agregada cualquiera por el traductor español, y ni aun siquiera esas notas necesarias que imperiosamente exigía una obra llena de epigramas delicadas y no siempre transparentes para los Españoles, y esas alusiones finas y continuas á los usos y costumbres francesas, que no puede acertar siempre á comprender una nacion extranjera. Esto solo prueba que el traductor trasladó la obra de un modo mecánico sin comprender al autor frances; y tiende á suponer que debió este desfigurar no solo la forma sino el fondo de la obra, ó en otros terminos, las ideas y el estilo.

Lo segundo que choca al leer algunos renglones de la traduccion española, es el giro torpe, desmañado, lerdo, el lenguaje pesado é indigesto, en una palabra la mala prosa castellana que reemplaza las páginas donosas del autor frances, páginas llenas de primorosos relieves que recuerdan los labores de platería ejecutados por el cincel de Benvenuto Cellini.

Pero aun estas dos tachas son las menores, y la lectura asidua de la traduccion española revela al traductor bajo nuevos aspectos desfavorables, y acusan cada vez mas su impotencia. Así su igno-

rancia de la lengua francesa hace que continuamente preste al autor las ideas mas grotescas; al paso que su total desconocimiento de la ciencia política, y aun de las nociones mas vulgares de historia antigua, le induce á trastornar completamente las ideas emitidas, y á atribuir al autor frances pensamientos agenos y aun opuestos á sus opiniones é ideas; en terminos que, con sobrado motivo pudiera el vizconde de Cormenin formar causa al editor ó traductor, pues, si no hay ley que impida desfigurar el estilo de un autor brillante, tampoco permite la justicia y la legalidad el atribuir á un hombre cualquiera, autor ó no, ideas y conceptos que nunca emitió ni emitir pudiera. Pero, como dice el refran italiano, *traduttore, traditore* (1).

(1) Al apoyo de lo avanzado, citaremos algunos pocos ejemplos de las continuas sandeces del traductor español, sin mas apuro que el de escoger entre la abundancia.

Hablando del abate Sieyes, manifiesta Timon la sorpresa de que este publicista tuviese la pretension de condenar al régimen constitucional á un hombre á quien no bastaban la Francia y la Europa para moverse, y cuya vida fue una continua tempestad. Todos adivinan que este hombre es Napoleon. Ahora bien, en la traduccion española, el abate Sieyes es el hombre cuya vida fue una continua tempestad, á quien no bastaban la Francia y la Europa para moverse, y el que se condena á sí mismo al régimen constitucional. Tal es la ignorancia del traductor en una materia tan conocida, cuyo sentido hubiera guiado aun á las personas desprovistas del conocimiento de la lengua francesa.

Aludiendo á la respuesta de Jerges á Leónidas que le intimaba que entregase sus armas, dice el autor frances: *Ces mots: « Viens les prendre » de Leonidas á Xerxes*, etc. ¿Cómo se figura el lector que está traducido el famoso *Viens les prendre*? ¿Cómo? VENGO A DERROTARLOS. — Parece increíble que un hombre que se pone á traducir una obra de esta naturaleza, desconozca los elementos de historia que sabe todo chiquillo que sale de la escuela, é ignore cosas acerca de las cuales ningún autor ni traductor sensato osa poner al margen nota alguna explicativa, temiendo insultar á los lectores pretendiendo enseñarles lo que á todo bicho viviente consta.

Aludiendo á la mania de muchos republicanos que se obstinan en ver demócratas sinceros en Bruto y Casio, poseores de esclavos que azotaban sin piedad, dice el autor frances: *et qui ne se seraient pas dérangés pour donner des poignées de main aux portefaix de Rome.* — Oigamos ahora al traductor español: que no se quitarían los guantes para dar de puñetazos á los mozos de cordel de Roma.

Hablando del orador Manguin y el general Lamarque, dice Timon: *Oh! qu'il faisait beau les voir, comme feu M. de Malbrouck, s'en*

Tales son las razones que me movieron á publicar la presente edicion, empresa que hubiéramos juzgado superior á nuestras fuerzas y que ni aun hubiéramos pensado intentar, sin el precedente citado, deseosos de refutar la calumniosa y abominable traduccion publicada en Madrid.

Independientemente del esmero con que ha sido verificada esta traduccion, los editores no han escaseado gasto ni diligencia alguna para darle realce por el lujo tipográfico, belleza del papel y ejecucion perfecta de los numerosos retratos que acompañan al texto. Pero lo que en nuestro concepto forma la superioridad de nuestra obra, es la parte final relativa á los oradores de la Revolucion de Febrero, debida á la pluma pintoresca y elocuente de mi amigo Don Jacobo Bermudez de Castro, así como las numerosas notas políticas é históricas, todas llenas de interés y atractivo, con que quiso enriquecer nuestro texto, sobre todo nuestras últimas páginas, este dócto y admirable escritor de cuya amistad me engrió.

Paris 15 de diciembre 1852.

AMBROSIO CHINCHILLA.

*aller tous deux en guerre*; lo cual se halla traducido en estos términos: Era hermoso verles, como *el fuego* de Malbrouck, prepararse ambos para la guerra.

Tratando de Odilon Barrot, dice Timon: *Ainsi, tandis qu'une partie des siens, faute de les avoir retenus, échappait à Odilon Barrot, il se formait et il se rassemblait sous ses ailes dégarnies une petite phalange, etc.* Veamos ahora la traduccion española: Así mientras que una parte de los suyos, por no haberlos retenido, se desertan de Odilon Barrot. Él forma y arregla, etc.

Seria nunca acabar el querer indicar sumariamente los infinitos y groseros desbarros de que se halla cuajada la traduccion española, verificada por un hombre que, desprovisto completamente de toda facultad de estilo, desconoce la erudicion mas vulgar, mas trivial, lo que saben los niños, lo que enseña la lectura de los periódicos; hombre desprovisto de toda literatura y ciencia, como es fácil encontrar á docenas, ó, por mejor decir, como es difícil encontrar.

## PRÓLOGO.

(CARTA AL PÚBLICO.)

Naturalmente desea saber el público la historia de los libros que con benevolencia lee, y la acogida cada vez mas brillante que la presente produccion ha logrado de parte de mis conciudadanos, me obliga á participarles las mañas á que sucesivamente he recurrido para complacerles.

Muy lejos estaba yo, como fácilmente pueden figurarse mis lectores, de pensar en hacer los retratos de los Oradores de la Cámara, cuando con muy ageno intento vino á verme el amable é ingenioso Sarrans, deseoso de dar pábulo á la *Nouvelle Minerve* que á la sazón redactaba, proponiéndome la redaccion del folletin de Paris ú otra empresa análoga. Entonces fué cuando le hice cargo que seria mas oportuno bosquejar algunas figuras de nuestros oradores que tanto y tan minuciosamente habia observado, teniéndolos todos archivados en mi memoria con los mas vivos colores y rebosando de vida. Y como titubease en pintarlos cara á cara, y fuese de temer que no pudiesen campear la justicia é imparcialidad con la evidencia de mi nombre y persona, aconsejéme Sarrans que buscasse un pseudónimo, y él mismo de su plena ciencia y autoridad me impuso el apodo de TIMON, de Timon que condescendió el público indulgente

á presentar, hace doce años, á la pila bautismal, y á ser su glorioso padrino.

Ceñíme por el pronto á retratar los oradores vivos, como Thiers y Guizot, ministros en aquel entonces, á los cuales sucedieron otros varios en retratos ó silueta, siendo mis rasgos mas vivos contra los vencedores, mas suaves para con los vencidos; y la razon es clara.

Despues de los ejemplos, dí una reseña de nuestra elocuencia deliberativa en los géneros diferentes, segun los críticos de la antigüedad, y en las ediciones subsecuentes, establecí la didáctica antes de los retratos, conforme al orden natural y lógico.

Como la continua afluencia de los aficionados volvia cada vez mas reducida mi galería, aumenté el número de mis cuadros, y pinté la fisonomía oratoria de la Constituyente en la persona de Mirabeau, la fisonomía oratoria del imperio en la persona de Napoleon, la fisonomía oratoria de la Restauracion en las personas de Villèle, Serre, Manuel, Foy, B. Constant, R. Collard, Martignac.

Mi libro puede dar en el dia una idea casi tan completa como es posible de lo que ha sido y es en nuestro país la elocuencia de tribuna tanto teórica como práctica.

He manejado mis pinceles en circunstancias y posiciones en que ninguno de los hombres de la generacion actual podria seguir mis huellas; pues si no participaron á los negocios, y vivieron fuera de la escena parlamentaria; ó en otros términos si tan solo han sido y son literatos, solo podrán hacer cuadros de recuerdos vagos é imaginacion, al paso que si hubiesen ocupado posiciones elevadas y desempeñado cargos honoríficos, sus pasiones, preocupaciones y vanidad, no podrian permitirles un punto de vista claro y despejado ni formar imágenes reales y sinceras. Tampoco pretendo

que no quepa en las presentes un poco de antojo y humorada, pero añadido que en este caso la culpa es mia, pues me hallaba en mejores condiciones que otro cualquiera para evitar este exceso.

Añádase que no es posible formarse una idea adecuada del órador, tal como es en sí, á menos de haber formado parte de la misma compañía en que desplégase su vuelo, y haber desempeñado un papel cualquiera juntamente con él en la misma escena parlamentaria; á menos de haberlo observado repetidas veces tanto cuando arrastra la vestidura color de púrpura, como en paños menores dentro de los bastidores y por decirlo así de trapillo; á menos de haberlo contemplado, no desde lo alto de las tribunas públicas, sino en medio de los bancos y agitaciones interiores del Foro; de otro modo cambia el punto de vista óptico y difiere completamente el choque eléctrico. Pues bien, yo puedo sin vanidad, y del modo mas legítimo, preciarne de haber asistido, y en el mejor puesto, á los mas vistosos torneos oratorios, sin haber faltado á uno solo; y con la única intencion de mirar, observar, recoger datos é impresiones para formar mi galería, y no como la generalidad de los espectadores para aplaudir ó silbar á los combatientes.

Determinado así á encerrarme en los límites de la mas exacta imparcialidad, no solo tenia la seguridad de realizar mayor semejanza de los originales, sino que al mismo tiempo recopilaba materiales para la historia que se efectua en la Cámara y por la Cámara, desde que salen los ministros de la mayoría, y que así gobierna esta siempre de un modo tácito ó explícito, voluntariamente ó á pesar suyo; de lo cual concluí que dar á comprender los oradores y sus palabras, es dar á conocer el gobierno y sus actos.

Pero tampoco debe olvidar el lector que hay dos hom-

bres muy distintos en cada orador: el hombre de fondo, y el hombre de forma, el hombre del principio y el hombre del discurso. Los oradores de la Constituyente, Convencion, del Imperio, y aun de la Restauracion, los he debido pintar con la calma severidad del historiador, no habiéndome encontrado bajo la influencia de las circunstancias y pasiones que les comunicaban movimiento y vida. Mas tal no era el caso, ni tal podia ser con respecto á los oradores vivos, que cuotidianamente veia, oia, apreciaba, estimando el talento de tribuna segun mi gusto literario, y la parte política, no segun la opinion de cada orador, sino conforme al principio que profeso, y el único que reconozco sano, legítimo y posible, el de la soberanía del pueblo, pues no hay dos principios en un gobierno libre. Animado de este principio he indultado ó condenado, como espero que hará un dia la historia, todas las celebridades políticas de mi época.

Enarbolando el pendon de mi principio con mano firme y elevada, tributaba respeto á la verdad, al mismo tiempo que se difundia en mi libro el soplo de una poderosa unidad. De este modo, y sin asomo de perplejidad, he juzgado á Foy, Manuel, C. Périer, B. Constant, R. Collard, Thiers, Guizot y demás.

Justo y recto me parece que la posteridad, en caso que se digna ocuparse de nosotros, lo que dudoso reputo, nos escuche y juzgue segun las razones que alegamos.

No obstante, por mas tenaz y apegado que sea á mis opiniones, nunca me he propasado hasta zaherir personalmente, y en la vida privada jamás he aventurado mirada indiscreta. Ello es tambien cierto, es preciso reconocerlo, que tal proceder es en mí poco meritorio, no habiendo en mi vida odiado á persona alguna, ni podido comprender que emane necesariamente la ojeriza de la diversidad de las opi-

niones políticas ó religiosas. Del mismo modo, al criticar los defectos de nuestros oradores, nunca he dejado de encomiar debidamente sus bellas calidades, procurando de este modo mantenerme en el terreno de la verdad, y no degenerar como las columnas de nuestros periódicos en sarcásticas invectivas ó apologías hinchadas y estrafalarias.

Por otra parte equitativa y concienzuda debe haber sido mi distribucion de alabanza y vituperio, pues de ninguna de las personas citadas he recibido quejas, y, lo que es mas significativo, mis adversarios políticos son cabalmente los que con mayor favor han acogido mi publicacion, y los que con mayor prodigalidad la han elogiado.

Es verdad que, bajo otro punto de vista, la desgracia que me ha cabido, como vil é indigno folletista que soy, de atacar con éxito feliz la codicia de la corte, me ha acarreado rencores supremos y bajos que no han perdonado ni mis actos, ni mis intenciones, ni mis principios, ni mi persona, ni mis obras, habiendo sido convencido de lesa-majestad y excomulgado en las reuniones electorales, prensa oficial y academia, exigiéndolo así la seguridad general.

Por no haber querido prescindir de mi individualidad é inmolar mi indómita independenciam á partido alguno, ni aun siquiera al mio, me he visto solo conmigo mismo, aislado, sin mas defensa que mis servicios, mis principios y mi silencio.

Pero no, no me he visto aislado, pues nunca cesasteis de serme indulgentes, favorables y fieles en todos mis contratiempos, ó vosotros lectores de todas clases y opiniones, vosotros que con avidez leisteis, comprasteis, agolasteis y dejasteis exhaustas las repetidas ediciones de mi obra.

Tú, querido público, de todos los jueces el mas independiente, como que nadie puede forzarte á estimar ú odiar un

hombre, ni á comprar ó leer por complacencia un libro cualquiera; tú, cuya reiterada aprobacion me ha valido el ser traducido en italiano, en ingles, en aleman y en español, y vivir de este modo en los idiomas cultos de la Europa juntamente con mis oradores; tú, que si no eres enteramente la posteridad la comienzas, por la diversidad, imparcialidad, abundancia y constancia de tus votos; tú, esclarecido entre todos los críticos sino en cada uno de sus miembros en particular, seguramente en el conjunto de estos, porque á la de todos supera la perspicacia de tu vista, la elevacion de tu mirada y lo dilatado del horizonte que divisa; tú, que benigno excusasteis la flaqueza que tuve en mi libro de hablar de mí mismo en demasía y con excesiva ventaja, convencido que, menos que la sed de ensalzarme, me hostigaba el anhelo de justificar mis juicios y principios; tú, que nunca me censurasteis, como los críticos, de modificar las líneas de mis figurantes, ni porque se deslizase mi pincel cuando veia cambiar su fisonomía, ni por borrar algunos toques mas chocantes que chistosos y poco conformes á la noble severidad de la pintura histórica; tú, que me vengastes de la mezquina ojeriza de la Corte por tu diligente celo en devorar diez y siete ediciones; tú, que con una generosidad, de que ambos te damos las gracias, labrastes la fortuna de mi editor y la de mi nombre.

TIMON.

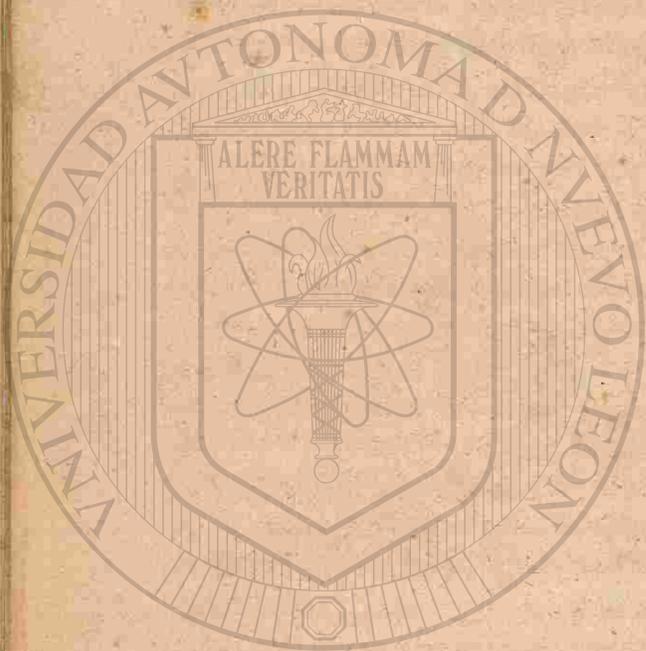
NOTA DEL EDITOR.

Hemos creido conveniente sustituir al antiguo prólogo esta *Carta familiar* que dirige Timon al público y que recibe este por nuestra mano. En ella cuenta Timon la historia de su libro, materia que siempre gusta á los lectores.

Repetidas instancias, procedentes de varios puntos, nos obligaban á dar á luz una nueva edicion del *Libro de los Oradores*, edicion tan completa como las *ilustradas*, si bien *popular* y barata. Ha sido necesario batallar, ni mas ni menos, con el autor que tiene modos de proceder al revés de los demás, y al que es preciso agujonear continuamente para conseguir que produzca nuevos tirados. En fin, afortunadamente cumplido está nuestro deseo.

Seguramente no será el público el que vituperará á Timon de haber suavizado algunos toques violentos de su pincel convulsivo durante el periodo calenturiento de nuestras borrascas políticas; como tampoco el haber cercenado algunas de esas mordaces reseñas que mal se armonizaban con la serena magestad de la historia, reseñas que, por otra parte conservamos, y con mayor acierto y oportunidad, en las notas y variantes del *Apéndice* que termina el *Libro de los Oradores*, sin menoscabo de su verdad, finura y brillo.

Tampoco podemos pasar en silencio el arranque de nuestro autor que parece reducir á zero su parte en el producto de los *Oradores*. No es de nuestra competencia si Timon consiente en renunciar á todo provecho personal procedente de sus obras, ó si consagra su beneficio á obras de caridad. Pero tambien es cierto que catorce ediciones, en ningun tiempo ó lugar, constituyen únicamente la nombradía de un escritor, y el público paga con gusto el placer de las obras que aprecia, juzgando que es justo que ambos reciban su parte, el editor y el autor, y reservando á este último exclusivamente la gloria.



## DIVISION DE LA MATERIA.

La Elocuencia es el arte de conmover y convencer.  
Esta definición se aplica á todos los géneros de Elocuencia.

Ante todo he procurado investigar las causas que en cada país constituyen la elocuencia parlamentaria, según el carácter de la nación, la índole de la lengua, los menesteres sociales y políticos de la época y el aspecto del auditorio.

Más adelante he debido tratar de los modos de improvisación, lectura y recitación que emplean los oradores;

Las profesiones que predisponen á la Elocuencia parlamentaria;

Las clasificaciones diversas de los oradores según la aptitud especial de su inteligencia, su temperamento, gusto y precedentes;

El poder de la improvisación;

Los auxiliares del orador como el taquígrafo y la reseña de la sesión;

La táctica general, ó lo concerniente á los usos y polémica de la oposición, mayoría y ministros;

La táctica particular de los ministros de cada departamento;

La dicción y el porte;

Los preceptos generales del arte.

Igualmente he querido comparar con la Elocuencia parlamentaria que forma el fondo de este libro, los otros diferentes géneros de Elocuencia, tales como : la Elocuencia de la prensa; la Elocuencia del púlpito ó sagrada, la Elocuencia forense, la Elocuencia deliberativa de los consejos de Estado, la Elocuencia oficial, la Elocuencia en las calles y plazas, la Elocuencia militar.

Las diferentes formas que afecta la Elocuencia son como otros tantos rayos que convergen en un foco, en el cual se proyecta é ilumina la Elocuencia parlamentaria; esta he seguido bajo la Constituyente en la persona de Mirabeau; bajo la Convencion en la de Danton; bajo el Directorio, el Consulado y el Imperio, en que fue reemplazada por la Elocuencia militar, en la persona de Napoleon; bajo la Restauracion, época en que recobró su esplendor con los Manuel, B. Constant, Villèle, Royer-Collard, Serre, Foy y Martignac; y bajo la Revolucion de Julio, cuando emite no menos fulgor con la poderosa y animada palabra de los Berryer, Thiers, Guizot, Dupin, Odilon Barrot, Lamartine.

Preceptos y ejemplos, tal es lo que me ha parecido conveniente reunir para dar á comprender la Elocuencia, en cualquier tiempo ó lugar, cualesquiera sean las personas á que se aplique.

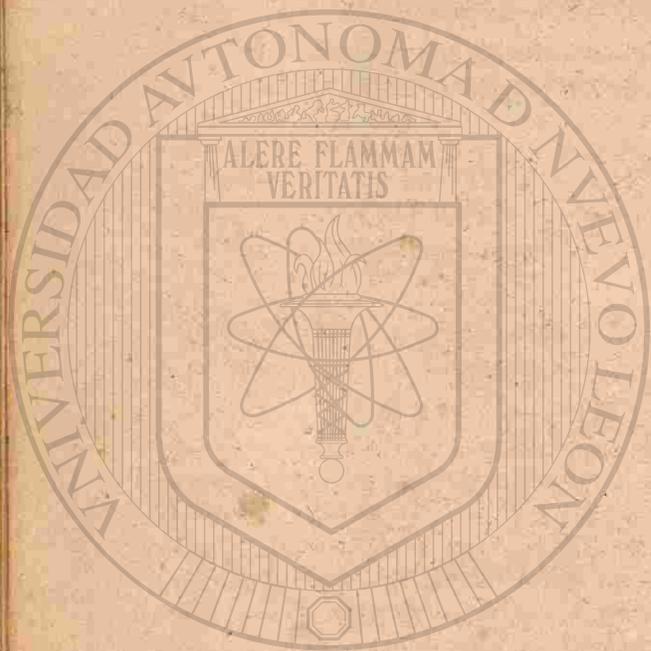
Tal es el orden lógico que he adoptado en la composicion del LIBRO DE LOS ORADORES.

PRIMERA PARTE.

PRECEPTOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LIBRO PRIMERO.

DE LA ELOCUENCIA DE LA TRIBUNA.

### CAPITULO PRIMERO.

DE LAS CAUSAS QUE CONSTITUYEN EN CADA PAÍS, EL GÉNERO PARTICULAR DE LA ELOCUENCIA PARLAMENTARIA.

Cuatro cosas hay que considerar en la Elocuencia parlamentaria: el carácter de la nación, la índole de la lengua, los menesteres políticos y sociales de la época, y la fisonomía del auditorio.

I. Si el carácter de la nación es taciturno y frío como el de los Anglo-Americanos, difícil será conmoverlos. Provistos de infatigable paciencia, ni les cansa el excesivo hablar ni el excesivo escuchar; y si es preciso permanecerán continuas horas sentados al rededor de una mesa para oír un orador, ni más ni menos que si se tratase de fumar ó beber.

Si, por el contrario el carácter de la nación es irritable y movidizo como el de los Franceses, bastará tocarlos para que se crean heridos, ó darles la menor palmada en la espalda para que se vuelvan al momento. Los largos discursos fastidian y son insoportables á la viveza francesa, y cuando el francés se fastidia desocupa el puesto y se va; si así no puede efectuarlo, habla con el vecino; y si no puede hablar, bosteza y duerme.

II. En segundo lugar conviene no perder de vista la índole de la lengua.

Si esta es acerba, silbante y algo desdeñosa como la inglesa, se prescindirá del estilo para atenerse al fondo de las cosas, sin que choquen las inversiones ni la cópula de las palabras. Si el genio peculiar de la lengua autoriza el suspender el sentido del

discurso y transportar al fin el verbo que rige toda la frase, quedará mas sostenida la atención del concurso. No habrá inconveniente en hacer uso de figuras comunes, máximas proverbiales, términos bajos y vulgares, con tal que sean expresivos; y lo que perderá el discurso en sobriedad y decoro, lo ganará en sinceridad y energía.

Si la lengua es pomposa y dulce como la española é italiana, será la mira principal la sonoridad de los periodos y la cadencia armoniosa de las terminaciones. En los pueblos cuya organización es musical se necesita halagar el oído no menos que iluminar el alma.

Pero si la lengua es noble, elegante, delicada, correcta, brumida, filosófica como la francesa, serán indispensables, para hablar en público repetidos ensayos y hábito continuo. Si el modo de perorar fuese lento ó flojo, la consecuencia natural será la monotonía, si la dición fuese precipitada en exceso, la pronunciación será forzosamente embrollada y confusa. Deben evitarse las palabras campanudas, los epítetos parásitos que se oponen á la efusión del pensamiento y estorban la marcha del discurso; no hay que olvidar que el espíritu de una asamblea francesa es tan pronto, que coge al vuelo el sentido de una frase cuando no está concluida, y que adivina la intención antes que esté concebida; tan delicado que le repugnan las repeticiones, por mas gala que ostenten los sinónimos; tan puro que lo lastima el menor neologismo, si no se encuadra de un modo brillante ó no resulta irresistiblemente de la situación de las cosas.

III. La época en que se habla es lo tercer que hay que considerar.

Al tratarse de la demolición de un orden de cosas caduco y que por do quier se desploma, cuando la opinión ruge y amenaza al rededor de la asamblea nacional, cuando periclitán la patria, la libertad, la constitución, entonces remonta su vuelo el discurso, se ensancha la expresión al paso que se anima y enfurece, y el desorden apasionado de los sentimientos é ideas, constituye la elocuencia mas persuasiva y poderosa. El auditorio al orador se une, con él se indigna ó se apiada, se subleva ó apacigua, para volver de nuevo á la indignación ó á la calma. La violencia de los términos, lo hinchado de las prosopopeyas, la ira y el arrebató de los movimientos oratorios, se disimulan y desaparecen en la grandeza fatal é imponente de la situación. Entonces los partidos prestos á

acometerse, obran mas que escuchan, pugnan mas que discuten. Entonces la saña dirige los golpes y no el arte, y cuando una cabeza depende del éxito de una arenga, no hay humor de pulimentar las frases, ni se estudia la manera de caer con gracia, como el gladiador en la arena, bajo la cuchilla enemiga.

Tal fue la elocuencia revolucionaria, que no debemos juzgar en el día por las reglas del gusto ni examinar con fria razon, sino atender á lo agitado de la época, á las trasformaciones extraordinarias de la opinión, á los mortales enconos de los partidos, á las reacciones del exterior, la exaltación de los ánimos, lo nuevo é imponente de los acontecimientos, los inminentes peligros de la patria.

Pero cuando tranquila es la época, cuando no se halla agolpado en las fronteras el enemigo, cuando reina en la ciudad la abundancia y la alegría, cuando no se deciman entre sí los partidos para arrancarse el mando y la victoria, cuando se solicita el ser diputado, no como puesto de peligro, sino como rica explotación de honra y lucro, cuando la lucha tan solo estriba en los principios y el derecho, entonces el recurso á estos medios violentos y figuras declamatorias seria cuando menos ridiculo, pues no seria necesario ni natural, y encontraria helados á los que eran de fuego, y haria reír á los que antes hacia llorar. En cada época cuadra su elocuencia propia.

IV. Otra condición y la cuarta que requiere el discurso es considerar ante quien se emite.

En efecto no hay que pensar en decir en una cámara lo que se diría al pueblo. Este apetece los ademanes expresivos que se aperciben de lejos y encima de las cabezas de la multitud, no menos que las voces acaloradas y vibrantes. Así con él hay que ser natural y no andar con muecas ni ardides. Si el orador popular siente humedecerse sus ojos, no debe contener las lágrimas que se asoman; si su pecho hierve de indignación, que corra esta suelta. El orador popular debe ser verdadero, bullicioso, patético, preguntar y responder, y volver á preguntar; no preocuparse del enlace de las palabras sino de las ideas, ó, por mejor decir, ni de uno ni de otro, pues la pasión posee una lógica mas condensada é irresistible que el razonamiento. Figuras sorprendentes, agitaciones rápidas, mezcladas de cierta pausa, tal es la elocuencia que conviene á la multitud de todas las naciones. En Francia, país fisgon, no está de mas agregar una dosis ligera de ironía fina ó amarga.

El pueblo no comprende una argumentacion descarnada ó metafísicamente sutil, y excusado es abrumar su inteligencia procurando descubrir los vínculos abstractos que ligan entre sí dos silogismos. Así debe evitar sobre todo el orador popular, que su pensamiento quede por decirlo así despellejado, en términos que puedan contarse los músculos, tendones y huesos; sino al contrario cubrirlo de carne, comunicarle movimiento, vida, color, travesura, y hacer que en él lata y se sienta la vida.

No hay nada que halague tanto la imaginacion del pueblo como las figuras, nada que tanto cuadre con su genio como los movimientos de la pasion. Conviene hablarle de patria, de justicia, de libertad, si se quiere ser comprendido, que se inunde su rostro, que el corazón sempatice con el orador. ¡La patria! es casi siempre, el único bien que posee. ¡La justicia! la desea para los demás pues la quiere para sí. ¡La libertad! es su necesidad, su derecho, su fuerza, el medio para entrar algún día en posesion del imperio de la tierra. Si, el pueblo vale mas que los que lo calumnian. Si se extravía y corre al abismo, se corre tras de él, se le pone un freno en la boca y sigue dócil á su conductor; si se le dice: no murmures, se calla; haces mal, responde, es cierto; no debes escuchar mas que la razon, y la escucha; no debes vengarte, y envaina la espada; debes combatir y morir por la patria, y combate y muere.

Mas no sucede lo mismo con una asamblea de hombres gastados no solo en lo tocante á las agitaciones del alma, sino igualmente en lo relativo á los goces del espíritu y de los sentidos, cuya mayor parte ha servido gobiernos diversos, prestado mas de un juramento y corrido muchas fortunas; entes en verdad desventurados que perdieron las ilusiones de la juventud, de la virtud y la libertad, entes de corazón marchito y de vida exhausta. Los que poseen muchas riquezas se ven atormentados, menos por el deseo de acrecentarlas, que por el de perderlas; los que tienen empleos quieren conservarlos; los que no los tienen corren en busca de ellos. En tal disposicion de espíritu los que dirigen la asamblea tienen tan solo tres resortes que tocar: el egoismo, la codicia y el miedo, y con estos tres resortes mueven á su antojo tantos miseros muñecos. En su comedia parlamentaria todos los papeles están ya convenidos y distribuidos de antemano, y el apuntador se halla en su debido lugar. Consta anticipadamente quien saldrá á la escena, lo que se dirá, lo que será omitido, eludido,

y aun decidido. Conviénese de parte y otra las palabras que hay que decir, anotados son los votos, y hecho el escrutinio por los impresarios, mucho antes que resuenen en la urna las bolas y caiga el telon.

Hay que decirlo sin rodeos: los ademanes y actitudes de los Sofistas, y la sonora y amplificada belleza de sus frases, no tienen mas resultado que el lisongear nuestra vanidad literaria, y halagar nuestra vista y oído. No admite duda que una bella arenga que en poco ó nada puede influir en opiniones ya formadas, podrá tal vez atraer las opiniones flotantes de un partido; pero es dudoso que el mismo efecto produzca una argumentacion sutil, una palabra chistosa, un número inesperado. Los dialécticos y los mañosos agrupadores de guarismos, no tienen mas efecto en nuestras asambleas que los oradores, de los cuales cada uno se desconfía y se precave como si fuesen hechiceros.

La elocuencia no ejerce toda su accion, su accion fuerte, simpática y persuasiva sino sobre el pueblo. Véase O'Connell, el mayor, el solo orador de los tiempos modernos. ¡Qué coloso! ¡como se eleva á toda su altura! ¡Como domina su voz de trueno las olas de la multitud! Yo no soy Irlandés, ni jamás he visto á O'Connell, ni conozco su lengua, y sin embargo, si lo oyese, me parece que lo comprenderia. ¿A qué debe atribuirse que, mas que todo lo que he oído en mi país, me conmuevan sus arengas mal traducidas en nuestro idioma, descoloridas, truncadas, despojadas del prestigio del estilo, de la voz y el gesto? A que en nada se asemejan á nuestra retórica atormentada por la perifrasis; á que al orador irlandés inspira la pasion, la verdadera pasion, la pasion que puede decirlo todo, y todo lo dice en efecto; á que me arranca de la orilla, rueda conmigo y me arrastra en su torrente; á que cuando se estremece yo me estremezco, cuando se acalora yo me siento arder, cuando llora se asoma el llanto á mis ojos, cuando exhala ayes su alma se enajena la mia; á que enfín me arrebató en su vuelo y me sostiene en los santos transportes de libertad. Bajo la impresion de su admirable elocuencia, abomino y detesto con implacable saña los tiranos de esa infeliz comarca; y, como si fuese conciudadano de O'Connell, llego á amar la verde Irlanda casi tanto como mi patria.

¿Pero, qué podria hacer ese mismo O'Connell en nuestras asambleas de empleados asalariados? En el momento de enternecerse, sentirian estos que les tiran del faldon del frac, y verian acudir sus

esposas afligidas con la cuenta de la modista, el casero con la del alquiler, el fondista con la de la comida, y los maestros con el trimestre de la pension de sus hijos. ¿Qué efecto puede tener la elocuencia en gentes que firman recibos al estado? ¿Qué orador puede hacer impresion en esos diputados estipendiados que lanzarán con toda la fuerza de sus pulmones, este grito heroico: « No se nos arrancará nuestro sueldo sino con la vida? »



## CAPITULO II.

## DE LOS DIVERSOS MODOS DE DISCURRIR.

Hay tres clases de oradores: los que improvisan sin saber lo que van á decir, los que recitan lo que aprendieron, y los que leen lo que han escrito.

I. Los Improvisadores descuellan en el exordio, y saben bien por donde deben comenzar, si bien se ven apurados para concluir. Conducidos por el hilo de su discurso, recorren prados, bosques, ciudades, montañas, sin acertar á echar el áncora ni abordar en puerto alguno. Esta clase de oradores acumulan peroraciones, rara vez hay menos de cuatro; pero, bajo el punto de vista oratorio, ¿cual es el fin de estos fines? Temerosos de caer, se agarran á la barandilla de la tribuna, y se detienen en cada escaalon; pero á menudo sucede que resbalan ó pierden el equilibrio en el último.

Cuando están hinchados del viento de la improvisacion, se parecen á esos globos lisos, ruidosos y elásticos que sucesivamente suben y bajan reflejando los rayos del sol; pero desde que pierden el viento que los llena, se vuelven un pellejo aplastado y arrugado que se arroja á un rincon.

II. El Recitador no mira á la asamblea, sino se retira y concentra en sí mismo, alojándose en las estancias de su cerebro en el cual todas las frases se hallan convenientemente distribuidas, frases que convoca mentalmente, y que da á luz una despues de otra.

A veces el Recitador procede por arranques y habla de prisa, pues teme que se deshilen y caigan las cuentas de su rosario; otras veces, al contrario, se para como por descuido, para hacer creer que busca las palabras y que no las encuentra con tanta

esposas afligidas con la cuenta de la modista, el casero con la del alquiler, el fondista con la de la comida, y los maestros con el trimestre de la pension de sus hijos. ¿Qué efecto puede tener la elocuencia en gentes que firman recibos al estado? ¿Qué orador puede hacer impresion en esos diputados estipendiados que lanzarán con toda la fuerza de sus pulmones, este grito heroico: « No se nos arrancará nuestro sueldo sino con la vida? »



## CAPITULO II.

DE LOS DIVERSOS MODOS DE DISCURRIR.

Hay tres clases de oradores: los que improvisan sin saber lo que van á decir, los que recitan lo que aprendieron, y los que leen lo que han escrito.

I. Los Improvisadores descuellan en el exordio, y saben bien por donde deben comenzar, si bien se ven apurados para concluir. Conducidos por el hilo de su discurso, recorren prados, bosques, ciudades, montañas, sin acertar á echar el áncora ni abordar en puerto alguno. Esta clase de oradores acumulan peroraciones, rara vez hay menos de cuatro; pero, bajo el punto de vista oratorio, ¿cual es el fin de estos fines? Temerosos de caer, se agarran á la barandilla de la tribuna, y se detienen en cada escalon; pero á menudo sucede que resbalan ó pierden el equilibrio en el último.

Cuando están hinchados del viento de la improvisacion, se parecen á esos globos lisos, ruidosos y elásticos que sucesivamente suben y bajan reflejando los rayos del sol; pero desde que pierden el viento que los llena, se vuelven un pellejo aplastado y arrugado que se arroja á un rincon.

II. El Recitador no mira á la asamblea, sino se retira y concentra en sí mismo, alojándose en las estancias de su cerebro en el cual todas las frases se hallan convenientemente distribuidas, frases que convoca mentalmente, y que da á luz una despues de otra.

A veces el Recitador procede por arranques y habla de prisa, pues teme que se deshilen y caigan las cuentas de su rosario; otras veces, al contrario, se para como por descuido, para hacer creer que busca las palabras y que no las encuentra con tanta

celeridad como quisiera, aunque existan ya en su memoria bien limadas y encadenadas tal vez una semana antes; pero lo pulido de los períodos, lo selecto de los giros, la trama entera del discurso, muestran que afectados son los esfuerzos aparentes de su memoria.

No hay que decir al Recitador: Mire V. que se le cae el pañuelo del bolsillo; pues, al volverse, rompería el hilo de su oración, y, en este caso, ¿cómo podría cogerlo de nuevo? Si llega á conseguirlo, lo anuda bien ó mal, y la casualidad obra. Las personas nerviosas de la asamblea se hallan en ascuas, recelando que á lo mejor del camino tropiece el orador, peligro que simpáticamente las desazona. El taquígrafo, situado en la parte inferior de la tribuna, con la pluma en la mano, no sabe si debe aguardar el depósito del manuscrito, ó correr tras el rápido orador.

El Recitador tiene el ojo apagado, el cuello tieso, el gesto falso. No se atreve á interrumpir, no sea que le repliquen, ni á replicar no sea que se interrumpa. Ese dios interior, ese dios de la Pitonisa que oprime y que agita, no lo siente en sí. Su elocuencia es hija de la memoria, y no de la invención; es hombre de lo pasado, mientras el orador debe ser hombre del momento; producto del arte no de la naturaleza, cómico que no quiere pasar por tal y que es su propio apuntador; ente falaz que finge la verdad, simula el enagenamiento, y consigue á menudo engañar al público, á la cámara, al taquígrafo y á sí mismo.

III. Los Lectores son gentes que proceden con pausa, que tocen, escupen, estornudan, ponen sus anteojos en el marmol de la tribuna, y limpian los vidrios con el pico del pañuelo. También tienen sus mañas: su manuscrito es muy compacto, y engaña al público, que no sospecha la inmensa materia que contienen las pocas páginas que divide, y se sorprende al ver que no vuelve el Lector la hoja de su manuscrito, semejante á un reloj cuyo minutero permanece inmóvil.

Los Lectores ponen el papel delante de su boca, de modo que el sonido de su voz repercutido llega mal al auditorio. Un Lector, cuya voz no es clara y vibrante es enteramente ininteligible. Si es Alsaciano, habla con el fondo de la garganta; si Gascon con el borde de los labios, si es de Paris esfuerza y pronuncia de un modo graso la *v.*; si es Normando ganguea.

Cuando el Lector es difuso en demasia, fastidia; si peca por el exceso contrario, con dificultad se le sigue. Cierta desaliño no va

mal á la tribuna, la negligencia gusta á veces, y no es necesario que un orador esté siempre bien acepillado, vestido con ropa dominguera, y puesto de los veinte y cinco alfileres. ¡Qué patética elocuencia la que procede de los puntos de exclamacion anotados de antemano en el papel! ¡Qué vehemente, qué arrastrador es el lenguaje de un hombre que se apasiona, ó se indigna y fulmina, ó se enternece y llora en la quinta palabra de la tercera línea del sexto párrafo de la décima página! ¡Qué elocuencia tan difícil! Y sobre todo ¡qué natural!

Por último cuando el Lector recita su manuscrito, cada uno de los oyentes se dice: « Todo esto es muy hermoso, seguramente muy hermoso, pero no vale la pena que lo escuche, pues mañana podré leerlo descansadamente en el Monitor.

Cuando veo los Lectores de la oposicion y los Lectores del ministerio que salen de derecha á izquierda con direccion á la tribuna, cada uno con su manuscrito en la mano, me parece ver dos ejércitos que arrastran paralelamente su artillería, por las márgenes opuestas de un río, sin poder llegar á encontrarse. Ambos se cansan en refutar los argumentos que nadie tal vez les hará, al paso que no preven los que se les objetará. Ignoran que, desde la vispera, ha cambiado de teatro la guerra, y se pierden en caminos desconocidos y cubiertos de malezas, en que basta el menor galopin del ejército enemigo para constituirlos prisioneros. Para hacerles perder los estribos basta la menor arma arrojada de un improvisador algo diestro en el tiro, pues se asemejan á esos antiguos paladines inmóviles y con fiereza plantados sobre su palafren; pero que daban en tierra si mientras que cabalgaban magistuosamente, algun page maligno tiraba de la cola del cuadrúpedo noble y espantadizo, que se empinaba y se encabritaba arrojando su magnífico caballero.

### CAPITULO III.

#### DEL PODER DE LA IMPROVISACION.

Continuacion del mismo asunto.

El poder de la improvisacion procede de que está siempre presto el improvisador para toda clase de situacion. Un discurso escrito puede ser recitado indiferentemente en el parlamento, en un estrado, en una academia, en un banquete; mientras que la improvisacion cuadra solo en un momento dado, y en presencia de cierto auditorio. Cierta desaliño en el orador lo vuelve mas natural, y los oyentes acogen con indulgencia un hombre que no se prepara para hablarles, ni procura sorprenderlos. Si gesticula con violencia, si sus ojos chispean, si su palabra se halla preñada de llamas y torbellinos, es porque la misma asamblea lo inspira. Si en un punto es prolijo y difuso en demasia, y seco y quebrado en otro, es porque aparentemente quiere la asamblea que sea la-cónico en tal materia é insista en otras. Asi no hay que juzgarlo segun las reglas y método de un discurso escrito y premeditado; en otros términos hay que oírlo y no leerlo.

En efecto, para emitir un fallo adecuado sobre el Improvisador, no hay que leerlo, ó bien, al leerlo figurarse colocado en los bancos de los oyentes, cuyos pensamientos expresa, cuyas pasiones respira, cuyas voluntades declara. Hay vida en su palabra, porque hay realidad; hay fuerza, porque la saca de cuanto le rodea; hay oportunidad, porque habla á hombres del momento. Seguramente no será de hielo si fogoso es el auditorio, ni vehementemente si lleno de calma; ni remontará audaz su vuelo, si la asamblea camina tranquila en el llano; pero sabrá identificarse con ella, graduar su paso segun el suyo, siguiéndola hasta que consiga domeñarla, subyugarla, encadenarla, y hasta que, poniéndose á su frente, la conduzca y precipite en sus propias vias.

El alma del Improvisador responde al alma del auditorio; ambas se tocan, se mezclan, se confunden. El Improvisador sube y baja, tiende la mano al auditorio, el cual le tiende igualmente la suya, lo secunda, lo ayuda maquinalmente en cierto modo, busca con él las palabras que no le acuden, lo pica con su aguijón, lo hostiga y anima con su soplo, como un ginete anima con su resuello al fogoso bridon. Ambos hacen el mismo camino, ambos llegan al mismo fin, y á cada alto, á cada paso, descubren un nuevo horizonte, un efecto inesperado, nueva agitacion, nueva palpitation, nueva gracia.

Nunca sabe el Improvisador lo que va á decir, y aun menos como lo dirá; ebrio de confianza deja la playa y se precipita en las aguas, desplegando su vela de púrpura, y sostenido en los brazos del auditorio, todos los corazones palpitan por él desde la ribera.

No se puede decir otro tanto de esos falsos oradores de tribuna, de esos habladores por escrito, que carecen á la vez de espontaneidad, memoria, pulmon y entrañas; que no pudiendo conmover al auditorio se esfuerzan cuando menos en agradarle, y que para encarecer sus discursos hablados, y mantenerlos á una distancia respetuosa, necesitan estar adornados, y mas que adornados, acicalados y engalanados como un paraminío, perfumados, cargados de afeites, de arcos y perifolios, con el anillo en el dedo y encajes en la manga. Estos tales quieren hacer brillar á los ojos de los espectadores el centelleo del antitesis, se hinchan y espuman, acumulan pinturas, desdeñan la sencillez de la idea y el donaire natural de la locucion, y se esfuerzan en que cada terminacion sea una pincelada y cada reflexion un axioma. Todos estos ramilletes vistosos, esos penachos luminosos me dejan frio y mudo, causándome poca sorpresa y ninguna admiracion esos cohetes voladores y gavillas centellantes que eclipsan las estrellas del cielo, y se desvanecen en la oscuridad de la noche.

#### CAPITULO IV.

##### DE LAS PROFESIONES QUE PREDISPONEN Á LA ELOCUCIA PARLAMENTARIA.

Hay en el auditorio parlamentario, tan vasto y tan variado, profesiones que predisponen particularmente al arte oratorio.

No creo que se me vitupere de azucar las diversas clases de la sociedad unas contra otras, al afirmar que los diputados cuyas lenguas vibran con mas continuidad y fluidez son las de los abogados, profesores y militares.

I. Los Abogados hablan por quien lo quiere, tanto como se quiere, y sobre la materia que se quiere; su oido es fino, y si se les interrumpe, lejos de apurarse, encuentran ocasion y facundia en la réplica. La costumbre de sostener alternativamente el pro y el contra, la verdad y lo que no lo es, tuerce su juicio. Despues de haber luchado con un ministro, consiguen derribarlo, maltratarlo y pisotearlo; y cuando pasan al lado de su victima, magullada aun de su caida y de los golpes recibidos, se les ve erguidos y risueños, darle la mano y hablarse como los mejores amigos. Semejantes procederes dejan atónitos ó los forasteros de los departamentos, encaramados en los altos asientos de las tribunas públicas, que se preguntan entre sí como es posible reconciliarse tan fácilmente con un hombre que se ha llenado de improperios, y si lo que ven no es una pura comedia.

Los Abogados son muy calurosos de lengua y frios de corazon, tercios, quisquillosos é infatigables hilvanadores de palabras, enemigos de la lógica porque esta corre recta á un término, y tienen grande interés en alejarse de este; fogosos al partir, hacen en un instante media jornada, hasta que se sofocan y caen sin aliento.

Los grandes oradores, semejantes á las águilas que remontan su vuelo y se ciernen en la region de las nubes, se mantienen en

la alta esfera de los principios; pero el vulgo de los abogados rasa la tierra, como las golondrinas, hacen mil vueltas y revueltas, pasan y se escurren continuamente, y atolondran con el ruido de sus alas.

II. Los Profesores, mas bien que la piden, se apoderan con autoridad de la palabra, y tratan la cámara como si fuese una clase de estudiantes, comenzando por colocar en la barandilla de la tribuna su birrete, y los secretarios de la asamblea han sorprendido algunos al tiempo que sacaban de su sotana la palmeta y las disciplinas. En general son vanos, sutiles, altaneros, secos, imperiosos, extravagantes, sofistas, dogmáticos, dotados del don de la palabra, y pagados de sí mismos. Poco se preocupan de lo que se les objeta ó responde, sino de lo que ellos mismos dicen; y parecen que se afanan en forzar, no convencer, é imponer la verdad, no en persuadirla, pues poseen la rigidez de los métodos y el despotismo de los axiomas. Pero como en general la nombradía de que gozan les vale ser diputados, están por lo comun provistos de una inteligencia superior, docta, profunda, ingeniosa, y en ciertas ocasiones divertida ó muy fastidiosa.

La dominacion de los Abogados y Profesores ha esparcido en la elocuencia parlamentaria la languidez de una solemne monotonía; y si bien ha podido ganar en número, dignidad, factura y método, lo ha perdido en precision, gracia, calor, naturalidad, verdad, colorido y originalidad. Sujetos á las formas de su estado y estorbados por estas, los Profesores y Abogados carecen de fisonomía propia, todos sus discursos parecen vaciados en el mismo molde; y sea cual fuere el asunto, y exija el laconismo ó la prolijidad, no dejarán de hablar durante una hora á lo menos; pues los Profesores se figuran disertar delante de sus discipulos, cuya clase dura una hora, y los Abogados creen que peroran y se agitan en presencia de sus clientes que no quieren que su defensa dure menos de este espacio de tiempo, aunque la cosa preste apenas materia á dos minutos, enfadándose muy seriamente y considerándose frustrados si la cosa pasase de otra manera; y en consecuencia vuelcan el reloj de arena, y mientras que se escurre esta, vibran continuamente sus lenguas, que detienen de repente con el último grano que mide la hora exacta.

Ambas estas profesiones de profesor y abogado, invaden, con su flujo sin cesar creciente, la tribuna de las arengas: tal es el inconveniente de las asambleas preparatorias que á la eleccion

preceden. Los honrados vecinos de aldea ó lugar, embobados por el flujo de palabras y cierta elegancia en el decir, darán siempre la preferencia á un vocinglero de audiencia ó á un ensartador de figuras de retórica, y lo antepondrán á los Chateaubriand y Lamennais, que poco dueños en la agitacion de los debates, se cubren de rubor y hablan con voz balbuciente; y en consecuencia enviarán nuevos habladores á la cámara que tantos ya cuenta. No obstante encuéntranse abogados, y de los mas famosos, que tiemblan al subir á la tribuna, debiendo nosotros á este miedo que los domina el gusto de no escucharlos. Salvo algunas raras excepciones, no saben ni pueden, tan dominante es el efecto del hábito, hablar como todo el mundo, con voz natural, ni olvidar el cliente por el principio, dar la razon política en lugar de la civil, abandonar la senda de los pormenores y elevarse á la altura del asunto, dominar una situacion, gritar con el alma y no con los pulmones, moderar su gesto, en una palabra dejar el hombre viejo. Bajo el orador, fácilmente se nota el profesor y el abogado, y semejantes á los cantores del mediodía de la Francia, mientras cantan desaparece el acento gascon en la armonía y cadencia, pero vuelve á notarse apenas hablan.

III. Los Militares escalan la tribuna con denuedo, impaciencia y fuego, como si se tratase de una batería. Con la cabeza erguida, y el gesto del mando, miran las gentes cara á cara, y la asamblea no se desconfía de ellos, pues supone que, si bien expuestos á engañarse, no procuran engañar. Se disimula á los oradores militares sus frecuentes faltas gramaticales, la grosera acrimonia de sus invectivas, el abuso de las figuras de retórica y lo mal entretido de la arenga, pudiendo á sus anchas salirse de la cuestion, sin ser reclamados á ella, como igualmente decir todo lo que les pasa por la cabeza, sea trivial ó correcto, de un modo uniforme ó con mil sobresaltos, sin que nadie piense en llamarlos al órden. Hemos visto al general Foy golpear de pies y manos, dar fuertes porrazos en la tribuna, agarrarse á ella, agitándose como un energúmeno y espumando de rabia. Y sin embargo se le dejaba hablar en esta situacion en que se hubiera censurado y quitado la palabra á un doctor en leyes. Lo que es yo, lo confieso, por mas que haya quien desapruebe mi gusto, prefiero esos militares brutales que desenvainan el sable y acometen francamente al enemigo, á esos retóricos almibarados que asesinan con punzadas de alfiler.

## CAPITULO V.

CLASIFICACIONES DE LOS ORADORES SEGUN SUS ESPECIALIDADES  
É ÍNDOLES.

Hay que tener especial cuidado en las calidades principales que, segun el temperamento, genio ó costumbre, predominan en el orador. La imaginacion, la lógica, la elocuencia y la malicia acarrear excesos que es necesario evitar.

Hay oradores que brillan en la exposicion de los hechos, que los presentan de un modo claro, lúcido, preciso, sin accidentes ni pormenores excesivos, de una manera bien ordenada y deducida, pero que se apocan y confunden cuando se trata de raciocinar. Otros con dificultad entran en la materia, pero se hacen pronto dueños del asunto y de la atencion del auditorio cuando empiezan á enardecerse, y cuando sus ideas se extienden y se encadenan. Algunos pierden el hilo, sin poder recobrarlo, van errantes, desatinados, fuera de sí, y como un alazan desbocado abandonan la arena.

I. Los Imaginativos deslumbran por la gala de sus metáforas, si bien la acumulacion de figuras acaba por rellenar el oido de tropos que entre sí chocan y de cadencias quebradas. El lenguaje parlamentario no debe inclinarse á la obesidad ni á la redondez de las formas, sino al contrario debe dejar ver los músculos y nervios, como un hombre robusto y vigoroso; y el estilo sonrosado y fresco no es bueno mas que para iluminar. Los Imaginativos se abandonan á menudo á la amplificacion excesiva.

II. Los Lógicos de la tribuna, que conviene no confundir con los de la prensa, deben ser mas abundantes que concisos, mas apremiantes y eficaces que tupidos en la trama de sus discursos, sin olvidar que la atencion de una asamblea es corta y ligera. En efecto si el orador reasume en demasia su argumentacion, no es

preceden. Los honrados vecinos de aldea ó lugar, embobados por el flujo de palabras y cierta elegancia en el decir, darán siempre la preferencia á un vocinglero de audiencia ó á un ensartador de figuras de retórica, y lo antepondrán á los Chateaubriand y Lamennais, que poco dueños en la agitacion de los debates, se cubren de rubor y hablan con voz balbuciente; y en consecuencia enviarán nuevos habladores á la cámara que tantos ya cuenta. No obstante encuéntranse abogados, y de los mas famosos, que tiemblan al subir á la tribuna, debiendo nosotros á este miedo que los domina el gusto de no escucharlos. Salvo algunas raras excepciones, no saben ni pueden, tan dominante es el efecto del hábito, hablar como todo el mundo, con voz natural, ni olvidar el cliente por el principio, dar la razon política en lugar de la civil, abandonar la senda de los pormenores y elevarse á la altura del asunto, dominar una situacion, gritar con el alma y no con los pulmones, moderar su gesto, en una palabra dejar el hombre viejo. Bajo el orador, fácilmente se nota el profesor y el abogado, y semejantes á los cantores del mediodía de la Francia, mientras cantan desaparece el acento gascon en la armonía y cadencia, pero vuelve á notarse apenas hablan.

III. Los Militares escalan la tribuna con denuedo, impaciencia y fuego, como si se tratase de una batería. Con la cabeza erguida, y el gesto del mando, miran las gentes cara á cara, y la asamblea no se desconfía de ellos, pues supone que, si bien expuestos á engañarse, no procuran engañar. Se disimula á los oradores militares sus frecuentes faltas gramaticales, la grosera acrimonia de sus invectivas, el abuso de las figuras de retórica y lo mal entretijido de la arenga, pudiendo á sus anchas salirse de la cuestion, sin ser reclamados á ella, como igualmente decir todo lo que les pasa por la cabeza, sea trivial ó correcto, de un modo uniforme ó con mil sobresaltos, sin que nadie piense en llamarlos al órden. Hemos visto al general Foy golpear de pies y manos, dar fuertes porrazos en la tribuna, agarrarse á ella, agitándose como un energúmeno y espumando de rabia. Y sin embargo se le dejaba hablar en esta situacion en que se hubiera censurado y quitado la palabra á un doctor en leyes. Lo que es yo, lo confieso, por mas que haya quien desapruebe mi gusto, prefiero esos militares brutales que desenvainan el sable y acometen francamente al enemigo, á esos retóricos almibarados que asesinan con punzadas de alfiler.

## CAPITULO V.

CLASIFICACIONES DE LOS ORADORES SEGUN SUS ESPECIALIDADES  
É ÍNDOLES.

Hay que tener especial cuidado en las calidades principales que, segun el temperamento, genio ó costumbre, predominan en el orador. La imaginacion, la lógica, la elocuencia y la malicia acarrear excesos que es necesario evitar.

Hay oradores que brillan en la exposicion de los hechos, que los presentan de un modo claro, lúcido, preciso, sin accidentes ni pormenores excesivos, de una manera bien ordenada y deducida, pero que se apocan y confunden cuando se trata de raciocinar. Otros con dificultad entran en la materia, pero se hacen pronto dueños del asunto y de la atencion del auditorio cuando empiezan á enardecerse, y cuando sus ideas se extienden y se encadenan. Algunos pierden el hilo, sin poder recobrarlo, van errantes, desatinados, fuera de sí, y como un alazan desbocado abandonan la arena.

I. Los Imaginativos deslumbran por la gala de sus metáforas, si bien la acumulacion de figuras acaba por rellenar el oido de trops que entre si chocan y de cadencias quebradas. El language parlamentario no debe inclinarse á la obesidad ni á la redondez de las formas, sino al contrario debe dejar ver los músculos y nervios, como un hombre robusto y vigoroso; y el estilo sonrosado y fresco no es bueno mas que para iluminar. Los Imaginativos se abandonan á menudo á la amplificacion excesiva.

II. Los Lógicos de la tribuna, que conviene no confundir con los de la prensa, deben ser mas abundantes que concisos, mas apremiantes y eficaces que tupidos en la trama de sus discursos, sin olvidar que la atencion de una asamblea es corta y ligera. En efecto si el orador reasume en demasia su argumentacion, no es

comprendido por el auditorio; si es prolijo, cansa; si aguza demasiado la punta de la argumentacion, incurre en la sutileza; si procede segun el método silogístico, se hace pesado é indigesto; si tan solo deja ver las fibras y tendones de una proposicion, sin carne ni colorido, será repugnante y cadavérico; si en los desnudos razonamientos no filtra un rayo de luz serán estos mismos razonamientos lóbregos y nebulosos. Y efectivamente la oscuridad es el escollo de los lógicos.

III. Los Patéticos deben alternativamente elevar y bajar su vuelo, olvidarse á sí mismos, ó á lo menos parecer olvidarse; dar á entender que, como á pesar suyo se ven arrastrados por la fuerza de la situacion, ó por una agitacion interior que los domeña y arrebatá; suspender de cuando en cuando el discurso para tomar aliento, dar solo impulso á las cuerdas mas dulces del alma, y mantener la asamblea en un estado de suave conmocion y, por decirlo así de éxtasis húmedo; pero si se prolonga este estado no tarda el enfriamiento en suceder á la dulce agitacion, y la risa á las lágrimas. En general los Patéticos degeneran con facilidad en el sentimentalismo hueco y declamatorio.

IV. Los Malignos, continuamente ocupados en aguzar la punta de sus flechas, y ponerles á cada lado plumas rápidas y ligeras para que alcancen con mayor facilidad al objeto á que se disparan, desbaratan de un papirotazo un discurso complejo trabajosamente andamiado, y la saeta lanzada por estos enanos al pasage sensible de un coloso lo derriba en tierra. Cuando las alusiones son finas y delicadas, causan una sorpresa agradable, y el placer de adivinarlas vuelve cómplice á mas de un miembro del auditorio. Cuando son penetrantes y profundas, dejan á veces el aguijón en la llaga y causan la muerte. Pero lo mas general es que irriten tanto á los vulnerados como á los vulnerantes que temen por sí, y entonces yerran el golpe. Los Malignos son muy propensos á la personalidad.

Independientemente de los citados, hay los Economistas, Juristas, Especialistas, Socialistas, Reglamentarios, Generalizadores, Fraseólogos, y además los Interruptores que olvidaba.

V. Hay Economistas que hacen las cosas en grande y que rebatirán ochocientos millones de un millar, aunque se lleve la trampa la justicia, el ejército, marina, caminos, canales, administracion y servicios públicos. Los hay tambien que, procediendo de un modo mas parcimonioso, quieren cercenar siete francos cincuenta

céntimos de un sueldo de veinte mil francos. Hay Economistas mariscales de campo que opinan que los primeros presidentes reciben un sueldo excesivo, y Economistas primeros presidentes que encuentran muy subidos los de los mariscales de campo. Algunos agrupan las cifras de un modo tan ingenioso, que dan á entender que hay sobrante cuando en realidad hay deficit, hacen creer á la nacion que paga sus deudas cuando contrae empréstitos, y que se enriquece cuando se arruina. Hay Economistas vinícolas que propalan que intolerable es el impuesto en los vinos, mientras que el de la sal es tan ligero y tan fácil de percibir; y Economistas salinos que abogan por la anulacion del impuesto de la sal, atendido á que rigurosamente puede prescindir la humanidad de vino, mas no de sal. Ciertos Economistas acceden gustosos á que se aumente la contribucion territorial, pues no tienen tierras, con tal que no se reduzcan las rentas, porque de ellas gozan. Los hay que se dejarán hacer pedazos antes que consentir en votar los fondos para la reparacion de un camino real por el cual nunca transitan, pero que solicitarán con un zelo mas que patriótico el ensanche del empedrado de un camino vicinal que atraviesa sus dominios. Por último hay Economistas, y estos son los buenos, los cuales opinan que los impuestos deben pesar sobre el rico, y no sobre el pobre; preferirse los gastos productivos á los improductivos, los intereses generales á los particulares, los distritos á los vecindarios, los departamentos á los distritos, y la Francia á los departamentos.

VI. Los Juristas deciden por el derecho civil lo que es de derecho político, y consideran nula las medidas mas urgentes y saludables, si no se hallan extendidas y formuladas segun las reglas del procedimiento. Por mas absurda, bárbara é incomprendible que sea una pena, opinan que debe aplicarse con todo rigor desde el momento que la pena existe, fuese esta el palo ó el tormento. Esclavos mas bien que súbditos de la ley, inclinan su cuello ante el poder de los textos. Para ellos lo que está escrito, está escrito, y lo escrito está vigente, sin querer pasar de ahí. Por una sutil interpretacion de palabras derivan la competencia de la misma incompetencia, y descubrirán un sentido oculto cuando solo existe uno patente, incompatibilidades donde no hay mas que concordancias, y paridades donde solo existen antinomias. Así dirán que la Carta de 1830 que quiere la libertad de imprenta está en armonia con las leyes de la Restauracion que admitia la cen-

sura, y demostrarán su asercion por magníficos argumentos sacados de las leyes del decenviro Apio; y no hay que apurarlos con cuestiones, pues son capaces de demostrar de un modo perentorio, que el código griego de Teodosio justifica la revolucion de Julio. Espíritus secos, áridos y falsos, se doblan bajo el peso de la letra muerta, temiendo elevarse á su inteligencia; sordos á la voz de la conciencia, inmolan el fondo á la forma, el derecho al procedimiento, y la humanidad á un axioma.

VII. Los Especialistas son utilísimos á la cámara, y los únicos que en el mayor número de circunstancias saben bien lo que dicen, y se enuncian bien; pero importa que el afán de brillar no los impele á hablar mas de lo necesario y mas de lo que realmente saben; ni tampoco que por orgullo se figuren que nada saben los demás en la materia de su competencia, como igualmente que no recurran por afectacion al lenguaje técnico en lugar del natural, y por sistema sustituyan á la enseñanza admitida y experimental de la ciencia, los partos calenturientos de sus sesos.

VIII. Los Socialistas, gente sensual, regalona y voluptuosa, habitan por la imaginacion mas allá de la region de las nubes, y desde allí, al través de una óptica halagüeña, divisan una sociedad fresca, rozagante, sonrosada, buena, inocente, colmada de bienes, risueña, voluptuosa, con vestidos de fiesta y palabras llenas de ternura y poesia; sociedad encantadora y tanto mas fácil de fundarse cuanto que no hay necesidad de saber bajo qué grado de latitud vivirá, siéndole al parecer indiferente el frio y el calor; como tampoco la forma de gobierno, pues tan conforme se halla el gran Mogol como el Presidente de los Estados- Unidos á admitir las visiones humanitarias de los socialistas.

Nosotros prontos estamos á admitir las ideas de estos, cuando nos habrán presentado su plan, sus medios de ejecucion, y si cuentan con criaturas humanas; y como á todo esto no pueden responder cómodamente desde allá arriba, les suplicamos que bajen de las nubes, y vengán á pisar la tierra por algun tiempo.

IX. Los Reglamentarios invocan como leyes, y aun como superiores á las leyes y al sentido comun, los precedentes caprichosos de las secciones y salas de conferencias, y porque la cámara ha incurrido en una, dos, tres, ó cuatro sandeces, sostienen que debe cometer una quinta; y en consecuencia recuerdan con toda

la satisfaccion de una feliz memoria, que en tal dia de tal año, tal presidente de tal sesion se caló el sombrero de tal ó tal modo, ó bien que empezó el llamamiento nominal por la letra *a* y no por la letra *y*, lo que por cierto es sorprendente. Poco les importa que se viole la Carta ó que el ministerio invada el santuario de la legalidad, si no ha sido confiado á su custodia. Pero si, sin notarlo, da el presidente la palabra á un miembro despues de haberla prometido á otro, los Reglamentarios se agitan en sus bancos, se enfurecen, se hallan fuera de sí, é interpelarán con el puño cerrado y toda la fuerza de sus pulmones, clamando que es un escándalo, sin observar que ellos mismos y no otros lo causan. Disputarán con teson y á porfia durante horas enteras, y con increíble terquedad, sobre lo que hubiera debido contener el reglamento, acerca de la importancia mayor de una sílaba, un punto, un acento, una coma; y se sentarán por último cansados, cubiertos de sudor y sin aliento, sin que haya dado un paso la discusion y sin haberse comprendido á sí mismos.

X. Los Fraseólogos solo aficionan la melodía del discurso, esmaltan todos los temas con las flores de su prosa, y dan á sus palabras toda la modulacion posible, acomodándolas á su intento. Así abroncan su voz y recargan sus palabras para que imite el redoble del tambor; la lanzan á todo vuelo para que repique como la campana mayor de una catedral; la recortan y disponen con simetría para que todas sus notas se entrechquen y suenen como campanillas; las labran y abrillantan como el lapidario sus diamantes; saltan lindamente de una antitesis á otra, se miran ufanos en una figura de retórica, y se confunden en la inmensa pompa de un período.

El Fraseólogo poca atencion paga al raciocinio. Desprovisto de ideas, pero relleno de palabras, conoce el origen de las voces, sus sinónimos y derivados en las veinte y cuatro letras del alfabeto, y sabe perfectamente el supino y gerundio de cada verbo. Su estilo esmerado en su compostura, ostenta el oro y las perlas; acicalado y melindroso parece un figurin de la última moda. En una palabra es el petimetre presumido de la gramática.

A la hora de anochecer, saluda misteriosamente el Fraseólogo sus amigos, despide á su muger é hijos, se encierra en su aposento y pasa el cerrojo. Allí á la luz de dos bugías cuyo escaso resplandor parece aumentar el silencio, hace el ensayo general de su discurso; dispone simétricamente sus frases como un gene-

ral forma sus tropas, de manera que guarden nivel, y vayan todas al paso juntas y uniformes; y á medida que delante de él desfilan, se quita el sombrero y las saluda. Cada una tiene su nombre, su rango, su efecto propio, su sonido particular, su fulgor característico; el Fraseólogo las reúne ó las separa, las detiene ó las precipita, las somete á mil evoluciones, las señala con tinta encarnada para que no se pierdan, las tiene continuamente en el oído, y paseándose á lo largo de la mullida alfombra de su gabinete, las evoca y las convoca para el día siguiente. Aun en su lecho, durante el sueño, zumban las voces en sus oídos, y fermentan las frases en su imaginación calenturienta; su esposa que yace á su lado, al escuchar sus palabras interrumpidas, lo cree demente ó se figura que le es infiel y que articula el nombre de su querida.

Sin asomo de conocimiento en materia de leyes y negocios, sin siquiera haber hojeado el libro de los presupuestos, el Fraseólogo afecta el mayor desprecio por las cifras, la lógica, los hechos comunes, y el curso general de las cosas, figurándose que se abaja y degrada al estudiar la administración, la hacienda y economía política; pero si flaquea en este punto, descuella en lo tocante á la melopea, el pleonismo, la eufonia, la metonimia, la hipérbole, la prosopopeya, la prótasis, la catacrexis y otras figuras de retórica usadas por los Griegos; y bruñe, barniza y redondea su frase tanto en lo grande como en lo pequeño, prodigando flores, ornamentos, calados y arabescos. En vez de acomodar su lenguaje al asunto, torcerá este y lo forzará á entrar en su estilo, y disertará sobre el impuesto de la máquina con el mismo tono que proclamará la invasión del territorio por el extranjero y los peligros de la patria. No se crea que hable con el objeto de convencer, ó conmover, ó ayudar á los suyos, ó ganar su causa; no, nada de eso, habla únicamente por el placer de hablar y escucharse, y por este motivo entorna los ojos para recogerse, se inclina y presta ávidamente el oído á los sonidos que emite; su boca parece acariciarlos de paso, y se le ve absorto en la extática admiración de su palabra; lleva el compás con el pié, arrulla los sonidos en su garganta, se mece en la muelle armonía de sus cadencias, se embriaga de sí mismo y el mundo exterior desaparece ante su vista. Ni la agria voz de los porteros, ni las conversaciones de la asamblea, ni la impaciencia del orador que debe seguirlo en la tribuna, ni las exhortaciones paternales del presidente pueden sacarlo de su letargo, y es necesario que uno de los secretarios venga á ad-

vertirle, tirándole por los faldones, que los mozos de sala apagan las luces y que concluida está la sesión.

Los Generalizadores nunca fijan su atención en las fracciones de un millón, aunque sean de cien mil escudos, y siempre calculan por cantidades redondas. Al establecer una regla, no examinan si las excepciones que esta acarrea superan á los casos comprendidos en la misma regla, ni si, al exponer un principio absoluto, son aplicables las consecuencias de este principio. No toman en cuenta los lugares, los tiempos, los hombres, los medios, necesidades y circunstancias, ni aciertan á comprender que los negocios humanos se conducen mas bien por pormenores, hábitos, experiencia é infinita variedad de incidentes, que por el inflexible rigor de las teorías. Zurcidores mas ó menos diestros de frases, se balanzen como los titiriteros entre lo verdadero y lo falso, resbalando en el declive de las tesis constitucionales, y señalan perfectamente el pié de que cojea un sistema, mas nada dicen sobre el remedio, sin comprender que lo difícil no es dogmatizar sino practicar, no disertar sino concluir.

XII. Hay dos clases de Interruptores: los que no hablan y los que hablan.

Los primeros meten mucho mas ruido que los segundos pues imitan con increíble acierto y una perfección de ejecución indecible, los gritos de todos los animales domésticos y agrestes que plugo al Criador esparcir en la superficie de la tierra: así gañen, cloquean, ladran, maullan, graznan, mugen, balan, aullan; y cuando todos esos piés patean, cuando crujen todos esos dedos, se agitan tantas cabezas y silban tantas lenguas, resulta un murmullo tan discordante y estrépitoso, que se pierde en él la voz del orador como el canto del ave en la tormenta.

Los Interruptores que hablan emplean de un modo abusivo esta ú otras interjecciones y monosílabos análogos: *He!* — *ola*, — *que*, — *como*, — *ah!* — *cielos*, excusándose con que no pueden contener el grito de la pasión, al paso que pretenden que la elocuencia no necesita tan largos discursos, y que basta una palabra, una sola, para convencer ó conmover. Hacen señas al Taquígrafo del *Monitor* para que les envíe las pruebas de la sesión, y apenas ven que el periódico oficial inserta su *He!* ú *Oh!* cuando escriben á sus comitentes: « Señores, podrán ver Vms. en el *Monitor* de hoy, que he desempeñado mi mandato legislativo, y que no he querido dejar pasar la sesión sin dar motivo á que se hable de mí.»

## CAPITULO VI.

### DEL TAQUIGRAFO.

Cuatro personas poseen el secreto de las flaquezas del orador parlamentario: su médico, su confesor, su querida y su Taquígrafo.

El Taquígrafo, ni mas ni menos que el escudero de Don Quijote, el famoso Sancho, viste y desnuda al Don Quijote oratorio, lo compone, le apresta su manto de púrpura, sus dientes postizos, su peluca, y lo aguarda en los bastidores cuando deja el orador la escena, chorreando de sudor despues de haber representado á Demóstenes; le calienta los paños, lo frota de piés á cabeza, lava sus arengas con pasta de almendra, las limpia, perfuma y engalana. Así como no hay ninguno que sea héroe para su ayuda de cámara, ninguno es orador para el Taquígrafo.

A este fiel Acates, el gran batallador de tribuna entrega todas las piezas de su armadura, el yelmo, la cota de malla, los brazaletes y la espada. El Taquígrafo le sirve de segundo, le lleva sus billetes de desafio y cartas amorosas, constándole mejor que á nadie lo que encierran sus ademanes de valentía y lances de amor.

Historiógrafo de las campañas parlamentarias, escribe el Taquígrafo, en su calidad de gefe del estado mayor, los boletines de cada cuerpo del ejército que le dicta el general. Así cuenta en sus historias como Aristodemo postró por tierra el monstruo de la anarquía, y como Rodomonte partió de parte á parte, con el filo de su espada, los gigantes y encantadores.

Bien me consta el flaco de los oradores de mi tiempo: la irritabilidad del temperamento, la cólera de la contradicción, la pasión política, el combate cuerpo á cuerpo les causan mil extreme-

cimientos nerviosos y fiebres de vanidad. Todos aspiran al elogio, principalmente por las calidades de que carecen. El envidioso no encuentra felicitacion suficiente si no son vituperados sus hermanos; el patético quiere que se encuentre que raciocina con mucha lógica; el dialéctico que descuella por su chiste y donaire; el poeta que brilla menos por la imaginacion que por la solidez de su cálculo; el inconstante que nunca cambia; el hacendista que conmueve todos los corazones; el escritor de madrigales que nadie mejor que él sabe analizar un presupuesto.

El Taquígrafo es el confidente oficial y discreto de sus jocosas comunicaciones y de las mañas de su orgullo.

Al entrar en la sala pasa el orador rozando al Taquígrafo sin dignar saludarlo; pero, al salir va derecho á su banco, le pregunta por su salud, lo halaga, lo requiebra, acaricia, engatusa, y el Taquígrafo acoge con el mayor natural y con faz risueña esta mogiganga, y endosa esas letras de cambio que giran los oradores de provincia á cargo de sus comitentes.

¡ Cuantos oradores se asemejan á esas luciérnagas ó gusanos de luz que centellean en la yerba como la estrella en los cielos! Pero acérquese de ellos una luz, y veráse cuan fácilmente pierden su fosforescencia y fulgor.

Apenas ha vertido el orador las brillantes perlas de la improvisacion, cuando el Taquígrafo las engasta en similor y las presenta al público en su azafate.

El Taquígrafo es el sepulturero del Parlamento. Esos pujantes Alcides que hinchán sus músculos y abaten con su clava la hidra ponzoñosa de la anarquía; esos Júpiter tonantes, esos Adonis de tribuna con tan rizada y perfumada cabellera, pasan á manos del inexorable Taquígrafo que los espera en la antesala, los recibe como cadáveres, y los entierra á su gusto en sarcófagos de marmol en el cual se lee: « Aquí yace el muy noble y poderoso señor »; ó bien los mete en un ataúd ordinario y lo arroja al hoyo comun, sin dignar decirles el menor *De profundis*.

El Taquígrafo enseña al público por la ventanilla de su óptica, la cáfila de todos los oradores de cada sesion, y á medida que acerca ó aleja los vidrios hace parecer un gigante como un enano, y vuelve elefante un gusanillo.

Cosa es digna de ver como forja y maneja el Taquígrafo á nuestros Procustos parlamentarios, cuyos miembros alarga ó achica, dejándolos mayores ó menores de lo que en sí son.

El Taquígrafo mezcla y baraja las hojas de un discurso como si fuesen naipes, todo lo revuelve, pone lo de arriba abajo, y viceversa; coloca una cabeza descomunal y erizada de cabellos sobre un cuerpo enjuto, avanza un paso, retrocede dos, comienza por el epílogo, acaba por el exordio. El lector conoce la respuesta, pero ignora la cuestion; el Taquígrafo expone circunstanciadamente la consecuencia que emana, si bien pasa en silencio el principio de que se ha deducido; hace resaltar las oraciones insignificantes que nadie ha escuchado y suprime las mas brillantes.

Y no hay queja que alegar, ni rectificacion que pedir; y en vano se reconvenirá al Taquígrafo en estos ú otros términos análogos: — Caballero, mi discurso se halla completamente trastocado.—Hombre, mireme Vm. bien, Vm. no me ha hecho ver mas que de un ojo, y yo tengo dos.—Vm. ha desfigurado mi mas bello movimiento.—Mucho agradezco que me haya prestado Vm. gran parte de su talento, pero hubiera estimado que me hubiese dejado intacto el mio propio.—Permitame que le diga una palabra: Vm. pretende que mi voz ha desentonado como un bajo, siendo así que he gritado como un tiple.— Señor Taquígrafo, Vm. ha puesto un *oh*, cuando yo habia bien articulado un *ah*, y un punto de exclamacion en vez de un punto de interrogacion.— Todo esto será siempre ridiculo á no poder mas.

¡Ay del diputado que tiene por enemigo al Taquígrafo! nunca volverá á ser reelegido, y en vano despachará las palomas-correos que no llevarán sus alocuciones campestres al palomar de su pais.

Al contrario si el Taquígrafo es amigo, le tira el diputado por el faldon, y le dice al oido remitiéndole el discurso que acaba de pronunciar bien ó mal: «No olvide Vm. el insertar el *muy bien* en el pasaje que Vm. sabe.»

Si es adversario político del orador, escribirá lo que se le antoje, y ¿quien puede impedirselo? Dirá por ejemplo que ha habido murmullos cuando habrá habido aplausos, y cambiará el efecto de las frases del orador.

Hay cierta clase de lectores, hombres de bien y sin opinion formada, que comprendiendo poco ó nada de esas sesiones quebradas continuamente é interrumpidas, impresas con caracter diminuto en un periódico voluminoso, pasan por el discurso del orador, dejan á un lado sus frases, corren al término del período para cerciorarse únicamente si han dicho *muy bien* ó *muy mal*,

y despues, fiados en el Taquígrafo, repiten sin haber leído el discurso: ¡Qué orador tan elocuente! ¡Qué pobre orador!

Otra clase de lectores se encuentra en mayores apuros, y es la que consulta periódicos varios y de opiniones diversas; pues si el Taquígrafo del ministerio dice *muy bien*, y el de la oposicion *muy mal*, ¿cual de ambos merece crédito? Es verdad que por poca fe política que se tenga, queda el recurso de creerlos alternativamente uno y otro.

Si el Taquígrafo es un necio, depositará el discurso de un modo integral y completo, no omitiendo las menores circunstancias, como que el orador estornudó tres veces antes de empezar, y que al acabar derramó el vaso de agua sobre el portero que se lo servia; bien entendido que de todo el discurso no se acordará el lector mas que de aquel desgraciado fin y aquel desgraciado principio.

Al contrario si el Taquígrafo es hombre de gusto y talento, dará á la arenga del orador una hechura vistosa, fresca y primorosa, y hará que formen del orador un alto concepto sus mandatarios, lo que no dejará de sorprenderlos.

Despues de dos años de ejercicio, todo Taquígrafo puede ser un diputado excelente; pero no apostaria mi cabeza, ni el dedo meñique de mi mano izquierda, que todos los diputados se hallen en estado de ser buenos Taquígrafos.

## ORADORES ABOGADOS.

## PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Misma sesion, mismo asunto,  
mismo orador, mismo discurso.

Gorgias, nuestro célebre orador, ha estado desde el principio hasta el fin, vivo, nervioso, apremiante, remontando su vuelo sublime hasta los cielos, luchando contra los ministros con una agilidad, gracia y fuerzas nunca vistas, agotando todos los recursos de la elocuencia, toda la armonía de la palabra humana, el vigor del raciocinio, lo profundo y elevado de la elocuencia. Los centros agitábase y bullían de cólera, mientras que los ministros clavados en sus bancos, se anonadaban de vergüenza y ocultaban su rostro en las manos. ¡Lastimoso espectáculo! Después de un golpe tan terrible, no puede sobrevivir el ministerio, y lo que podemos asegurar á nuestros lectores es que ha quedado tan contuso y magullado que hay que desesperar de sus días. ¡Pobre ministerio!

## PERIÓDICO MINISTERIAL.

Misma sesion, mismo asunto,  
mismo orador, mismo discurso.

El discurso del abogado Gorgias es de un extremo al otro la obra mas pálida, floja y descolorida que puede darse en su género. Esa águila de la oposicion rasaba la tierra en su torpe y pesado vuelo, y era lamentable el verla agoviada bajo el peso de frases fofas y palabras huecas. La asamblea reia á carcajada tendida, mientras que llena de rubor la oposicion cuchicheaba y se mordía los labios de despecho. Este dia ha sido un dia de triunfo para el ministerio, y la consecuencia del discurso del orador de la oposicion, será, no lo dudamos, una imponente mayoría, pudiendo el ministerio mostrarse en su auge y brillo á sus amigos y enemigos. ¡Pobre Gorgias!

## ORADORES HOMBRES DE NEGOCIOS.

## PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

¿Puede darse una cosa mas curiosa que el ver abrir la boca al ministerio y desguñitarse diciéndonos al presentarnos Demades: Este es un hombre de negocios!

¡Un hombre de negocios! Mas valdria decir un trapacero de profesion, un enredador de baja esfera, un embrollon presto á sostener el pro y el contra de todas las cuestiones posibles, un ergotista de aulas que sabe en que se contradicen dos sentidos, pero no en lo que concuerdan; un escudriñador de ardidés y sutilezas que no acierta á elevarse al espíritu de la ley, y chapo-

## PERIÓDICO MINISTERIAL.

Sí, fisgones, Demades es un hombre de negocios, un hombre cuerdo que emite pocas palabras, pero todas á su debido lugar y con su debido efecto; cada argumento se encaja en el precedente, y su discurso recuerda esas fuertes cotas de malla que revestian los antiguos paladines de la edad media, sin perder el vigor y gracia de sus movimientos. Demades no se abandona á declamacion vana y hueca, ni busca el Océano en la Propóntida, sino queda apegado al asunto de que se trata, sin desasirse de él. Dialéctico robusto, Demades agarra con atlético brazo esas

## CAPITULO VII.

## DE LA RESEÑA DE LA SESION.

Hay esta diferencia entre el Taquigrafo y la Reseña de la sesion, que el primero solo pretende reproducir los discursos de los oradores, mientras que la segunda aspira á juzgarlos.

Poco nos conocemos la Reseña de la sesion y yo; hace unos quince años que la planté, pero la abandoné desde que la vi suficientemente amugronada. En el dia ha medrado, se ha instalado, se halla con todas sus anchuras en el orbe político, y recorre la metrópoli y provincia á manera de oráculo.

Si el orador es el hombre del dia, el redactor de la Reseña lo es del siguiente; si el primero se cuadra y domina en el reducido ámbito del parlamento, fuera de él, y para toda la nacion, no es mas que lo que place á la Reseña.

El juicio final de los muertos no tarda en llegar al orador. Apenas queda enterrado en su ataud de papel, cuando dos redactores de periódico se acercan del cadáver, y permanecen á ambos lado de este, como el demonio y su ángel, recitándoles *Pater noster* con murmullo de abejarron; y ambos lo hisopean, uno con un panegrico y el otro con una sátira.

En tanto como me lo permiten mis lejanos recuerdos, tengo presente que escribia mis reseñas con mas ó menos pasion, pero no por eso prescindia de la justicia, ni siempre decia mal de mis adversarios. Segun parece, desde aquel entonces ha ido perfeccionándose la Reseña, y algo en demasia, si se juzga por las muestras siguientes:

tea en el lodazal de los textos. Demades tiene siempre la pluma en la oreja, y delante el Código de procedimientos marcado con una multitud de señales blancas, azules, amarillas, rojas y violáceas. Si se le dice: — «La cosa es clara.» — Permítame Vm., responderá, distingo. — Si se añade: — Manténgase Vm. en los límites de la cuestión. ¿No ve Vm. que se trata de los oficiales de la marina? — Es muy cierto, responderá Demades, pero hay en el código de procedimiento civil, un artículo 330, el cual combinado con el artículo 287, y modificado por el artículo 518, presenta doble significación, y en este caso, me parece que me es lícito distinguir, y distingo en efecto, *distinguo*. Si hubiese una coma antes de la palabra *marina*, podriase sostener que no hay interrupción en el sentido; pero hay un punto y coma, lo que constituye un caso muy diverso, pues se suspende el sentido y queda trastocada todas las proporciones de la justicia, del procedimiento, de la gramática, de la ley, y aun de la constitución misma. «Sí, Señores, no lo duden Vms., la mayor parte de los imperios no han perecido porque se les haya acribillado á balazos, ni porque se les haya cercado de fortificaciones; no, sino porque el legislador no supo colocar una coma en su lugar debido; sí, Señores, una coma.» Y si se le hace nuevas objeciones Demades redarguye, diciendo: «Vuelvo á distinguir, pues bien me consta que Rebuffe, en la página 2597 de sus *Apologías*, y Bartolo en la paratítla 49 de su *Glosa pandectaria*, edición de Amsterdam, *Amsterdami*, pretenden que tal vez sería excesivamente riguroso que se perdiese un imperio por una coma; pero por otra parte Chicoisneau, en la edición principal de sus *Argumentaciones pro forma*, y Alberto el erudito, *Albertus eruditissimus*, en su *Suma*, título 20, capítulo 40, párrafo 77, nota 14, sostienen que hay que atender religiosamente á la coma, sin lo cual nada sería respetado en la naturaleza, y mas valdría, sin comparación alguna, que pe-

charlatanes de la oposición, esos retóricos que arrojan mas fuego que llamas, y los aprieta en los robustos círculos de su dialéctica, semejante al herrero que toma el metal candente con sus tenazas, lo bate, aplasta y tuerce á repetidos golpes sobre el yunque, y lo amolda con su mano vigorosa.

A menudo descubre con esfuerzos prodigiosos, los vastos depósitos de su memoria, de donde brotan rayos de luz y tesoros de erudición; otras veces, como ante un muro inexpugnable, detiene á sus adversarios con una cita, un texto, un hecho, una cifra, una fecha.

Demades es el repertorio universal del ministerio que lo coloca, por decirlo así, sobre su carpeta, y lo hojea á su gusto como un libro. Enciclopedia animada, marcha, se detiene, se abre, se cierra, se vacía, habla, calla según se pide. Personas tan útiles, tan concienzudas, tan positivas, valen mas seguramente para el despacho de los negocios que esos genios mas ó menos culminantes que pastan de pura ambrosía en las regiones del eter.

A medida que los aguiluchos vocingleros del partido de la oposición van á chocar contra las vidrieras, Demades les corta las alas con sus tijeras, y caen torpes en tierra.

Demades sabe perfectamente, y los repite como si leyese á libro abierto, los precedentes de la Cámara, las diversas aplicaciones del reglamento, la concordancia de los decretos y leyes, la jurisprudencia de las sentencias, las interpretaciones de la doctrina, las paridades y antinomias, los orígenes del derecho, la conferencia de los artículos, los trámites de un procedimiento, el sentido aparente y el sentido íntimo de una circular, las excepciones, los términos y artículos de incontestación.

No hay medio de cogerlo descuidado, pues día y noche vela con el Código bajo el brazo, en torno del campo; al contrario conviene precaverse contra las zancadillas y abrojos que tiende contra el enemigo.

Si en el fondo del debate queda al-

reciese el mundo. — ¿De qué manera, prosigue Demades, se pueden reconciliar tan violentas antinomias, después de tan sapientísimos glosadores, sobre todo amando á su rey y á su patria? Es materia difícil, Señores, y distingo.

Y, como, para librarse de tantas distinciones, cada diputado toma las de villadiego, Demades agarra por un botón de la casaca al portero de servicio que es el último que intenta escapar, y se lo arranca, dichoso de ponerse en salvo á este precio, mientras que continua Demades: Distingo y argumentaré: *distinguo et argumentabor*.

Tal es el hombre de negocios del ministerio.

guna razon oculta, no tarda en descubrirarla; si algun manantial descuidado, lo apura, alguna faz oscura, la alumbraba. Al concluir, sus argumentos se hilvanan entre sí y de tal modo se aprietan, que abruman la oposición con su implacable lógica.

## ORADORES MILITARES.

## PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Hoy hemos oido al general Crisipo. ¡Qué discurso! ¡Qué andar de beodo, qué mirar fijo, qué voz temblona! El general se figuraba sin duda que hablaba en un cuerpo de guardia. Arenaga mas estafalaria, mas ridícula, mas despilfarrada no es posible figurarse; el digno guerrero acribilla la gramática, vocifera, anlla, se enronquece, divaga, sale de la cuestión, refiere de paso aventuras de otro mundo, da en la barandilla de la tribuna repetidos golpes de corte y de plano, y hasta nos ha parecido que buscaba y procuraba echar mano á su sable. ¡Dios nos asista! Venid, porteros, y llevad ese alboratador, ese camorrista á la sala de policía.

## PERIÓDICO MINISTERIAL.

Tan intrépido y denonado en la tribuna como en presencia de las baterías enemigas, Crisipo habla con firmeza, ciencia, tino y decoro; áspero pero sincero, osado mas sin temeridad. Tal vez no rebosa su estilo de flores, no sus períodos brillan por la excesiva cadencia; pero lo cierto es que dice buenas verdades, y que sus discursos cortan como un hacha. ¿Que puede importarnos en la situación presente las cuestiones de ortografía, y saber si se debe poner una *t* ó una *s* de mas ó de menos? Se trata de salvar la patria, y Crisipo la salvará tanto por su elocuencia como por su valor.

## ORADORES POETAS.

## PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Ctesifon declina visiblemente, y hoy lo hemos visto anegarse en la mas fofa y descolorida fraseología. Su estilo de tribuna carece de la cadencia poética, como igualmente de la andadura libre

## PERIÓDICO MINISTERIAL.

¡Qué grande orador! ¡Qué magnífico poeta! ¡Qué rastros de luz deja tras sí la palabra de Ctesifon! ¡Como, de una sola mirada abraza los confines del horizonte europeo! Camina y en

y firme de la prosa. Por otra parte, Dios nos libre de esos poetas-oradores que remontan su vuelo de cisne y desaparecen mas allá de la region de las nubes. Tratábase, como todo el mundo sabe, de un nuevo impuesto de puertas y ventanas, y hete aquí que el audaz poeta se interna en las arenas de la Libia y va á consultar los oráculos del dios Memnon. Dejemos á los aficionados de los sonidos é imágenes los prestigios de la poesia, y no perdamos de vista que al tratar de cuestiones económicas, es necesario hablar el lenguaje práctico de los negocios. Los sacerdotes de Menfis, los habitantes del mar Caspio, los Romanos del Coliseo, los Libios y el dios Memnon, no pagarán, á lo que sepamos, nuestros centimos adicionales. Ctesifon se complace en tañer su lira con toda clase de cantos, pero seguramente para aliviar al pueblo y defender la libertad no bastan los suaves sonidos del armónico instrumento. Si se tratase de representar en la escena el furor de Orestes, ó de cantar un himno epitalámico, ¡ presto estaríamos á dar á Ctesifon los debidos aplausos.

## ORADORES FILOSOFOS.

## PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Eudámidas, ese aguilucho de la filosofía, se ha perdido en las nubes en su primer vuelo. Bostezaba la asamblea, bostezaba el presidente, bostezaban los porteros, bostezamos nosotros mismos solo al recordarlo, y tal vez hacemos bostezar al lector solo con decirlo. La filosofía es el arte de conocerse á sí mismo, y Eudámidas es filósofo; ¿ cómo pues no acierta á comprenderse lo bastante para saber que es imposible que haga comprender á los demas lo que él mismo no comprende? Créeme Eudámidas, inútil es que abajes tu vuelo, inútil es que salgas de tus nuharrones, ó, si quieres, de tu esfera trascendental. Este mundo y sus nego-

tres pasos recorre el universo, desdeña el presente, lee en el porvenir, semejante á la antigua sibila, cuando convulsa y avasallada por el dios interior, ó á Moisés coronado en el monte Sinaí con los rayos de Dios vivo. ¡ Qué periodos melodiosos! ¡ Qué soplo emanado del alma! ¡ Qué olas de armonía! Su palabra parecia correr por una arena dorada, rodeada de praderas y flores. Desde el principio de su discurso se insinua Ctesifon con una suavidad irresistible, atrae y subyuga los espíritus mas rebeldes, y espiran á sus plantas los murmullos flotantes de las pasiones políticas. Hoy ha logrado Ctesifon el mas apetecible de cuantos triunfos hubiera podido desear, y mucho tiempo despues de haber bajado de la tribuna, quedaron los oyentes sumergidos en el éxtasis de un santo recogimiento, volviendo á menudo sus rostros al puesto ya desocupado, sin poder apartar el oido del encanto de su palabra.

## PERIÓDICO MINISTERIAL.

¡ O filosofía, hija de la idea, ciencia del alma, sabiduría de las naciones, ¿ no eres tú la que reinabas en Grecia y Roma? ¿ no eres tú la corona sublime de la política? ¿ no eres tú la que acercas el hombre á Dios? ¿ no eres tú la que presides á nuestras palabras y á nuestros discursos? ¡ O filosofía! tú consuelas los empleados subalternos cuando su escaso sueldo no les basta! Tú enseñas á los contribuyentes á contentarse, á pesar suyo, de lo poco que se les deja; á los ministros á prometer mas de lo que pueden cumplir; á las naciones que perdieron la gloria, á gozar de la halagüeña dulzura de una paz armada, y á los mismos reyes á

economizar en la prosperidad para abdicar en la desdicha con manos llenas. ¡ Honor pues á la filosofía! ¡ Honor sobre todo al filósofo Eudámidas! Eudámidas ha estado feliz, ha estado admirable en la sesion de ayer. ¡ Qué cúmulo de imaginacion y ciencia en esa cabeza calva que inclinaba el peso del pensar! ¡ Qué misterioso poder en esa palabra lenta y solemne como el ruido nocturno de los grandes rios! Jamas Platon, bajo las sombras de la Academia, habló con mas maguificencia la lengua de los dioses! Nunca se ha penetrado mas en los tenebrosos repliegues del corazon humano; y si Eudámidas no ha hecho adelantar mucho la cuestion, si la ha dejado debatirse y arrastrarse en el mundo vulgar de las realidades, culpa ha sido de la cuestion y no del gran filósofo.

## ORADORES EPIGRAMATICOS.

## PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Lisis ha asestado hoy sus saetas al banco de los ministros con un acierto y una felicidad increíbles, hiriéndolos en la cabeza, en las piernas, en los lomos y en todo el cuerpo, en una palabra dejándolos en llaga viva. Los ministros irritados se agitaban inquietos como esos toros acribillados de rejonas, que se sacuden y braman, cayendo enfín desangrados en la arena. ¡ Qué chistoso, qué agudo, es ese condenado de Lisis! Hasta á sus mismos adversarios desarma con su sal, y es capaz de hacer reir á un muerto. Lisis se juega de todas las dificultades, que resuelve con tanto acierto como rapidez, prefiriendo los golpes de alfiler, á la masa que machuea. Bástale una palabra ligera, para decidir la cuestion mas ardua, y con un dardo acerado, fino y punzante, perfora de parte á parte las mas templadas armaduras, los broqueles mas resistentes, y derriba en tierra al gigante mas descomunal, sin que sepa como ni cuando, ni de donde le vino la saeta. Lo que no

## PERIÓDICO MINISTERIAL.

Lisis es el lilipuciense de la tribuna, y posee un almacén, ó si se quiere un monton de epigramas afiladas por el cabo, todas iguales y con sus rótulos. Cuando va á la guerra, arma su pequeño arco, y dispara sus saetas cuya mayor parte ondean por el aire y van á caer á sus piés. Guárecese á veces tras una mata de yerba, y otras tras una hoja; va, viene, se multiplica, se remolina, se desparrama, se desgaña, se evapora. Pero con pinchazos de alfiler se consigue cuando mas irritar los gigantes del ministerio, y no se cogen leones con telarañas.

¿ Cuando llegará á comprender Lisis que la monotonía puede proceder del excesivo chiste no menos que de la necedad; que las materias serias deben tratarse de un modo serio, y que no conviene que un orador se proponga á sí mismo y continuamente á la sagacidad de nuestros Edipos parlamentarios bajo la forma de un logógrafo ó una charada; que cohijándose continuamente tras de un equívoco se triunfa

puede decir, lo deja adivinar, y en efecto se conjetura, siendo la argumentación de Lisis tan trasparente como una gaza, y trabajando ese endiablado orador en cierto modo como la abeja bajo el cristal, sin que se le pueda coger ni aun por las alas.

¿Y quién logrará asirlo cuando el maldito se oculta, se desliza, revolotea y se escurre á la vista? ¿Válgame Dios! ¿Qué chistoso es ese picaro de Lisis!

Tal es la imparcialidad digna de elogios con que los periódicos de la oposicion y los ministeriales dan la Reseña de la misma sesion, mismo asunto y mismo discurso. Cuando no tiene otra cosa que hacer, la Reseña la toma con los oradores de segundo orden, y, segun le cuadra los despacha y expone á los encomios ó silbidos de los palurdos de los departamentos.

### ORADORES UTILITARIOS.

#### PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

¡Viva Neodemo! Todo el santo dia nos ha machacado con su carbon de piedra y remolacha. ¿Qué le hemos hecho para que así nos muele? ¿Qué necesidad teniamos de saber como, antes del diluvio, se depusieron y acumularon, unas sobre otras, las fibras de los árboles en el seno de la tierra, ó cuantas partes de azucar contiene la remolacha?

Neodemo, que es físico, geólogo, metalúrgico, químico, alquimista, agricultor, literato, orador, y además fabricante, está pronto á decir cuanto sabe, pero mas valdria que no dijese tanto. Se halla en posesion de la tribuna, por via de turno, encuentra la ocasion buena, no quiere desperdiciarla, ni omitir un solo pormenor; así en consecuencia nos mostrará en su arenga las raices con sus hojas, el vapor que sube, las calderas que humean, los rodillos, los tajaderos y secadores; raspa en presencia de todos

sin gloria, y que antes de ser infiel á su opinion disfrazándola, conviene encerrarse con ella en la dignidad del silencio.

#### PERIÓDICO MINISTERIAL.

Ciertamente conviene reconocer con la imparcialidad á la que siempre ciegamente obedeceremos, que el honorable manufacturero que nos ocupa, no está muy versado en las delicadezas del lenguaje florido, ni muy habil en materia de sintaxis; tampoco negaremos que se explica de un modo pesado y desmeñado; pero en cambio nadie podrá negar que es un hombre especial, esencial, positivo, sólido; un hombre que goza de alta y merecida consideracion tanto en el lugar que habita como en otras partes; un hombre que ha meditado mucho sobre los minerales y raices, sobre los abonos de la agricultura, sobre los procederes de fabricacion, y sobre el empleo mas fructuoso de capitales. El discurso de Neodemo debiera servir de modelo á tantos oradores huecos, pues es seguramente un discurso cuajado de ciencia, rebotando de hechos y cálculos, discurso económico, práctico, político

el precioso tubérculo, extrae su jugo, lo hierve en grandes calderas de cobre, y nos conduce de proceder en proceder hasta el último residuo: separa el azucar blanco del terciado, los envuelve en papel gris y manda que traigan los pesos. Por Dios, Neodemo, detente, que bastante sabemos, y aun demasiado; dinos cuanto antes la tasa fija ó proporcional que quieres que se establezca, y acabemos de una vez. Y aun así. ¿No vez que fatigas al auditorio, y que cada uno coge su sombrero y se marcha? A lo menos si hablases siquiera francés.

y patriótico, que la asamblea ha escuchado durante dos horas con el mas religioso silencio.

Tal vez podrá creerse que mostrará mas imparcialidad la Reseña en la apreciacion moral de los caracteres. Véamos:

#### PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Difilo ha tenido muy mal éxito, y así debía ser, pues los grandes pensamientos vienen del corazón, y Difilo carece de corazón, entrañas, sentimientos elevados, y verdadero amor de la justicia y de la patria. Adulador juramentado de todos los poderes, Difilo ha paseado en todos los campos en que sucesivamente ha combatido las apostasias de su fe política, y los cambiantes colores de su bandera. Difilo ha abandonado al gobierno anterior por el actual, y abandonará este por el futuro. Enemigo peligroso de la libertad que por detrás ataca, naturaleza muelle y cenagosa de la peor especie, defensor del orden por tono, amigo de la paz por miedo, aristócrata por vanidad, cortesano mañoso, sensual y codicioso, ente corrompido, corruptor, bajo, insolente y sobre todo ambicioso; listo siempre á ponerse todas las máscaras y empujar al abismo los gobiernos que caen, á defender las usurpaciones triunfantes, comprar las conciencias ajenas, y vender la propia: tal es Difilo.

#### PERIÓDICO MINISTERIAL.

¡Difilo! ¡Oh! todo cede, todo se dobla bajo su fulminante elocuencia. Añádase á esto, el mas noble caracter, un temple varonil, una palabra austera. Sencillo en sus costumbres, desinteresado, virtuoso, religioso, perseverante, zeloso amigo de la patria, mientras que tantos otros corren tras los favores de una popularidad impostora, Difilo arrostra los furios de las facciones con alma serena, con denodada frente, ahogando como Alcides en su cuna las sierpes de la sedicion, combatiendo infatigable por la religion, las leyes y la paz. Difilo tiene consigo todos los hombres de bien, en sí mismo su conciencia por testimonio, y por juez la posteridad.

Si el orador es ministerial, el periódico ministerial, y lo mismo digo del periódico liberal para con los liberales, le presta la

trompeta permitiéndole tocarla con toda la fuerza de sus pulmones.

Si el análisis mismo de la Reseña fuese demasiado largo para una digresion, ó demasiado corto y frio para una obra maestra, leeráse al dia siguiente en los periódicos lo siguiente :

## PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

La arenga del señor Ergasto ha sido mas pesada que de costumbre, y por tanto creemos oportuno no insertarla en obsequio de nuestros lectores; demasiado ya es que tanto haya hecho bostezar á la asamblea.

## PERIÓDICO MINISTERIAL.

El discurso del ilustre Ergasto ha sido tan patético, tan hermoso, tan lógico, tan completo y tan bien encadenado, que escapa á toda análisis; por lo cual nos parece conveniente reproducirlo en extenso y publicarlo íntegro, para ofrecerlo á la admiracion de nuestros lectores.

Váyase ahora á buscar una pintura verídica del talento, carácter é influencia de cada orador en el pro y contra de las Reseñas. El mismo hombre es aquí un orador incomparable y allá un charlatan, un santo ó un impío, un gran ciudadano ó un sedicioso, un realista ó un revolucionario. Aquí la asamblea ha aplaudido con frenesi, estremecidose de entusiasmo, llorado de admiracion; allí ha reido de compasion, bostezado y desocupado el puesto. Aquí el orador es un coloso, allí un enano; aquí se reproduce por entero su discurso que ocupa seis columnas, allí no se le inserta ni en fragmentos. Por último aquí se lleva en triunfo el ministerio y se pondera su valor y su virtud; allí se le tacha de infamia y se denuncia á la nacion por crimen de escándalo é inmoralidad.

Y lo mas curioso, y lo que no hay que perder de vista es que, en tan contradictorias apreciaciones, se trata siempre del mismo personage, y concluya el lector si puede.

Muchas otras cosas podria decir si no temiese malquistarme con los señores periodistas de todas opiniones, que honrar debo y que honro, que debo respetar y que respeto infinitamente, que harto me han atacado y vituperado para que no tema que vuelvan á hacerlo con mas virulencia, y que al mismo tiempo me han tratado con un favor que no deseo que me escaseen. ¿No son por ventura ellos los que distribuyen ese pan cotidiano, ese bizcocho ligero y esponjoso llamado la gloria, de que somos todos tan golosos? Así por nada en el mundo sostendré yo que todos los perio-

distas, ni varios de ellos, ni uno solo, sean tan absolutos, tan incisivos y tan parciales para no ver en un orador sino motivos de alabanza ó vituperio. Fuera de esto la culpa es mia, y á mi deben atribuirse los pecados de excesiva sátira y exclusiva apologia que con este motivo se cometen en la prensa todos los dias.

Permitidme, queridos lectores, que en vuestra presencia, recite mi *confiteor*.

Acúsome con todo mi corazon y pido perdon á Dios y á los hombres de haber inventado la Reseña, una cosa empero tan bella. Cuando digo inventado es cierto modo de hablar algo presuntuoso, pues pertenezco á un tiempo y país en que nada se inventa, y en el dia, mas que en ninguna otra época, cuadra el decir que nada nuevo hay bajo el sol.

## CAPITULO VIII.

DE LA TÁCTICA GENERAL DE LA OPINION DE LA MAYORÍA  
Y DEL MINISTERIO.

El estudio de la táctica entra por mucho, y estoy por decir que es casi todo en la elocuencia parlamentaria.

I. El arte, el arte grande de la Oposicion es el suplir por el valor al número, por la habilidad estratégica á la brutalidad de los gruesos batallones. Conviene distribuir y variar los papeles, y saber quien empeñará el combate y en qué terreno; cómo deberán moverse las tropas; si romperán el fuego antes ó no de los contrarios; qué parages serán los sostenidos y cuales abandonados. Los Temporizadores, los Cuestionarios, los Lógicos, los Patéticos, los Incisivos deben formarse en batalla y atacar sucesivamente sin romper los rangos ni abandonar la línea; las baterías ocultas deben ser descubiertas de un modo oportuno; y no conviene dejar para el día siguiente el plantar las banderas y contar los muertos. Si se siente el ejército mas debil debe escalonarse en las alas del centro, tirotear, cargar de flanco, fingir ataques, atrincherarse, defenderse de posición en posición, ya á descubiertas, ya á hurtadillas, hasta que venga la noche y deje indecisa la victoria. Si el ejército se siente mas fuerte debe cargar á los flancos del enemigo, estrecharlo, hostigarlo, rendirlo y obligarlo á declararse vencido.

Desgraciadamente la oposicion ha sido siempre indisciplinable, y cuando ha triunfado únicamente ha sido por efecto de su coalicion accidental con las fracciones separadas del centro, que le comunicaban la recta lógica en los procederes y el acuerdo en el ataque y el voto.

Nuestros hombres de la Oposicion no imitan en el combate ni el triángulo agudo de la falange griega, que atravesaba los escua-

drones enemigos, ni el orden profundo de los Romanos, ni el batallon cuadrado de Napoleon que vomitaba fuegos por sus cuatro costados, sino corren, se arrojan, se apuntan, se desparraman, se replegan en desorden, á manera de guerrillas, habiéndose siempre negado obstinadamente á alistarse bajo un gefe. Dice cada uno que es independiente, y que solo obedece á su conciencia; todo esto es muy bueno, muy hermoso, muy sonoro; pero tambien es cierto que esa pretendida conciencia es puro orgullo, y esa blasonada independencia mera anarquía. Hay tantas opiniones como cabezas, tantos soldados como capitanes; combatientes y no ejército, oponentes y no oposicion. Conste una vez por todas que toda oposicion que no es sistemática carece de carácter, de principio, de influencia, de objeto y aun hasta de nombre; incapaz de servir á la Francia ni aun de servirse á sí misma, una mezcla informe de colores rojos, azules, blancos, verdes, con variedad de matices mas ó menos subidos. ¡Qué precioso cuadro!

Hay quien promete que hablará, que será elocuente; mas hay ocasiones en que mas valdria callar que serlo: pero ¿cómo hacer? Señalado está el día, distribuidos los billetes, inscrito el orador, aprendido el papel, el público reunido. Todo se arriesga, se perora, piérdese la causa que es la de la nacion entera; pero al día siguiente dirán los convidados al orador, que estuvo magnífico, y los periódicos de su partido no se cansarán de elogiarlo.

Aristo habla con un torrente de palabras, con ademanes estrambóticos y contorsiones de boca inexplicables; el sudor chorrea de su frente, su voz se vuelve ronca, su pecho no puede ya resistir, sus piernas se niegan á sostenerlo. Es necesario llevarlo á su casa donde lo espera un baño aromático; pero pregúntesele el estado de la cuestion; ¿qué le importa? Su intento fue tan solo hablar durante una hora.

¡Una hora! Celoso Timantes pasará toda la noche en compulsar *el Monitor* y las Glosas, no sea que se diga que Timantes ha discurrido menos de dos horas, puesto que Aristo, un abogadillo, ha ocupado la tribuna durante una entera. ¿Qué importa que agotada esté la materia? Timantes no pretende ganarla sino meramente perorar, y perorará. En consecuencia remontará la cuestion y la llevará mas lejos que ninguno. Exposicion de los hechos primordiales, argumentacion en forma, descripciones variadas, comentario doctrinal, citaciones de autores, lectura de piezas,

chistes graciosos que hagan reír las personas mas austeras, razonamientos bien encadenados para complacer á los lógicos, movimientos oratorios para conmovir la pasión, digresiones interrumpidas para refrescarse, primera, segunda, tercera y cuarta peroracion, todo lo pondrá en movimiento, ningun resorte dejará tranquilo. Ni los murmullos de sus adversarios, ni los continuos bostezos de sus amigos, ni su voz que decae, ni las luces que se apagan, ni la sala que desocupan los circunstantes, nada será suficiente para hacerle bajar de la tribuna antes que estén concluidas las dos horas. ¿Qué se necesitaba para la cuestión? tres palabras.

II. La Mayoría sigue otra senda: dicese que al cabo de cuatro meses de escuela de peloton, son excelentes soldados los visos franceses; menos tiempo basta para adiestrar á un buen ministerial. Los diputados mas novicios, los recientemente desembarcados, los inocentes, no necesitan mas que tener continuamente la vista fija en el banco de la corona, y acordarse en el momento de votar de la palabra de Casimiro Perier. « ¡ Señores, atencion, en pié! »

Los Ministros deben emplear varias especies de táctica con sus mayorías flotantes que les depara la fortuna. Poca mella puede hacer en ellos la lógica, contando el partido tan pocas personas que racionen; poca la elocuencia en gente tan desprovista de imaginacion; la religion tendrá algun efecto en las personas religiosas. Pero habléselos de interés personal, y harto comprenderán los interesados; metéselos miedo y todos enmudecerán. Es cosa segura: cuando agotados están todos los medios, todos los recursos, si la mayoría permaneciese sorda, inerte, rebelde y murmuradora, no hay mas que meterle miedo para poder contar con ella.

Hay en nuestras Cámaras mas gentes de lo que se cree que, en mas de una ocasion, se ocultarian y desaparecerian bajo sus carpetas. Estos tales desean que se les salve: tal es su gusto y su capricho, y á ello están acostumbrados. Si el ministro no concluyese su arenga diciendo que quiere sacrificarse por ellos y salvarlos á toda costa, se creerian perdidos, al paso que desconceptuado y perdido quedaria el Ministro que olvidase este estrivillo.

Podrá objetarse que este es un medio de melodrama; y no cabe duda en ello. Pero ¿ acaso difiere el público de la cámara del que frecuenta los teatros en que tienen lugar tales representaciones? El terror, señores, el terror en las Convenciones, el miedo,

el miedo en nuestras pequeñas Cámaras, tal es el gran resorte á que hay que acudir.

La Oposicion juzga de lo que debieran ser los Ministros segun lo que deseara que fuesen, y los censura de carecer de plan, de sistema, de voluntad, de mayoría compacta y llena de abnegacion, presta á seguirles por entre las rocas y á orillas de los precipicios. Pero los Ministros se sirven de lo que tienen á mano, y cuando los ministeriales solo encierran gente amilanada y sin vigor, procuran apoyarse en las Mayorías; no quieren ser humillados, pero no les disgusta que se les amoneste, que se les riña, y aun el ser violentados, pues así se creen libres de toda responsabilidad, y quedan satisfechos al ver que se les dispensa de la pena de pensar y del apuro de escoger. Si al contrario sienten las riendas flotantes en la cerviz, están inquietos, miran en torno y temen descarriarse. Así es necesario apretarles el bocado y ponerles anteojeras para que no se espanten y procedan por el camino derecho.

Un gefe de la Oposicion debe conducir su tropa sin aparentar que la conduce, pues cuenta con gente vanidosa; pero, cuando se trata de la Mayoría, el Ministerio debe capitanearla con fiereza, pues trata con pusilánimes.

En general mas vale manejarla á latigazos, que el ponerse de hinojos y tomar un aire contrito. Si los carneros pudiesen escoger, no buscarian para su custodia otros carneros, sino perros vigilantes y ladrones, á riesgo de ser mordidos por ellos; lo mismo sucede con las Mayorías.

No obstante, en ciertos casos excepcionales, cuando la Mayoría se compone de hombres menos timoratos que vacilantes, no hay que andar con ademanes turbulentos ni cuadrarse como dominador, porque darán el nombre de prudencia á su timidez, é independencia á su falta de resolucion; y en estos casos mas vale ocultar las riendas que ponerse adelante y tirarles de la brida.

Dejar las almenas, abrir la poterna y precipitarse en el campo de la Oposicion, es paso que caracteriza á veces un habil táctico; pero importa estar seguro de la victoria, pues si se retrocede, la Mayoría huye precipitada y deja aislado al caudillo.

Igualmente apostárselas con la Mayoría cuando titubea y es preciso forzarla, es un recurso al cual pueden recurrir los Ministros en ciertas crisis parlamentarias.

En estas ocasiones, los miembros de la Mayoría, cogidos así

desprevenidos, experimentan una horripilacion fria, se apiñan unos contra otros, y se hablan poco mas ó menos en estos términos: « ¡Dios mio! ¡Dios mio! en qué apuro nos han puesto los Ministros con su inesperada resolucion! ¿Cuándo tendremos la energia suficiente para escoger otros? Si á lo menos tuviesemos algunos dias para pensar; pero no, hay que obrar instantáneamente. ¿Y de quien echaremos mano? ¡Qué responsabilidad! ¡Qué poco risueño es todo esto para nuestros empleos y nosotros mismos!... Pero enfin... tanto ó mas vale conservar estos, que una nueva crisis ministerial, ¿porqué reñiríamos por tan poca cosa? »

Tal es el efecto del remedio heróico. No obstante hay que andar con tiento, no sea que el remedio en vez de sanar, mate no al enfermo, sino al médico.

Citemos aun algunas máximas generales.

Conviene evitar ese error tan esparcido, que la masa de diputados se deja arrastrar por los movimientos oratorios.

Nuestras Cámaras, procedentes de los departamentos, distan mucho de un cuerpo de literatos, y la elocuencia, como las manzanas de oro del jardin las Hespéridas, no están al alcance de todos. Además para ser inteligente se requiere gusto, y un espíritu sensible y delicado para ser un mero aficionado. Las Mayorías, como las masas populares ó militares, deben ser conducidas con un arambel blanco ó tricoloro al cabo de un palo, lo que significa, segun las ocasiones: ¡Viva el Rey! ¡viva el Emperador! ¡viva la República!

Un Ministro puede decir que responderá mas tarde, pues eso arguye prudencia; mas no debe quedar sin responder, pues eso implica ignorancia.

Un Ministro que habla continuamente de la probidad, da á entender que es un bribon; de su vigilancia, que es un perezoso; de su gratitud, que es un ingrato; de su valor, que es un cobarde.

Un Ministro no debe echar baladronadas en presencia de los embajadores extranjeros, ni mendigar notas de aprobacion por el correo de la tarde, ni hacer al amor propio de sus adversarios las injurias que hace á sus opiniones. Fuerte contra las objeciones, moderado contra las injurias, tal debe ser su carácter.

Los Ministros iracundos levantan la cólera de la Oposicion como los vientos recios excitan las tempestades. Al contrario, como un céfiro suave aplaca las ondas mugidoras, calma el enojo de la asamblea la afabilidad de los Ministros.

Estos deben defenderse por sus obras mas bien que por protestaciones, por hechos mas bien que por teorías, por precedentes y no por hipótesis, por ejemplos históricos y no inducciones filosóficas. La hinchazon de language ridiculiza á un Ministro.

Simples deben ser, pero exactos, pues podria creerse que mienten; breves pero llenos, para que no se piense que carecen de ánimo.

Si generalizan en exceso, diráse que evitan las objeciones; si entran en pormenores mas de lo que es debido, podrá tachárseles de descuidar el alma del negocio.

Lo que blasona de ser elocuencia ministerial no es mas que elocuencia falsa, lugares comunes de moral y órden público, fraseología, declamacion, temas manoseados, senda trillada.

La verdadera elocuencia brota de la vehemencia de las pasiones, de la inspiracion, del fuego del alma, del arrojito instantáneo. ¿Puede haber para un hombre de estado mayor escollo que tan nobles facultades? En efecto, un hombre de estado debe saber lo que va á hacer, ocuparse de lo que debe callar aun mas de lo que debe decir, domoñar las pasiones propias y las ajenas, desconfiarse del entusiasmo, detenerse, si necesario fuese, en medio de su triunfo, para darle mayor seguridad, y no dejar nunca caer esas palabras iluminadas que recoge la prensa como juguete.

Sin embargo, si se halla amenazada la independencian nacional, si se trata de vengar la libertad ultrajada, si hay que forzar las espesas resistencias del interés material, entonces licito es á los Ministros el ser elocuentes, con tal que sea de un modo sencillo y breve.

Por desgracia todos estos preceptos de retórica reciben rudos mentis de la Mayoría; y en mengua de la especie parlamentaria, hemos visto Ministros, con su voz gruesa y tosca, producir mas efecto que los Demóstenes y Mirabeau, esos rayos de la elocuencia. Los del centro con la boca abierta, el ojo fijo, y extendido el cuello, parecian suspendidos á sus labios y parecian decirle: Adelante, cómico, adelante, metednos miedo, si quereis darnos gusto.

## CAPITULO IX.

DE LA TÁCTICA PARTICULAR DE LOS MINISTROS DE CADA DEPARTAMENTO.

Prescindiendo de sus deberes generales, los ministros de cada departamento tienen deberes particulares que desempeñar.

I. Asi un Presidente de consejo debe conducir la discusion mas bien que discutir él mismo, como un buen director de orquesta que con la mano levantada evita las disonancias y faltas de compás. Tampoco debe hablar cuando la ocasion no lo vale, y cuando valdria mas callar; y aun en el caso en que lo diese de sí la materia, no debe tampoco ocupar la tribuna como un abogado que tiene que defender una larga causa. Al Ministro toca empeñar el combate, colocar en la linea tal tropa de vanguardia, enviar tal cuerpo de reserva, y á tocar si es preciso la retirada. Por último debe castigar severamente las faltas de disciplina, y no permitir por el honor de su penacho, que cuente el ejército muchos gefes, muchas voces de mando, muchos planes de batalla.

II. Un Ministro de negocios extranjeros debe resentir mas que otro los desaires que puedan recaer en honor nacional y ser mucho mas quisquilloso en este punto; no obstante no debe decir mas que lo necesario, y con una energia moderada; y aun contenerse en los limites de la mayor reserva, si así lo exige el bien del estado, negándose á responder á las interpelaciones de los miembros de la Cámara; no olvidando que los embajadores extranjeros acechan sus palabras para trasladarlas caritativamente á sus amos emponzoñadas de comentarios. Debe asimismo un Ministro de negocios extranjeros ser sobrio de teorías, exponer los hechos con sencillez, y dejar que saquen de ellos inducciones; no atraer las tempestades políticas, escribir sus discursos, moderar sus improvisaciones y encerrarse en su especialidad.

III. A un Ministro de la guerra ó de la marina toca mostrar

mas zelo que otro alguno por lo concerniente al valor, patriotismo y buena reputacion de las fuerzas de mar y tierra. El primero es en la Cámara el porta-bandera, y el otro el porta-pabellon nacional; y ambos, representando el honor, conviene que hablen el mismo lenguaje. No obstante no deben ser fanfarrones en sus ademanes, ni hacer resonar en los oídos el rastro de la vaina de su espada, si bien en ciertas ocasiones no desagrada en sus bocas cierta valentía en las palabras, é igualmente un hablar franco, expresiones ingénuas, discursos algo recios y toscos, bastando que se produzcan algo mejor que en campaña ó á bordo. Asi se les perdona fácilmente las faltas gramaticales, los barbarismos y hasta los juramentos; mas saldrian de su esfera si interviniesen en la polémica de los demás ministerios, si se jactasen de oradores; y se creeria que por haber aprendido el oficio ageno ignoran el propio, y que no descuellan en el manejo de la espada. Un ministro de la guerra ó de la marina debe hallarse siempre listo á dar las mas extensas explicaciones sobre los hechos, cifras y gastos de su departamento, y con tanta mas razon, cuanto que no se le exige que haga un discurso sino que hable meramente de negocios; pero importa que esta conversacion no degeneren en divagaciones y hablillas, y en la tribuna como en la guerra conviene no apartarse del fin é ir recto á él.

IV. El Ministro de la justicia debe ser sencillo y lúcido en sus exposiciones, profundo en la interpretacion de las leyes, decente en sus refutaciones, grave en su porte, su accion, su voz, sus hábitos y maneras. Pero cómo generalmente salen de la clase de los abogados llevan á menudo á la tribuna el gusto y ademanes de la curia, la intemperancia de gesticulacion, la verbosidad campanuda y la hinchazon de los tribunales. Hay tal Ministro de justicia que bulle, se agita convulsivo y espumea como si estuviese en el trípode de la Pitonisa, invocando á gritos los dioses del Olimpo y las diosas del Tenaro. Sus ojos parecen querer salir de sus órbitas, su corbata se desata, se hinchan sus venas, y el portero de servicio se inquieta y se pregunta si no será bueno ir á buscar un cirujano para que le sangre. Se corre el telon, y durante el entre acto los espectadores de la alta tribuna se dicen entre sí: « ¡Qué bien representa el picaro el melodrama! Seguramente no va en zaga á Federico Lemaître! (1) »

(1) Actor frances célebre en melodramas.

V. Se exige generalmente que el Ministro de la instruccion pública sepa hablar francés.

VI. Algo mas se exige del Ministro del interior : salarior delatores para calumniar á los hombres de bien ; pervertir las costumbres para enervar los espíritus ; cerrar los oídos á canciones obscenas, y apartar la vista de los grabados libertinos y novelas infames ; urdir tramas y zancadillas contra los incautos ; paralizar la prensa departamental por la persecucion de los impresores ; arruinar la prensa de la capital por medio de multas y prisiones ; organizar talleres de injurias en las guaridas de la policía ; pagar las letras giradas por los prefectos para la compra de los votos ; intimidar á los pusilánimes por la destitucion ; ganar á los ambiciosos y vanidosos por promesas de empleos, cruces, gracias personales y locales ; confesar con descaro la violacion abierta de la ley ; favorecer tan solo á los artistas, sabios y poetas que por un poco de oro vendieron su alma ; prostituirse á los Tigelinos de la Corte ; descuidar la administracion por la policía, los intereses departamentales por los de la capital, el cuidado de la nacion por el cuidado de un hombre ; mentir con desfachatez, y atropellar su conciencia. Y despues subir á la tribuna con aire de ingenuidad, hablar de su inocencia original y sin tacha, de su amor por la Carta, la virtud y la libertad, de su respeto por la prensa, de su admiracion por la independencía y sinceridad de las elecciones, de su vigilancia, celo y talento para gobernar el país. Tal es lo que, en desdoro suyo y mengua de la nacion, efectuan los malos ministros del interior.

¡ Ay Dios mio ! ¿ A qué golpearse el pecho y bajar los ojos con aire contrito ? ¿ De qué sirve cubrir la vacuidad de las cosas con la compostura de las frases ? Lo que conviene es purgar la urna envenenada de las elecciones ; proteger las artes y no ciertos artistas, las letras independientes y no las serviles, emplear los fondos secretos para afianzar la seguridad del Estado y no para venir en ayuda de las pasiones y orgullo propio, reprimir la prensa obscena que corrompe, y no la prensa seria que discute, ser ciudadano y no cortesano, gran administrador y no gran director de policía, no perder nunca de vista los derechos de la libertad y los menesteres de los pobres, la pureza de las costumbres y la gloria de la patria ; tal es lo que se requiere para ser un buen Ministro del interior.

VII. No son menos amplios ni menos serios los deberes buró-

cráticos y el oficio parlamentario de un Ministro de trabajos públicos y del Comercio ; precaverse del espíritu de sistema, siempre porfiado como procedente de una naturaleza mezquina ; equilibrar la reparticion de los fondos, no sacrificar el mediodía al norte, ni la agricultura al comercio, ni los caminos á los canales, ni recíprocamente ; no sofocar por la fiscalidad las industrias que empiezan ; no empeñarse en gastos falsos y trabajos improductivos ; estudiar las legislaciones comparada del extranjero ; formar estadísticas exactas ; verificar por los hechos y la experiencia la certidumbre de las teorías ; abrir al comercio de exportacion vias nuevas abundantes y seguras ; zanjar las dificultades de los caminos interiores ; preferir los que consumen á los que monopolizan, y la utilidad general á la local ; resistir á las sorpresas del interés personal ó del interés colectivo ; hacer que tanto en las relaciones como en las discusiones reine el orden, la sencillez, la buena fe, la conciencia, el orden : tales son los deberes del Ministro.

VIII. Llegamos por fin al recaudador del impuesto, al portabolsa del estado, á la llave de oro de las cámaras mejor cerradas, al rey del presupuesto, al ministro de hacienda.

Segun los corrompidos sectarios de la escuela de Walpole, un buen Ministro de hacienda debe saber trasquilar con mano ligera el contribuyente, en los años en que se presente mas lucido y lleno de lana, tan cerca de la piel como es posible, pero sin pellizcarla ni lastimarla. Debe asimismo saber elevar sobre dos piés desiguales un cartelón normal, en que figuren los gastos en línea mas baja que los ingresos, si bien con la reserva de aumentarlos ; como igualmente poseer á fondo el vocabulario de los créditos, el ordinario y extraordinario, el adicional y el complementario, el suplementario y el variable, el facultativo y sobre todo el aumentativo. ¡ Noble idioma y magnífico el de los impuestos ! Idioma antiguo y siempre nuevo, que nunca consiguieron aprender los que pagan, gente de cabeza dura, y que continuamente engalanan los que cobran con ingeniosos modismos, giros primorosos y números artísticamente agrupados que son tan vistosos y tan agradables al oído. Por último, un buen Ministro de hacienda debe saber glosar un presupuesto, cuyos relatos, conexiones, títulos, capítulos, artículos, números y ceros, divisiones y subdivisiones, distinciones y subdistinciones, se hallen mezcladas y confundidas con tanta maña, que solo los sabios y los muy sabios puedan descii-

frar tanto enredo, y que nada vean ni comprendan los profanos.

Tal es el presupuesto, en el cual todo entra y sale, los departamentos y la capital, las letras y las ciencias, la agricultura y la industria, los gobiernos, las cámaras, el ejército, la religion, la dinastía, la policia, las costumbres buenas ó malas. El presupuesto es un compendio de las maravillas del mundo. La tierra y el agua, el aire y el fuego, y la misma luz; lo devorado y devorante; lo móvil y lo inmóvil, lo que al nivel de tierra existe y bajo la tierra; el hombre, las plantas, los animales, la vida, la materia, todo está sujeto al impuesto. Este progresa con mas rapidez que la civilizacion, y para él no es quimera una perfectibilidad indefinida; pues lo que paga hoy simple, mañana pagará doble, lo que aun no paga pagará. En cada remolacha que crece, en cada fibra de moral, en cada mata de tabaco que se planta, ve el impuesto un ramo de oro que cogera con el tiempo. Y si el impuesto no basta, queda por recurso el empréstito, y si no hay quien preste, queda la bancarrota. ¡Digna y moral conclusion!

Me atreveré á decir al Ministro de hacienda:

Librad del impuesto las industrias nacionales que empiezan á levantar cabeza y no agoteis el manantial antes que brote;

Extirpad sin piedad la verruga de las acumulaciones y empleos de parásitas sin provecho;

Reducid el interés de los fondos públicos para que haya quien preste á un interés mas bajo;

Pagad vuestras deudas con vuestros capitales para poder enriqueceros con el hecho mismo;

No prodigéis á altos empleados el superfluo que sale de lo necesario de los labradores y artesanos;

No compenseis lo que al tesoro debe la lista civil, con lo que no le debe el tesoro;

No hagais donacion á principes altísimos y riquísimos, de los bosques del estado, que son el patrimonio de los pobres;

Rebajad las contribuciones que pesan sobre los que consumen, afin de que puedan consumir mas.

Dejad á la agricultura, que es la vaca que nos sustenta, suficiente leche para amamantar su ternerillo;

No construyais casas de marmol para alojar en ellas pinturas y estatuas, cuando azota la lluvia y sopla el viento por las rendijas de nuestros techos de paja;

No lleveis encajes, cuando carecemos de camisas, ni suspen-

dais á vuestras orejas zarcillos de diamante cuando cubren nuestros pies groseros zuecos;

Si nivelais gastos fijos con ingresos inciertos, no saldreis fácilmente del apuro.

Que el cómputo de vuestros ingresos exceda considerablemente al de vuestros gastos, para que con lo excedente, podais pagar vuestras deudas, descargar la parte mas pesada del impuesto, aliviar á los menesterosos, fomentar la produccion, prevenir los casos de guerra, peste y carestía, y obrar como obran todos los padres de familia, y como, en todas ocasiones, debe proceder un Ministro leal que ama á los contribuyentes y á su patria.

## CAPITULO X.

Si la diccion del orador es desaliñada, se dice que obra sin ceremonia y con familiaridad excesiva; si teatral, que quiere lucir.

Un acento provincial cualquiera, sobre todo si es pronunciado, choca en la tribuna y perjudica al efecto de la diccion.

Hay tal Alsaciano cuyo acento pastoso haria reir nuestras verduleras, y lo mismo puede decirse del acento pesado del Normando ó del agudo del Languedoc. No se debe chillar como un tiple agrio, ni salmodiar en canto llano, sino limpiarse de todo resabio de gerga provincial, y acordarse que para ser recibido en la nueva Atenas hay que hablar un language elegante.

El porte comprende el vestido y la postura, y el orador debe cuidar mucho su exterior.

Tal orador se figura que la Cámara rie á carcajada de sus chistes desabridos, y no hay tal; si rie es de una mosca porfiada que expelle y no quiere dejar la punta de su nariz.

Los guantes amarillos del general Sebastiani, viejo galancete, preocupaban mas la Cámara que sus graciosas disertaciones sobre la deuda americana.

Póngase á Demóstenes un vestido rojo y una peluca de medio lado, y una risa descompasada invadirá á nuestros Atenienses, aun en el mas patético momento, cuando dirá el orador: «Lo juro por los manes de los héroes muertos en Maraton.»

¡O Atenienses, Atenienses! es necesario haber vivido entre vosotros para conocerlos.

Seguramente se debe tomar en cuenta la edad, el estado, el rango, el caracter, y no admite duda que los preceptos se modifican segun las personas; pero sea quien fuere el orador, no debe

plantarse con la mano en la cintura como un fanfarron, ni llevar erguido y rizado el tupé para darse mayor semejanza con el Apolo del Belveder, ni jugar como por descuido con la cadena de su lente, ni rodar ojos encendidos como un endemoniado, ni gesticular como un jugador de manos, ni ajustar los dientes postizos, ni bajarse la peluca hasta los ojos, ni presentarse despeinado como un gato espeluzado, ni hacer brillar el rubi de su sortija, ni dejar caer los extremos de su corbata, ni echar para atras el cuello de la levita, ni levantarse las mangas para estar mas á la fresca, ni dejar pasar la camisa entre el chaleco y el vestido inferior, ni volver la cabeza á uno y otro lado como los osos en los museos, ni beber lo que queda del agua azucarada que bebió á medias el preopinante, ni dejar caer en la confusion torpe de su declamacion, los libros, papeles y anteojos, ni escalar la tribuna con la petulancia de un titiritero, ni llegar á ella como los llorones de entierro que hisopean á un difunto con agua bendita, ni hablar dando vueltas á su caja de tabaco entre el pulgar y el indice, ni apoyarse en ambos codos para hablar familiarmente con la Cámara, ni interrumpir el discurso para hablar incidentalmente con los miembros de la mesa, de los corredores ó los apostrofadores de la Cámara; ni cerrar los ojos en éxtasis afectado, ni fijarlos en el techo como si de él debiese provenir la inspiracion; ni amenazar con el gesto sus adversarios, como tampoco lanzarles palabras ó miradas injuriosas; ni ofender por la ostencion de las decoraciones la igualdad de la asamblea; ni mostrarse en traje de baile, ó de corte, ó en traje de casa, ó vestido de viage; sino conviene que un orador se presente aseado sin afectacion, y natural sin abandono. En una palabra, un diputado que sube á la tribuna, no conviene que declame como un abogado ó un autor trágico, ni como un fraile, sino como un orador, y debe presentarse como todo el mundo.

## CAPITULO XI.

### AFORISMOS DE LA ELOCUCION PARLAMENTARIA.

No se debe, á todas horas, y por cualquier motivo subir á la tribuna. Yo me canso, dirian nuestros modernos Atenienses, de oír continuamente á Demóstenes.

Un argumento repetido es como una comida recalentada.

Cuando el orador en jefe ha herido con el filo de su cuchillo, no conviene que un orador-soldado dé en el mismo parage con el plano de su sable.

Cuando un ministerial ha dejado soltar una sandez, no debe repetir un anti-ministerial aun mas necio.

Cuando la asamblea se halla dispuesta á llorar, hay que dejarla en su agitacion y no hacerla reír.

Cuando se ve que sus ojos se cierran de fatiga y que va á dormir, no se debe tocar la zampoña para que su sueño sea mas profundo.

Cuando se gana la partida en una grande cuestion, importa no perderla en una pequeña.

La elocucion parlamentaria no debe abandonarse sin freno á sus transportes; y necesita un guia, una regla de experiencia para agradar, conmover y convencer; por cuyo motivo diremos al orador:

« Entrad en materia con sencillez, y proceda naturalmente el exordio del asunto.

« No afecteis ni falsa modestia ni desden soberbio.

« No seais humilde ni orgulloso, sino verdadero.

« No os anegueis en la prolija verbosidad de las precauciones oratorias.

« Sea vuestra exposicion lisa, llana, clara, variada y atrac-

tiva, y que del órden ingenioso de los hechos, se colija el de los medios.

« No multipliqueis los gestos, no sea que, en vez de escucharos, os mire tan solo la Cámara.

« Que vuestra voz no sea ni pesada ni precipitada, ni sorda ni chillona, para que no distraiga de la idea que emitis.

« No reciteis de memoria, como un niño de escuela, para dar á entender que improvisais un discurso laboriosamente entretajido, y que habrá tal vez recibido el taquígrafo del *Monitor*.

« Si sois militar, no conteis historias de vivanderas, jurando y con la pipa en la boca; ni retorçais el bigote como un erizo, ni estropeeis vuestro idioma.

« Si sois abogado, no eleveis con dolor vuestros ojos y brazos á Júpiter tonante con motivo de una coma olvidada; ni desleyais una idea en un océano de palabras, y sobre todo no olvideis que si habeis comenzado teneis que acabar.

« Si sois sabio, no empleeis las voces técnicas para dar á entender que sois nuestro superior, y que no somos dignos de oiros; al contrario, procurad ponerlos al alcance de los ignorantes que os escuchan, para que éstos queden ufanos y satisfechos al ver que os comprenden. Tampoco debeis abandonaros á digresiones excesivas, ni olvidar que la Cámara no es una academia, que el discurso no es una leccion, y que las leyes no deben redactarse en estilo de escuela.

« Escoged, con un instinto rápido y seguro, entre los medios que teneis á mano, el medio mas luminoso, aunque no sea tal vez el mas sólido; pero que, segun la disposicion de los espíritus, la naturaleza del negocio y la singularidad de la circunstancia, es el mas adecuado para impresionar la asamblea.

« Dominad con fuerza la atencion de esta; excitad su piedad ó su indignacion, sus simpatías, su repugnancia ó su pundonor; mostraos como animado de su soplo y ebrio de sus inspiraciones, al paso que le comunicais las vuestras. Cuando habeis conseguido, en cierto modo, haber separado todas estas almas de su cuerpo, y vendrán por sí mismas á agruparse entorno de la tribuna, cautivadas por el poder magnético de vuestra mirada, entonces no andeis con miramientos, pues os pertenecen, y todas se confunden con la vuestra. ¡ Ved como siguen sus flujos y reflujos! ¡ como descienden y se elevan! ¡ como desean lo que vos deseais! ¡ como hacen lo que vos haceis! Continudad sin reposo, marchad, apretad

vuestro discurso, y pronto vereis palpitar y jadear todos los pechos, porque el vuestro palpita y jadea; todos los ojos iluminarse, porque los vuestros chispean; ó llenarse de lágrimas, porque los vuestros se humedecen. Todos los vereis suspendidos á vuestros labios por las gracias de la persuasion, ó por mejor decir nada vereis, tan dominado os hallareis por vuestro enagenamiento; os sentireis doblar y sucumbir bajo vuestro genio, y sereis tanto mas elocuente cuanto que ningun esfuerzo hagais para parecerlo.

« Anudad vuestras transiciones sin apuro y que nazcan todas de la discusion.

« Sed en vuestra exposicion claro, exacto, preciso, imparcial.

« No procureis decirlo todo, sino decirlo bien.

« Si la Cámara está distraida, llamad su atencion por lo grande de la causa ó por el sentimiento del deber. Si está alborotada, dominad el estrépito por el resueno tronador de vuestra palabra.

« Cuando veinte y nueve oradores han agotado la cuestion, no la trateis por trigésima vez. No remonteis, en el orden de vuestras pruebas, hasta nuestro padre Abrahan, ni digais que Dios hizo el cielo y la tierra, los cuales deben acabar un dia, sino acabad vos mismo.

« Fijaos con preferencia al lado nuevo de la cuestion, pues asi causareis recreo al auditorio y pasareis por ingenioso.

« Si exhausta está la atencion de la Cámara, no subais á la tribuna, pues no seriais escuchado, y es mortal para un orador el no serlo.

« Asi como solo los objetos de gran tamaño son visibles á lo lejos, asi solo las razones aparentes son las que hacen impresion en la mayoría del auditorio: asi conviene prescindir de lo demás.

« Tal poderosa razon que la vispera hubiera bastado á conmover la Cámara, la encontrará inerte el dia siguiente; asi si esta razon se halla en vuestro discurso escrito, conviene borrarla y callarla, si improvisais.

« Si el orador que os ha precedido ha hablado en tono jocoso, hablad en tono grave; si ha hablado grave, sed festivo, sin olvidar que el mismo sonido repetido cansa el oido, y que hablais en presencia de una asamblea francesa, la mas distraida, caprichosa y mugeril de todas las asambleas del mundo.

« Si quereis que os escuchen, y seguramente no podeis tener otro fin, evitad de hablar en propia causa, y por vuestro distrito ó lugar; ni digais: Ruan que me ha visto nacer, Nantes me ha en-

viado, tengo el honor de representar la ciudad de Leon. Os engañais, señores, no representais á Ruan, Nantes y Leon, sino la Francia.

« No digais: Soy Gascon, soy Breton. ¿Qué nos importa que seais de Tebas ó de Atenas con tal que hablais griego?

« No seais fisgon en demasia, pues se podria decir: Es un hombre de chispa y nada mas; ni tampoco seais un discurridor perpetuo, porque os acusarian de monotonia.

« Si quereis ser perpetuamente interesante sed perpetuamente diverso.

« Mientras que un medicamento se ciñe á mojar la piel, la suaviza; mas si el efecto se prolonga la hiela. Lo mismo sucede con un discurso.

« Lo dificil para un orador no es tanto el encontrar palabras, como el saber cuando deben cesar estas.

« Si arrastrado por el torrente de la improvisacion, temeis el no acabar á tiempo, ataos un hilo al pié, y cuando sintais que os tira algun amigo complaciente, deteneos y bajad de la tribuna.

« Otro aviso: si sentis que vuestras flechas embotadas no causan lesion, que las conversaciones suspendidas vuelven á empezar, que los oyentes mueven la cabeza, que en todos los bancos se notan señales de distraccion y cansancio, que un bostezo epidémico recorre el auditorio, y que sus párpados se cierran, temed que, antes de acabarse vuestro discurso, la Cámara entera se abandone al sueño, y concluid cuanto antes.

« No deis continuos golpes en el mármol de la tribuna, no sea que espanteis las graciosas cariátidas que las sostienen, y que en lugar de tomar parte en vuestra agitacion, los circunstantes teman tan solo que os luxeis la mano.

« No os dejeis arrancar, por el brio del discurso, concesiones que mas tarde pueden pesaros, ni acepteis el combate en terreno que no conozeais; pues la simulada generosidad de vuestros enemigos podria ser una emboscada.

« Atended mas á lo que se oalla que á lo que se dice, á lo que se oculta que á lo que se descubre.

« Hablad para decir algo, y no para que se diga que habeis hablado.

« Si teneis un argumento nuevo y decisivo, guardadlo en reserva, y no lo entregueis á la discusion sino cuando hayais pre-

parado los espíritus á recibirlo, y cuando solo aguardarán esta pieza, en cierto modo, para tomar un partido.

« No os moféis por el estéril placer de mofaros y por hacer ver que teneis chispa y chiste, sino para hacer ver lo ridiculo ó lo falso de un argumento. Y si vuestro adversario os lanza una personalidad, derribadlo entonces de un solo golpe.

« Domeñad vuestras pasiones para poder domeñar las ajenas; no os amostazeis sino contra lo arbitrario; no demostréis amor mas que por la patria y libertad, y solo admiracion por el desinterés y virtud.

« Que teóricamente cundan tan lejos como es posible las consecuencias de vuestros principios, pero en la práctica ceñíos á exigir lo que es posible.

« Por último pensad que vuestras leyes deben labrar la dicha ó la infelicidad de un pueblo, protegerlo ú oprimirlo, moralizarlo ó corromperlo. Hablad pues como si os escuchase; hablad como si os viese; que nunca se aparte de vuestros ojos su imagen santa y venerable. »

## LIBRO II.

### DE LOS DEMAS GÉNEROS DE ELOCUCIONA.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### DE LA ELOCUCIONA DE LA PRENSA.

¿ La Prensa es el primero ó el cuarto poder del estado? Cuestion controvertida.

Bajo el punto de vista de las ficciones constitucionales, la Prensa no es siquiera un poder; pero considerada desde la altura de la verdadera realidad, la Prensa es el primero de los poderes.

En efecto aquel que habla siempre acaba por triunfar del que no siempre habla.

El que promueve la publicidad es, en definitivo, dueño del que la recibe.

Solo el poder que incesantemente obra, en otros términos, el Gobierno, puede luchar á armas iguales con el poder que incesantemente habla, esto es con la Prensa.

Así el Gobierno procura introducir cuantos empleados puede en la Cámara, y la Prensa todos los oponentes que le es posible.

De ahí procede ese perpétuo vaivén de la ola política, que empuja el pueblo, ora contra los excesos del orden, esto es, el despotismo, ora contra los excesos de la libertad ó la anarquía.

Si bien se examina, el poder ejecutivo y ambas Cámaras, de las cuales una se compone exclusivamente de funcionarios, y la otra casi enteramente, flanqueadas de la Prensa ministerial, apenas pueden defenderse contra los ataques de la Prensa de oposicion.

Y sin embargo hay quien pregunta si la Prensa es el cuarto poder del estado, y aun si es un poder; verdadera disputa de palabras.

Sí, la Prensa es un poder, pero este poder posee mas fuerza

parado los espíritus á recibirlo, y cuando solo aguardarán esta pieza, en cierto modo, para tomar un partido.

« No os moféis por el estéril placer de mofaros y por hacer ver que teneis chispa y chiste, sino para hacer ver lo ridiculo ó lo falso de un argumento. Y si vuestro adversario os lanza una personalidad, derribadlo entonces de un solo golpe.

« Domeñad vuestras pasiones para poder domeñar las ajenas; no os amostazeis sino contra lo arbitrario; no demostréis amor mas que por la patria y libertad, y solo admiracion por el desinterés y virtud.

« Que teóricamente cundan tan lejos como es posible las consecuencias de vuestros principios, pero en la práctica ceñíos á exigir lo que es posible.

« Por último pensad que vuestras leyes deben labrar la dicha ó la infelicidad de un pueblo, protegerlo ú oprimirlo, moralizarlo ó corromperlo. Hablad pues como si os escuchase; hablad como si os viese; que nunca se aparte de vuestros ojos su imagen santa y venerable.»

## LIBRO II.

### DE LOS DEMAS GÉNEROS DE ELOCUCIONIA.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### DE LA ELOCUCIONIA DE LA PRENSA.

¿La Prensa es el primero ó el cuarto poder del estado? Cuestion controvertida.

Bajo el punto de vista de las ficciones constitucionales, la Prensa no es siquiera un poder; pero considerada desde la altura de la verdadera realidad, la Prensa es el primero de los poderes.

En efecto aquel que habla siempre acaba por triunfar del que no siempre habla.

El que promueve la publicidad es, en definitivo, dueño del que la recibe.

Solo el poder que incesantemente obra, en otros términos, el Gobierno, puede luchar á armas iguales con el poder que incesantemente habla, esto es con la Prensa.

Así el Gobierno procura introducir cuantos empleados puede en la Cámara, y la Prensa todos los oponentes que le es posible.

De ahí procede ese perpétuo vaivén de la ola política, que empuja el pueblo, ora contra los excesos del orden, esto es, el despotismo, ora contra los excesos de la libertad ó la anarquía.

Si bien se examina, el poder ejecutivo y ambas Cámaras, de las cuales una se compone exclusivamente de funcionarios, y la otra casi enteramente, flanqueadas de la Prensa ministerial, apenas pueden defenderse contra los ataques de la Prensa de oposicion.

Y sin embargo hay quien pregunta si la Prensa es el cuarto poder del estado, y aun si es un poder; verdadera disputa de palabras.

Sí, la Prensa es un poder, pero este poder posee mas fuerza

colectiva que fuerza individual; en otros términos, hay, á lo menos en Francia, mayor número de buenos oradores que de buenos escritores.

Y no obstante no es orador el que á serlo aspira, mientras que todo el que quiere es escritor.

En efecto, no es orador parlamentario el que quiere, pues para esto se requiere pagar quinientos francos de contribucion, impuestos sobre una buena propiedad. Demóstenes y Ciceron, con un justillo agujereado en el codo, la sandalia en el pie y la bolsa vacía, podrian embriagar al pueblo con su elocuencia; pero si osasen presentarse en un colegio electoral para solicitar los sufragios, el presidente los expulsaria escaleras abajo, pues Demóstenes y Ciceron podrian no pagar el censo electoral requerido. Prohibido está á todo Francés el ser orador y servir á su pais en la tribuna, si no presenta previamente una carta de pago, debidamente legalizada, que conste que puede tener una vida ociosa y muelle. Tal es la ley, ¿no es verdad que tal ley es cosa estupenda?

A pesar de esto la Cámara de diputados cuenta nada menos de una docena de oradores. Admitase que se renueve integralmente la Cámara, con exclusion de los doce mencionados, y será fácil reclutar de todos los tribunales de la nacion, una segunda docena de oradores de fuerza igual. Enfin, supóngase que quede libre la entrada de la Cámara por la abolicion del censo de elegibilidad, y saldrán de todas las clases de la sociedad una tercera y cuarta docena de oradores.

Y hay que advertir que no incluimos en este número los oradores eventuales de veinte á treinta años, de esa edad dichosa en que despliega la imaginacion sus mas ricas facultades, en que el gesto tiene toda clase de gracias y la voz del hombre resuena con toda pompa. Así es muy considerable el número de los oradores franceses en el parlamento y fuera de este.

¿Sucede lo mismo con los grandes escritores políticos? Seguramente no; y no obstante no se exige para escribir como para hablar un censo de quinientos ni aun de doscientos francos. Todo el mundo puede manejar la pluma, mayor ó menor, rico ó pobre; enfermo, sordo y aun ciego, sin que vengan á inquirir lo que paga, lo que hace, lo que es; ni vense gendarmes forzar su domicilio, con el sable en la mano, y expulsarlo por causa de indignidad, como cuando se asieron de la persona de Manuel en las gradas de la tribuna; ni se le impone la violencia electoral ó par-

lamentaria de un juramento absurdo, ni tiene que ocultarse en esas fórmulas oratorias que disfrazan el pensamiento y despojan la palabra humana de su libertad y vivacidad de movimiento. Libros voluminosos, folletos ligeros, periódicos, revistas, folletines, puede emplear todas las formas y hablar todas las lenguas. Que sea breve ó largo, sencillo ó pomposo, grave ó festivo, poético ó lógico, vehemente ó templado, tieso ó flexible, acrimonioso ó afable, nadie le pide cuenta del capricho de sus colores, con tal que resalten á la vista y pinten la verdad.

¿Cual es la causa de la escasez de buenos escritores y la abundancia comparativa de buenos oradores?

La causa es que el arte de escribir es un arte muy grande, un arte que exige muchos trabajos y estudios, una paciencia invencible, una asiduidad maravillosa. Al mismo tiempo se necesita mucho mas valor para escribir que para hablar, pues la persecucion jurídica amenaza continuamente al escritor, mientras que el orador se abriga bajo su irresponsabilidad parlamentaria.

Que la palabra del orador se resienta de su provincia, que por el exceso de sencillez degenera en negligencia, ó por demasiado estudio raye en hinchazon; que carezca de precision, de nervio y gracia, defectos son estos que desaparecen en el calor y brillo del discurso. Pero si el auditorio es indulgente, severos son los lectores: aquel se deja cautivar por el encanto de una voz halagüeña y sonora, de una aptitud noble, de una fisonomía viva y animada; busca él mismo la ilusion, siente estremecerse sus nervios, se conmueve, se apasiona, se indigna, se enternece; sube á la escena, se introduce en el drama; se inclina ó se levanta segun el poder del orador; se pone á descubierto, desnudo en su presencia; se ofrece á sus golpes, se penetra de los dardos contra él disparados, y cuando el orador encuentra favorable su auditorio, puede producir grandes efectos con palabras casi desprovistas de sentido, pero bien dichas y habilmente dispuestas.

Pero hágase despues el análisis, lease á sangre fria esos discursos que tanto enagenaron, que produjeron tantos arranques de simpatía y gritos de admiracion, y no se encontrará ni orden, ni método, ni elegancia, ni correccion de lenguaje, ni profundidad de pensar, ni vigor de razonamiento; y se figurará el lector que tal cosa no ha oido, que lo engañan, y que desfiguradas han sido las ideas y las frases. No, no cabe engaño, pues hay que oír y no leer los oradores. ¿Podrá acaso la taquigrafía, por fiel que pueda ser,

reproducir la sonoridad de la voz, el fuego de la mirada, la pasión, la acción, la aptitud, el gesto? Y sin embargo ahí está casi todo el orador.

Los oradores pueden solo vivir en la memoria, y el exámen los mata. Demóstenes y Ciceron elaboraron, con largo y laborioso trabajo, en un idioma de una riqueza incomparable, las arengas admirables que admiramos. Tales como las pronunciaron hubieran sido ininteligibles. ¿Quién compra, quien hojea siquiera los discursos tan ponderados del general Foy? ¿Y, desde la revolución de Julio, existe por ventura un solo discurso de nuestros improvisadores que pueda sostener la prueba de la lectura?

Esto no impide que en nuestros tiempos los mas vanos de todos los hombres son los cómicos de la tribuna, mas vanos que los cómicos de profesion, mas vanos que los poetas.

Por otra parte todos los grandes manantiales se hallan deserrados actualmente de la elocuencia parlamentaria. No se permite hablar de la soberanía del pueblo, ni de igualdad política, ni de la libertad de la Prensa, ni de lo pesado de los impuestos, ni de la inmoralidad del poder, ni de lo arbitrario de los ministros; y reducidos están los oradores á parafrasear los textos mas vulgares, á dar mil vueltas y rodeos y á forcer la boca para no decir nada. Así no es de extrañar que haya tan poca verdad y tan poca sustancia en los discursos mas aplaudidos y ensalzados, y causa sorpresa, cuando se les despoja del prestigio de la acentuación y de la recitación, el no encontrar en ellos ni forma ni fondo: ni forma, porque la belleza y las gracias que animaban la voz y el gesto del orador, no pasan en el estilo; ni fondo, porque no hay, ni puede haber en todos esos discursos, ni grandes principios, ni grandes pensamientos. Vistos de cerca no son mas que la sombra vaga é indecisa, las proporciones diminutas, la osadía humillada de una columna que parecia subir á los cielos.

Otra diferencia entre la Prensa y la Tribuna.

Escúchase un orador con entusiasmo, y léese un escritor con reflexion; el primero tiene un efecto mas pronunciado en los sentidos exteriores y pasiones del auditorio, y el otro en el espíritu y razon de los lectores.

La voz humana de los oradores, por amplia y sonora que sea, no puede extenderse mas allá de un ámbito reducido; mientras que la voz intelectual de los escritores es tan rápida, que atraviesa instantáneamente los puentes y mares; tan penetrante, que perfora

las paredes de los palacios reales y se insinua por las rendijas de las cabañas.

Los coloristas de la Tribuna se cifien á menudo á iluminar los dibujos de la Prensa, sin añadir nada á la pureza de los rasgos, á la invención del objeto ni á la belleza de las formas.

La Tribuna posee mas movimiento, la Prensa mas ideas.

A la Tribuna caracteriza mayor autoridad obligatoria, á la Prensa mayor iniciativa fecundante.

Con un presupuesto votado para muchas legislaturas, códigos corrientes y leyes completas, se podria prescindir, de un modo absoluto, si bien no constitucional, de la tribuna durante muchos años; mas ni un solo día se puede prescindir de la Prensa.

La acción de un discurso parlamentario estriba en la unidad de su plan y de su lenguaje, mientras que la acción de la Prensa reside en la variedad de su tono y en la flexibilidad de sus formas.

El discurso parlamentario estalla por intervalos, semejante al torrente de las montañas que se hincha, salta, torbellina y se estrella espumoso contra el peñon de la ribera; pero el peñon permanece inmovil y la ola se deshace y desaparece.

La Prensa, hablando cotidianamente, puede ser comparada á la gota de agua que cae de continuo y acaba por taladrar el mas duro y compacto granito.

¿Qué cosa tan portentosa es la Prensa! Tal sugeto parlamentario, representante de tal ó tal departamento, comisario del presupuesto, relator de una gran ley, trabaja todo el día, pasa en vela la noche, y produce una exposicion sabia, concienzuda, inmensa, que no reproduce ningun periódico y que casi ningun diputado lee. Viene un escritor, y toma una nota, una nota ligera, la publica en un periódico, y he aquí la nota y su autor conocidos en toda la Francia. ¿Qué vienen á ser sin la Prensa, la Cámara, los trabajos legislativos y los oradores? La Prensa es la que saca esos diamantes del cofre, los pone á su dedo y brillan.

El orador y el escritor difieren aun por muchos otros puntos:

El orador tiene la fisonomía de su persona.

El escritor solo tiene la fisonomía de su estilo.

El orador compone los pliegues de su vestido como el trage talar de los Romanos.

El escritor deja ver sus músculos y nervios en el desnudo de su discurso.

El uno vive en el mundo de los ojos y orejas, el otro en el de las ideas.

Pero como es mas fácil tener ojos y orejas que ideas, es mas fácil tener una persona original que un estilo original.

Al tratarse del orador, se comentan sus ventajas y defectos corporales; mas no sucede así con el escritor.

Si Hortensio se hubiese presentado al público con una barba sucia y desaliñada y una verruga bajo el ojo, los Romanos hubieran soltado la carejada; pero ¿qué importa que Ciceron tuviese el ceñidor flotante y un garbanzo en la nariz cuando componia sus libros?

La Tribuna es un teatro, la elocuencia un espectáculo, y el orador un cómico; cuando baja el telon, el público lo sigue y lo acompaña con aplausos; lo nombra en alta voz, lo rodea en las calles y plazas de la ciudad, y besa respetuosamente el extremo de su toga. En una palabra es un hombre de exposicion pública, que se amolda en yeso, se funde en bronce, y se coloca en los frontispicios de los templos y museos. Si fallece, se lleva su ataud en hombros al través de una doble fila de gentes y á la luz de mil antorchas; despues se esculpe su nombre en el marmol, y es preciso reconocer que las mas veces no queda del difunto mas recuerdo que este.

Pero ¿quien es ese hombre de frente calva, y algo encorvado, que atraviesa la multitud sin verla ni ser visto? Es Chateaubriand. ¿Quien es ese otro embozado en una capa negra, que pasa lento y que todo el mundo codea? Es Lamennais, que guiña del ojo, roza las paredes y extiende sus manos temiendo tropezar. ¡Dios mio! ¿Qué flacos y pequeños son ambos en la calle! Pero en sus obras tienen diez pies de estatura.

El arte de hablar y escribir no es como la retórica de nuestros padres, un arte sublime pero frívolo, sin mas objeto que el recreo de nobles inteligencias; este arte, en nuestros dias, se ha elevado á la altura de una mision social.

La civilizacion ha cambiado de corriente; la espada ha cesado de ser la soberana y única dominadora de los imperios; la elocuencia y la Prensa someten gradualmente todas las partes de Europa. Los oradores y los escritores son los reyes de la inteligencia, y la inteligencia acabará por dominar al mundo.

## CAPITULO II.

Continuacion del mismo asunto.

### DIDÁCTICA DEL FOLLETO Y EJEMPLOS.

Escribir y hablar, formas son ambas de elocuencia, si bien diferentes entre sí, é idéntico es el fin aunque diversos los procedimientos.

Permíteme, querido lector, mecerme en los caprichos de mi fantasía y prodigar mis colores: voy á pintar el folleto.

¿Qué viene á ser el folleto? El folleto es un excelente camarada del libro y del periódico, cuando van ambos á la guerra.

El folleto es el arte de animar el pensamiento, de reflejarlo en prismas que emiten colores mil, de revestirlo de fuerza, de erizarlo de flechas y lanzarlo al combate.

No confundamos empero el folleto con el libelo.

El libelo ataca las personas, las muerde, las despedaza y degüella.

El folleto solo ataca á la vida pública del hombre público, y es ciego y sordo relativamente á la vida privada.

El libelo se ceba en el hombre, el folleto en el abuso.

El libelo pretende saciar su odio, el folleto aspira solo á hacer triunfar la verdad.

No negaré que, en ciertas ocasiones, el libelo, aguijoneado por una ira virtuosa contra los malvados é infames, no haya tenido excelentes efectos; pero lo cierto es que yo siempre he huido semejante arma, tal vez terrible en mis manos, por grande que haya sido mi enojo, ó la agresion de mi ataque, ó mi defensa personal; y si por desgracia, y contra mi deber, me ha sucedido lastimar á cualquiera de mis adversarios en su vida moral y privada, no titubeo en pedirle humildemente perdon.

Todo lo que honra la virtud, todo lo que mancilla el crimen, lo

El uno vive en el mundo de los ojos y orejas, el otro en el de las ideas.

Pero como es mas fácil tener ojos y orejas que ideas, es mas fácil tener una persona original que un estilo original.

Al tratarse del orador, se comentan sus ventajas y defectos corporales; mas no sucede así con el escritor.

Si Hortensio se hubiese presentado al público con una barba sucia y desaliñada y una verruga bajo el ojo, los Romanos hubieran soltado la carejada; pero ¿qué importa que Ciceron tuviese el ceñidor flotante y un garbanzo en la nariz cuando componia sus libros?

La Tribuna es un teatro, la elocuencia un espectáculo, y el orador un cómico; cuando baja el telon, el público lo sigue y lo acompaña con aplausos; lo nombra en alta voz, lo rodea en las calles y plazas de la ciudad, y besa respetuosamente el extremo de su toga. En una palabra es un hombre de exposicion pública, que se amolda en yeso, se funde en bronce, y se coloca en los frontispicios de los templos y museos. Si fallece, se lleva su ataud en hombros al través de una doble fila de gentes y á la luz de mil antorchas; despues se esculpe su nombre en el marmol, y es preciso reconocer que las mas veces no queda del difunto mas recuerdo que este.

Pero ¿quien es ese hombre de frente calva, y algo encorvado, que atraviesa la multitud sin verla ni ser visto? Es Chateaubriand. ¿Quien es ese otro embozado en una capa negra, que pasa lento y que todo el mundo codea? Es Lamennais, que guiña del ojo, roza las paredes y extiende sus manos temiendo tropezar. ¡Dios mio! ¿Qué flacos y pequeños son ambos en la calle! Pero en sus obras tienen diez pies de estatura.

El arte de hablar y escribir no es como la retórica de nuestros padres, un arte sublime pero frívolo, sin mas objeto que el recreo de nobles inteligencias; este arte, en nuestros dias, se ha elevado á la altura de una mision social.

La civilizacion ha cambiado de corriente; la espada ha cesado de ser la soberana y única dominadora de los imperios; la elocuencia y la Prensa someten gradualmente todas las partes de Europa. Los oradores y los escritores son los reyes de la inteligencia, y la inteligencia acabará por dominar al mundo.

## CAPITULO II.

Continuacion del mismo asunto.

### DIDÁCTICA DEL FOLLETO Y EJEMPLOS.

Escribir y hablar, formas son ambas de elocuencia, si bien diferentes entre sí, é idéntico es el fin aunque diversos los procedimientos.

Permíteme, querido lector, mecerme en los caprichos de mi fantasía y prodigar mis colores: voy á pintar el folleto.

¿Qué viene á ser el folleto? El folleto es un excelente camarada del libro y del periódico, cuando van ambos á la guerra.

El folleto es el arte de animar el pensamiento, de reflejarlo en prismas que emiten colores mil, de revestirlo de fuerza, de erizarlo de flechas y lanzarlo al combate.

No confundamos empero el folleto con el libelo.

El libelo ataca las personas, las muerde, las despedaza y degüella.

El folleto solo ataca á la vida pública del hombre público, y es ciego y sordo relativamente á la vida privada.

El libelo se ceba en el hombre, el folleto en el abuso.

El libelo pretende saciar su odio, el folleto aspira solo á hacer triunfar la verdad.

No negaré que, en ciertas ocasiones, el libelo, aguijoneado por una ira virtuosa contra los malvados é infames, no haya tenido excelentes efectos; pero lo cierto es que yo siempre he huido semejante arma, tal vez terrible en mis manos, por grande que haya sido mi enojo, ó la agresion de mi ataque, ó mi defensa personal; y si por desgracia, y contra mi deber, me ha sucedido lastimar á cualquiera de mis adversarios en su vida moral y privada, no titubeo en pedirle humildemente perdon.

Todo lo que honra la virtud, todo lo que mancilla el crimen, lo

que castiga los tiranos, ó canta la gloria, la patria ó la libertad, todo eso es folleto.

¿Acaso no ha esculpido Tácito el folleto histórico, cuando con varóniles toques reproducía á Tiberio, Calígula, Claudio y Neron? ¿Arquilocho, Horacio, Persio, Juvenal, Boileau, Swift, Gilbert, no armaron de un verso sangriento el folleto satírico? ¿Por ventura Bossuet, Bourdaloue y Massillon, no fueron modelos del folleto sagrado cuando, desde lo alto del púlpito, fulminaron contra los magníficos adulterios de Luis XIV? ¿No era folletista el mismo Fénelon, en su *Telémaco*, cuando nos pintaba los terrores nocturnos del tirano de Tiro? ¿No era acaso folletista el mismo Racine, cuando abogaba por los proletarios oprimidos, y motivaba á decir á Luis XIV: «¿De qué se ocupa ese poeta?» ¿No era igualmente folletista el mismo Sócrates, cuando bebía la cicuta por haber denigrado á los dioses?

Si bien se considera, Demóstenes y Ciceron fueron mas bien folletistas que oradores. Las Olintianas, las Verrinas, las Catilinas, escritas y divulgadas en el imperio griego y romano, han pasado ruidosas á la posteridad, mientras que desaparecieron las numerosas arengas de tantos oradores que agitaron el estrecho recinto del Agora ó del Foro. Mirabeau no fue menos elocuente en su folleto contra la nobleza de Provenza que en los bancos de la Asamblea nacional. Aristófanes, Luciano, Teofrasto, Abelardo, Molière, Voltaire, Beaumarchais, Sieyès, Franklin, La Bruyère, esos admirables folletistas de la religion, filosofía ó literatura, hicieron mas en provecho de la humanidad que tantos parafraseadores de tribuna.

Por mi parte, lo confieso, nunca me he visto mas á mis anchas, mas cómodo que en el folleto.

Y no obstante cien veces ha habido quien me haya dicho: «¿Escribe Vm. folletos en interés de un partido? No. ¿De un corrillo? No. ¿De un pretendiente? No. ¿Tiene Vm. acaso un resentimiento oculto? No. ¿Solicita Vm. un gran empleo? No. ¿Tal vez dinero? No. ¿Honores? No. ¿Ser par de Francia? No. ¿Qué! ¿No quiere Vm. nada? Nada. Pues sepa Vm. en este caso que si se mantiene Vm. así porfiado en decir la verdad á todo el mundo se malquistará Vm. con todo el mundo empezando por la corte. ¿Qué me importa? Y el Parlamento? ¿Qué se me da.? Y con la Academia? ¿Qué quiere Vm. que le diga? Y con la Prensa. Se me da un pito. Tendrá Vm. mil envidiosos. Me es indiferente. Sus mismos amigos romperán

con Vm. Lo siento mucho. Dirán que tiene Vm. mal estilo. Que lo digan. Que carece Vm. de lógica. Pueden tener razon. Censurarán sus obras. Que las censuren. Sus servicios. Enhorabuena. Su persona. Allá se las hayan. Sus intenciones. Buen provecho les haga. Su reputacion. Como gusten. Y quedará Vm. solo, aislado. Lo siento mucho. — Pero no, poco á poco, hay engaño. No, no quedará solo mientras que de mi lado tenga los hombres de bien, mientras que estos continuen comprendiendo, como yo comprendo, el folleto que continuaré escribiendo como lo escribo.

El libelo en prosa se dirige á los enemigos personales de la persona difamada; la sátira en verso no cunde sino entre los aficionados al chiste y á la literatura; el orador hace solo mella en su auditorio siempre poco numeroso; el periodista político es leído de sus abonados; mas el folletista habla á todo el mundo.

No hay materia que le escape, ni corazon que no lata en ritmo, ni voz que no responda en eco.

Continuemos:

El discurso parlamentario se pronuncia delante de un auditorio compuesto de aristocracia y de plebe. Allí la aristocracia en traje de embajador ó par de Francia, en la persona de marquesas esmeradamente acicaladas, con lente y guantes amarillos, se ostenta vistosa y arrogante en los palcos; mientras que la gente baja que, desde la mañana, arrostra la lluvia y la escarcha, en torno de los vestibulos del Palacio-Borbon, se introduce, se empuja, se codea, se hacina, se atropella, y se inclina desde la parte mas empinada del edificio, estrechísimo en demasía para contenerla.

El folleto, al contrario, tiene por auditorio todo un pueblo, pueblo inmenso de trabajadores intelectuales, artisticos y manuales. Adonde no llega el libro, se insinúa el periódico, en donde no penetra este, circula el folleto. Este corre y sube al estrado, trepa hasta la guardilla, entra en las cabañas y humeantes chozas. En las tiendas, obradores, guaridas de truhanes, gabinetes alfombrados, hogares, cuarteles, colegios, en toda parte se encuentra. Soldados, ciudadanos, ricos, pobres, jornaleros, amos, criados, sabios, ignorantes, viejos y jóvenes, gentes de toda clase, de estado y opiniones, se lo pasan de mano en mano y lo devoran. En menos de una semana, se le ve hojeado, roto, descosido, sucio, pringoso, manchado, arrollado, efecto de tantas manos que lo manosearon.

Para calarse el almete de folletista, no es necesario ser mayo-

razgo, ni tirar el oro en merendonas y francachelas; ni tener casa propia y bienes raíces; ni ser graduado en tal ó tal universidad y haber arrastrado bayetas. No, nada de eso: basta poseer una pluma metálica, algo afilada, una ligera cantidad de dinero para comprar una resma de papel, y algo mas para pagar un pliego de impresion. Y si es tan fácil, ¿porqué no hormiguean las personas que cultivan un género que conduce sino á la fortuna, á lo menos á la celebridad? No me toca á mí, querido lector, el decirte por qué motivo, y prefiero el que lo adivines, lo que no te será difícil por poco ingenioso que seas.

Muchas veces se ha preguntado: ¿A qué debe atribuirse la universalidad de la lengua francesa? La respuesta es fácil: á su lucidez, pues nada hay que sea mas universal que la luz.

El folleto es esencialmente francés entre los modernos, como entre los Griegos era esencialmente ateniense.

El folleto debe rebosar de colores, ser de una exposicion sencilla, chispeante de verdad, exacto de cálculo, atrevido en su modo de discurrir, variado de tono, si intenta agradar, lo cual por de contado pues es francés.

A cada uno habla su idioma, pues muchas posee! Con el lógico, argumenta; con el matemático, maneja las cifras; con el publicista enseña; con el poeta, canta; con el pueblo, conversa.

Como la nacion francesa es por esencia imaginativa, desea que, sin que la oculten enteramente, se le cobije la verdad bajo el velo de una alegoría; que la osamenta de la argumentacion se cubra de carne, se anime y adquiera color y calor como la poesía.

Como la nacion francesa es dialéctica, quiere, en otras ocasiones, que se le muestre la verdad desnuda, sin adorno, sin compostura de lenguaje, sin mas atractivo que el del raciocinio, y se enfada al ver que el argumento es falso, y lo conoce, y lo dice.

Como la nacion francesa posee una inteligencia rápida, acaba las frases antes de oirlas emitir, y va con presteza á la conclusion, hay á menudo que decir las cosas á medias y dejarle el placer de completarlas.

Como la nacion francesa es festiva, viva, impetuosa y ardiente, exige que se vaya por saltos, que se proceda de un modo precipitado, que el escritor se asocie á sus pasiones, que tome parte en su enojo, que ria, que cante himnos á la gloria y á la libertad, que vomite pestes contra los tiranos.

Todos los rasgos característicos del pueblo francés deben notarse en el folleto, diversificados con luz y sombra, con arte y desenuido, con razon y arrebató, con gravedad y escarnio, con entusiasmo y despego, con lógica y figuras, con vivos accesos é inopinadas conclusiones, con apóstrofes y resúmenes. Importa pues que el folleto sea, segun el caso lo pida, serio, jocosó, positivo, alegórico, sencillo, figurado, agresivo ó defensivo, y que en todos puntos se acomode á la índole de nuestra nacion que aborrece lo oscuro, lo difuso, lo pesado, las afirmaciones sin pruebas, los excesivos argumentos, las demasiadas explicaciones, la acumulacion de palabras inútiles.

El folletista está siempre al acecho, prestando el oido á lo que se dice, sea en una reunion, ó en el gabinete de los ministros, ó en las salas y corredores de la Cámara; y apenas divisa un abuso, algo que cojea, se abalanza con las alas abiertas, lo arrebató con sus tremendas garras, lo despedaza, y siembra de sus despojos las ciudades y los campos.

Verdadero Protéo, leon, águila, serpiente, cuchilla, llama, torrente, muerde, vuela, se arrastra, taladra, quema, inunda.

Pasa los Alpes, el Rin y los mares; adelanta los tiempos, pregunta á la historia, registra los archivos del ministerio y de la corte, corretea dia y noche, busca su presa con ojos de lince y garras de buitre. Si divisa sanguijuelas chuponas agarradas á los hijares y lomo del pueblo, derrama en ella puñados de sal para que se despeguen. Si algun gran personage se desliza á tientas y callandito hasta el Tesoro, y llena sus faldriqueras, el folleto dirige á él su fanal, llama á la guardia, y lo manda prender. Si los abusos se amontonan y ruedan en torno, si como las arenas movedizas de la Libia, velan el sol y borran la vereda, toma su pala y azadon y la escombra. Nunea sacrifica á Moloc, y solo ofrece algunos granos de puro incienso en las aras de Dios vivo. A nadie manda, á nadie obedece. No lleva una casaca cargada de galonazos, ni recamada con flecos, encajes y cintas; prescindie de cartas y despachos convocatorios, y sabe convocarse á sí mismo. Soldado de la prensa militante, combatir con teson, guerrear sin tomar aliento, tal es su oficio, su deber, su vida.

Dragon, granadero, cazador, artillero, gastador, capitán ó cabo de escuadra, por la derecha, por la izquierda, ¿qué le importa bajo qué regimiento milita, con tal que sea vencedor? Sable, fusil, lanza, todo lo maneja. á todo recurre, con tal que hiera.

Por otra parte sale y entra en el campamento á la hora que gusta, como un voluntario, y él mismo escoge el lugar, el arma, la hora de sus escaramuzas: ora acomete con impávido denuedo en las filas enemigas, ora dispara el cañon de alarma, ora hace su velada de armas al rededor del campo, para ver si hay alguna centinela dormida, ora pica los rezagados con la punta de la bayoneta.

Escribe sobre su rodilla, á la luz del bivaque, con un pedazo de carbon, en hojas sueltas, impregnadas de azufre y salitre, que estallan repentinamente en los escuadrones enemigos sembrando el estrago y espanto.

A veces sale fuera de la fila como mero tirador que combate solo, y no pierde su pólvora y plomo contra los soldados rasos, sino que apunta á los gefes, y todos sus tiros son felices.

Otras veces se acecha en las cercanias del parlamento, y, armándose como Sanson de la quijada de un jumento, derriba sin vida á trescientos Filisteos; ó bien, como el caudillo hebreo, desmorona con sus robustas espaldas las columnas del templo, y se pulsa bajo sus escombros los ministros y sus proyectos, aunque sepa perecer con ellos.

Mientras que el orador se fatiga y se pierde en el laberinto de sus exordios, el folletista parte silbando como una flecha que llega instantánea al blanco.

El folletista puede decir todo lo que dice el orador, pero este no puede enunciar, ni con mucho, lo que aquel escribe. En efecto, al primero no sujetan las circonlocuciones, ni las personas que le rodean, escuchan y juzgan; ni, como al periodista el despotismo de los partidos, las convenciones de los societarios, los caprichos de la opinion y preocupaciones de los abonados; ni, como al publicista, la solemnidad del tono y gravedad de la materia.

No tiene obligacion el folletista, bajo pena de multa, de clausurar su indignacion en un pliego de un tamaño dado, ni repetir continuamente la misma cosa á sus lectores, ni hablar á los espectadores únicamente porque está levantado el telon, su nombre en los anuncios, é indispensable que diga algo, aunque nada se le ocurra.

Cuando le da la gana al folletista, se le pegan las sábanas, ó bien se levanta con el canto del gallo, tomando su vuelo ora de un peñon, ora del llano, y pasando por los senderos trillados. No se acerca á los abusos con el sombrero en la mano, sino los

sacude por la barba y, arrancándoles la máscara que los cubre, les dice: Yo sé quien eres, bien te conozeo.

El folleto es la artillería volante de la Prensa, que, al girar en sus ejes de bronce, mete un ruido infernal, estremece el empedrado de la ciudad y hace resonar los valles y montañas.

O bien arrasa el suelo y se desvanece en el humo, ó serpentea en el aire en penachos y gavillas de fuego, iluminando con su fulgor la tierra, el cielo y el agua.

O bien el pueblo le aparta con un puntapié, ó le comunica al tocarle su estatura de gigante, su voz de trueno y la fuerza misteriosa de su poder y universalidad.

Los publicistas y oradores soplan en sus flautillas para meter al rededor de sí todo el ruido que pueden; pero solo en la mano del publicista pone la fama su trompa, permitiéndole que suene la inmensa voz del pueblo por sus trescientas mil embocaduras.

El folletista tiene á veces la ventaja de ser el hombre mas conocido de la corte, aunque nunca la haya visto, y de conocerla mejor que nadie, aunque nunca haya puesto los pies en ella. La corte lo aborrece hasta el punto de llamarlo un pícaro, pero lo estima lo bastante para no intentar corromperlo. En efecto el folletista tiene en sí razones de honradez para no aceptar el oro; razones de independenciam para no querer ser criado; razones de lógica para ir al ataque de los sofismas; razones de verdad para no venderla ó cobijarla cuando su deber es cantarla clara. Y sin embargo hay que contar con el folletista como con una potencia, cuando se avanza sostenido en los brazos de cien periódicos, ebrio de su fuerza y aun mas de la de aquellos; No existe medio alguno de conjurar esas tempestades desconocidas que soplan estrepitosas y derriban los torreoncillos del despotismo? ¿A qué recurso es preciso echar mano, ya que no es posible domesticar esos terribles folletistas, para romper entre sus dedos su pluma de hierro? Martellos es lo mas fácil, pero gobernar la nacion en su interés seria, en nuestro concepto, lo mas conveniente. ®

Si el folletista consigue no acabar con una mala ley sino con un mal ministerio, el que sale le vuelve la espalda, lo que nada tiene de extraño, y el ministro que llega ni aun se digna darle las gracias, imaginándose que para lograr el puesto que ocupa, le ha bastado el presentarse con la cartera bajo el brazo y decir su nombre al portero.

Si el folletista está al alcance de todos es que habla como todos.

Si traduce en cifras sus raciocinios, es porque se dirige á gentes que piden cifras por pruebas.

Si insiste tanto en la demostracion basada sobre las cifras, es porque hay quien sabe agruparlas con maña y demostrar que dos y dos hacen cinco.

Si tiene colorido, es porque el pueblo apetece las figuras, y que lo que comprende el filósofo por la argumentacion, el pueblo lo comprende por la imágen.

Si es corto, es porque tal es el único medio de decirlo todo á personas que no tienen tiempo de oírlo todo.

Si es vivaracho é ingenioso, es porque el Francés es el pueblo mas provisto de agudeza y penetracion de todos los pueblos, y porque en Francia todo el mundo tiene talento, salvo los tontos, los cuales no existen.

Si es atrevido es porque le es necesario coger el abuso por los cabezones, darle tirones, sacudirlo y estrujarlo hasta que vomite.

Por último si nada le queda que decir despues que ha dicho, es porque diria mal si no lo dijese todo.

El discurso viste admirablemente la verdad, y la corona de flores y diamantes; mas el folleto la muestra desnuda á la vista.

El primero reza entre dientes ó declama con pompa á la orilla de un pozo en que se anega la verdad; el segundo baja al pozo y la saca.

El discurso obra en los diputados, el folleto en la opinion que rehace en la tribuna. Cada uno tiene su accion igualmente decisiva, el uno directa y el otro indirecta.

El folletista y el orador son dos amigos caprichudos y regañones, émulos y celosos entre sí, algo pendencieros, pero que no pueden prescindir uno de otro. El golpe que acabaria con uno acabaria tambien con el otro: tan inseparables é indivisibles son la Tribuna y la Prensa ambos órganos necesarios de un gobierno libre.

Las abejas de la tribuna fabrican su miel con el jugo que de las flores sacan las abejas de la Prensa.

Tribuna y Prensa, rivales eternas, inseparables hermanas, ambas nacidas, á consecuencia de un parto doloroso, de las entrañas de la Revolucion: ambas hijas gemelas de la misma madre, rayos del mismo haz de luz, ramos del mismo tronco, cañones del mismo órgano, cuerdas de la misma lira, flechas de la misma aljaba, acentos de la misma voz, suspiros del alma popular.

Resumamos:

Para durar mas de un dia, para repetirse de eco en eco, es necesario que el folleto guste á todos, y sin embargo que no se asemeje á nadie; que derive de la grandeza de las cosas, por la sencillez de la expresion; que sea incisivo sin ser injurioso, familiar sin trivialidad, original sin extravagancia, natural á la vez y lleno de arte, fácil y trabajado, escrito para la Academia y leído por el pueblo.

Pero al mismo tiempo importa que no charle continuamente y no repita siempre las mismas notas á esos frívolos Atenienses que se imaginaban oír todas las noches arrullar á Filomela bajo los sauces del Iliso, ó ver á cada momento del dia al ave ostentosa de Juno desplegar su plumage de esmeralda, oro y zafiro.

Tampoco debe, despues de los combates de la Prensa y Tribuna, hincharse de viento el folletista y atribuirse todo el honor de la victoria, pues no debe olvidar que es el reflector de la opinion, órgano de sus sentimientos, lápiz en su mano, bocina que envia su voz, y nada mas; lo que es suficientemente honorífico. Pero todo hombre que escribe, todo hombre que habla, se eleva, por un amor ilimitado de sí mismo, sobre el nivel de los demás hombres, y el orgullo del pensar excede de mucho al orgullo del poder. Si, creemos, estamos persuadidos que nuestra palabra es una cuchilla, que nuestra pluma es un cetro; nos figuramos que los negocios de la sociedad no podrian seguir su rumbo sin nuestra cooperacion; y, mas ambiciosos que un rey constitucional, tenemos la pretension de reinar á la vez y de gobernar. Veinte y cinco ediciones de una mera carta (1) que, por la ley ordinaria de las reacciones humanas, se olvida con tanta mas facilidad cuanto mas ruido metió en el público, nos embriagan y dan vahidos de cabeza; lo cual muestra que nada excede á la presuncion de un folletista, salvo tal vez la del orador.

Pero este siembra en buena tierra, en terreno bien abonado, en el campo del presupuesto.

El folletista se desgarrá y ensangrienta los dedos en los abrojos del camino, y tal es á menudo toda su cosecha.

El discurso conduce á los honores, á la fortuna, á la Academia, á las embajadas, á las magistraduras pingües, al ministerio.

(1) Por ejemplo las *Cartas de Timon sobre la lista civil*.

El folleto, acarrea el desprecio de los hábiles disertadores, la ojeriza y emponzoñado rencor de los cortesanos, una nombradía turbulenta y disputada, los tribunales y la cárcel, las zancadillas que la saña inspira, tal vez el hospital, las reacciones caprichosas de la popularidad, mas repentinas, inesperadas y variables que las vueltas de una veleta, mas agitadas que las olas del mar cuando lo ensoberbece la tormenta.

Marcha siempre, folletista, si tal es tu destino, que hay algo que es superior á todas las recompensas y sacrificios, y es el decir la verdad.

Pero basta de didáctica, y no hubiera seguramente insistido tanto en esta materia, si el folleto no fuese, entre los diversos géneros de elocuencia política, un género por excelencia francés, un género completamente nuevo.

Agotemos este asunto, ya que en él nos hallamos, y agregando los ejemplos á la teoría, bosquejemos rápidamente los retratos de nuestros mas famosos folletistas, de aquellos cuya influencia fue mayor en la vida pública de la nacion.

Van á desfilar á nuestra vista los representantes de la opinion en las diferentes clases de la sociedad: tales como el abate Sieyes en la oposicion de la clase media; B. Constant en la constitucional; Pablo-Luis Courier en la ante-cortesana; A. Carrel en la republicana; Chateaubriand en la realista; Cobbett en la radical; Enrique Fonfrède en la orleanista, y el abate La Mennais en la social.

Empezaremos por el folletista de la clase media, el abate Sieyes.

#### EL ABATE SIEYES.

Cuando debe incesantemente estallar una revolucion inmensa, cada uno dice lo que nadie hasta entonces osó decir, aunque todo el mundo lo hubiese pensado. En tal situacion, el hecho mismo de proponer la cuestion es resolverla.

En estos términos la propuso Sieyes: ¿Qué es la clase media? Todo.

Inútil era el resto del folleto, pues establecida de este modo, resuelta quedaba la cuestion.

El abate Sieyes fue el promotor liberal del gobierno de la clase

media, ¿Hasta qué punto puede conciliarse con el principio de la soberanía del pueblo este sistema que reinó bajo la misma Convencion, absorbió el Imperio en el poder de un solo individuo, que la Restauracion no intentó modificar sin peligro; el cual en fin la Revolucion de Julio ha plenamente establecido en los negocios? Tal es lo que ni Sieyes ni otro alguno han dicho todavía, hallando mas cómodo el negar el principio que el concederlo con sus consecuencias. La clase media no era aun el pueblo, y la Revolucion hizo avanzar de un paso la palabra de Sieyes.

No brillaba este por el giro feliz y la elegancia del estilo, ni por la sublimidad de los pensamientos, ni por la vehemencia oratoria, ni por el vigor de la argumentacion. Pero teórico absoluto, dialéctico consumado, á la manera de los abates independientes de aquel entonces, unía á la finura algo aguda de la escolástica, el atrevimiento de los filósofos; viendo las cosas bajo un punto de vista abstracto y sin acepcion de personas, los intereses positivos, precedentes é instituciones, y siguiendo con obstinacion un principio que pretendia aislar como un miero experto sigue con la zapa la veta de una mina. Así nada dejaba que decir en las materias que trataba, tan completamente las agotaba. Al mismo tiempo, y como de paso, sembraba ciertos axiomas que en el dia han llegado á ser vulgares; pero desconocidos á la sazón y que casi atemorizaban por lo inaudito. Poseía sobre todo el arte, de coordinar un plan, dar armazon á una constitucion, y agrupar todas sus partes con simetría y magestad. Era además una especie de pensador muy apto, por la fecundidad, la ciencia y la profundidad de su método, á resumir los hechos generales de una situacion, las exigencias dominantes de la opinion, las deducciones completas de un principio, y por consiguiente á formular un evangelio político, una ley orgánica, una carta, una declaracion de derechos. Así el fogoso Mirabeau, deseoso de fundar un nuevo gobierno, interpelaba á Sieyes y se quejaba de su silencio como de una calamidad pública.

Pero Sieyes, aunque uno de los mayores ingenios de la asamblea constituyente gustaba poco de las luchas de tribuna. Rplegado en sí mismo y en sus meditaciones, perseguía, en medio del ruido de la multitud, la organizacion solitaria de sus utopias.

A la verdad, cuando tuvo que derribar el antiguo régimen, no le faltó decision y precision, sostenido que estaba é impelido por la ola irresistible de la opinion. Pero cuando se trató de volver á

construir y se le dejó á sí mismo, volvió á caer en las nubes de su metafísica, á veces mas sutil que profunda, y siempre mas ingeniosa que realizable.

Tales inteligencias, cuando se aplican á la política, estudian sus rodages con una curiosidad interior y obstinada, quitando cada pieza y volviéndola á colocar en el círculo de rotacion; pero al mismo tiempo no atienden á la desviacion de los hechos, á la mudanza insensible de las costumbres, á los miles accidentes de la sociedad, y serian capaces de hacer pedazos el reloj mas perfecto porque adelantaria ó atrasaria una centésima parte de segundo.

Sieyes arreglaba en su interior sus constituciones políticas, con un mecanismo muy complicado y muy docto, como tantos otros visionarios que fabrican para ellos solos una religion, una sociedad, una literatura.

Gran controversista, espadachineaba de corte y de punta sobre una tesis política; pero si esta tesis se encarnaba en la Asamblea y llegaba á ser hombre, se turbaba completamente á su vista. Dominador del derecho, se dejaba arrastrar por el hecho, y sabia, mas que domeñarlos, prever los acontecimientos; efecto que debe atribuirse á la superioridad de su inteligencia, é inferioridad relativo de caracter, y á su imaginacion indómita que no secundaba igual valor. Así, fue como los demás, terrorista por miedo, y ¿quién sabe? tal vez ateo; pero supo ocultarse tan pronto y tan bien en la oscuridad del centro convencional, que, aunque presente y vivo, se lo tuvo por ausente y muerto.

Lo mas curioso es que tuviese mas adelante el capricho de condenar al reposo constitucional un hombre á quien no bastaban la Francia y la Europa, y cuya vida fue una tempestad continua. Bonaparte envió á nuestro visionario á meditar sus planes ideológicos en los ocios dorados de una senatoria.

Pero el abate Sieyes dijo á la monarquía, al clero y á la nobleza: Nada sois; y á la clase media: Lo sois *todo*.

Si esta última fuese menos ingrata, elevaria estatuas en sus museos, palacios y Cámaras, al folletista de 89, que, al revelar su fuerza, le aseguró la victoria y el imperio.

#### BENJAMIN CONSTANT.

De Sieyes á Benjamin Constant la distancia es menor de lo que

se cree. Ambos habian recibido la misma educacion, la del siglo décimooctavo. Ambos observan, racionan, disertan y concluyen por los mismos procederes. En una palabra es la misma escuela de filosofia y política.

Sieyes ve el asunto con mas elevacion, Benjamin Constant lo analiza con mayor paciencia y finura.

El primero se preocupa mas del fondo, el segundo cultiva de preferencia la forma.

Aquel es mas generalizador, este mas ingenioso.

El uno tiene mas atrevimiento, porque posee la fe de los principiantes; el otro mas circunspeccion, porque tiene las dudas de la experiencia.

Sieyes habia declarado que la clase media debia ser *todo*, y Benjamin Constant demuestra porqué y cómo debe ser *todo*.

Aquel prepara las vias de la gran revolucion de 89, y este el de la pequeña revolucion de 1830.

Ambos, por último, carecian de constancia en sus opiniones y de resolucion en el momento de obrar, como todas las inteligencias muy extensas, que, descubriendo á la vez todas las consecuencias de un principio, presagian las objeciones que deben acarrear los argumentos y los movimientos de las resistencias.

Benjamin Constant, mas elegante que vehemente, mas sencillo que enérgico, complaciase en medio de las ficciones de una Carta otorgada. De todos los prestigiadores liberales ó doctrinarios de la Restauracion, ninguno como él acertaba á sostenerse mejor en la punta de una aguja, con ademanes y contorsiones increíbles para guardar el equilibrio. No se podia tocar con el dedo á esta Carta de fábrica inglesa, á ese edificio construido en la arena y tan poco seguro en sus cimientos y remates, que hubiera derribado un golpe de abanico ó un papirotazo, cuando no los morrillos despedrados de julio.

Mucho talento nótese en los voluminosos libros de Benjamin Constant sobre la monarquía constitucional, que no acertaria á comprender la generacion actual, y que seguramente no lee.

Era mas dialéctico que lógico, lo que no es lo mismo, pues la lógica es el arte de sacar las consecuencias necesarias de un principio verdadero, y la dialéctica el arte de deducir consecuencias especiosas de un principio falso.

Sea como quiera, este publicista ha desenvuelto en la prensa, con una ciencia de analisis superior, los principios del gobierno

restaurativo y el juego tan móvil como variado de sus combinaciones. Habil experimentador, supo despejar el organismo de una nueva sociedad, recorrer con el escalpelo todas las dolencias del poder, sondear las llagas é indicar el remedio. Si las ficciones del régimen de triple resorte, vistas de mas cerca, no satisfacen completamente ni la práctica ni la teoría, es fuerza confesar que Benjamin Constant contribuyó eficazmente al paso inmenso que dió la libertad á fines del Imperio, y no hay que vituperarlo de haber sido en exceso hombre de su época, pues solo tales hombres son los que poderosamente obran en la opinion.

#### PABLO-LUIS COURIER.

A la misma época, zaheria Pablo-Luis Courier las ridiculeces de la corte y la necesidad del ministerio en sus folletos, modelos inimitables de razon festiva y fina sátira. Estos pequeños escritos que rebosan de delicadeza, chiste, gracia y á veces elocuencia, exhalan un perfume de antigüedad. Tan fisgon como Luciano, tan puro como La Bruyère, trabajaba todas las partes de su estilo con cariçiosa mano, como Canova el marmol venoso de Paros. Courier prescinde de las generalidades para cultivar con esmero ciertas partes de su arte ingenioso, y la pureza de su gusto literario teme ó desdeña las grandes tesis políticas. Pero, al atacar los cortesanos y al mostrar el crujido de sus oropelos, Courier lisongeaba la nacion francesa tan amante de la igualdad, y era el Béranger de la prosa.

#### ARMANDO CARREL.

Casi al mismo tiempo que dejaba la vida Benjamin Constant, recogía Armando Carrel su pluma de publicista, y entraba glorioso en el palenque. Mas dichoso que su predecesor, llegaba en un terreno despejado del atavio de ficciones constitucionales; pero era preciso abrirse un paso por estos escombros, cuanto antes y sin perder tiempo. Carrel abordó sin titubear las tesis políticas, y con una vivacidad militar las hizo marchar con la espada en la mano.

Armando Carrel, como todos los hombres de su temperamento,

era desigual en su humor y en su polémica. A menudo cuando se cargaba de bilis su hígado, se desalentaba completamente; pero cuando se animaban sus ojos, y la indignacion hacia hervir la sangre en sus venas, su impetuosidad degeneraba en exaltacion.

Tenia una memoria vasta, un gusto puro y delicado, un saber profundo, un modo de producirse sencillo y varonil.

Generalmente, su estilo corria con abundancia límpida y cristalina, como si hubiese reflejado los rayos del sol. Otras veces se reducía, se armaba de aguijones, se amostazaba y su sarcasmo partía con la explosion del rayo que brilla y mata.

Enemigo de rodeos, proponía lisa y llanamente una cuestion y decía á sus adversarios: Este es el punto de ataque, empezemos.

Así como en el ardor de las tropas, en la ciencia de las maniobras, en el modo en que está abierta la trinchera, conocen fácilmente los sitiados si está á la cabeza de las tropas sitiadoras el general ó sus tenientes, del mismo modo fácil de ver era si en su periódico abría el mismo Armando Carrel el fuego de la polémica; y en este caso era otro el orden de batalla, otros los giros inesperados, las expresiones originales, la virilidad de lenguaje, el estilo noble y denodado semejante al clarín que toca al asalto.

Decía que todos los problemas del gobierno representativo quedaban en suspenso, y que nada había terminado la revolucion de Julio porque nada había resuelto; que el antagonismo organizado de los poderes y condiciones no constituía un estado social, ni un estado político racional y duradero; que pendiente y amenazadora estaba siempre la lucha entre la aristocracia y democracia, debiendo estallar hasta que quedase una ú otra definitivamente postrada; que si las naciones actuales fuesen tan muelles y serviles que se dejasen oprimir, no imitarán las generaciones venideras la cobardía de sus padres, y que todo hombre de talento y corazon, aun admitiendo que quede solo, no es dueño de sus acciones ni de sus pensamientos, de que debe dar cuenta á su patria.

Amaba la libertad con reflexion y la gloria con entusiasmo. Carrel era naturalmente intrépido, equitativo, desinteresado, caballeresco; pueblo por su corazon, gran señor por sus maneras, asociando en su persona la elevada razon de un estadista con la temeridad de un alfez; dotado de un aire victorioso, una efusion expansiva; celoso en materia de honor, presto á vengarse y aun mas á olvidar las injurias.

Armando Carrel, que parecia haber nacido para el mando, moderaba la impaciencia de su partido, disciplinaba su fogosidad, y, por la superioridad de su caracter é inteligencia, ejercia en sus amigos una dictadura tanto mas incontestada cuanto que era voluntaria de su parte. Es seguramente reprehensible por no haber protestado desde luego contra la usurpacion, y por haberse dejado engreir por las dos Cámaras y la gloria militar; pero tal es nuestro carácter nacional, y siempre tendremos mas ardor que filosofía en política, mas abnegacion que prudencia. Mientras que un Francés no ha pasado por la prueba de tal grande y única circunstancia, nada arguyen sus mas bellas protestas, y locura seria responder por él. ¡Cuan pocos hombres entre nosotros, por mas que hayan descollado con la pluma ó la palabra, han sabido resistir á los mimos de una situacion ó á la embriaguez del poder!

Resumamos:

Armando Carrel fue uno de esos hombres que no tuvieron antecesores y que no dejan posteridad. Con ellos elevase, brilla y fenece su nombre, semejantes á esos metéoros que fulguran en la oscuridad de la noche, iluminan el horizonte y se desvanecen. Soldado del ejército, sin que de él quede una victoria; soldado de la prensa sin haber dejado una sola obra á la posteridad, fue no obstante mas célebre que tantos generales y escritores. Pero su nombradía fue tan solo de circunstancia, y, despues de algunos años, cuando hayan pasado algunas olas de esta corriente del tiempo que á todos nos lleva, no quedará de Carrel mas que algunas hojas y pliegos medio rotos, que atestiguarán nuestras revoluciones borrascosas; y solo vivirá el fogoso polemista en la memoria de sus amigos, memoria tierna y fiel que no olvidarán jamás, pues fue un noble corazón, un gran carácter y un admirable escritor. ¡Ay! ¿Quien hubiera podido prever que Carrel, lleno de vida, rico en talentos, debiese haber sido arrebatado tan pronto á las esperanzas de la patria? Cayó herido de una bala en un miserable lance de honor, por una quimera que no era la suya. Un cementerio de aldea acogió sus mortales restos, y una estatua de bronce, debida al célebre cincel de David, honra la memoria del heróico y desventurado jóven. Una multitud inmensa asistió á sus obsequios, y marcharon tras el fúnebre carro dos ilustres ancianos que fueron sus amigos, llorando la memoria del difunto; y ¿quien no hubiera llorado por un hombre tan generoso, tan glorioso de su pasado, tan lleno de porvenir? Tan lleno

de porvenir como hombre de estado que iba á ser elegido diputado, y á ocupar en la Cámara un puesto á que lo hacia acreedor el irresistible ascendiente de su caracter á que involuntariamente cedian cuantos lo conocian. Tan lleno de porvenir como orador, pues poseia esa vehemencia de apóstrofes que sorprende y desespera los adversarios, esa elocuencia pintoresca, inopinada, apasionada, producida por los movimientos y no por las palabras, por el calor del alma y no por el artificio del estudio. Tan lleno de porvenir como escritor que intentaba escribir la historia de Napoleon como debe ser escrita, con ese estilo firme, noble, varonil, sencillo y lleno de fuego, que exigian la grandeza del heroe y la dignidad del escritor. Si, libre de los cuidados y continuos afanes del periodismo, de esa vida ardorosa é infatigable de la polémica cotidiana que no permite tregua ni reposo, y obliga al soldado de la prensa á no desertar ni un momento la brecha y á guerrear sin descanso con armas que no tiene tiempo de escoger ni preparar, se hubiese retirado Carrel en una soledad estudiosa, no se puede calcular á qué altura hubiera ascendido su talento de escritor: tan anchurosa, tan natural, tan firme, tan abundantemente luminosa era su diccion. Su Noticia que sirve de prólogo á los folletos de Pablo-Luis Courier, es una obra maestra de análisis literario, elevacion y exquisito tacto. Carrel poseia un gusto perfecto como se nota fácilmente leyendo este opúsculo, en que es apreciado con tanta gracia, seguridad y finura, el ingenio original de Pablo-Luis Courier.

Y no obstante mucho distaban ambos entre sí: Courier profesaba por la antigua Grecia un culto que degeneraba en supersticion; Carrel se precipitaba en las abstracciones y teorías renovadoras de la democracia; el primero no acertaba á explicarse á sí mismo su opinion, y no hubiera osado decir, combatido que estaba por los hábitos de su juventud, si admitia otra creencia política que el odio por la dominacion emigrada, y por el insolente extranjero; el segundo procedia firme de deduccion en deduccion, hasta los últimos limites de la república; el uno calculaba los vínculos latentes de una frase con otra frase, borraba la disonancia de una palabra y afilaba con primor un epigrama, ó meditaba sobre el efecto y alcance de un antítesis; el otro se abandonaba á la impetuosidad de su vena, se dejaba arrastrar por el declive de su diccion, y movido por su inspiracion, sin preocuparse si la expresion respondia perfectamente á la idea, la hallaba con

felicidad, y cabalmente porque no la buscaba. Tal vez la diferencia que existía entre ambos, tal vez el contraste entre el ardor original de Carrel y la naturaleza tímida y correctiva de Courier, motivaban la admiración de aquel por la prosa trabajada con excesivo esmero del ilustre folletista; pues hay que reconocer que nos gustan los contrastes y nos impresionan vivamente las calidades ajenas que nos faltan, las cuales nos muestran la indigencia de nuestra inteligencia, limitada siempre por un lado ú otro. Este hermoso prólogo de Armando Carrel es tal vez la página en que su talento literario se ofrezca con un sello mas profundamente marcado de fuerza y brillo, y ha tenido mucha influencia en la nombradía de Courier, popularizando sus escritos que encontraban mas aficionados entre los literatos de profesion que en el público. Otro escrito de Armando Carrel, en 1834, sobre los hombres de la Revolución, presenta un carácter mas severo, uniendo á una osadía extraordinaria de principios, una prudencia consumada en la apreciación de los hombres y cosas de la época, sin entusiasmo excesivo; y se echa de ver que la política domina en el autor al socialismo. Caballeresco en sus maneras, costumbres y gustos, no gustaba Carrel de las teorías del comunismo, y, hay que reconocerlo, en nuestros días, si viviera, hubiera perdido esa popularidad que solo conservan los que consienten á caminar con las manos atadas en las espaldas y los pies encajados en los carriles de su partido: necia posición, esclavitud mentirosa que no hubiera tolerado dos minutos el humor impaciente de Carrel. Por último la prensa periódica fue en las manos de este escritor una verdadera potencia, y se puede asegurar que fue el hombre mas completo de la revolución de Julio; nadie, antes de esta época, lo habia igualado, y nadie desde entonces lo ha reemplazado.

#### CHATEAUBRIAND.

De Carrel á Chateaubriand no hay mas que un paso, y en el estilo, manera y carácter de ambos, habia una caballerosidad que forma un vínculo y semejanza notable entre el jóven republicano y anciano realista.

Mas que á la tendencia y disposiciones naturales de su índole, debió Chateaubriand á su nacimiento y fortuna literaria el ser par de Francia, embajador y ministro.

En la asamblea de los Griegos hubiera cantado como Homero y no deliberado como Nestor.

Menos estadista que caballero francés fue siempre Chateaubriand, y los caballeros franceses son muy poco aptos para las luchas políticas, constitucionales ó de otra especie.

Compónense sus polémicas mitad de ojeriza contra Villèle, mitad de amor por los Borbones, resultando un antagonismo perpetuo entre el escritor y el paladin, entre las afecciones de su corazón y las luces de su entendimiento, entre su razón y sus preocupaciones.

Inconsecuentemente aspiraba á dos cosas contradictorias, como por ejemplo la libertad de la prensa en principio y en hecho, y al mismo tiempo queria por ministros hombres ultra-monárquicos que se oponian á la libertad de la prensa en principio y en hecho.

Cosa era que no dejaba de sorprender el ver reunidos y amalgamados en un mismo gabinete dos personajes de tan opuesto carácter.

Por una parte Villèle, seco y exacto como una tabla de logaritmos, hombre que en su vida llegó á saborear una figura de retórica, un movimiento de sensibilidad, una palabra emanada del corazón, un arrebató de elocuencia. Aritmético frio, lógico, positivo, ducho en conocer los hombres, en penetrar sus estratagemas, en lisongear sus pasiones, en anudar un sistema, en conducir una asamblea, inaccesible á la astucia, lleno siempre de cautela contra taimadas arterias y mañosas acechanzas, arrostraba Villèle las amenazas, sin dejarse sorprender por la vanidad peor que la corrupción. Dotado de atrevimiento y prevision en la concepción de sus designios, mostrábase firme, seguro, atento y lleno de paciencia en la ejecución, mas celoso por el valor real de las cosas que por lo que en si prometen. Al mismo tiempo reservado, desconfiado, flemático, naturaleza ferrea en que no podian hacer mella ni la vana gloria del triunfo, ni el abatimiento de la derrota, ni las flechas del escarnio.

Por otro lado, Chateaubriand, espíritu aventurero y algun tanto romántico, de carácter poco uniforme, dispuesto siempre á lanzarse impetuoso en vastas empresas, sin dejarse amedrentar por las resistencias ni calcular los medios de vencerlas; fascinado por el corazón, por la imaginación, por el lado brillante de las cosas; impresionado mas por lo bello que por lo útil, por lo grandioso mas que por lo posible; perfectamente en estado de describir por

qué motivo, en tal situación extraordinaria, habia encallado tal ministro, y al mismo tiempo incapaz, ministro él mismo, de salir del atolladero; dotado del don de conocer el pasado y prever el porvenir, pero sin acertar á comprender lo presente; en una palabra por ningun título hombre práctico, hombre de estado.

Hallábase embebido en su personalidad como todos los escritores embriagados por el humo del incienso, y que rodea una corte adulatriz ni mas ni menos que la de los reyes: gente irritable cuando se les contradice en vez de ensalzarlos; incómoda é intratable por lo inopinado de sus antojos y arranques de su imaginacion, impaciente y enemiga de toda regla, agria de condicion, y dispuesta siempre á sacrificar la razon de estado á su vanidad personal.

Chateaubriand fue siempre, mas que polemista publicista, y mas publicista que folletista. Reina en su estilo un tono grave, melancólico, amargo á veces; pero nunca obsérvanse esos toques chistosos, esos rasgos de agudeza que esmaltan el discurso y divierten al lector. El autor se aproxima de las masas por la grandeza de sentimientos, pero de ellas se aleja por el lenguaje, el cual si no es siempre tirante, tampoco es flexible, variado y seductor; prueba evidente que solo los folletos populares son los que rebozan de originalidad, gracia y vida; y parece que, al arrojar al viento sus hojas ligeras, sintió pasar Chateaubriand en sus manos el soplo glacial de la aristocracia, y por seguirla abandonó la marcha libre y rápida inherente al folleto. En efecto, aun cuando quiere ser natural, nótese un aire de aticismo, cierta flor de alta sociedad y trato delicado, y bien se echa de ver que el autor guarda siempre, aun bajo el techo doméstico, una pieza ú otra de su armadura para no ser confundido con los rústicos.

Tan brillante, gracioso, centellante de gala, colorido, sublimidad é invencion se muestra en sus poemas de *Atalá*, *René* y *los Mártires*, como correcto, gramatical y severo en la forma de su polémica. En ellas ni por asomo nota el lector esas locuciones sonoras, esos rodeos ingeniosos, esos movimientos llenos de brillo y donaire, esa vehemencia arrastradora; sino, al contrario, una discusion prudente y sobria, y ¡cosa notable y don singular de la apropiacion! ese poeta trata de un modo feliz, y mucho mejor que muchos hacendistas de profesion, el juego de las rentas y de la amortizacion, y ese hombre, dotado de una imaginacion tan brillante, penetra en el espíritu y pormenores de una ley con mas acierto que un jurisconsulto consumado. A veces, en su calidad de

gran escritor, emoblece la vulgaridad de la idea por la osadía de la voz; otras descende de lo encumbrado del debate por la familiaridad de la expresion; ó bien entrecorta el curso llano de la narracion por una imágen deslumbrante, por una alusion histórica, un giro inesperado, un toque vivo, una fecha, ó una de aquellas palabras que solo puede decir Chateaubriand.

Ningun escritor imperialista ha hablado de Napoleon en términos mas pomposos, pues solo el genio puede comprender bien la gloria.

Ningun publicista constitucional ha batallado tanto, en todos tiempos, por la santa causa de la libertad de la prensa, con mas entusiasmo, con mas fiel perseverancia, con mas heroismo.

Ningun patriota en Francia tuvo mayor fe que Chateaubriand en el advenimiento de la democracia, y fue republicano por razon y presentimiento, si bien realista por recuerdo y fidelidad caballeresca.

Loco perdido por la legitimidad, adornaba amoroso esta querida imaginaria con los hechizos que soñado habia, sin comprender, como Pigmalion, que la Venus procedente de sus manos era mas bella que la misma Venus.

Ilustre por su solo mérito, y padre literario de dos insignes poetas, Lamartine y Victor Hugo, herederos, el primero de su melancolía y el segundo de su originalidad, el bardo mas admirable de nuestros tiempos desde Shakspeare y Corneille, sin exceptuar á lord Byron; bello y noble genio que se estremece al aspecto de toda tiranía, que vierte lágrimas al aspecto de todo infortunio, y cuya memoria debemos amar mucho y por mucho tiempo despues de haberlo tanto admirado.

COBBETT.

De Chateaubriand á Cobbett, ¡qué diferencia de personas, caracteres, estilo, opiniones y maneras!

Las ciencias, el álgebra, la geometría, la física, la química, son de todos los países; y hablan una misma lengua convenida y universal. La filosofía solo expresa ideas generales, la moral sentimientos comunes, la historia, la epopeya y la tragedia las pasiones del corazón humano. Pero la comedia en las letras, la caricatura en las artes, el folleto en la política, son productos de

cada suelo que revelan la fisonomía é indole, peculiar de cada pueblo.

Así las alusiones finas, los razonamientos puros resbalan y go-tean sobre la piel grasa de nuestros vecinos de ultramar, y el folleto británico, profundamente impreso con el sello de las costumbres del país, soez, agresivo, grosero y brutal, nunca sonríe, sino rié á carcajadas estrepitosas, es incoherente, desordenado y su cólera huele á aguardiente. Sin perifrasis ni rodeos, llama las cosas por su propio nombre, forma caricaturas que presenta al público ó enteramente desnudas ó grotescamente vestidas, da voces y reúne á los que pasan, quitase la camisa y descúbrese hasta la cintura, y con los cabellos desgreñados, la vista torva, cierra la mano, anda á puñetazos, hierre á su adversario en el rostro, en el cuello, en el pecho, en los lomos, le rompe los miembros lo derriba y pisotea.

Cobbett dictaba en general sus folletos, y el folleto dictado, que imposible declaró en una lengua tan minuciosa, delicada y gatzmoña como la francesa, se acomoda mejor con la negligencia de la inglesa. El folleto dictado suple á la incorreccion y pureza de estilo, por la abundancia, chispa y calor, asiéndose del objeto al vuelo, sin tardanza, apoderándose de la persona sin soltarla, y enardecendo la multitud. Si ello es cierto que es menos duradero que el folleto elaborado, tambien es preciso confesar que es mucho mas vehemente y produce una sensacion mas profunda; y si discurre menos persuade mas, imitando los arrebatos, desorden é intermitencias de la pasion.

Cobbett preferia el estilo epistolar, pues sabia que solo lo natural gusta á la multitud, sin contar que esta forma se adaptaba mejor á la variedad é inagotable fecundidad de su pluma.

Reina en sus folletos una rareza de estilo, figuras y bromas, que incomprensibles y repugnantes encuentran las demas naciones, y no obstante esto es cabalmente lo que hace que tanto gusten al pueblo inglés.

Cobbett estaba lleno de su personalidad, como todos los autores que separados del trato de los hombres, embriaga la popularidad, se constituyen su propio centro y en cierto modo su idolo.

Tory al principio, despues radical, enconado en su saña, fogoso en sus convicciones, condenado, perseguido, atacado en su persona y bienes, obligado á emigrar, oscilando sin cesar entre

la fortuna próspera y adversa, Cobbett se sirvió del folleto como arma terrible.

Apoyado en las masas, luchó contra una aristocracia sostenida en el suelo, altanera, inteligente, paciente, ávida, señora de la tierra y capitales, del ejército, ministerio, y parlamento.

Agrónomo, militar, gramático, periodista, publicista y escritor, fundó un periódico que tuvo cien mil abonados; y en cualquier país un periódico de cien mil abonados constituye un poder, y Cobbett lo ejerció.

Nadie tal vez llegó á odiar con mas encono, y en la explosion de sus sarcasmos, hollaba hasta sus mismos amigos.

Testarudo, antojadizo, acrimonioso, injusto, cínico hasta el ultraje, desalmado y casi feroz para con sus enemigos vencidos, que apaleaba y pateaba, al verlos yacer en tierra hasta espirar, sin dar ni pedir cuartel. Escritor salvaje tal cual conviene á ese pueblo taciturno, cuyas opiniones son tanto mas absolutas cuanto que nunca las comunica, y cuya ira es tanto mas acérrima cuanto mas comprimida.

Entremezclaba este gran folletista en su polémica moralidades filosóficas, revelaciones del corazon humano, retratos, sátiras personales, anécdotas cotidianas, coloquios íntimos, comparaciones y pinturas animadas de la vida campestre, contrastes inesperados y salidas originales, que explican el secreto de su popularidad.

Este homenaje debiamos tributar á un hombre que luchó tan vigorosamente contra el orgullo y preocupaciones de la oligarquía, acumulacion de empleos, parasitismo, opulencia monstruosa del clero inglés, castigo corporal y humillante del soldado, y tantos otros abusos; que amó y defendió la causa sagrada de la reforma, y la causa no menos sagrada de la libertad francesa.

#### ENRIQUE FONFRÈDE.

De Cobbett á Enrique Fonfrède, hay todavía mas diferencia que de Chateaubriand á Cobbett.

Hay en efecto toda la distancia que separa el cielo nebuloso de la Inglaterra del cielo despejado de los Pirineos.

Desde la muerte de Armando Carrel, no conozco polemista comparable á Fonfrède.

Voy á juzgarlo como si no fuese su contemporáneo, y como si no hubiese sido mi enemigo, aunque seguramente no era yo el suyo.

Sus calidades le eran propias, y sus defectos de su país. Enrique Fonfrède era hombre del mediodía, una de esas naturalezas de fuego que espumean y se extravasan, pero que con facilidad se sosiegan.

¡Cosa singular! yo he visto, en un abrir y cerrar de ojos, levantarse tumultuosamente todas las poblaciones meridionales, juntarse y seguir á una persona con gritos de amor y júbilo, y cuando creía aquella que la rodeaban, é iban á su encuentro, de repente se disipaban y retiraban con tambores y trompetas.

Los hombres del mediodía no andan sino corren, no meditan sino improvisan, no rezan sino precipitan su oracion, muestran tanta prisa en acabar como en principiar, y en llegar como en partir. La indole meridional se complace en la celeridad, estrépito y brillo, y nunca abandona la region de las tormentas.

Extremados en todo, dirán de un hombre de cortos alcances que es un insensato, si carece de talento que es estúpido, si posee alguna inteligencia que es un genio, si es valiente que es un héroe, si delinque en un ligero pecado vial, que merece el fuego eterno. Para ellos no hay purgatorio, sino cielo ó infierno.

Así conviene no tomar, al pié de la letra, su impaciencia y gritos, pues en general hablan recio, y hay á menudo mas malicia en un Normando que dice un cumplimiento, que en la injuria de un Gascon; el primero pica con un alfiler, pero sale la sangre y queda la señal de la picadura; mientras que el segundo, lleno de cólera, echa la baba al rostro, mas basta limpiarse para que nada quede.

Todo en las meridionales es relieve, salida, juego: la mirada, el gesto, la palabra, hasta el estilo. Fonfrède no sabia escribir, ó por mejor decir no escribia con el diccionario de la Academia, sino inventaba y forjaba los términos que necesitaba, sin que lo arredrase en modo alguno el neologismo. ¿No era por ventura folletista? Ahora bien, el folleto es una lucha, un combate vivo, precipitado, decisivo, pié contra pié, pecho contra pecho, sin tregua ni misericordia; los campeones se miden con los ojos, se acercan, se agarran, se esfuerzan, se derriban. El folletista del mediodía, gladiador impetuoso, brinca en la arena y ase el cuello de su adversario; con tal que lo postre á sus pies, poco le importa de qué manera. Sin preocuparse de las reglas de la esgrima ó del

pugilato, aspira solo á vencer ó á morir, morir sin tardanza ó lograr victoria campal.

¿Se figura acaso el lector que tuviese tiempo Enrique Fonfrède de preparar un plan? Nada de eso; lo concebía, lo devanaba, lo tramaba, lo tejía de paso, sin cuidarse de la correlacion del exordio y el epilogo, sin observar si cojeaban sus razonamientos, ni si sus paradojas destruian la verdad: tan presuroso estaba de llegar al fin propuesto. Poco gusto en el estilo, desaliño en el diseño, argumentacion flaca, falta de certidumbre en los principios, tales eran los defectos de Fonfrède, defectos considerables y no los únicos; pero este publicista poseía un giro tan original, una vena tan inagotable, una seduccion tan atractiva, una gracia tan inopinada, una chispa tan irresistible, que seria fácil reconocerlo entre mil, y ¿no es tal la señal de los grandes escritores?

Fonfrède poco se cuidaba de las precauciones oratorias, del miramiento á ciertas personas, gerarquías, dignidades y reputaciones; para él nada habia alto ni bajo, ni sagrado ni profano, y golpeaba á derecha é izquierda como un hombre ebrio que con el palo en la mano, se abre un paso por la multitud. Fonfrède se replegaba y enroscaba en torno de su adversario, envolviéndolo y sofocándolo en los nudos de su dialéctica, y obligándolo á gritar, suplicar y pedir perdon.

El folletista meridional amaba con exceso la autoridad, por miedo de la anarquía; como otras personas aman con exceso la libertad, por miedo del despotismo.

Mas polemista que publicista, demasiado fogoso, falto de aliento y excesivamente espontáneo en su inspiracion para componer un libro docto, un libro elaborado, agotaba en un solo artículo el fondo de una cuestion á la cual apenas hubiera podido bastar un tomo voluminoso. La naturaleza no lo habia hecho para hojear con paciencia los volúmenes en folio de una biblioteca, ó meditar en el fondo de un aposento, sino para el combate. Atleta infatigable y brillante bajo las armas; cuan hermoso estaba un día de batalla!

En su polémica agrupaba con un arte tanto mas maravilloso cuanto mas natural parecia, todas las pruebas directas, todas las inducciones emanadas de la analogía, las citaciones históricas, judiciales y legislativas que acarrea su asunto, y abrumaba á sus adversarios con golpes seguros sin piedad, ni reposo, ni favor.

Fonfrède llevaba en sus manos un prisma de mil facetas, y este

prisma inundado por los rayos del sol del mediodía, despedía colores purísimos y deslumbradores. Este terrible polemista descubría y desnudaba una nombradía ó una situación de pies á cabeza. Con su garra de leon arrancaba á esos efimeros reyes, á esos soberbios ministros cuadrados y ceñudos en su silla parlamentaria como en un trono; y cuando conseguía atarlos á una cuerda, los arrastraba hácia sí, y los mostraba como muñecos á la multitud.

Temerario en sus tesis, inexorable en sus consecuencias, mostraba la fealdad de los tiempos modernos con un sarcasmo, y hacia terribles incursiones en el porvenir.

Su imaginación acalorada é impetuosa lo llevaba á menudo mas allá de los límites de la verdad, como sucede frecuentemente á la gente de su país, y como esta se apasionaba, prorrumplía en declamaciones, y escribía como esta habla.

Estaba sujeto á súbitos arrepentimientos, como toda persona inconsecuente y sin principios, ó con convicciones opuestas, cuya imaginación, semejante al caballo indómito de Mazeppa, atormenta y arrastra sin descanso hasta el fin del horizonte, por valles, rocas y senderos espinosos.

Así quería una monarquía elegida, sin la condición de esta misma monarquía que es la elección; la monarquía no elegida sin su condición forzosa que es la legitimidad; el gobierno personal sin la condición de este gobierno que es el despotismo; la libertad sin la condición de esta que es la soberanía del pueblo; un parlamento sin la condición evidente que es la independencia; el bien estar del pueblo, sin la condición necesaria que es la economía. Así flotaba incesantemente entre dos playas, como un bajel sin áncora, eternamente azotado por las tempestades de su imaginación.

Faltaba á Fonfrède lo que á Sieyès, Courier, B. Constant y otros tantos; una base fija, un sistema coordinado, un principio, pues, ¿acaso era legitimista? De ningún modo. ¿Por ventura radical? Mucho menos. ¿Parlamentario? Ni con mucho. ¿Constitucional? Ni por asomo. ¿Liberal? En otro tiempo. ¿Absolutista? Sí, se intitulaba absolutista franco, determinado, sin condición ni límites, absolutista-absoluto. ¿Absolutista! ¿Y porqué? ¿Como podía ser tal según la Carta? ¿Como tal sin la Carta? ¿Con quien? ¿Tal vez con Enrique V? No. ¿Con Luis-Felipe? ¡Oh! ¡oh! ¿Con quien pues, acaso con Dios? Pues, según Fonfrède, la monarquía constitucional de Dios directamente emana? ¿Pero á qué cosa no le

sucede otro tanto? ¿Hay algo que así no sea? ¿Acaso no pueden engreirse y blasonar de su origen celeste y providencial la República, la Heptarquía, la Monarquía constitucional, la Oligarquía y demás formas posibles de gobierno? Y en este caso, ¿cual es el valor del famoso argumento de Fonfrède, de ese argumento del derecho divino llevado hasta el extremo, hasta lo absurdo?

Siento á la verdad no poder completar esta figura característica con nuevos toques, y en la que tanto se complace mi pincel. En mi concepto hubiera podido hacer de Fonfrède un estudio original, un buen cuadro; pero me faltan el tiempo y espacio.

Acabemos, pero antes que me sea permitido el decir que Fonfrède fue, cosa rara, aun en Burdeos, adorador y no cortesano del poder, sin revolcarse como otros tantos en el cieno de la corrupción, y hombre de bien, hombre de fe, se mantuvo arrinconado para conservar su independencia y fortaleza.

Creo haber explicado el origen de la intemperancia de sus paradojas y la violencia extraordinaria de su lenguaje. Así no me es posible guardar rencor á ese Escita, á ese bárbaro, que quería arrojarme como una presa á las garras y dientes de los leones y tigres de la Macedonia (1), por haber murmurado algun tanto del rey Filipo y de sus pensiones, yo Timon de Atenas, buen hombre y sin malicia alguna, que sin enfado he leído lo siguiente por mas fuerte que sea:

« Declaro que uno de los mayores crímenes cometidos contra  
« la existencia, prosperidad y subsistencia de un pueblo, son las  
« Cartas de Timon sobre la lista civil y dotaciones del rey Luis-  
« Felipe. Timon ha sembrado mas ruinas, miserias y hambre en  
« los hogares del pobre pueblo, que hubieran podido acarrear  
« diez años de guerra y calamidades. A falta de justicia humana  
« que le ha dejado cumplir esta obra de iniquidad, le predigo que  
« llegará un día en que despedazará su alma un gran remordi-  
« miento á consecuencia de su conducta, y que llorará amarga-  
« mente todo el mal que ha causado. »

« Firmado y rubricado, FONFRÈDE. »

¡ Por Júpiter, lector! yo hubiera podido afilar mi buena hoja,

(1) Durante un mes, estuvo Fonfrède reclamando la acusación de Timon que nunca había visto y de quien no había recibido el menor daño. Mas adelante, al ver su retrato pintado por Timon, quedó tan contento, que saltando de alegría y mostrándolo á todo el mundo, exclamaba: « Mire vm., mire vm. lo que dice de mí Timon. »

esgrimir con ese Escita, ese bárbaro, y volverle herida por herida.

Pero nosotros Griegos de Atenas, si tenemos sal en los labios, carecemos de hiel en el corazón, y si hubiese venido Fonfrède á echar en el Piréo el áncora de su bajel, lo juro por Minerva, yo mismo hubiera ido á tomarlo por la mano, llevado á la Academia bajo la sombra de los hojosos chopos, servidole un plato de la apetitosa miel del monte Himeto, y despues lo hubiera conducido coronado de flores, á los confines de la república.

Desgraciadamente ha fallecido Fonfrède, y lo siento, aunque tal vez me hubiera vuelto á atacar con virulencia. Pero los reyes son casi tan ingratos como los pueblos: Fonfrède pasó su vida á glorificar una dinastía que lo olvidó, y no era seguramente el medio mas adecuado para eternizar su memoria el editar sus obras que nadie lee en la actualidad; sino al contrario inaugurar su busto en las galerías históricas de Versalles, en que tantos mayordomos de corte y tantos insignificantes ganadores de batallas usurpan el puesto de varones justamente célebres.

#### EL ABATE LAMENNAIS.

¿Qué diré de Lamennais folletista, de Lamennais uno de los mas profundos filósofos de nuestro siglo, de Lamennais, el mas ilustre miembro del clero cristiano? ¿Qué constancia en el trabajo! ¿qué extension en la ciencia! ¿qué fecundidad de imaginacion! ¿qué capacidad intelectual! ¿qué meditador! ¿qué dialéctico! ¿qué poeta! ¿qué prosador!

No pretendo hacer comparecer en mi presencia al abate Lamennais, y juzgarle relativamente á su mayor ó menor ortodoxia. ¿Quién podría darme tal derecho? ¿De donde me vendria á mí tal competencia? No me toca á mí sondear los corazones, y seguramente Dios reserva para los varones predestinados á quienes concede el don del genio, misericordias tan grandes como los dotes que les depara. Todo lo que sé decir es que solo un sacerdote, y un sacerdote como Lamennais, podía manejar con tanta caridad é imperio el folleto religioso, ese folleto que revela el hombre al hombre, que enternece nuestra rebelde naturaleza para someterla mejor, y hace vibrar todas las cuerdas de nuestra alma. Lamennais ama al pueblo con la simplicidad de un talento elavado, lo

ama con la fe y esperanza de un cristiano. Si le recuerda sus derechos, le enseña tambien sus deberes; si lo humilla á la vista de sus llagas y miserias, lo consuela por los estremecimientos simpáticos de la fraternidad; si le inspira piedad para consigo, lo abrasa de amor y ternura para con los demás; si le dice, como todo corazón noble, que debe odiar la tiranía, lo exhorta á la paciencia en la servidumbre; si levanta las cadenas que abruman sus miembros, abre á sus ojos horizontes celestiales, coronados de flores, abundantes en infinitas beatitudes.

Ningun escritor desde Bossuet habló language mas solemne y sonoro, y solo Lamennais ha conservado los períodos espaciosos, la continua armonía y el gran estilo literario, sin recurrir á un vano oropel, ni emplear palabras nuevas y locuciones impuras. Basta á su genio la lengua usual, ora entone con voz profética los himnos del pueblo en las *Palabras de un Creyente*, ora escudriñe en el *Bosquejo de una filosofía* los misterios de la creacion ó del entendimiento humano; ora, en los *Negocios de Roma*, pinte con cálido tono y puro las campiñas de Italia; ora en sus folletos acose con implacable lógica al enemigo que va á derribar.

Pero bien se echa de ver que Lamennais no se halla á sus anchas en el folleto político, y que no puede avenirse, ni acomodarse á esas luchas vulgares contra ministros de poco tiempo. No, Lamennais no ha sido enviado á esta tierra para rasar su suelo con esas alas sublimes que naturalmente lo elevan al cielo, y lo arrebatan en las altas regiones de Dios y de la eternidad.

### CAPITULO III.

#### DE LA ELOCUCION DEL PULPITO.

Apenas hay relacion entre la elocuencia sagrada y la profana, y se puede decir que todo difiere, la persona, el lugar, el asunto, el auditorio.

El orador deriva su mision de su persona, el predicador de su carácter.

El primero es á menudo menos que un hombre para con sus partidarios, el segundo, á los ojos de los fieles, es mas que un hombre.

El uno habla cuando puede, como diputado; el otro cuando quiere, pues es sacerdote. Poco importa que el predicador sea jóven ó anciano, calvo ó con una hermosa cabellera, dotado de una bella presencia ó contrahecho, que su gesto sea noble ó vulgar, su voz sorda ó sonora y acentuada. Todas estas observaciones mundanas las omite el auditorio cristiano que otros pensamientos asaltan.

El predicador habla en nombre de Dios, el orador en su propio nombre: así mientras el primero se aparta y guarece respetuosamente bajo la imponente magestad del santuario, el orador se ostenta en la tribuna á cuerpo descubierto en toda la extension de su individualidad.

El predicador dobla la rodilla é inclina su cabeza ante la magestad de Dios; el orador la levanta erguida, y seguro de su propia fuerza, parece desafiar á sus adversarios con el gesto y la mirada.

El predicador se compara al mas humilde de sus oyentes, y aun menos, al polvo del camino, á una yerba ligera, á un gusanillo rastrero; se da golpes de pecho, con compuncion, se acusa á si mismo, confiesa sus culpas, y da señales de arrepentimiento.

El orador se jacta de la constancia de sus opiniones y de la austeridad de su vida, no se juzga sino para absolverse, se hincha, se exalta, quema el incienso para respirar su olor solo y sin rivales, y si baja de las regiones de la apoteosis es para ir al encuentro de las congratulaciones.

El predicador habla en el silencio, el orador en el ruido: el primero con una voz debil ó apagada, llena el ámbito de la nave de la iglesia, desde el altar hasta el pórtico; mientras que el segundo se desgañita y enronquece en una sala llena hasta el techo, que apenas trasmite su voz, resultando que se le oye apenas ó demasiado.

Bossuet, Fléchier, Bourdaloue, Massillon conmovian casi sin voz á un auditorio de corte y de plebe, que, reunido en la vasta nave de nuestras catedrales, doblado el cuello y atento el oido, respiraba apenas y oraba interiormente con el corazon y con los labios.

Demóstenes, Ciceron, Mirabeau, O'Connell, Berryer, Guizot, no conseguirian dominar nuestras Asambleas tumultuosas, si á la sensibilidad, ciencia, vehemencia oratoria y dones del genio, no uniesen vastos pulmones y una voz sonora.

El predicador halla los corazones benévolos, el orador oposiciones sordas y pertinaces.

El predicador encuentra favorable todo el auditorio, al orador es adversa la mitad de este, ó cuando menos la tercia ó la cuarta parte.

El predicador procura conciliar y hermanar el auditorio; el orador convoca al combate, á un combate mortal, una parte de la asamblea contra otra, y sus triunfos estriban en la division del cuerpo legislativo.

El predicador, que acompaña el silencio, sigue tranquilamente el hilo de sus ideas, tal como un rio magestuoso su curso apacible y cristalino; el orador agita sus olas espumosas por los ásperos peñones de su cauce cerrado y los diques de sus riberas.

En su persona dirigen continuamente el lente y los gemelos numerosas mugeres engalanadas y extrangeros dorados, decorados y resplandecientes. Importa que se halle en un estado de atencion continua, que estudie su declamacion, sus ademanes, su actitud, sus miradas; si los cordones de sus zapatos no están desatados, si no están iguales los picos de su corbata, si su pelo se halla descompuesto, si los pliegues de su toga carecen de gracia. Importa

que no se bambolee sobre las piernas, que no se incline adelante ni hácia atrás mas de lo que es debido; que sus gestos no sean precipitados en demasía como los de un danzante, ni pequen por exceso de sobriedad en este punto como un filósofo; que su voz no tome un tono agudo de falsete, ni se pierda en los sonos cavernosos de un bajo.

Detrás de él está el presidente con su campanilla, que detiene su curso cuando coordina los miembros de un periodo, ó lo detiene cuando se lanza en los confines de un bello desorden que es un efecto del arte. A su lado no cesa de resonar la voz del portero que grita continuamente: ¡Silencio señores! Enfrente sus adversarios de los centros, izquierda y derecha, golpean en sus carpetas con sus cuchillos de palo, mueven estrepitosamente los piés, charlan, silban, gruñen, exclaman ó le interrumpen. A cada momento hay quien dibuja al lápiz, y en su mismas barbas, su silueta grotesca, cuyo perfil puede él mismo divisar; ó bien hay quien remeda su voz gangosa ó aflautada. Tal miembro repite irónico sus palabras dándole un sentido diferente; tal otro lo interpela para hacerle perder los estribos en medio de un silogismo; algunos protestan contra sus demostraciones, elocuencia y cifras, determinados que están á no dejarse conmovier ni convencer. Algunos lo amenazan con el puño, ó responden por injurias á una verdad proferida; y hasta sus mismos amigos lo desconciertan aplaudiéndolo en el momento mismo en que acaba de propalar una sandez.

Por otra parte el auditorio del púlpito difiere del auditorio de la tribuna no menos que la persona y el lugar.

Compónese este auditorio de algunos hombres fervientes y mugeres piadosas y resignadas, simples de espíritu y corazón, que no osan levantar los ojos; que ven en el predicador no un hombre sino un ministro de la Divinidad; auditorio que se dobla bajo la doctrina emitida por el ministro de Jesucristo, y se deja arrastrar por todos los movimientos que este les imprime, indignándose cuando se indigna, amando lo que ama, aborreciendo lo que aborrece, creyendo lo que cree, unido á su palabra por los vinculos estrechos de la fe, repeliendo como una mala tentacion los impulsos de la duda y asomos impuros de su pensamiento, haciendo esfuerzos para comprenderlo, y siguiendo sus huellas.

A su voz fulminante se espanta la conciencia, el estremecimiento del terror corre de vena en vena, arrodillase el crimen,

despiértase el remordimiento. Entonces el predicador, inclinándose desde su cátedra sagrada, toma, por decirlo así, todas las almas en sus manos, las asusta, las consuela, las precipita, las evoca, las lleva sucesivamente del temor á la esperanza, de la vida á la muerte, y, despues de haberlas juntado y confundido, las suspende todas como anillos misteriosos á esa cadena de oro que une el cielo con la tierra.

No faltan al orador de tribuna asuntos propios para desplegar su vuelo, mas la prensa desflora todas las tesis y las agota.

Al contrario mil sermones sobre un tema moral dejan siempre que decir, ¡tan grande es la destinacion del hombre! ¡tan infinitos los horizontes de la Providencia! ¡tan espacioso es el ámbito en que puede campear la accion del alma humana! Pero ¡cual es el tema de paz ó de guerra, dinastia, ministerio, libertad, impuestos ó prensa, que no quede agotado despues de dos discursos, y á veces con uno solo?

El predicador habla solo, sin colegas, ni rivales; mientras que el orador habla antes y despues de otros tantos, luchando contra la monotonía de los ataques personales, el cansancio del auditorio, la repeticion de los argumentos, las acechanzas de la insinuacion, la resistencia de la contradiccion; y es necesario que improvise en todas las materias que la vehemencia del debate acarrea en la superficie de la cuestion, se explique relativamente á las interpretaciones accidentales, y duplique á la réplica de su discurso.

A veces, aun no ha abierto la boca cuando la asamblea impaciente empieza á bostezar. Si quiere profundizar la materia se quejan los oyentes que es prolijo en demasía, y le gritan: ¡Basta! ¡basta! — Si procede con soltura en su exordio, se le dice: ¡Al hecho! — Si se detiene un momento: La conclusion! — Si brilla por un lenguaje lleno de color y brillo: Es un poeta y nada mas. — Si argumenta: ¡Qué seco! — Si expone: Razones, veamos las razones. — Si se produce en lenguaje técnico: Yo no entiendo una palabra. — Si en lenguaje vulgar: ¡Qué poca ciencia! — Si es vehemente: ¡Qué calor tan fingido! — Si es natural: ¡Qué ordinario! — Si habla de un modo elevado: ¡Qué gerga!

Por otra parte cada diputado, en el orgullo de su oligarquía parlamentaria, se cree un pequeño soberano, y tiene la pretension dominante de estos, que es la de ser tratado como tal, quererlo todo, saberlo todo, poderlo todo, mandar y no obedecer, exigir y

no dar, contradecir y no sufrir contradicción. Así las asambleas son en general poco sufridas: de lo que resulta que hay que cortejarlas, captarlas con mil agasajos, lisongearlas con la voz y mirada, para que accedan á una proposición cualquiera, y es necesario acariciarlas y rascarles el cuello antes de introducirles el rejon en la epidermis.

El predicador elige su asunto que prepara, dispone, fomenta, esmalta de flores, suspende, prolonga, concluye según juzga oportuno, abandonándose sin freno ni responsabilidad á su númeron de inspiración, alargando ó acortando el paso, y siguiendo los trámites mas favorables. Así si es lógico demuestra, si narrador expone, si patético conmueve, si docto enseña, si poeta canta, y la lira de David emite un sonido único, pues una sola cuerda pone en ella.

Al contrario, el orador no escoge la materia y debe estar siempre dispuesto á todo, presto á todo momento, al principio, al medio, al fin de una discusión. Si el auditorio debe ser instruido antes de ser conmovido, importa que el orador empiece por hablarle el lenguaje de los negocios, que diga los hechos, establezca la cuestión, indique una solución adecuada, empiece de nuevo si es preciso, ilumine lo oscuro y nebuloso, disipe ciertas dudas, complete lo incompleto, zanje las dificultades, llene los vacíos, fije las fechas, y deje á los ánimos imbuidos de su enseñanza, dirigirse por sí mismos al fin propuesto. Si cansado se halla la atención del auditorio, importa que el orador entre con viveza en la materia, resuma en pocas palabras, alegue la razón perentoria, y sea breve. Mil peligros lo aguardan en el camino, mil enemigos lo acechan ocultos, y para combatirlos se ve obligado á cambiar continuamente de armas y de táctica.

Cuando, dominado por una ira santa, Bourdaloue se acalora, se indigna, fulmina, estalla contra los vicios de los reyes, de los grandes y del pueblo, los reyes, los grandes y el pueblo inclinan la frente, y se humillan bajo la vara de la palabra del ministro del Dios vivo. Pero si el orador secular emitiese, encolerizado, un lenguaje análogo, veríamos á los representantes inculpados ponerse de pié sobre sus bancos y vociferar: ¡Al orden! ¡al orden! y habría quien arrojase á la cabeza del temerario los cuchillos de boj y tinteros de plomo.

Pero también lo que constituye el apuro y tribulaciones del orador produce asimismo su poder; su elocuencia vuelve pingüe

y feraz un terreno estéril; la contradicción continua fortifica su temperamento oratorio; las facultades de su inteligencia se exaltan y toman incremento por esa atención vigilante en su persona, gesto, actitud, voz, mirada, argumentación, movimientos, estrategias; y tanto sus amigos como enemigos, sus rivales como sus admiradores, contribuyen á formar su talento y dar pábulo á su ingenio. Así Demóstenes lucha contra los opresores de su amada patria, y defiende pié á pié el terreno de la libertad espirante, minado por el oro de Filipo; Ciceron, en una república corrompida que se inclina al despotismo, aboga por la vieja causa de las costumbres contra los descarados defensores de Verres y Catilina; Mirabeau confunde con el estampido de su voz de trueno las sublevaciones de la aristocracia, y Berryer, con maña admirable, pasa al través de los campos enemigos y elude su vigilancia siguiendo las evoluciones de las propias tropas hostiles. En todas partes, en Atenas, en Roma, en Londres, en Madrid, en Washington, en Paris, el triunfo parlamentario es el precio de la dificultad vencida.

El predicador es dueño de su tesis, tesis magnífica como la creación, sublime como Dios, vasta como el espacio, infinita como el tiempo. Ni las montañas, ni los mares limitan el vuelo de la palabra del misionero apostólico, que descende en lo mas profundo del Océano para preguntar á la oscura vegetación del mas pequeño marisco; sube mas allá de las nubes en los palacios celestiales, resplandecientes de luz y habitados por armoniosos Serafines; huella el polvo de los siglos y de los mundos, y con su vara profética conduce las generaciones que aun no han visto la luz. Una flor que esmalta la verde y mullida yerba de un valle solitario, arrancada de su tallo por el águila embravecido; un volcan iracundo cuyos torrentes de candente lava sepultan los campos y ciudades, un recién nacido que de vivir cesa, un trono que se desdipoma, todo se armoniza y nada es ajeno á la elocuencia sagrada.

Pero hay algo que el predicador encuentra aun mas inagotable que la naturaleza, y son los misterios de la religión y los secretos incomprensibles del corazón humano. ¡Qué tesoros! ¡qué miserias! ¡qué ruindad! ¡qué grandezas! ¡qué materias tan fecundas! Ora, armado de la palabra divina, imponga al soberbio el deber de la humildad, al rencoroso el perdón de las injurias, al egoísta el amor de sus semejantes; ora arrastre las almas despavoridas á las márgenes del abismo sin fondo ni ribera de la eternidad, y

las detenga ó sumerja en él; ora las evoque de la noche sepulcral, las arrebate en las alas de su elocuencia y les abra las fulgorosas puertas del firmamento; ora azote las conciencias ulceradas y las punze con el aguijón de los remordimientos; ora diga á los desventurados: Esperad; y á los niños: Amaos unos á otros; la palabra del púlpito eclipsa á los demás géneros de elocuencia en lo sublime, imponente y vehemencia patética; mas también es preciso reconocer que ninguna otra fecunda tanto el entusiasmo, la imaginación, la razón y la sensibilidad.

No obstante, la inmensidad del asunto abruma la mayor parte de los predicadores. Faltan palabras á su voz, aliento á su pecho, imágenes á su elocuencia para desempeñar cumplidamente su tarea. Solo el águila de Meaux (1) puede remontarse y cernirse en la elevada región del aire, y mirar de hito á hito el sol, cuando despiden sus torrentes de fuego en un punto del vasto espacio que llenan los mundos estrellados. Pero solo estas palabras, Dios, nada, inmortalidad, pronunciadas como al acaso, sin consecuencia, sin conexión con otras palabras, resuenan cual eco maravilloso en todo el santuario, y se arraigan profundamente en las almas. ¿Qué puede añadirse á estas palabras? ¿Qué voz agena equivale á la íntima voz de nuestra conciencia? ¿Quién podrá llegar jamás por el ademán ó la expresión á la sublimidad del pensamiento humano? ¿Quién podrá hablarnos mejor de nosotros mismos que nosotros mismos?

El orador de la tribuna da rienda suelta á las pasiones, y como Eolo deja libre curso á los vientos y tempestades. Unas veces desplegará en presencia del pueblo y de los soldados, la túnica ensangrentada de César; otras evocará la sombra de Napoleón; ya azuzará los pueblos contra pueblos; ya descubrirá el seno desnudo de la patria, sondeará sus palpitantes heridas, y habrá conseguido un triunfo completo si mil brazos se elevan, si lo interrumpen mil gritos de guerra, si se inflaman los rostros, si las espadas fulguran simultáneamente desenvainadas, y si cuando pide venganza, un eco descomunal y formidable repite: ¡Venganza! ¡venganza!

El orador cristiano, abrazando con su amor todo el género humano, se baja para lavar los pies de los pobres, para alzar á los penitentes postrados, para tocar las llagas horribles y fétidas de los inficionados de peste. Caritativo, aun mas que elocuente, ad-

(1) Bossuet.

mite en su hogar á los proscritos lanzados por las tormentas revolucionarias, y se despoja de su capa para cubrirlos. Lleno de horror por la efusión de sangre se arroja entre los combatientes que separa y concilia, sin preocuparse de la diferencia de intereses, alianzas, lenguas, climas, bandera, color de la piel, ni aun de lo que la vanidad llama gloria; viendo solo hermanos, tanto en los extranjeros como en sus conciudadanos, é hijos todos de un padre; y mira el cielo como la patria común de todos los hombres. Y mientras que el entusiasmo y aclamaciones del pueblo disciernen palmas al orador de la tribuna, por haber tal vez provocado al incendio de las ciudades, á la explosión de los buques y ciudadelas, al degüello de las mugeres, ancianos y niños, la apropiación de las áreas públicas, el trastorno completo de instituciones y leyes, las contribuciones de guerra, las rupturas de aduanas, las confiscaciones directas ó indirectas, el orador cristiano, ese pacífico apóstol, desciende de su cátedra y desaparece, dejando al auditorio por último consuelo estas palabras: Amaos unos á otros, volved bien por mal, y orad al Padre celestial.

Sin embargo, no menos que la profana, la elocuencia sagrada cuenta sus habladores vulgares.

Unos hacen uso de un lenguaje pálido y escualido, otros de un idioma obeso y rechoncho; algunos emplean un habla mundana y cargada de afeites, mientras que los hay cuyo descuido raya en indecencia. Ciertos predicadores ahullan continuamente con el infierno, mientras que otros sonrien incesantemente con la gloria eterna. Tales lanzan el repique estrepitoso de la improvisación vehemente; otros con voz balbuciente se esfuerzan en recoser penosamente en su memoria las hojas descosidas de su homilía, tropezando á cada paso entre un adjetivo y un verbo. Los hay que afectan una intemperancia frenética de lenguaje y ademanes, estremeciendo las vidrieras, en términos que se creeria oír á los ángeles del juicio final soplando por los cuatro vientos para resucitar á los difuntos; al mismo tiempo que recelan los oyentes el ver brotar la sangre por sus bocas y narices, al escuchar y ver semejante tempestad en el púlpito sagrado. Otros pusilánimes y recelosos en demasia, se anegan en una palabrería fofa y esteril.

Los defectos peculiares de los predicadores son: la monotonía, la hinchazón de las metáforas ó lo chabacano de las expresiones, la analogía forzada de los textos bíblicos, el tono declamatorio y los lugares comunes.

Mas que por el vigor de la argumentacion lógica, descuellan los oradores cristianos por la explicacion de los misterios, la enseñanza del dogma, la moralidad de los ejemplos, el encadenamiento de las pruebas históricas, la sublimidad de las imágenes, y las insinuaciones de la caridad; mas á menudo, es preciso reconocerlo, como su género ni admite ni puede admitir impugnadores, sucede que flaquean en la contextura y armazon de la dialéctica, pues ¿qué viene á ser una argumentacion sin argumentadores, un triunfo sin combate? Les falta la polémica, que es la palabra animada, la palabra viva.

El gusto del siglo ha estragado los mas célebres oradores de la cátedra de Jesucristo, é, insensible como una serpiente, se ha insinuado en sus corazones la vanagloria.

Ya no ocultan su vida y persona en la sombra del santuario; al contrario diariamente los vemos litografiados, en forma de viñetas, estampados en papel pintado, vaciados en yeso, expuestos en los cristales de las tiendas confundidos con las cantatrices y cómicas. Al mismo tiempo acude la taquigrafía para reproducir sus discursos, como si los inspirase aun el genio de los antiguos tiempos. Aléjate amanuense, que no encontrarán lectores tus páginas descoloridas; pasaron ya los tiempos de Massillon y Bourdaloue.

## CAPITULO IV.

## DE LA ELOCUENCIA DEL FORO.

El abogado es el tipo mas comun del orador parlamentario.

Los hay civiles, criminales, fiscales y de tribuna, y estos diferentes aspectos componen el abogado propiamente dicho.

I. Si en el dia se tratase de asimilar la elocuencia judicial á la elocuencia parlamentaria, faltarian los mismos términos de la comparacion, pues ya no existe esa elocuencia forense que en otro tiempo poseia una forma, un carácter, una fisonomía particular. Todo ha cambiado de costumbres, estudio, legislacion, gerarquía, language y hasta el gusto del público.

La multitud ociosa y erudita que apetece las agitaciones escénicas y va en busca de las celebridades, iba en otro tiempo, cuando no era libre la prensa, á escuchar las defensas y sermones, y frecuentaba los teatros, los tribunales y las iglesias.

Pero desde que el público encuentra agitaciones á la vez violentas y positivas en la prensa y tribuna, desierta las iglesias, tribunales y teatros.

Los que frecuentan la Opera son atraídos por los pies de las bailarinas, la música briosa de Rossini, y únicamente porque la perfectibilidad de nuestras costumbres no ha introducido aun el uso de saltos y gorgoros en la Cámara de diputados.

El arte de dar pasto y engordar los procesos, y extender con holgura los pedimentos y demas escritos, ha decaído de su antiguo esplendor, y hay mas ventaja en arreglarlos que en defenderlos. Así el personaje importante de nuestros tiempos es un juez de paz amistoso que concilia los partidos con el dinero en la mano. Antiguamente era necesario tener una biblioteca de diez codos de alto para alojar de un modo conveniente el Digesto y las Novelas,

Mas que por el vigor de la argumentacion lógica, descuellan los oradores cristianos por la explicacion de los misterios, la enseñanza del dogma, la moralidad de los ejemplos, el encadenamiento de las pruebas históricas, la sublimidad de las imágenes, y las insinuaciones de la caridad; mas á menudo, es preciso reconocerlo, como su género ni admite ni puede admitir impugnadores, sucede que flaquean en la contextura y armazon de la dialéctica, pues ¿qué viene á ser una argumentacion sin argumentadores, un triunfo sin combate? Les falta la polémica, que es la palabra animada, la palabra viva.

El gusto del siglo ha estragado los mas célebres oradores de la cátedra de Jesucristo, é, insensible como una serpiente, se ha insinuado en sus corazones la vanagloria.

Ya no ocultan su vida y persona en la sombra del santuario; al contrario diariamente los vemos litografiados, en forma de viñetas, estampados en papel pintado, vaciados en yeso, expuestos en los cristales de las tiendas confundidos con las cantatrices y cómicas. Al mismo tiempo acude la taquigrafía para reproducir sus discursos, como si los inspirase aun el genio de los antiguos tiempos. Aléjate amanuense, que no encontrarán lectores tus páginas descoloridas; pasaron ya los tiempos de Massillon y Bourdaloue.

## CAPITULO IV.

## DE LA ELOCUENCIA DEL FORO.

El abogado es el tipo mas comun del orador parlamentario.

Los hay civiles, criminales, fiscales y de tribuna, y estos diferentes aspectos componen el abogado propiamente dicho.

I. Si en el dia se tratase de asimilar la elocuencia judicial á la elocuencia parlamentaria, faltarian los mismos términos de la comparacion, pues ya no existe esa elocuencia forense que en otro tiempo poseia una forma, un carácter, una fisonomía particular. Todo ha cambiado de costumbres, estudio, legislacion, gerarquía, language y hasta el gusto del público.

La multitud ociosa y erudita que apetece las agitaciones escénicas y va en busca de las celebridades, iba en otro tiempo, cuando no era libre la prensa, á escuchar las defensas y sermones, y frecuentaba los teatros, los tribunales y las iglesias.

Pero desde que el público encuentra agitaciones á la vez violentas y positivas en la prensa y tribuna, desierta las iglesias, tribunales y teatros.

Los que frecuentan la Opera son atraídos por los pies de las bailarinas, la música briosa de Rossini, y únicamente porque la perfectibilidad de nuestras costumbres no ha introducido aun el uso de saltos y gorgoros en la Cámara de diputados.

El arte de dar pasto y engordar los procesos, y extender con holgura los pedimentos y demas escritos, ha decaído de su antiguo esplendor, y hay mas ventaja en arreglarlos que en defenderlos. Así el personaje importante de nuestros tiempos es un juez de paz amistoso que concilia los partidos con el dinero en la mano. Antiguamente era necesario tener una biblioteca de diez codos de alto para alojar de un modo conveniente el Digesto y las Novelas,

los Edictos reales y el Derecho consuetudinario, con sus apéndices, escolios, comentarios y derivados. Gracias á Dios, en nuestros dias, duermen todos, sin que nadie los toque en su respetable polvo.

Un tomo en-folio de mil páginas, doblemente guarnecido y reforzado con sus broches de cobre, contenia tan solo un tratado sobre las Sustituciones y la Guardia noble. En el dia un tomo poco voluminoso, si bien algo espeso, contiene todos los códigos de la nacion francesa, esto es, el civil, criminal, comercial, militar, correccional, rural y de montes, con sus notas y comentarios; y no hay estudiante que, al ir al baile campestre de Ranelagh ó Romainville, no pueda llevar en su faltriquera toda la ley y los profetas.

¡Y si se dijese que el Código civil es aun abultado en exceso! ¡Si se dijese que, sin perjuicio, se puede suprimir considerables fragmentos, tal vez la cuarta parte! Ya casi nadie hace testamentos y aun menos donaciones. Todas las tesis relativas á la divisibilidad é indivisibilidad de las obligaciones, son meras subtilidades de escuela. Se divide una sucesion en tantas partes iguales como hay herederos; cada uno, por el tercio ó sexto que le toca, entierra al difunto, llora ó no llora, firma recibo, cobra su parte y se va. Nadie habla de las cuestiones de estado, esa mina tan fecunda de escándalo y elocuencia; y en verdad, ¿quien tendria interés en contraer alianza con las grandes familias, cuando no existen ni grandes familias, ni grandes fortunas, ni títulos, ni privilegios hereditarios? Los ardides jurídicos y sofistería legal se estrellan por do quier contra la igualdad.

Desde que se ha conseguido poner la ciencia al alcance de todo el mundo, hay tantos sabios que ninguno puede preciarse de tal, pues solo se retiene lo que dificilmente se aprende. Cujas, reclinado en sus libros, gastaba con su rodilla el suelo de su gabinete; Pothier velaba dia y noche y se enclaustraba como un cartujo en el estudio solitario del derecho. En el dia apenas podriamos encontrar un abogado en estado de redactar una consulta, sostener una tesis, argumentar en forma, hacer un libro. Un abogado es un hombre amable, de modales finos, que conduce y dirige con su propia mano un elegante carruaje, en estado de domar un caballo brioso, con el bigote bien peinado, de conversacion agradable, y cuya casa frecuenta una sociedad escogida.

II. ¿Quien consentirá en resignarse en nuestros tiempos á dete-

nerse un solo dia en su lugar, en su estado, en sus placeres, en su ambicion? Si se sube al primer escalon, es para llegar al segundo, el cual conduce al tercero; y así sucesivamente. El magistrado no consiente en juzgar como un Dandin (1) inamovible, sino solo piensa en empujar, avanzar y hacerse camino. Si es inamovible por su título no lo es por su persona, y atrás los demas.

El sustituto aspira á llegar á ser juez de audiencia, y cuando habrá conseguido su intento, juez de instruccion, y despues vicepresidente en un departamento, y luego presidente, y mas adelante consejero, y cuando será consejero querrá ser mas, y así hasta llegar á ser par de Francia y canceller. ¡Enhorabuena! Y digase despues que un juez inamovible de ciudad de segundo orden puede llegar á revestir la toga de Aguesseau como un pobre soldado á ser mariscal de Francia. Tambien el abogado disertado y facundo aspira, desde luego y sin rodeos, al ministerio, no de la justicia, ¿qué viene á ser eso? sino de la marina ó negocios extranjeros, pues un personaje de su alcurnia solo puede alternar con embajadores y príncipes. Pero señores del gorro y del armiño, con esa vanidad desmedida, con esa ubicuidad petulante, con esa ambicion sin limites ni reposo, ¿cómo podreis amar vuestro estado, ser independientes, estudiar con fruto, meditar santamente en los lares de la justicia? No admite duda, y á nadie consta mejor que á mí, que hay jueces, abogados, procuradores, alguaciles, escribanos; pero lo que no hay son costumbres judiciales.

III. La magistratura y el foro no son profesiones sino oficios, y son desempeñadas sin aficion, pues fueron abrazadas sin vocacion.

Hay abogado que defiende su causa con botas y espuelas, con los ojos turbios y la cabeza aun medio embriagada del vino, y este tal se hubiera pintado solo para acuchillar los Beduinos de Argel.

Teótimo, el sustituto, despues de haber solicitado por la mañana, con voz lúgubre, numerosas condenaciones á muerte y á presidio, tararea por la noche un aria de Bellini en los bastidores de la ópera.

El cliente que vió al abogado de su causa y al fiscal casi veni á las manos y por poco arrancarse los cabellos, queda atónito á verlos ambos encender su cigarro en el mismo fuego y divertirse echándose recíprocamente bocanadas de humo. ¡Qué cómicos! ¿Y quien deja de serlo en el dia?

(1) Personaje jocoso en una comedia de Molière.

¡Oh tiempos aquellos en que los jueces se levantaban á las cuatro de la madrugada, se acostaban á las ocho, é iban á los tribunales montados en mulas por las fangosas calles de la ciudad! Jueces como actualmente no vemos, ni aun concebimos, que solo salian de su domicilio para juzgar ú orar. En el dia no vemos en los buques de vapor, en las diligencias y caminos de hierro, sino magistrados pretendientes, que hablan familiarmente con los comisionados de comercio. En tiempos de antaño, un juez encanecía y moria en su puesto; y en el dia no se ocupa mas que de viages é intrigas, mudando de juzgado como un oficial de guarnicion. No hay que insistir para que den un dictamen durante sus viages, pues seria distraerlo por cosa de poca monta: tan ocupados se hallan escribiendo en estilo romántico las *Impresiones de viage*.

Conviene que el abogado sea elocuente, esto es, corto con un cliente que mide la palabra á la hora, y con jueces que necesitan no dejar holgar la audiencia; pues seria poco decoroso que un abogado ingénuo y novicio, dijese despues de dos horas de defensa: « Señores voy á abreviar. — ¿Cómo abreviar? Continue Vm. « caballero, continue Vm. sin rebozo, pues importa que parezca- « mos ambos ganar Vm. sus honorarios y nosotros nuestros poyos.»

Para colmo de infortunio, la Revolucion, esa pícara Revolucion apenas ha conservado el traje del abogado antiguo. ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! ¡oh venerable tesoro de sagrados é incomprensibles adagios! ¡oh lengua de nuestros padres, lengua del antiguo foro, lengua sabia y mezclada de griego y latin, y á veces de francés! Todo está trastocado, todo perdido. ¡Exigir del abogado que hable poco y como todo el mundo! ¿Habrás visto mayor tiranía?

En efecto ya no son admitidos en los tribunales las citas de los padres de la Iglesia, san Basilio y san Crisóstomo; ó los fragmentos de Gayo hallados en los Apotegmas del grand Papiniano, ni es permitido jurar con la mano levantada sobre la palabra de Aristóteles. En el dia los abogados tienen en sus gabinetes, bajo hermosas cubiertas, Cujas, Dumoulin, Aguesseau, Pothier, Merlin, bien encuadernados en tafete superfino, con cortes dorados, como si fuesen figurines de bronce ó monotes de China; pero no los leen, contentándose con saludarlos y pasar á su lado como rogándolos que no se incomoden. Un abogado que expectorase latin, y aun el mas elegante, el de Ulpiano, no seria comprendido ni de sus clientes, ni tal vez de sus jueces, y probaria tan solo que acaba de recibir el grado de bachiller en letras y que puede acreditarlo.

En el dia decir el hecho es decirlo todo, y cuando mas, una palabra de la ley. Pero lo que es la jurisprudencia es cosa que suena agradablemente á los oidos del juez; y cuando se le prueba que sus predecesores de gloriosa memoria, en igual ocurrencia, juzgaron de tal ó tal modo, entonces el magistrado, por espíritu de cuerpo ó por pereza, se inclina y responde: Amen. El que sabe perfectamente de corrido el Sirey ó el Dalloz, es un jurisconsulto suficiente, un Bayardo encorizado, un abogado sin miedo y sin tacha.

En el dia los negocios han llegado á tal grado de simplificacion y reduccion, que á las tres cuartas partes de las causas civiles, bastarian abogados dotados de una palabra sencilla, clara y breve, limitándose á exponer los hechos, á leer las actas y piezas sustanciales y decisivas, á poner el dedo sobre los artículos del Código y citar los decretos convenientes. Por do quier escapa el foro á los abogados, y llegaron los dias de desolacion, en que desaparecen los dioses, los reyes y los procesos.

Así no hay comparacion entre la elocuencia de la tribuna y la elocuencia del foro, pues esta última no es posible.

Solo la materia criminal da margen á cierto género de elocuencia, pero ¡por Júpiter, qué elocuencia!

IV. Mosca del folleto, zumba á los oidos de los abogados, y magistratura, bastante has picado á los ministros y reyes.

Si otro Corneille diese á luz, en su decrepitud, la tragedia de *Agésilao*, se le gritaria universalmente: *Solve senescentem*.

Si el admirable Rossini maltratase nuestros tímpanos con desatemplados acuerdos, se le responderia con acompañamiento de silbidos.

Si la silfide de la Opera, la divina Taglioni, en vez de revolotear por el aire, no se presentare en las tablas del teatro sino para cojear y tropezar continuamente, habria mas de un impertinente que le tiraria manzanas cocidas.

Si los condes y marqueses del divino Molière se entretuviesen escupiendo en un pozo para ver los círculos que forma el agua, reiriamos todos de los condes y marqueses.

Silbanse los reyes, silbase el genio, la gloria, la elocuencia, los músicos, los vizcondes, las bailarinas, y ¿porqué escaparían al dominio de los silbidos los magistrados ridículos?

V. Hay dos especies de magistraturas: la amovible y la inamovible, la que está sentada y la que está en pie, la que perora y la que juzga, la que requiere y la que condena.

No conozco función mas augusta, tremenda y santa, que la de un presidente de tribunal criminal; pues, en el ejercicio de su poder, representa la fuerza, religion y justicia, y reúne la triple autoridad de rey, sacerdote y juez.

¿Qué idea no debe formar de sí mismo un magistrado colocado en tan eminente puesto, tal vez el primero de la sociedad? ¿Qué idea no debe formarse de sí mismo, esto es, de sus deberes para desempeñarlos dignamente? ¿Con qué sagacidad debe anudar el hilo de los debates, cien veces roto por las tortuosas revueltas de la defensa? Debe dejar tiempo á los testigos para que se serenen, recapaciten y fortalezcan su memoria y voz, pues se hallan tal vez sobrecogidos á la vista del nuevo é imponente espectáculo de un tribunal, de su aislamiento en medio de los jueces, del testimonio que van á prestar, y de las consecuencias de este; hablarles con entereza, miramiento y bondad; articular llanamente las cuestiones que les dirige, y repetir las mas de una vez si necesario fuere; hacer que brote la verdad de sus contradicciones; oponer las deposiciones orales á las escritas; explicar las ambigüedades; agrupar las analogías; disipar las dudas; sacar partido de una circunstancia, un hecho, una carta, una declaración, un grito, una palabra, un acento, para que nazca la luz; preguntar al acusado con suave firmeza; abrir su alma á la confesion y arrepentimiento; animar su espíritu abatido; advertirlo cuando se extravia, y dirigirle por el buen camino; retener en los límites de la decencia, la defensa y acusacion, sin coartar á la libertad.

Tales son los deberes de un presidente. ¡Dichoso el que sabe practicarlos!

Pero el escollo en que la mayor parte de ellos naufraga, es el resumen de los debates.

¿Qué viene á ser resumir un debate? Es exponer el hecho con claridad, recordar sumariamente los testimonios en pro y contra, analizar lo dicho en favor de la acusacion y al apoyo de la defensa, y nada fuera de lo dicho, y establecer en un orden sencillo y lógico las cuestiones que debe resolver el jurado. Todo resumen debe ser claro, firme, imparcial y corto.

Pero hay presidentes que se repantigan cómodamente en sus sillones sin pensar en otra cosa; otros que garabatean ó trazan con la pluma las caricaturas de los miembros de la audiencia; estos pasan como por descuido sus dedos en los rizos de sus cabellos; aquellos flechan con el lente las lindas muchachas y buenas

mozas de la audiencia. Algunos intimidan al acusado por la brevedad seca é imperiosa de sus preguntas, otros asustan y descaminan á los testigos, corrigen los abogados é indisponen el jurado. En una palabra, unos son ridiculos, otros impertinentes.

Los hay que son aun peores, pues se abandonan sin freno á la ciega impetuosidad de sus pasiones de hombre de partido, arrojándose á cuerpo descubierto en la arena política, tomando un fusil y disparándolo. Estos tales descubren al jurado todas las baterías de la acusacion y ocultan las de la defensa; repiten pesadamente los hechos en vez de aclararlos, perdiéndose en divagaciones de localidades, tiempos, caracteres, y circunstancias, ajenas de la causa, pues su fin es lisongear el poder, un partido, una persona. Así insinuan que lo que en la conciencia del jurado se halla al estado de prevencion, en la suya es delito sin asomo de duda, y se complacen en manifestar su evidencia, inminencia y peligro; disertan sobre el derecho, atolondran con su retórica, suplen por nuevos medios que inventan á los omitidos por el fiscal, y creen excusarse diciendo: «He aquí lo que dice la acusacion,» aunque la acusacion no diga semejante cosa, añadiendo así la mentira al escándalo.

Figurémonos ahora la posición del acusado alentado por la animosa y persuasiva palabra de su defensor, que este nuevo resumen postra y aniquila. Figurémonos su zozobra, rubor, y los estremecimientos convulsivos de su cuerpo y alma.

¡Y el jurado! este pudo precaverse contra la vehemencia del acusador que hace su oficio, y del defensor que aboga por su cliente, porque sabe que mucho hay que tomar y mucho que dejar en las palabras de ambos. Pero ¿cómo podrá desconfiarse del presidente que tiene en sus manos la balanza imparcial de la justicia; del presidente, mero relator de la causa; del presidente, que nunca debe hacer sospechar su opinion, ni dejar ver el hombre bajo la toga de magistrado?

Cosa es que estremece el pensar que, en los lugares y sobretodo poblaciones de segundo orden, con un jurado campesino, un jurado sencillo, ignorante y fácil de atemorizar, el resumen artificioso de un presidente puede motivar una sentencia de muerte.

La ley ha querido que la palabra pertenezca en último lugar al acusado, del cual, por una ficción humana, presume la inocencia. Y ¿acaso no es el ultrage mas completo á la humanidad y al derecho, si en vez de un resumen fulmina el presidente una acusa-

ción? El acusado, en vez de uno, tendrá dos abogados contrarios, el fiscal y el presidente; y en vez de un asilo ó un broquel, cuando volverá los ojos al tribunal hallará una espada asestada contra su pecho.

VI. Al ministerio público tocan también grandes cargos.

¡Qué papel tan hermoso el suyo en los dramas criminales! Órgano de la sociedad, ¿porqué no es siempre impasible como esta? La sociedad no se venga sino se defiende; no persigue al culpado, sino lo busca, y una vez hallado, lo entrega á los ejecutores de la ley. La sociedad presume inocente al acusado, compadece al criminal que condena, sin apeteer más elocuencia que la de la verdad, más fuerza que la de la justicia. Cuando dos soldados conducen á un hombre preso, y lo sientan en un banco en frente de doce ciudadanos sus jueces, de un tribunal que va á interrogarlo, de un acusador que lo incrimina, de un público curioso que lo contempla, ese hombre, aunque hubiese llevado la púrpura y el cetro, es un objeto digno de compasión. Su fortuna, su libertad, su vida, su honor más precioso que su misma vida, en vuestras manos están: hombres de la ley, ¿no os sentís conmovidos?

¡Comovidos! ¡ay! ¡cuantas veces sucede que, con la cabeza erguida y faz rubicunda, atolondran á los jueces con voz formidable y los marean con sus contorsiones! Yo he visto jueces que cerraban los ojos y se tapaban los oídos al sentir aproximarse una tempestad de retóricos.

En efecto, el jurado no acude al tribunal para asistir á las peripecias de un drama ficticio. En el teatro es cosa diferente: si van es porque encuentran placer en el juego de la escena, contando con lances de terror ó ternura, y teniendo cuidado en no olvidar el pañuelo que debe enjugar sus lágrimas. Bien les consta que los criminales de melodrama, y alevos tiranos que hablan con saña, son hombres de bien á carta cabal, y que los inocentes asesinados en la escena ó en los bastidores, siguen gozando de la mejor salud, y van á continuar con sus asesinos, en el café del lado, la partida de dominó interrumpida por la representación. Y además, si el actor desempeña mal su papel, queda el recurso de silbarlo, sin perjuicio del autor.

Pero cuando la realidad reemplaza la ficción, cuando estos mismos espectadores, en calidad de jueces, se hallan solemnemente sentados en el templo de la justicia, cuando la sentencia que van

á pronunciar debe absolver ó condenar, entonces no pueden menos de recogerse en sí mismos, y apartar de su presencia y con una especie de terror á la imaginación, esa loca de la casa (1), sin escuchar más que la fría é imparcial razón, examinando el hecho, escudriñando los pensamientos del acusado, procurando leer en su rostro, estudiando cuidadosamente sus respuestas, contracciones, exclamaciones, agitaciones, momentos de gozo, palidez súbita, estremecimientos; sin olvidar que se hallan en presencia de Dios, en presencia de los hombres, en presencia de la verdad augusta y santa que buscan, llaman é imploran. ¡Ah! no hay que distraerlos de esta meditación religiosa, que toda la elocuencia de los retóricos no vale la conciencia de un hombre de bien.

No, no comprenden lo elevado de su función, los que de magistrados se vuelven hombres, hombres de partido, hombres de teatro; los que en vez de proceder según las vías de la justicia, litigan, se encolerizan, hacen mil contorsiones, se tuercen de mil modos. Ora sale por sus ojos el fuego de la ira y la espuma por la boca; ora se cubren, con magestad afectada, de su negro manto, para acusar con elegancia, como los gladiadores romanos caían con gracia bajo el acero enemigo; ora imitan torpemente la actitud, voz y gesto de los tiranos melodramáticos, imaginándose que producen grande efecto, cuando solo mucho ruido.

No, no comprenden lo elevado de su función, los que se agitan penosamente y casi se luxan la mandíbula á fuerza de abrir la boca, para cimentar un crimen enorme sobre un delito ligero.

No, no comprenden lo elevado de su función, los que remiendan de oropel y poesía los lugares comunes de moral.

No, no comprenden lo elevado de su función, los que apostrofan los acusados, dicen denuestos á los abogados, y tratan con aspereza á los testigos.

No, no comprenden lo elevado de su función, los que, convenidos por los debates, de la inocencia de los acusados, no abandonan francamente la acusación y la dejan subsistir, salvo las circunstancias atenuantes.

No, no comprenden lo elevado de su función, los que se apasionan por la causa; los que, por medio de figuras vehementes,

(1) *La folle du logis*: Alude el autor á la expresión con que designaba el famoso Malebranche á la imaginación, expresión que, á causa de su carácter pintoresco, hemos juzgado oportuno traducir literalmente en nuestro idioma.

de apelaciones de energúmeno á la excitacion pública, miradas feroces y siniestras, y ademanes amenazadores, conmueven y sublevan al jurado, al tribunal y al auditorio, solo para lograr la miserable satisfaccion de que se diga de ellos: ¡Cómo se anima! ¡qué elocuencia!

La retórica es cosa seguramente magnífica; pero conviene no abusar de ella con hinchadas reprimendas, ni acusaciones desordenadas, ni réplicas llenas de alboroto. Porque un hombre borracho haya dado muerte á otro, en el calor de una disputa, no hay que venir gritando con voces descompasadas que la sociedad se halla desquiciada hasta en sus cimientos, que los rios atrás se vuelven, que el sol retrocede horrorizado, que las estrellas van á caer del cielo.

VII. El abogado, á quien toca despues la palabra, no querrá ser menos en elocuencia, y pronto lo veremos con zancos de diez piés de alto, listo á emponzoñar la sociedad con sus peligrosas teorías para salvar la vida y libertad de un solo hombre.

Si el acusado ha sido salteador de caminos, responderá el abogado que eso nada tiene de extraño, y que este hecho solo prueba que tenia hambre y que queria poner en práctica la máxima filosófica, que los goces de la sociedad deben ser repartidos entre todos los hombres.

Si el reo ha premeditado el crimen, y además lo confiesa, el abogado dirá que, como Orestes, lo impele una fatalidad inevitable.

Si mató á su padre y á su madre, es porque la sangre le subia á la cabeza, y hubiera necesitado en el momento una sangría.

Si violó á mugeres casadas ó solteras, eso arguye que pecó por exceso de amor, y nada hay mas digno de perdon.

Si pegó fuego á una casa, fue por pura curiosidad, y solo por poder ver un fuego de artificio.

Por último, hay abogados que encuentran buenas intenciones en todos los reos, y son capaces de decir que si tal ó tal delincuente cometió tal ó tal muerte, fue únicamente con el objeto de que gozasen sus víctimas cuanto antes de la beatitud celestial, en una palabra, que era para su bien.

Todo acusado que, segun el fiscal, es un monstruo horrendo cargado de crímenes, pasa á manos del abogado defensor, que lo reviste de la cándida túnica de la inocencia, y adorna su frente pura y virginal con una corona de virtudes; en términos que solo queda que enviarlo á Roma en una urna, y canonizarlo.

Y animándose en su defensa, llegará tal vez el abogado á llorar

y sollozar de un modo tan fervoroso y natural, que el mismo reo está por creerse inocente, y los mismos jurados se enternecerán á la vista del facineroso, hasta que, despues de haberse enjugado los ojos, pronuncien la sentencia de muerte.

Hay una reforma que urge con mas premura que la reforma de la ley electoral, y es la reforma de la elocuencia criminal tan vana y afanosa. Recrearse, cuando se trata de cercenar la garganta de un hombre bajo la cuchilla de la ley, en redondear, limar y afelpar las frases, hacer contorsiones como un cómico de la legua, ó declamar como Orestes torciéndose bajo las sierpes de las Euménides, arguye entrañas empedernidas; al mismo tiempo que, bajo el punto de vista del gusto, es preciso reconocerlo, no hay cosa mas falsa y mas sandia. ¿Por ventura hay quien ignore que ese admirable instrumento de la palabra, llamado elocuencia, consiste á la vez en pintar, conmover, contar, probar, segun las circunstancias? Hay causas en que la sencillez es elocuencia, y remontarse á lo sublime ridículo. Ser verídico, tal es lo solo que se requiere, y esto basta.

Mas de una vez me he preguntado á mí mismo de que sirven, á que vienen al templo de la justicia, tantos vengadores oficiales de la sociedad, tantos vengadores benévolos de la inocencia, y en beneficio de quien representan; me parece que en los dramas de los tribunales los solos personajes necesarios son el juez para formar el proceso, el presidente para interrogar, el escribano para apuntar, el acusado para explicarse, los testigos para deponer, y el jurado para ver, oír y juzgar; lo demas, salvo los gendarmes, lo suprimiria.

Queda el auditorio al cual reservo mi última pincelada.

VIII. Asiste un público á los tribunales criminales que no se asemeja á otro alguno. Algunos jornaleros sin trabajo, mugeres de mala vida, hombres de taberna ó bodegon, sostenedores de rameras, ladrones jubilados ó aprendices, fugados de las cárceles, truhanes, pillos, haraganes, tal es la gente que inunda la sala del tribunal. Allí se agrupan, se apiñan, se codean, se agitan de todos modos, presentando á lo lejos como una masa negra, movidiza de que se escapan movimientos atropellados, quejas sofocadas, contracciones enérgicas y ruidos confusos de pudor, juramentos y exclamaciones en idioma soez. Hay tal ratero ó asesino, que acude á aprender como se puede confundir á un testigo, eludir una cuestion, inventar un efugio, disfrazar un hecho, interpretar

una penalidad. Tal solo viene movido por la curiosidad y vuelve lleno de malas tentaciones, con el germen de un crimen que fermenta y no tardará á estallar. La manía de la imitación produce mas criminales, que escarmientos causa el aparato de la ley y temor de los suplicios, y el tribunal es una escuela detestable de inmoralidad.

Tal es el primer plano, el plano del fondo, el auditorio: el pueblo (no profanemos nombre tan bello), el populacho está de pié en el patio, mientras que las damas ocupan los bancos reservados, y acuden para ver y ser vistas, llenas de adornos y prendidos, cubierta la cabeza con plumas y flores.

El tribunal criminal es á menudo la reunion de personas de alto copete, y en él distingúense los lores ingleses, los magnates húngaros, los boyardos rusos, atraídos por el apetito de curiosidad que produce el crimen.

Hay mas de un personaje que atraviesa los mares borrascosos del norte, ó abandona la risueña Italia para disfrutar del horrible placer de ver sufrir á un desgraciado. Mujeres delicadas y sensuales que van á los baños á buscar distracciones á un temperamento gastado por los deleites mundanos, tuercen su camino para presenciar tales espectáculos; y esas señoras tan delicadas y melindrosas, para quienes la primavera no tenia suficientes colores, ni las flores bastante perfume, acuden á respirar con la nariz abierta, esa atmósfera pestilencial, esos hediondos miasmas de cementerio y de muerte. Desde su puesto escuchan con oído atento como cuecen y saltan las entrañas humanas sobre las brasas de un laboratorio (1), con el mismo aire y con el mismo paso con que van á la iglesia á dar gracias á Dios por haber permitido que una educación pia y cristiana cultivase secretamente en sus corazones las semillas de las virtudes cristianas, y por haber esparcido en sus personas las gracias de la mayor sensibilidad.

¿En qué difiere una sala de tribunal de una sala de teatro? ¿No se dan allí representaciones continuas para la buena sociedad, seguidas de desmayos y ataques de nervios? En ella se apuesta y se juega á la alta y la baja sobre la vida del acusado; y se forman votos impíos y criminales relativos á su absolución ó suplicio. Hay apretones para entrar como en las puertas de los teatros. Para que la orquesta sea completa, faltan solo trombones

(1) En la causa criminal de madama Lafarge.

y cornetas, y mucho extraño que mas de un espectador impaciente no grite: ¡música! ¡música! Cada día se vuelven mas exigentes: ya se quejan y murmuran de que el acusado baja los ojos, de que oculta sus angustias y palidez, y presenta á los curiosos, á esos bárbaros, de perfil y no de frente, esa cabeza que va á caer. Insisto en esto porque es un punto de alta moralidad.

IX. La muger del mundo no es esencialmente mala, pero sí la criatura mas curiosa de cuantas ha producido la creación, con impresiones vivas, precipitadas, involuntarias y continuas, viviendo y muriendo de agitaciones á cada paso, á cada minuto. Tiene un amante á causa de sus vapores, y vapores á causa de su amante; necesita sufrir para gozar mejor, y gozar para mejor sufrir; nada hay que tema tanto como las horas arregladas, la somnolencia de la vida, la molición del retiro, el fastidio de la soledad; y, sin parar un solo instante, está continuamente en busca, de día, de noche, en el teatro, en el sermón, en el campo, en el baile, de todo lo que puede divertir, agitar, asolar, desordenar su pobre alma y su pobre cuerpo, multiplicándose en cada objeto que toca, arrojándose con todo su ser, con toda su vida, en cada sensación nerviosa que experimenta, y parece que tal es el único objeto de su vida. Nada puede arredrarla, y desde que ha resuelto ver á una persona ó cosa, ello es seguro que cumplirá su deseo. Si su capricho hoy día es ir al tribunal criminal, escribirá si es preciso repetidos billetes perfumados al presidente para lograr el favor de un sillón, de una silla, de un taburete. Desde que raya el alba se escurre de su abrigada cama, para ir á confundirse con las gentes apiñadas á la puerta del tribunal, expuesta, si es necesario, al viento cierzo, los piés en el lodo, envuelta en una mantilla y titiritando en todos sus miembros. Apenas se abre la puerta se desliza, se escurre y penetra bajo los gendarmes y porteros, se agarra y cuelga de los faldones de la casaca del alguacil, le habla al oído, le suplica con voz dulce, y no lo deja hasta hallarse colocada, con desahogo, con los gemelos en los ojos, y á poca distancia del acusado y sus jueces.

¿Como sigue paso á paso el drama viviente que se representa, y como procede, con palpitante pecho, de agitación á agitación! Si el criminal tiene una barba erizada y ojos torvos, encuentra al mirarlo el placer del miedo; si tiene las mejillas sonrosadas y rizado el cabello: ¡qué lindo mancebo! se dice á sí misma en voz baja, ¡qué lástima! Si los testigos acuden con los brazos caídos,

y recitan frases pretensiosas y alambicadas, oculta bajo su pañuelo la risa que á sus labios se asoma. Si el acusado solloza, llora igualmente por simpatía. Si se desmaya alguna jóven, corre, vuela, desata su corsé y le da á respirar sales. A menos que cruja el pretorio bajo la inmensa concurrencia, no dejará su puesto. Las horas pasan, la noche se avanza, los jurados deliberan, y ella aun aguarda, pues quiere fijar sus ojos en los del criminal, suspenderse á sus labios trémulos, saciar su alma con los terrores indefinidos de otra alma, quiere recoger, sobresalto por sobresalto, las convulsiones de esa conciencia carcomida de remordimientos; es necesario que oiga el campanillazo del último juicio, la sentencia de muerte, y el resuello agonizante del reo cuya figura se descompone y cuya vida interior se rompe en pedazos mil. ¡ Como se inclina y presta el oído á sus gritos sofocados! ¡ Como lo sigue con tenaz mirada hasta que las puertas de un calabozo lo vuelven á encerrar juntamente con su esperanza! Entonces se deja caer en su silla, anonadada, absorta en la contemplación de su drama; y el portero del servicio se ve obligado á decirle que la sala está desocupada y aun á empujarla por las espaldas. Sale por fin, arrástrase por los lóbregos corredores del tribunal, y vuelvó á su casa, rendida de fatiga, contraídos los nervios, deshecha el alma en llanto, y se acuesta sin pensar que su anciano padre aun no ha comido, y que su hija desde por la mañana se inquieta y la llama. Con las cortinas de su alcoba cerradas, se enciende de nuevo su imaginación, se estremece, vuela de nuevo á la audiencia, aparta y rechaza con su mano el condenado que le trae su cabeza; cree ver la cárcel, las cadenas de hierro, los jueces, el acusador, el verdugo y sus ayudantes, el cesto lleno de sangre y de carnes palpitantes, y finalmente lanza un grito de horror. ¡ Digna mujer!

¿ De qué sirven esos prendidos de oro, esas flores, esas gasas, esas plumas ligeras, en medio del lúgubre aparato de un tribunal de justicia? ¿ Acaso se trata de una pieza dramática? ¿ Por ventura es el pretorio un teatro? Al aspecto de ese cuadro tan curioso y brillante, ¿ no es de temer que se turbe el acusado cubierto con el hábito grosero de la cárcel, ó que se corte y pierda la memoria un testigo, ó que algun jurado se preocupe mas de la agitación de una muger linda que de las angustias del reo?

Si me cupiese el honor de ser presidente del tribunal, no admitiría en su recinto mas que á los parientes del acusado, y diría á

las damas: « Señoras, tanto sentadas como de pié, escuchad lo que voy á decirles. Vms. vayan á hacer calcetas para sus hijos, ó á componer el traje de sus hijas; Vms., vayan á tener cuidado de que no se quemé su asado; Vms., que la casa esté bien limpia; Vms., á cuidar que no falte aceite en la lámpara, ni sal en la sopa; Vms., á desplegar en el teatro el abanico de las coquetas consumadas; Vms., á cantar ó á bailar; vayan Vms. todas, amabilísimas señoras, que nada tiene que ver la justicia con las gracias, y los tribunales no son el debido puesto de la mas bella mitad del género humano.

« Porteros ejecuten Vms. mis órdenes. »

Tal es lo que yo diría, y que no creo desaprobasen las personas honradas y sensatas.

X. Poco provecho y escasa gloria encuentra el abogado de las causas criminales; pero ¡ la tribuna! eso es muy diferente, la tribuna es todo honor, todo beneficio. Así para encaramarse y sostenerse en ella son necesarios mil esfuerzos de piés y manos.

En nuestro país han reinado sucesivamente los cortesanos, cardenales, favoritas, militares y abogados. Estos últimos caminan con mayor rapidez que los demás. En otro tiempo los cortesanos y cardenales llegaban á pasos lentos y por sendas tortuosas y subterráneas; no bastaba una mirada á las favoritas para alzarse con el mando y corazón del monarca, y los militares ganaban sus grados con la punta de la espada y al son del tambor.

Pero la fortuna de los abogados de nuestros días es increíble. Al abrirse la campaña, y casi sin haber disparado un fusil, un abogado se pone charreteras; en una sola batalla de sargento llega á ser mariscal de campo, sale de las filas y manda. ¡ Atención! ¡ como habla! ¡ qué bien dice! Se le nombra diputado. Apenas se reúne la Cámara, se pone á charlar de nuevo, y muy bien. Se le nombra procurador general. Pero ¡ qué pico tiene! Pasa á ser ministro. Y todo esto tal vez en menos tiempo que el que yo gasto en escribirlo.

Pero preguntará mas de un lector ¿ acaso ese hombre extraordinario ha estudiado profundamente el derecho, la filosofía, la política, sondeado los abismos mas profundos del corazón humano, explorado la historia, manejado los negocios? ¿ Qué podrá responder yo? Lo cierto es que habla. Y no insista el lector si no quiere que le repita siempre lo mismo.

El abogado sostiene en la tribuna toda clase de tesis, y disputa

sobre todo género de materias : ferro-carriles, guerra, marina, escultura, pintura, arquitectura, agricultura, música, danza, moral, cultos, presupuestos, negocios extranjeros. Su ciencia es reciente pero completa, ciencia que le permite navegar con destreza por entre los escollos, orientarse siempre del lado del ministerio, y plantar su birrete en la tribuna, como los navegantes que colocan postes en las riberas con esta inscripcion : Esto es mio.

Ducho en los ardidés de la curia, se escurre por entre las estrechas redes del razonamiento, y á los duros golpes de ariete, opone el blando vellon de su defensa, huyendo de rodeo en rodeo, hasta refugiarse, como en un lugar inexpugnable, tras un monton de frases estancadas.

Apenas baja del coche, pregunta el abogado : ¿Qué hay? ¿De qué se trata? — Se habla de azucar. — Pues bien, hablaré de azucar. — No, se trata del Oriente. — Vaya por el Oriente. — Me equivoco, se delibera sobre los ferro-carriles. — ¿Y qué me importa el azucar, Oriente ó ferro-carriles? ¿Acaso no me hallo yo en estado de hablar de todo? — Pero ni aun siquiera ha cambiado Vm. de levita. — Es verdad, voy al vestuario. — ¿Y el juramento? — Es cierto, lo habia olvidado. ¡Dios mio! Cuantos trabajos cuesta en este pais el vestirse, jurar y hablar.

Nótese que no hay todavía seis semanas que nuestro abogado recibia en su gabinete lleno de polvo á los campesinos con zuecos, y alargaba cordialmente la mano á todos los porteros del canton y á sus camaradas; actualmente, ministro de la justicia por la gracia de Dios y del parlamento, y con un tren de criados, carruage, palco en la ópera, y demás requisitos, da audiencia á los primeros presidentes que se agrupan en sus antesalas, ostenta noblemente el traje de ceremonia, y se sienta con ostentacion en el sillón del canceller L'Hospital. O bien ministro de la marina envia al Mediterráneo ó al Océano, velas y torbellinos de vapor. O bien ministro del comercio preside á la agricultura y reglamenta la industria. O bien ministro del interior, maniobra en la policia y en los fondos secretos. No reina sino gobierna, mientras que su muger, civilizada de rústica que era, se manifiesta cubierta de rica pedrería; da la mano á las princesas, y se digna dar audiencia por las mañanas, ligeramente vestida, á la aristocracia de su lugar en traje dominguero.

## CAPITULO V.

## DE LA ELOCUCION DELIBERATIVA.

En las democracias reducidas, se agita la elocucion en las plazas públicas; en los estados constitucionales reside en la tribuna, en las monarquías templadas delibera con el príncipe.

Allí mas fogosa, aquí mas grave; allí su frialdad seria capaz de helar los ánimos, aquí su vehemencia seria estorbo á la deliberacion; allí vive de agitaciones y figuras, aquí habla el lenguaje de los negocios; allí pide á la publicidad su movimiento, aquí deriva del secreto su fuerza y prudencia; allí se mezcla á la accion del gobierno, aquí á la teoria de las leyes; allí dirige las pasiones de la multitud, aquí el poder de uno solo.

Así el fuego sagrado de la elocucion nunca se apaga, y cuando cesa de brillar á los ojos del pueblo, queda guardado bajo las cenizas de otro hogar.

Impaciente del yugo revolucionario y de las licencias del foro, Bonaparte quiso empuñar á la vez el doble cetro de la guerra y la palabra, sin mas tribuna que su sillón de consul, sin mas publicidad que la de sus leyes y decretos, sin mas prensa que la oficial, sin mas eco que el de su propia voz.

Envió al senado los gloriosos veteranos de nuestros ejércitos, menos para consagrar la preeminencia de la espada en un gobierno militar, que para asegurarse sufragios mas dóciles, pues bien le constaba que el hábito de la obediencia pasiva del mando, dispone la gente de guerra á ser severos para con sus inferiores y serviles para con los superiores.

En consecuencia cosió y encerró en trages resplandecientes de oro á los mudos de su divan legislativo, y apriscó en el Tribunado lo que quedaba de esos revoltosos miembros de la Convencion cuyos fragmentos aun agitábanse palpitanes y que aplastar debía el pié del emperador.

sobre todo género de materias : ferro-carriles, guerra, marina, escultura, pintura, arquitectura, agricultura, música, danza, moral, cultos, presupuestos, negocios extranjeros. Su ciencia es reciente pero completa, ciencia que le permite navegar con destreza por entre los escollos, orientarse siempre del lado del ministerio, y plantar su birrete en la tribuna, como los navegantes que colocan postes en las riberas con esta inscripcion : Esto es mio.

Ducho en los ardidés de la curia, se escurre por entre las estrechas redes del razonamiento, y á los duros golpes de ariete, opone el blando vellon de su defensa, huyendo de rodeo en rodeo, hasta refugiarse, como en un lugar inexpugnable, tras un monton de frases estancadas.

Apenas baja del coche, pregunta el abogado : ¿Qué hay? ¿De qué se trata? — Se habla de azucar. — Pues bien, hablaré de azucar. — No, se trata del Oriente. — Vaya por el Oriente. — Me equivoco, se delibera sobre los ferro-carriles. — ¿Y qué me importa el azucar, Oriente ó ferro-carriles? ¿Acaso no me hallo yo en estado de hablar de todo? — Pero ni aun siquiera ha cambiado Vm. de levita. — Es verdad, voy al vestuario. — ¿Y el juramento? — Es cierto, lo habia olvidado. ¡Dios mio! Cuantos trabajos cuesta en este pais el vestirse, jurar y hablar.

Nótese que no hay todavía seis semanas que nuestro abogado recibia en su gabinete lleno de polvo á los campesinos con zuecos, y alargaba cordialmente la mano á todos los porteros del canton y á sus camaradas; actualmente, ministro de la justicia por la gracia de Dios y del parlamento, y con un tren de criados, carruage, palco en la ópera, y demás requisitos, da audiencia á los primeros presidentes que se agrupan en sus antesalas, ostenta noblemente el traje de ceremonia, y se sienta con ostentacion en el sillón del canciller L'Hospital. O bien ministro de la marina envia al Mediterráneo ó al Océano, velas y torbellinos de vapor. O bien ministro del comercio preside á la agricultura y reglamenta la industria. O bien ministro del interior, maniobra en la policia y en los fondos secretos. No reina sino gobierna, mientras que su muger, civilizada de rústica que era, se manifiesta cubierta de rica pedrería; da la mano á las princesas, y se digna dar audiencia por las mañanas, ligeramente vestida, á la aristocracia de su lugar en traje dominguero.

## CAPITULO V.

## DE LA ELOCUCION DELIBERATIVA.

En las democracias reducidas, se agita la elocucion en las plazas públicas; en los estados constitucionales reside en la tribuna, en las monarquías templadas delibera con el príncipe.

Allí mas fogosa, aquí mas grave; allí su frialdad seria capaz de helar los ánimos, aquí su vehemencia seria estorbo á la deliberacion; allí vive de agitaciones y figuras, aquí habla el lenguaje de los negocios; allí pide á la publicidad su movimiento, aquí deriva del secreto su fuerza y prudencia; allí se mezcla á la accion del gobierno, aquí á la teoria de las leyes; allí dirige las pasiones de la multitud, aquí el poder de uno solo.

Así el fuego sagrado de la elocucion nunca se apaga, y cuando cesa de brillar á los ojos del pueblo, queda guardado bajo las cenizas de otro hogar.

Impaciente del yugo revolucionario y de las licencias del foro, Bonaparte quiso empuñar á la vez el doble cetro de la guerra y la palabra, sin mas tribuna que su sillón de consul, sin mas publicidad que la de sus leyes y decretos, sin mas prensa que la oficial, sin mas eco que el de su propia voz.

Envió al senado los gloriosos veteranos de nuestros ejércitos, menos para consagrar la preeminencia de la espada en un gobierno militar, que para asegurarse sufragios mas dóciles, pues bien le constaba que el hábito de la obediencia pasiva del mando, dispone la gente de guerra á ser severos para con sus inferiores y serviles para con los superiores.

En consecuencia cosió y encerró en trages resplandecientes de oro á los mudos de su divan legislativo, y apriscó en el Tribunado lo que quedaba de esos revoltosos miembros de la Convencion cuyos fragmentos aun agitábanse palpitanes y que aplastar debía el pié del emperador.

En el Consejo de estado colocó á jurisconsultos, generales, marinos, publicistas, administradores, restos la mayor parte de nuestras grandes asambleas. Los mas fogosos revolucionarios habian ó perecido en la tormenta, ó sido arrojados en las playas del destierro; y por otra parte los hombres de accion solo responden al llamamiento de una época revolucionaria. Los hombres de organizacion se adaptan mejor á la índole de los fundadores de dinastías. A los países conquistados impusimos nuestras instituciones, nuestro gobierno y nuestras leyes; y al propio tiempo, nos apropiamos sus jurisconsultos, sabios, hacendistas y diplomáticos. Así de Génova sacamos á Corvetto, de Florencia Corsini, de Turin Saint-Marsan, de Roma Bartolucci, y de Holanda Apelius.

Quando, atraído por la belleza de sus columnas jaspeadas, de sus cuadros y pechinas, divisa el extrangero en las espaciosas salas del muelle de Orsay (1), algunos personajes cubiertos de plumas y bordados, que van á estatuir relativamente al acto de acusacion de un guarda campestre, ó la limpia de un arroyo, no puede menos de preguntar si tal fué ese Consejo de estado cuyo nombre imperial resonaba en Europa, y cuyos códigos inmortales rigen aun varios otros países separados de la Francia.

No, el Consejo de estado actual, institucion menguada, disputada competencia, establecimiento mezquino y desprovisto de nombradía, asilo de jubilados, dependencia irrevocable del ministerio, ha cesado de ser ese admirable cuerpo, esa poderosa asociacion que bajo Napoleon preparaba decretos, reglamentaba las provincias, vigilaba los ministros, organizaba los estados conquistados, interpretaba las leyes y gobernaba el imperio.

En la gran sala de Tullerías, contigua á la capilla, se elaboraron nuestros códigos, cuya concepcion es tan magnífica, tan sencillo el orden, y tan rigurosa la precision, que han sobrevivido á la gloria fastuosa del imperio, y sobrepujarán al bronce en duracion. Allí se instituyó esa vigorosa administracion del interior, á cuyos rodages, temerosos de caer, se agarran aun en el dia nuestros hombres políticos.

El Consejo de estado era la base del gobierno, la sola palabra de la Francia, la antorcha de las leyes y el alma del emperador. Sus auditores, bajo el nombre de intendentes, acostumbraban al

(1) Paraje en que está el palacio del Consejo de Estado.

freno los países subyugados. Sus ministros de estado, bajo el nombre de presidentes de seccion, fiscalizaban los actos de los ministros de cartera. Sus consejeros en servicio, bajo el nombre de oradores del gobierno, sostenian las discusiones de las leyes en el Tribunalado, Senado y Cuerpo legislativo. Sus consejeros, en servicio extraordinario, bajo el nombre de directores generales, administraban las rentas de la aduana, dominios, derechos reunidos, puentes y calzadas, amortizacion, montes y tesoro, establecian impuestos en las provincias de Iliria, Holanda y España; dictaban nuestros códigos á Turin, Roma, Nápoles, Amsterdam, Milan, Florencia, Bruselas, Amberes, Hamburgo, y montaban á la francesa los principados, ducados y reinos.

Estos restos de convencionales borrascosos, que abrigaban en sus almas el culto de la república, cedian, aunque de mala gana, á la atraccion de Napoleon, que los habia deslumbrado con sus victorias y arrastrado en su plenitud. Sus ánimos, fatigados de las tormentas de la libertad, aspiraban tan solo á alojarse en medio de un reposo lleno de esplendor y grandeza. El Consejo de estado reproducia á sus ojos las luchas animadas de la tribuna, en esas graves sesiones en que los debates no carecian de movimiento, ni la palabra de independencia. A la voz poderosa de Napoleón, parecian haberse citado y reunido todas las ilustraciones civiles y militares de la revolucion. Allí brillaban Cambaceres, de todos los legisladores el mas didáctico, y el mas idóneo de los presidentes; Tronchet, el primer magistrado de nuestros dias; Merlin, el mas docto jurisconsulto de Europa; Treilhard, superior á todos por el nervio de su dialéctica; Portalis, célebre por su elocuencia; Ségur, por las gracias de su ingenio; Zangiacomi, por la concision de su palabra; Real, por la originalidad de sus respuestas; Fourcroy, por su lucidez; Deferron, por su experiencia; Pelet de la Lozère, por la exactitud de su talento; Dudon, por su erudicion administrativa; Chauvelin, brillante por su chispa é inopinadas agudezas; Freville, economista liberal; Portal, hombre de hacienda escrupuloso; Henrion de Pansey, eminente jurisconsulto; Cuvier, cabeza llena de fuerza y universalidad; Mounier, tan picante y mordaz; Pasquier, tan fluido; Boulay, tan juicioso; Thibaudeau, tan firme é independiente; Fiévée, tan lleno de penetracion; Molé, tan grave; Bérenger, tan apremiante, incisivo y lleno de chispa; Berlier, tan profundo y abundante; de Gerando, tan versado en la ciencia administrativa; Andreossi, en el arte

de ingeniero; Gouvion de Saint-Cyr, sin rival en la táctica militar; Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, orador brillante, publicista consumado, relator infatigable; Bernadotte que llegó á ser rey de Suecia, y Jordan vencedor en Fleurus.

Napoleon, que devoraba los hombres y las cosas, solo queria obreros que bajo su dominacion trabajasen pronto y bien. Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, de temperamento robusto, concepcion rápida, produccion fácil y elegante, hábil redactor de proyectos de leyes y relatos, aprendia y exponia en pocas horas todos los pensamientos del emperador.

Los consejeros de origen popular se distinguian de los de noble prosapia, y eran como dos rios que la misma corriente impele, pero sin mezclar sus aguas. Los unos afectaban la sencillez de los convencionales, y les sentaba mal el traje de corte que llevaban con gracia los otros. Estos eran mas urbanos en sus modales y modo de expresarse, aquellos mas toseos y á veces mas cínicos en su conversacion familiar.

Pero ¡cosa notable! ninguno de los que descollaban entre los miembros del consejo era de ilustre cuna. Ni los Portalis, los Treilhard, los Tronchet, los Boulay, los Malleville; ni los Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, los Defermon, los Mounier, los Berlier, Henrion, Cuvier, Zangiacomi, Real, Regnier, Allent, Merlin, procedian de antigua estirpe; todos estos eminentes vates emanaban de honrados vecinos, distinguiéndose por la fuerza de su carácter ó elevacion de su talento; y esto explica históricamente como el manejo de los negocios vino desde entonces á parar en manos de la clase media.

Y no solamente Napoleon, asistido de sus consejeros, fundó monumentos imperecederos de legislacion, sino que legó á sus sucesores un plantel de estadistas egregios, muchos de los cuales llegaron á ser ministros bajo la Restauracion y otros bajo la monarquía de Julio: tales fueron Portal, Gouvion Saint-Cyr Pasquier, Portalis, de Broglie, Molé, Beugnot, Pelet de la Lozère, Simeon, Saint-Cricq, Chabrol.

No olvidemos tres personajes que en los consejos de estado de la Restauracion llevaron las poderosas tradiciones del consejo imperial y la economía ordenada de sus debates: tales como Berenger, Cuvier y Allent.

Berenger era mas sutil que sólido, dotado de un ingenio lleno de viveza y finura, empleado por ocasion, pero opositor por

hábito, carácter y temperamento; denodado defensor de los intereses nacionales, educado en las ideas y costumbres republicanas, consejero de estado por su mérito, par de Francia únicamente por haber sido consejero de estado; escondido, perdido en los oscuros honores de la comision que presidia, si bien nacido para combatir en la tribuna nacional, batallar perpetuamente y labrarse un nombre.

Nunca me acuerdo haber encontrado en nuestros circos parlamentarios orador mas insinuante y mas atrevido atleta. Por mas agotada que pareciese una tesis, hallaba siempre en ella una nueva faz; por mas sólida que pareciese una argumentacion, conocia de que lado cojeaba y sabia hacerla tropezar; dudaba para afirmar, afirmaba para dudar; colocaba tan bien el artificio y trampas de su dialéctica, que era casi imposible dejar de caer en el garlito. La dialéctica de Beranger ofrecia mil facetas, empleaba infinitos rodeos, se presentaba como una red de mil mallas, y parecia un surco que se abria en el campo de la discusion mas árida y oscura, surco que dejaba tras sí un rastro luminoso.

Cuvier amaba los negocios por los negocios, y si no hubiera sido naturalista hubiese sido procurador. Siempre el primero en los debates juridicos, hojeaba los legajos con una especie de pasion, y mas asiduamente comparecia á las audiencias judiciales del Consejo de estado que á las sesiones del Instituto. Su espíritu se elevaba á las mas sublimes concepciones de la ciencia, y se abajaba á las fórmulas comunes y rutinarias de una aceptacion de legado, ó de una autorizacion para construir molinos y máquinas. Vasto á la vez y delicado, anudaba entre sí los hilos rotos de los siglos que fueron, descendia á las profundidades de la tierra, y recomponia por el esfuerzo criador de su genio, las generaciones fenecidas de los grandes animales antidiuvianos; y al mismo tiempo se internaba con no menos penetracion, en las circunvoluciones estrechas y caprichosas de un procedimiento; no menos admirable en lo grande que en lo pequeño, en la exposicion administrativa de los intereses vivos y positivos, y en la anatomía de la naturaleza muerta, buscaba por do quier la razon de las cosas con la paciencia de la observacion y las luces del análisis.

En todas las épocas históricas se ha observado que el genio que organiza los imperios sabe adivinar el genio que le sirve y obedece, y por una especie de instinto simpático, se aproximan y confunden. Así Napoleon, en los últimos momentos de su reino

adivinó á Allent. Bajo los auspicios imperiales , trazó este el plan de campaña al rededor de Paris , y , sin la caída del emperador , hubiera subido rápidamente á los primeros puestos del ejército. La paz y la Restauracion lo clavaron en los bancos del Consejo de estado.

Versado en la literatura antigua , nacional y extranjera ; ingeniero militar y civil , estrategista , artista , administrador , hacendista , y aun jurisconsulto , Allent era hombre de erudicion inmensa y mérito prodigioso.

Tan experto en la práctica como docto en la teoria , abrazando á la vez el conjunto y los pormenores de una materia , poseia aptitud para todo , y hubiera sido tan buen ministro de la justicia como buen ministro de hacienda , del interior ó de la guerra. Allent era el alma y antorcha de todas las comisiones , y su capacidad gubernamental igualaba en especialidad y excedia en universalidad á todos los ministros de la Restauracion y actuales.

Proverbiales eran en el consejo lo opinado y oportuno de sus expedientes , y cuando emitia su opinion , la adoptaba en general la asamblea.

Consumido por un mal doloroso , aunque á menudo no oia mas que el principio y fin del relato de un negocio , era tan viva su penetracion , y tan vasta su ciencia , que la lectura sola de las piezas le bastaba para comprender el asunto , y redactar acto continuo el decreto ó informe con tanta precision como claridad : prueba de energia intelectual que dejaba atónitos á los circunstantes.

No solo descubria , desde luego y á primera vista , todo el horizonte de una tesis , sino que la embestia , por decirlo así , con la espada en mano , lleno de impetuosidad y fuego , desbrozándola , despojándola de la fraseologia é incidentes , y dejando solo visible el punto culminante del litigio.

La fortuna le fue siempre adversa : llegó demasiado tarde á los ejércitos de la República , á los Consejos del imperio y á la tribuna.

Hombre dotado de singular modestia y de un desinterés antiguo , sin mas apego á las cosas que por el deber , huyendo incesantemente los honores que lo perseguian , sencillo en sus hábitos y modales como toda persona superior , al cual solo faltó el querer ser para ser , y otro teatro para dejar un nombre ; varon raro que quisiera inmortalizar en estas líneas si tales personajes pudiesen morir ; hombre irreparable para el Consejo de estado , querido de

sus amigos y llorado por todos los amantes de la ciencia y virtud.

Pero me apresuro en llegar al hombre que á todos los domina y eclipsa , á Napoleon. En cualquier parte que se presenta esta figura ¿ puede haber cabida para otra ?

Cuando el general Bonaparte tomó asiento en el Consejo de estado en su sillón de primer consul , hallábase aun tal como se mostró en el campo de batalla de Italia , pálido , enjuto , las cejas proeminentes , meditativo el ojo y hundido en la órbita , llevando ya en la frente como en el fondo del alma , el triple destino de legislador , emperador y conquistador.

Abriase la sesion y Bonaparte anunciaba la órden del dia , á menudo caia en una profunda meditacion , y perseguia su idea como un cazador persigue su presa. Hablaba en voz alta , con exclamaciones , palabras entrecortadas , y hasta con lágrimas á veces ; luego asia con vehemencia la cuestion para dejarla poco despues y volverla á asir.

En el Consejo de estado es donde urdía los hilos de la centralizacion gubernamental y administrativa , y reunidos todos en sus manos notaba el menor movimiento que experimentaban en el centro ó extremidades ; desde allí los extendia por todo el pais , plantando en la sala del consejo , como en una altura fortificada , el pabellon de su potente unidad.

Aficionado á su Consejo de estado , obraba en él sin ceremonia , se ponía de codos sobre la mesa , conversaba con familiaridad como si se hallase entre hermanos y amigos , reposaba á su lado de su grandeza oficial , exhalaba sus resentimientos , anunciábase como impelido por una fuerza interior , y en una sonrisa de su boca , en un pliegue de su frente , se podian leer sus grandes designios. No era para Napoleon la órden del dia lo que estaba escrito en el papel , sino lo que premeditaba en la férvida agitacion de sus ideas , ora las preparase desde lejos ó acudiesen en sobresalto. Asia á veces de repente la cuestion , dejaba las sendas trilladas y ejecutaba incursiones en toda clase de asuntos ; trataba de todo , de la paz , de la guerra , de los sistemas administrativos ó filosóficos , de su diplomacia ó política ; descendia familiarmente á las menores circunstancias de la etiqueta , á las ceremonias de la consagracion imperial , á la metrópoli , al coronamiento , á la emblema imperial que convenia adoptar , el gallo , el águila , el elefante.

Admitia en el seno de Consejo del estado diputaciones de la

universidad, Instituto y comercio; daba la palabra, provocaba á que pedida fuese, resumia las cuestiones y sobre todo las proponia, lo que cuadraba mejor con su impaciencia.

Dictaba sus resoluciones con una abundancia y rapidez que no podia seguir la pluma. La vispera, el dia mismo, algunas horas antes, era cuando pedia un proyecto de ley, un relato, una exposicion de motivos, un discurso desarrollado, maduro, estudiado, profundo, para el Senado ó Cuerpo legislativo.

Cuando no encontraba á su gusto una redaccion, él mismo tomaba á su cargo el corregirla, y no podia sufrir los reglamentos prolijos y redundantes, ni los preámbulos precedentes á los decretos, temiendo que la opinion no comprendiese, ó comprendiese mal. Así todos los decretos imperiales, para conformarse al genio de Napoleon, se distinguen por un estilo breve, un aire de mando, cierta prontitud, un giro vivo y militar.

A veces fingia dejarse penetrar, para penetrar mejor á los otros, para escudriñar con mayor profundidad en los repliegues de los pensamientos de sus empleados; y lo que no conseguia por la fuerza, lo sabia alcanzar por la astucia. Así procedieron casi todos los varones esforzados nacidos para el mando: tales como Anibal, Sila, Cromwel, Federico, Richelieu: «Leon soy, decia el héroe de Austerlitz, pero sé volverme zorro», palabra que revela la doble faz de su genio.

Para averiguar los pensamientos ajenos y los mas recónditos arcanos, valiase de preferencia de los medios indirectos de la conversacion familiar, prefiriéndolos á las excitaciones solemnes é idioma tieso de los debates, con el fin que no se desconfiasen de él; y en estos diálogos confidenciales del Consejo de estado reside el secreto y origen de los mayores negocios de la época.

Por desgracia muda hallábase á la sazón la prensa, y los actores de estos dramas íntimos no pensaron en ser historiadores. Un secretario de Napoleon jamás hubiera osado, sin mandato expreso del emperador, anotar en las actas sus arrebatos, sus movimientos de cólera, sus momentos de ternura, interrupciones, exclamaciones confidenciales, digresiones oratorias; y bien se nota la falta del colorido, animacion y vida en estos preciosos documentos.

Solo por el recuerdo se pueden reconstruir las opiniones de ese hombre extraordinario en las diferentes materias de constitucion, política, gobierno, religion, legislacion, policia y administracion.

Cuando, siendo ya consul vitalicio, trepaba al imperio por senderos tortuosos, se le oyó proponer la cuestion de herencia como si hubiese sido republicano.

«La heredad de la corona, decia con afectacion, es cosa absurda, pues la herencia deriva del derecho civil, supone la propiedad, y su institucion tiene por objeto la trasmision. ¿Y cómo es posible conciliar la herencia de la corona con el principio de la soberanía del pueblo?»

Nada hay mas cierto; pero nadie osó decirle: si general ¿de qué modo?

En semejantes ocasiones, los papeles mas solemnes que debian representarse en el Consejo de estado, y cuyo contenido dejaba traslucir mediante las indiscreciones amistosas de la policia, habian sido ya distribuidos de antemano y ensayados por los actores y el célebre capitán, detrás del telón.

A menudo escurria su secreto gota á gota, pronunciando una sola palabra, ó emitiendo su pensamiento con una mirada; y era preciso adivinar y obrar conforme á esta palabra y esta mirada.

En todo procedia con singular maña, para que redundase en provecho de su ambicion, las alternativas de temor ó esperanza con que agitaba los ánimos.

No era cruel por naturaleza ni por carácter, pero carecia de alta filosofia y moralidad.

Conviene empero decir, en disculpa de Napoleon, que encontró cómplices obsequiosos y diligentes en esos hombres que habian gastado y redondeado, rodándolos sobre las playas, las olas revolucionarias, los cuales medraban en riquezas y honores con la fortuna del conquistador, llenos de abnegacion por el héroe, pero con la condicion tácita de no ser olvidados. Desde luego el Senado, siguiendo la corriente, é incitado por la codicia, estipuló, con descaro, la herencia de sus títulos, sueldos y funciones. El Tribunal y Cuerpo legislativo, pidieron como lacayos, aumento de salario, y la baja de la servidumbre dejó atrás la insolencia del amo. Los estados mayores, prefecturas, administraciones, municipalidades, academias, magistraduras, y hasta la misma prensa, se precipitaron en la chusma servil con vergonzosa emulacion. Todo el mundo dió impulso á Napoleon, alzándolo en millares de brazos al imperio, y la corrupcion llenó á gangrenar tan profundamente el cuerpo entero de la nacion oficial, que aun no

ha podido curarse de su degradacion, y Pablo-Luis Courier llega en su virtuosa indignacion, hasta llamar la Francia un pueblo de lacayos.

Digamos sin embargo, para ser justos, que, en el silencio de la nacion, algunas voces esforzadas, algunos raros ciudadanos, algunos tribunales, se alzaron contra Cesar. Tales fueron:

Carnot, cuya austeridad ofendian el lujo y pompas de la corte; Carnot que, con la espada de la república, habia vencido los ejércitos coligados de Europa; Carnot que veia con violento dolor ofuscarse y morir la libertad; Carnot, fiel á sus convicciones, prefiriendo sepultar en la soledad las esperanzas de una brillante fortuna, y cuyo patriótico temple, mas adelante, en los dias de peligro y caida del imperio, lo indujo á pedir el servir, no al emperador, sino al representante armado de la nacion.

Lanjuinais, Breton de tiempos antiguos, impaciente bajo el yugo, acérrimo enemigo de la dictadura, contra la cual protestaba por las vigorosas exhalaciones de su alma;

Daunou, no menos implacable en su odio contra la tiranía, varon dotado de un entendimiento recto y sólido, elegante sin afectacion, erudito sin pedantismo, elocuente sin gritos ni jactancia, inaccesible á la seducccion, firme contra la amenaza, filósofo apacible y austero, sencillo en sus costumbres, profundo en la ciencia, de vida retirada, ciudadano como los mejores de Grecia y Roma, sabio á la manera de la modesta y grave antigüedad.

Benjamin Constant, jóven á la sazón, lleno de vehemencia y fuego, el cual, en los brillantes salones de Mad. de Staël, debia continuar la oposicion del talento contra el genio, del examen contra el entusiasmo; del derecho contra la usurpacion, de la paz contra la guerra, de la libertad contra el despotismo, de la eterna justicia contra las extravagancias de un poder arbitrario.

Algunos otros mas oscuros, arrojaban gritos sordos y rascaban con rabia el freno de la servidumbre imperial; pero la mayoría de la nacion callaba, pues no hay tal vez pueblo alguno, que, mas que los Franceses, quiera ser conducido, con tal que lo sean por un dueño y no por un rival; y nuestro empeño en ser todos iguales estriba cabalmente en el amor de la desigualdad.

Tanto por temperamento como por sistema, Napoleon profesaba las máximas del poder absoluto, al paso que por instinto y necesidad, deseaba un gobierno fuerte, leyes severas y obedecidas. Al mismo tiempo despreciaba al populacho, y estimaba al

ejército como la mas completa significacion de la nacionalidad, como la fórmula mas completa del poder, como el instrumento mas activo, mas dócil, mas concentrado del gobierno.

Pero aborrecia á la prensa, abogados, y salones de Paris; y á la verdad la prensa, los abogados y los salones de Paris, han sido y serán siempre enemigos del despotismo. Sabia y decia que las constituciones imperiales no ofrecen garantia de duracion, y que un cabo, con algunos soldados, podria, como mas adelante estuvo Mallet á punto de efectuar, apoderarse del trono á mano armada. Así solo contaba consigo mismo, y por este motivo fortificaba su trono á expensas de la libertad.

Fuera de esto; admirable contraste! ese mismo hombre que decia que los empleados debian ser contenidos por el temor, interés ó vanidad, tenia una fe íntima en su desinterés y virtud. Ese mismo hombre que deseaba esclavos, se indignaba de su envilecimiento; ese hombre que despreciaba la opinion, la temia mas que nada en el mundo; ese mismo hombre que fundaba para la eternidad, creia apenas á un poder personal pasajero; ese hombre en fin que despreciaba á la humanidad, deliraba por la gloria procedente del concepto humano.

Quería un Cuerpo legislativo, ni tan fuerte que no pudiera sujetarlo, ni tan debil que no pudiera servirle, ni tan rico que pudiera ser independiente, ni tan pobre que pudiera exigir y refunfuñar.

Dotado del don sublime del genio, no temia á los hombres superiores, y toda clase de méritos los consideraba como cosa suya y destinados á su uso. Tendia su poderosa mano á todos los talentos descollantes, los sacaba de la multitud, los atraía por una fuerza magnética, por un poder de fascinacion que era rasgo característico suyo, y al cual no pudieron resistir ni Carnot, ni Benjamin Constant, ni Macdonald, ni Lecourbe, ni tantos otros.

Napoleon tenia ideas mas extensas y elevadas en materia civil que la chusma de los añejos jurisconsultos; todas sus observaciones eran tan exactas como profundas, y admiraban á los legistas por su precision y originalidad; trabajó personalmente en el Código que lleva su nombre, y de él emanan muchas de las disposiciones de este: « Do está la bandera, decia, allí está la Francia. »

En la discusion sobre la deportacion, tuvo movimientos oratorios llenos de sensibilidad: « Si se prohíbe á la esposa de un de-

« portado seguir á su marido, mas vale acabar con este; entonces, « á lo menos, podrá la viuda erigirle un sepulcro en su jardin y « llorar la pérdida de su esposo. »

Él fue el que fijó la edad del matrimonio, y el que dispuso que la muger jurase obediencia á su marido, añadiendo con gracia : « Esta palabra de obediencia no está de mas en Paris, donde las « mugeres se figuran tener el derecho de hacer cuanto se les an- « toja. »

Todos los conquistadores y fundadores de imperio han pensado, ante todo, por instinto ó prevision en la educacion de sus súbditos.

Napoleon no queria que una persona cualquiera tuviese el derecho de abrir un establecimiento de educacion como si se tratase de una tienda de mercader; pretendia asimismo que la unidad despótica del gobierno pasase á los liceos; que una corporacion de jesuitas seculares tuviese á cargo la educacion moral y política del pueblo, segun las miras del Emperador; que en los bancos del colegio se hallasen los pies de este gran cuerpo, y su cabeza en el Senado; que la enseñanza de la religion napoleónica comenzase en la cuna; que se empapasen los espíritus en la historia de la vieja Galia; que los profesores revistiesen el traje requerido al contraer nupcias con la Universidad, como los religiosos el hábito al casarse con la Iglesia.

En la muerte, que arrebatara cada año quince ó veinte mil personas en Paris, veia tan solo « una hermosa batalla. »

Solo estimaba el fanatismo militar, « necesario, decia, para dejarse matar. »

Las cuestiones religiosas no las trataba sino por capricho.

Irritábase contra el clero que aspiraba á reservarse la accion sobre la inteligencia, y reducirlo á la accion sobre el cuerpo : « Se « apropian el alma y me dejan el cadáver. »

Consideraba el culto de un modo político como las demas cosas : « La religion, decia, admite en el cielo una idea de igualdad, « que impide al pobre asesinar al rico. »

Quería que los misioneros fuesen otros tantos agentes diplomáticos para el cumplimiento de sus designios.

Decia : « Todo culto debe ser gratuito y para el pueblo. La « obligacion de dar dinero á la puerta ó de pagar las sillas es cosa « que repugna. Nunca se debe privar á los pobres, porque son po- « bres, de lo que los consuela en su pobreza. »

Sin remordimientos y sin debates sacrificaba los intereses particulares á la razon de estado, pero manifestó en mas de una ocasion el mas delicado sentimiento por el derecho privado. Quejábase de no ser mas que una estampilla en la firma de los decretos imperiales, y él mismo organizó la bella institucion de la Comision del contencioso. ¡Cosa singular! queria que hubiese justicia en lo arbitrario.

« ¿Crieriase, dijo en una ocasion, que mi tapicero quiere ha- « cerme pagar cien mil francos por un mal trono y seis sillones? » Tal fue la única causa de la competencia del Consejo de Estado en los gastos de la lista civil.

Citemos algunas máximas suyas en materia de impuestos :

« Mas vale dejar el dinero en manos de los ciudadanos, que de- « positado en cuevas.

« Se debe saber dar para tomar.

« Seiscientos millones de renta deben bastar á la Francia en « tiempo de paz.

« No se debe cargar tanto al asno que no puede con la carga.

« La plaza y las aguas deben ser libres; demasiado es ya hacer « pagar la sal. »

He aquí otro axioma suyo, inmoral en su moralidad :

« A los hombres que se venden es necesario comprarlos. »

En toda ocasion mostró interés por los emigrados á quienes restituyó los bienes no vendidos, y su política se inclinaba á concederles una indemnizacion.

Quería, en interés del pueblo, disminuir el precio de los asientos de teatro.

Decia igualmente : « Nada excede en tiranía á un gobierno que « tiene la pretension de ser paternal. »

Tales eran sus palabras y máximas de consul. Mas adelante, una vez emperador, Napoleon se volvió mas reservado, mas celoso de su destino cuyo fin parece que sentia, menos franco en una palabra.

No obstante, en el Consejo de Estado, aun se escapaba su alma de sus labios, y buscaban un eco sus pensamientos.

Apenas se quitaba Napoleon las espuelas al volver de sus batallas, oíase el ruido de armas á la puerta del Consejo de Estado; resonaban tres redobles de tambor, abriáanse las puertas de par en par, y gritaba el portero : « El Emperador, señores. » Dirigíase Napoleon á pasos precipitados á su asiento, saludaba, sentábase,

cubriase, mientras que los grandes oficiales y á menudo los príncipes extranjeros, formados tras él con la cabeza descubierta, guardaban el mas profundo silencio.

Muy jóven era yo en aquel entonces, pero confieso que no podia mirar, sin agitacion interior, esa calva frente en la cual parecia reflejar, desde lo alto del techo la gloria de Austerlitz (1).

Me acuerdo que asistia á la famosa sesion que siguió á su llegada de la batalla de Hanau.

Fatigado aun de las molestias de su viage, pálido, preocupado, el Emperador nos mandó pasar á su gabinete. Allí en pie, y sin preparacion alguna, interpeló con viveza al conde de Jaubert, gobernador del Banco de Francia, el cual, á la noticia de nuestros desastres, habia cometido la imprudencia de hacer con excesiva precipitacion el descuento de los billetes. Napoleon, lleno de cólera y dominado por el asunto, hojeó en nuestra presencia los estatutos del Banco, explicando su mecanismo con la claridad de un censor ó de un regente. Era para mí un espectáculo bien extraño oír á un soldado discurrir sobre la organizacion de bancos y teorías de descuento. Jaubert, hombre apacible y tímido, balbució algunas excusas que no oímos. Despues se abrieron las puertas del gran salon, y tuvo lugar el consejo.

El Emperador quedó al principio como absorto en sus pensamientos; su cabeza caia maquinalmente sobre su pecho, y su mano, armada de un cortaplumas, hacia pedazos, plumas, tapete y papel. Por último, saliendo como de un sueño: « ¡Los Bávaros! ¡los Bávaros! he pasado sobre sus cuerpos; muerto está Wrede (2); la invasion se propaga, el tiempo apremia; y Vms. señores ¿cual es su dictámen? ¿qué me dicen Vms.?

— « Señor, contestó Regnault de Saint-Jean d'Angely, nos queda el valor de los Holandeses.

— « ¡Los Holandeses! no es sangre, sino agua roja lo que corre por sus venas.

— « Pero, señor, nos llegan cartas de adhesion de todas partes, y todos los cuerpos del Imperio hacen protestas de fidelidad y devocion.

— « ¿Qué está Vm. diciendo, señor Regnault? ¿Ignoro yo acaso como se fabrican tales documentos, y lo que significan? ¿Acaso

(1) El cuadro de la batalla de Austerlitz de Gerard, adornaba el techo de la sala.

(2) Así lo creia.

« creo yo en ellos? Lo que necesitamos no son frases sino hombres y dinero; y á Vms., señores, como ciudadanos eminentes, padres de familia y padres del Estado, toca el alentar los ánimos por la elocuencia de sus exhortaciones, y oponerse á la vergüenza de la invasion que amenaza el Imperio.»

¡Palabras tardias! el Imperio se desplomaba por momentos, y cuando ha sonado la hora, todo el genio y el poder no impide que arrastre á la tumba los pueblos y gobiernos la fatalidad del destino, la cual en sustancia no es mas que el encadenamiento lógico de los errores humanos.

Si Napoleon pereció tan completamente, es porque se puede asegurar que él solo constituia, en cierto modo, su nombradía, dinastía é imperio. ¿Quien no se hubiera inclinado ante tan natural superioridad? ¿Quien no sintió, al acercarse á su presencia, el encanto de su omnipotente seducción? No, no habia servilidad en esa obediencia, pues era voluntaria, efecto era de una atraccion arrastradora, y hasta apasionada á veces. No se podia menos de contemplar aquella frente pensadora y espaciosa que contenia los secretos del porvenir. Nadie podia sostener esa mirada irresistible que penetraba y escudriñaba los mas profundos pensamientos del alma. Todos los demás seres, emperadores, reyes, mariscales, ministros, parecian en su presencia como seres de una especie inferior. Su genio poseia á la vez la pompa oriental y la precision matemática. Habia en su voz cierta expresion de mando, y á veces una dulzura tierna, una especie de insinuacion italiana que hacia vibrar la fibra. Por esta mezcla inconcebible de gracia y fuerza, simplicidad y brillo, bondad y dignidad, finura y aspereza, conseguia domeñar los espíritus mas rebeldes y atraer los mas suspicaces; y se puede decir que, no menos que por las armas, fue conquistador por el lenguaje.

Su elocuencia, que no era en él una flor de estudio, se acomodaba á todos los tiempos y circunstancias. A los soldados, gente del pueblo, hablaba el lenguaje de este, que apetece el estilo figurado, lleno de recuerdos y vehemencia; con sus mariscales trazaba el plan de campaña; dictaba á sus ministros y secretarios las notas de su diplomacia y artículos del *Monitor*; pasaba sin esfuerzo de la discusion elevada de las leyes civiles y políticas á los minuciosos pormenores de una ordenanza del uniforme de marina, ó un reglamento relativo á la venta del pan; presidia sucesivamente y sin descanso, la comision de los trabajos públicos, de la

guerra y los consejos de administracion; disertaba de ciencia y literatura con los miembros del Instituto; corregia con los empleados de oficina los cuadros de estadística y cifras. En el consejo redactaba las leyes con Tronchet, Treilhard, Merlin, Berenger, Cambaceres y Portalis.

Mientras que los consejeros de Estado, fatigados y rendidos, se dejaban vencer por el sueño, tenia el maligno placer de prolongar la sesion hasta horas avanzadas, sin experimentar apetito, ni necesidades, ni cansancio; y parecia que, como las demás cosas, su indómita voluntad, dominaba su constitucion.

Complaciase en las luchas verbales de los consejeros de Estado, que azuzaba en cierto modo unos contra otros, sea que esta polémica le representase la imagen de la guerra, sea que quisiese que brotase la verdad de la discusion; y él mismo esgrimia á veces con Treilhard, lógico porfiado, atleta intrépido, que no condescendia con su adversario imperial, el cual decia que una victoria conseguida sobre Treilhard le costaba mas que el triunfo de una batalla.

Su modo de argumentar era vivo, precipitado, seductor, sin ilusion, sin método, pero lleno de naturalidad, expresion y agudezas; y arrojaba por torbellinos el humo y la llama.

Napoleon habia nacido mas bien para gobernar que para conquistar, para fundar Estados aun mas que para derribarlos. Y en efecto, ¿qué ha quedado en el extranjero de tantas victorias regadas con la sangre francesa? Nada, salvo en algunos lugares, las incrustaciones vivas de nuestros códigos, jurados y consejos. Pero en el interior, ¿qué seria nuestra justicia civil, criminal y comercial, sin la unidad de nuestra legislacion, la concordancia de nuestra jurisprudencia, y la institucion perfeccionada del Tribunal de casacion? ¿Qué serian la garantia, la conformidad y responsabilidad de la administracion, sin la unidad de la division territorial, prefecturas, ministerio y Consejo de Estado? ¿Quien pondria un término á las vejaciones y dilapidaciones fiscales, sin la unidad del impuesto, de la contabilidad por partida doble, y del Tribunal de cuentas? Así marchamos, desde que apareció Napoleon, en los carriles ahuecados por su carro administrativo, sin que los continuos trastornos políticos lo hayan podido arrancar de estas rodadas. Napoleon, en el Consejo de Estado, fue la centralizacion encarnada, la centralizacion con la consubstancialidad del Imperio, la supremacia del mando, la tenacidad de una

sola voluntad, y la vida continua de la misma accion. Con la centralizacion de la Francia, nuestro pais pesará siempre en la balanza de la Europa con el peso homogéneo de treinta y cinco millones de habitantes. Con la centralizacion de la Europa, adelantará la civilizacion del orbe, segun la voluntad de Dios; y mas admirado será Napoleon de los siglos futuros por haber sido el precursor del porvenir, que como asolador de naciones; mas como político que como guerrero, como legislador mas bien que como conquistador, mas como organizador que como victorioso.

## CAPITULO VI.

DE LOS CUATRO GÉNEROS DE ELOCUCIA COMPARADOS EN LO TOCANTE AL PORTE, GESTOS, PERSONAL, COSTUMBRES, LENGUAGE Y EFECTO.

Cada género de elocuencia tiene su tiempo, lugar, fisonomía, giros y costumbres.

I. La elocuencia académica se modula y acicala ante los espejos de sus aposentos; y, como una coqueta, se mira y remira de piés á cabeza.

Entra en el palacio del Instituto inclinándose respetuosamente, lisongea la vanidad agena para que sea igualmente lisongeada la propia; penetra sin meter ruido y, por decirlo así, se desliza en los encerados tablonos del vestuario; levanta y abre la nariz para respirar el perfume que ella misma exhala, presta afanosa el oido para escuchar los encomios; no gusta del ruido, ni del continuo andar, ni del mucho hablar, ni de demasiadas ideas; y se mece muellamente en un medio de estudiada cortesía, delicadezas impalpables y finas alusiones.

Todos los inmortales que se digna admitir á sus banquetes reciben lindas y primorosas esquelas de invitacion; y, como las señoras de tono y de mundo, toma á los convidados de la mano á medida que entran, les indica con dedo discreto el asiento que deben ocupar, y les recita en lenguaje divino toda clase de halagos y cumplimientos. El buen tono, durante la comida, exige que no se aprieten demasiado las mandibulas, que no choquen los vasos, que haya embriaguez de requiebros y lisonjas, mas no de Champaña, y que para distrarse del fastidio ocasionado por los cumplimientos y apoteosis, no se pisen entre sí los convidados por debajo la mesa. Al fin del banquete levántase la Academia, y brinda á los inmortales de un modo tan fino y delicado, que la voz se evapora antes de llegar al oido de los circunstantes. Luego tañe su lira de oro que deja oír algunos sonidos suaves, y porúltimo se corona de rosas pálidas, nacidas en los invernáculos del Instituto.

II. La elocuencia parlamentaria no lleva, como su hermana, guantes perfumados y coturnos de terciopelo, ni brillan dulces miradas en sus ojos, ni dejan asomar sus labios dulces sonrisas; y aun á menudo su modo de hablar es algo soez, su calzado grosero, desgreñado su cabello, y poco aseada su persona. Pero conviene advertir que se halla á cierta distancia de las tribunas públicas, y ademas los espectadores no son exigentes y poco les basta. Por otra parte, el termómetro y las estufas condensan el auditorio entero á una temperatura muy superior á cero, y lo ponen al abrigo del viento é inclemencias atmosféricas. En cuanto á las demas injurias, prohibida está su circulacion, por temor, á lo que creo, que no se agarren los oradores por los cabellos y anden á puñetazos, á la vista de todos; pues aparentemente no se quiere que hallen recreo las tribunas públicas. Así pues, está expresamente prohibido el nombrar las personas, cogerlas cuerpo á cuerpo, y asediarlas en sus bancos; pero no lo está el atacar sus intenciones, con tal que tenga la precaucion de protestar el orador que no es su ánimo atacar las intenciones. Tampoco está prohibido el interpelar con el gesto y mirada á los diputados, á quienes no se puede designar por sus nombres, con tal que añada el orador que alude á los de fuera, donde no hay nadie, y de ningun modo á los de dentro, donde están los adversarios. Tal es lo que en lenguaje parlamentario se llama la delicadeza y decoro de las precauciones oratorias. ¡Qué bonito modo de ser cortés! ¡Qué franqueza y rectitud en semejantes costumbres!

III. La elocuencia en mangas de camisa del clubista, tiene igualmente su género de oradores, su gerga y temperatura. Si cuesta infinito hablar por turno, se puede tener el placer de hablar todos á la vez. El poner orden en las ideas no es lo que mas apura á un clubista que en general no agovia la carga de estas, y es raro que tenga mas de una, suponiendo que tenga una sola. Por lo que toca á las opiniones cada uno es dueño de tener la suya, con tal que sea la de los gefes agitadores. Y bien entendido que no se va al club para discutir, sino para vociferar, y soplar todos, uno despues de otro, con toda la fuerza de los pulmones, en la embocadura de la misma trompeta. El orador mas estupendo de un club es el que formula, en el sentido del mismo club, la proposicion mas enérgica, por no decir la mas extravagante. Si un miembro de la minoria tiene la temeridad de aventurar una enmienda, todo el mundo lo mira de mal ojo; si á pesar

de esto insiste, se le denuncia como un perturbador; si pide la palabra, los miembros se indignan de audacia tanta, una santa ira se apodera de los ánimos, todo el mundo grita traición, y los catecúmenos expelen fuera de su pequeño templo al temerario, el cual debe hallarse dichoso de haber sido declarado fuera de la ley, y hallarse sano y salvo en la calle, de manos á boca con un alguacil municipal.

La elocuencia de los clubs es sumamente acalorada, destornillada, descabellada, chillona, jactanciosa, mohina, desordenada, intolerante, declamatoria y muy poco elocuente. Tal vez no obstante posee nobles calidades, pero las oculta; tal vez egregios modelos, mas no los conozco.

IV. ¡Viva la elocuencia al aire libre, la elocuencia de O'Connell y hablemos de ella!

Este género de elocuencia no conviene á todos los lugares y estaciones: á todos los lugares, porque en los Estados-Unidos, en Irlanda, en Bélgica, en Alemania, cien mil hombres reunidos podrán escuchar con calma al orador; mientras que al contrario, en España, Italia, Francia, al cabo de un cuarto de hora, se oiria el grito *¡á las armas!* juntamente con detonaciones de fusiles. A todas estaciones, pues cosa poca cómoda es oír á un orador en los climas setentrionales, do silva el recio vendabal, que la nieve azota, bajo un paraguá ó quitasol; y la mayor parte de los concurrentes tienen la cara expuesta al viento, los piés en el lodo, y el sol de plomo en la cabeza, si bien hay que pasar por estas molestias.

Por otra parte no es tan melindrosa, á lo que parece, la diosa de la elocuencia. Unas veces, entre nuestros vecinos los Ingleses, sube sobre un tonel; otras, se manifiesta á la multitud por la claraboya de una taberna; y en ciertas ocasiones sube sobre las ruedas traseras de un carruage. Poco amiga de dengues y arrumacos, se embadurna con las heces del vino, escala los mercados con silbidos, algazaras, tronchos de coles y manzanas cocidas; á menudo retuerce las mangas de su camisa, y ebria de gritaría, injurias y cerveza, no sale de la refriega sino con el delantal hecho pedazos, hundidas las costillas, contuso el rostro y magullado el cuerpo. Confesemos no obstante que no es este su mejor aspecto.

Pero si la elocuencia al aire libre, tiene sus saturnales, posee igualmente fiestas bellas y suntuosas. En ellas se adelanta con magestad, precedida de estandartes en que brilla su nombre es-

crito en letras de oro y azul. A veces se la divisa en un carro tirado por cuatro fogosos bridones, hendiendo las olas de un pueblo admirador que siembra las flores y el incienso bajo sus pasos, y hace resonar el aire de clamores de entusiasmo.

Para descollar en este género de elocuencia, no hay que tener una voz flautada y melosa, ni un pecho angosto, ni estatura de enano, ni gesto filosófico, ni ojos bajos, ni aspecto lerdo y desmeñado, ni facha de alfeñique; no, al contrario, pues el pueblo no se figura al genio sino bajo el emblema de la fuerza, quiere respetar lo que ama, solo cede al que lo empuja, solo se inclina bajo el que lo doblega, no comprende sino lo que oye distintamente, fija únicamente sus ojos en lo que bien distingue, entrega su corazon al que lo conmueve, se inspira de lo que inspira, produce bien solo lo que bien se le comunica, y el colmo del arte del orador es persuadir al pueblo que es el eco de sus opiniones, preocupaciones, pasiones é intereses.

Así pues es indispensable que el orador popular posea una estatura elevada, una voz de trueno, un porte varonil, ojos que despidan llamas; que se mezcle íntimamente con su auditorio, que parezca no poder separarse de él; que descuelle su cabeza sobre las demas, y domine su vista las olas de la multitud; que las abraze con un gesto y aplaque con la mirada; que dueño sea, y dueño absoluto, de todas esas almas cuyo servidor parece ser; que interpele su auditorio, lo apremie, lo enlace en las cadenas de su elocuencia, sin darle tiempo de reflexionar, reposarse ó distraerse; que conmueva en el fondo del corazon los grandes sentimientos de libertad, igualdad, humanidad, piedad, virtud, que dormitan en el corazon de todos los hombres; que evoque ante esas bocas entreabiertas, ante esos ojos ardientes y fijos, ante esas cabezas llenas de admiracion y entusiasmo, las grandes imágenes de gloria, religion y patria; que arrebathe y conduzca esa multitud á orillas de risueñas praderas, la hechize con los sonidos suaves de la flauta campestre; que sea, cuando el caso lo pida, fisgon y algo chocarrero; que apostrofe con viveza y aguarde la respuesta; en una palabra, que sea sucesivamente poético y brillante, jovial y sarcástico, y haga resonar el susurro inmenso de la ciudad ó el estampido bramador de la tormenta.

Un hombre hemos conocido con esta magia, con este poder irresistible, y este hombre era O'Connell.

## CAPITULO VII.

DE LA ELOCUCION OFICIAL.

La corte de Francia (Dios nos libre de hablar de la actual (1)), aventajó siempre á las demas en urbanidad y galanteria. El monarca reinaba en los hombres, y las mugeres en el monarca: Odeta, por ejemplo, en Carlos VI; Inés Sorel en Carlos VII, la Ferronnière en Francisco I, Gabriela en Enrique IV, la Montespan en Luis XIV, la Parabere en el Regente, la Pompadour en Luis XV. La corte imitaba al rey, la capital la corte, las provincias la capital. Los caballeros requiebaban las damas, los poetas cumplimentaban los grandes señores, los graves predicadores del púlpito encomiaban los cadáveres de los principes, bajo el sudario de terciopelo y plata. La mitad de su gloria la debió Voltaire á la delicadeza fina y caballeresca de sus lisonjas, pues en aquella época gastábase la vida elegante en encontrar fórmulas nuevas para agradecer, saludar con gracia, escribir y hablar con primor.

(1) Alude el autor, de un modo satírico, á la corte de Luis-Felipe de Orleans, príncipe proverbial en Francia por su parcimonia sordida, insaciable codicia, carácter tacaño, espíritu anti-caballeresco y enemigo de todo lo que olía á garbo y esplendidez. Por otra parte Timon profesaba personalmente una ojeriza enconada contra la dinastía de Orleans, y por medio de sus folletos, contribuyó eficazmente á sublevar la opinion contra la avidez de la familia reinante, y á determinar á la cámara de diputados de que hacia parte, á responder con netas denegaciones á las demandas pecuniarias que, con diversos pretextos é importunidad reiteraba Luis-Felipe.

Esto lo participamos á nuestros lectores para que no se figuren que asesta Timon un venablo epigramático contra la forma republicana que actualmente rige la Francia, forma al contrario que logra plenamente su aprobacion, advirtiendo que ha sido uno de los principales fundadores de la Constitucion de 1848.

(N. del T.)

Toda la caterva de insulsos aduladores vino á dar de frente y estrellarse contra los ángulos algo toscos de la Revolucion; pero la índole de una nacion nunca se borra totalmente, y del cumplimiento nació la exposicion política (1), la exposicion tan flexible, tan diversa, tan afeminada; tan universal, tan impostora y tan ridícula como el mismo cumplimiento.

La exposicion es un arbusto peculiar al clima francés, en el cual prospera, medra, y echa ramas en todas direcciones y hojas de todos colores.

Imposible sería averiguar las resmas de papel que han gemido bajo el peso de las exposiciones, y ¿hay acaso un solo Francés, sabiendo leer y escribir, que no haya puesto su firma al pié de alguna? Nacimiento de principes, advenimiento de una dinastía al trono, muerte de reyes natural á violenta, asesinato ó tentativa de ello, enlaces de infantes ó infantas, victorias ó derrotas, todo es bueno para los forjadores de exposiciones, que son muy fáciles de acomodar.

Hay quien firma por compromiso, quien por miedo, quien por cálculo, mas lo cierto es que las firmas llueven.

En las secretarías de todos los tribunales, y en los archivos de ayuntamientos y prefecturas, hay modelos de exposiciones para toda clase de gobierno legítimo ó ilegítimo; y no hay que enviarlos de Paris; pues cada empleado sabe perfectamente como debe formular su adhesion, y fijar el dia en que las autoridades deben reunirse en las catedrales para cantar un *Te Deum* en honor de la República, del Imperio ó la Monarquía, salvados por la gracia del Omnipotente; pues es cosa admitida que el Omnipotente, desde lo alto de las esferas estrelladas, se complace en mezclarse en nuestras revoluciones y contra-revoluciones terrestres, y esparcir sus bendiciones en todos los gobiernos, con tal que triunfen.

Si la guardia real de Carlos X hubiera sepultado en el lodo y

(1) La palabra *adresse*, que hemos traducido por *exposicion*, tiene en francés un sentido tan múltiple que con dificultad puede traducirse en castellano. En efecto, segun las circunstancias, significa carta de adhesion, manifiesto, arenga congratulatoria, peticion, etc. No existiendo en nuestra lengua ó á lo menos no constándonos á nosotros que exista palabra alguna que traduzca perfectamente la voz *adresse* en el sentido colectivo que le da el autor, hemos adoptado el término indicado, no disimulándonos su carácter incompleto, pero siendo en nuestro concepto el que mejor tal vez responde á la palabra francesa.

(N. del T.)

sangre á los héroes de las barricadas, no admite la menor duda que hubieran caído en las gradas del trono una lluvia de exposiciones, que hubieran cumplimentado al augusto monarca por haber puesto á Paris en estado de sitio, y haber mandado fusilar á Lafayette, Laffitte, B. Constant, Casimir Perier, y muchos otros diputados, como traidores á la patria; y hubiéramos visto el clero francés, con el arzobispo al frente, revestido de blancas sobrepellices, cantar la victoria con un repique general; al paso que los ministros de aquel entonces, hubieran dado el parabien al monarca por la victoria conseguida sobre el desorden y por las leyes sobre la anarquía. Al mismo tiempo los consejos municipales, los generales, cámaras de comercio, prefectos, tribunales, gefes del ejército, diputados y pares, hubieran suplicado al monarca hercúla leo que aplastase bajo su pié la hidra de la prensa, y no gobernase en lo venidero sino con buenas ordenanzas, ó, lo que es mejor, con leyes excepcionales.

Y todo esto se hubiera pasado al pié de la letra, conforme acabo de decir.

Regla general: el cielo se declara siempre por el que triunfa: tal es la moral de las exposiciones.

Desde que uno de nuestros ocho ó diez gobiernos (dijo ocho ó diez como diría veinte y cinco) ha tenido la suerte de escapar á una maquinacion, atentado, tumulto, insurrección, conjuracion, revolucion, máquina infernal, puñalada ó pistoletazo, al momento se declara que Dios salva la Francia.

Así Dios salvó la Francia cuando la República acabó con la Monarquía; Dios salvó la Francia cuando el Imperio puso fin á la República; Dios salvó la Francia cuando la Revolucion de Julio desterró la Restauracion. ¿Cómo es posible hacer así escarnio de Dios?

Las frases de cajon, tales como el *amor*, el *respeto profundo*, la *fidelidad inalterable* á las Repúblicas unas é indivisibles, á las Constituciones del imperio, á las Cartas otorgadas, á los Actos adicionales, á las augustas dinastías; así como la *lealdad ilimitada y llena de abnegacion*, hacen un gran papel en las exposiciones, exigiéndolo así naturalmente el género, y no habiendo exposicion propiamente dicha sin estas palabras sacramentales.

Por su parte los veinte y cinco gobiernos felicitados revisten los mismos trages, calzan los mismos coturnos en el mismo vestuario, y suben á los mismos tablados ante los mismos espectadores.

Todos estos gobiernos se embozan gravemente, unas veces como un pontifice del Ser supremo, otras como un presidente del Directorio; este como un consul de la República, aquel como un emperador romano, á menudo como un padre del pueblo. Todos ponen la mano en el corazon y aseguran que solo viven para la prosperidad de la Francia, que solo aspiran como Cincinato al reposo rural, que el trono es una pesada carga, que las execrables facciones no permiten un momento de quietud. Así Bonaparte protestaba que presto estaba á abdicar el consulado, mientras que maquinaba ser emperador. Tal otro alzará los ojos al cielo, hablará del doloroso sacrificio que le impone la nacion, lanzará profundos gemidos, y cobrará dotaciones sobre dotaciones. Concluida esta mojiganga, todos los actores se mezclan familiarmente, se aprietan las manos, se prodigan las mas amables sonrisas, hay mil enterrecimientos, y de todos los ojos manan lágrimas de felicidad pública. Pero ¡cuantas veces, al entrar en su gabinete, ambos felicitados y felicitadores deben reir de la comedia que representaron!

Mas poco importa, vuelve á empezar la farándula. ¿Acaso no representan cien veces consecutivas la misma pieza nuestros teatros? Y si así no fuese, ¿donde irian á parar los actores, teatros, trages, bastidores, público y dinero?

Rigorosamente, un presidente, un rey, un consul, un emperador, pueden contentarse con reinar sin gobernar; pero prescindir de hablar, eso no. Habla un abogado, habla un diputado, habla un catedrático, no hay bruto que deje de hablar, y ¿, porqué no hablaría el rey? En consecuencia se han dispuesto las cosas de modo que el director de la máquina, ó gefe del estado, poco importa su nombre, dinastía y trage, recite de corrido un discurso de apertura, en público, una vez por año; tarea que por otra parte desempeña con la mayor complacencia, calado el sombrero en presencia de los representantes del pueblo soberano, lo que tal vez no parecerá muy respetuoso, y rodeado de militares con aureas charreteras y espuelas resonantes, lo que poco se amolda con el régimen constitucional.

Los pronombres *mis* vasallos, *mi* marina, *mi* gobierno, *mi* tesoro sobre todo, adornan con sus graciosos posesivos la elocuencia de la corona. Si acontece que esta se contradice manifiestamente de año en año, de un discurso á otro, no hay que parar la atencion en tales frioleras, pues son ministros que difieren por los

nombres, fechas, caracteres, planes, opiniones, conducta, si bien hablan todos por la misma boca, y ¡qué boca! una boca real. Todo pasa por ella, hoy la paz, mañana la guerra; unas veces las dotaciones, otras las pensiones. Derecho comun y monopolio, religion y filosofia, libertad y censura, un discurso de la corona todo lo aguanta y todo la promete, salvo la disminucion de impuestos, materia en la cual inútil es esperar variacion alguna. Discurso del primer año, venga dinero; segundo año, mucho dinero; tercer año, aun mas dinero; y así sucesivamente, sin que posible sea prever el fin. Tal es el fondo propio, el fondo sólido y macizo, el fondo metálico de los discursos reales; todo lo demas no es mas que bordados y adornos, de peor ó mejor gusto literario.

Las contestaciones de las Cámaras al discurso de la Corona, no son mas que torneos parlamentarios en presencia de los embajadores europeos y las lindas señoras que ocupan las galerias. Cada uno de los retóricos que entra en el palenque se cree obligado á explayar todo lo que comprende su ingenio, ya sea acerca de negocios extrangeros, ya de negocios interiores; y, como hace seis meses que no ha hablado, y quiere hablar á toda costa, y habla en efecto, resulta que se hace escuchar el mayor tiempo que le es posible, lo que harto me consta á mí oyente de tan admirables oradores. Desde que el primero de estos campeones, inscrito en la lista, ha recitado su pieza de elocuencia, agitado su lengua y brazos, y sudado á mares bajo su toga, pasa al vestuario, cambia de vestido, y no vuelve á pensar en lo que ha dicho. Luego principia otro la misma tarea, despues otro nuevo, y así se pasan los dias en revolver y enturbiar el agua clara de la cuestion. Hecho esto, cuando agotado está el flujo de palabras, el presidente de la Cámara pega con cuatro obleas el discurso de la Corona, en el cual todo el que se acerque puede leer lo siguiente:

« Señores, me cabe la indecible satisfaccion de anunciarles á « Vms. una buena noticia, y puedo congratularme altamente « con mis leales y queridos vasallos, de que las rentas de mi « reino se hallan en el estado mas próspero, excediendo conside- « rablemente los ingresos á los gastos; y me lisongeo que, me- « diante un ligero empréstito de algunos centenares de millones, « podremos en lo sucesivo hacer frente, y con la mayor econo- « mía, á todo lo que pueda ocurrirse. »

Despues el presidente, teniendo el papel que debe contener al contestacion entre el pulgar y el indice, saca al través del vidrio

una copia del discurso, y lee á la Cámara el párrafo refundido en estos términos:

« Señor, con el mayor placer hemos sido informados de la ex- « celente noticia que Vuestra Magestad nos participa, y mucho « celebramos la dichosa situacion en que se encuentran las ren- « tas de su reino, sobre todo que los ingresos excedan á los gastos; « y opinamos, juntamente con Vuestra Magestad, que, mediante « un ligero empréstito de algunos centenares de millones, vues- « tros fieles y leales vasallos podrán ayudarla á hacer frente en lo « sucesivo, y con la mayor economía, á lo que pudiera ocur- « rirse. »

La misma ceremonia se repite con todos y cada uno de los párrafos, no sin acompañamientos de comentarios, glosas, escolios, disputas, anotaciones y perifrasis; y despues de haber perdido quince dias tan inútilmente, se advierte que hubiera bastado y sobrado un cuarto de hora (1).

¿Y sin diversiones semejantes cómo podría embobarse el pueblo mas ingenioso de la tierra?

No olvidemos por otra parte, y esto es mas grave, que las famosas contestaciones de Mirabeau y Royer-Collard, á cuarenta años de distancia, derribaron las monarquias de Luis XVI y Carlos X, si bien ambos procedieron con la mas exquisita cortesía y el mas profundo respeto. ¡Tan cierto es que la forma nunca destruye el fondo!

Tampoco hay que creer que esa manía antiquísima, esa comezon de hablar que devora á nuestros Faramundos de todas las razas, pueda ser satisfecha con un mero discurso de apertura; y no ha faltado quien opinase que si ha habido á veces dos sesiones legislativas en el mismo año, ha sido tan solo para que encontrase la Corona dos ocasiones solemnes para hablar; y que si la Carta de 1814 dividió el parlamento en dos Cámaras, fue tan solo para dar á la Corona la oportunidad de dar dos respuestas á la doble embajada de pares y diputados. Sobre este particular no me atreveré á pronunciarme, no obstante no extrañaria que mira tan profunda se abrigase en la Carta.

Nada mas comun que comidas, bailes y francachelas en la Corte. ¡Pero vivan las galas representativas en que solo se consumen

(1) Véanse todos los discursos de la Corona, todas las contestaciones y discusiones de las Cámaras.

palabras! Así como en el calendario gregoriano hay días festivos en que se recomienda alabar á Dios mas particularmente, hay tambien en el calendario de la Corte, ciertos días oficiales en que el prurito de perorar se puede satisfacer para el resto del año.

En tales días, todos los cuerpos constituidos se presentan ante el piadoso monarca, entre la misa y visperas, y desfilan procesionalmente. A medida que los llama el portero de servicio, el dean de cada compañía saca de su sopalanda una bujeta de oro, y quema en él algunos granos de incienso, saluda y se retira. Hay tantos discursos como corporaciones, y tantas respuestas como discursos; el taquígrafo recoge en una punta del manto real toda esa cosecha de elocuencia. ¡Tales son los días mas espléndidos de la monarquía!

Sobretudo el día primero del año, ¡oh día hermoso! apenas ha sonado la primera campanada de las doce, cuando la nacion oficial se calza, peina, acicala, engalana, compone el rostro, murmura entre dientes la repeticion de alguna mentira, y, con los piés helados y la cabeza descubierta, sube las escaleras é inunda las antesalas del palacio.

Un extrangero que asistiese á estas solemnes recepciones en que se arrastran y ensucian tantos trages y conciencias, se figuraria que la Francia es la comarca en que por excelencia reina la dicha y la concordia; y al mismo tiempo el país mas floreciente y mejor gobernado de Europa. En efecto, sus príncipes son siempre héroes insignes y admirables monarcas, que solo respiran, hasta que del trono caen, por la gloria y felicidad del pueblo francés. La hacienda, que en el presupuesto sucumbe lúgubrementé bajo el peso de los gastos, se presenta ante el monarca con vestido de fiesta, como un rentero que nada debe. Las facciones han sido para siempre vencidas y desarmadas por la fuerza del gobierno en el año que acaba de espirar, salvo á volver á emprender la tarea en el año corriente para que de nuevo sean vencidas y desarmadas por la misma fuerza del gobierno, para la recepcion oficial del año venidero. El cuerpo diplomático proclama que nada desea como la paz, al paso que maniobra para alterarla. Si el monarca tiene un hijo, todo el mundo hace votos por este guerrero ilustre; y si tiene dos, tres, cuatro, todos son colocados en alto pedestal en el templo de la Memoria. ¡Cuántas cosas hemos oido del heroe del mediodía, del vencedor del Trocadero, del pacificador de España, en una palabra del duque de Angulema! ¡Y quien se acuerda en el

día de que haya vivido este Delfin tan cumplimentado? ¡Oh gloria falaz! ¡oh gloria pasagera!

Y sin embargo todos los príncipes la apetecen; tal es á lo que parece el deseo vehemente de los nobles corazones, y todos los príncipes tienen nobles corazones. Bajo este punto de vista, los que hemos visto venir despues de la revolucion no han degenerado; pues, como los que precedieron á esta terrible crisis histórica, anhelan la gloria, y si se la negasen en sus exposiciones los órganos respetuosos del cuerpo del Estado, la lograrían á lo menos en las contestaciones á los discursos de estos, del reconocimiento real y paternal, siempre por supuesto bajo la responsabilidad de los ministros.

Y el segundo día del año, cuando aun está lleno el saco de arengas, ¿no será permitido vaciarlo? ¿Acaso faltarán discursos que pronunciar? ¡Santos cielos! ¿Cuándo acabará esa cáfila de habladores? Es necesario que el rey esté de pié para oír al rector de la Universidad, el cual habla despues del presidente, y el prefecto despues del canciller, y el general despues del prefecto, y el arzobispo despues del general. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿cuándo concluirán tantos discursos?

Las exposiciones oficiales tienen día y hora fijos, pero no sucede así con las espontáneas; y apenas cunde la voz de algun acontecimiento próspero ó aciago, verdadero ó falso, ocurrido en el palacio, que al momento acuden diputados celosos, con el pelo erizado y el ojo encendido, exclamando: ¡Un message! ¡pronto un message! ¿Donde está el presidente? Vamos pronto al palacio. Y marchan, y bullen, y se sofocan, y cada uno, sin informarse siquiera de lo que se trata, forma parte de la escolta para manifestar su adhesion.

No extraño, ciertamente, que todos esos diputados, empleados efectivos, ó con esperanza de serlo, se den prisa á mostrarse tan solícitos y agradecidos; nada es mas natural. Además dicen que representan la nacion, lo cual no niego hasta prueba de lo contrario.

Por otra parte conviene reconocer que todos esos Mensajes improvisados producen siempre dos excelentes efectos: uno es probar que hay quien ama con lealdad á su rey, y el otro que los que no proceden del mismo modo son cuando menos facciosos, y tal vez republicanos. Así resultan dos ventajas: servirse á sí mismo y perjudicar á sus adversarios, lo cual, es preciso confesarlo, arguye no poca maña.

En estas circunstancias graves y solemnes, no olvida decir el *Monitor* que las Cámaras en masa salieron á transmitir al palacio la expresion profunda y sincera de su dolor ó gozo, segun la naturaleza del acontecimiento. Si, al contrario, las Cámaras tomasen en masa el camino del palacio para suplicar al monarca que cambiase sus ministros, veriamos al *Monitor* enfurecerse, y llamar sedicioso al parlamento, al paso que gritarian los centinelas, presentándole la bayoneta: Alto ahí, nadie pasa adelante.

No faltaria quien dijese que es un crimen de lesa-nacion el ver á una pandilla de alborotadores deliberando fuera de sus puestos y de los límites de sus atribuciones, y reunirse para imponer á la Corona sus antojos delirantes y tiránicos. De modo que cuando los diputados de la nacion acuden para encomiar al soberano, todo va bien, todo es legal; mientras que si acuden á quejarse y vituperar la marcha del gobierno, todo va mal y la medida es ilegal. ¿Quién sabe? Tal vez es esta una consecuencia de la Carta-Verdad (1).

Pero las exposiciones que con mayor placer inserta el *Monitor* en sus columnas, son las de la Guardia nacional y Consejos municipales, por una razon muy sencilla: que prodiguen alabanzas al poder miembros de las corporaciones del Estado, nombrados, pagados, ascendidos y decorados por el poder, es cosa que muchos encontrarán natural; mientras que estas mismas personas, al leer los discursos de la Guardia nacional y Cuerpos municipales, no podrán menos de decir: ¡Qué espontaneidad tan noble y halagüeña la de esas corporaciones independientes! Bien se ve que tales palabras brotan de un corazon ingenuo que rebosa de lealtad. ¡Qué júbilo tan cordial! ¡qué pésame tan lleno de naturalidad!

Pero tambien es cierto que si la Guardia nacional se enfurruña, se le tapa la boca, y si insiste, se la disuelve. Lo mismo sucede con los Consejos municipales, y de este modo se establece la compensacion.

No disgustaria á los aduladores oficiales que citase sus nombres, profesiones, frases y domicilios; no tendria reparo en ello, pero seria muy larga la lista.

No obstante, no puedo menos de tributar el debido homenaje á los empleados asalariados por el gobierno, y con satisfaccion

(1) Alusion á la famosa palabra de Luis-Felipe: *Messieurs, la Charte sera désormais une vérité*. Señores, la Carta será de aquí en adelante una verdad.

reconozco que siempre fueron fieles á esta noble máxima: el que paga debe ser alabado por el que cobra; tan fieles que, aunque nuestro desgraciado pais haya atravesado, durante mas de medio siglo, los regimenes mas opuestos, tanto en el nombre, como en la forma, principios y conducta, nunca han dejado de asegurar á cada uno de estos poderes efimeros, que era el mejor de los gobiernos, que labraba la felicidad de la Francia, que debia levantar su clava y postrar por tierra á los facciosos, y que si llegaba á sucumbir, la patria mortalmente herida, pereceria infaliblemente. Nada tengo que objetar á tan bellos sentimientos, sino que los señores empleados debieran ceñirse á acudir exactamente á sus oficinas á la hora requerida, para salir al tiempo señalado despues de haber cumplido con su deber.

Por lo que toca á los señores jueces congratuladores, me parece que hay en la Carta cierto artículo que lleva el número 48, que les encomienda y manda muy particularmente, que deben administrar la justicia con todas las fuerzas de sus almas á todos los momentos del dia; y creo igualmente haber oido decir que hay una multitud de litigantes que verian con mejor gana al juez ocupado en los tribunales, que barriendo con los pliegues de su toga negra ó encarnada las antesalas de las Tullerías. Nadie pone en duda el celo de los señores jueces para la averiguacion y castigo de los delitos, ni su inalterable fidelidad á la persona del monarca; pues todos los principes legítimos ó ilegítimos, nacidos en el trono ó lejos de este, han recibido sucesivamente el testimonio sincero y tradicional del fervor y lealtad de los señores jueces; y la historia no permite duda en este punto.

Fuera de esto, conviene que sepan todos los pueblos extranjeros, Ingleses, Españoles, Rusos, Prusianos, Austriacos, Bávaros, Italianos, Húngaros, Turecos, etc., que lo mas cómico de las exposiciones oficiales, es que el Instituto de Francia, la Universidad, el Clero, la Guardia nacional, el Tribunal de casacion, el de cuentas, la Audiencia, la Cámara de diputados, la de pares, la de comercio y todas las Cámaras posibles, no saben, al entrar en Tullerías, la primera palabra de todas las bonitas cosas que el orador de cada corporacion va á recitar en su nombre. Tal golilla, por ejemplo, aferrado, solapado, con su bonete de terciopelo en la mano, arrulla, en nombre de la magistradura, un idilio florido, absolutamente como Celadon hablaria á la bella Amarilis. Aquel otro soldadote desenvaina su tizona oratoria y esgrime en nombre

del ejército contra la hidra de la anarquía. Luego viene el rector de la Universidad tañendo con horroroso sonido la campana de alarma, y cimbra recios golpes en las piernas de los profesores barbudos que le acompañan. Ese canciller de la Academia francesa estropea la gramática, y el presidente de la Cámara tuerce el pescuezo á la Carta, ni mas ni menos que si fuese un pollito. Pero no se crea que los miembros de esas ilustres corporaciones que vuelven de Tullerías á sus casas murmurando entre dientes, estén enojados contra el orador porque habló en su nombre, y sin consultarlos, ó porque lo efectuó mal; no, nada de eso, sino únicamente porque él sólo tuvo la palabra, pues rábían de no haber podido perorar todos á la vez.

A la verdad podría asegurarse que los reyes constitucionales, ambas Cámaras, las cinco clases del Instituto, las sesiones de apertura, las oraciones fúnebres, los tribunales, los bautismos y matrimonios de príncipes, los banquetes patrióticos, las revistas de la guardia nacional, los comicios agrícolas, los teatros y los entierros, fueron inventados de intento en nuestro país de Francia para gozar de los encantos y galas de language. Un viento de habladuría sopla de todos los puntos del horizonte en nuestro pueblo sensible, olvidadizo y voluble, y arrebatada en su torbellino el derecho, la lógica y la verdad.

No, no hay en las cuatro partes del mundo gente mas cumplimentera que el mandarin de las Galias, á menos que sea el de China. Si revistiese un mono la vestidura real, veríase al instante mismo á la caterva de los funcionarios titulados, bordados, dorados, con uniformes vistosos ó grave trage talar, precipitarse con los labios palpitantes de lisonjas á los piés de su majestad orangutan.

No, no ha habido en el trono ni malhechor desalmado, ni príncipe baboso, ni tirano legítimo, ni usurpador reinante, ni setembrista cortacabezas, que, en ciertos momentos, no haya sido lisongeado y adulado, para ser despues derribado y arrastrado de los catafalcos del Panteon á las gemonias y asquerosos albañales.

No, no hay país en que mas abuso se haya hecho, tanto en prosa como en verso, de la hipérbole y apoteosis. Segun los mentecatos del Instituto, todos los académicos son celebridades; en el concepto de las prostitutas de la ciudad y de la corte, todas las queridas de los reyes son mugeres de virtud exquisita; los cortesanos aseguran que todos los príncipes rubios ó pelinegros son supe-

riores á Napoleon; oigase á los camareros del local de la Asamblea, y todos nuestros diputados son mártires intrépidos de la libertad; los camareros del Luxemburgo proclaman que los pares mercaderes son señores de altos títulos; en el dictámen de la gente de la Iglesia, todos los prelados son santos; de modo que tenemos la dicha de vivir en un país de vírgenes, genios, héroes, grandes hombres y bienaventurados.

El prurito de perorar cunde continuamente, en términos de deslumbrarme la vista y atolondrarme los oídos: ¿donde podré huir? ¿do ocultarme?

Esta es otra: un grave magistrado me obliga á seguirlo; he aquí que trepa hasta el pabellon de Flora (1), y prosternándose ante un chiquillo de tres años, le dice. « Hemos sabido por vuestra aya, que ha tenido S. A. esta noche un cólico. Ah! señor, « un día llegará en que sereis el mayor príncipe de la tierra. » A lo que responde el niño llorando que quiere que le den su muñeco (2).

¿A donde van corriendo esos jardineros políticos y campestres de la sociedad de horticultura, con esa maceta de flores en la mano? Van á ofrecer al rey, con voz plañidera, sus felicitaciones congratulatorias y lacrimatorias. ¿Y qué responde el rey? Sorprendido por tan inesperado suceso, y con sobrada razon, responde con una presencia de espíritu admirable que la exposicion de esos jardineros es el *mejor consuelo* que pueda recibir (3). Confesemos que no es tan mala la salida.

¿A donde van esas doncellas con canastillos de rosas y laureles? Arrodiadlos profanos que pisais la tierra santa de los muertos. Escuchad esa oracion fúnebre en que se os habla de la nada de la vida y desprecio de las pompas de este mundo. Acudid, hombres soberbios, hinchados de vana gloria, acudid y leed en el marmol en letras de oro esta exposicion funeral, ó si se quiere epitafio que todo lo dice: Aquí yace un especiero (4).

¿Quien es aquel otro especiero (5) que un centenar de electores,

(1) Pabellon con este nombre en las Tullerías.

(2) Histórico.

(3) Histórico.

(4) Cementerio del *Père Lachaise*.

(5) La palabra *épicier*, que literalmente corresponde á la voz castellana *especiero*, tiene además en Francia, y sobre todo en Paris, una significacion muy extensa, que solo adecuadamente aprecian las personas que han vivido en esta capital y se hallan familiarizados con la índole y costumbres de los Fran-

hombres todos de arraigo y establecidos, acaban de nombrar diputado de la Francia? ¿Cómo? ¿A ese también una exposición congratulatoria? ¿Pero qué van á decirle? El municipal revestido de su banda tricolor se le acerca, y quitándose el sombrero, le dice: «Caballero, gracias á la recomendacion de Su Excelencia el « ministro de la policía, cuya casa Vm. abastece con sus mercancías á un precio equitativo, lo hemos elegido á Vm. para representar la Francia en general, y en particular el comercio de especerías de nuestro departamento. Al tratarse de los grandes intereses « de la Francia, no pierda Vm. nunca de vista, señor diputado, « su villa; pues su lugar de Vm. es la Francia. »

«— Si, amigos míos, amados electores, responde el proveedor « del ministro, la patria es nuestra villa. Yo soy francés, pero « soy antes que todo especiero, y lo haré ver en todas las ocasiones, tanto grandes como pequeñas (1). »

Por lo que toca á la Cámara de pares, como no puede perorar con los mercachifles, porque el ministro solo nombra sus miembros despues de un almuerzo opíparo, se desquita abundantemente en el género fúnebre. No hay difunto que, por poco oscuro que haya vivido, pueda escapar á los honores póstumos. Y no se crea que el panegirista para aliviar su dolor, pronuncie su oracion sobre la tumba del difunto bajo la piadosa sombra de los sauces y cipreses; no, sus palabras requieren la luz del dia, el brillo de la gloria, y sólo en presencia de los miembros de la Cámara de pares, se expresará en estos términos:

« Ilustrísimos y afligidísimos colegas, permitidme que ante Vuestras Señorías, refiera la solemne y resplandeciente existencia del « conde Chopart, muy alto y muy noble par de Francia. Nació « este ilustre personage en una aldea, fue hijo de un aldeano, y « mamó de su misma madre ó de una nodriza, aunque debo advertir que en este particular nada dicen los historiadores. Luego « aprendió á leer en casa del maestro de escuela, y durante veinte « años fue escribano, recaudador y boticario. Mas adelante nombráronlo diputado sus conciudadanos, y despues recibió el título de par de Francia. A consecuencia de la revolucion de Julio « prestó juramento á Luis-Felipe, habiéndolo prestado á Carlos X; « votó por M. Guizot, habiendo votado por M. Thiers, y murió

ceses. No obstante creemos dar una ligera idea á nuestros lectores diciéndoles que se da el nombre de *épiciet* á toda persona timorata y de miras apocadas, y sobre todo á los mercachifles rutinarios y cicateros. (N. del T.)

(1) Véanse los discursos despues de las elecciones.

« por último como habia vivido. ¡ Hombre admirable! ¡ que ligera « te sea la tierra (1)! »

¡ Ah! ¡ y qué grave indiscrecion iba á cometer! Olvidaba los discursos de apertura de los tribunales, otra variedad de la elocuencia oficial. Bien me consta que todo hombre que se mete á escribir — ¿ y acaso no soy yo del número? — tenemos mil razones para no malquistarnos con los tribunales reales, y protesto que profeso el mayor respeto por su grave y aforrada elocuencia.

Hay en las homilias de estos señores, dos suertes de lenguages: el uno para el público, y el otro para los iniciados.

El señor Requisitorius desempeña á las mil maravillas ambos estos papeles, y cuando despues de los idus de noviembre, vienen las grandes aperturas de los tribunales y juzgados, Requisitorius se encasqueta impávido su bonete hasta las orejas, y recogiendo las mangas de su toga, principia así su discurso en partida doble.

(Muy alto.) « Abogados, miembros de ese órden ilustre, tan « puro como la virtud, tan antiguo como la sociedad, tan necesario como la justicia, vosotros sois sin duda los mas desinteresados de los mortales que tienen relaciones con las viudas y huérfanos. »

(Muy bajo.) « Todo esto no impide, y bien lo sabeis, Abogados, « que los mas encopetados de vuestra corporacion, desocupan su « puesto, hácia el fin de sus dias, con dos ó tres millones muy « legitimamente adquiridos, á fuerza de no tomar nada, de lo que « les felicito con tanto mas ardor, cuanto que yo, pobre sustituto, « quisiera verme en su lugar. »

(Muy alto.) « Abogados, vosotros sois, como á todo el mundo « consta, y sobre todo despues de la revolucion de Julio, inaccesibles al favor y á la ambicion, sin querer salir de vuestro estado; « mas, como la violeta que encubre la yerba, el olor de vuestra « modestia esparce y declara vuestro mérito descomunal. »

(Muy bajo.) « A la verdad, semejantes violetas se pueden ver « en rajados tiestos sobre las gradas de cada ministerio, y con « placer veo que embalsaman los salones y estrados de los ministros y demas personages válidos. »

(Muy alto.) « Procuradores, á vosotros me dirijo, Procuradores, sed firmes, exactos, puntuales y vigilantes en la sustentacion de los procedimientos, y no acumuleis documentos y pape-

(1) Véanse los elogios de los pares difuntos.

« les á menos que indispensablemente lo requieran las causas. »  
 (Muy bajo.) « Al daros este aviso, Procuradores, no dejareis  
 « de comprender que es para induciros á ir con tiento y no tras-  
 « quilar en exceso la lana de vuestras ovejas, pues la época no es  
 « próspera, los cargos onerosos, y no hay que olvidar la maña de  
 « los antiguos procuradores que con tanto ingenio se entendian  
 « para fomentar y no dejar nunca decaer esos pleitecillos tan pin-  
 « gües y productivos. »

(Muy alto.) « Y nosotros, magistrados, seamos tan integros,  
 « tan austeros, tan virtuosos como lo fueron nuestros padres,  
 « que permanecian en sus casas, y ejercian su ministerio con el  
 « mayor respeto. »

(Muy bajo.) « No tengo necesidad, queridos é inteligentes com-  
 « pañeros, de rogaros que no tomeis mis palabras al pié de la  
 « letra, y efectivamente, ¿de qué serviria que el vapor comuni-  
 « case movimiento á las aspas de los barcos, ó que las loco-  
 « motivas nos transportasen con la rapidez de la flecha, si no de-  
 « biésemos aprovechar, como todo el mundo, tan preciosos  
 « descubrimientos? Solo en la Cancillería, en los salones del mi-  
 « nistro, y únicamente en tales parages, podemos dar á conocer  
 « las raras prendas que nos deparó naturaleza é incubó nuestra  
 « ambicion. Solo en semejantes reuniones podrán acarreararnos  
 « pingües sueldos nuestros servicios, y bien os consta, doctos é  
 « inteligentes camaradas, que solo con pingües sueldos se pueden  
 « edificar grandes casas. »

Nada diré de los municipales vestidos de dia de fiesta, de esos  
 prefectos bordados, de esas vírgenes castas y púdicas que se cue-  
 lan entre los camareros, lacayos, cocheros y amas de leche de los  
 principillos, exponiéndose repetidas veces á que les pasen por en-  
 cima las ruedas del coche, con el solo objeto de prosternarse en  
 la adoracion y en el polvo. ¡Ay! ¡cuantos carruages he visto yo,  
 los cuales poco despues de haber sido tirados á brazos y llenos  
 de flores, tomaban, cubiertos de imprecacion y lodo, el camino  
 solitario del destierro (1)!

(1) Viages triunfantes y desconsolados destierros de Napoleon, Carlos X y  
 siguientes (\*).

(\*) No andaba errado el autor al concluir su nota con esta última palabra, y efectivamente  
 pocos meses despues de publicada esta obra, verificóse el desconsolado destierro de Luis-Felipe  
 de Orléans, no en su regio carruage que consumian las mugidoras llamas, sino á hurtadillas, y  
 en coche de alquiler.  
 (N. del T.)

¡Singular nacion la nuestra que se arrodilla ante sus reyes  
 cuando no los mata, y se proclama unas veces soberana, y otras  
 se pone á sí misma la brida, el freno y los cascabeles!

¿Y vos, inexorable censor de culpas ajenas podrán tal vez pren-  
 guntarme mis lectores, nada teneis que confesar en vuestro nom-  
 bre ó en el de los vuestros, sobre ciertos pecados de elocuencia  
 oficial, que comete á su modo la oposicion extra-parlamentaria?—  
 Sin duda que sí, y, segun parece, se alude á los banquetes patrió-  
 ticos. ¿Y porqué no diré con la franqueza de un hombre que de  
 nadie es cortesano, que hay ciertos banquetes ridículos, en los  
 cuales un hablar desenfrenado ahuyenta la cordialidad y efu-  
 sion de sentimientos, la verdad de los principios, el acierto de las  
 resoluciones, la decencia de maneras, el respeto de la lengua y el  
 discernimiento oportuno é inteligente de las necesidades, intereses  
 y votos de la nacion (1)?

No obstante mucho me gustan los banquetes patrióticos, con  
 tal que no se esté expuesto á los rayos abrasadores de la canícula,  
 ni azotado el rostro por la lluvia ó el viento; con tal que la orquesta  
 no desafine, que se sepa y conste el número y calidad de las per-  
 sonas convidadas, y el objeto de que se trata; con tal que cada  
 convidado, despues de beber, no suba tumultuosamente sobre  
 una silla entre jarros y botellas, para enseñarme que, mucho antes  
 de la creacion del mundo, todos los hombres eran hermanos é  
 iguales, y como, desde el tiempo del diluvio y despues de este, los  
 ministros oprimieron á los labradores y jornaleros, para poder  
 construir hermosos palacios de marmol, tener queridas, lucir sus  
 fogosos caballos, y sorber el espumoso champaña. ¿Acaso no  
 consta eso á todo el mundo? Pero lo mas curioso es la variedad  
 de brindis de los entusiastas y algo achispados comensales. Juz-  
 gue el lector por los siguientes:

*A la sobriedad de los Espartanos*, cuyos reyes y eforos se hu-  
 bieran chupado los dedos con las migajas de nuestros festines pa-  
 trióticos;

*A la miseria de los proletarios*, cuyo cuerpo cubierto de andra-  
 jos abate el hambre y el frio, sin lograr poder oír el sonido del  
 dinero, ni de los discursos de los participantes del banquete;

*Al trabajo*, que hallábase mejor organizado, á lo que preten-

(1) Discursos y brindis de los banquetes patrióticos.

den, bajo el patriarcado de Noé, cuando salió el anciano del arca;

*A Bruto y Casio*, asesinos de César, aristócratas muy huecos de su patricia estirpe, usureros, poseedores de esclavos que sin piedad azotaban, y que hubieran tenido á menos el dar la mano á los mozos de cordel de Roma;

*A la perseverancia política*, de la cual nos dan tan bellos ejemplos tantos y tantos empleados que han recorrido la monarquía de Luis XVI, la República, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauracion, los Cien-Dias, la Caroliada y la Filipida;

*A la obesidad del presupuesto*, que acabará por reventar de una indigestion de oro;

*A la gloria de la Francia*, que tan vivos destellos despide desde los arenales de Alejandria hasta las riberas de Buenos-Ayres;

*A las religiones nuevas*, que, por no chocar abiertamente con lo que llaman preocupaciones populares, permiten á la nacion adorar un Dios, si hay un Dios en la época en que vivimos;

*A las nuevas sociedades*, en que no habrá pobres, pues todo el mundo será rico; ni criados, pues todos serán amos; ni Código penal, ni cárceles, ni cadalsos, porque todos los hombres serán inocentes y virtuosos;

*A las nuevas constituciones*, tan nuevas, que solo vivirán diez y siete años, trece dias, veinte y dos minutos, cuatro segundos, y no devorarán, una con otra mas de cincuenta y tres ministros;

*A los Electores*, tan desinteresados y poco exigentes, que cada uno no pedirá al diputado de su eleccion mas de un camino real, un ferro-carril, un canal de riego, tres puentes, cuatro jueces de paz y seis estancos de tabaco.

No omitiremos, al concluir, una observacion esencial y de la mayor importancia, y es que, en general, un patriota que frecuenta los banquetes, no acude á estos con la sola mira de satisfacer los cinco sentidos con que plugo al Criador dotar su organizacion, no bastándole el comer bien, y beber perfectamente, sino que le es necesario el ver y tocar al héroe de la fiesta, pues, ¿en qué funcion no hay héroe? y si el susodicho héroe, por efecto de una indisposicion en la garganta ó dolor en el pié, juzgase oportuno ausentarse ó guardar silencio, los concurrentes dirán que si lo hubiesen sabido, no hubieran pagado su escote de tres francos cincuenta céntimos; que no valia la pena el incomodarse para no ver ni aun la punta de la nariz del héroe, ni poderle alargar la mano,

ni oír una palabra de su boca; que es dinero perdido, y que no se les volverá á engañar otra vez.

No cabe duda, la Francia es el país de las exposiciones.

Las ha habido en efecto cuando se ha dicho al pueblo: Afígete y llora; como si el dolor nacional pudiese ser decretado con un bando, y resultar de pompas fúnebres, lágrimas mercenarias y caballos cubiertos de luto. Estas son oficiales.

Ha habido exposiciones en que se ha dicho á Dios: A sablazos y cañonazos hemos acabado con una porcion de hombres; ¡Santo de los santos! ¡escuchad nuestros votos! Estas son impías.

En otras se ha dicho al parlamento: Degollad á nuestros enemigos. Estas son atroces.

En otras se ha dicho al poder dominante: Mirad nuestra abnegacion, á todo estamos dispuestos. Estas son interesadas.

En otras se ha dicho á un príncipe: Sois mas que un mortal. Estas son serviles.

Ha habido quien haya dicho á princesas tan morenas como feas: Sois mas blancas que la azucena, y vuestro aliento exhala el olor de la rosa. Estas se ciñen á ser ridiculas.

Pero aun mas ridiculo es pretender persuadir á un monarca sensato toda clase de patrañas é ideas extravagantes que nunca se le hubieran ocurrido: tales por ejemplo que cura los lamparones y el cólera; que es digno de ser miembro del Instituto; que dora las mieses ni mas ni menos que el sol, y, como el rocío del cielo hace brotar la yerba de los prados y los hongos. Si es belicoso no faltarán palaciegos y cortesanos que le dirán que fulgura de gloria; si es pacífico que es un genio benéfico y fecundo; si pródigo que es un vicio la economia; si avaro que la cicatería es virtud; si soltero que la nacion no podrá sobrevivirle; si tiene hijos que su dinastía se perpetuará hasta el fin de los siglos; si es achacoso que nunca tuvo mejor semblante; si agonizante que es inmortal.

¡Odiosos aduladores! ¡raza pestilente! con vuestras viles lisonjas y fraseología falaz, perdereis á todos los gobiernos débiles y habladores.

Sí, si las personas juiciosas del orbe civilizado se mofan de nuestros parlanchines grandes y pequeños; si la masa de locuciones viciosas, redundancias, perifrasis, aturde y marea; si tan repetidas vulgaridades, tan empalagosos períodos han reemplazado

las respuestas llenas de sensatez y precision de Luis XIV y Napoleon; si nada excede á la verbosidad estoposa, á la monotonía fastidiosa, á la pesadez indigesta é insoportable que causa la lectura de semejantes arengas; si bajo el peso de su volumen se hundien los estantes de las bibliotecas, no es seguramente culpa de los emperadores y reyes mas ó menos constitucionales, sino de esa maldita cháchara, de esa cháchara inagotable, de esas continuas exigencias, de esa importunidad infatigable de nuestra obsequiosa nacion.

Al contrario, es cosa de admirar que, para luchar con las olas de tantas felicitaciones, se hallen dotados de tal espontaneidad y fluidez de palabras tantos principes legítimos, usurpadores y mixtos, cuyo oficio, ó talento requerido no es la abundancia oratoria. Cosa admirable es en efecto que puedan repetir á todo el que llega las mismas frases con tanta uncion y facilidad como si rezasen la oracion dominical, que puedan permanecer de pié horas consecutivas sin dejar ver signos de cansancio; que durante un dia entero puedan mover mecánicamente las mandíbulas sin desarticularlas; que, sin cerrar los ojos, sin caer rendidos de sueño, vean desfilar tantos disfraces, tantos semblantes gazmoños y risueños, tantas genuflexiones, tantas cortesías. Pero no hay rosas sin espinas, y afortunadamente la Providencia vela sobre la Francia y sus gobiernos dictatoriales, imperiales, nacionales, anti-nacionales, y es de esperar que despues de haber triunfado de tantas conjuraciones, sabrán tambien triunfar de tantas exposiciones.

Quando hubieron quemado su último cartucho los héroes de Julio, se preguntaron con ansia entre sí: ¿qué vamos á sustituir á lo destruido? ¿Quien podrá gobernar nuestra nacion, y pronunciar discursos? El duque de Burdeos apenas sabe leer, y el de Reichstadt nos arengará en dialecto bohemio. Es preciso un hombre que nos oiga, comprenda, y sepa respondernos. ¡Franceses, ingratos Franceses! bien supisteis encontrar en efecto una persona que sabe oiros y responderos, una persona que habla en toda ocasion, que habla á todos, sobre todas materias, tanto y mejor que el mas facundo de vuestros abogados. Pero, os lo pronostico, acabareis por agotar ese manantial de palabras, por no sacar ni una voz de ese gatzate seco, y no os figurais lo que podrá acarrearos la primera revolucion de que Dios nos libre.

Ofrézcase el trono á quien se quiera con la condicion de pronun-

ciar y oir tan repetidos discursos; pregónese la oferta de la corona con veinte ó treinta millones de asignacion á un pobre zapatero ó al rey de Prusia, á un zapatero de viejo ó al emperador de todas las Rusias, y juro que nadie querrá aceptar la dignidad real, nadie absolutamente con tal condicion, y quedará el trono vacante, teniendo que venderse á pública subasta y adjudicarse al mejor postor.

## CAPITULO VIII.

### DE LA ELOCUCENCIA MILITAR.

Entre los antiguos la Elocuencia militar es una mera ficcion de sus historiadores y poetas.

Arengar los soldados, no en el circo ó en lo alto de una tribuna, sino en presencia del enemigo, como se cuenta que lo hacian los generales de la antigüedad, cosa magnífica debia ser, pero, es preciso reconocerlo, cosa imposible.

Estas palabras de Leónidas á Jerges, el cual le intimaba que rindiese sus armas: « Ven á tomarlas; » la de Epaminondas moribundo, cuyos generales deploraban que muriese sin posteridad: « Dejo dos hijas inmortales Leuctra y Mantinea; » la de César: « Llegué, ví, vencí; » tales palabras pueden haber sido dichas, cabalmente porque no son mas que palabras. Pero de ahí á una arenga de páginas enteras, media no poca distancia, la distancia de lo verdadero á lo falso.

Si en la Cámara de diputados, sala en la cual la repercusion de los sonidos se halla favorecida por las disposiciones de la acústica, hay á lo menos cien miembros de cuatrocientos que son, que no oyen nunca bien los mas sonoros discursos de los mejores oradores, ¿ cómo hubieran podido ser oidos los generales de la antigüedad en los terrenos diversificados de los campos de batalla, en presencia de cien mil combatientes, en medio del viento y la lluvia que quiebran, apagan y dispersan la voz á cuatro pasos del orador? Además, nada prueba que un gran general posea por el hecho mismo una voz sonora, y bajo este punto de vista no debe diferenciarse de los demás hombres. La mayor parte de esos numerosos ejércitos no eran mas que un tropel de bárbaros procedentes de diversos paises, sometidos á la dominacion de un solo

gefe, ignorando el arte de leer y escribir, sin poder comunicar apenas unos con otros, y solo expertos en materia de robo, muerte y torpezas. Pero en las crónicas antiguas es de gran efecto la ilusion, y prestamos fe á esos historiadores que ponen en boca de Alejandro, Escipion y Anibal, frases llenas de cadencia simétrica, como si tan ínclitos varones hubiesen sido retóricos consumados, y, si en lo mas recio de la pelea, se hubiesen preocupado con esmero de hablar con gusto como un académico, y dar á sus periodos un giro correcto y melodioso.

Fuera de esto, las ficciones de estos discursos remontan á épocas antiqüisimas.

Los Griegos brillaban por el don de la palabra, y los héroes del antiguo Homero arengan tanto como pelean. Este admirable poeta, y el latino Virgilio, no contentos con poner estupendas alocuciones en boca de los grandes varones cuyas hazañas nos cuentan, prestan igualmente á los dioses discursos no menos pomposos. Imitando estos nunca bien ponderados modelos, el Taso pone discursos sutiles y trabajados en boca de Rinaldo, Solíman y Godofredo, campeones de la edad media, ignorantes por consiguiente en toda clase de literatura é incapaces probablemente de deletrear la menor palabra turca ó francesa. Aun mas lejos va Milton, presutando discursos, seguramente muy vehementes y patéticos, á sus ángeles celestiales y espíritus del abismo, para excitar á las milicias celestiales é infernales á entrar en descomunal combate lleno de corage y saña, mas no de muerte, pues no pueden perecer las almas sin cuerpo.

Las arengas desmesuradas que pone Quinto-Curcio en boca de Alejandro son meras amplificaciones de retórica, y el conquistador macedonio aparece á la posteridad como un hablador sempiterno.

Polibio, Tucídides, Salustio, Plutarco, visten á los héroes griegos y romanos con las libreas de su estilo, y los famosos *Anales* no nos representan á Germánico sino al mismo Tácito. Tito-Livio nunca acaba con sus arengas, y este fraseólogo armonioso de los salones de Mecenas, no observa que ni aun siquiera de los generales de la antigua Roma hubiera sido comprendido. ¡ Cosa preciosa hubiera sido en efecto el ver los camareros de Tarquino mal articulando el dialecto toscano, en medio de una risa interminable, en presencia de los cortesanos de Augusto; como si

madama Sevigné (1) hubiera querido darse á comprender á los groseros criados del rey Childeberto (2). M. Villemain que pasa, entre todos nuestros literatos, por el mas elegante y acicalado en su estilo, no acertaria, á solas y á sus anchas en su gabinete, á redondear y pulir tan lindas frases como el rústico Coriolano bajo los muros de Roma naciente, ó el feroz Arminio en los pantanos de la Germania.

Gálgaco, por ejemplo, era una especie de salvage grosero, velludo y barbudo de piés á cabeza, que de un gaxnate aspero, sacaba gritos inarticulados, blandiendo su lanza á diestra y siniestra; y seguramente no se hallaba muy familiarizado con las galas del language, ni habia tenido tiempo suficiente para recibir una educacion literaria en Oxford. Pues bien, esta especie de oso tan soez y uraño, nos lo representa Tácito como un retórico consumado, un secretario perpetuo de la Academia francesa. Todos los discursos que pronuncia el bárbaro se presentan tersos y bruñidos, con todos los requisitos exigidos en las aulas, como exordio, disposicion, pruebas, epílogo, sin contar la lógica, vehemencia, y colorido. Añádase á esto una pintura admirable de costumbres, y un estilo magistral, que no hubiera desdeñado el mismo Ciceron.

Todos estos historiadores habian exprimido su talento y su cuerpo en las disputas de escuelas, y sus laboriosas arengas huelen á aceite. Por otra parte, segun lo que podemos conjeturar, eran muy aficionados sus contemporáneos á los retratos y discursos, y en consecuencia acomodábanse los historiadores al gusto dominante.

Por último, los Griegos y Romanos, pueblos llenos de imaginacion, apetejian sobre manera las ficciones en religion, poesia, legislacion y demás materias. Si se debe juzgar de la sinceridad de los hechos y acciones que nos refieren Salustio, Tito-Livio, Quinto-Curcio y Tácito, por la verdad de las arengas que en boca

(1) La marquesa de Sévigné, célebre en tiempo de Luis XIV, es conocida en el orbe literario por su coleccion de cartas cuyo estilo esmerado en demasía, melindroso y zalamero, pasa empero en Francia por un monumento literario. (N. del T.)

(2) Childeberto, uno de los primeros reyes de la monarquía francesa acantonada en las Galias. Tosco y grosero como sus predecesores, y de estirpe teutónica, hablaba probablemente este monarca uno de los numerosos dialectos alemanes. (N. del T.)

de sus héroes ponen, no encontraria mucho fondo la historia de aquellos tiempos.

Lo que aun aumenta la inverosimilitud de semejantes discursos, y no permite duda alguna acerca de su naturaleza es su misma improvisacion; pues no vemos que fuesen dictados á un secretario, ni que este permaneciese al lado del general para recogerlos, ni que fuesen grabados, con la punta del estilo sobre tablas de cera, ni que los expusiesen pegados en las empalizadas del campo, ni que se leyesen por la noche al fuego de los vivaques, ni que hubiese quien los retuviese de memoria para recitarlos despues.

En el dia no se improvisan las arengas militares, las cuales, por otra parte, no podrian oirse en medio del estrépito de los fusiles y bayonetas, pisadas y relinchos de los caballos, ruido confuso de toces y estornudos, conversaciones y cuchicheos.

Imposible seria al general reunir, en un punto bastante concentrado, la infantería, caballería, estado mayor, equipages é ingenieros; ni tampoco podria dejarse conducir, á brazos de hombres, sobre un broquel ni tribuna, pues ridiculo seria. Menos que al oido, habla el general al espíritu del soldado que alienta antes del combate y felicita despues de la victoria. Así las arengas se dan en la órden del dia, y la órden del dia se ve en los muros, árboles ó pilares del campo; se lee, repite y comenta en el vivaque, en la velada, y se multiplica tanto como se quiere por la impresion.

Nuestras alocuciones militares son posibles, duraderas y á veces de suma eficacia. ¿Pero qué venia á ser la improvisacion de los antiguos ejércitos, y cual podia ser el efecto, el alcance de aquellas palabras arrojadas al viento, que, sin ser oidas, se estrellaban á los piés del orador? Toda larga alocucion de los generales antiguos no pasa de un adorno histórico, y puede considerarse como una ficcion, un invento, ó, si se quiere, una pura mentira.

César es el solo que se libra de esta critica, porque este insigne varon no era solamente un guerrero, sino al mismo tiempo uno de los aristócratas mas urbanos é instruidos de Roma, cuando florecia esta ciudad en armas y letras. César reunia en si toda clase de talentos y brillantes prendas, como elegancia, fortaleza, humanidad, valor, prudencia, energía, vehemencia y tino esquisito. Vasto en sus planes, atrevido en su ejecucion, engreido por su origen patricio, familiar con sus soldados que lo adoraban, general incomparable, escritor de primer órden y orador elocuente, César redacta en sus Comentarios, que escribió con pro-

pia mano, sus batallas y sus discursos. Pero siendo este gran capitán, como tantos otros señalados varones, sensible á la vanidad de la gloria literaria, es muy probable, y en mi concepto casi seguro, que, aunque no fuese mas que por pasatiempo, retocase, amplificase y embelleciese algunas de sus pretendidas improvisaciones; y que, despues de la victoria, pensase en la posteridad.

Sea como fuere, no creo quepa dificultad en creer que César fue el primer orador militar de la antigüedad, lo que nadie pondrá en duda. ¡Sienta tan bien la elocuencia á los vencedores y dueños del mundo!

En tiempos mas modernos, San-Luis, Felipe-Augusto, Francisco I, Bayardo, Duguesclin, pronunciaron palabras llenas de bravura militar. Descuellan entre todas por su brevedad y lacónismo las alocuciones de Enrique IV, al paso que rebosan de alma y fuego y chispean de imaginación. Pero todos estos reyes y capitanes se hallan colocados en un círculo de caballeros. Por un caballero francés se hizo armar Francisco I en el campo de batalla, y á sus caballeros dejó este mismo monarca por despedida esta célebre palabra: « Todo está perdido, señores, menos el honor. » Pero esta misma palabra *honor* es una palabra de caballero. A ellos responde en Aignadel Luis XII: « Que los que miedo « tengan, se pongan á cubierto detrás de mi. » A un caballero, á Crillon, escribía Enrique IV: « Ahórcate, valiente Crillon, hemos « combatido en Arques, y tú no estabas. » A los príncipes Condé y Nemours decia este mismo príncipe: « ¡Vive Dios! adelante señores, yo os haré ver que soy vuestro primogénito. » A caballeros tambien se dirigía, cuando, arrojándose en las filas enemigas, dijo estas bellas palabras: « Seguid mi penacho blanco, que « siempre lo hallareis en el camino de la victoria. »

¿Pero acaso la feudalidad era la sola que abrigase tales sentimientos y pronunciase tan bellas palabras? Esos valientes coronados parecen mas ufanos de su estirpe que de su cetro: tales eran las costumbres de la época, y es justo decir que estos príncipes valian mas que las instituciones.

Habia, bajo los reyes de la antigua Francia, cuerpos militares tan intrépidos como disciplinados, mas no existia ejército nacional, y la gran elocuencia militar nació con la libertad en las guerras de la revolución. Pero la mayor parte de los caudillos que capitaneaban nuestros ejércitos tenían mas valor que literatura, y

se entendian mejor en vencer que en hablar. Por otra parte no se hablaba á la sazón sino se cantaba, y la Marsellesa ganó mas batallas que hubieran podido hacerlo los mas elocuentes discursos. Para penetrar en los escuadrones austríacos, calada la bayoneta, no necesitaban los Franceses exhortaciones guerreras; cada ciudadano era soldado, y cada soldado, para rechazar al enemigo, valia un capitán. Las órdenes del día de la Convencion eran á menudo mas elocuentes que las alocuciones de los generales, y concluian, en medio de las aclamaciones unánimes, por estas pocas palabras: « El ejército de los Pirineos, el ejército del Rin, el ejército de Sambre y Meusa, el ejército del Oeste, han merecido bien de la patria »

Los nobles y varoniles acentos de la elocuencia republicana espiraron bajo el imperio, y parecia que la energía moral de la nación existia en una sola cabeza, la de Napoleon; y la elocuencia de la mayor parte de sus generales en sus brazos. Sin arrojo ni iniciativa, todos obedecian al héroe córcego. Habia quien decia: « En nombre de Su Majestad el Emperador de los Franceses, rey « de Italia y protector de la Confederacion del Rin, os prescribo « oficiales y soldados que cada uno cumpla con su deber (1). » Otro general, aun mas servil, escribía lo siguiente: « En virtud de las órdenes de Su Excelencia el mariscal del Imperio, comandante « del cuarto cuerpo del ejército, tendreis, soldados, que correr á « la victoria (2). »

¿Qué diremos de la Elocuencia militar de los Rusos, Alemanes é Ingleses?

Refiérese de Suvaroff una bella y grande pantomima, cuando, para detener á los Rusos que retrocedian, mandó cavar un hoyo á sus granaderos, y tendiéndose en él con sus decoraciones, espada y espuelas, mandó que lo enterrasen vivo.

Fuera de esto, los generales rusos tratan á sus soldados como siervos embrutecidos, y les recomiendan, durante el combate, que piensen en sus señores, que adoren la imágen del gran San Nicolás, y la espada del arcángel San Miguel. Sus proclamaciones son fofas, llenas de hojarasea y fanáticas.

Nunca ha metido ruido la elocuencia de los Austríacos y príncipes de Saboya.

(1) Histórico.

(2) Histórico.

Los generales ingleses son sobrios de palabras, y sus partes son casi siempre sencillos, breves y dignos, sin panegirismo ni cólera, sino la verdad pura y llana. Los soldados ingleses son frios, inteligentes, disciplinados, intrépidos, menos sensibles á la gloria que al deber, menos deseosos de cumplimientos limados que del bien estar material. Las figuras de retórica no hacen mella alguna en su imaginacion, ni enardecen su valor los destellos de la palabra, ni los acentos de la sensibilidad mueven su corazon; pero tampoco oirán sin murmurar: « No teneis ni zapatos, ni capotes, ni «vino, ni cerveza, ni pan, ni carne; sin embargo podeis, amigos «mios, correr á la victoria. » Las cámaras aristocráticas de la Gran-Bretaña votan á los generales y oficiales, en vez de acciones de gracias y sables de honor, pensiones magnificas; pues en el pueblo inglés, todo, hasta la gloria militar, concluye con dinero.

Los partes ingleses son algo áridos, y por eso prefiero yo cien veces los Españoles aun mas hinchados que los que nos vienen de Africa, los cuales apellidan batalla la mas insignificante escaramuzas y al menor guerrillero un héroe. Solo en la nacion española encuéntranse marqueses de la Fidelidad, principes de la Paz, duques de la Victoria; y, lo que es mas curioso, hay un duque de esta misma denominacion en cada uno de los campos opuestos, de modo que ni un bando ni otro se declara vencido, y ambos partidos son vencedores. Siempre vemos caudillos hazañosos, tales como el inmortal Riego, el inmortal Zumalacarreui, el inmortal Cabrera, el inmortal Espartero, el inmortal don Quijote. Heroismo, baladronadas, laureles, decoraciones, plaecas, retratos iluminados, estampas, carrozas del vencedor tiradas á brazos, arengas pomposas; pero todo esto felizmente no tiene consecuencias, y es preciso dejar que el ejército, ayuntamientos y corte desahoguen su imaginacion, y no hacer mucho caso de las ponderaciones de un país en que hace tanto calor.

## SEGUNDA PARTE.

## RETRATOS.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los generales ingleses son sobrios de palabras, y sus partes son casi siempre sencillos, breves y dignos, sin panegirismo ni cólera, sino la verdad pura y llana. Los soldados ingleses son frios, inteligentes, disciplinados, intrépidos, menos sensibles á la gloria que al deber, menos deseosos de cumplimientos limados que del bien estar material. Las figuras de retórica no hacen mella alguna en su imaginacion, ni enardecen su valor los destellos de la palabra, ni los acentos de la sensibilidad mueven su corazon; pero tampoco oirán sin murmurar: « No teneis ni zapatos, ni capotes, ni «vino, ni cerveza, ni pan, ni carne; sin embargo podeis, amigos «mios, correr á la victoria. » Las cámaras aristocráticas de la Gran-Bretaña votan á los generales y oficiales, en vez de acciones de gracias y sables de honor, pensiones magnificas; pues en el pueblo inglés, todo, hasta la gloria militar, concluye con dinero.

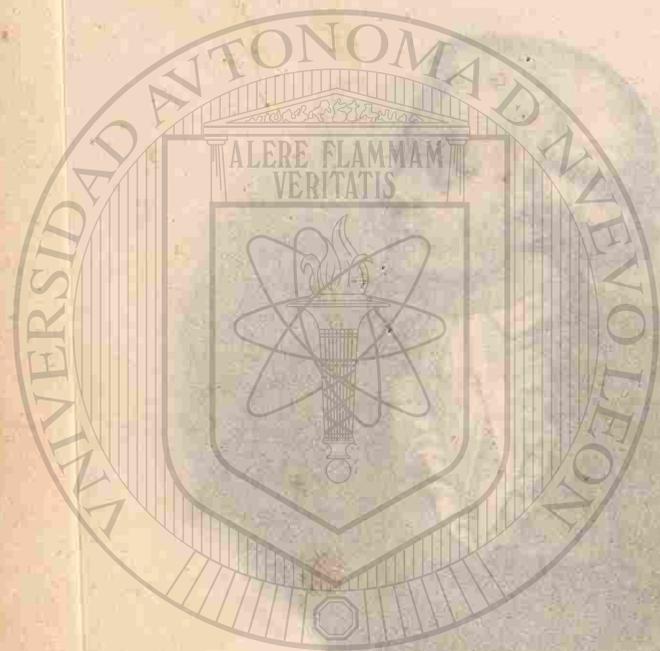
Los partes ingleses son algo áridos, y por eso prefiero yo cien veces los Españoles aun mas hinchados que los que nos vienen de Africa, los cuales apellidan batalla la mas insignificante escaramuzas y al menor guerrillero un héroe. Solo en la nacion española encuéntranse marqueses de la Fidelidad, principes de la Paz, duques de la Victoria; y, lo que es mas curioso, hay un duque de esta misma denominacion en cada uno de los campos opuestos, de modo que ni un bando ni otro se declara vencido, y ambos partidos son vencedores. Siempre vemos caudillos hazañosos, tales como el inmortal Riego, el inmortal Zumalacarreui, el inmortal Cabrera, el inmortal Espartero, el inmortal don Quijote. Heroismo, baladronadas, laureles, decoraciones, plaecas, retratos iluminados, estampas, carrozas del vencedor tiradas á brazos, arengas pomposas; pero todo esto felizmente no tiene consecuencias, y es preciso dejar que el ejército, ayuntamientos y corte desahoguen su imaginacion, y no hacer mucho caso de las ponderaciones de un país en que hace tanto calor.

## SEGUNDA PARTE.

## RETRATOS.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CONSTITUYENTE.

### MIRABEAU.

Quando, despues de haber surcado el ámbito dilatado de los mares, adelantábase sereno Cristobal Colon al continente americano, de repente silba el viento, fulguran los relámpagos, ruge el trueno, rómpense las jarcias, pierde el tino el piloto, y va el bajel á estrellarse contra los escollos ó sepultarse bajo las ondas.

Pero, mientras que rezan arrodillados los marineros, impávido Colon y confiado en sus altos destinos, ase el timon, gobierna el buque al traves la tormenta y lóbregas tinieblas, y sintiendo que toca la proa las playas del nuevo mundo, grita con retumbante voz : ¡ Tierra ! ¡ tierra !

Tal así, cuando la Revolucion se extraviaba con áncoras rotas y destrozadas velas, Mirabeau, de pié en la proa, desafiaba el estampido del rayo, y, sosegando los aterrados pasajeros, elevaba su voz profética y les señalaba con el dedo la tierra prometida.

Todo concurrió á hacer de Mirabeau el soberbio dominador de la tribuna : su organizacion excepcional, su vida, sus estudios, sus disensiones domésticas, el tiempo extraordinario en que apareció, y el conjunto asombroso de sus facultades oratorias.

Es necesario, en una Asamblea de mil y doscientas personas (1), que el orador pueda ser visto de lejos, y Mirabeau distinguíase á gran distancia ; que sea oido en todo el recinto, y Mirabeau lo llenaba con su voz ; que los accidentes de su fisonomía desaparezcan en el conjunto, que el hombre interior se revele en sus facciones, y la grandeza del alma pase en el rostro y en el discurso. Todo

(1) La Asamblea constituyente se componia de mil y doscientos miembros.

esto lo reunía á un grado supremo Mirabeau, y en la tribuna era seguramente el mas bello de todos los oradores.

Orador tan completo, que es mas difícil decir lo que le faltaba que lo que poseía.

Mirabeau era de cuerpo macizo y rechoncho, labios espesos, frente espaciosa, huesosa y protuberante; cejas arqueadas, mirada de águila, mejillas gruesas y algo caídas, el rostro sembrado y como salpicado de hoyos y manchas, una voz de trueno, cabellera enorme y aspecto de león.

Nacido con un temperamento de fuego, llegó á sobrepujar los vicios y virtudes de su raza. Desde la cuna lo asaltaron las pasiones y lo devoraron hasta el sepulcro; y sus exuberantes facultades, no hallando pábulo exterior, se concentraron en sí mismas, determinándose en aquella robusta naturaleza un hacinamiento, una fermentación, un hervidero de toda clase de cosas, como un volcan que la lava condensa, tritura, líquida y amalgama, antes de expelerlas por su inflamado crater. Literatura griega y latina, lenguas extranjeras, matemáticas, filosofía, música, todo lo aprendía, todo lo retenía, todo lo sabía, al paso que no le eran menos familiares los ejercicios gimnásticos, tales como esgrima, natación, equitación, danza, etc.

Los males que se habían ceñido á describir los filósofos del siglo, los había él mismo sufrido. Impertérrito y firme había mirado cara á cara y arrostrado el despotismo paternal, como mas adelante el ministerial. Pobre, fugitivo, desterrado, proscrito, encarcelado, cada dia, cada hora de su juventud fue un desliz, una borrasca, un estudio, un combate. Bajo los cerrojos de los calabozos, con la pluma en la mano é inclinada la frente en los libros, atesoraba en los inmensos depósitos de su memoria, los mas preciosos y variados tesoros, templando y retemplando incesantemente su alma en sus impetuosos ataques contra la tiranía, como el acero sumergido en el líquido al salir candente de la fragua.

Mientras que las demas personas de la aristocracia disipaban su tiempo entregándose á un desorden ignorante y frívolo, luchaba Mirabeau valerosamente contra todos y contra todo. Su alma, fortificada, mas bien que irritada por la injusticia y arbitrariedad, arrostraba todos los obstáculos; su inteligencia, aguzada por la desgracia abundaba en invenciones y expedientes. ¡Cuántos estratagemas! ¡cuántos recursos! ¡cuánta audacia á la vez y astucia! ¡Cómo hubiera podido escapar á su padre, á la policía, á sus

amigos? ¿cómo huir y por donde? ¿cómo vivir solo, y sobre todo cómo vivir dos? ¿cómo anular el acto de su sentencia capital? cómo reconciliarse con su padre sin separarse de su querida? ¿y de qué modo sin dejarla hubiera podido reunirse con su esposa? ¿y hubiera podido proceder así sin envilecer aquella? ¿con qué medio hacer frente á situaciones tan perplejas, á ocurrencias tan delicadas, á tan continuos apuros, á peligros tantos? Mirabeau se dobla, se multiplica, se defiende y ataca, suplica y amenaza, escribe y habla, habla en su propia causa como un abogado, sin ser abogado, mejor que un abogado, como solo Mirabeau podía hablar. En el proceso de Aix, desplegó una elocuencia que derribó vencido á Portalis, y el público salió de la sala ebrio de admiración.

¡Inmoral defensa sin duda! situación falsa y sofística, días sin reposo; noches sin sueño; vida borrascosa, sembrada de escollos y naufragios, esfuerzos siempre violentos, en ciertas ocasiones dichosos, frustrados las mas veces. Pero en ese corazón, ¡cuántos estudios del corazón humano! y en esa cabeza ¡qué fuerza intelectual! ¡cuánta fecundación! ¡qué frutos admirables! Nadie cual Mirabeau, sabía doblegarse, domeñarse, bajarse, levantarse, tomar todos los tonos, ora pintase á Sofía en rasgos de fuego los tormentos que despedazaban su alma, ora escribiese mas tarde á los Marselleses, acerca de la carestía del trigo, una carta, obra maestra en compendio por la sensatez popular, el cálculo exacto y la sencillez.

En todo y por do quier se revela Mirabeau. En sus cartas, en sus defensas, en sus memorias, en sus publicaciones sobre los arrestos arbitrarios, la libertad de la prensa, los privilegios de los nobles, la desigualdad de distinciones, las materias de hacienda y la situación de la Europa. Enemigo de todos los abusos, polemista acalorado, osado reformador, si bien mas notable por la elevación, atrevimiento y originalidad de sus ideas, que por la verdad y vigor del raciocinio y gracias de la forma; verboso y hasta flojo, incorrecto, desigual, pero dotado de un estilo lleno de brio é irresistible, estilo mas bien hablado que escrito, como el de todos los verdaderos oradores.

¡Con qué elocuencia varonil responde al rey de Prusia!

« Si hacéis lo que diez veces por dia, y mejor que vos habrá  
« hecho el hijo de vuestra esclava, dirán vuestros cortesanos que  
« habreis verificado una acción extraordinaria; si cedéis á vues-  
« tras pasiones, os dirán que hacéis bien; si prodigais el sudor de

«vuestro pueblo como el agua de los rios, que procedeis con  
«acuerdo; si conseguis poder arrendar el aire, que es medida  
«muy sabia; si empleais vuestro poder para vengaros personal-  
«mente, celebrarán vuestro proceder; tal lo hicieron así en tiem-  
«pos pasados otros cortesanos cuando Alejandro, tomado del vino,  
«hundió un puñal en el seno de su amigo; tal lo dijeron así,  
«cuando Neron dió muerte á su madre.»

¿No procede de este modo la verdadera elocuencia?

No menos fuego notamos en la carta de gracias que dirige el orador á la clase media de Marsella que lo habia nombrado diputado: «O Marsella! ciudad antigua, ciudad admirable, asilo de la  
«libertad, pueda la regeneracion que la nacion entera aguarda,  
«vertir en tí sus beneficios! La voz me falta para decirte lo que  
«siento, lo que pienso, lo que abrigo; pero un corazon me queda,  
«un corazon inagotable que no cesa de hacer votos por su feli-  
«cidad.»

Por otra parte, ¿no es cosa admirable verlo, en tan atrasada época, establecer, ante los distritos ó concejos y los estados de Provenza, las bases del sufragio universal y la delegacion de los poderes?

«Cuando una nacion es numerosa en demasia para reunirse en  
«una sola asamblea, debe formar varias, y los individuos de cada  
«asamblea particular dar á uno solo el derecho de votar por ellos.

«Todo representante es por consiguiente un elegido; la reunion  
«de todos los representantes es la nacion, y todos los que no son  
«representantes, debieron ser electores, por el hecho mismo de  
«ser representados.

«Así no debe existir ningun individuo en la nacion que no sea  
«elector ó elegido, representante ó representado.»

¿No se diria que Mirabeau habia ya encontrado, ó mas bien creado por un esfuerzo de su genio precursor, la forma, definicion y terminos del lenguaje politico?

Resumamos, pues su vida tiene fases diversas, resumamos á Mirabeau en este período de su existencia.

Habia ya este hombre extraordinario, en la soledad del encarcelamiento, llevado una vida dura y laboriosa, conocido los rigores y privaciones del destierro, escrito relativamente á la política, formulado códigos, defendido sus propias causas, redactado memorias, predicado á la multitud, chocado de frente con su casta, visitado la Inglaterra, estudiado la Suiza, habitado la Holanda,

observado en Prusia. Sucesivamente militar, prisionero de Estado, víctima de la tiranía, hombre de gabinete, hombre de negocios, literato, diplomático, cortesano, demagogo, habia meditado, sufrido, comparecido, juzgado, escrito, impreso, perorado, y concluida hallábase su educacion parlamentaria cuando aun no estaba abierto el parlamento, hablando corrientemente la lengua política, que apenas articulaban sus mas esclarecidos contemporáneos; desplegando mayor abundancia, fuego, lógica y elocuencia que los abogados del foro y los mas célebres predicadores de aquella época, y siendo orador consumado antes de mostrarse tal, antes tal vez de sospecharlo. Acercábase el tiempo en que Mirabeau debia ser el orador por excelencia de la Asamblea constituyente, el modelo supremo de elocuencia, en una palabra, la alta personificación de la Revolucion de 1789.

Esta terrible crisis histórica ha sido el mayor acontecimiento en los siglos modernos. Los filósofos por sus escritos, los parlamentos por su resistencia, la corte por su loca prodigalidad, el clero por su excesiva opulencia, el pueblo por su miseria, el Estado por su inminente bancarrota, la legislacion por sus abusos, la civilizacion por sus progresos, la Inglaterra y Estados-Unidos por su ejemplo, todo anunciaba una inevitable catástrofe.

La vieja sociedad de nuestros padres crujía á la vez por el techo y por los cimientos; y á medida que, para repararla, se descubria una porcion del edificio, se advertia que estaba carcomida por la polilla y minada por el tiempo. Así desde que el martillo de demolicion desprendió algunas piedras, estremeciósese el edificio entero y desplomósese la sociedad.

Agitábase esta confusamente en medio de los escombros, cuando fueron convocados los Estados-Generales: un grito prolongado surgió entre las ruinas pidiendo que no hubiese pisos sobrepuestos unos á otros, ni grandes alojamientos para una ó varias personas, y pequeños para la multitud; y que el edificio no perteneciese á un propietario, sino á todos los habitantes de la ciudad política, tocando á los delegados el proveer á la reconstruccion, seguridad y comodidad de la nueva casa social.

Mirabeau penetra en la lid como un gigante, y la Provenza entera tiembla bajo sus piés. Procedente de ilustre cuna, acaudilla la clase media contra la nobleza de Aix, que habia cometido la locura de expulsarlo de sus filas, bajo el pretexto que no poseia propiedad ni feudo. Irritado Mirabeau, compárase á Graco, pros-

crito por el senado de Roma, y se despide de sus partidarios con estas formidables palabras :

« En todos los tiempos y regiones, persiguieron implacablemente los grandes á los amigos del pueblo, y, si por inesperada combinación de fortuna, elevóse del seno de la aristocracia un amante desinteresado de la humanidad ultrajada, sobre este de preferencia descargóse la saña de los nobles, deseosos de inspirar el terror por la elección de su víctima.

« Así pereció el último de los Gracos de la mano de los patricios; pero, herido del golpe mortal, arrojó un puñado de polvo al cielo, invocando á los dioses vengadores, y de aquel polvo nació Mario; Mario, menos grande por haber exterminado á los Cimbros, que por haber abatido en Roma el orgullo de la nobleza. »

¿ Hay acaso en la antigüedad movimiento mas oratorio? Todo este trozo es de una elocuencia elevadísima, y se termina por esta bella profecía :

« Los privilegios acabarán, pero el pueblo es eterno. »

Repuesta tan audaz derribó despavoridos á sus adversarios, y Mirabeau se arrojó á cuerpo descubierto en las vías de la democracia. Una vez colocado en este terreno, lo pisa, amasa, aprieta, lo extiende bajo sus pies, en él se afianza y lucha como atleta del pueblo, contra las órdenes del clero y la nobleza, con toda la vehemencia irresistible de su lógica é indomable energía de su voluntad.

Hay muchos que creen que la fuerza de Mirabeau consistía únicamente en sus vastos pulmones y erizada melena; que, como un sañudo león postraba á sus adversarios con el golpe de su cola; que los arrastraba en su curso semejante á un torrente despeñado y espumoso; que los aterraba con su mirada, y los petrificaba con el estampido de su voz tremenda como el trueno; todas estas alabanzas se refieren únicamente á su porte, organo y gesto, esto es á sus ventajas exteriores, como si se tratase de un gladiador del circo ó actor dramático, y no es ciertamente alabarle como lo merece este incomparable orador.

No admite duda que, en los primeros tiempos, fue acreedor Mirabeau por su fortuna oratoria al prestigio de su nombre; pues dominaba ya la Asamblea por la fama de su palabra, antes de dominarla por esta palabra misma.

No admite duda que mucho debió Mirabeau á esa voz pene-

trante, flexible y sonora, que sin dificultad oían mas de mil y doscientas personas; como tambien á esos bellos arranques y admirables acentos cuando se apasionaba y hacia apasionarse á los oyentes por la causa que defendia, y á esos ademanes impetuosos que lanzaban á sus adversarios provocaciones que quedaban sin contestacion.

No admite duda que mucho debió Mirabeau á la inferioridad de sus émulos, pues, en su presencia, eclipsábanse las otras nombradas; ó, por mejor decir, se agrupaban como satélites al rededor de un astro superior, para darle mayor gala y realce, y reflejar su luz. El abate Maury no era mas que un retórico elegante, Cazales un orador fecundo, Sieyes un metafísico taciturno, Thouret un jurisconsulto, Barnave una esperanza.

Pero lo que estableció su incomparable dominacion sobre la Asamblea, fue la predisposicion entusiasta de esta misma, el concurso maravilloso de sus facultades eminentes, la fecundidad de su trabajo, la inmensidad de sus estudios, sus vastos conocimientos, la solidez de su dialéctica, la meditacion y profundidad de sus discursos, la vehemencia de sus improvisaciones y lo irresistible de sus respuestas.

¡ Cuan lejos de los nuestros estan esos tiempos! El pueblo entero de París mezclábase ansioso á las discusiones de la legislatura; cien mil ciudadanos llenaban las Tullerías, la plaza Vendoma, las calles adyacentes, y corrian de mano en mano copiados, esparcidos y arrojados á la multitud, los boletines relativos á las vicisitudes de cada momento del debate. La nacion, los ciudadanos, la Asamblea, todos estaban en expectativa de grandes acontecimientos, todos dominados por esa eléctrica y vaga agitacion tan favorable á los espectáculos de la tribuna y triunfos de la elocuencia.

Nosotros que vivimos en una época sin fe ni principios, devorados de piés á cabeza por la lepra del materialismo político; nosotros, Asamblea de enanos, que nos reunimos para dar á luz á un raton, como la montaña de la fábula; nosotros, postulantes ávidos é infatigables de ganancias mercantiles, ministerios, decoraciones, charreteras, pensiones y juzgados; nosotros hombres de alta y de baja, del tres ó cinco por ciento (1); nosotros hombres de corte, de policia, adictos á toda clase de partido, régimen y opi-

(1) El autor alude á las rentas públicas.

nion; nosotros diputados de una parroquia ó una cofradía, de la caña dulce ó remolacha, de ulla ó betunes, del carbon ó sal, del hierro ó del lino, de la raza vacuna ó la raza caballar; diputados de todo menos de Francia, nosotros no acertamos á comprender, ni llegaremos nunca á comprender los tesoros de conviccion y sinceridad, de sencillez y virtud, de desinterés y grandeza, de inteligencia y entusiasmo que anidaba la famosa Asamblea constituyente.

Si, parecia que en tan prodigiosa corporacion, no se hallaban hombres que hubiesen pasado los malos dias del despotismo, ni ancianos que se acordasen de los tiempos anteriores; tan grande era la abnegacion, el impulso del patriotismo, el delirio por la libertad, la aspiracion sedienta por un porvenir mejor. Era como un sol hermoso que brilla en una mañana de primavera, reanimando la naturaleza entorpecida, y dorando los objetos con su pura y benéfica luz. La nacion, jóven é ilusa, creía oír una voz que la llamaba al mas alto destino; y, llena de estremecimientos, lágrimas y sonrisa, parecia una madre primeriza que se recoge para el parto. Tal era la Revolucion en su cuna.

Nuestras Cámaras actuales son otras tantas pequeñas iglesias en que cada uno pone su imágen sobre el altar, canta el *Magnificat*, y se adora á sí mismo.

Nuestros oradores contemporáneos son á menudo capitanes sin soldados, representando opiniones fenecidas, partidos agotados ó moribundos, fracciones de fracciones, sin mas ruido que el de su voz, sin ejercer presion alguna fuera de la Asamblea.

Al contrario, Mirabeau representaba y acaudillaba su época, y aun se figura verlo la posteridad, envuelto en la tempestuosa noche de lo pasado, firme en la montaña como otro Moisés, en medio de los relámpagos y rayos, con las tablas de la ley en sus brazos, coronada la frente de una auréola de fuego, hasta perderse y ocultarse en la nube que sube y lo envuelve.

A la voz del intrépido tribuno reúnen los Estados-Generales, y caminan al resplandor de la antorcha de su gefe. La nobleza se subleva y separa, la clase media hierve de impaciencia febril que templá con longanimidad su orador favorito, el cual lisongea, acaricia y halaga la minoría sacerdotal para alistarla en sus filas, y presta al monarca sus propios pensamientos para intimidar la aristocracia.

Mas adelante, cuando llega á serenar los ánimos pusilánimes de sus socios, amedrentados por la temeridad del caudillo, los des-

lumbra este de repente con el nombre de representantes del pueblo, y les manifiesta que no deben considerarse como una fraccion de la Asamblea, sino como la misma Asamblea, debiendo absorberse el clero y la nobleza, cual pálidos rayos, en el fulgor de la Asamblea nacional.

«¿Qué necesidad, dice, tengo de demostrar que la division de órdenes, que la opinion y deliberacion por orden, seria un medio sin igual para fijar constitucionalmente el egoismo en el sacerdocio, la altivez en el patriciado, la bajeza en el pueblo, la confusion en todos los intereses, la corrupcion en todas las clases de que se compone la gran familia, la codicia en todas las almas, la insignificancia de la nacion, la tutela del príncipe, el despotismo de los ministros?»

No bastaba á Mirabeau haber, con mañosa audacia, conseguido separar y romper la union de ambos órdenes disidentes, consagrado la permanencia de la insurreccion por la inviolabilidad personal de los insurgentes, y arrancado el decreto de la unidad, indivisibilidad y soberanía de la Asamblea nacional; sino que necesitaba poner en ejercicio y sancion esta misma soberanía.

La corte, por los impuestos que loca y temerariamente habia establecido, la aristocracia y el clero por su falta de concurso, habian agravado la deuda nacional y precipitado la ruina del sistema de hacienda; pero el mal contenia en sí mismo el remedio, el cual no podia curar la nacion á menos que la nacion lo aplicase con sus propias manos. Este remedio era el voto previo del impuesto por el pueblo; y, como la Asamblea representaba á este, resultaba que, rehusando el impuesto, podia paralizar al gobierno, como se inutiliza un reloj al que se quita el muelle, ó detiénese un carro cuyo eje se quiebra. Aun mas eficazmente que con la célebre palabra de Sieyès: *La clase media es todo*, con la denegacion del impuesto propuesto por Mirabeau, la Revolucion no estaba por hacer, sino ya efectuada.

Nuestros antepasados vaciaron sus obras en bronce, las muestras son reproducciones informes y efímeras de tan admirables modelos; la admirable raza que nos precedió en la carrera, asociaba las cosas semejantes, mientras que los hombres actuales aglomeran desatinadamente las contrarias; nuestros padres inventaban, sus hijos copian; los primeros eran arquitectos, los segundos ni aun siquiera albañiles.

Desde Mirabeau no hemos hecho mas que retrogradar en la

ciencia política, y el que de esta asercion dude, no tiene mas que leer su *Declaracion de los derechos del hombre*.

Contenian esto :

La igualdad y libertad de todos los miembros de la raza humana por derecho de nacimiento; el establecimiento, modificacion y revision periódica de la constitucion por el pueblo; la ley como expresion de la voluntad general; la delegacion del poder legislativo á representantes renovados á menudo, legal y libremente elegidos, siempre existentes, actualmente reunidos é inviolables.

La infalibilidad del rey y responsabilidad de los ministros.

La libertad agena por limite á la propia.

La libertad personal, y por garantía, la publicidad del procedimiento, confrontacion y juicio, anterioridad y graduacion de las penas.

La libertad del pensamiento, por la palabra, escritura ó imprenta, salvo la represion de los abusos.

La libertad de cultos, salvo la intervencion de la policia.

La autoridad de asociaciones politicas, salvo la vigilancia municipal.

La libertad de locomocion, tanto interior como exterior.

La libertad de propiedad, comercio é industria.

La expropiacion por causa de utilidad pública, mediante justa indemnizacion.

El voto previo, la igualdad personal, la moralidad, justicia y moderacion del impuesto.

El establecimiento de una contabilidad regular, el ahorro en los gastos, la economía en los salarios, la abolicion de la acumulacion de empleos y beneficios simples.

La admisibilidad de todos los ciudadanos á los empleos civiles, eclesiásticos y militares.

La subordinacion de las tropas á la autoridad civil.

La resistencia á la opresion.

La *Declaracion de los derechos*, magnífico prolegómeno á la Constitucion, que recuerda el peristilo que colocaban los antiguos en el templo de los dioses, era una decoracion política llena de grandeza y magestad, un resumen de las doctrinas de los publicistas del siglo décimo octavo, una imitacion de la sociedad americana. El genio francés gusta de generalizar, y, en la anarquía flotante de las opiniones, era necesario un punto de reunion, una base de

discusion. Los preliminares de la constitucion de 1793 y las Cartas de 1814 y 1830 son bajo mas de un punto de vista, una mera reproduccion, ya democratizada, ya aristocratizada, de la *Declaracion de los derechos del hombre* de Mirabeau.

Los discursos de este innovador atrevido, no son mas que el comentario elocuente de su *Declaracion de los derechos*, no contentándose con plantar algunas miras en las riberas inexploradas que recorria, sino construyendo muros y ciudades; y, bajo los escombros y ruinas de tantas desmoronadas Constituciones, hállanse siempre los cimientos de granito que las sostenian.

Mirabeau sembraba, con pródiga mano, en su inmensa carrera, todas las grandes y santas máximas del gobierno representativo, tales como la soberania del pueblo, la delegacion de los poderes, la denegacion eventual del concurso, la independencia, la responsabilidad ministerial, la iniciativa de la acusacion, la igualdad del impuesto.

Todo punto en deliberacion, cualquiera que fuese, político, social, administrativo, civil, literario, encontrábale presto é instruido; y, con tanta diversidad como abundancia hablaba de la libertad de la prensa, de los cultos, del individuo, y de la locomocion; de la amovilidad de los empleos; constitucion de las municipalidades y tribunales; establecimiento de la guardia nacional y jurado; reduccion de la lista civil á un millon de renta, y exencion del impuesto para las clases menesterosas; utilidad monetaria y cálculo decimal; libertad de asociaciones pacíficas; secreto de cartas; renovacion periódica y frecuente de la legislatura; voto anual de las tropas, responsabilidad pecuniaria de los recaudadores y responsabilidad penal de los concejos (*communes*); pasaportes de los diputados; venta de los bienes nacionales; verificacion de los poderes parlamentarios por el parlamento; empleo de la fuerza armada á la requisicion y en presencia de los oficiales municipales elegidos por el pueblo; casas de correccion paternal; ley marcial; igualdad de las sucesiones; presencia legal é interpelacion facultativa de los ministros en el seno de la Asamblea; denominacion de los departamentos; una educacion cívica.

Al mismo tiempo declama contra los mandatos imperativos, la existencia de dos Cámaras, inmutabilidad de los bienes del clero, iniciativa directa y personal del rey, permanencia de los distritos, lotería.

Atónita la posteridad retrocede asombrada ante las obras gi-

gantescas cumplidas por Mirabeau, durante los dos años de su vida parlamentaria. Largos discursos, apóstrofes, réplicas, propuestas, exposiciones, cartas á sus comitentes, polémica de la prensa, relatos, sesiones de mañana, sesiones de noche, conferencias de comisiones, todo lo hace, á todo atiende, lo grande, lo pequeño, lo simple, lo complejo; y cargadas sus espaldas con un mundo de trabajos, parece, en esta carrera de Hércules, no experimentar ni tedio ni cansancio.

Multiplicábase á la vez en su propia persona y en las de los que le rodeaban: amigos, electores, redactores, secretarios, á todos los ocupaba y abrumaba con repetidos encargos; sin parar un instante conversaba, peroraba, escuchaba, dictaba, leía, compilaba, escribía, declamaba, correspondía con toda la Francia; digería los trabajos ajenos y se los asimilaba como su propia sustancia; recibía notas al subir á la tribuna, en la tribuna misma, é introducía hábilmente su contenido en su discurso sin perder nunca el hilo; retocaba las arengas é informes cuyo plan habia dado él mismo, animándolas con su expresion y fortificándolas con su idea. Este plagario sublime, este gran maestro, empleaba sus ayudantes y discípulos en sacar el marmol de la cantera y desbastar su obra, como el estatuario que viendo ya medio trabajada la piedra, se acerca, toma su cincel, le da la respiracion y la vida, y la convierte en un héroe ó en un Dios.

Mirabeau poseia una inteligencia perfecta del mecanismo y derechos de una Asamblea deliberante, constándole, de un modo positivo, hasta donde puede llegar, y donde debe detenerse. Sus formas disciplinarias han pasado en nuestros reglamentos, sus máximas en nuestras leyes, sus consejos en nuestra política; sus palabras eran escuchadas como las de un oráculo, y presidía como hablaba, con una dignidad grave, respondiendo á las diputaciones con tanta abundancia y elocuencia, y al mismo tiempo con tanta oportunidad de expresion, que se puede decir que nunca fue mejor representada la Asamblea constituyente que por Mirabeau, tanto en su sillón de presidente como en la tribuna del orador.

¡Qué idea tan grande formábase de la representacion nacional! Oigámoslo decir: «El cargo de diputado me impone y me amedrenta;» y lleno de semejante temor se acerca á la tribuna.

Mirabeau premeditaba la mayor parte de sus discursos.

Su comparacion de los Gracos, su alusion á la roca Tarpeya, su

apóstrofe al abate Sieyes, sus famosas arengas relativas al derecho de paz ó guerra, veto real, bienes del clero, lotería, mina, bancarrota, asignados, esclavitud, instruccion pública, sucesiones, y otras materias, en que campean los tesoros de su ciencia y profunda elaboracion de su pensamiento, son pedazos escritos.

Su manera oratoria era la de los grandes modelos de la antigüedad, con un poder admirable de ademanes y una vehemencia de diction, que jamas pudieron igualar Ciceron y Demóstenes. El estilo de Mirabeau es nervioso, porque se halla despojado de toda rigidez; natural porque carece de todo afeite; elocuente porque es sencillo; sin imitacion ajena porque la propia originalidad le basta; desprovisto de epitetos parásitas, porque seria amortiguar el brio de su language; sin entrar en digresiones, pues seria perderse.

Sus exordios son, unas veces vivos, otras magestuosos, segun lo exige la materia; la narracion rebosa de claridad y la cuestion la fija con certeza. Su frase amplia y sonora se asemeja á la de Ciceron, y extiende con solemne magestad las ondas de su discurso, acumulando sus enumeraciones como pruebas, no como adornos; preocupándose del encadenamiento de las ideas, no de la armonia de las palabras; y agotando un asunto en su flor, no en sus heces. Si aspira á deslumbrar, las imágenes nacen bajo sus pasos; si quiere conmover, abunda en arrebatos de corazon, persuasiones delicadas, movimientos oratorios que se sostienen y no chocan, que no se confunden sino se suceden y emanan unos de otros, brotando con feliz desórden de tan bella y rica naturaleza.

Desde el momento que entra en el debate, es sustancial, enérgico, lógico como Demóstenes; avanza en un plan cerrado é impenetrable; pasa en revista sus pruebas, las forma en batalla y dispone el ataque.

Cubierto con las armas de la dialéctica, toca á la carga, cae en sus adversarios, los ase, los hiere en el rostro, y, con el pié en la garganta, no los deja hasta que se declaren y confiesen vencidos; si retroceden y huyen, los persigue, los bate por vanguardia y retaguardia, los hostiga, los acosa, los encierra en el círculo imperioso que les ha trazado, como aquellos marinos, que, saltando en la cubierta estrecha de un navio tomado al abordage, colocan al enemigo sin esperanza entre la espada y el Océano.

¡Cuanto debia sorprender su palabra por su novedad, y con-

mover la fibra del pueblo cuando trazaba este cuadro de una Constitución legal!

« Con frecuencia solo se oponen bayonetas á las convulsiones de la opresion y miseria; pero las bayonetas solo consiguen restablecer la paz del terror y el silencio del despotismo. No, el pueblo no es una reunion de furiosos que sea necesario encadenar. Lleno siempre de calma y comedimiento cuando es verdaderamente libre, no es violento y fogoso sino bajo los gobiernos que lo degradan y envilecen para tener el derecho de despreciarlo. Cuando se calcula todo lo que debe resultar para la felicidad de veinte y cinco millones de almas, de una Constitución legalmente suscitada á los caprichos ministeriales; del concurso de todas las voluntades y luces para el perfeccionamiento de nuestras leyes, de la reforma de los abusos, del aligeramiento del impuesto, economía en la gestion de hacienda, moderacion en las penas, regla en los tribunales, abolicion de mil vejámenes que aquejan la industria y mutilan las facultades humanas, en una palabra, de ese gran sistema de libertad que, afianzándose en la base de las municipalidades de libre eleccion, se eleva gradualmente hasta las administraciones provinciales, y recibe su perfeccion en la reunion actual de los Estados-Generales; cuando se calcula todo lo que debe resultar de la restauracion de este vasto imperio, fácilmente se comprende que no cabe mayor iniquidad, que no cabe mas negro atentado contra la humanidad, que oponerse á la destinacion de nuestra patria y rechazarla al borde del abismo, para dejarla oprimida y cargada de cadenas.»

¡Con qué exactitud, con qué delicadeza de observacion, enumera las dificultades de la administracion civil y militar de Bailly y Lafayette, cuando propone que se les vote acciones de gracias!

« ¡Qué administracion! ¡qué época en la cual es necesario temerle todo, arrostrarlo todo! Epoca en que el tumulto es engendrado por el tumulto, en que nace un motin de los medios empleados para precaverlo; en que se requiere incesantemente proceder con la mayor cordura, é la cordura parece equívoca, tímida y pusilánime; en que es necesario desplegar la fuerza, y la fuerza parece tiránica; en que asedian al hombre político numerosos consejos, é importa tomarlos únicamente de sí mismo; en que hasta es necesario temer los ciudadanos cuyas intenciones son puras, pero cuya desconfianza, inquietud y exa-

« geracion vuelven tan formidables como conspiradores; en que manda ceder la prudencia, aun en las mas urgentes ocasiones, conducir el desorden para contenerlo, y encargarse de un empleo, seguramente glorioso, pero rodeado de crueles alarmas; época, en que, en medio de tantos apuros, es necesario aparentar calma, mostrarse con frente serena, arreglar los mas pequeños objetos, no ofender á nadie, curar las heridas de los celos, servir sin cesar y procurar agradar como si no se sirviese.»

En el mismo momento que Necker, ministro de hacienda en aquel entonces, pedia á la Asamblea un voto de confianza, Mirabeau, para lograr este voto, agotó todos los tesoros de su ironía y dialéctica, y, cuando vió que en el auditorio hacia mella su irresistible elocuencia, lanzó contra la bancarrota estas formidables palabras:

« ¡Oh! si menos solemnes declaraciones no fuesen garantes de nuestra fe pública y nuestro odio por la palabra bancarrota, yo diría á los que tal vez se familiarizan con la idea de faltar á los empeños nacionales, por miedo de excesivos sacrificios, ó por el terror del impuesto... ¿Qué viene á ser la bancarrota sino el mas cruel, mas inicuo y desastroso de los impuestos? Amigos míos, una palabra, una sola palabra.

« Dos siglos de pillage y rapiña han ahondado el abismo bajo nuestras plantas; este espantoso abismo que amenaza tragarse la nacion es indispensable colmarlo. Pues bien: aquí está la lista de los propietarios franceses; escoged los mas ricos para sacrificar á menos ciudadanos, pero escoged, pues ¿no vale mas que perezca un corto número para salvar la masa del pueblo? Vamos pues, dos mil notables poseen lo suficiente para colmar el deficit; por este medio restablecereis el orden en la hacienda, y dareis al reino paz y tranquilidad. Herid, inmolad sin piedad esas tristes víctimas, precipitadlas en el abismo, y este volverá á cerrarse... ¿Qué haceis? ¿Retrocedeis de horror, hombres consecuentes, hombres pusilánimes? ¿Y no veis que, decretando la bancarrota, ó, por mejor decir, haciéndola inevitable sin votarla, mancillais vuestro honor con un acto mil veces mas criminal, pues enfin á consecuencia de este horrible sacrificio á lo menos desaparecerá el deficit? ¿Y os figurais acaso que porque nada habeis pagado nada debereis? ¿Creeis por ventura que los millares, que los millones de hombres que, á consecuencia de la terrible explosion y sus resultas, perderán todo lo

« que formaba el consuelo de su vida, y tal vez su único medio de  
 « subsistir, os dejarán gozar en paz de vuestro crimen? ¿Contem-  
 « pladores estóicos de los males incalculables que vomitará en  
 « Francia catástrofe semejante; egoistas impasibles, que pensáis  
 « que las convulsiones de la desesperacion y miseria suscitadas  
 « por vuestra glacial política, pasarán como otras tantas, y con  
 « tanta mayor rapidez cuanto mas violentas se muestren, ¿estais  
 « bien seguros que tantos hombres sin pan os dejarán saborear en  
 « descanso los manjares opíparos cuyo número y calidad no ha-  
 « beis querido disminuir?... No, inevitable será vuestra ruina; y,  
 « en la conflagracion universal que no temeis acarrear, la pérdida  
 « de vuestro honor no salvará uno solo de vuestros abomina-  
 « bles goces. Votad pues ese subsidio extraordinario, y ojalá  
 « pueda ser suficiente; votadlo porque los primeros interesados  
 « en el sacrificio sois vosotros mismos; votadlo porque las cir-  
 « cunstancias públicas no permiten espera, y culpables seriais  
 « de cualquier retardo. Guardaos de pedir un tiempo que jamás  
 « concede la desgracia. ¡Ah! señores! con motivo de una risi-  
 « ble insurreccion, que nunca tuvo importancia mas que en las  
 « imaginaciones calenturientas ó en los perversos designios de al-  
 « gunos hombres de mala fe, habeis oido hace poco estos furi-  
 « bundos gritos: *Catilina está á las puertas de Roma y se deli-*  
 « *bera*; y por cierto no existia tal Catilina, ni peligro, ni faccio-  
 « nes, ni Roma... Pero actualmente la bancarrota, la horrorosa  
 « bancarrota ahí está amenazando, vuestras propiedades, vuestras  
 « personas, vuestro honor... y deliberais. »

Demóstenes no hubiera podido hablar mejor.

Si era admirable en sus discursos premeditados, aun mas re-  
 saltaba su genio en sus improvisaciones, y en ellas rebotaba su  
 vehemencia natural, que comprimida en sus arengas premeditadas.  
 Una especie de irritabilidad nerviosa comunicaba á su persona la  
 animacion y la vida; su pecho se hinchaba y dilatava por un  
 soplo impetuoso; su rostro de leon se arrugaba y contraia; sus  
 ojos despedian llamas; el orador rugia, brincaba, sacudia su  
 espesa y espumante melena y tomaba posesion de la tribuna con  
 la autoridad de un soberano.

¡Cuan imponente era el verlo de momento en momento alzarse  
 y crecer bajo los obstáculos! ¿Llegó acaso á ser tan patético el  
 orador antiguo cuando, sin mas autoridad que su palabra desen-  
 cadenada, sublevaba y reprimia en el foro las olas frenéticas de

la muchedumbre? En tales instantes abandonaba Mirabeau las  
 acompasadas notas de su declamacion habitualmente grave y so-  
 lemne, y dejaba escapar gritos interrumpidos, voces fulminantes,  
 palabras de fuego, acentos despedazadores: Entonces revestia de  
 carne y colorido la seca osamenta de la dialéctica, enardecia la  
 multitud porque él mismo se enardecia, y arrastraba los corazones  
 porque al mismo arrastraba una fuerza superior. Y no obs-  
 tante ¡tan increíble era su fuerza! se precipitaba sin estrellarse,  
 y señoreaba los ánimos con el imperio de su elocuencia, sin cesar  
 de gobernar á esta.

Sus improvisaciones eran en general breves, fuese por rápido  
 agotamiento del asunto, ó por secreto instinto del arte, pues sabia  
 que la agitacion causada por la elocuencia pierde su efecto por la  
 duracion; que á un buen orador conviene no dejar al entusiasmo  
 de sus amigos el tiempo de enfriarse, ni mostrarse las objecio-  
 nes de sus rivales; que el estampido del rayo que no hiere no es-  
 panta, y que la palabra de la tribuna debe, como una bala de ca-  
 ñon, acabar de un solo golpe con el adversario.

Alegábase que á la Asamblea no toca la iniciativa de la acusa-  
 cion de los ministros, y Mirabeau responde en el mismo instante:

« Olvidais que el pueblo, al cual oponéis el límite de los tres  
 « poderes, es el origen de todos los poderes, y que á él solo toca  
 « delegarlos; olvidais que al soberano es á quien negais el dere-  
 « cho de censurar sus administradores; olvidais en fin que nos-  
 « otros, representantes del soberano, nosotros ante quienes se ha-  
 « llan suspendidos todos los poderes, incluso el del gefe de la na-  
 « cion si no procede de acuerdo con nosotros, no pretendemos  
 « quitar y poner ministros en virtud de nuestros decretos, sino  
 « emitir la opinion de nuestros delegantes sobre tal ó tal ministro!  
 « ¿Y cómo podeis negarnos este simple derecho de declaracion,  
 « cuando nos concedéis el de acusarlos, llamarlos en causa y for-  
 « mar el tribunal que deberá aplicar el merecido castigo á estos  
 « autores de iniquidad, cuyas obras, por una contradiccion pal-  
 « pable, nos condenais á contemplar en un religioso silencio? »

« Reparad que yo procedo para con los gobernantes con mas  
 « indulgencia y moderacion que vosotros, pues advierto antes de  
 « denunciar y recuso antes de infligir la pena, mientras que voso-  
 « tros no admitis intervalo alguno entre un silencio ceñudo y una  
 « denuncia sanguinaria. »

La inspiracion le dictaba esas figuras vivas que transportan re-

« pentinamente á la escena los hombres, las cosas y los lugares, y les prestan oído, palabra y acción como si presentes se hallasen.

La Asamblea iba á internarse en cuestiones religiosas; Mirabeau, para oponerse á esta medida imprudente, levántase y dice:

« Acordaos que, desde esta misma tribuna en que hablo, veo la « ventana del palacio en que los facciosos, asociando los intereses « temporales á los intereses sagrados de la religion, pusieron en « las manos de un rey de los Franceses, el fatal arquebuz que dió « la señal de la sangrienta destruccion de los hugonotes. »

Preparábase una diputacion de la Asamblea á pedir al rey el envío de sus tropas, tres veces negado; el fogoso Mirabeau no puede contenerse, y dirigiéndose á los comisarios prorrumpe en estas palabras:

« Decid al monarca que las hordas extranjeras de que cercados « estamos, recibieron ayer la visita de los príncipes, princesas, fa- « voritos y favoritas, que les prodigaron caricias, dádivas y exhor- « taciones. Decidle que, durante toda la noche, esos satélites ex- « trangeros, de oro repletos y de vino, pronosticaron en sus cánti- « cos impios, la servidumbre de la Francia, é invocaron con votos « brutales la destruccion de la Asamblea nacional. Decidle que, « en su mismo palacio, los cortesanos danzaron al son de esta bár- « bara música, y que tal fue el preludio del impío degüello del día « de San Bartolomé. »

En su magnífico discurso sobre el derecho de paz ó de guerra, habia conseguido Mirabeau, no sin alguna confusion de ideas, resolver la dificultad, por la responsabilidad de los ministros y la denegacion de los subsidios de parte del poder legislativo; pero, apenas hubo pronunciado estas últimas palabras: « Cesad de te- « mer que un rey rebelde, abdicando él mismo su cetro, se es- « ponga á correr de la victoria al cadalso, » fue interrumpido por murmullos violentos, y d'Espréménil pide que se llame al orador al orden por haber atacado la inviolabilidad del rey.

« Todos habeis oído, replica instantáneamente Mirabeau, la su- « posición que he hecho de un rey déspota y rebelado, el cual, al « frente de un ejército de Franceses, acude á conquistar un lugar « entre los tiranos; pues bien en este caso un rey cesa de ser rey. »

A estas palabras, hubo un aplauso general.

Mirabeau prosigue:

« Solo el toque de rebato de la necesidad puede dar la señal « cuando ha llegado el momento de cumplir con el imprescripti-

« ble deber de la resistencia, deber siempre imperioso cuando « violada ha sido la Constitucion, siempre triunfante cuando la « resistencia es justa y verdaderamente nacional. »

Estas palabras son la viva y profética pintura de la revolucion de Julio.

En esta misma improvisacion, Mirabeau, con sus vivas instan- cias, obliga al abate Sieyes á comparecer á la tribuna.

« No ocultaré mi vivo pesar al ver que el hombre que supo es- « tablecer las bases de la Constitucion, que el hombre que reveló « al mundo las bases del gobierno representativo, se condene á sí « mismo á un silencio que deploro y culpable juzgo; que el abate « Sieyes... perdoneme si lo nombro... no acuda á poner en su « Constitucion uno de los mayores resortes del orden social; omi- « sion que tanto mas siento, cuanto que abrumado con un trabajo « superior á mis fuerzas intelectuales, é incesantemente arreba- « tado al recogimiento y meditacion que son las primeras faculta- « des del hombre, no habia fijado mi espiritu en este particular, « acostumbrado como estaba á confiarme á un varon dotado de « tan profundo pensamiento por lo concerniente á la conclusion « de mi obra. En vano le he instado, exhortado, suplicado en « nombre de la amistad con que me honra, en nombre del amor « de la patria, sentimiento mucho mas enérgico y sagrado; en « vano he apurado toda mi influencia para con mi ilustre amigo, « con el objeto de que nos dotase de sus ideas y no dejase este « vacío en la Constitucion. Todo ha sido infructuoso, Sieyes se ha « negado, yo os lo denuncio, y os ruego al mismo tiempo que « logreis su dictámen que no debe ser un secreto, y arranqueis en « fin á su desaliento un hombre cuyo silencio é inacción considero « como una calamidad pública. »

¡Qué lenguaje tan lleno de elocuencia y alta razon! ¿Quién llegó á hablar de este modo antes y despues de Mirabeau?

Jamás orador francés tuvo en la Asamblea, ministros y opinion poder comparable, y se puede decir que trataba al rey como si rey fuera él mismo. Cuando agitada la Asamblea iba al encuentro del príncipe, levántase Mirabeau y con un gesto contiene su impaciencia: « Que un frio respeto acoja al monarca en momento tan « doloroso. El silencio de los pueblos es la leccion de los reyes. »

En nuestro concepto, lo repetimos, lo que dió la supremacia á Mirabeau sobre los demás oradores, fue la profundidad y exten- sion de sus pensamientos, la solidez de su dialéctica, la vehemen-

cia de sus improvisaciones, y sobre todo la fortuna extraordinaria de sus réplicas.

En efecto los oyentes y principalmente los rivales de los oradores se precaven contra los discursos preparados, y, constándole que el orador tiende sus redes para sorprenderlos, procuran también escaparle. Así á medida que habla, buscan, adivinan, disponen, con orden mas ó menos habil, los argumentos que debió emplear el orador, sus hechos, pruebas, insinuaciones, y aun á veces sus figuras y movimientos mas felices; cerrando los agujeros de su celada y de su coraza por donde podria penetrar el acero enemigo; de modo que cuando el orador traspasa la barrera y se arroja al combate, encuentra ante si un enemigo armado de pies á cabeza, que le detiene el paso y disputa la victoria.

Pero la feliz oportunidad de una réplica oratoria admira y desarma hasta los mismos adversarios, produciendo el efecto de las cosas inesperadas. En efecto, una réplica aguda y picante es una peripecia que sobrecoge al espectador, rompe los nudos del drama y lo precipita; es el relámpago que brilla en la lóbrega oscuridad; la flecha que rechaza el broquel enemigo y vuelve á atravesar el seno del que la arrojó.

La réplica conmueve las masas irresolutas y flotantes de una Asamblea, en la cual se lanza como el águila oculta en el fondo de un peñasco, que, hendiendo el aire, se arroja sobre su presa, y la lleva palpitante en sus garras, antes que pueda despedir un grito.

La réplica despierta, por el sacudimiento que produce su novedad, los oyentes flojos, linfáticos y espesos que se abandonan al sueño; anima y enternece repentinamente los corazones; arranca exclamaciones de ira y gritos de valor y denuedo; á veces determina una risa estrepitosa é interminable, y obliga al gefe ó soldado á ocultar su rubor en las filas de sus tropas que se abren por piedad ó escarnio; resuelve con una sola palabra la cuestion, da significacion á un acontecimiento, revela un carácter, pinta una situacion, resume un debate, perdona ó condena un partido, labra ó desmorona una reputacion; glorifica, manciella, abate, levanta, desata, liga, salva, mata; atrae, suspende mágicamente y por una cadena de oro, una Asamblea entera á los labios de un hombre solo; concentra á la vez toda su atencion en un punto, engendra por un momento la unanimidad, y puede decidir de repente la pérdida ó triunfo de una batalla parlamentaria.

Jamas retrocedió Mirabeau ante dificultad alguna, ni bajó los ojos en presencia de un adversario cualquiera; al contrario elevábase á toda su altura cuando lo amenazaban sus enemigos, y hundia á golpes de masa el fragmento de lanza que querian que arancase.

Arrostraba intrépido en la tribuna, las preocupaciones, objeciones sordas y la impaciencia de la Asamblea; é inmóvil como una roca, cruzaba los brazos y aguardaba el silencio.

A todos replicaba, al instante mismo, sobre todas materias, con una rapidez y oportunidad sorprendentes.

Pintaba los hombres y las cosas con un modo de decir que le era enteramente peculiar.

Llamaba enérgicamente la Francia antigua « una agregacion « inconstituida de pueblos desunidos. »

Decia en su lenguaje monárquico :

« El rey es el representante perpetuo del pueblo, y los representantes diputados temporarios. »

Miembro del directorio de Paris, se expresaba en estos términos en presencia de Luis XVI :

« Un gran arbol cubre con su sombra una inmensa superficie, « y sus profundas raices se extienden á lo lejos entrelazándose con « rocas eternas. Para abatirlo es necesario revolver completa- « mente la tierra : tal es, señor, la imágen de la monarquía cons- « titucional. »

Atacado, como presidente de la Asamblea, por M. de Faucigny, que amenazó el lado izquierdo con el sable en la mano, redacta el decreto de admonicion en estas nobles palabras :

« Satisfecha la Asamblea de los testimonios de su arrepenti- « miento, le remite á Vm. la pena en que ha incurrido. »

¡Qué vivacidad, qué actualidad, qué nobleza en todas sus respuestas! ¡qué ironía á la vez chistosa y caballeresca! ¡qué vigor!

Gastábase sobrado tiempo en deliberar relativamente á las pretensiones de Génova á la isla de Córcega, Mirabeau interviene en el debate en los términos siguientes :

« No opino que una liga formada por Ragusa, Luca, San Marino y otras potencias igualmente formidables deba inquietar- « nos; tampoco considero muy peligrosa la república de Génova, « cuyos ejércitos ahuyentaron doce mugeres y doce hombres en « las playas de la Córcega. Pido un emplazamiento indefinido. »

Como remedio á los males públicos, proponia Cazales el investir al rey durante tres meses de un poder ilimitado.

Mirabeau responde: « M. de Cazales está fuera de la cuestion, « pues discute si se otorgará, ó no, al rey un poder absoluto. »

Y como insistiese el abate Maury en el derecho de hablar en el mismo sentido que Cazales, replicó Mirabeau: « Yo no he dicho « que el preopinante estuviese fuera de su derecho, sino solamente « de la cuestion, al pedir la dictadura real. ¡ La dictadura en una « nacion de veinte y cinco millones de almas! ¡ La dictadura en « manos de una sola persona! ¡ La dictadura individual en un país « que opera su Constitucion, en un país cuyos representantes están « reunidos! »

A los optimistas de la Asamblea que dormitaban:

« Dormimos, es cierto; ¿pero no se duerme tambien al pié del « Vesuvio? »

Al abate Maury, que le inculpaba el recurrir al populacho:

« No me bajaré hasta el punto de contestar á la inculpacion que « acaba de hacerme, á menos que la Asamblea la eleve hasta mí, « mandándome que á ella responda; y en tal caso creeré haber « hecho lo bastante para mi justificacion y mi gloria al nombrar « mi acusador y al nombrarme á mi mismo. »

A su hermano el vizconde de Mirabeau, que habia hablado en tono descomedido de una proposicion:

« Siempre he considerado como cosa muy buena el cumplir ale- « grememente su oficio; así me abstendré de vituperar al preopinante « su humor jocoso en circunstancias que solo debieran inspirar « graves reflexiones y tristes pensamientos. »

A una redaccion embrollada de la Constitucion:

« Debo observar que no seria malo que la Asamblea nacional « de Francia hablase francés, y aun que escribiese en francés las « leyes que propone. »

A los que reclamaban la inamovilidad de las fundaciones anti- guas del clero:

« Si todos los hombres que han vivido hubiesen tenido un se- « pulcro, necesario hubiera sido, para encontrar tierras que culti- « var, derribar esos monumentos, y remover la ceniza de los « muertos para que hallasen alimento los vivos. »

A un diputado que proponia el aplazamiento de una mocion ur- gente relativa á algunos infelices condenados:

« Si tratasen de ahorcarlo á Vm., ¿propondria Vm. el emplaza- « miento de un examen que pudiera salvarle del suplicio? »

A d'Espreménil que defendia con ahinco los mandatos impe- rativos:

« Si hubiese prevalecido el sistema de M. d'Espreménil, no hu- « biera tenido necesidad de comparecer aquí, sino se hubiera ce- « ñido á enviar su cuaderno; y hubiéramos sido privados del pla- « cer de oirlo. »

A los que pretendian que la peticion al rey para que renovase los ministros habia perdido la Inglaterra:

« ¡ La Inglaterra está perdida! ¡ Ah Dios mio! ¡ qué infausta no- « ticia! ¿ Y en qué latitud se ha perdido? ¿ Qué terremoto, qué con- « vulsion de la naturaleza ha llagado á tragar esa isla famosa, ese « inagotable foco de grandes ejemplos, esa tierra clásica de los « amigos de la libertad?... Pero no hay que apurarse... La Ingla- « terra se cura en un glorioso silencio de las heridas que ella « misma se infligió en un periodo de delirio y calentura. La Ingla- « terra florece aun para la eterna instruccion del mundo. »

A Regnaud de Saint-Jean d'Angély, que se indignaba contra la proposicion de una cámara única:

« Siempre he temido indignar á la razon, pero jamás á los in- « dividuos. »

A la exposicion de la ciudad de Rennes que declaraba traido- res y enemigos de la patria los aprobadores del voto real:

« Si la Asamblea continua deliberando sobre semejante mate- « ria, se asemejará á un gigante que se pone de puntillas para pa- « recec alto. Melun, Chaillot, Viroflay derecho tienen de propalar « sandeces no menores que Rennes; como esta ciudad pueden « apellidar infames y traidores á la patria los que no profesan « sus opiniones. La Asamblea nacional no tiene tiempo de insti- « tuirse maestra de municipalidades que emiten asertos tan erró- « neos. »

A la comision de Constitucion que se oponia á que se deliberase sobre una cláusula insertada:

« Las comisiones son seguramente lo mas selecto; pero la « Asamblea nacional no ha resuelto discernirles el privilegio ex- « clusivo de aclarar y debatir las cuestiones. »

A un miembro que queria conservar en la promulgacion real estas palabras: *A todos los presentes y venideros, salud:*

« ¡ Si cundiese y se generalizase este modo de saludar! »

A otro que pretendia que se conservase siempre estas expresiones: *Rey de Francia y de Navarra*:

«¿No seria igualmente del caso añadir *y de otros lugares*?»

A un miembro que sostenia que los diputados debian gozar de los privilegios de los embajadores, pues como estos representaban las naciones:

«Responderé que ignoraba que hubiese en esta Asamblea embajadores de Dourdan, embajadores del país de Gex; y prefiero creer que somos los representantes de la nacion francesa, y no de las naciones de la Francia.»

A los que atacaban la calificacion de pueblo francés:

«Adopto, definiendo, proclamo esta calificacion por la misma razon que induce otros miembros á combatirla. Si, cabalmente porque el nombre de pueblo no goza en Francia del respeto á que es acreedor; porque se nos presenta empañado y cubierto del orin de las preocupaciones; porque nos ofrece una idea que alarma el orgullo y repugna á la vanidad; porque los aristócratas lo pronuncian con desprecio; por esto mismo, señores, quiero verlo respetado y glorioso; y por esto mismo debemos proponernos todo no solo levantarlo del polvo, sino ennoblecerlo y volverlo respetable á los ministros y á todos los corazones.»

A un folleto fabricado contra él, diseminado en los bancos de la Asamblea, y cuyo título solo pudo leer al subir á la tribuna:

«Sé muy bien lo que es, y no saldré de aquí sino en triunfo ó despedazado.»

A un relator que leia una carta interceptada á un agente pretendido de Mirabeau en que se leia: Riquetti (1) el mayor es un malvado:

«Señor relator, Vm. me trata con excesivo favor. Vm. ha tenido la bondad de comunicarme el documento, y me acuerdo muy bien haber leído: Riquetti el mayor es un malvado *infame*. No está de mas el mostrar bajo sus verdaderos colores el retrato que de mí hace mi agente. Lea Vm. todo sin omitir nada.»

Y otra vez:

«He visto cincuenta y cuatro cartas de prision (2) en mi fami-

(1) Tal era el apellido del famoso orador, apellido italiano de una familia venida en Francia con los Medicis y establecida en la Provenza. El nombre de Mirabeau es un título. (N. del T.)

(2) En francés *Lettres de cachet*. Llamábanse así toda especie de cartas

lia; si señores, cincuenta y cuatro, diez y siete de las cuales me han tocado á mí. Así ya ven Vms. que he sido tratado como hijo «primogénito que recibe un buen mayorazgo.»

Sobre los emigrados dijo estas palabras:

«La popularidad que siempre he anhelado y de que actualmente disfruto, no es una debil caña que dobla y desarraiga el viento; sino al contrario, sus raices penetran en la inalterable base de la razon y la justicia. Os juro, si promulgada es tal ley, os juro de no prestarle obediencia.»

Y, como lo interrumpiesen con sus clamores, los miembros de la izquierda, se vuelve á Lameth, Robespierre, Duport y demas del mismo partido, y les grita:

«¡Callen los treinta!»

Y callaron los treinta.

A los que contestaban á la Asamblea el poder legitimo de una Convencion nacional:

«Nuestra Convencion nacional es superior á toda imitacion y á toda autoridad; y no debe dar cuenta mas que á sí misma y á la posteridad. Todos conoceis la conducta de aquel Romano que, para salvar la patria de una gran conspiracion, traspasó los límites de la ley: Jurad, le dijo un tribuno capcioso, que respetasteis la ley. Juro, replicó el magnánimo varon, que he salvado la república. —Pues bien, señores, yo juro que habeis salvado la patria.»

Ambos partidos opuestos lo acusaban de conjuracion:

«Aquí conspirador faccioso, allá conspirador contra-revolucionario; entonces que me dividan.»

con el sello real; pero se daba particularmente este nombre á ciertas cartas con la firma y sello del monarca en la que se mandaba encarcelar á una persona designada.

En los tiempos precedentes á la revolucion francesa, estas cartas eran un objeto de tráfico ó favor, y se vendian ó daban con el nombre en blanco como nuestros pasaportes, quedando á voluntad del poseor el escribir un nombre cualquiera. Así la libertad de un ciudadano se hallaba á la disposicion de un enemigo que tuviese en su disposicion uno de estos documentos. Y hay que advertir que, ademas de la venta que de ellos hacian los miembros del gobierno, las queridas y favoritas de estos las esparcian gratis ó las vendian á mayor ó menor precio. Bajo el ministerio del infame Dubois, subió el computo de tales cartas á 80,000.

La inmoralidad de semejantes proceder, y la justa cólera que excitaban entre sus víctimas, familias y amigos de estas, fueron una de las principales causas que motivaron la Revolucion francesa. (N. del T.)

Obstinábase Mirabeau en pugnar en defensa del veto real; al momento cambia el viento de la popularidad; al favor sucede el odio, amotínanse contra el tribuno los partidos, lo denuncian y acusan de alta traición.

« Y á mí tambien, replicó Barnave en un movimiento oratorio que electrizó la Asamblea, y á mí tambien querian, hace pocos días, llevarme en triunfo; y hoy oigo gritar por las calles: *La gran conspiracion del conde de Mirabeau*. No me era necesaria tal leccion para saber que no hay mas que un paso del Capito alio á la roca Tarpeya.»

Por último, ¿cuando vieron los siglos, cuando consignó la historia de la antigua elocuencia, un movimiento, un rasgo, un arranque mas heróico, mas libre, mas insolente, mas inesperado, mas victorioso, mas admirable, mas aterrador que la réplica de Mirabeau al gran maestro de ceremonias de la corte? Apenas habia intimado M. de Brézé á la Asamblea, en nombre del rey, la orden de disolverse, cuando Mirabeau, con la cabeza erguida, centellante el ojo, se levanta, y con un gesto imperativo, pronuncia estas palabras:

« La Francia ha resuelto deliberar, y vos que no podeis ser legitimamente el órgano del soberano para con la Asamblea nacional, vos que no teneis aquí ni lugar, ni voz, ni derecho de hablar, id á decir á vuestro amo, que aquí estamos por la voluntad del pueblo, y que solo podrá arrancarnos de nuestros puestos la fuerza de las bayonetas.

De Brézé, como herido del rayo, marchó hácia atras al salir de la sala; imágen de la monarquía que así retrocedia en presencia de la república.

No examinaremos la vida privada de Mirabeau, vida que le fue un obstáculo mas que un auxiliar, una mancha mas bien que un realce; no olvidando que no soy un narrador de anécdotas ni un biógrafo de escándalos, sino un pintor, y que mi objeto es representar, en cada uno de mis personajes, únicamente al hombre político, sobre todo al hombre orador.

Por otra parte la opinion trata con indulgencia los campeones de la oposicion, tales como Mirabeau, Sheridan, y otros que han florecido en nuestros dias, cuya accion estribaba meramente en la palabra; mostrándose mucho mas severa para con los hombres de poder, y con justicia, pues son hombres de accion en toda la latitud del término. ¿Qué se dice de Turgot? Que era ministro

escrupuloso ¿Y de Robespierre? Que era incorruptible. ¿Y de Luis XVI? Que era hombre de bien. Los pueblos desean estimar á los que lo gobiernan, y este sentimiento honra la especie humana.

Mucho deploró Mirabeau los desórdenes de imaginacion y de temperamento que desflorado habian su juventud, desórdenes que reparó noblemente al confesarlos en plena tribuna; prueba evidente que su corazon estaba á la altura de su inteligencia.

Añadir debemos que sus discursos, proposiciones, exposiciones y manifiestos, respiran, como hombre público, una alta moralidad; y acostumbraba á decir: « Mas importa dar á los hombres buenas costumbres que leyes y tribunales. »

¿Cosa singular! este elocuente tribuno fue el que, movido por un sentimiento de religiosa veneracion, hizo mantener el título: *Luis por la gracia de Dios, rey de los Franceses*.

Víctima de la tiranía en los calabozos de Vincennes, amaba la libertad con fanatismo é idolatría; profesaba por los derechos y miseria del pueblo un respeto profundo, lleno de elevacion y delicadeza; y queria establecer la sociedad en bases tales que nunca faltase el asilo á los ancianos, ni pan y trabajo á los pobres.

Mas vicioso en su temperamento que en su corazon, violento en sus pasiones, altivo en su arrepentimiento, poco preocupado del dia de mañana como lo son en general los artistas y almas elevadas, olvidadizo de las injurias como todos los nobles corazones, pobre, acosado por mil necesidades, sediento de reputacion, vano de su hidalguía, ostentándose á la vez como caballero y tribuno, seductivo hasta el punto de fascinar sus mismos enemigos: tal era Mirabeau.

Su alma era un foco inagotable de sensibilidad del cual brotaban los súbitos destellos de su elocuencia; vivo, arrojado, natural, jovial, humano, sumamente generoso, expansivo hasta la familiaridad y familiar hasta la indiscrecion; dotado de una inteligencia rápida y llena de oportunidad, chispeante de sal y de agudeza, provisto de una memoria asombrosa, gusto finisimo, riqueza intelectual y facilidad prodigiosa; ¿qué organizacion mas completa vieron los siglos?

Habia meditado mucho sobre la estrategia militar. Naturalmente intrépido, y procedente de heróica estirpe, su temperamento de hierro, su golpe de vista rápido, sus vastas facultades, su presencia de espíritu y su insuperable firmeza en el peligro, lo

hubieran pronto conducido á los primeros honores de la guerra, y elevádolo no menos como general que tribuno.

Organización casi completa y única en su genero, Mirabeau puede ser considerado como el mayor orador, y el político mas consumado de su época. Seguramente hubiera sido no menos gran ministro, pues reunia en su persona el tino de los negocios, el conjunto y acierto en los sistemas, la paciencia en los pormenores, el conocimiento de los hombres, la vision del porvenir, la fertilidad de expedientes, la afabilidad de modales, la energía de la voluntad, el instinto del mando, la confianza de la nacion y la universalidad de la nombradía.

Mirabeau y Napoleon fueron, relativamente al tiempo en que han figurado, y á la especialidad de sus trabajos, los que mas han contribuido á organizar la Francia moderna; pues el primero ha constituido la Revolución y el segundo el Imperio.

Por último Mirabeau fue el hombre á quien como á ninguno hubiera sido dado, si vivido hubiese, destruir y edificar, habiendo sido el mas apto á ambas cosas por el poder de su genio y la perseverancia de su voluntad.

No que pretendiese este hombre sin igual volver á levantar lo abatido, pues bien sabia que no se reedifican nuevos edificios con las ruinas de los que fueron, y como él mismo decia: «Un cuerpo «gangrenado no puede ser curado llaga por llaga, ulcera por ul- «cera, sino exige una trasfusión de nueva sangre;» y con nueva sangre no se rejuvenece el anciano decrepito, sino se forma un hombre nuevo, en otros términos, otro hombre.

Y sin embargo Mirabeau buscaba solícito y se afanaba para cimentar la alianza, tan inútilmente buscada desde entonces, de la libertad con la monarquía, queriendo que esta conservase todas sus condiciones de duración y poder, al paso que, por una inconsecuencia extraña, profesaba máximas republicanas y admitia medios revolucionarios.

Tal vez no notaba esta contradicción, tal vez lisongeábase de armonizar los términos contrarios; por lo cierto es que su proyecto era efectuar esa amalgama, esa fusión, esa quimera, por el parlamento y fuera de este.

A este efecto decia en la Asamblea constituyente en su idioma pintoresco:

«No somos salvajes que llegan desnudos de las orillas del Ori- «noco para formar una sociedad, sino una nacion caduca, y muy

«caduca, con un gobierno preexistente, una monarquía arraigada, «y preocupaciones inveteradas; cosas todas que conviene aco- «modar con la Revolución, evitando el peligro del salto.»

Trató de reparar con su veto el bajel regio que naufragaba, sin observar que, con la realidad del veto, y bajo un rey hereditario, la soberanía del pueblo no es mas que un nombre, una sombra; y que, con la ficción del veto bajo una Constitución popular, la autoridad del monarca tampoco pasa de un nombre y una sombra; pues importa, y es indispensable, que la soberanía resida en un lugar ú otro, y, siendo por naturaleza una é indivisible, no puede descansar á la vez en dos cabezas diferentes. Asi es necesario que toda persona cuerda elija y se pronuncie, convencida que de dos voluntades iguales é independientes no puede resultar armonía sino guerra; ahora bien la guerra es el combate, y el combate acarrea forzosamente la muerte de uno ú otro de los combatientes.

El veto absoluto del príncipe implica que este gobierna, porque es gobernar hacer lo que se quiere, y no hacer lo que no se quiere.

El veto suspensivo del príncipe arguye que este reina y no gobierna, pues no es gobernar hallarse obligado á ejecutar lo que no agrada.

El veto del príncipe, en una monarquía constitucional, no es mas que el veto de los ministros; y, como en esta forma de gobierno, los ministros responsables son dependientes del parlamento, de cuyo seno emanan, en cuyo seno vuelven á confundirse, recibiendo acción de la Asamblea y ejecutando en su nombre, resulta que tanto ellos como sus sucesores deben ceder al influjo parlamentario.

Toda esta cuestión se reduce en la actualidad á algunos puntos muy claros, tales como estos:

La denegación del impuesto pone en definitivo todo el poder en manos del denegante; el veto suspensivo es, si se quiere, una segunda Cámara; la disolución del Cuerpo legislativo, es la apelación de los ministros al pueblo, la contra-fuerza del veto persistente es la Revolución.

Mirabeau tuvo algunos presentimientos de esta especie de monarquía, fuese efecto de un conocimiento anticipado del porvenir, fuese inspiración de su ambición; pero hubiera debido, ante todo, constituir el ministerio en sus relaciones con el parlamento, con

tino y cordura, y afianzar estas relaciones de un modo duradero. No pudiendo los ministros presentarse personalmente en el local del Cuerpo legislativo, ni tomar asiento entre los diputados, ni exponer, ni analizar, ni preguntar, ni explicarse, ni defenderse verbalmente, limitaron desde luego, y mas adelante casi cortaron su correspondencia por mensajes con la Asamblea. El poder ejecutivo que en Francia sobre todo debe estar siempre al frente, llegó á ocultarse, perderse, y ponerse de rodillas ante la legislatura. Los ministros ausentes, impotentes, sin vida, sin brillo, sin iniciativa, sin movimiento propio, y aun desprovistos de fuerza prestada, abandonaron la victoria á las disputas de los partidos; y en vez de cubrir al monarca como su guardia de honor, se parapetaron detras de su persona, dejando al príncipe luchando solo, y á cuerpo descubierto, sin mas ayuda que las intrigas y rencores de sus adherentes contra una asamblea rival, que cercenó uno despues de otro todos los privilegios anexos á la dignidad real, y acabó por devorarla.

Pero, siendo indispensable que el gobierno exista en alguna parte, pasó á la Asamblea constituyente, y la comision de los informes y pesquisas, dió, andando el tiempo, origen á las formidables comisiones de la Convencion.

No admite duda que los envidiosos de su fama hubieran querido excluir del ministerio al gran Mirabeau; pero independientemente de esta causa, la Asamblea constituyente, por necesidad, por la ley de su posicion, por la fatalidad de su objeto, por la lógica invencible de sus principios, por la ciega resistencia de sus cortesanos, debia querer para sí y tan solo para sí la permanencia, unidad y omnipotencia. ¿Quién osará condenarla? La razon providencial de una revolucion no es la razon de una sociedad normal.

Mirabeau, vencido por la desconfianza de la Asamblea en lo tocante á la cuestion del veto, volvió á desplegar nuevo vigor en la cuestion de los ministros; pero, á pesar de los esfuerzos maravillosos de su elocuencia y dialéctica, sucumbió despues de la lucha mas porfiada. En vano propuso un banco en la Asamblea para los consejeros de la corona, ó la compatibilidad de la diputacion con el ministerio; sus enemigos, bajo el pretexto de la independencia de la Asamblea y desprendimiento propio, se negaron á admitir la proposicion: medida desacertada, falta irreparable. A excepcion de la Constitucion misma, que debe considerarse como

anterior y superior al monarca y sus agentes, y consecuentemente fuera de todo debate ministerial, todo en una revolucion, hasta la legislacion es medida de urgencia, policia, reglamento y administracion. ¿Cómo es pues posible excluir el gobierno de las materias de gobierno? ¿Cómo privarse del conocimiento de los hechos, obstáculos é incidentes de cada momento? ¿Cómo separar la fuerza que aplica de la fuerza que manda, y cuyos vínculos y unidad constituyen la sociedad política? ¿Cómo confinar el ministerio en las antecámaras del poder, cuando debiera ocupar en la Cámara el sitio principal, poseer la respuesta verbal, la concurrencia de la iniciativa y la integralidad de la ejecucion? ¿Cómo imponer una responsabilidad justa y formal á ministros que no pueden ni discutir, ni aun saber que va á discutirse? ¿Cómo privar á los ministros de la diputacion, cuando entre todos los empleados, debieran ser los únicos á quienes, sin mas condicion, debiera ser permitido este honor, ó á quienes á lo menos debiera ser libre la entrada de la Asamblea como ministros, así como la facultad contradictoria del debate?

Mirabeau resolvió entonces buscar fuera del parlamento un apoyo y fuerza contra este. ¿Pero porqué se paró de repente en la rápida é inclinada pendiente de la Revolucion? Tal es la cuestion que tan á menudo se oye. ¿Espantábase acaso el estruendo y violencia de su carrera? ¿Pretendia salvar la libertad de sus propios extravíos poniéndole un freno y riendas? ¿Retornaron tal vez, y á pesar suyo, las preocupaciones de su educacion, familia é hidalguia? ¿Habia concluido con la corte un pacto secreto de corrupcion? ¿Deseaba una monarquía templada, purgada de feudalidad y favoritismo, un rey y dos Cámaras, una trinidad constitucional? ¿O bien, harto y cansado de las agitaciones de la tribuna, apetecia las del ministerio? ¿Abrigaba por último la ambicion de gobernar la Asamblea y la Francia bajo un monarca impotente y nominal?

La posteridad dará, ó tal vez no podrá dar la solucion de este problema inexplicable para nosotros.

No falta quien opine que Mirabeau conducia á sus colegas á cometer excesos, crímenes tal vez, para castigarlos despues de haberlos cometido; intento infernal y digno de Maquiavelo, inmoralidad pública que excitará siempre la indignacion de las almas rectas, mancha indeleble sobre la memoria del gran tribuno, si probada fuese semejante acusacion.

Lo que está demostrado es que Mirabeau, con la fuerza descomunal de un Hércules, se esforzó, pero muy tarde, en contener el carro lanzado de la Revolución. Tenía en su estrella esa fe algo supersticiosa de los grandes hombres, y creía que la flecha que el aire hiende en vuelo rápido, puede pararse antes de haber llegado al objeto; él solo quería servir de blanco á los tiros de sus contrarios; y ya se aprestaba con energía sobrenatural, á volver á principiar su lucha de gigante, cuando de repente le abandonaron las fuerzas y se apagó su vida como la monarquía cuyo luto llevaba (1).

Con tan alarmante noticia constérnase Paris, acude el pueblo, entra, prorrumpe en llantos y lamentos, en torno á Mirabeau moribundo, de Mirabeau difunto, contemplando angustioso y desesperado el cadáver del atleta infatigable que yace á sus piés. En vano lo palpa y busca aun en el cuerpo frío un resto de vida; frenético quiere abrirse las venas para reanimar su vida; quiere apretar esas manos heladas que tantas veces lanzaron los rayos populares; se unce á su carro y arrastra hasta el Panteon sus restos funerales con la pompa y apoteosis de un rey.

¡Mas ay! Ya no debía volver á resonar la voz del tribuno, cuyos ecos se prolongaban, como el bramido del trueno, de columna á columna, en los magníficos peristilos de la Revolución; esa voz política que había proclamado los principios de la Constitución francesa; esa voz de orador que, en la remota antigüedad, hubiera

(1) Apenas se supo que Mirabeau se hallaba en peligro de muerte, cerráronse los tribunales, cesaron las fiestas, llenáronse las calles, y todo Paris manifestó la mayor inquietud. Hubo hombres del pueblo que pidieron que se les abriese las venas para que con su sangre, se hiciera en Mirabeau la operación de la transfusión; otros se torcian los brazos de desesperación, tanta era la exaltación de los ánimos.

Entretanto el ilustre enfermo, postrado repentinamente por un mal desconocido, veía acercarse la muerte con la mayor serenidad, y, hasta el último momento, guardó la conciencia de su poder y renombre. Próximo á espirar, dijo á su criado: «Sostén esta cabeza la mas fuerte de la Francia. — ¿Qué epitafios, decía también, colocarán sobre mi tumba?»

La Asamblea constituyente, seguida de una inmensa muchedumbre, llevó triunfalmente su cuerpo al Panteon á la luz de mil antorchas. Mas adelante un decreto de 1793 mandó echar un velo sobre la estatua de Mirabeau, hasta que fuese rehabilitada su memoria. Despues, una noche, dos agentes de policía pusieron su cadaver en un saco y lo sepultaron en Clamart, lugar reservado únicamente en el día para los ajusticiados, entre cuyos restos se mezclaron y confundieron los del célebre tribuno.

conmovido con poder irresistible, las naciones, ciudades y reinos. ¡Oh popularidad veleidosa! Un negro crespon ocultó las estatuas erigidas á su memoria, como un velo oscuro cubre el rostro de los parricidas; ese pueblo entusiasta y voluble, que había querido sacarse la sangre para trasmitirla á las agotadas venas de Mirabeau, ese pueblo que, en triunfantes brazos, había llevado sus restos á la cúpula del Panteon, debía pronto maldecir su ídolo y escupir en su memoria; ese Panteon al cual la nación agradecida había confiado su glorioso cadaver, debía arrojarlo de su seno, cual despojo de baldon.

Y el moribundo tribuno, que reclinado en su lecho mortal, soñaba la gloria de la posteridad, pidiendo á sus desconsolados amigos epitafios para su sepulcro, ¡qué suplicio hubiera sido el suyo si hubiera podido adivinar que, en una noche lóbrega, y á la vacilante luz de un hachon, serian arrancados sus huesos del monumento en que reposaban y arrojados á la huesa comun de los criminales. ¿Donde están los epitafios fastuosos que se había prometido? ¿Donde encontrar, y como reconocer la cabeza de ese gran Riquetti en medio de tantos trozos sangrientos y tantas cabezas cortadas por el hacha del verdugo? ¡Oh vanidad de nuestros sueños! ¡Oh miseria de las grandezas humanas!

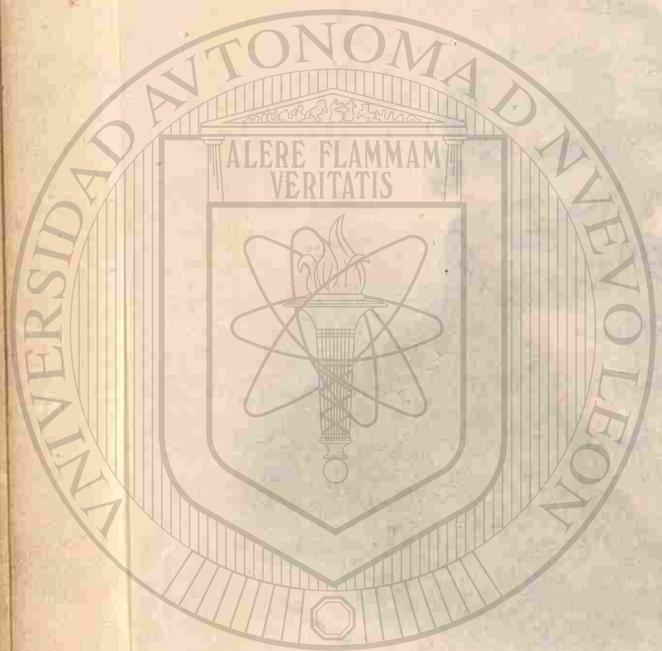


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JANU





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CONVENCION.

DANTON.

La Convencion se abrió bajo los lóbregos auspicios de la muerte, con la guillotina á sus lados y el tribunal revolucionario en perspectiva.

Los Constituyentes eran hombres de teoría, los Convencionales fueron hombres de acción.

¡Qué tiempos! ¡qué dramas! ¡qué escenas borrascosas y terribles!

La Montaña (1) y la Gironda (2) adelantábanse una contra otra

(1) Llamábase así la parte de la Convencion en que tenían sus asientos los miembros mas exaltados de la Asamblea, y los partidarios de las medidas mas radicales y violentas. Formábase de partidos varios, siendo los dos principales: los meramente revolucionarios, ateos casi todos, los cuales sin miras, ó con miras confusas de porvenir, procuraban extirpar los abusos, desarraigat el antiguo régimen y afianzar la libertad; y sus principales corifeos eran Danton, Marat, Collot d'Herbois, Camille Desmoulins, y otros que seria prolijo enumerar. El otro partido se componía de los Jacobinos, representados principalmente por Robespierre, Saint-Just, Couthon, Lebas, etc., gente entusiasta y austera, partidarios acérrimos de las ideas de J.-J. Rousseau, y mas celosos de la igualdad y fraternidad que de la libertad propiamente dicha.

(N. del T.)

(2) Dábase este nombre á la parte de la Convencion en que tenían principalmente su asiento los diputados de la Gironda, por lo cual el partido entero, si bien compuesto de representantes de todos los departamentos, tomó el nombre de Girondino. En general eran jóvenes llenos de entusiasmo y vehemencia, á quienes los encomios recíprocos y trato habitual, habian inspirado no poca vanidad y esa fuerte dosis de amor propio que se observa en las reuniones de provincias, sea político su fin ó literario. Muchos de ellos poseían una elo-

como dos ejércitos enemigos en un campo de batalla, se median con la vista, y se enviaban recíprocamente retos de muerte; mientras que el centro (1), oscilando sin cesar al impulso de contrarios vientos, inclinaba ora á un lado, ora al opuesto, según la alternativa preponderancia de ambos partidos limitrofes.

Parecía que una cuchilla, suspendida á un hilo invisible, amenazaba la cabeza del presidente, de cada orador y cada diputado. Pálidos estaban todos los semblantes, la venganza hervía en el fondo de los corazones, la imaginación calenturienta pastaba continuamente de cadáveres y funerales, y el temblor de la muerte vibraba en todos los discursos, que, con susto y sobresaltos y con voz seca y estremecida, pronunciaban los oradores aludiendo sin cesar á crímenes, conjuraciones, traiciones, complicidad y cadalso.

cuencia admirable, y todos un grande amor por la república, si bien concebían esta forma de gobierno de un modo visionario, con las virtudes, costumbres severas y abnegación patriótica de los Griegos y Romanos. Faltábales el sentido práctico, el instinto revolucionario y esa elocuencia demagógica de sus adversarios tan eficaz en la muchedumbre. Las principales celebridades entre los Girondinos eran Vergniaud, Brissot, Condorcet, Isnard, Gensonné, Valazé, Louvet, Barbaroux, Salles, Meilhan, Buzot y Roland; este último, célebre por las gracias y talento de su mujer que tan importante papel desempeñó en los acontecimientos de la época.

(N. del T.)

(1) El autor se sirve de la palabra *marais*, que significa literalmente laguna ó pantano, y tal era el nombre que daba el pueblo de París á la parte central de la Convención, á causa de su carácter cenagoso y estancado. Por el mismo motivo lo llamaba igualmente *ventre* (vientre), aludiendo á su naturaleza floja y parásita.

En efecto componíase el centro convencional de hombres pacatos y pusilánimes, arrastrados alternativamente por la Montaña ó la Gironda, según las alternativas de pujanza ó abatimiento de ambos estos partidos; hombres escépticos los mas y sin credo alguno político, terroristas con Robespierre, termidorianos con Tallien, que temblaban á la menor demostración armada. Su jefe era el célebre Barrère, dotado de una gran espontaneidad de palabra, considerable elegancia de dición, carácter temeroso y prudente, y digno caudillo de partido semejante. El 9 de thermidor, previendo la horrasca que debía levantarse, y juzgando que su resultado debía ser la consolidación ó ruina del partido dominante, llevaba Barrère un discurso en cada una de sus faldriqueras, en pro y en contra de Robespierre, determinado á pronunciar uno ú otro según la marcha de los acontecimientos.

Como la energía de las expresiones metafóricas *pantano* y *vientre* solo pueden ser apreciadas en época revolucionaria, ó por las generaciones que reciben inmediatamente el espíritu de esta época; y, como por su naturaleza podrían ser chocantes á mas de un lector, hemos preferido la denominación de *centro*, que se acomoda mejor á la índole de nuestro idioma. (N. del T.)

Marat, acusado por sus enemigos, saca de su seno una pistola, y, apoyándola en la frente: « Una palabra mas, exclama, y me levanto la tapa de los sesos. »

David, el gran pintor David, en pié sobre su asiento, gritaba como un energúmeno: « Pido que me asasineis. »

Con el ojo encendido, fruncidas cejas, torva mirada, trepaban los Convencionales á la tribuna, para incriminar ó defenderse, ofreciendo su propia cabeza en testimonio de su inocencia, ó pidiendo la de sus contrarios. La pena capital era la única conocida para toda clase de delitos, y faltaba á la Asamblea tan solo el verdugo, el cual no estaba muy lejos.

La victoria pareció declararse por la Gironda. No es fácil formarse una idea de las injurias, desprecio, gestos y amenazas dirigidas contra Marat, cuya persona evitaban todos llenos de horror, como si nada humano tuviese este feroz revolucionario, ni el aspecto, ni la palabra, ni aun el nombre.

Quando subía Robespierre á la tribuna, se proferían los gritos de: ¡ Abajo el ambicioso! ¡ Fuera el dictador!

Robespierre cedió, pero pronto volvió á levantarse audaz, evocando cada día y abultando la negra y siniestra nube de cuyos flancos debían estallar la muerte de Luis XVI, el suplicio de los Girondinos, el levantamiento de la Vendée, la ley de los sospechosos, la erección del tribunal revolucionario, la permanencia de la guillotina, la demagogia de los clubs, el degüello en las prisiones, la denuncia y el terror.

La Convención queda estupefacta y yerta al ver guillotinos Vergniaud y Danton; hasta esa época habia estado en la fiebre y delirio, pero desde entonces entraron los sudores frios, el abatimiento y estropeo general. Los Convencionales hablaban, pero ya no discutían; y, en el horror del silencio, leían sus informes y relatos Robespierre, Saint-Just, Couthon, Collot-d'Herbois, y Billaud-Varennes. Nadie osaba respirar, ni mirarse, ni sobre todo contradecir; y los mas pusilánimes disimulaban su temor bajo un fingido entusiasmo, mientras que los mas audaces balbucían las excusas del miedo. La iniciativa habia pasado al club de los Jacobinos, la fuerza armada á la municipalidad de la capital, y la alta dirección de la policía á Robespierre. La minoría triunfal oprimía la mayoría del gobierno, en la Comisión de salud pública. Mutilada por las continuas ejecuciones del Tribunal revolucionario, la Convención no movía brazos ni piernas, como si se hubiese pa-

rado repentinamente su vida, y cuajándose su sangre en sus venas, conservando solo los movimientos automáticos de una máquina de decretos.

Robespierre, á pesar de su acierto y habilidad, se perdió no obstante por haberla mirado con desdén; cuarenta dias, y cuarenta dias en aquel entonces componian un siglo, estuvo sin dignar tomar en ella asiento, sin comprender que, en una nacion tal como la nuestra, una Asamblea legislativa, de cualquiera naturaleza que sea, tendrá siempre un poder enorme, aun cuando parezca que dormite; que, sea deber, interés, debilidad, ó hábito, la muchedumbre adhiere á las señales exteriores de la autoridad; que el gobierno, en revolucion, no se conserva sino con la condicion de ejercerse, presentarse y ser visto á cada hora en las manos de los que gobiernan; que, en una época revolucionaria, es necesario nunca detenerse, jamás desviarse, jamás reposar, jamás dormir. Y Robespierre durmióse, creyendo que, por su ascendiente, podría siempre dominar la Convencion y las Comisiones. Robespierre las acusó sin insurreccionarse, estalló antes de estar preparado, puso el pié en un terreno movedizo que variaba de dia en dia y que habia cesado de conocer; así tropezó, y sus cómplices, temerosos de caer igualmente, lo arrastraron al abismo.

Pero el vulgo, impresionado por la grandeza de los acontecimientos, supone siempre vastos pensamientos y miras lejanas en los hombres de accion, obstinándose en ver un elemento maravilloso en las causas, puesto que las halla en los efectos; sin atinar á comprender que, en Francia sobre todo, lo imprevisible es lo que domina, y que las revoluciones emanan del encadenamiento sucesivo de los hechos, á veces de una mera ocasion, casi nunca de la voluntad premeditada de un hombre, de un partido, de un sistema.

Algunos han creído ver igualmente una unidad y una fuerza admirable en la organizacion de la Convencion, opinion no menos errónea, pues, si bien se examina, esta Asamblea debió mas de una vez su conservacion á la casualidad. En efecto, poco faltó para que el 31 de mayo no acabasen con ella los Girondinos; algo despues, sin la astucia de Saint-Just, triunfaba de ella Danton; mas adelante, sin la cobardia é ineptia de Henriot, Robespierre, proscribio el 8 de termidor, preso pero puesto inmediatamente en libertad, volvia á recobrar la autoridad; igualmente, sin una carga de caballeria dada muy oportunamente, continuaba deliberando

el populacho ebrio de sangre, el 1º de prarial, en el seno mismo de la legislatura, con algunos diputados insurgentes, despues de haber echado abajo las puertas de la sala, dado muerte á Feraud y expelido la Convencion; por último, sin el héroe del 13 de vendimiario, las secciones de Paris daban muerte en sus mismos asientos á los miembros del cuerpo revolucionario.

La anarquia de accion y voluntad dominó la Montaña como los demas partidos. Hubo, por otra parte, diferentes Montañas: la Montaña de Marat, grupo aislado, pues la repudiaban Danton y Robespierre; la Montaña de Danton y sus amigos Camilo Desmoulins, Legendre y Lacroix; la Montaña de Robespierre, Couthon y Saint-Just; la Montaña de Billaud-Varennes, Tallien, Barrère, Collot-d'Herbois; la Montaña de Bourbotte y de Goujon. Todas ellas se arrojaron recíprocamente al rostro cieno y sangre; y tal es por desgracia la historia de todos los partidos en todas las Asambleas, que se injurian en tiempo de paz, y se degüellan en tiempo de revolucion.

Así errónea es la opinion generalmente admitida, de que la Convencion fue una Asamblea completamente libre, regulada, consecuente, directora, reina tanto de hecho como de derecho, dueña absoluta y espontánea de todos sus movimientos. Lejos de ser así, se puede asegurar que la Convencion fue perennemente, desde su abertura hasta el suplicio de los Girondinos, una arena de muerte de ambos partidos rivales; y, despues de los Girondinos, su obediencia fue casi silenciosa; bajo Robespierre, solo ofrece terror y mudez; y, despues de este, contra-terror con raras intermitencias.

Decretar unánimemente la arrestacion de los Girondinos, luego de Danton, y mas adelante de Saint-Just, votar con unanimidad, el 8 de termidor, la impresion del discurso de Robespierre, y al dia siguiente su muerte; ¿qué asomo de razon, consecuencia ó libertad, ofrecen semejantes procedimientos? ¿Cosa extraña! la Convencion fue la mas soberana á la vez y la mas sujeta de todas nuestras Asambleas; la mas habladora y la mas muda; la mas gesticulante y la mas inmovil; la mas independiente por intervalos, y la mas dominada en general; y, siendo un instrumento poderoso, dependiente, pasivo, unitario, en manos del gobierno revolucionario, pudo este acabar con sus enemigos imponiéndoles el silencio de la victoria ó el terror.

Hablando con propiedad y sin rodeos, el papel de la Conven-

cion no excedió al del escribano que autoriza y legaliza los actos; y el verdadero gobierno residía en las Comisiones de salud pública y seguridad general, las cuales en el exterior, se apoyaban en los representantes del pueblo comisionados cerca del ejército; en el interior, en los distritos y sociedades populares con que estaban en correspondencia; é igualmente en la Convencion que decretaba sus medidas, y en el tribunal revolucionario que les daba, cuando lo pedia el caso, su terrible sancion.

El gobierno deliberaba en comun, con arreglo á los informes de sus miembros; pero cada uno de estos era casi independiente en su departamento: así Carnot dirigia casi exclusivamente el de la guerra, Cambon el de la hacienda, Robespierre el de la policia; y cada miembro del gobierno reunia al poder individual de su suprema direccion, el poder colectivo de las Comisiones, y la dictadura era completa.

A esta misma dictadura de las Comisiones, mas que á la misma Convencion, se debe atribuir lo malo y lo bueno de aquella época, el terror implacable en lo interior y las victorias ganadas por los ejércitos franceses. ¡Qué hombres de hierro eran todos los miembros de las Comisiones de la salud pública y seguridad general! ¡qué tenacidad de voluntad! ¡qué precision en el mando! ¡qué prontitud de ejecucion! Guerra, marina, hacienda, subsistencias, policia, negocios interiores, negocios exteriores, legislacion, á todo bastaban, á todo acudian, perorando con los Jacobinos, deliberando en las Comisiones, leyendo informes en la Convencion, trabajando quince horas por día, dirigiendo los planes de ataque y defensa, correspondiendo con catorce ejércitos y organizando la victoria.

A la vez reyes, diputados y ministros, ordenadores y redactores, gefes y expedicionarios, llevaban el peso del gobierno en su conjunto y en su distribucion. El poder rebotaba en ellos, sin mas extension que su voluntad, sin mas limites que el cadalso; si osaban en demasia, se les llamaba dictadores; si no osaban lo bastante, conjurados; omnipotentes, pero responsables, responsables con su cabeza del triunfo como de la derrota.

No era en aquel entonces la deputacion un empleo de ocio ó de explotacion; para ir á la Asamblea tenian que atravesar los diputados plazas llenas de cañones con la mecha encendida y llameando en las manos populares; era necesario pasar por filas de picas y bayonetas; entraba el representante en la sala como soberano, y

salia á menudo proscrito. El presidente Boissy-d'Anglas, cubriase impávido ante la cabeza ensangrentada del diputado Feraud, que una porcion de mugeres desgredadas y feroces le presentaban en la punta de una pica; Lanjuinais continuaba su discurso sin preocuparse de la pistola de un asesino apuntada á su cabeza; Robespierre, con la quijada rota yacia en tierra en una sala adyacente á la Convencion; otros diputados se quitaban la vida con un puñal, á dos pasos de allí, en el pretorio del tribunal revolucionario; otros se envenenaban para escapar al verdugo; tales eran los espectáculos ordinarios.

La compasion y la esperanza son cosas desconocidas á partidos que se diezman y se inmolan reciprocamente. Era necesario combatir: la Montaña contra la Gironda, y luego entre sí los miembros de aquella, mas la lucha era tan necesaria como inevitable, la victoria efimera, la muerte segura.

¿Fue acaso Vergniaud federalista? ¿Conspiró Danton contra la república? ¿Encaminábase Robespierre á la dictadura? Cuestiones son estas que no están suficientemente demostradas á lo menos á mis ojos, probando poco ó nada en mi concepto esos repentinos arrestos, esos testimonios sin defensa, sin confrontaciones, sin formas, sin reglas, sin denunciadores libres, sin tribunal imparcial, sin jurado formal. Los convencionales se acusaban entre sí, se deshonoraban, se destruian; pero no se juzgaban.

La historia imparcial dirá que en esos hombres alternativamente proscritos y proscritos, jueces y victimas, hubo mas fanatismo que ambicion, mas exaltacion que crueldad; dirá que á las instituciones revolucionarias y no á los hombres instrumentos de estas mismas instituciones, debe un ánimo imparcial atribuir los excesos de esa época delirante; que un solo cuerpo político que pretende á la vez constituir, promulgar leyes, deliberar, acusar, juzgar, administrar, vigilar, combatir, obrar; que acumula en sí todo el gobierno con toda la legislatura, se condena á padecer la anarquía ó el despotismo; que esa Convencion, órgano único y legal de la universalidad del pueblo, no debía permitir que se estableciese á su lado la dominacion de un club rival, igual en poder, ni tolerar, bajo el pretendido respeto de la soberanía del pueblo, que autoridades ó corporaciones, cualesquiera que fuese su naturaleza, asediasen la Asamblea con proposiciones incendiarias y desfilasen triunfalmente en su presencia con armas ó sin ellas; ni deprimir la magestad nacional ante un clubista alborotador de café

ó taberna, agitándose como un endemoniado y echando espuma por la boca como un epiléptico; ni prorogar indefinidamente los poderes omnipotentes de las Comisiones ejecutivas; ni, despojándose de su inviolabilidad parlamentaria, permitirles lanzar mandatos de arresto contra sus miembros, ni proceder ella misma contra estos del mismo modo sin oír sus defensas; ni autorizar, en todos los puntos de la república, sin disciplinarlas y contenerlas, diez mil sociedades habladoras, turbulentas y terroristas; ni dejar usurpar las tribunas públicas y sus propios asientos por una muchedumbre de ambos sexos andrajosa, de siniestro aspecto, que aplaudía, vociferaba, amenazaba con el puño y deliberaba; ni convertir tumultuariamente en decretos, por aclamación, y sin debates previos ni intervalo conveniente, proposiciones de acusación, legislación ó policía, que el proponente había leído una sola vez, que la Asamblea no había comprendido, y tal vez no escuchado; ni tolerar que llamados fuesen los colegas del lado opuesto, malvados y conspiradores, y resonase en la tribuna un lenguaje de muerte que conduce más pronto de lo que se cree á escenas de muerte; ni imaginarse que la soberanía popular pudiese fraccionarse y residir en la usurpación improvisada de algunas autoridades y algunos individuos que se insurreccionaban y revestíanse con la palabra é insignias del mando supremo; ni enfin creer que una Convención podía llevar sola sobre sus hombros, por más robustos que fuesen, el peso enorme, universal y abrumador de treinta millones de hombres.

Pero no arredraron tales anomalías de principios y conducta, á los clubs, comisiones y caudillos de la Convención, los cuales se creyeron llamados á cumplir una misión del destino, que en efecto cumplieron, y llegaron hasta el fin sin rodeos, sin consideraciones, sin miedo, sin piedad, sin remordimientos; sabiendo que atropellaban la regla ordinaria á la cual anteponian la razón de estado; no disimulándose que para llegar á sus fines era necesaria la violencia, y violentos fueron en efecto; que maldecida sería su memoria, y su memoria inmolaron á la patria y á la humanidad. Así cubrieron la estatua de la Libertad con el velo de la dictadura; suspendieron la libertad de 1793; contrarestaron con un alistamiento en masa á la voluntad de los reyes, y opusieron el hierro de la guillotina á sus enemigos interiores; impelieron con frenética y desesperada mano, el carro de la Revolución, que habían armado con cortantes guadañas; abatieron bajo el ni-

vel de la igualdad las ciudades y los campos, las leyes y las instituciones, los hombres y las cosas.

¡ Ah! ese olor de sangre que exhalan las huellas de la Convención, aun después de medio siglo, me horroriza. Esa abominable pena de muerte que la misma Convención repudió en su testamento, nunca la hemos deseado nosotros los amigos de la libertad, jamás la desearemos. Por grande que pueda concebirse, la justicia debe limitar á la omnipotencia de un dictador ó una Asamblea. ¿ De qué sirvieron á la causa de la Revolución las olas de sangre vertidas en setiembre, los tribunales revolucionarios, el antagonismo de los clubs, la insurrección de las municipalidades, los motines, los cadalsos permanentes, las guillotinas ambulantes, tantos infelices anegados, tanta metralla vomitada contra ciudadanos inofensivos, las declaraciones fuera de la ley, los encarcelamientos de ancianos, mugeres y niños? ¿ Tantas crueldades é infamias fortificaron acaso el gobierno revolucionario? ¿ Fue por eso la Francia más respetada, más justa, más amada, más victoriosa? ¿ Ganaron algo el progreso, la moralidad, la fraternidad? No, y nunca hará el terror mella alguna en un pueblo enérgico.

Pero al paso que apartamos los ojos con náuseas y horror del cadalso político, debemos ser justos, y reconocer un título á la Convención, que le será una honra eterna, y es que tuvo siempre un profundo sentimiento de la libertad, un amor inmenso de la patria común, y fundó tres cosas inapreciables: la independencia del territorio, la unidad del gobierno y la igualdad de los ciudadanos (1).

Aun en nuestros días, ¿ podrá creerse? hablar después de más de medio siglo de la Revolución francesa, es querer escribir sobre un barril de pólvora, entre panegiristas entusiastas é implacables difamadores, dispuestos cada uno por su parte, á hacerlo volar, si no es el escritor exclusivamente de su opinión, y nosotros no somos, ni seremos nunca partícipe de opiniones extremas, aunque deban prender fuego á la pólvora.

Así pues, ¿ quien podrá impedirnos decir que, aun después de medio siglo, han visto la luz más obras novelescas que históricas sobre la Convención, y eso en todos los partidos? Aun en el día prestamos á la generación de 1793 nuestras opiniones, nuestras

(1) Doy gracias á la Convención de haber salvado entonces la independencia de la Francia. (Discurso de M. Berryer, *Monitor* del 17 de enero de 1830).

ideas, nuestros sistemas, nuestras preocupaciones, nuestras utopías y una cierta dirección intelectual que nunca tuvieron, y que nosotros mismos no teníamos hace diez años. La confusión de dictámenes se nota en este punto como en tantos otros: así hay algunos que pretenden que Robespierre era agente asalariado de los Borbones y la Inglaterra; otros que aspiraba sin rebozo á la dictadura; ciertas personas dicen que intentaba restablecer la igualdad absoluta, mientras que no falta quien asegure que su solo placer era bañarse en la sangre como la hiena; y varias personas, afectando un aire profundo, frunciendo las cejas y meneando la cabeza, dicen que Robespierre jamás fue comprendido, dejando así la puerta abierta á toda clase de hipótesis.

Ya que todo el mundo manifiesta su parecer, también me será permitido á mí el emitir el mio, y diré en consecuencia que, si he comprendido bien el sentido de sus últimos discursos en la Convención, Robespierre, en mi concepto, estaba á punto de detener el carro del terror en el declive de la Revolución; pero puede haber error en este juicio, pues no soy publicista de imaginación, ni pretendo imitar esos comentadores que, en su delirio por la antigüedad, prestan á Virgilio y Homero artificios de estilo y melodías que ni aun siquiera hubieran sospechado ambos estos inmortales poetas. Del mismo modo los publicistas de imaginación atribuyen á Robespierre y á Saint-Just planes enteramente organizados de reforma social y nivelamiento democrático que ni aun dejan traslucir sus discursos; sin acertar á comprender que todos esos conductores de revolución empiezan por asaltar el gobierno existente, y después, si resisten sus adversarios los arrojan desde los muros al foso. Tales hombres son meros agentes de la Providencia de que se creen ser motores, y se hallan encadenados por la sucesión de los hechos y la lógica de los principios que los arrastra sin que lo adviertan, y los conduce mas lejos de lo que quisieran, y á regiones que desconocen.

Robespierre y Saint-Just veían la naturaleza como se ve en la escena teatral, al través de una óptica pastoral, con armoniosos coros de ancianos y castas doncellas. Ambos meditaban especulativamente sobre la libertad y la igualdad, con menos elocuencia que Rousseau, pero con mas pedagogía; y, como organizadores, no excedían al nivel de los demás miembros de la Montaña, demasiado atentos á deshacerse de sus enemigos y defenderse á sí mismos para pensar en otra cosa. Tanto en uno como en otro, la

acción absorbía el pensar, el presente el porvenir; la Revolución semejante á un torrente, los arrastraba en su curso impetuoso, y no hay que olvidar que no se funda un edificio en la corriente sino en la orilla.

Sea como fuere, lo que no admite duda, y tal es lo que nos importa, es el prodigioso sacudimiento que dió al mundo el coloso francés, cuando, rompiendo las cadenas de la monarquía política, se levantó y elevándose á toda su altura, empezó su marcha de fuerza y libertad.

Del mismo modo que los metales mas heterogéneos se disuelven y aglutinan en el crisol bajo el fuego de una fragua ardiente, tal así, bajo el poderoso soplo de la Convención, se unieron y combináronse en un solo cuerpo las provincias de Francia mas diversas entre sí. Cada aldea, desde los Pirineos hasta el Rin, desde el Océano hasta los Alpes, cada fracción del territorio, trabajada y removida hasta el fondo por los labradores revolucionarios, recibió y guardó las semillas de la libertad. El desprecio de la muerte, la grandeza trágica de los acontecimientos, el entusiasmo de la gloria, dieron un temple de increíble energía á esas almas de acero, á las fuertes generaciones de nuestros padres. La Francia de aquel entonces no era mas que un campo, una fábrica de fusiles y cañones, un arsenal de guerra, una inmensa plaza de armas. Las madres ofrecían sus hijos á la patria, los esposos jóvenes se arrancaban de los brazos de sus tiernas consortes, legiones de soldados parecían salir del centro de la tierra, los cuales descalzos, casi desnudos, sin pan, y á veces sin pólvora, acometían á la bayoneta y dominaban los atrincheramientos y baterías enemigas. ¡Qué capitanes! Hoche, pacificador de la Vendée; Marceau, el héroe de Wissenburgo; Pichegru, rápido conquistador de la Holanda; Pichegru, que después... pero en aquel entonces triunfaba en Nerwinde. A estos generales de la República debían pronto suceder los gloriosos mariscales del imperio, Ney, Soult, Murat, Massena, Lannes, Lefèvre, Davoust, Augereau, y superior á todos Bonaparte, superior tal vez á Napoleón. Ese joven general de la Convención, que, á la edad de veinte y cuatro años, hacia llover la metralla sobre los Ingleses desde la altura de los fuertes de Tolon, debía un día hacer temblar la Europa bajo sus pasos, y sentarse ungido por el papa en el trono de los Césares. Esos soldados cubiertos de harapos, debían dar vuelta con su general, al mundo entero, acampar al pié de las Pirámides, conquistar la Ita-

lia, y, ceñidos de los laureles de Arcola, Abukir, Marengo, Austerlitz y de Iena, plantar sus águilas triunfantes en las torres de Viena, Lisboa, Roma, Amsterdam, Madrid, Berlin, Moscú. Esa nacion cuya ruina y repartimiento meditaban los extrangeros, debia ser pronto saludada por el gran emperador con el título de gran nacion. Al rededor de la Revolucion marchaban, como para servirle de cortejo magnífico, hombres de admirable genio, unos ilustres ya, otros próximos á serlo: en las ciencias, los Laplace, Lagrange, Biot, Carnot, Monge, Cuvier, Chaptal, Berthollet, Lavoisier, Pinel, Cabanis, Bichat, Dupuytren; en las bellas artes, los David, Gros, Girodet; en las letras, los Lebrun, Fontanes, Bernardin de Saint-Pierre, Chénier y Chateaubriand; en la política, los Talleyrand y los Sieyès; en la legislacion, los Cambacérès, Tréillard, Berlier, Zangiacomi, Daunou y Merlin; en la administracion, los Portalis, Defermon, Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Allent, Regnier, Thibeaudeau, Fouché, Real, Pastoret, Siméon, Boulay de la Meurthe.

Así pues la Convencion no reinó en una época vulgar y en generaciones sin virtud, sin genio y sin gloria; sino tuvo sus guerreros, sabios, artistas, estadistas y jurisperitos. También tuvo sus oradores.

Bajo el aspecto del arte, estilo, ciencia, disposicion, pruebas y método, no hubo ningun orador en la Montaña ó en la Gironda, que pueda igualarse á los de la Asamblea constituyente, ni á los príncipes de la tribuna actual.

Al contrario, bajo el punto de vista de los efectos oratorios, no me consta que ninguno de estos príncipes haya arrancado, á pesar de los maravillosos esfuerzos de su palabra, el menor voto á la tenacidad industrial y obtusa de nuestras Cámaras actuales, mientras que Robespierre, Barrère y sobre todo Danton, arrebataron mas de una vez los decretos de la Convencion con empeñada lucha.

Habia, en efecto, en la Convencion, hombres dotados de un poder de palabra extraordinario, mientras que en nuestros tiempos, solo vemos excelentes organistas, los mejores del mundo, pero productores de un vano sonido.

La elocuencia de aquellos tiempos era campanuda, hinchada, gigantesca como la Revolucion que defendia; mientras que la nuestra se presenta con las proporciones de esos Don Quijotes, largos de piernas, secos de brazos, que sirven de muestra en nues-

tras posadas de aldea; la elocuencia de los Convencionales olia á pólvora, la nuestra á cañamo y remolacha; aquella preconizaba los intereses liberales, esta los materiales; la palabra de los revolucionarios era violenta hasta la acusacion y cínica hasta la injuria; la nuestra es burlona, enredada, locuaz é hipócrita; la suya llevaba á sus oradores á la pobreza, denunciaciones, ostracismo, prision y cadalso; la nuestra abre á los nuestros un camino florido que conduce á la opulencia y á los honores del ministerio.

Fuese dificultad de invencion, precedentes, ó educacion clásica, los republicanos de 1793 procuraron resuscitar Atenas, Esparta y Roma en sus costumbres, acciones y arengas. ¡Cosa rara! Los mas frenéticos demagogos, admiraban de un modo sincero las leyes, hábitos, trages, carácter, discursos, vida, y hasta la muerte de los aristócratas mas altaneros é insolentes de la antigüedad.

Los republicanos adoptaron el gorro griego, el peinado trenzado, las largas clámides; proseribieron las letras, único consuelo de las almas sensibles y delicadas; implacables condenaban sus amigos mas queridos, con la paternidad desnaturalizada de Bruto; profesaban por los reyes la saña enconada de Horacio Coeles; ofrecíanse á la muerte como victimas expiatorias, abrianse las venas, despedazaban sus entrañas, sometíanse impávidos á su suerte á la manera de Decio, Régulo y los senadores en tiempo de Tiberio y de Neron en Roma esclava; juraban morir en su asiento de representantes como los senadores romanos en sus sillitas curules; amenazaban los dictadores de las Comisiones y Convencion con el puñal de Harmodio y la roca Tarpeya; afectaban la frugalidad de Cincinato y de los Espartanos; apuntaban el nombre de sus enemigos con tinta roja, en tablas de proscripcion, en conmemoracion de Sila; decretaban la inmortalidad del alma, teniendo presente á Caton moribundo; para no llevar calzones alegaban que nunca los llevó el demócrata Jesus; declaraban á sus enemigos fuera de la ley, como los Romanos prohibian á sus proscritos el uso de agua y de fuego; sofocaban la naturaleza, violaban la justicia, desencadenaban la libertad, y exageraban la misma virtud para asemejarse mas á los antiguos.

Tal es lo que concierne la parte exterior del discurso que se alimenta de formas, movimientos é imágenes; en lo tocante á lo que atañe á la política, filosofia, economia, derecho y deberes humanos, prevalecian los principios de Rousseau y de los enciclopedistas.

En la municipalidad de Paris, en el club de los Jacobinos, en las Comisiones del gobierno, en las sociedades populares, en las órdenes del día del ejército, en las plazas públicas, al pié del cadalso, en una palabra en todas partes, dominaba el mismo fondo de ideas, la misma exaltación, la misma grandeza, las mismas figuras, las mismas exclamaciones, las mismas imitaciones, las mismas apologías, las mismas denominaciones, el mismo lenguaje.

En este drama revolucionario, en este espectáculo oratorio tan vivo, tan animado, tan ruidoso, tan terrible, todo se mezcla, todo se agita, todo se confunde, los clubs, los diputados, los peticionarios, el pueblo, tribunales, la silla presidencial, las tribunas; desde el techo hasta las puertas, en los corredores, dentro y fuera, todo desempeñaba un papel, todo era acción, combate, gritos, aplausos, murmullos. Las secciones armadas, instigadas y conducidas por gefes invisibles y desconocidos, invadían la Asamblea, hacían retroceder á los Convencionales, indicaban con el dedo los diputados sospechosos, y exigían que sin dilación rodasen sus cabezas bajo la cuchilla de la ley.

¡Tiempos extraordinarios! ¡contraste singular! Esa Asamblea que desafiaba audaz á todos los monarcas europeos, retrocedía amedrentada ante las amenazas de algunos denunciadores que arrojaban espuma de rabia, y llegaba su condescendencia, ó por mejor decir, su pusilanimidad, hasta concederles los honores de la sesión.

A veces acudían las mismas secciones á aguijonear la tardanza del mismo Robespierre, y no hallaban su Constitución suficientemente democrática.

« Vosotros que habitais la Montaña, dignos descamisados (1), ¿permaneceréis siempre inmóviles en la cima de esa roca inmortal? ¿Hasta cuando permitiréis que haya hombres indignos que beban en doradas copas la sangre del pueblo? Alzaos, vigorosos miembros de la Montaña, alzaos, y no terminéis con ignominia vuestra carrera. »

La Montaña se indignaba y devoraba el ultraje.

(1) Para evitar el neologismo que resultaría de la desinencia española á la voz *sans culottes* que emplea el autor, ó la traducción literal de esta palabra que quiere decir al pié de la letra *sin calzones*, hemos juzgado oportuno sustituirle el término *descamisado*, como equivalente en significacion y aclimatado ya en nuestro idioma. (N. del T.)

La municipalidad revolucionaria de Paris, con el *maire* (1) al frente, admitida en la sala de la Convencion, decia:

« Montaña para siempre memorable en los fastos de la historia, sed el Sinai de los Franceses; lanzad en medio de rayos los eternos decretos de la justicia y de la voluntad del pueblo; agitaos y estremeceos á su voz. Montaña santa, sed el crater cuyas abrasadoras lavas consuman los malvados y traidores. »

Y, continuando la misma metáfora, respondía el diputado Gaston:

« Paris, como el monte Etna, debe expeler de su seno la aristocracia calcinada. »

Los ánimos se embriagaban poco á poco con el calor de la palabra, y se exaltaban hasta el delirio. Oigamos á Legendre: « Si se presenta un tirano, morirá de mi mano; lo juro por Bruto. »

Y á Drouet: « Seamos bandidos para la felicidad pública, seamos bandidos. »

No obstante, hay que observar que estos rasgos eran meros accidentes, y no hay que figurarse que todos los actores del drama revolucionario torciesen la boca y se agitasen como maniacos ó energúmenos.

Muchos de ellos, nacidos en el pueblo, ó cerca de este, conservaron siempre un amor invencible por la igualdad, una originalidad propia de fisonomía y lenguaje, una elocuencia enérgica y vehemente, una viveza en el ataque, una intrepidez de defensa, un admirable desinterés, una noble indigencia, un respeto por la soberanía nacional, un cariño filial por la patria, un renunciamiento heroico á los intereses de persona y localidad, un instinto generoso de gloria, una aspiración á la unidad, y otras muchas prendas que en vano buscaríanse entre su posteridad.

Allí, entre los escuadrones girondinos, pues la Convencion era un campo de batalla, distinguíanse ilustres miembros, como Guadet, cuya elocuencia procedía del corazón, si bien emitía por intervalos vivos destellos, Guadet que, mirando cara á cara á Robespierre, le dijo:

« Mientras que correrá en mis venas una gota de sangre, tendré el corazón demasiado audaz y el alma demasiado elevada para no reconocer mas soberano que el pueblo. »

(1) Dignidad civil y administrativa análoga á la que desempeña en España nuestro corregidor. (N. del T.)

Louvet, escritor lleno de chiste y al mismo tiempo caluroso, orador vivo y brillante, que rompió el fuego con la Montaña con mas valor que prudencia.

Lanjuinais, Breton pertinaz (1), lleno de entereza, y publicista de mérito, que no sabia retroceder ante el peligro, ni transigir con los sofismas. Débil de cuerpo, pero naturalmente intrépido, luchaba con los miembros de la Montaña, voz contra voz, gestos contra gestos, aferrándose á la tribuna con invencible porfia. Como se viese injuriado del modo mas soez, y amenazado para que diese su dimision de diputado, dejó caer con magestad estas bellas palabras: « Sabed que la víctima adornada de flores y arrastrada al altar, no era insultada por el sacerdote. »

Bazire que pronunció una expresion sublime.

El proyecto de Constitucion contenia lo siguiente: « El pueblo francés nunca hace la paz con un enemigo que ocupa su territorio. »

Mercier: « Semejantes articulos se escriben ó se horran con la punta de la espada; ¿habeis acaso hecho un tratado con la victoria? »

Bazire: « Lo hemos hecho con la muerte. »

Camilo Desmoulins, dotado de una imaginacion ardiente en exceso, pero de un corazon no menos sensible, que amaba con idolatria la libertad, y á sus amigos mas que á sí mismo; jóven entusiasta, que, con temeridad quiso hacer retroceder la Revolucion despues de haberle dado impulso, mas fue aplastado por el carro que llevaba la fortuna de Robespierre.

Tenia Camilo una fisonomía expresiva y el gesto oratorio; pero cierto estorbo en la lengua le impedia el uso de la tribuna, y su impetuosidad intelectual no le permitia trabar y poner en orden sus ideas en un discurso acertado y metódico. Libelista mas bien que orador, libelista ingenioso pero cínico, tal era Camilo Desmoulins. Animados, sencillos, vehementes, pero á menudo desprovistos de lógica y gusto, sus folletos son ya oscuros, ya brillantes, mas siempre incoherentes como los sueños calenturientos de un enfermo; á veces lleno de rechifla, naturalidad y gracia. En los últimos tiempos, tembló por los que temblaban, sufrió por los que sufrían, y adoptó los colores enérgicos de Tá-

(1) Los Bretones tienen en Francia la fama de ser porfiados y testarudos, como los Aragoneses en España.

(N. del T.)

cito para pintar los tiranos del pueblo, hincando y revolviendo en sus heridas el puñal de la ironía, procurando inspirar la piedad, esforzándose en despertar los remordimientos, pero ya demasiado tarde; en vano se precipitó en el torrente para contenerlo y guiarlo, no pudo domeñar la onda espumosa ni contener la corriente arrastradora. Sepultado en los lóbregos calabozos del tribunal revolucionario, no ignorando la suerte que le aguardaba, solo deploraba la pérdida de su esposa Lucila á quien escribió esta carta patética cuyo final arranca las lágrimas: « Adios Lucila, mi querida Lucila; siento alejarse de mi vista la ribera de la vida. « Aun veo á mi Lucila, aun la veo; mis brazos cruzados te estrechan, mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada en tu falda reposa. Adios Lucila, voy á morir. »

Vergniaud, inteligencia flexible y extensa, patriota sincero, orador elegante, melifluo, metafórico, tal vez demasiado metafórico, de quien la posteridad recuerda esta expresion:

« La Revolucion es como Saturno que devoraba á sus hijos. »

Y esta comparacion que peca por amplificacion y paráfrasis, pero que tan aplaudida fue en aquel entonces: « Si nuestros principios se propagan con lentitud entre las naciones extranjeras, es porque su brillo se halla oscurecido por sofismas anárquicos, movimientos tumultuosos, y sobre todo por un vapor de sangre. »

« Cuando por primera vez se prosternaron los pueblos ante el sol, llamándole Padre de la naturaleza, ¿pensais acaso que oscurecian el astro benigno negras y apiñadas nubes precursoras de destructoras borrascas? Ciertamente no: brillante de esplendor y de gloria avanzábase en la inmensidad del espacio, esparciendo en el universo la luz y fecundidad. »

Y su respuesta á Robespierre:

« Si culpables somos y no nos enviais ante el tribunal revolucionario, haceis traicion al pueblo; si somos calumniados y no lo declarais, ultrajais la justicia. »

Y esta apóstrofe:

« Temed que, en medio de vuestros triunfos, se asemeje la Francia á esos famosos monumentos que en Egipto vencieron el tiempo. El extranjero que pasa queda atónito al ver su grandeza; mas ¿qué encuentra si en ellos penetra? cenizas animadas y el silencio de la tumba. »

Búsquense, reúnanse todos los discursos oratorios, y se verá

que lo que á la multitud sorprende y enagena es la imágen, tanto en nuestras Asambleas legislativas como en cualquier otra parte.

Bajo otro punto de vista, Vergniaud era orador poco sustancial, poco túpido, desprovisto de trabazon y firmeza, flaco en la parte dialéctica, y poco apto á dominar esas Asambleas tempestuosas, en que la petulancia del gesto y la insolencia familiar del lenguaje acompañaban todos los discursos.

Como los demás Girondinos, cometió Vergniaud la falta irreparable de atacar las personas mas que las cosas, é irritar y abultar la Montaña por sus violencias. La posteridad vitupera ambos estos partidos que trocaron la sala de la legislatura en una arena de gladiadores.

En frente de los Girondinos, y en los bancos opuestos del anfiteatro, tenian sus asientos los miembros de la Montaña, sus enemigos mortales.

Allí estaba Barrère, redactor elegante de las victorias que organizaba Carnot; Barrère, que improvisaba proyectos, decretos y exposiciones, como Danton discursos; si bien menos hiperbólico en sus imágenes, mas castizo, mas literario, mas fiel á las reglas de la gramática y al decoro del idioma; osado á la vez y circunspecto, impetuoso y prudente, muy diestro en conocer de que parte soplabá el viento y en donde iba á descargarse la tempestad; diplomático astuto, y aun mas astuto diputado.

Notábase tambien Marat, hombre de instintos feroces, aspecto ruin y rostro ignoble, que repudiaba Danton y á quien no dignaba acercarse Robespierre; denunciador universal, que invocaba la *santa guillotina*, instigaba al pueblo al asesinato, y pedia por pasatiempo doscientas mil víctimas, la cabeza del rey y un dictador; ente vil, lleno de crueldad y de locura, y al mismo tiempo chocarero y truhan sin dignidad ni freno, que se agitaba en su asiento como un energúmeno, se levantaba como sobresaltado, reía á carcajada tendida, asediaba la tribuna, insultaba al orador, fruncia las cejas, dejaba que lo coronasen ridiculamente con una corona de hojas de encina, y dirigiéndose á la Asamblea, repetía sin cesar con voz enfática: « Os recuerdo el pudor, si lo conocéis. »

A sus adversarios decía: « ¡Qué trinca de tunos! ¡qué marranos! ¡qué pandilla escapada de Bicetre (1)! » A un célebre ora-

(1) Poblacion cercana á Paris, célebre en esta capital por su hospital de locos.  
(N. del T.)

dor le gritaba: « Silencio, pajaraco! » ó bien: « Tú eres un pícaro, un majadero; cállate, que chocheas. »

Mas tambien es cierto que le volvian con usura sus ultrajes, y continuamente se oian resonar estas palabras: « Callad, infame, « malvado. »

Este monstruo causaba sobre todo horror á la Gironda, y la mayor parte de sus miembros lo trataban con el mayor desprecio, colmándolo de injurias, recibidas, es preciso reconocerlo, con calma y aun con un descaro insolente y desvergüenza mofadora. Marat no era orador, ni aun hablador vulgar, pero era polemista de algun talento, y tuvo mas de una vez bastante perspicacidad para reconocer los ambiciosos bajo la máscara que los disfrazaba, y bastante osadía para quitarles esta misma máscara.

Distingüanse igualmente entre los miembros de la Montaña:

Billaud-Varemmes, duro, áspero, atrabiliario, mártir de su fe republicana, el cual en Robespierre creyó inmolar un tirano;

Couthon, consejero de Robespierre, cuyo brazo era Saint-Just; paralizado de ambas piernas, y el solo incapaz de moverse entre tantos hombres de accion; Couthon que, sentenciado á muerte bajo el pretexto de haber aspirado al rango supremo, se contentó con decir irónicamente: « ¡Yo, yo querer ser rey! »

Saint-Just, republicano por conviccion, austero por temperamento, desinteresado por carácter, nivelador por sistema, tribuno en las Comisiones, intrépido en los campos de batalla. Su juventud, que casi rayaba en adolescencia se hallaba madura para grandes designios; su capacidad era superior á su situacion; un fuego sombrío brillaba en sus miradas; tenia un rostro melancólico, un gusto pronunciado por la soledad, una palabra llena de lentitud y solemnidad, un alma de hierro, una voluntad indomable, un objeto continuamente fijo ante sus ojos. Este jóven entusiasta elaboraba sus discursos con un dogmatismo estudiado, sembrándolos de fragmentos metafísicos sacados de Hobbes y Rousseau, uniendo á la violencia y medios positivos de la marcha revolucionaria, una filosofía social mezclada de imaginacion y sueños floridos.

Citemos algunas de sus expresiones: « El fuego de la libertad « nos ha purificado, como el crisol purifica los metales expeliendo « la espuma impura. »

Y esta palabra: « Osad, »

Y este movimiento:

« Las huellas de la libertad y del genio no pueden borrarse del universo; el mundo estaria vacío desde los Romanos, si no lo llenase la memoria de este pueblo heróico. »

Su acusacion contra Danton se halla dispuesta, ordenada y conducida con un arte infinito, por no decir infernal. Comienza por inriminar Bazire, Chabot, Camilo Desmoulin y otros, guardando Danton para el último. Al llegar á él, se detiene, contempla lo arduo de su empresa, reúne todas sus fuerzas contra el gigante; vuelve atrás, recoge sus pruebas, las precipita, las aprieta, las acumula, las agrupa en forma de haz como el hacha de los lictores, y, para apasionar á sus oyentes, apostrofa á Danton como si se hallase presente, como lo haria un acusador criminal en una sala de audiencia; despliega la lista de sus traiciones supuestas, conjuraciones y delitos; descubre su vida privada, repite sus palabras aun las más confidenciales; lo denuncia, lo infama, se niega á oírlo, no lo oye; lo juzga, lo condena, lo arrastra al suplicio, le corta la cabeza con su discurso mejor que hubiera podido efectuarlo con el hierro cortante de la guillotina. En todo esto el papel que desempeña Saint-Just es poco decoroso, es preciso confesarlo, y la Convención que unánime vota la acusacion de Danton, ¿era libre al votar?

Robespierre, orador disertado, ducho en arengar en los clubs y tribunas, paciente, taciturno, disimulado, envidioso de la superioridad ajena, naturalmente vano, dueño de la discusion y de sí mismo, no dejando mas respiradero á sus pasiones que exclamaciones sordas; ni tan desprovisto de mérito como pretenden sus enemigos, ni tan grande como aseguran sus partidarios; provisto de un excelente concepto de sí mismo, hablando en demasia y de un modo muy ventajoso de su desinterés, patriotismo, servicios, virtud, justicia; consiguiendo siempre, y con maña, presentar su persona, despues de laboriosos circuitos, á la atencion general, y cargando continuamente sus discursos con el abrumante peso de su personalidad.

Robespierre escribia sus informes, recitaba sus arengas, y solo improvisaba en las réplicas.

Poseia el talento de trazar con maña el cuadro exterior del mundo político, tal vez aventajaba á sus colegas como hombre de estado, y, sea vago instinto de ambicion, sea sistema, sea repugnancia final de la anarquía, aspiraba á la unidad y á la fuerza en el poder ejecutivo.

Su manera oratoria rebosaba de recuerdos procedentes de Grecia y Roma, y los adolescentes, salidos apenas del colegio, que poblaban la Asamblea, escuchaban atentos, y con la boca abierta, esas alusiones históricas. ¿ Quien pensaria en el dia en hablar en la tribuna, sin dejar asomar á sus labios la risa, de los Cretenses, de Lacedemonia, del dios Minos, del general Epaminondas, de los senadores romanos de larga toga, del buen Numa y de la ninfa Egeria?

Interpelado por Vergniaud, que le decia: « Concluid... » — « Sí, replicó Robespierre, voy á concluir y contra vos... » Y enumerando sus acusaciones, se elevó esta vez Robespierre á la verdadera elocuencia. Pero las mas veces su fraseología era falsa y declamatoria.

Así decia que: « Los Girondinos convocaban de todas partes las serpientes de la calumnia, la hidra del federalismo, el monstruo de la aristocracia. » Estas cuatro figuras acumuladas en la misma frase, son ridiculas y de pésimo gusto. Figurémonos á Robespierre con semejante lenguaje en la tribuna actual; ni dos minutos se le escucharia, y pereceria bajo la risa que es peor que los silbidos.

Robespierre se interrumpia de repente en medio de sus discursos para apostrofar al pueblo, como si el pueblo se hallase allí presente; en estas ocasiones hacia gran consumo de retórica, y pronunciaba grandes retazos de virtud, verdaderas reminiscencias de J. J. Rousseau.

A menudo procedia por prosopopeyas y otras figuras que pueden brotar en el calor de la accion oratoria, figuras que pintan vivamente el pensamiento, si bien echan á perder una disertacion; no obstante, á veces, revestia sus imágenes de una forma elegante: « ¿ Hay alguien que calumnie el astro del dia porque se deslicen algunas ligeras nubes sobre su disco brillante? »

No es menos bello este pensamiento: « La razon del hombre es como el globo que habita: la mitad se halla sepultada en las nieblas, cuando la otra mitad está iluminada. »

¿ Pero hay algo que cuadre menos en un discurso que esas alusiones, prolongadas en exceso, á los hombres y cosas de la antigüedad? « ¿ Cobardes! se atreven á denunciar los fundadores de la República! Los Tarquinos modernos osan decir que el senado romano era una faccion de facinerosos. Tambien los siervos de Porsena trataban de insensato á Escévola. Segun los manifiestos de Jerges, Aristides robó el tesoro de la Grecia. Llenas las manos de rapiña y chorreando de sangre romana, Octavio y Antonio

« mandan á toda la tierra que los crean clementes, justos y virtuosos. Tiberio y Seyano no ven en Bruto y Casio mas que hombres sanguinarios y malvados. »

Por otra parte, á excepcion de Barrère y Saint-Just, los miembros de la Montaña no sabian arreglar sus ideas en orden lógico, dirigirse á un fin y concluir. Los informes de Robespierre no son susceptibles de analisis, solo presentan una mezcla confusa de palabreria fofa, hinchazon de estilo y mal gusto.

Robespierre no atacaba á sus enemigos cara á cara, sino por detras y por insinuacion, dirigiéndoles amenazas indirectas y palabras de brillo siniestro, como Tiberio, en el senado romano, á sus víctimas designadas.

Discipulo de Rousseau, era deista como Saint-Just, y, en aquel entonces, proclamarse deista, era proclamarse religioso.

La víspera de su muerte, cuando vino á denunciar á la Convencion las Comisiones de salud público y de seguridad general, insistió con afectada complacencia, en el papel de soberano pontífice que habia desempeñado en la fiesta del Ser Supremo. El apóstrofe que termina este episodio no carece de animacion y colorido:

« Ciudadanos, habeis atraído á la causa de la revolucion todos los corazones puros y generosos, pues la habeis manifestado al mundo en todo el brillo de su celestial belleza. ¡Día dichoso en que el pueblo frances entero se levantó para tributar al autor de la naturaleza un digno homenaje! ¡Qué conjunto interesante de todos los objetos que pueden encantar las miradas y los corazones de los hombres! ¡Oh ancianos honrados por las verdes generaciones! ¡oh generoso ardor de los hijos de la patria! ¡oh júbilo candoroso y puro de los jóvenes ciudadanos! ¡oh lágrimas deliciosas de las madres enternecidas! ¡oh hechizo divino de la inocencia y hermosura! ¡oh magestad de un gran pueblo, feliz por el solo sentimiento de su fuerza, de su gloria y virtud! ¡Ser de los seres! el día en que el universo salió de tus manos omnipotentes, ¡brilló á tus ojos con una luz mas halagüeña que el día en que, rompiendo el yugo del crimen y del error, pareció á tu vista digno de tus miradas y de su destino? »

No puede negarse que hay en este trozo factura y arte; pero, ¿hallábase en su lugar entre una denunciacion á muerte y una insurreccion meditada? Las oraciones revolucionarias presentan á menudo semejantes contrastes.

Para Robespierre, la fiesta y la restauracion del Ser Supremo y la inmortalidad del alma, no fue una mera mogiganga como para la mayor parte de sus irreligiosos colegas de la Montaña, sino una ceremonia solemne é imponente; así no perdonó las hablillas indevotas de los demás miembros del gobierno; y dos cosas le irritaban sobre manera, su materialismo, y que, durante cuarenta días, hubieran podido prescindir de su presencia.

Cuando, en los primeros tiempos, tuvo que sufrir los violentos ataques de Louvet y Vergniaud, bajó Robespierre la cabeza y dejó pasar la tormenta; pero cuando vió diezmada la Convencion, cuando la vió ceder y doblarse, entonces habló con tono imperioso, pretendiendo que la Asamblea discutiese, ó, por mejor decir, decretase sin dilacion las leyes mas espinosas y terribles, propuestas en el instante mismo por la Comision de salud pública. La mayoría avasallada palidecia de cólera, y la venganza hervia en todos los corazones; Merlin y Tallien se turbaban, y Bourdon, devorando su injuria, balbucia estas palabras con labios trémulos: « Estimo á Couthon, estimo la Comision de salud pública, « estimo la firme Montaña que ha salvado la libertad. »

Esta Montaña, minada en sus cimientos, iba pronto á desmoronarse.

¡Qué drama oratorio, qué discurso en accion el de la famosa sesion del 9 de termidor!

Robespierre sube á la tribuna, lanza una terrible acusacion contra sus enemigos; baja, reina un silencio sepulcral; poco á poco un estremecimiento profundo se comunica de banco en banco; acércanse los miembros unos á otros, fórmanse corrillos; los enemigos secretos del gobierno se miran, se cuentan, se consultan, se indignan, revientan por fin. La Convencion discute los actos de Robespierre, y este está perdido por el hecho mismo. Saint-Just vuela á su socorro y denuncia á Tallien; mas apenas ha pronunciado este nombre, cuando Tallien, pálido, deshecho, medio vivo, medio muerto, pide que se desgarre enteramente el velo que cubre á Robespierre.

Billaud-Varenes exclama: « La Convencion se halla doblemente amenazada, y perecerá si flaquea... » (¡No! ¡no! no perecerá.) — Todos los diputados se levantan, agitan sus sombreros y juran salvar la república.

Billaud-Varenes: « ¿Hay un solo ciudadano que quisiera vivir

« bajo un tirano? » (Toda la Asamblea : ¡ No! ¡ no! perezcan los tiranos.)

Robespierre se dirige á la tribuna. Muchas voces gritan estrepitosamente : ¡ Fuera el tirano, fuera!

Robespierre insiste, Tallien lo repele y continua la acusacion.

Entonces Robespierre interroga con su agitada mirada los mas ardientes miembros de la Montaña ; unos apartan la cabeza, otros permanecen inmóviles. Robespierre invoca al centro : « A vosotros me dirijo, hombres puros, y no á esos malvados... (Violenta interrupcion) Por la última vez, te pido la palabra, presidente de asesinos! » (¡ No! ¡ No!)

El ruido continua, aumenta la confusion, Robespierre apura todos sus esfuerzos, su voz se enronquece.

Garnier : « La sangre de Danton te ahoga! »

Ese Danton cuya sangre subia á la garganta de Robespierre y lo ahogaba, ese Danton que voy á pintar, ese Danton inferior á Mirabeau, mas solo á Mirabeau, descollaba de la altura de la cabeza á todos los demás convencionales.

Tenia como Mirabeau, visto de cerca, la tez morena, facciones chatas, frente arrugada, una fealdad repugnante; mas, como el orador de la Constituyente, visto de lejos, y en una Asamblea, atraia las miradas por su fisonomía característica y por esa belleza varonil que es la belleza del orador.

Mirabeau tenia el aspecto de leon, Danton del alano, emblemas ambos de la fuerza.

Naturalmente elocuente, Danton, en la antigüedad, con su voz retumbante, sus ademanes impetuosos, y las colosales figuras de sus discursos, hubiera gobernado las tempestades de la multitud.

Orador del pueblo, tenia las pasiones de este, comprendia su índole, hablaba su idioma. Exaltado pero sincero, sin hiel pero sin virtud, sospechado de rapacidad aunque murió pobre, único en sus costumbres y conversacion; sanguinario por sistema, mas no por temperamento, cercenaba las cabezas, pero sin odio como el verdugo, y sus manos maquiavélicas chorreaban de la sangre de las víctimas de setiembre. ¡ Política tan falsa como abominable! Danton excusaba la crueldad de los medios por la grandeza del fin.

Dos hombres dominaron sucesivamente la Revolucion, los dos semejantes, y los dos diferentes, Danton y Robespierre.

Ambos gefes de partido y dueños de la Convencion; ambos partidarios de las mas violentas medidas; ambos expertos é inteligentes en los negocios interiores y extranjeros; ambos hombres de consejo y hombres de accion; ambos acusados de traicion, tirania y dictadura; ambos privados de hablar en su defensa personal, por haberse negado á oír á otros; ambos acusados unánimemente por sus propios cómplices; ambos condenados por el tribunal revolucionario que habian erigido; ambos declarados fuera de la ley; ambos inmolados en la flor de la edad, Danton por Robespierre, y Robespierre á causa de Danton; ambos enfin arrastrados al mismo suplicio, en la misma carreta, y decapitados en el mismo cadalso.

Danton era desarreglado en su conducta, apegado á los placeres, ávido de dinero, no para atesorarlo, sino para gastarlo alegremente; Robespierre era tétrico, trabajador ardiente hasta perder el sueño.

Danton tenia el mayor desprecio por Robespierre, el cual se lo pagaba con usura.

Danton era ligero é inconsecuente, Robespierre atrabiliario, reservado, sospechoso, desconfiado, rencoroso é implacable para con sus enemigos.

Danton, naturalmente jactancioso, blasonaba del mal que habia hecho, y aun se atribuia crímenes que no habia cometido; Robespierre encubria su saña y rencor con el nombre del bien público.

Robespierre era espiritualista, discípulo de J. J. Rousseau; Danton ateo y materialista, cuidábase muy poco del paradero de su alma despues de la muerte, con tal que estuviese su nombre inscrito, como él mismo decia, en el Panteon de la historia.

Danton dejaba apereibir en su surcada frente y ardientes ojos las violentas pasiones que avasallaban su alma; Robespierre disimulaba el encono bajo la inmovilidad de su semblante.

Danton imponia con su estatura atlética y el estruendo de su voz; Robespierre petrificaba los acusados con su lenguaje glacial, y los aterraba con su mirar siniestro.

Danton, como un leon, arrojábase valerosamente sobre su presa; Robespierre, como una serpiente, se enroscaba en torno de su victima.

Danton reposaba despues del combate, y dormia descuidado;

Robespierre no creía nunca haber abatido suficientemente sus enemigos, mientras que quedaba uno solo existente.

Danton se olvidaba completamente á sí mismo al tratarse de los peligros de la patria, y estaba siempre pronto á comprometerse por sus amigos; Robespierre, al pronunciar la palabra libertad, nunca se perdía á sí mismo de vista, se alababa con propia boca, y se miraba en su orgullo.

Robespierre tenía mas talento, Danton mas genio.

Danton se abandonaba á la inspiracion momentánea, se embriagaba con su palabra y gesto, y derramaba á manos llenas la hipérbole en sus discursos; Robespierre impasible, replegado en sí mismo, entraba con precaucion en el debate, y calculaba el efecto de sus proposiciones elaboradas.

Danton procedía por brincos y sobresaltos, atropellándolo todo, vivo é impetuoso en su exordio, sobremanera presuntuoso, acostumbrado á los triunfos de la palabra, y excesivamente confiado en el imperio de su elocuencia, sin pensar en los caprichos de la popularidad y en la mengua que acarrea la ausencia. Robespierre urdia con paciente y páfida maña las redes en que debían caer sus enemigos, tenía la cuchilla suspendida sobre muchas cabezas á la vez, y la dejaba caer como un rayo al fin de sus discursos.

Danton terminaba con alboroto, pero sin conclusiones; Robespierre, menos brillante pero mas preciso, menos impetuoso pero mas hábil, jamás hablaba en vano ni profería palabras inútiles, sin perder un momento de vista el fin que se proponía; y terminaba por un decreto de acusacion redactado en formas y sometido á la aceptacion inmediata de la Convencion espantada.

Danton se figuraba que bastaba presentarse para combatir, y combatir para triunfar; Robespierre buscaba en la efervescencia de los Jacobinos y en la fuerza armada de la municipalidad, un apoyo contra las Comisiones y la misma Convencion.

Hubo en Danton menos traicion que relajamiento, menos olvido de la Revolucion que de sí mismo; y en Robespierre mas vanidad ofendida que aspiracion á la dictadura; mas rencor que tiranía premeditada.

Danton pereció por demasiada confianza en sí mismo, Robespierre por excesivas sospechas para con sus cómplices.

Danton pasó como un metéoro en el horizonte convencional;

Robespierre mantuvo las Asambleas, Comisiones y clubs bajo su dependencia, gobernó sin ser ministro, reinó sin ser rey, y dió su nombre á la época.

La elocuencia parlamentaria, en nuestras Cámaras de monopolio, en nuestros gobiernos de complicados resortes, es las mas veces un vano sonido, un tejido de frases sonoras, y nada mas; pero, en aquel entonces, un dictador popular, un tribuno, un Danton, por su poder, su voluntad, y la magia de su palabra, hacía marchar seiscientos mil hombres, rechazaba al extranjero mas allá de nuestras fronteras, abatía las categorías de los proscritos, removía las provincias hasta en sus cimientos, é improvisaba ejércitos, tribunales, leyes y constituciones.

La elocuencia, en aquellos tiempos, promulgaba leyes, triunfaba en la Convencion, en los clubs, en la plaza pública; mientras que en el día es un medio para llegar al ministerio. Danton, al dejar esta dignidad para ser mero representante del pueblo, era mas que un ministro, era todo.

Danton se pertrechó en la Convencion como en una fortaleza erizada de cañones, mitad amenazando sus defensores, mitad al enemigo. Allí hizo fuego por todas las troneras, sin que nadie le disputase el mando; pero, cuando la Convencion se dividió en dos campos rivales, Danton hesitó, y si hubiera pasado á la Gironda, hubiera acabado con Robespierre; pero imprudentemente repelido por los Girondinos al pié de la Montaña, subió á ella resignado á su destino: « ¡Ah! tú me acusas, decía á Guadet, elevándose á toda su altura, tú me acusas..., no conoces mi fuerza. »

Descomunál era en efecto esta fuerza, pues tenía en su mano dos resortes poderosos para desquiciar la Convencion, el terror y el entusiasmo.

Increible era esa fuerza de entusiasmo, cuando asentó en sus gigantescos pilares el Tribunal revolucionario.

Irresistible era esa fuerza de entusiasmo, cuando, reanimando con su terrible soplo el ardor marcial de los Franceses, pronto á decaer si continuamente no se excita, decía: « Lo que para vencer necesitamos, es audacia, audacia, y mas audacia. »

Y en otra ocasion: « El pueblo no tiene mas que sangre, y la prodiga. Vamos pues, miserables, prodigad igualmente vuestras riquezas. ¡Qué! teniendo una nacion entera por palanca, y la razon por punto de apoyo, ¿aun no habeis cambiado la faz del mundo? « Dejad vuestras necias disputas, que aquí solo se trata del ene-

«migo que debemos atacar y vencer. ¡ Eh ! ¿ qué me importa que me llamen bebedor de sangre ? ¿ Qué viene á ser mi reputacion ? « Que sea libre la Francia, y maldito mi nombre si necesario « fuere. »

Monstruosa elocuencia á la verdad , pero llena de originalidad, brio y vehemencia; elocuencia que á chorros brotaba del pecho del orador, arrastraba la Asamblea y le arrancaba aplausos frenéticos.

Oigamos aun otros fragmentos de esta misma elocuencia :

« Una nacion en revolucion es como el bronce que se derrite y « regenera en el crisol. La estatua de la libertad aun no ha sido « vaciada, pero hierve el metal. »

Y este otro : « Marsella se ha declarado la montaña de la república, montaña que tomará ensanche; y de su cima desprenderánse los peñascos de la libertad que aniquilarán sus enemigos. »

Y esta palabra tan exacta : « Cuando un pueblo destruye la monarquía para llegar á la república, la fuerza de proyeccion que « lo empuja, hace que vaya siempre mas allá del límite que se propone. »

Y esta arrogante amenaza : « A cañonazos debemos anunciar « la Constitucion á nuestros enemigos. »

Tambien pagó Danton tributo al mal gusto del tiempo : así uno de sus más célebres discursos concluye en estos términos : « Me « he atrincherado en la ciudadela de la razon , y no saldré sino « con el cañon de la verdad , para pulverizar á mis acusadores. »

¡ Objeto eterno de meditacion histórica ! ¿ Qué carrera tan inmensa y gloriosa hubiera corrido la libertad, si tantas confiscaciones, destierros, encarcelamientos; tantos tormentos y sangre vertida; tantas cabezas cortadas, tantos verdugos y tantas victimas, no hubiesen acarreado el despotismo á consecuencia de tan continua anarquía ! Y por otra parte, ¿ qué riesgo de muerte hubiera corrido nuestra Francia una é indivisible, amenazada del desmembramiento y la reparticion de sus miembros, si en aquel momento fatal que salva ó destruye los imperios, cuando titubeaba la misma Convencion, hubiera Danton desesperado de la patria !

Lo que lo perdió y lo que debía perder á Robespierre, fue menos el haber querido gobernar que el no haber gobernado suficientemente.

No hay que apartarse con ceño de las revoluciones, ni mirarlas

pasar desde la ribera, sino embarcarse con ellas en el mismo buque, atravesar las mismas tormentas, velar dia y noche para impedir ó hacer abortar las conjuraciones, y no dejar un solo instante el timon.

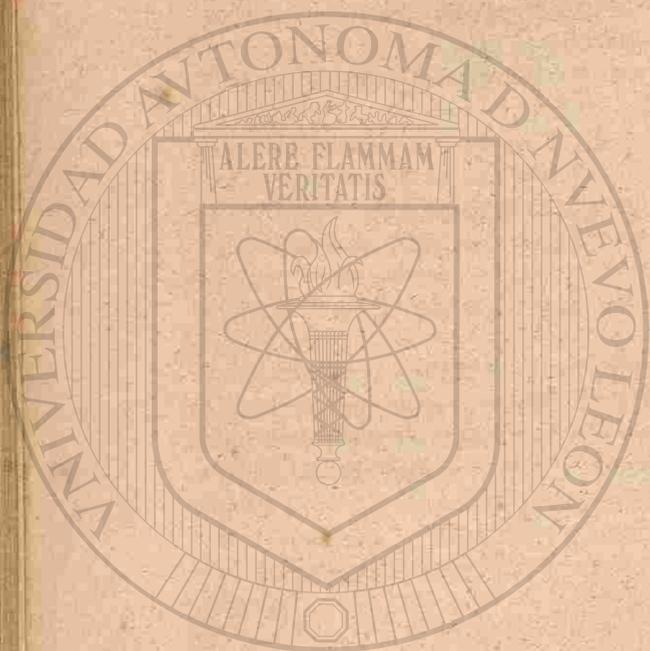
Danton se durmió al lisongero arrullo de su popularidad, sus manos dejaron escapar el timon, cayó en el mar el terrible orador, y fue sepultado en el abismo.

Las revoluciones corren veloces, el pueblo olvida, las facciones devoran.

Ni el favor de sus amigos, ni el ruido de su nombre, ni la memoria de sus servicios, ni su influjo en la Convencion, ni las secretas simpatías del Tribunal revolucionario, ni la abnegacion de sus amigos, ni la ligereza de la acusacion, ni su amor por la libertad, ni su audacia, ni su elocuencia, nada pudo salvarlo.

Levantada estaba la cuchilla, y Robespierre aguardaba su víctima.

Danton, al ir á la muerte, pasa delante de la casa de Robespierre, y, volviéndose á ella exclama con su voz de trueno : « ¡ Robespierre ! ¡ Robespierre ! te emplazo á comparecer antes « de tres meses en el cadalso. » Sube la fatal escalera, y por última vez abraza á su amigo Camilo Desmoulins; el verdugo los separa : « Miserable, le dice Danton, ¿ podrás acaso impedir que « nuestras dos cabezas se besen en el canasto ? ¿ Qué tiempos ! qué « palabras ! »



## IMPERIO.

### NAPOLEON.

Quando la Providencia se digna escoger entre la multitud los varones extraordinarios que destina á cambiar la faz de los imperios, les comunica á la vez el poder material y el poder inteligente de la humanidad, mostrándolos á raros intervalos en la escena del mundo, y en circunstancias que al efecto prepara para la elevación ó ruina de las sociedades existentes.

Tales fueron Alejandro, César y Napoleon.

Cansada estaba la Grecia de retóricos y poetas, luchas intestinas y grandes hombres, cuando á la ambicion del jóven Alejandro se abrió el mundo asiático con toda su opulencia, sus religiones ridiculas y despreciadas, sus sátrapas enervados, sus poblaciones corrompidas antes de llegar al estado de madurez, sus gobiernos gastados y sus limites indefinidos.

El mundo romano, enervado por una libertad borrascosa, y acosado por el deseo de unidad desde las conquistas de Asia, España, Galia é Inglaterra, aguardaba un dominador, y tuvo César menos ardor en asirla, que Roma en darse. Las legiones veteranas, acostumbradas á vencer bajo el conquistador de las Galias, solo conocian las insignias y nombre de César, y Roma aspiraba á remitir el cetro del universo que no bastaba á empuñar su debil mano.

Napoleon concentra hábilmente en su persona las fuerzas vivas de la Revolucion, que, cansadas de hervir en el fondo del cráter, se esforzaban en esparcirse y extravasarse en forma de conquista. Napoleon domina porque quiere, porque puede, porque sabe dominar; absorbe en el despotismo de su imperio, las conciencias,

inteligencias y libertades; es audaz porque posee el genio, y tal vez posee el genio porque es audaz; desprecia á los hombres porque los juzga; delira por la gloria, porque sabe que solo la gloria puede llenar el inmenso vacío de su alma; devora el tiempo, devora el espacio, porque le consta vivir con mayor rapidez, y tener que marchar con mayor celeridad que los demás hombres; pesa el mundo en su mano y lo encuentra ligero; y, la frente inclinada en el abismo, sueña en la eternidad de su dinastía y en la monarquía universal.

Pero, después de haber elevado á tal altura á los conquistadores, apaga la Providencia con un soplo el fulgor de sus diademas, mostrando así al universo que, á pesar de su gloria y la sublimidad de dominación, están sujetos á caer para no levantarse, y limitados por la nada.

Así muere Alejandro en la flor de su edad, saciado de triunfos y deleites, en la embriaguez de un regio banquete. César cae á los piés de la estatua de Pompeyo, herido del puñal republicano, cuando iba á ser coronado por el senado emperador perpetuo de Roma, después de haber dictado sus leyes á toda la tierra. Por último, Napoleón no detuvo el curso de su espíritu ambicioso hasta que se vió encerrado en una roca solitaria, cercada por do quier por las olas del Océano.

Napoleón aparece en la historia como uno de esos hombres prodigiosos nacidos con el fin de gobernar y dominar á los pueblos, para quienes no hay mas que una ú otra de estas dos alternativas: morir ó reinar; hombres que apenas salen de la esfera del soldado, cuando ya mandan como generales, y, siendo vasallos, hablan como señores.

No había nacido Napoleón, como Alejandro, en las gradas de un trono, ni como César fue envuelto en las mantillas de la púrpura senatorial; pero desde que puso mano á la espada, supo mandar, y desde que mandó reinó. Siendo capitán, sitia y toma á Tolon; general de brigada, organiza el 13 de vendimiario y salva la Convención; generalísimo del ejército de Italia, trata, bajo un pié de igualdad, con los reyes, príncipes y papas; vencedor de Egipto, procede con la autoridad de un gefe absoluto, vuelve de África sin haber sido llamado, llega á Frejus, atraviesa triunfante la Francia, hace temblar el Directorio, arrastra en su séquito los demás generales, disuelve dos Consejos, improvisa una nueva Constitución, y toma las riendas del gobierno; emperador, man-

tiene bajo sus piés, y en obediencia muda, el Senado, el Cuerpo legislativo, la administración, el pueblo, el ejército.

De modo que se puede decir que Napoleón, aunque hijo del pueblo y simple oficial, nunca militó bajo la autoridad de un gefe, y que, del mismo modo que Alejandro jamás hubiera obedecido á la confederación de los Griegos, ni César á las órdenes del senado romano, jamás Napoleón hubiera consentido en prestar obediencia á un parlamento ó á un rey.

Los grandes hombres son los agentes pasivos de las circunstancias, y al mismo tiempo los agentes activos de su propio genio. Si los Kleber, los Hoche, los Desaix, los Joubert, los Marceau, hubiesen vivido tantos años como los Bernadotte, los Soult, los Murat, los Ney, los Massena, es probable que como ellos hubiesen llegado á ser mariscales del imperio, duques, príncipes y reyes; y, recíprocamente, si con Napoleón hubiese acabado en el puente de Areola una bala de cañon austríaca, pasaría Napoleón en la historia por un héroe republicano. ¡Tan cierto es que el curso irresistible de los acontecimientos y la diferencia de las situaciones modifican profundamente los caracteres y los principios! ¡tan susceptibles de error son los juicios de los hombres!

¡Cosa notable! los tres mas grandes conquistadores del mundo aventajaron tanto en el arte de la palabra como en el arte de la guerra.

El hijo del Macedonio, el discípulo de Aristóteles, arrebató por su elocuencia no menos que por sus triunfos, la imaginación de los Griegos y los Bárbaros. César dominó las legiones romanas por el ascendiente de su palabra. Napoleón logró desde luego, sobre los viejos generales de la república, sobre el ejército y la nación, el imperio irresistible de la victoria, de la elocuencia y del genio.

En sus proclamaciones, boletines y órdenes del día, hallamos la virtud militar, el arte del orador y el sentido profundo y delicado del hombre político. No es solamente un general el que habla, no un monarca, no un hombre de estado, sino todo eso á la vez. Si Napoleón fue un orador completo, es porque era también un hombre completo: si todo lo decía, es porque podía decirlo todo. ¡Qué fuerza, qué esplendor posee el genio al poder unido! ¡Qué autoridad la palabra de ese devastador de pueblos, de ese fundador de estados, debía sacar de la magestad del mando supremo, de la eminencia y perpetuidad del general, del número inmenso de sus tropas, de su fidelidad y adhe-

sion íntima con el jefe, del brillo deslumbrante de sus victorias continuas, de la novedad, rapidez, osadía y grandeza extraordinaria de sus empresas!

Napoleon reunía en sí la audacia personal, el poder soberano, el talento político y guerrero, á mayor grado que ningun capitán de los tiempos modernos, y por este motivo es bajo todos aspectos superior é incomparable.

No confundamos las palabras militares con las arengas de que no tardaremos á hablar.

Las palabras sublimes abundan en los fastos belicosos de todos los países y todos tiempos.

« Vuelve vivo con tu escudo, ó muerto sobre él, » dijo á su hijo una madre lacedemonia.

« Nuestras flechas oscurecerán el sol. » — « Me alegro, respondió Leonidas, con eso combatiremos á la sombra. »

César cae en tierra al poner el pié en la ribera de Africa; al momento, para ahuyentar los malos presagios, exclama: « Africa te tengo en mis manos. »

Enrique IV, en Coutras, se libra del acompañamiento de sus caballeros: « Apartaos, señores, les dice, no me ocultéis, quiero presentar mi pecho. »

Villars moribundo se lamenta en estos términos: « ¿ Porque he de morir yo en mi cama, mientras que á Berwick postró en el campo una bala de cañón? Siempre dije que Berwick sería mas feliz que yo. »

El general La Rochejaquelein se arroja en lo mas recio de la pelea diciendo: « No quiero ser mas que un husar, para tener el placer de batirme. »

Kleber dice á Bonaparte: « General sois grande como el mundo. »

Desaix, cercano á espirar, pronuncia estas palabras: « Decid al primer consul que muero con el vivo pesar de no haber hecho bastante para la posteridad. »

Y tantas otras palabras que citar podriamos de capitanes, soldados y tambores, tales como:

« La guardia muere y no se rinde. »

« Yo muero, pero ellos huyen. »

« Aun me queda otra mano para tocar á ataque. »

Y otras muchas que seria prolijo citar.

De Napoleon tambien sabemos numerosas expresiones militares.

Al comisario de la Convencion nacional en Tolon, dijo el jóven Bonaparte:

« Cumplid con vuestro oficio de representante, y dejadme á mi el mio de artillero. »

A las tropas que retrocedian del puente de Arcola, en que llovian tantas balas enemigas:

« Adelante, seguid á vuestro general. »

A los soldados de Egipto:

« Desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan. »

A los plenipotenciarios de Leoben:

« La República francesa es como el sol, y ciego es quien no la ve. »

Al ejército de Marengo:

« Soldados, acordaos que tengo la costumbre de dormir en los campos de batalla. »

A los soldados de artillería amotinados en Turin:

« Esta bandera que habeis abandonado, será suspendida al templo de Marte y cubierta de un negro crespon. Vuestro cuerpo queda disuelto. »

Al oír el primer cañonazo en Friedland:

« Soldados, hoy es dia de felicidad, es aniversario de la batalla de Marengo. »

Al cuarto regimiento de línea:

« ¿ Qué habeis hecho de vuestra águila? Un regimiento que ha perdido su águila lo ha perdido todo. — Sí, pero aquí estan dos banderas enemigas que hemos ganado. — Muy bien, replicó sonriendo, os volveré vuestra águila. »

Al general Moreau, ofreciéndole un par de pistolas ricamente adornadas:

« Quise hacer grabar el nombre de vuestras victorias, mas no ha habido bastante lugar para todas. »

A un granadero sorprendido por el sueño estando de centinela: « Despues de tantas fatigas es permitido dormir á un valiente veterano. »

A un soldado que se excusaba de haber dejado penetrar, á pesar de su consigna, al general Joubert:

« El que forzó el Tirol puede con mayor razon forzar un centinela. »

A un general de corte que solicitaba el baston de mariscal:

« No soy yo quien hace los mariscales sino la victoria. »

A un joven comandante de artillería rusa que le decía en un acceso de desesperación : « Señor, mandadme fusilar al momento, « he perdido mis piezas » :

« Consolaos joven, el ser vencido por mis soldados no arguye « falta de honor, ni excluye derecho á la gloria. »

Al duque de Montebello estrellado por una bala de cañon, cuyo cuerpo moribundo estrecha Napoleon en sus brazos y riega con sus lágrimas :

« Lannes, ¿ me conoces ? Es Bonaparte, es tu amigo. »

A su ejército al abrirse la campaña de Rusia :

« Soldados, la fatalidad arrastra á la Rusia, cúmplase su des- « tino. »

Al ver en la mañana de la batalla de la Moskowa, levantarse el sol sin nubes :

« Es el sol de Austerlitz. »

A sus granaderos que se inquietaban al verlo apuntar los cañones en Montereau :

« No temais, amigos, la bala que debe matarme no está aun fun- « dida. »

En Grenoble, al volver de la isla de Elba, en presencia de un regimiento que titubea, baja precipitadamente del caballo y descubriendo su pecho, les dice :

« Si hay alguno entre vosotros que quiera dar muerte á su ge- « neral, á su emperador, puede efectuarlo, aquí estoy. »

Pero en las arengas militares sobre todo, es donde se revela el genio de Napoleon, y se puede decir que este hombre extraordinario se improvisó orador como se improvisó general. Lo que especialmente sorprende en un guerrero tan joven es la fecundidad, la flexibilidad, la delicadeza de su genio. Sea cual fuere la persona, cualquiera que sea la situación, sabe lo que debe decir, lo que debe efectuar, lo que debe ser, y lo sabe instintivamente sin que nadie se lo haya enseñado. Con el papa es respetuoso, al mismo tiempo que se apodera de sus ciudades ; con el príncipe Carlos se mantiene á la altura de un igual y procede con la cortesía de un caballero. Recomienda la disciplina, honra los sabios y artistas, protege la religion, la propiedad, las mugeres y los ancianos ; pone centinelas á las puertas de las iglesias ; envía á Soult todos los domingos á misa con su estado-mayor ; en Egipto se ciñe el turbante, y presto está, si necesario fuere, á citar textos del Alco-

ran ; restablece las comunicaciones, organiza la contabilidad, instituye municipalidades civiles y gobiernos provisorios. Apenas ha conquistado un territorio cuando piensa en su administracion, no en nombre del Directorio, sino en nombre de Bonaparte, no como generalísimo sino como dueño. Los generales ancianos tiemblan en presencia de ese guerrero adolescente, y, sin poder sostener esas breves palabras que les dirige, ni esa mirada que atraviesa, ni esa voluntad que subyuga, admiran, callan y obedecen, y con ellos lo demás del ejército.

Su modo de arengar en nada se parece al de los antiguos ó modernos ; habla, no como si estuviese sobre un cerro, sino sobre una montaña, y parece tener cien codos de alto. No lo detienen ni los enemigos que va á combatir, ni los lugares que rápido atraviesa ; pasa en revista la Europa y el mundo ; su ejército no es un ejército cualquiera, sino el gran ejército ; su nacion no es una nacion como otra, sino la gran nacion ; borra los imperios del mapa ; sella los nuevos estados que forma con el pomo de su espada ; y dispone á su arbitrio de las dinastías, pronunciando en medio de la pólvora, del fuego y redoble de los tambores, la sentencia del destino.

El lenguaje figurado de Napoleon seria hoy de mal gusto y rayaria en lo ridículo, pues la generacion actual no se complace en el estrépito de las armas ; tiene otras necesidades, otras ideas, tal vez otras preocupaciones, y en nuestra época es mayor la civilizacion, mayor la prudencia, mayor la libertad. Pero en aquel entonces todas las imaginaciones ardian, la Francia salia de una revolucion que todo lo habia destruido, todo renovado ; los ánimos estaban sedientos de aventuras, y la juventud buscaba anhelosa un mundo desconocido.

Para semejante época era necesario un Napoleon, como un Napoleon era necesario para semejante época.

Apenas ha sucedido á Scherer y tomado el mando del ejército de Italia, cuando con estas pocas palabras capta el corazón é imaginacion de su ejército :

« Soldados estais desnudos, mal comidos, y el gobierno que « tanto os debe, nada puede daros. Maravilloso es vuestro valor, « admirable vuestra paciencia en medio de esas rocas, pero nin- « guna gloria os redunda, ni lustre alguno os acarrear tantos pe- « ligros y fatigas. Voy á conducirlos á las llanuras mas feraces del « mundo. Ricas provincias y opulentas ciudades en vuestro poder

« se hallan; gloria, honor, riquezas, en ellas encontraremos en  
« abundancia. Soldados, ¿podré contar con vuestro denuedo y  
« constancia? »

Los soldados hierven de entusiasmo, y, desde la altura de los  
peñascos de los Alpes, bajan á las llanuras italianas y ganan repe-  
tidas victorias.

Oigamos ahora á Napoleon: ¿qué vena, qué chispa, qué con-  
fianza, qué tono de vencedor y dueño en esa proclamacion de un  
general de veinte y seis años!

« Soldados, en quince dias habeis conseguido seis victorias,  
« tomado veinte y una banderas, cincuenta piezas de artillería,  
« numerosas fortalezas, hecho mil y quinientos prisioneros, y de-  
« jado en el campo de batalla mas de diez mil hombres entre  
« muertos y heridos; soldados, iguales sois á los conquistadores  
« de Holanda y Rin. Desprovistos de todo, á todo habeis suplido, y  
« habeis ganado batallas sin cañon, pasado rios sin puentes, he-  
« cho marchas forzadas sin zapatos, vivaqueado sin aguardiente  
« y á veces sin pan. Solo las falanges republicanas, los soldados  
« de la libertad eran capaces de arrostrar tantas fatigas y priva-  
« ciones. Gracias os doy, soldados. La patria tiene derecho de es-  
« perar de vosotros grandes cosas. Aun os esperan nuevos com-  
« bates que empeñar, nuevas ciudades que tomar, nuevos rios que  
« pasar. ¿Acaso hay entre vosotros uno solo cuyo valor flaquee?  
« ¿Hay alguno entre vuestras filas que prefiera volver á las cimas  
« estériles del Apenino y de los Alpes, y sufrir con paciencia los  
« ultrages de esa soldadesca esclava? No, tales hombres no se  
« encuentran entre los vencedores de Montenotte, Millesimo,  
« Degó y Mondovi.

« Amigos, esta gloriosa conquista yo os la prometo, pero sed  
« los libertadores de los pueblos y no los azotes. »

Este discurso electriza el ejército, y Napoleon recorrió una se-  
rie de triunfos en esas inmortales campañas de Italia.

Una vez, una sola vez, oprimidos por el número, dos batallones  
pierden la línea y retroceden.

Napoleon se presenta á su frente, rodeado de sus oficiales:

« Soldados, no estoy contento de vosotros: no habeis mostrado  
« ni disciplina, ni valor, ni constancia; ninguna posición ha po-  
« dido reuniros; un terror pánico os ha sobrecogido, y habeis per-  
« dido un puesto en que un puñado de valientes debian detener  
« un ejército. Soldados del treinta y nueve y del ochenta y cinco,

« no sois soldados franceses. General gefe del estado-mayor,  
« mandad que sea escrito en sus banderas: *No forman parte del*  
« *ejército de Italia.* »

Quando Napoleon perseguía al archiduque en el Tirol, el go-  
bierno veneciano, traidor y alevoso, habia dado muerte á los  
soldados franceses y encarcelado sus aliados. Napoleon manda  
á sus tropas ocupar á Venecia, mas el senado se humilla, y envia  
una diputacion al general en gefe.

« ¿Están libres los encarcelados? exclama con una voz de  
« trueno. Todos quiero que gocen de la mas completa libertad, y  
« yo iré en persona á destruir vuestros calabozos bajo el Puente  
« de las Lágrimas. Las opiniones son libres, no quiero inquisi-  
« cion, y os advierto que si no quedan sueltos sin la menor tar-  
« danza todos los prisioneros, despedido el agente inglés y desar-  
« mado el pueblo, al momento os declaro la guerra. Podia ir á  
« Viena si lo hubiese querido, y he concluido la paz con el empe-  
« rador. Tengo ochenta mil hombres y veinte lanchas cañoneras.  
« No quiero oír hablar de inquisicion ni de senado. Presto estoy á  
« dictaros leyes, y seré un Atila para Venecia. Si no podeis desarmar  
« vuestro populacho, yo me ocuparé de esta empresa. El gobierno  
« veneciano es demasiado caduco, y es necesario que caiga. »

¿Qué dominador habia encontrado el directorio ejecutivo, y  
que triste suerte han impuesto hasta el presente los ejércitos á  
las repúblicas grandes y pequeñas. ¿Es de toda fatalidad que pe-  
rezcan en las convulsiones de la anarquía ó bajo el sable de un  
soldado?

Alternando el premio y el castigo, corria Napoleon de victoria  
á victoria. Al entrar en Milan, para sostener é inflamar el valor  
de los soldados, les dice:

« Soldados, os habeis precipitado como un torrente desde lo  
« alto de los Apeninos. Libre está el Piamonte, Milan os pertenece,  
« vuestro pabellon flota en toda la Lombardia, y habeis atravesado  
« el Po, el Tesino, el Adda, esos ponderados baluartes de Italia.  
« Vuestros padres, vuestras madres, vuestras esposas, vuestras  
« amantes, celebran vuestros triunfos y se jactan de perteneceros.  
« Sí, soldados, mucho habeis hecho, pero ¿nada os queda que  
« hacer? ¿podrá vituperaros la posteridad de haber hallado Ca-  
« pua en la Lombardia? Partamos: tenemos aun marchas forzadas  
« que emprender, enemigos que humillar, laureles que recoger,  
« injurias que vengar.

« Restablecer el Capitolio y las estatuas de los héroes, desper-  
« tar al pueblo romano entorpecido por muchos siglos de esclavitud; tal es lo que nos queda que hacer.

« Despues podreis volver á vuestros hogares, y vuestros conciudadanos podrán decir al mostraros: ese fue del ejército de Italia. »

Jamás se había hablado tal language á los soldados franceses, los cuales locos estaban por su general, y este con la mayor facilidad los hubiera llevado al cabo del mundo. Tal era el pensamiento que abrigaba, y este sueño de su imaginacion, lo comunicaba á las almas de sus guerreros.

Así, como habla á sus compañeros de Italia, cuando ya, en plena mar, hacia la vela para Malta, y les descubria á medias el secreto de la expedicion de Egipto:

« Soldados, sois una de las alas del ejército de Inglaterra; habeis combatido con las montañas, llanuras y fortalezas; solo os queda la guerra marítima. Las legiones romanas que habeis á veces imitado, mas no igualado aun, combatian á Cartago en la mar y en los llanos de Zama, y nunca los abandonó la victoria, porque constantemente se mostraron intrépidos, resignados, siempre prestos á arrostrar las fatigas, disciplinados y firmes. Pero soldados, la Europa tiene en vosotros los ojos fijos, y acordaos que teneis un gran destino que cumplir, repetidas batallas que dar, continuas fatigas que sufrir. »

Y, cuando desde lo alto de las riberas de Alejandria, Bonaparte descubre abiertamente sus designios, apostrofa así á su ejército:

« Franceses, vais á emprender una conquista cuyos efectos en la civilizacion y comercio del mundo son incalculables. La primera ciudad que vamos á encontrar fue fundada por Alejandro. »

A medida que penetra con su ejército en los arenales de Egipto, observa que le rodea un pueblo fanático, ignorante y vengativo, que se desconfia de los cristianos, pero que profesa mayor odio por las exacciones, injurias, orgullo y tiranía de los Mamelucos; y por acomodarse á su ojeriza y preocupaciones, les dirige una proclamacion concebida completamente en el género turco:

« Cadies, cheiques, imanes, corbachis, no os faltará quien os diga que quiero destruir vuestra religion, mas no lo creais, y responded que vengo á restablecer vuestros derechos, castigar

« vuestros usurpadores, y que, mas que los Mamelucos, respeto á Dios, á su profeta y al Alcoran.

« Decid al pueblo que todos los hombres son iguales en presencia de Dios, sin mas diferencia que la que establecen la sabiduría, talentos y virtudes.

« ¿Hay en Egipto una tierra pingüe? pues pertenece á los Mamelucos; ¿una hermosa esclava, un caballo brioso, una casa opulenta? todo eso pertenece á los Mamelucos. Si el Egipto es su patrimonio, que nos presenten los títulos que Dios les ha otorgado! Pero Dios, justo y misericordioso para con el pueblo, convida á todos los Egipcios á ocupar todos los empleos, y el pueblo será dichoso cuando gobernarán los mas sabios, los mas esclarecidos y los mas virtuosos.

« En otro tiempo habia en vuestro pais ricas ciudades, grandes canales, un comercio próspero. ¿Y todo eso quien lo ha destruido sino la avaricia y tropelías de los Mamelucos?

« Cadis, cheiques, imanes, corbachis, decid al pueblo que nosotros tambien somos verdaderos musulmanes. ¿Quien sino nosotros derribaron al papa que queria acabar con los musulmanes? ¿Acaso no somos nosotros amigos del Gran-Señor?

« ¡Dichosos tres veces los que estarán con nosotros! pues prosperarán en su rango y fortuna. ¡Dichosos los que guardarán la neutralidad! pues tendrán tiempo de conocernos, y unirse á nosotros.

« Pero, ¡ay de aquellos que se armarán en favor de los Mamelucos y combatirán contra nosotros! para ellos no habrá esperanza, y todos perecerán. »

Despues de la sublevacion del Cairo, se aprovecha del terror y credulidad de los Egipcios, para anunciarse como un ente sobrenatural, como el enviado de Dios, y el hombre inevitable del destino.

« ¡Cheiques, ulemas, sectarios de Mahoma! decid al pueblo que todos los que fueron mis enemigos, no tendrán refugio ni en este mundo ni en el otro. ¿Y hay algun hombre bastante ciego para dejar de conocer que el mismo destino dirige mis operaciones?

« Decid al pueblo, que desde que el mundo es mundo, escrito estaba que, despues de haber destruido los enemigos del Islamismo, y echado en tierra las cruces, vendria yo del fondo del Occidente para cumplir con la mision que me fue impuesta.

« Decid al pueblo que en el sagrado libro del Alcoran, en mas  
« de veinte pasages, lo que sucede está previsto, y lo que suce-  
« derá igualmente explicado. »

« Yo podria pedir cuenta á cada uno de vosotros de los senti-  
« mientos mas secretos de su corazon, pues todo lo sé, aun aque-  
« llo que á nadie habeis dicho. Pero llegará el dia en que todo el  
« mundo verá con evidencia que *me* conduce una fuerza superior;  
« y que todos los esfuerzos humanos nada pueden contra *mi*. »

El 18 de brumario, rodeado de su brillante estado-mayor, apos-  
trofó al Directorio con la soberbia autoridad de un amo que pide  
cuenta á sus intendentes, y como si fuese ya el soberano absoluto  
de la Francia:

« ¿Qué habeis hecho de esa Francia que *yo* os dejé tan bri-  
« llante? Os dejé la paz, y encuentro la guerra, os envié los millo-  
« nes de Italia, y veo por do quier leyes espoliatrices y la mise-  
« ria... ¿Qué habeis hecho de cien mil Franceses que *yo* conocia,  
« *mis* compañeros de gloria y trabajos? Todos han muerto. »

La víspera de la famosa batalla de Austerlitz, inicia vivamente  
su ejército á las inspiraciones de su estrategia:

« Los Rusos pasarán por mi derecha y me presentarán el  
flanco.

« Soldados, yo mismo dirigiré todos vuestros batallones, y me  
« tendré apartado del fuego si con vuestro valor acostumbrado,  
« llevais el desórden y confusion en las filas enemigas; pero si la  
« victoria se presentase incierta, me vereis correr delante de los  
« primeros cuerpos, pues se trata del honor de la infantería fran-  
« cesa, la primera infantería del mundo. Esta victoria acabará  
« vuestra campaña, y la paz que estableceré será digna de la  
« Francia, de vos y de mí. »

¡Qué grandeza, qué orgullo en estas últimas palabras!

Su discurso despues de la batalla es una obra maestra de elo-  
cuencia militar; contento está de sus soldados, con ellos se mez-  
cla, les recuerda los que vencieron, lo que han hecho, lo que se  
dirá de ellos; ni una palabra de los gefes; el Emperador y los sol-  
dados, la Francia por perspectiva, la paz por recompensa, la glo-  
ria por recuerdo. ¡Qué principio y qué fin!

« Soldados, estoy contento de vosotros, habeis condecorado  
« vuestras águilas con una gloria inmortal. Un ejército de cien mil  
« hombres, capitaneado por los emperadores de Rusia y Austria,  
« ha sido, en menos de cuatro horas, destruido y dispersado por

« vosotros, y los que á vuestras armas escaparon, fueron ahoga-  
« dos en los lagos.

« Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de  
« Rusia, ciento y veinte cañones, veinte generales, mas de  
« treinta mil prisioneros, tales son los resultados de tan fausto dia,  
« para siempre memorable. Esa infantería tan ponderada, y en  
« número superior, no ha podido resistir á vuestro choque, y en  
« adelante no teneis rivales que temer.

« Soldados, cuando el pueblo francés ciñó mi frente con la co-  
« rona imperial, á vosotros me confié para mantenerla siempre en  
« ese brillo elevado de gloria, que solo puede darle precio á mis  
« ojos. Soldados, pronto volveremos á Francia; en ella sereis el  
« objeto de mis tiernas solicitudes, y bastará decir: *Yo estaba en*  
« *la batalla de Austerlitz*, para que digan todos: *Este es un*  
« *valiente*. »

El dia aniversario de esta misma batalla, recapitula con com-  
placencia los despojos acumulados caidos en las manos de los  
Franceses, é inflama su ardor contra los Rusos con el recuerdo  
de esta victoria: « ¿Ellos y nosotros no somos los soldados de  
« Austerlitz? » Esta palabra es magnífica.

« Soldados, hace un año que á esta misma hora, os hallábais  
« en el campo memorable de Austerlitz; acordaos como huian  
« despavoridos los batallones rusos. Ya no existen sus aliados;  
« sus fortalezas, sus capitales, sus almacenes, sus arsenales, dos-  
« cientos ochenta banderas, setecientas piezas de batalla, cinco  
« grandes plazas de guerra están en nuestro poder. El Oder, el  
« Warta, los desiertos de la Polonia, el mal tiempo, nada pudo  
« contener vuestro arrojo, y el águila francesa se cierne sobre el  
« Vistula, mientras que los esforzados é infelices Polacos creen  
« volver á ver las legiones de Sobieski.

« Soldados, hasta que la paz general haya restituido á nuestro  
« comercio su libertad y sus colonias, no depondremos las armas.  
« Tenemos conquistas en el Elba y el Oder, Pondichery, nuestros  
« establecimientos de Indias y las colonias españolas. ¿Qué podrá  
« dar á los Rusos la esperanza de contrabalancear los destinos?  
« ¿No somos ellos y nosotros los soldados de Austerlitz? »

Abrió la campaña de Prusia con estas palabras terribles como  
el rayo próximo á estallar:

« Soldados, me hallo en medio de vosotros, y sois la vanguardia  
« de mi pueblo. No debeis volver á entrar en Francia sino bajo arcos

« de triunfo. ¡ Y qué! ¿no habremos desafiado las estaciones, los  
« mares, los desiertos, vencido á la Europa tanta veces coligada  
« contra nosotros, difundido nuestra gloria de oriente á occidente,  
« sino para volver ahora á nuestra patria como transfugos, y oír  
« decir que el águila francesa huyó amedrentada al aspecto de los  
« batallones prusianos? »

« Marchemos pues, ya que nuestra moderacion no ha podido  
« hacerlos salir de su embriaguez, y sepan que si es fácil conse-  
« guir un acrecentamiento de poder con la amistad de un gran  
« pueblo, su enemistad es mas tremenda que las tempestades del  
« Océano. »

A su entrada en Berlin, encomia y exalta á los soldados por la  
rapidez de su marcha y por sus triunfos: « Los bosques, los des-  
« filaderos de Franconia, de Saale y del Elba, que no hubieran  
« atravesado nuestros padres en siete años, los hemos recorrido  
« en siete dias, y en el intervalo hemos dado cuatro combates y  
« una gran batalla. En Postdam y en Berlin, hemos precedido á la  
« fama de nuestras victorias; hemos hecho sesenta mil prisione-  
« ros, tomado sesenta y cinco banderas, seiscientas piezas de ar-  
« tillería, tres fortalezas, mas de veinte generales; y sin embargo,  
« mas de la mitad de vosotros siente no haber disparado aun su  
« fusil. Todas las provincias de la monarquía prusiana hasta el  
« Oder, están en nuestro poder. »

En Eylau, honra la muerte de sus bravos guerreros:

« Hemos marchado al enemigo, lo hemos perseguido vivamente  
« por espacio de ochenta leguas, le hemos quitado sesenta y cinco  
« piezas de artillería, diez y seis banderas, y dejado mas de cua-  
« renta y cinco mil hombres entre muertos y heridos. Nuestros  
« intrépidos soldados que yacen en el campo de batalla, hallaron  
« una muerte gloriosa, una muerte digna de valerosos guerre-  
« ros. »

En Friedland hace la misma enumeracion de victorias:

« En diez dias, hemos ganado ciento y veinte cañones, siete ban-  
« deras, muerto, herido ó hecho prisioneros sesenta mil Rusos,  
« arrebatado al ejército enemigo todos sus hospitales, sus alma-  
« cenes, sus transportes, la plaza de Kenisberg, los trescientos  
« buques que estaban en el puerto cargados de toda especie de  
« municiones, y ciento sesenta mil fusiles enviados por la Ingle-  
« terra para armar nuestros enemigos. Desde las márgenes del  
« Vistula hemos llegado á las del Niemen, con la velocidad del

« águila. En Austerlitz celebrasteis el aniversario del corona-  
« miento; este año habeis celebrado dignamente el aniversario de  
« Marengo. Soldados del gran ejército francés, dignos sois de  
« vosotros y de mí. »

En 1809, presto á castigar al Austria por sus traiciones, confia  
al ejército sus grandes designios, mezclándolo y asociándolo á sus  
venganzas; no se separa de él, y parece que es su causa la que va  
á defender. ¡ Qué brio militar en este discurso!

« Soldados, vosotros me rodeabais cuando el soberano del Aus-  
« tria vino á mi campamento de Moravia. Bien os acordais de  
« como imploró mi clemencia, jurándome una amistad eterna.  
« Vencedores en tres guerras, todo lo debió el Austria á nuestra  
« generosidad. Tres veces ha sido perjura. Nuestra fortuna pasada  
« nos garantiza la victoria que nos aguarda. Marchemos, y que  
« al vernos reconozca el enemigo sus vencedores. »

Con el mismo ardor anima contra los Ingleses el ejército espe-  
dicionario de Nápoles, y parece que su palabra marcha al paso de  
carga:

« Soldados, marchad, precipitaos en las olas, si es que os  
« aguardan los débiles batallones de los tiranos de los mares. No  
« tardeis en hacerme ver que vengada está la santidad de los tra-  
« dados, y que aplacadas quedan las manes de mis valientes sol-  
« dados degollados en los puertos de la Sicilia, al volver de  
« Egipto, después de haber escapado á los peligros y naufra-  
« gios. »

Para abatir el poder de su implacable, de su eterna enemiga,  
arenga el ejército de Alemania á su vuelta, y presenta á sus ojos  
la conquista de la Iberia:

« Soldados, después de haber triunfado en las márgenes del  
« Danubio y del Vistula, habeis recorrido la Alemania á marchas  
« forzadas, y actualmente os hago atravesar la Francia sin daros  
« un momento de descanso. Soldados, tengo necesidad de vos-  
« otros. La horrorosa presencia del leopardo mancha los continentes  
« de España y Portugal. Huya este monstruo despavorido á vues-  
« tro aspecto, y vuelen nuestras águilas victoriosas hasta las co-  
« lumnas de Hércules, pues injurias tenemos tambien allí que ven-  
« gar. Soldados, habeis sobrepujado en denuedo y heroismo á los  
« ejércitos modernos; pero, habeis igualado la gloria de los ejér-  
« citos romanos que, en una misma campaña, triunfaron en el  
« Rin, en el Eufrates, en Iliria y en el Tajo? »

La mañana de la batalla de la Moskowa, ofrece á los ojos de sus soldados la nueva cosecha de laureles que piensa cojer, y los coloca en presencia de sus recuerdos y de la posteridad :

« He aquí la batalla que tanto habeis deseado, la victoria de « vosotros depende, y os es necesaria. Ella os proporcionará la « abundancia, los buenos cuarteles de invierno, un pronto regreso « á la patria. Conducios como en Austerlitz, Friedland, Witepsk, « Esmolencó, y que la posteridad mas remota cite con orgullo lo « que habeis hecho en este dia. Que digan de cada uno de vos- « otros vuestros conciudadanos : Este estaba en la gran batalla « que fue dada bajo los muros de Moscú. »

Hemos llegado con el sol á la cima de la montaña, y es necesario bajar esta en la sombra ; mas detengámonos un instante.

La gloria se apaga á fuerza de brillar, sola la libertad se repara y reanima por sus propias pérdidas, y mientras mas se esparce mas vigor cobra. Pero Napoleon no quiso arrojarse en los brazos de la libertad. Tal vez si se hubiera puesto al frente de la democracia europea, hubiera derribado, mejor que con sus ejércitos, á todos los príncipes ; mas no lo quiso así, y ¿ cómo se hubiera prestado á ello, el mas absoluto y mas déspota de todos los potentados ? Demasiado nuevo para los reyes, y muy antiguo para las masas, Napoleon vió pronto alzarse contra su dominación los monarcas y los pueblos. El emperador habia hecho temblar todas las dinastías, estas sublevaron las nacionalidades, y se puede triunfar de un ejército, pero no de una nacionalidad, y menos de muchas naciones. El genio y la victoria nada pueden contra la independencia de los pueblos, contra el derecho y contra el número. Tal es la ley humana, ley de justicia y moralidad, ley providencial. Napoleon debía caer, y su ruina señalada estaba casi á hora fija.

En vano pretendia cobrar nuevo temple en las fuerzas vivas de la Francia esa esforzada intrepidez, de la cual salia siempre y á pesar suyo su *yo*, su *yo* árido y fatal. Como un leon acosado en su cueva y amenazado de todos los lados por los chuzos de los cazadores, el héroe de Austerlitz se respaldó en la nacion y lanzó rugidos capaces de hacer temblar al mundo ; mas ya era tarde.

Lástima causa el ver desgarrarse en girones ese imperio de púrpura y de oro ; deplorable espectáculo presenta esa vasta monarquía que cruje en sus partes mal unidas, desde Roma á Texel, desde los Alpes á Hamburgo ; esas negociaciones veinte veces emprendidas, veinte veces abortadas ; esas resistencias desespera-

das de un héroe, esas borrascas de su alma, esos destellos de victoria que emiten un rápido fulgor en la espantosa lobreguez ; esas alevosías inauditas, ese desaliento en los ánimos esforzados, esas transacciones secretas de la avaricia y vanidad saciadas, esas aspiraciones invencibles al reposo, ese cansancio universal de la Francia, de la Francia molida y destrozada.

Pasemos, pasemos con presteza á la corte de Fontainebleau, para escuchar la despedida de Napoleon á los restos fieles de su ejército, á esos soldados que no podian separarse de su general, y que lo rodeaban bañados en llanto. La antigüedad no ofrece escena mas patética y sublime :

« Soldados, me despido de vosotros. Hace veinte años que vivimos juntos, y siempre he estado contento de mis soldados, « siempre los hallé en el camino de la gloria. Todas las potencias « de la Europa se han coligado contra *mi*. Algunos de mis generales han faltado á su deber y á la Francia. Nuestra misma patria ha querido otros destinos : con vosotros y con los fieles valientes que me quedan, hubiera podido mantener la guerra civil, « pero la Francia hubiera sido desgraciada. Sed fieles á vuestro « nuevo rey, sumisos á vuestros nuevos gefes, y no abandoneis « nuestra amada patria. No os apesadumbreis por mi suerte, pues « yo seré dichoso cuando sabré que vosotros mismos lo sois. Hubiera podido morir, y si consiento en sobrevivir es para servir á « vuestra gloria. Las grandes cosas que hemos hecho, yo las escribiré... No puedo abrazaros á todos pero abrazo á vuestro general. Venid, general Petit, venid quiero estrecharos contra mi « corazón. Que me traigan el águila, que quiero tambien abrazarla. ¡ Águila querida ! pueda este beso que te doy resonar en la « posteridad. Adios hijos míos ; mis votos siempre os acompañarán ; guardad eternamente mi memoria. »

Parte, y desde el fondo de la isla de Elba, organiza su fabulosa expedición, y aun no ha puesto el pié en las riberas del golfo Juan, cuando ya, desde lo alto del debil esquife que lleva á César y su fortuna, libra á las olas y siembra en los vientos su proclamación, evocando á los ojos de sus soldados las imágenes de cien victorias, y enviando sus águilas como mensajeros de su regreso triunfante.

« Soldados, en mi destierro he oido vuestra voz... No, no fuimos vencidos, sino vendidos ; podemos olvidar que fuimos árticos de las naciones, pero no debemos permitir que ninguna in-

«tervenga en la nuestra. ¿Quién puede pretender dictarnos leyes?  
«Recobrad esas águilas que teniais en Ulm, en Austerlitz, en  
«Iena, en Montmirail. Los veteranos del ejército de Sambre y  
«Meusa, del Rin, de Italia, del Egipto, del Oeste, del Gran ejér-  
«cito, humillados están... Acudid pues bajo las banderas de vues-  
«tro gefe... La victoria marchará á pasos de gigante... El águila,  
«con sus colores nacionales, volará de torre en torre hasta la de  
«Nuestra Señora (1).»

Al día siguiente de su llegada á las Tullerías, en medio de la  
agitación de los espíritus que sigue á una noche de entusiasmo y  
embriaguez, reúne la antigua guardia al rededor de su bandera;  
y le presenta sus denodados compañeros de la isla de Elba. ¿Qué  
gradación, qué arte, qué delicadeza, qué habilidad oratoria en  
esta improvisación!

«Soldados, aquí veis los oficiales del batallón que me han acom-  
«pañado en mi desgracia, todos son amigos míos, todos caros  
«eran á mi corazón; cada vez que los veía me representaban los  
«diferentes regimientos del ejército. Si, en estos seiscientos va-  
«lientes, hay hombres de todos los regimientos, y todos me repre-  
«sentaban esos días admirables cuyo recuerdo es tan grato á mi  
«corazón, pues todos están cubiertos de honrosas cicatrices reci-  
«bidas en memorables combates; y el amor que les profesaba  
«era la imagen del amor que á todos os profeso, soldados del  
«ejército francés... Ellos os traen estas águilas para que os sirvan  
«de punto de reunión; al darlas á la guardia las doy á todo el  
«ejército; la traición y lo aciago de las circunstancias las habían  
«cubierto de un velo fúnebre; pero gracias al pueblo francés y á  
«vosotros vuelven á manifestarse resplandecientes en toda su glo-  
«ria. Jurad que se hallarán siempre y por doquier las llame el  
«interés de la patria. ¿Que los traidores y los que piensan inva-  
«dir nuestro territorio no puedan sostener sus miradas!»

Mucho habria que decir para describir todas las bellezas de si-  
tuación de que rebosa este fragmento.

Algunos días despues, en el Campo de Marte, ya no habla de la  
gloria de los combates y la fidelidad de sus compañeros, sino pon-  
dera, exalta y acaricia en presencia del pueblo y Cuerpo legisla-  
tivo, el gran sentimiento de la soberanía nacional.

«Emperador, Consul, Soldado, todo lo he recibido del pueblo,

(1) Iglesia metropolitana ó catedral de Paris.

(N. del T.)

«y en la prosperidad, en la adversidad, en el campo de batalla,  
«en el consejo, en el trono, en el destierro, la Francia ha sido el  
«único y constante objeto de mis pensamientos y mis acciones.  
«Como ese rey de Atenas (1), me he sacrificado por mi pueblo,  
«con la esperanza de ver realizada la promesa dada de conservar  
«á la Francia su integridad nacional, su honor y sus derechos...»

Mas adelante exhorta á las Cámaras que olviden sus querellas  
ante la inminencia del peligro nacional.

«No imitemos el ejemplo del Bajo-Imperio, que, estrechado en  
«todas partes por los Bárbaros, llegó á ser el ludibrio de la pos-  
«teridad, ocupándose de discusiones abstractas, mientras que el  
«ariete demolia las puertas de la ciudad... En los tiempos críticos  
«es cuando despliegan toda la energía de su carácter los grandes  
«estados y los grandes varones.»

Pronto aparece inopinadamente en medio de su ejército, y les  
recuerda que no debe asustarlo el número de sus enemigos, que  
tiene que vengar atroces injurias, que las naciones vecinas están  
impacientes de sacudir el yugo y combatir, unidas á la Francia,  
los mismos enemigos.

«¿Ellos y nosotros no somos acaso los mismos hombres? ¡Sol-  
«dados! en Iena, contra esos mismos Prusianos, hoy tan arrogan-  
«tes, erais uno contra dos, y en Montmirail, uno contra tres.

«Que os refieran, los que entre vosotros estuvieron prisioneros  
«en Inglaterra, lo que son sus pontones, y los males horrorosos  
«que sufrieron.

«Los Sajones, los Belgas, los Hanovrianos, los soldados de la  
«Confederación del Rin, gimen al verse obligados á prestar sus  
«brazos á príncipes enemigos de la justicia y de los derechos del  
«pueblo.»

Y cuando concluido está todo, cuando acaba de herirlo el rayo  
de Waterloo, ¡cuan patéticas son sus últimas palabras al ejér-  
cito! ¡Cómo desaparece el emperador, el conquistador! Ya no se  
dirige á los soldados, sino á los patriotas, á los ciudadanos. Ya no

(1) Alude Napoleon á Codro, último rey de Atenas, célebre por su muerte  
heróica. Noticioso por el oráculo que, en la guerra suscitada por los Dorios  
á los Atenienses, sería vencedora la nación cuyo rey pereciera, se sacrificó  
voluntariamente por su pueblo, arrojándose temerariamente en lo mas recio  
de la pelea. Los Atenienses juzgaron que ningun otro rey merecia empuñar  
el cetro despues de tan noble varon, y en consecuencia abolieron la monar-  
quía. Codro reinó 22 años desde 1160 á 1138 antes de Jesucristo.

se califica, ya no se intitula su soberano, ni su general, sino Napoleón, su camarada, que de ellos se despide, que con ellos se confunde.

«Soldados, yo seguiré vuestros pasos; aunque ausente, á la patria obedeciais al obedecerme, y si tengo alguna parte en vuestra afección, la debo á mi ardiente amor por la Francia nuestra madre comun. ¡Soldados! aun algunos esfuerzos, y no tardará en disolverse la confederación. Napoleón os reconocerá á los golpes que vais á descargar.»

Ya no había remedio: el *Belerofonte* fondeaba en las aguas de la Gran Bretaña. Napoleón fugitivo sube al buque con esa ingenua confianza de las almas desgraciadas, y á bordo del navío escribe al príncipe regente esta carta tan conocida por su noble sencillez:

«ALTEZA REAL,

«Víctima de las facciones que dividen mi país y de la enemistad de las mayores potencias de Europa, he terminado mi carrera política, y vengo como Temistocles á sentarme al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes que reclamo de Vuestra Alteza real, como del más poderoso, mas constante y más generoso de mis enemigos.»

Así debían proceder, así debían hablar los grandes ciudadanos de la antigüedad, cuando, designados por el ostracismo, y combatidos por las tempestades de su patria, iban á pedir á los extranjeros la hospitalidad del destierro.

Aun algunas palabras, lectores, pues no puedo menos de dejar con pesar los ínclitos varones vivos ó muertos, y quisiera que admiraseis hasta su fin.

En el seno de la isla que le servía de prisión, su imaginación pastando de lo pasado, lo transportaba al Egipto y al Oriente, y se iluminaba con los recuerdos brillantes de su juventud.

«Mas cuenta me hubiera tenido, decía golpeándose la frente. «no haber salido de Egipto. La Arabia espera un hombre; con los Franceses en reserva y los Arabes y Egipcios como auxiliares, hubiera conquistado la India, y sería hoy día emperador del Oriente.»

Otra vez insistiendo en esta misma idea decía:

«Una vez tomada la ciudad de San Juan de Acre, volaba el ejército francés á Damasco y Alepo, y en un momento llegaba

«al Eúfrates. Los cristianos de Siria, los Rusos, los Armenios, «acudido hubieran, y todas las poblaciones se hubieran conmovido. Hubiera llegado á Constantinopla y las Indias, y cambiado «la faz del mundo.»

Después, como si la libertad más bella que el imperio del universo, hubiera arrojado á sus ojos una luz nueva, exclama: «Las grandes y bellas verdades de la revolución francesa serán eternas, tanto realce, monumentos y prodigios han recibido de nuestras manos. Si, nosotros lavamos sus primeras manchas en olas de gloria. No, no pueden perecer las ideas de la revolución. «Emanadas de la tribuna, cimentadas con la sangre de las batallas, decoradas con laureles victoriosos, saludadas por las exclamaciones de los pueblos, sancionadas por los tratados, no pueden retrogradar. Las ideas revolucionarias viven en la Gran-Bretaña, alumbran la América y están nacionalizadas en Francia. «Nuestra patria es el tripode de que brotará la luz del mundo.»

También acudía á su fantasía el recuerdo de su cuna natal, de esa isla que tan famosa había vuelto:

«¡ Ah! decía, ¡ qué recuerdos ha dejado en mí la Córcega! Aun gozo de sus sitios, de sus montañas. Aun la piso y la reconozco al olor que exhala.»

Continuamente flotaban ante sus ojos belicosas imágenes, en ese estado enfermizo, indeciso y delirante entre la vigilia y el sueño.

«Id, amigos, regresad á Europa, volved á ver á vuestras familias; yo volveré á ver mis valientes en los Campos-Eliseos. Si, Kleber, Desaix, Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier, vendrán todos á mi encuentro; y al verme acudirán todos rebosando de entusiasmo y de gloria. Hablaremos de nuestras guerras con los Escipiones, los Anibales, los Césares, los Federicos, á menos que allí, añadía con chiste, meta miedo el ver tantos guerreros reunidos.»

En su delirio, se creía al frente del ejército de Italia, oía el redoble del tambor, y exclamaba: «Steingel, Desaix, Massena, id, «corred, cargad, que ya son nuestros.»

Unas veces hablaba alto y solo, otras dictaba á sus secretarios, y á menudo escribía en hojas volantes todos los pensamientos que manaban de su alma, demasiado llena para poderse contener:

«Nuevo Prometeo, atado estoy á una roca y un buitre roe mis entrañas. Si, yo había arrebatado el fuego del cielo para dotar

«la Francia, mas el fuego remontó á su foco, y despojado me veo. «El amor de la gloria se asemeja á ese puente que arrojó Satanás «en el caos para pasar del infierno al paraíso. La gloria une el «pasado al porvenir del cual lo separa un abismo inmenso. Nada «dejo á mi hijo salvo mi nombre.»

En sus accesos de melancolía decia estas ú otras tales expresiones: «Que me entierren bajo los sauces cerca de este manantial en que mana un agua tan dulce y pura.»

Pero no era este el último voto de su testamento, la última mirada que dirigia á su patria ausente, el último suspiro exhalado de esa alma inmensa:

«Deseo, decia, que mis cenizas reposen en las márgenes del «Sena, en medio del pueblo que tanto he amado.»

Tal es la inscripción, la sola inscripción que hubiera debido ponerse en las banderolas flotantes del bajel que lo condujo, en el pedestal de las columnas, y en los frontispicios de los arcos de triunfo que adornaban el camino que atravesó, en los paños morados del carro fúnebre, en las noventa y seis banderas de los departamentos, en el peristilo de los Inválidos y en el marmol del sepulcro.

Mientras mas desaparecerá este sepulcro en la sombra del tiempo, mas gloria emitirá á la posteridad. Los hombres extraordinarios son como la montaña, y su sombra nos parece tanto mas grande cuanto mas se alejan de nuestra vista, tanto mas grande cuanto mas aislada parece en los confines del horizonte.

Pero esforzémonos en prescindir de la ilusion de esa óptica falaz, y consideremos á Napoleon como los sabios de la posteridad.

Como hombre de estado tenia demasiado genio y ambicion para consentir á deponer el gobierno supremo y gobernar sometido á un poder cualquiera, Parlamento, Pueblo ó Rey.

Hombre de guerra, cayó del trono, no por haber querido restaurar la legitimidad, pues nadie en aquel entonces, amigo ó enemigo pensaba en la legitimidad; ni por haber ahogado la libertad, pues nadie tampoco pensaba en la libertad, sino por haber sucumbido en la guerra. Ni era ni podia ser un Monck ó un Washington, por una razon muy sencilla, porque era superior á todos los reyes y héroes, y se llamaba Napoleon.

Reinó como reinan todos los poderes, por la fuerza del principio; y pereció como todos los poderes de este mundo, por la violencia y abuso de su principio.

Superior á Alejandro, á Carlomagno, á Pedro I, á Federico II, como estos grandes personajes dejó su nombre á su siglo. Su memoria universal vive bajo las tiendas del Arabe, y atraviesa, en las canoas de los salvages, los rios lejanos de la Oceania.

El pueblo francés, que todo tan fácilmente lo olvida, solo conservó este nombre de una revolucion que trastornó completamente el mundo. Los soldados no hablan de otro capitán, y en ninguna otra imagen fijan sus ojos.

Cuando estalló la revolucion de Julio, la bandera cubierta de polvo que levantaban nuestros soldados-obreros, gefes improvisados de la insurreccion, era la bandera coronada con un águila francesa, la bandera de Iena, de Wagram, y no la de Jemmapes y Fleurus; la bandera que fue enarbolada en las torres de Lisboa, Viena, Berlin, Roma y Moscú, y no la que flotaba en la federacion del Campo de Marte; la bandera acerbillada de balas en Waterloo; la bandera que abrazaba el Emperador en Fontainebleau, cuando se despidió de su antigua guardia; la bandera que en Santa Elena cubrió la frente del Emperador moribundo; en una palabra, la bandera de Napoleon.

El solo, ese hombre sin igual, destruyó la ilusion popular anexa á la sangre de los reyes, la soberanía, la magestad y el poder; él solo realzó al pueblo y lo indujo á estimarse á sí mismo, mostrándole los reyes, hijos de reyes, á los piés de un rey hijo del pueblo; y los eclipsó de tal modo con su gloria, y los anonadó de tal manera con su grandeza, que si se toma uno de estos reyes ó emperadores muertos ó vivos, y se le acerca de este coloso, apenas se distingue: tan oscuros son y tan pequeños.

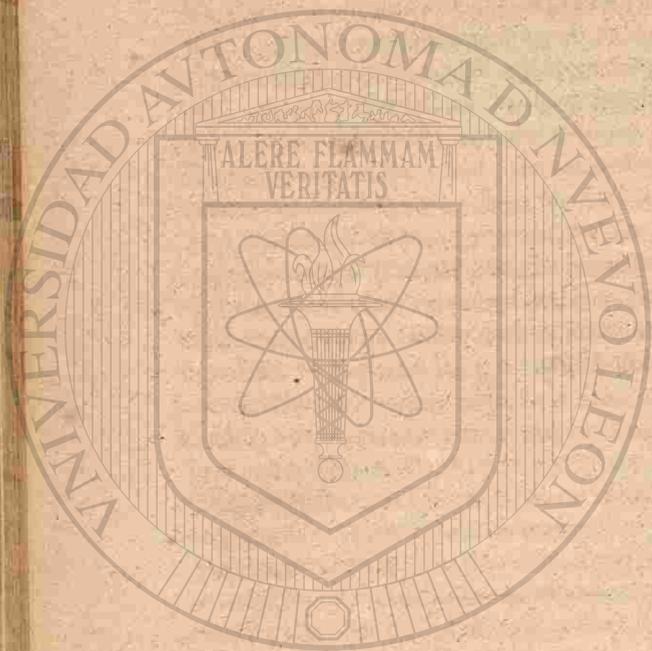
Detengámonos, pues me parece oír resonar una voz mas severa, y temo que la historia dirija tambien una acusacion en forma contra aquel para quien comienza la posteridad, y diga:

Napoleon destronó la soberanía del pueblo; de emperador de la república francesa, llegó á ser déspota; arrojó el peso de su espada en la balanza de la ley; encerró la libertad individual en las prisiones de Estado; sofocó la libertad de la prensa bajo las mordazas de la censura; violó la libertad del jurado; mantuvo bajo sus piés, en el abatimiento de la servidumbre, los tribunales, el Cuerpo legislativo y el Senado; despobló los talleres y los campos é inmoló lo mas selecto de las generaciones; injertó en el militarismo una nobleza nueva que hubiera llegado á ser pronto mas insoportable que la abatida, pues no hubiera tenido ni la misma

antigüedad ni los mismos prestigios; impuso impuestos arbitrarios; quería que no hubiese en el Imperio mas que una sola voz, la suya, y una sola ley, su voluntad. Nuestra capital, nuestras ciudades, nuestros ejércitos, nuestra marina, nuestros museos, nuestros magistrados, nuestros ciudadanos, llegaron á ser su capital, sus ciudades, sus ejércitos, sus flotas, sus palacios, sus museos, sus magistrados, sus vasallos; é incesantemente arrastró la nacion á los campos de batalla, en que no hemos dejado mas recuerdo que la insolencia de nuestras victorias, nuestros cadáveres y nuestro oro. Por último, despues de haber sitiado las fortalezas de Cadiz, despues de haber tenido en sus manos las llaves de Lisboa y Madrid, de Viena y Berlin, de Nápoles y Roma, despues de haber hecho temblar las calles de Moscú, bajo las ruedas de sus carros de artillería, ha dejado la Francia menos grande que la habia recibido, chorreando sangre de sus numerosas heridas, desmantelada, abierta, empobrecida y humillada.

¡Ah! si he admirado, demasiado tal vez, ese hombre extraordinario que hizo á mi pais tanto bien y tanto mal, cuya memoria será eternamente glorificada en los talleres y en las cabañas, y cuyo nombre popular se confundia en mi imaginacion con todas las prosperidades y todas las esperanzas de mi patria; si el orgullo de sus conquistas ha llenado de embriaguez mi corazon; si los rayos de su gloria han fascinado mis miradas juveniles; desde el momento en que inundó mi alma tu pura luz, ¡oh libertad hermosa! á tí sola he seguido, á tí sola abracé, y jamás podrán soltarte mis brazos; jamás podrá borrarse de mi corazon tu imagen santa; libertad, sola pasion de los ánimos generosos, único tesoro digno de envidia, tú que prefieres á los hombres que pasan los principios que nunca cambian, y á la brutalidad de la fuerza los tesoros de su inteligencia; tú que eres la madre del orden y cuyos calumniadores quisieran cubrir del gorro encarnado de la anarquía; tú que consideras todos los ciudadanos como iguales y todos los hombres como hermanos; tú que no reconoces mas superioridad legal que la de los magistrados responsables, y mas superioridad moral que la virtud; tú que ves desfilar en tu presencia los imperios hereditarios como esas nubes que momentáneamente oscurecen la pureza de un cielo despejado; tú que brillas al través de los hierros del prisionero político; tú que medita el sabio, que reclama el esclavo, por que suspiran los sepulcros; tú que recorres la Europa conmoviendo las ciudades y los reinos por la fuerza y en-

canto de tu palabra; tú que en tu marcha triunfal verás caer las barreras de las aduanas, los tribunales secretos, las cárceles del Estado, los cadalsos, las aristocracias, los ejércitos permanentes, las censuras y los monopolios; tú que reunirás en confederacion las naciones diversas de lengua y costumbre, en nombre del mismo interés, en nombre de su independencía, dignidad, civilizacion, reposo y bienestar; tú que desprecias las falsas conquistas y las falsas grandezas, y que no bajas del cielo para oprimir á la tierra sino para libertarla y embellecerla; tú que fecundas el comercio é inspiras las bellas artes; tú á quien no se puede servir sino con desinterés, ni amar sino con furor; tú que formas el primer latido del adolescente cuyo corazon inflamas, y que eres la invocacion sublime de los ancianos; tú, libertad, que, despues de haber hecho pedazos los hierros, conducirás los últimos esclavos con cantos de gloria y palmas en las manos, á los últimos funerales del despotismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## RESTAURACION.

No dejó de emitir cierto brillo esta época de nuestra vida política en que la libertad, tanto tiempo comprimida por la mano de un déspota, levantó la cabeza, y despertóse la Francia al oír acentos desconocidos; época en que volvió á resonar la elocuencia de la tribuna, al rededor de la cual acudían todos los intereses, pasiones y esperanzas, para disputarse la posesion de lo presente y dominacion del porvenir.

El Imperio, abatido en su gefe, vivía aun en la memoria de los antiguos soldados, y, como es necesaria á la Francia una pasión, la libertad había sucedido á la gloria. Los emigrados se acordaban de Luis XV, los militares pensaban en Napoleon, los jóvenes admiraban la Revolucion, y el pueblo inundaba anhelante el foro, pues en aquel entonces era algo un diputado, y mucho un orador.

En el día oímos hablar la misma lengua, el presidente se sienta en su mismo sillón dorado, las mismas cariátides sostienen las mismas tribunas; pero el pueblo no afluye á las escaleras y atrio del santuario, desengañado en lo concerniente á los oráculos del gobierno representativo. Así frío es el tiempo, la noche se acerca, el sol se oculta bajo el horizonte, y su escasa luz no basta al mundo. ®

Tres escuelas políticas se disputaban el terreno de la Restauracion: la escuela inglesa, la escuela legitimista y la escuela liberal.

M. de Serre brillaba como el orador de la escuela inglesa, cuyo filósofo era M. Royer-Collard; ambos reconocían por principio la soberanía de la razon; por medio la gerarquía de los poderes, por fin la monarquía parlamentaria.

En la misma escuela distinguíanse: Camilo Jordan, que empapaba en lágrimas su palabra; Pasquier, cuya argumentacion fluida

escapaba al análisis y refutación; Saint-Aulaire, que soltaba sus frases con la gracia negligente y presuntuosa de un gran señor; Courvoisier, el más dispuesto é inagotable hablador, si no hubiese existido Thiers; Siméon, profundo juriseconsulto; Keratry, de palabra indigesta; Decazes, ministro elegante y de hermoso aspecto, á cuya fraseología no faltaba donaire y flexibilidad; que, hostigado y arrastrado por las exigencias del momento, por los caprichos y miedo de la corte, por el flujo y reflujo de mil enemigos, se abandonaba con facilidad á todas las corrientes; así refrenó la libertad de la prensa y suspendió las reacciones del terror, y, dominando al monarca y á la Francia, mezcló los servicios y faltas de un político á las flaquezas de un cortesano; Lainé, hombre de Estado, vaporoso, melancólico, pensativo, cuya voz producía los vagos sonidos del arpa de Osian; carácter indeciso, mano trémula y floja que no supo tener las riendas del poder, pero orador grave, dotado de una palabra cadente y compasada, que tuvo más de una vez arranques de la verdadera elocuencia del corazón, y, lleno de compasión por los proscritos, abrazó por ellos con llantos y súplicas, los altares de la misericordia; enfin Beugnot, el hombre más sutil y ladino de toda la Francia, después de M. de Semonville, que lo era menos que Talleyrand.

La escuela legitimista se dividía en dos partidos:

El uno se componía de hombres ardientes, queriendo precipitarlo todo; ó bien de hombres apacibles, devotos á Dios en el cielo y al rey en la tierra.

El otro se componía de hombres no menos creyentes, pero modificados por el ejercicio del poder, y adictos á la Carta, como una necesidad imperiosa que los dominaba á ellos y al mismo monarca.

Al frente de la primera falange brillaba M. de La Bourdonnaye, que propuso las famosas categorías de los proscritos, y mandó expulsar á Manuel; contra-revolucionario lleno de tenacidad, á la manera de los antiguos convencionales, subyugado por la razón de estado, más imperioso que hábil, y cuyo lenguaje no dejaba de ser elevado y vigoroso.

M. de Lalot, cuya fulminante alocución acabó con el ministerio de Richelieu, cuyo estilo centellaba de imágenes, y rebosaba de vehemencia y colorido.

M. Dudon, tan profundamente versado en el estudio de la legislación administrativa, cuya elevada frente no se doblaba bajo ob-

jeción alguna, y recibía impávido, y á quema ropa la metralla de la Oposición con la flemma de un Inglés.

M. de Castelbajac, que se agitaba en su banco con una vivacidad meridional, movía estrepitosamente los piés y las manos, prorumpía en exclamaciones, é interrumpía á los oradores incrédulos á la fe monárquica.

M. de Bonald, orador algo confuso, filósofo religioso, y seguramente uno de los mayores escritores de nuestra época.

M. de Salaberry, caluroso realista, orador lleno de fuego y brio, que marchaba al encuentro de los liberales con la pistola en la mano, y descargaba sobre ellos en la tribuna las frenéticas imprecaciones de su cólera.

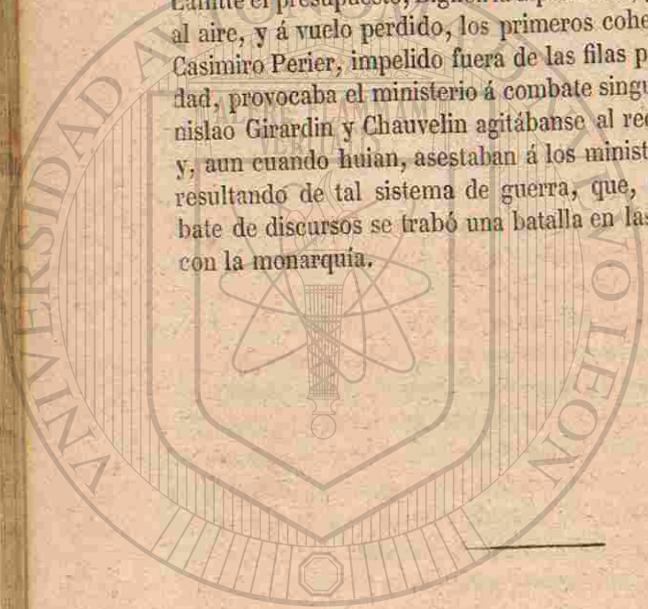
M. de Marcellus, para quien la monarquía no era un principio sino una divinidad, y prosternábase ante su ídolo con el fervor ingenuo de un caballero ó un peregrino.

Al frente de la segunda falange brillaba M. de Villèle.

En torno de este famoso ministro, agrupados veíanse diversos oradores de un mérito diferente: M. de Corbière, uno de los más sabios juriseconsultos de una provincia en que todos lo son, escudriñador de antigüedades literarias, dialéctico mordaz, que ponía alas á sus flechas para que volasen con más rapidez al pecho de sus adversarios; M. de Berbis, hábil explorador de presupuestos, espíritu lucido, conciencia recta; M. de Peyronnet, notable por las vibraciones de su voz, la ingeniosa maña de su dialéctica, el vigor de su argumentación y la pompa florida de su lenguaje; M. de Martignac, orador melodioso á quien la palabra era como á Toulou (1) la flauta; Josse de Beauvoir y Cornet-d'Incourt, tiradores con armas ligeras, destacados á los flancos de la falange ministerial, para empeñar el combate y apuntar á la cabeza de los gefes; Pardessus, inteligencia llena de claridad, orador disertó, juriseconsulto profundo; Ravez, célebre en el foro girondino, por la gravedad de su presencia y la bella sonoridad de su voz, uno de esos hombres que atraen irresistiblemente la atención de sus oyentes; poderoso por su lógica, docto en sus exposiciones, dueño de sus pasiones y de las ajenas, y que, si no hubiese sido presidente de la Cámara, hubiera como orador, dominado el lado derecho.

(1) Miembro del Conservatorio y de la orquesta de la Opera nacional. Toulou pasa por el mejor flautista de la época, poseyendo en sumo grado el don tan fácil aunque tan raro de la embocadura, que á tan pocos otorga la naturaleza.

La escuela liberal fue una escuela beligerante : de Serre entró el primero en campaña, y despues de haber disparado algunos tiros y agotado su cartuchera, se atrincheró detrás de las alturas del poder. Manuel mandaba el cuerpo de reserva de la Oposicion, y el general Foy la vanguardia. Benjamin Constant atacaba la censura, Laffitte el presupuesto, Bignon la diplomacia, y d'Argenson lanzaba al aire, y á vuelo perdido, los primeros cohetes del radicalismo; Casimiro Perier, impelido fuera de las filas por su natural fogosidad, provocaba el ministerio á combate singular; Corelles, Estanislao Girardin y Chauvelin agitábanse al rededor de sus bancos y, aun cuando huian, asestaban á los ministros flechas mortales, resultando de tal sistema de guerra, que, despues de un combate de discursos se trabó una batalla en las calles la cual acabó con la monarquía.



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MANUEL.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

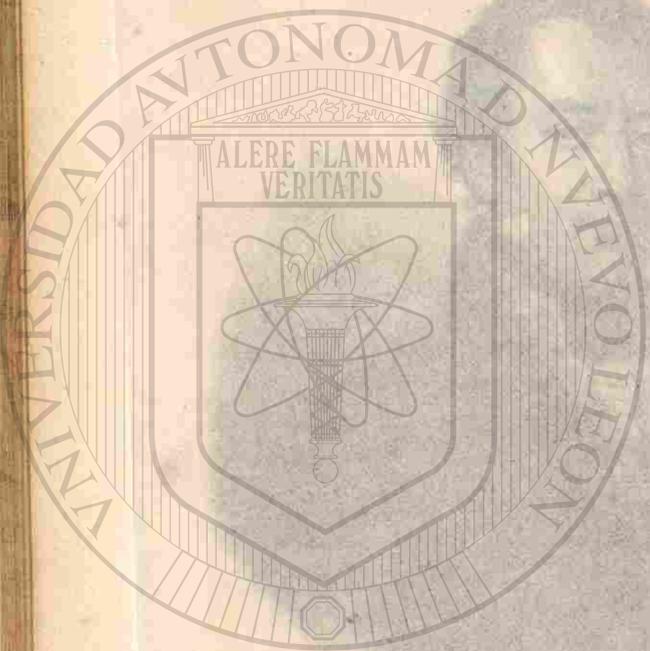
JUAN L

El tiempo... el carácter de... el carácter de...

apareció Manuel.

En este de una estatura clásica... lico, un acento provincial pero sonoro... Manuel era un hombre... natural y sin artificio... calidades propias...





DIRECCIÓN GENERAL DE

## MANUEL.

El Imperio francés giraba en torno de Napoleon como la rueda al rededor de su eje. Solo el emperador dirigia sus ejércitos en el campo de batalla; él solo en el fondo de su gabinete anudaba ó rompía las ligas y tratados; él solo expedía sus órdenes á los prefectos del interior; él solo disertaba de política en los periódicos censurados; él solo hablaba por el órgano de sus comisarios en las asambleas mudas del Cuerpo legislativo y del Senado. De modo que se puede decir que en todo el Imperio no habia otro general, otro diplomático, otro administrador, otro publicista, otro orador que Napoleon.

Así cuando volvió á verse libre la tribuna, y abierto el palenque de la elocuencia, los oradores se avanzaron contentos en la carrera parlamentaria, como hombres no acostumbrados á hablar, y sus movimientos sin soltura, y sus discursos vulgares, proclamaban su poca familiaridad con la vida parlamentaria. Entonces apareció Manuel.

Era este de una estatura elevada, un rostro pálido y melancólico, un acento provenzal pero sonoro, y admirable sencillez de costumbres.

Descubría Manuel las dificultades, mas no las resolvía, circulando con admirable destreza al rededor de cada proposición que interrogaba, palpaba y en cierto modo sondeaba para ver lo que contenía, y dando cuenta á la Asamblea sin omisión y sin énfasis, sin prorumpir en gritos y ademanes desordenados, como esos retóricos apopléticos cubiertos de sudor y jadeando, cuyos pulmones entumecidos amenazan continuamente vomitar olas de sangre. Manuel era un hombre de razon superior, natural y sin artificio, dueño siempre de sí mismo, disertó y espontáneo en su lenguaje, ducho en el arte de exponer, resumir y concluir: calidades preciosas que sedujeron á la Cámara de representantes.

No hay que figurarse, cuando rugen las tempestades políticas, que un orador vehemente en demasía ejerza grande influjo en las Asambleas, pues en general impele al Cuerpo legislativo á resoluciones temerarias; si agrada á los hombres enérgicos, amedrenta á los timoratos que son siempre mas numerosos. Como estos se figuran ver siempre espadas que amenazan sus cabezas, continuas asechanzas, negras traiciones, prefieren los oradores sinceros en que pueden fiarse; y como padecen temblores de miembros, tratan de refugiarse al abrigo de las almas firmes y serenas. Al mismo tiempo no siendo muy sólido su juicio, desean que no se les presenten sino cuestiones resueltas. Así procedió Manuel.

Quando vió, despues de la abdicacion de Napoleon, que el poder ejecutivo no sabia en nombre de quien llevar el mando, que la guerra civil amenazaba estallar en medio de la guerra extranjera, que hasta la misma Cámara de representantes se fraccionaba, y que estos, impelidos por mil vientos contrarios, seguían cada cual su rumbo, inclinándose quien á los Borbones, quien á la República, quien al duque de Orleans, quien al hijo del Emperador, Manuel invocó el voto del ejército, el interés de la patria, y el texto de la Constitución, en favor de Napoleon II.

La Asamblea saludó esta proposicion con entusiasmo, agradeciendo al orador haberla sacado de la perpleja situacion en que se hallaba, y haberle hecho recobrar esa unidad de que tienen imperiosa necesidad todos los cuerpos legislativos, sobre todo en tiempo de crisis.

Manuel fue nombrado redactor del proyecto de la Constitución, encargo peligroso, prueba de confianza, testamento político que, en nombre de la Cámara moribunda, redactaba para la posteridad. Manuel prosiguió su discusion en medio de las balas y de la metralla que silvaba sin cesar á sus oídos, llamó á las armas los ciudadanos, y, cuando todo estaba perdido, y cuando rodaba el cañon prusiano en el puente de Iena, lleno de intrepidez y de calma, repetía, desde lo alto de la tribuna, estas palabras de Mirabeau: « No abandonaremos nuestros puestos sino por la fuerza de las bayonetas. »

Manuel fue el mas considerable y casi el único orador de la Cámara de los representantes, y la confianza de esta lo hubiera colocado á la cabeza del gobierno, bajo la minoría de Napoleon II. Llegó á la Cámara de la Restauracion precedido de una repu-

tacion colosal. Sucede con frecuencia que poco se sostienen esas nombradías ruidosas, porque el desengaño sigue muy de cerca al prestigio. Por otra parte Manuel se hallaba minado por una dolencia cruel que mas tarde lo condujo al sepulcro, y, bajo la impresion del dolor, sus grandes facultades perdieron algo de su fuerza y brillo.

Ministerial liberal y moderado durante los cien dias, Manuel llegó á ser, durante la Restauracion, uno de los tribunos de la oposicion, á la que sirvió con las calidades de su carácter y talento. Como era mas pertinaz que fogoso, sostuvo en la retaguardia las últimas cargas del enemigo. Como poseía mas vigor de razonamiento que vehemencia oratoria, debatía todas las cuestiones, y redargüía las citas de sus adversarios con vivacidad y exactitud. Por agotada que pareciese estar una cuestion, encontraba siempre el medio de introducirse en ella por una parte ú otra, y renovaba el combate con sorprendente subtilidad de dialéctica y abundancia extraordinaria.

Manuel fue el mas notable improvisador de la izquierda. Su diction era enteramente parlamentaria, despojada de adornos ambiciosos, no desprovista de correccion, poco arrastradora, pero vigorosa. Tal vez pecaba á veces por lo prolijo y difuso, sin cesar empero de ser claro, si bien recorria sus discursos, presentándolos bajo nuevas formas, y repitiendo sus argumentos como todos los oradores verbosos.

A veces opinaba por escrito en materia de hacienda y en este caso sus discursos distinguíanse por la claridad de la redaccion, si bien carecian de grandes miras, profundidad y estilo.

Manuel, á la manera de los improvisadores, apropiábase rápidamente las ideas ajenas, y las reproducía con maña y discrecion; pero no era ni administrador, ni filósofo, ni economista. Despues de su expulsion, se entregó al estudio con teson, y, si hubiera vuelto á la escena parlamentaria, le hubieran servido mucho los tesoros de ciencia que recogió en el ostracismo.

Dos hombres eran el objeto de las vivas antipatías de los partidos contrarios: de Serre, de las de la izquierda, despues de su adjuracion; y Manuel, de las de la derecha, en todos tiempos.

Hallábanse á la sazón los partidos en estado de hostilidad flagrante. La emigracion y la revolucion, la aristocracia y la democracia, la igualdad y el privilegio, tenían sus asientos en las Cá-

maras, frente por frente, se median con los ojos, y se profesaban recíprocamente el odio mas encarnizado. Todas las sesiones estaban llenas de disertaciones sutiles é interminables sobre las facciones y los partidos, y todos afirmaban con los labios, que respetaban las intenciones del partido opuesto, mientras que lo que incriminaban cabalmente eran las intenciones. En el día, habiendo llegado la posteridad para ambos partidos, se puede decir que todo era comedia en uno y otro. Los realistas querían un rey sin la Carta, y los liberales una Carta sin el rey. Tal era lo solo cierto en el fondo de sus debates parlamentarios, lo demás mero accidente, ribete y verbosidad. Finalmente, despues de quince años de escenas mal ó bien combinadas, ambos, actores y espectadores, cansáronse de tanto esperar, y fue preciso llegar al desenlace: el rey sin la Carta, esto es, las ordenanzas, y la Carta sin el rey, esto es, la revolución de Julio.

Manuel enroscábase sutilmente al rededor de la Carta como una serpiente en torno de un arbol que ostenta verde y florido, las apariencias de la vida, pero cuyo tronco está carcomido; y, oprimiéndola y apretándola con sus anillos, quería á todo trance el tribuno hacerla dar lo que no contenía.

En el día, esos continuos llamamientos al orden, esos discursos interminables sobre el sentido claro ó ambiguo de la Carta, esas incriminaciones de lesa magestad constitucional, esos esfuerzos de metafísica delicada, abrumarian la paciencia del auditorio.

Pero en aquel entonces nacia el gobierno representativo, y se quería saber por curiosidad si habia alguna cosa en el fondo de debates semejantes.

Los ministros que gozaban de la realidad del poder, se apresuraban á llegar al fin de la discusión. Manuel les hacia una guerra de temporización: al principio los molestaba con sus ataques, y al fin con sus réplicas; proponía enmiendas improvisadas, y bajo el pretexto de apoyarlas, entraba en la cuestión general y ensanchaba su terreno. Si no era adoptada la enmienda, se atrincheraba en la sub-enmienda; y así se presentaba de mil modos, ya avanzando, ya retrogradando, defendiendo como un general hábil pié á pié cada posición, y cuando estaba próximo á caer en manos del enemigo, pegaba fuego á la pólvora.

Elecciones, prensa, presupuesto, leyes penales, peticiones, no hay tesis alguna de libertad ó de economía por la que no haya

abogado, ni batalla contra la izquierda en la cual no haya figurado.

Superior en tino y cordura á los hombres de su partido, Manuel no se dejaba arrastrar por la imaginación, ni sacudir por el entusiasmo, otro mal en Francia; sino pesaba las cosas y las consideraba bajo su verdadero punto de vista, con tal penetración, y prevision tan extensa, que anunció que una revolución saldría del artículo 14 de la Carta.

Abrigaba una viva afección por los proletarios laboriosos, y á esta simpatía que unía las masas á su defensor se debe atribuir que su nombre haya que dado popular en aquellas. La antorcha de la democracia despedía de cuando en cuando algunos de sus rayos en el camino, y á su luz trató Manuel casi todas las cuestiones del porvenir.

Los miembros de la derecha escuchaban á su adversario político con impaciencia visible, y no le disimulaban su desprecio ni improperios. Unas veces se encogían de hombros, otras sofocaban su voz con ruidosos murmullos, habia quien bajaba airado de banco en banco, y lo perseguía hasta el pié de la tribuna con los mas mordaces sarcasmos, y los mas ultrajantes epítetos. Manuel, impasible en medio de las mas violentas borrascas, sin desmentir un momento la serenidad de su rostro y de su alma, recibía el choque sin desconcertarse, cruzaba los brazos, y aguardaba que se restableciese el silencio para continuar su discurso.

La naturaleza lo habia dotado de una intrepidez serena, de un corazón caluroso y patriota, modales llenos de afabilidad, costumbres apacibles, honradez de principios, ambición recta y moderada, y una singular modestia.

No insistiré sobre sus calidades morales, solo añadiré que fue amigo de Laffitte y Dupont de l'Eure, y esto dispensa de todo elogio.

Hay mucha mas imaginación de lo que generalmente se cree en el seno de los partidos, los cuales ansían por vivir y establecerse no solo en el presente y en el porvenir, sino tambien en el pasado; arreglan la historia á su gusto y en provecho de sus pasiones, é imponen por antojo á algun ilustre personaje difunto el cargo de desempeñar su opinión, aun cuando tal papel hubiese profundamente repugnado á este mismo personaje, y la opinión careciese de vida y nombre en los tiempos trascurridos. Así los republicanos quieren absolutamente que, bajo la Restauración, Manuel haya servido

su causa; mientras que los doctrinarios de las Tullerías aseguran que si viviese seguiría la misma senda que ellos. Mas ambos asertos son meras ilusiones. Manuel tenía, como aun en el día millones de Franceses (1), el sentimiento republicano mas bien que las teorías republicanas. Así, libre de proceder de otro modo, prefirió Napoleon II á la república, diciendo que: «los republicanos son cabezas aun no maduras por la experiencia.»

Y en otra ocasion: «Que la república pudo seducir almas elevadas, pero que no puede convenir á un gran pueblo en el estado actual de nuestras sociedades.»

Y por último: «Que el trono es la garantía de la libertad.»

Advertiendo igualmente que se pronunció por la prerogativa real, por la institucion de dos Cámaras, por los pares hereditarios, por el salario del clero, y garantía administrativa de los empleados.

Manuel no formaba parte del partido del *Palais-Royal*, y, como algunos quisiesen explotar su popularidad en favor de cierto personaje, respondió al fin cansado de tanta porfia: «No quiero oír hablar de semejante sugeto (2).»

Es una opinion bastante acreditada que, si hubiese vivido Manuel, su larga experiencia hubiese guiado á los fundadores de la revolucion de Julio, señalado los escollos en que conducian la nave los poco expertos pilotos, é imposibilitado á la prerogativa el salir de sus límites y sumergir la libertad.

Las buenas acciones valen mas que los mejores consejos y los mas hermosos discursos. No, todos los consejos de Manuel no hubieran podido impedir que se verificase la fatalidad de las cosas. Sus discursos pasarán, si ya no han pasado; mas, en tanto que el valor cívico, cien veces mas raro que el valor militar, será honrado entre nosotros, el nombre de Manuel vivirá en la memoria de los Franceses.

Hallámonos en 1823, cuando de repente desaparece la pa-

(1) No hay que olvidar, para la buena inteligencia de este y otros pasajes análogos, lo ya dicho en la Advertencia: que la última edicion de esta obra fue publicada pocos meses antes de la Revolucion de febrero, y que, desde esta época, no solo ha medrado el sentimiento republicano, sino afianzándose la forma republicana en la mayor parte de la nacion francesa. (N. del T.)

(2) La alusion es transparente, y la mayor parte de nuestros lectores habrán comprendido que se trata aquí del duque de Orleans, que mas adelante llegó á ser rey de los Franceses bajo el nombre de Luis-Felipe. (N. del T.)

ciencia de la derecha, y revienta por fin cuando Manuel, dejándose arrastrar por los íntimos sentimientos de su corazon, manifiesta su repugnancia por los Borbones. Desde aquel momento fue apuntado su nombre en las listas de proscripcion, al paso que, con el oído atento y mano levantada, velaban sus enemigos emboscados al pié de la tribuna, acechando al paso todas las expresiones del orador liberal, sobre cuya cabeza amontonábase la tempestad.

Apenas Manuel, en un nuevo discurso, bosquejó indirectamente la apología de la Convencion, cuando levántase de repente de su asiento M. de Bourdonnais, y reclama la expulsion del diputado de la Vendée por causa de indignidad.

La Cámara castigó á Manuel por haber alabado la Convencion, al paso que ella misma la imitaba; mas al mismo tiempo enajenóse la opinion, lo que es una falta grave; abusó de su fuerza, prueba de cobardía; movió un golpe de Estado, circunstancia que pierde tanto á las Cámaras como á los reyes, aun cuando por el pronto consigan su objeto; violó la inviolabilidad de la tribuna; envolvió en la condenacion de una sola expresion toda la vida parlamentaria de Manuel; le suscitó un proceso de partido, é hirió en el corazon la libertad de la palabra como lo habia efectuado con la prensa.

Lo mas sorprendente en todo esto es el derecho infundado de los diputados del privilegio de representar la Francia y hablar en su nombre. ¡Pobre Francia! Todos te hacen hablar, todos te atribuyen sus palabras, lo mismo los de antes que los de ahora, los diputados como los periodistas. ¿Cuándo llegará el día en que podrás tú hablar por tí misma, é imponer silencio á todos esos usurpadores de tu voz?

El gran carácter de Manuel no se desmintió en los debates ni un solo instante. Con esa frente sosegada que irritaba sus débiles y violentos enemigos, defendióse con elocuente sencillez, y pronunció entre otras estas palabras:

«Declaro que á nadie reconozco el derecho de acusarme ni juzgarme. En vano busco jueces, solo veo acusadores, y no contando con un acto de justicia, me resigno á un acto de venganza. Respeto las autoridades, pero mayor respeto profeso por la ley que las fundó, y no les reconozco poder alguno, desde el momento en que, en desprecio de esta ley, usurpan derechos que no les han sido conferidos.»

«Ignoro si, en un estado semejante de cosas, la sumision es un

« acto de prudencia, pero lo que sé es que la resistencia es un derecho, y, aun mas que un derecho, un deber.

« Llegado á esta Cámara por la voluntad de los que tenían derecho de enviarme, no saldré sino por la violencia de los que pretenden excluirme; y si esta resolución de mi parte debe acarrear mayores peligros sobre mi cabeza, me acordaré que el campo de la libertad ha sido repetidas veces fecundado por sangre generosa. »

Manuel cumplió con su palabra, y, defendiendo hasta el fin su derecho, solo cedió á la violencia. La mano de un gendarme lo sacó con violencia de su banco, y lo apartó del seno de sus amigos indignados.

La multitud de liberales que, aumentada con otra inmensa multitud, debía hallarse mas tarde en el triunfo de sus exequias, acompañó á su casa al tribuno demócrata; pero, una vez retiradas las olas populares, la soledad y el silencio rodearon al orador. Los colegios electorales de entonces no tuvieron el valor de elegirlo, á lo menos de intentarlo. ¡Tan poco espíritu cívico reina en Francia! ¡Tantas memorias ingratas encuentran los servicios patrióticos! ¡Tan pronto fenecen las nombradías!

Y sin embargo, capricho extraño de la fortuna! Tal vez ni aun sospechaba ese intrépido ciudadano, cuando era ignominiosamente expelido por haber hablado de la Convencion, y salia de la Cámara como un malhechor entre dos gendarmes, tal vez no sospechaba que el monarca, objeto de sus repugnancias, se veria tambien un día fugitivo y embarcado para un destierro eterno; que el hijo de un convencional ocuparia el trono y el lecho de su señor; que los diputados que proscrito habian un diputado en nombre de sus electores, se verian igualmente proscritos por los mismos electores y excluidos del templo de las leyes; y que, en el frontispicio de otro templo dedicado á los grandes hombres por la patria agradecida, representaria el cincel inmortal de David en frente de la figura de Napoleon, emblema del valor guerrero, la figura de Manuel, emblema del valor civil.

Manuel sobrellevó el ostracismo con dignidad, pero no sin tristeza y sin echar á menos la tribuna.

« Vm. es literato, decia el orador á Benjamin Constant, y tiene una pluma, ¿pero á mí qué me queda? »

Quedábanle las exequias y el Panteon (1).

(1) Manuel figura en pié en el hermoso frontispicio del Panteon que es de mano de David.

## DE SERRE.

Luis XVIII habia subido al trono, y el bajel del destierro llevaba Napoleon á la roca de Santa-Elena. Los ejércitos europeos habian envainado sus espadas, y hollaban por segunda vez nuestro suelo; pero los partidos, comprimidos por el estupor de la invasion, debian encontrarse de nuevo en el terreno parlamentario.

Cierta dosis de ambicion, de odio y venganza, componen el fondo de todos los partidos vencedores; y ¿cómo hubiera podido prescindir de la reaccion la Cámara de 1815, compuesta de partidarios acérrimos de la monarquía? ¿Cómo hubiera podido no haber choque entre la emigracion y los restos del ejército imperial, entre la provincia y la corte, los intereses antiguos y los modernos, el espíritu de localidad y el espíritu de centralizacion, la propiedad y la industria, la corona y el liberalismo, el altar y el trono y la filosofía y la revolucion? Esta lucha era infalible, inminente y al mismo tiempo implacable.

Eran hombres de otra época la mayor parte de los diputados de 1815, y no es posible á la generacion actual el formarse una idea de la índole de semejantes hombres, ni aun á la generacion legitimista y religiosa, que cuenta tantos miembros liberales. Ricos vecinos y nobles de lugar, retirados en sus casares ó en sus estrados, solo conocian el Imperio por el odio que le profesaban, y los actos de este poder por el aumento de impuestos y la conscripcion anual. Llenos de temor por la Revolucion, y al mismo tiempo de los errores y preocupaciones de la emigracion, mezquinamente devotos, poco ilustrados y tercios, hubieran querido un culto dominante y sin rival, un monarca sin Carta, sin Cámara de pares y aun sin corte, pero no sin instituciones provinciales. El gobierno concentrado en manos del rey, y la administracion de los departamentos en los ricos y nobles, tal era su sueño. Bajo otro punto de vista, gente religiosa y honrada, sincera en su fe legitimista y reli-

« acto de prudencia, pero lo que sé es que la resistencia es un derecho, y, aun mas que un derecho, un deber.

« Llegado á esta Cámara por la voluntad de los que tenían derecho de enviarme, no saldré sino por la violencia de los que pretenden excluirme; y si esta resolución de mi parte debe acarrear mayores peligros sobre mi cabeza, me acordaré que el campo de la libertad ha sido repetidas veces fecundado por sangre generosa. »

Manuel cumplió con su palabra, y, defendiendo hasta el fin su derecho, solo cedió á la violencia. La mano de un gendarme lo sacó con violencia de su banco, y lo apartó del seno de sus amigos indignados.

La multitud de liberales que, aumentada con otra inmensa multitud, debía hallarse mas tarde en el triunfo de sus exequias, acompañó á su casa al tribuno demócrata; pero, una vez retiradas las olas populares, la soledad y el silencio rodearon al orador. Los colegios electorales de entonces no tuvieron el valor de elegirlo, á lo menos de intentarlo. ¡Tan poco espíritu cívico reina en Francia! ¡Tantas memorias ingratas encuentran los servicios patrióticos! ¡Tan pronto fenecen las nombradías!

Y sin embargo, capricho extraño de la fortuna! Tal vez ni aun sospechaba ese intrépido ciudadano, cuando era ignominiosamente expelido por haber hablado de la Convencion, y salia de la Cámara como un malhechor entre dos gendarmes, tal vez no sospechaba que el monarca, objeto de sus repugnancias, se veria tambien un día fugitivo y embarcado para un destierro eterno; que el hijo de un convencional ocuparia el trono y el lecho de su señor; que los diputados que proscrito habian un diputado en nombre de sus electores, se verian igualmente proscritos por los mismos electores y excluidos del templo de las leyes; y que, en el frontispicio de otro templo dedicado á los grandes hombres por la patria agradecida, representaria el cincel inmortal de David en frente de la figura de Napoleon, emblema del valor guerrero, la figura de Manuel, emblema del valor civil.

Manuel sobrellevó el ostracismo con dignidad, pero no sin tristeza y sin echar á menos la tribuna.

« Vm. es literato, decia el orador á Benjamin Constant, y tiene una pluma, ¿pero á mí qué me queda? »

Quedábanle las exequias y el Panteon (1).

(1) Manuel figura en pié en el hermoso frontispicio del Panteon que es de mano de David.

## DE SERRE.

Luis XVIII habia subido al trono, y el bajel del destierro llevaba Napoleon á la roca de Santa-Elena. Los ejércitos europeos habian envainado sus espadas, y hollaban por segunda vez nuestro suelo; pero los partidos, comprimidos por el estupor de la invasion, debian encontrarse de nuevo en el terreno parlamentario.

Cierta dosis de ambicion, de odio y venganza, componen el fondo de todos los partidos vencedores; y ¿cómo hubiera podido prescindir de la reaccion la Cámara de 1815, compuesta de partidarios acérrimos de la monarquía? ¿Cómo hubiera podido no haber choque entre la emigracion y los restos del ejército imperial, entre la provincia y la corte, los intereses antiguos y los modernos, el espíritu de localidad y el espíritu de centralizacion, la propiedad y la industria, la corona y el liberalismo, el altar y el trono y la filosofía y la revolucion? Esta lucha era infalible, inminente y al mismo tiempo implacable.

Eran hombres de otra época la mayor parte de los diputados de 1815, y no es posible á la generacion actual el formarse una idea de la índole de semejantes hombres, ni aun á la generacion legitimista y religiosa, que cuenta tantos miembros liberales. Ricos vecinos y nobles de lugar, retirados en sus casares ó en sus estrados, solo conocian el Imperio por el odio que le profesaban, y los actos de este poder por el aumento de impuestos y la conscripcion anual. Llenos de temor por la Revolucion, y al mismo tiempo de los errores y preocupaciones de la emigracion, mezquinamente devotos, poco ilustrados y tercios, hubieran querido un culto dominante y sin rival, un monarca sin Carta, sin Cámara de pares y aun sin corte, pero no sin instituciones provinciales. El gobierno concentrado en manos del rey, y la administracion de los departamentos en los ricos y nobles, tal era su sueño. Bajo otro punto de vista, gente religiosa y honrada, sincera en su fe legitimista y reli-

giosa, independiente por los hábitos de su vida, por posición de fortuna, por orgullo caballeresco, y sin la menor analogía con el materialismo servil de nuestra época industrial y sin fe.

Una Cámara compuesta de elementos semejantes, dominada por sus pasiones y embriagada por un triunfo tan entero como completo, debía ir muy lejos en la carrera borrascosa y sangrienta de las reacciones políticas, mas lejos tal vez de lo que hubiera deseado.

Entonces apareció de Serre, ese gran ciudadano, pues así lo fue en efecto, y se puede decir que vino en momento oportuno. El nombre del rey descollaba en todos los discursos, en todas las alocuciones, en todos los informes; el grito de ¡Viva el rey! estallaba espontáneamente en el seno de la Cámara agitada, menos como un grito de amor que como un grito de guerra. A este grito palmoteaba la mayoría y levantábase delirante. Una ola mas, y el torrente de la reacción traspasaba sus diques, y anegaba toda la Francia. De Serre, sin titubear, se arroja intrépido al torrente y tuerce su curso.

Soldado y jefe á la vez, ora en la agresión, ora en la defensa, multiplicábase de Serre, y valia él solo un ejército. ¡Cuántos servicios inapreciables prestó á la causa de la libertad! ¡Con qué voz fulminante tronó contra el restablecimiento de la confiscación, la violencia de las comisiones directrices, las extorsiones de la fiscalidad, la tiranía de los tribunales prebostales (1), la organización infernal y secreta del espionaje, enganchos y asesinatos! ¡Qué valor en medio de tantos riesgos! ¡qué alta razón en medio de tantas extravagancias!

La nobleza de provincia, sea que guardase el fermento celoso de ese espíritu hereditario de oposición que, desde los tiempos feudales, la animó contra los cortesanos, sea que quisiese concentrar las fuerzas de la aristocracia en las administraciones locales, pedía con instancia so color popular, la elección de dos grados. ¡Como si pudiese haber sufragio sincero sin ser directo y universal. De Serre se opuso con feliz éxito á tal estratagema, y consiguió que adoptada fuese la elección de un solo grado, elección que tenia la

(1) En francés *cours prévôtales*. Eran tribunales con atribuciones diferentes bajo el Imperio y la Restauración; bajo el Imperio tenían por objeto reprimir el contrabando é impedir la introducción de mercancías extranjeras. La de la Restauración, á que alude el autor en el texto de esta obra, fueron establecidos para juzgar los crímenes y delitos políticos. (N. del T.)

ventaja de ser directa, y el inconveniente de ser reducida y monopolizada; y cuando en 1819, atacaron de nuevo sus enemigos este modo de elección, cuyo vicio es tan fácil de corregir, la volvió á defender de Serre con tan vigorosos argumentos, con tanta vehemencia y tal elocuencia, que el entusiasmo de las tribunas estalló en prolongados aplausos.

Corta fue la carrera oratoria de de Serre, pero ¡cuan dignamente la llenó! ¡Qué energía de voluntad! ¡qué vigor de argumentación! ¡qué fuerza! ¡qué plenitud! ¡qué variedad en sus discursos! ¡qué multitud de combates! ¡qué repetidas victorias! ¡Como vuela el infatigable orador al socorro de los empleados contra los clasificadores, purificadores y delatores! ¡Como ataca calurosamente los oradores que defendían la bancarrota, y que, para anular ó disminuir la hipoteca de los créditos atrasados, desacreditaban el origen y causa de sus títulos! ¡Como cubre de rubor los denunciadores del ilustre Massena! ¡Qué desden muestra por el llamamiento al órden, al combatir la proposición de dar propiedades al clero, asignarle una dotación de renta perpetua de 42 millones, restituírle los bienes no vendidos, confiarle la instrucción pública así como los registros civiles, y reconstituir al mismo tiempo la constitución de la Iglesia y del Estado! ¡Como se esfuerza en conmover cuando no puede convencer! ¡Como se entenece su voz cuando invoca la piedad, cuando el auditorio cierra el oído á la justicia!

Ministro, de Serre continuó marchando en las vías del progreso. Su código sobre la imprenta fué una obra muy liberal, obra en aquel entonces prodigiosamente difícil por la elaboración de las materias, obra completa por la definición de los delitos, las vías de los procedimientos y la articulación de las penas. M. Guizot, sin igualar la elocuencia del ministro, lo apoyó con honor en esta admirable discusión, acción bellísima que resarce mas de una falta cometida despues. Desde el establecimiento del gobierno representativo, ningun ministro llegó á la altura, ni desplegó tantos talentos como de Serre, y la Cámara lo vió sucesivamente y á la vez, hombre de Estado en las consideraciones políticas, dialéctico consumado en la deducción de las pruebas, docto jurisconsulto en la gradación de las penalidades, vehemente orador en la refutación de sus adversarios. Mas prudente en su proceder que los procuradores generales de la época, defendió contra sus preocupaciones, a atribución de los delitos de imprenta al jurado; y mas liberal que la misma oposición, combatió á Manuel que queria extender

la inviolabilidad á las opiniones escritas y no á las pronunciadas en la tribuna. ¡Qué ocurrencias tan felices tuvo entonces de Serre! ¡qué admirables palabras salieron de su boca! «No quiero quitar al diputado el derecho de ser escritor.» Y esta otra: «La libertad es menos necesaria á la perfeccion moral y religiosa de los pueblos que á su perfeccion política.»

En esta misma discusion, habiendo dicho de Serre que todas las mayorías habian sido sanas «¿Y la Convencion tambien? — exclamó M. la Bourdonnais. — Si señor, replicó de Serre, la misma Convencion, si no hubiese deliberado bajo la amenaza de los puñales.»

¡Oh! cual seria la indignacion y piedad de este eminente orador si hubiese vivido bajo nuestro régimen sin libertad porque desprovisto es de principios, sin popularidad porque carece de grandeza; si pudiese comparar la moderada legislacion de la imprenta bajo el rey de 1819 por la gracia de Dios, con la violenta legislacion de setiembre (1) bajo el rey actual de 1847, rey por la gracia del pueblo; y, si al lado del jurado, esa justicia liberal de nuestra nacion, viese nuestros pares ministeriales pronunciando sus fallos sobre miserables procesos.

La confiscacion infamada, castigado el crimen, entronizada la justicia, acalladas las denuncias, tranquilizados los acreedores del estado, comprimida la feudalidad, depuradas las elecciones, vengadas las peticiones, equilibrados los partidos, ilustrada la legislacion, libre la tribuna, asegurada la imprenta: tales son los trabajos y resultados de la primera y brillante mitad de la vida parlamentaria de de Serre como diputado, presidente de la Cámara y ministro; y riego á mis amigos que me digan si, desde diez y siete años á esta parte, ha habido un solo diputado, un solo ministro, un solo orador, que haya conquistado la décima parte en favor del orden y la libertad.

Pero de repente, y sin saber como, por una evolucion tan súbita como inopinada, ese mismo de Serre, despues de haber sido el

(1) A consecuencia del atentado del 28 de julio de 1835 contra la vida de Luis-Felipe, una serie de leyes liberticidas, y contrarias al espíritu y aun al texto de la Carta de 1830, fueron votadas por la Cámara de diputados, y sancionadas por la de los pares. Ambos cuerpos legislativos votaron bajo el imperio de las pasiones é instigados por la familia real, que supo aprovecharse de la coyuntura, del terror de los ánimos, y de las simpatías de la nacion para su monarca.

mas vigoroso campeón de la libertad, se constituye fatalmente el hombre del poder, atacando lo que habia defendido, quemando lo que habia adorado. El disertor orador indica la tempestad que sube y se acerca, replega sus velas, prorrumpe en un grito de angustia desde lo alto del mastil, y, con fuerza febril, se ase y agarra de los escollos, al borde del abismo en que arrastraba la ley de las elecciones á la corona; mientras que su colega Pasquier sostenia, si bien retrocediendo, el choque de la oposicion. Lóbrego estaba el cielo, é iba de un momento á otro á reventar la nube. Atemorizado el partido de la corte, llama á toda prisa á de Serre; llega el intrépido combatiente; se arroja, á cuerpo descubierto, en lo mas recio de la pelea; cambia al instante mismo el terreno de la batalla; lleva la ofensiva con la victoria al campo de los liberales, y salva queda la monarquia.

Debemos ser justos: la oposicion desempeñaba su papel y cumplia con su oficio. ¿Porqué no hubiera hecho otro tanto de Serre como ministro? Los gobiernos cuya base no es ancha y nacional, son cuerpos malsanos que infaliblemente mata una dosis algo fuerte de libertad. De Serre era el consejero responsable, el médico político de la monarquia doliente, y por consiguiente era su obligacion salvar al enfermo. Ahora bien, en aquel entonces habia mas peligro, peligro de muerte, en las elecciones del 3 de febrero de 1817, que en el mismo sufragio universal.

Pero nosotros radicales, queremos siempre juzgar nuestros adversarios á nuestro punto de vista, y nos enfadamos, no tanto de que no profesen nuestros principios, como que de que hablen ú obren segun los suyos. Es como si un general juzgara que obrase mal su enemigo que ataca, porque lo rechazase este con su artilleria, caballeria é infanteria. Para juzgar con imparcialidad á de Serre hay que ponerse en su lugar y no en el nuestro. De Serre, emigrado, realista, aristócrata y ministro, sostuvo la libertad contra la monarquia por puro liberalismo cuando dominaba la reaccion, y defendió la monarquia por sentimiento monárquico y no por servilismo. En ambos casos fue consecuente á su punto de partida. De Serre, por carácter, no podia servir á sus amigos, ni combatir á sus enemigos de un modo flojo y apático; y una vez al lado del trono, esgrimió con valor firme y desesperado contra los embates de los partidos, la democracia de las elecciones y las amenazas de la prensa.

Pasquier poseia un modo de producirse diestro y urbano, mien-

tras que la palabra de de Serre era atrevida y la mano pesada. Sin preocuparse de los artificios del lenguaje, marchaba recto á sus adversarios y les descargaba terribles golpes. Yo estaba presente, y aun me parece verlo, cuando volviéndose del lado de la oposicion, le gritaba: «Os he visto, os he penetrado, os he arrancado «la máscara.» La oposicion hervia de cólera.

«Por mas que hayais hecho en favor de los nuevos intereses, «decia igualmente á los diputados de la izquierda, no habeis hecho mas que yo.» Decia bien, y aun hubiera podido decir: «No «habeis hecho tanto como yo.»

¡Qué toques, qué maestría en este cuadro de la libertad de imprenta en los Estados-Unidos é Inglaterra!

«Supongamos una poblacion naturalmente apacible y flemática, «diseminada en un vasto territorio, rodeada por el Océano y «los desiertos, ocupada enteramente por sus trabajos agrícolas y «mercantiles, libre é independiente de los menesteres intelectuales «y los tormentos de la ambicion; dividase esta poblacion en estados «mas ó menos democráticos, debilmente constituidos, sin distincion ni rango, y no será difícil comprender que tolerable sea la «licencia de los periódicos, y aunque sea un útil resorte á la «democracia, un estímulo que arranque á los ciudadanos aislados «á los cuidados domésticos para llamarlos á la discusion de los «grandes intereses públicos.

«Supongamos, por otra parte, un reino en que el tiempo haya «acumulado una alta aristocracia, influencia de dignidades, riquezas y posesiones casi regias; es claro que exige un freno el «orgullo de los grandes; á estos es necesario recordar lo que deben al trono y al pueblo; inculcarles cada dia que la influencia «no puede conservarse sino como se ha adquirido, por la ciencia «y el valor, por el patriotismo y los servicios; y á este efecto son «muy eficaces los periódicos cotidianos, aun con cierto grado de «licencia. Y si se añade que esta elevada aristocracia no se encuentra aislada en el Estado; que debajo de ella se esparcen y «se ensanchan otros grados sucesivos, grados enérgicamente encadenados, é indisolublemente soldados á una sola gerarquía; «que todo se mueve por esta, gobierno, justicia civil y criminal, «administracion y policia; en este caso no hay que extrañar que «una sociedad así constituida sobreviva á las agitaciones de la «prensa periódica.»

De Serre, dotado de un genio organizador, veia con temor los

progresos del individualismo, y queria, á la manera de Napoleon, constituir clases, corporaciones, asociaciones, contrapesos, un conjunto resistente de fuerzas políticas. Ni por preocupacion ni por casta, ni por tenacidad ni por orgullo, era aristócrata; pero parecia dominado por la necesidad de una disciplina gerárquica, una clasificacion ascendiente y descendiente de las Cámaras, y aun de la misma sociedad. Dichosamente las naciones no se dejan amasar y amoldar bajo los dedos caprichosos del legislador. La Francia está acostumbrada á la igualdad, y tanto por cordura como por temperamento repugna á las tiasas é intolerantes gerarquías de las condiciones y del poder.

Educado en la escuela de la filosofia alemana, de Serre mostraba en la discusion de los negocios un método profundo sin ser hueco, ingenioso y sutil, remontando al origen de las cosas. Al mismo tiempo era admirable en sus exposiciones históricas, y comentaba con erudita doctrina las antinomias de la legislacion. Todas las materias civiles, políticas, militares, fiscales, religiosas, las trataba con la mayor lucidez y asombrosa seguridad de ciencia. Aduanas, presupuesto, empadronamientos, prensa, libertad individual, peticiones, reglamentos de la Cámara, elecciones, reclutamiento, pensiones, amortizacion, instruccion pública, consejo de estado, negocios extrangeros, no habia cuestion sobre que no hablase, no sin esparcir sobre ellas copiosos raudales de luz.

Desde luego se echaba de ver que era un hombre de inteligencia superior, al ver el modo con que dividia sus discursos, la firmeza de sus progresiones, el encadenamiento sustancial y robusto de sus discursos; y M. Guizot se le asemeja bajo este punto de vista.

De Serre era alto y seco de cuerpo; tenia la frente elevada y proeminente, los cabellos lisos, el ojo vivo, la boca caída, la fisonomia inquieta de un hombre de un sentir profundo. Titubeaba algun tanto cuando empezaba á hablar, y en la contraccion de sus sienes se notaba que las ideas acudian lentamente y se forjaban con esfuerzo en su cerebro; pero poco á poco se arreglaban, fluian, brotaban con un orden abundante y maravilloso; y el orador, agoviado y palpitante bajo su peso, las esparcia en magnificas imágenes y expresiones pintorescas.

Citaré algunas pocas de esas palabras, ó mas bien de aquellos pensamientos que dejaba escapar con tanta abundancia.

« A medida que el pueblo olvida obedecer, el ministerio olvida  
« gobernar.

« Una sociedad bien ordenada es el mejor templo que se pueda  
elevar al Eterno.

« Los tribunales extraordinarios no pueden aclimatarse en  
« Francia.

« Si los ministros abusasen de su poder, se sabría entonces des-  
« cubrir las leyes de la responsabilidad y los trámites de la acu-  
« sacion.

« Hemos visto vacilar á este gran pueblo, y apoderarse de él las  
« convulsiones de la anarquía.

« Alumnos de las escuelas, teneis que aprender la ciencia y sa-  
« biduría; mas, creyendo que ya las poseeis, queréis ser garantes  
« de la ciencia y sabiduría, y pretendéis juzgar á vuestros maestros  
« y á los superiores de vuestros maestros.

« Si, despojada del moho del tiempo, se presentase á nuestros  
« ojos la raíz de todos los derechos, ¿la encontraríamos pura de  
« toda usurpacion y de toda mancha?

« Si la libertad es para los Franceses una cuerda floja, la igual-  
« dad es una cuerda siempre tirante.

« La ley es la reciprocidad de los seres entre sí, y el derecho la  
« expresion de esta reciprocidad.

« La democracia rebosa y se extravasa á chorros. »

Pero es fuerza confesar que si, por la brillantez súbita de sus ideas, el atractivo del colorido, el nervio y vehemencia de sus discursos, fue de Serre el diputado mas elocuente de la Restauracion, se dejó arrastrar, como tantos otros oradores, por esa cólera y pasion, que lo indujo á pronunciar su famoso *jamás*, que tanto se le echó en cara, y de que tanto se arrepintió.

En sus últimos años, fue de Serre el blanco de la Oposicion, y contra tan culminante genio, contra tan poderosa cabeza, como decia Benjamin Constant, dirigian sus tiros los miembros liberales de la Cámara, hostigando sin cesar ese leon del ministerio, tirándole de la melena, lanzándole agudos venablos; y hubiera querido la oposicion limarle las uñas y encerrarlo en una jaula de hierro. Foy, Benjamin Constant, Manuel, Chauvelin, rodaban sin cesar en torno de la fiera sin dejarle un momento de quietud; y Casimiro Périer que, una vez ministro, no podia sufrir que nadie moviese la cabeza, y gritaba con tono de autoridad á la banda de sus diputados « Vamos, señores, en pié, » se enfurecia con-

tra de Serre con violencia extraordinaria de ademanes y lenguaje.

Si me es permitido levantar mi pincel y olvidar que ejecuto aquí un retrato oratorio, diré que de Serre era hombre de bien, esforzado, sincero, íntegro, tal vez sensible en exceso. La tribuna gasta en breve las organizaciones nerviosas. El general Foy adolecía del corazon, Casimiro Périer del hígado, y de Serre del cerebro. La agitacion de la palabra perfecciona al orador, mas acaba con su organizacion fisica.

Cuando el partido de la corte se hubo servido de de Serre para abatir la ley electoral y la prensa, le quitó los sellos y la toga y le envió al brillante destierro de una embajada á meditar sobre la nada de los triunfos parlamentarios; y ese ministro audaz, ese orador elocuente, no tuvo crédito suficiente para ser elegido simple diputado, habiendo sido considerado demasiado afecto á la monarquía por los liberales, y demasiado liberal por los partidarios de la predominancia de la dignidad real. Por otra parte la mayor parte de los electores de provincia no gustan de hombres superiores; el genio les ofusca, y por una especie de instinto se avienen mejor con las medianías. Para complacer á los honrados vecinos de lugar, es preciso ser de todos ellos; ni servir, ni perjudicar en demasia; no lanzarse en la corriente de un partido, ni flotar como la espuma; encogerse de hombros; agazaparse en un rincón para no ver al sol que se pone y poder saludar al que nace; vivir de la vida animal de los banquetes ministeriales y las reuniones de la corte. Tal es lo que conviene para ser siempre diputado.

De Serre concibió un dolor violento por su repudiacion electoral; su cabeza se resintió, y, con los ojos vueltos á esa tribuna de Francia resonante aun de los ecos de su elocuencia, su pesar lo condujo á la tumba.

¡Vanidad de reputaciones! ¿ Quien se acuerda hoy dia de de Serre? ¡ Vanidad de su pintor! ¿ Quien sin mi sabria, quien sabria si yo no hubiese reproducido su fisonomía y varonil elocuencia, si yo no lo hubiese trasladado al lienzo y dado á luz, que vivió de Serre, que comprimió la guerra civil, que salvó la monarquía, que fue un orador admirable, en términos que, de los principes de la tribuna moderna, solo podria ser comparado á Berryer, si Berryer fuese comparable con algun otro?

## DE VILLÈLE.

De Villèle fue bajo la Restauracion el gefe del lado derecho. Era un hombre de un porte vulgar, seco de carnes, de poca estatura, con ojos penetrantes, facciones irregulares aunque expresivas, voz gangosa, mas acentuada. No era orador, pero era mas que orador, pues poseia la habilidad de un politico.

En los primeros tiempos, sus compañeros de opinion despleaban mas impetuosidad que prudencia. De Villèle los sometió al freno y á la disciplina, enseñándoles la naturaleza de los hombres y cosas que ignoraban, acabados de llegar de sus provincias. Soldados obedientes, reuniéronse bajo las banderas del discreto caudillo, y se formaron en columna cerrada impenetrable á las bayonetas de la Oposicion.

No era de Villèle florido en su estilo, y carecia de pompa en las imágenes, vehemencia en la accion y nudo en su dialéctica; pero era claro, firme, positivo, razonador, sin soltar nunca esas palabras arriesgadas que tanto comprometen los oradores que las dejan escapar en el calor de la improvisacion.

Si la naturaleza le habia negado los dones mas brillantes que sólidos de la imaginacion y elocuencia, le habia dado en cambio, y á un grado supremo, esa rectitud de inteligencia, de ese tino esquisito del hombre de Estado que ve pronto y bien; ese tacto finisimo que distingue y desenreda lo falso de lo verdadero, y lo verdadero de lo falso; que dispone su réplica con vivacidad, al mismo tiempo que recibe con calma el ataque; que se avanza con tiento por miedo de decir mas de lo necesario, al paso que tampoco retrocede temiendo caer en un precipicio; y que, seguro de su terreno, pues á cada paso lo estudia, y de sus posiciones, pues continuamente las domina, se aprovecha de todas las faltas del enemigo, y decide la victoria mas por estrategia que por denuedo. No, no era un hombre ordinario, ese hombre que luchó sin miedo

ni flaqueza, contra Manuel, Foy, Laffitte, Dupont (de l'Eure), Chauvelin, Bignon, Benjamin Constant, y, lo que no es menos difícil, contra las exigencias de la corte y de sus amigos.

Cuando, como un fogoso atleta, agitábase en torno Casimir Périer, buscando en su coraza alguna rendija ó defecto en que introducir su arma, de Villèle resistia por su inmovilidad; mas despues, volviendo á tomar la ofensiva, daba á cada objecion su respuesta, á cada hecho su carácter, á cada cifra su valor. A veces eludia un choque inesperado ó pesado en exceso, con una prontitud meridional. Lógico, queria mas bien convencer que conmover; moderado, discutir mas que combatir, detestando las resoluciones violentas, los expedientes desesperados, pues habia visto á la monarquía despojada de sus vistosas vestiduras, y, viendo la purulencia de sus llagas, temia darle la muerte por un remedio heróico.

Ventaja es, y no poca, para un ministro el no haber sido escritor, pues no se ve obligado á acudir á la tribuna para explicar, comentar y recoser las teorías de su libro, cuyos fragmentos le arrojan continuamente á la cabeza sus adversarios. Igualmente es ventajoso para un ministro el hallarse desprovisto de ese talento fino y sutil que no es el talento por excelencia. Por último, tambien es de mucha utilidad para un ministro el carecer de imaginacion con tal que tenga una réplica pronta y un juicio tan sano como firme. Así, con la rapidez de su réplica, de Villèle rechazaba las objeciones con usura; iba su palabra, veloz como una flecha, al blanco á que la dirigia; y con la resistencia de su juicio, impedía que sus adversarios penetrasen, por lado alguno vulnerable, en los músculos y carne de la argumentacion. Por otra parte, ¿de qué sirve á un ministro, en nuestras Asambleas frias y argumentadoras, el seducir al auditorio por sus imágenes, arrastrarlo por su elocuencia, ó divertirlo con el peligroso juego de los epigramas? Si descuella por la imaginacion, arriesgará alguna figura campanuda ó grotesca; si por la vehemencia, se abandonará á su ira y no tardará en arrepentirse de su arrebato; si mordaz, se enajenará muchos hombres que fácilmente hubiera atraído á su gremio, y en Francia sobre todo, cuyos habitantes quieren mas bien pasar por facciosos que por tontos.

M. Molé, á pesar de su afecion de cortesano por el gobierno personal, se sostuvo en el poder, mas de lo que se cree, por la decencia de sus formas, la exquisita urbanidad de su lenguaje, y la maña que tuvo en no ajar la susceptibilidad de los miembros

de la izquierda. M. Guizot, al contrario, por haber envenenado sus flechas con hiel acre, irritó, ulceró los corazones de los viejos patriotas de la Oposicion, que sangran aun de las heridas que recibieron. M. Thiers, igualmente, por haber calificado los centros de un modo tan ofensivo como imprudente, halló en sus miembros irreconciliables enemigos. Pero de Villèle nunca mordió á sus adversarios ni en la mejilla, ni en parte alguna, de modo que quedasen señalados sus dientes; y solo los derribó por la fuerza de su lógica. Nunca llegará á comprenderse la altura de la vanidad de cada diputado por oscuro que sea, y cuan ufana su fantasía se engrie y se mece en las olas de su orgullo. Guardaos, ministros franceses, guardaos de humillar esos gallitos de aldea, cuyo amor propio se despierta y canta antes de amanecer.

Es un problema parlamentario, y ejemplo único en su género el de los trescientos Espartanos regimentados y mantenidos por tanto tiempo bajo la bandera del Agesilao ministerial. ¿Fue efecto de la fuerza del principio legitimista, ó del miedo causado por los liberales? ¿Acaso estribó su principal causa en los halagos de la corrupcion, ó hay tal vez que atribuirlo exclusivamente á la maña y destreza del pastor de ese rebaño? En mi concepto todas estas causas cooperan á explicar el enigma.

Pero ya los miembros componentes de la extrema derecha que dirigian sus baterías en el sentido de las ordenanzas de Julio, hallaban que de Villèle no caminaba ni tan ligero ni tan lejos como deseaban; mientras que por otro lado, la izquierda crecía visiblemente en audacia y número. Inundado de todas partes, creyó de Villèle oportuno, para volver á su cauce el torrente de la Oposicion, el disolver la Cámara. ¿Hizo bien? ¿hizo mal? En otros países, el haber subsistido mucho tiempo es un motivo para que un gobierno subsista; pero en Francia, es una causa de muerte, pues los Franceses lo que desean no es un gobierno mejor, sino un cambio de gobierno, y reyes, cámaras, ministros, ciudadanos, sistemas, todo vive en el imprevisto, y de lo imprevisto.

Los ultra-monárquicos de la Cámara y la prensa de la Oposicion obraron á la ligera y cometieron un grave error al cambiar el ministerio. Si de Villèle hubiese quedado arrimado al timon del Estado, no admite duda que hubiera bordeado con maña entre los escollos, y tal vez hubiera salvado la monarquía del naufragio.

La superioridad de de Villèle para toda clase de gobierno, era tan natural y tan universalmente reconocida, que le valió siempre y

por do quier el primer lugar. Aunque mero arrendador, manejó por la eleccion instintiva y espontánea de sus habitantes, la administracion de una colonia. Aunque casi desconocido, y, lo que es peor, moderado, fue llamado á la magistratura municipal de Tolosa. Aunque hidalgo de segundo orden, llegó á ser en la Cámara aristocrática de 1815, entre tantos nobles de ilustre prosapia, el gefe de la Oposicion monárquica. Por último, aunque tuvo por compañero de gabinete á Chateaubriand, llegó sin contradiccion á la presidencia del consejo de ministros.

Pero nunca desplegó tanto talento de Villèle como cuando sometió á la discusion su famoso proyecto sobre la conversion de rentas; y, en esta memorable campaña, que duró diez días, hizo prodigios de valor parlamentario. Embestido por detras y delante por los miembros de la Oposicion, abandonado de los suyos cuya falange empezaba á romperse, mal servido por sus colegas, sostuvo él solo todo el esfuerzo del combate, haciendo frente á Casimiro Périer y á Humann, esos dos leones en materia de hacienda que incesantemente lo hostigaban con sus rugidos y mordeduras. Las fatigas del dia lo volvian al siguiente mas firme y dispuesto, é imprevisable, y replicaba al instante mismo con esa sangre fria imperturbable que no abate objecion alguna, con esa perspicacia que divisa á lo lejos las asechanzas y las evita; con esa dialéctica flexible que se recoge para defenderse y se despliega para atacar mejor; con esa facilidad de elocucion que presta á la virilidad del pensamiento solo lo necesario para vestirla y ocultarla.

En el combate de las enmiendas, redobló el choque, y cada uno de los adversarios de de Villèle lindó con él cuerpo á cuerpo, procurando echarlo por tierra; pero el activo ministro, soldado á la vez y capitan, parecia multiplicarse bajo sus golpes. Once veces subió á la tribuna en la misma sesion sin que flaqueas en sus fuerzas, ni tropezase su lógica; y, siempre victorioso por el poder siempre creciente de su argumentacion y la verdad de sus principios, quedó dueño y posesor del campo de batalla.

Y sin embargo, ¡triste es decirlo! despues de haber triunfado en la Cámara de los diputados, sucumbió en la de los pares, en esa causa excelente y no comprendida de la conversion de rentas, cuya adopcion hubiera hecho bajar la tasa del interés, abierto á la industria y comercio nuevas fuentes de prosperidad, sacado la agricultura de su esterilidad y degradacion, y mejorado la suerte de los trabajadores y propietarios; y la misma Cámara que se ne-

Rouff. Genéral

gaba á admitir esta noble medida, esta mejora bienhechora, habia aplaudido á de Villèle por haber empleado fraude en las elecciones, comprimido la prensa y maniatado la libertad.

Sea como fuere, podemos decir actualmente que, al poner el dedo en la cuestion de rentas, de Villèle se habia adelantado á todos los hombres de su época, mostrándose superior á Casimiro Périer, é igual á Laffitte.

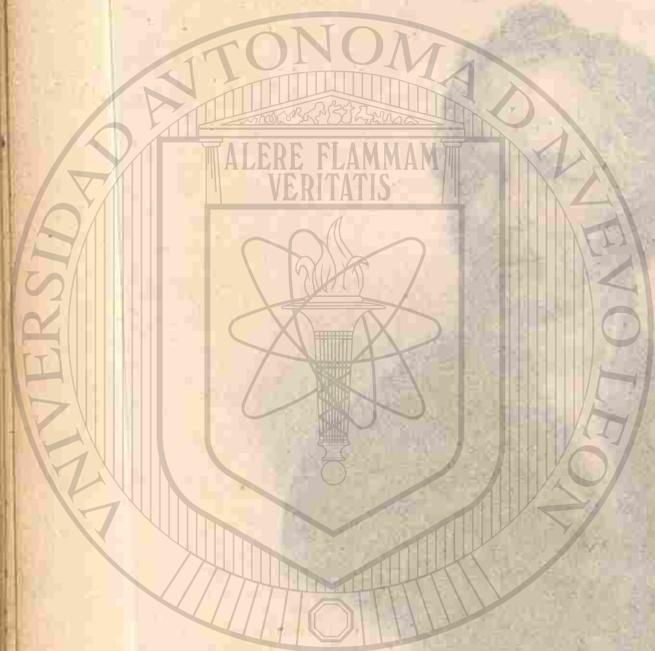
Sabia muy bien este excelente ministro que la buena contabilidad en las rentas exige la unidad en el conjunto y la exactitud en los pormenores, y en consecuencia todo lo habia dispuesto en el orden mas admirable.

Dotado de maravilloso instinto para toda clase de negocios, trataba los grandes con la decision de un estadista, y los pequeños con la puntualidad de un empleado; bastándole una observacion ligera para comprenderlo todo, y mostrar que todo era un juego para él. No menos perspicaz que M. Thiers, pero menos ligero, no se abandonaba á digresiones brillantes, por el solo placer de hablar de todo y de hablar bien; sino permanecia en la cuestion, juzgaba el punto litigioso, pasaba á otro, y despachaba, sin fatiga y sin confusion, los negocios mas diversos, mas áridos y complicados.

De todos los gefes de gabinete que han devorado ambas nuestras Cartas, dos solo han sido ilustres y dejarán memoria en la historia, Casimiro Périer y de Villèle. Ambos antipáticos por sus opiniones, temperamento y facultades; ambos miembros, primeramente de la Oposicion, y despues ministros. Casimiro Périer imperioso y colérico, de Villèle reservado y atento; el primero empleando continuamente la forma viva y animada del apóstrofe, el otro siguiendo las vias lógicas del razonamiento sin desconcertarse ni repetirse; en este la viveza de genio degeneraba en groseria, en aquel la cortesía rayaba en astucia.

Pero entrambos llenos de mérito, si bien con calidades opuestas; entrambos duchos y expertos en el arte de mandar á los hombres y hacerse obedecer de ellos; entrambos guiando la mayoria, el uno por el temor, el otro por la seduccion; entrambos enfin, aunque adversarios, semejantes en un punto importante, y es que, á diferencia de los demás ministros, comprendieron la verdad del sistema representativo, y gobernaron su país, dejando reinar los respectivos soberanos á que servian.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## EL GENERAL FOY.

El público, en los primeros tiempos de la Restauración, no acertaba á comprender las importaciones de la Carta inglesa de 1814, con la ficción metafísica de su trinidad, su doble Cámara, la vana responsabilidad de sus ministros, y la balanza impostora de sus poderes. Los doctrinarios apenas empezaban á meter ruido en el santuario de su pequeña iglesia. El odio contra el extranjero, cuyo insoportable yugo pesaba en nuestro territorio, y la saña contra la antigua aristocracia que hería el amor propio de la clase media al paso que inquietaba los intereses nuevos de la Revolución: tales eran los sentimientos que dominaban la nación francesa.

El general Foy llegó á la Cámara con este doble encono en el corazón. Cuando, al subir por primera vez á la tribuna, dejó caer estas palabras: « Hay eco en Francia al pronunciar las palabras *« honor y patria, »* conmovióse el orgullo nacional, y asomóse el llanto á los ojos de los veteranos del Imperio, que creían oír un grito de guerra contra el extranjero. La misma causa que motivó la fortuna de las canciones de Beranger, y de los folletos de Pablo-Luis Courier, produjo la popularidad de los discursos del general Foy; y todos tres tuvieron un tacto exquisito, una inteligencia viva y rara del espíritu y menesteres de su época. Todos tres supieron hablar á la Francia con la lengua del momento, pues, según las épocas, emplea nuestra nación un idioma distinto. ®

Las nuevas generaciones se habían elevado sobre las ruinas de la ociosidad nobiliaria por el trabajo agrícola, industrial, científico y guerrero; así cuando acribillaba el general Foy con sus sarcasmos los caballeros de la corte y de la emigración, aplaudía toda la Francia al fogoso orador, el cual, como Pablo-Luis Courier y Beranger, había dado impulso á la fibra nacional que más vibraba en aquel entonces.

Después de tantos oradores-abogados, vaciados casi todos en el

mismo molde, la tribuna habia encontrado en fin un orador militar. El brillo, el atractivo de esta novedad y el prestigio de la virtud guerrera, que ejerce una accion favorable en todos los Franceses, hacian que muy estimado fuese el general Foy de la Oposicion, y al mismo tiempo no desagradable á la emigracion misma, á pesar de sus vivos ataques contra ella.

Bastaba esta sola circunstancia para que apareciese el orador, desde que se mostró en la escena parlamentaria, envuelto en esa fama brillante que conservó hasta el sepulcro; pero la posteridad no ratificará el fallo precipitado de sus contemporáneos. De Serre fue, bajo la Restauracion, el águila de la tribuna, y Foy ocupa el segundo grado. Y en efecto, ¿qué viene á ser un orador que no improvisa?

Los discursos del general Foy, por la fuerza del pensamiento, la imaginacion, estilo, encadenamiento lógico, vehemencia, profundidad, delicadeza, son muy inferiores á los Royer-Collard y Benjamín Constant. Foy peca por el falso brillo de una retórica escolástica, y sus discursos se asemejan á esas amplificaciones de mal gusto de los alumnos de escuelas, mas bien que á las arengas de Grecia y Roma. Por otra parte los discursos del general nunca salen del círculo estrecho de un constitucionalismo bastardo, muy liberal es verdad para la época, pero no superiora á esta; al mismo tiempo dejan muchas veces el derecho por el hecho; carecen de toda clase de filosofía; no pasan de la superficie de las cosas, de lo actual, de los acontecimientos recientes, sin mira alguna en el porvenir, sin considerar en su justo valor las absurdas ficciones de ese gobierno representativo á cuya existencia no querrá creer un día la posteridad, ficciones que cojean y se dislocan á cada paso, é incapaces de resistir á la prueba de la lógica ó la experiencia; por último adolecen de esa incurable impotencia que sobrecoge y entorpece á todos los oradores del monopolio. En una palabra carecen de genio.

Pero solo un número limitado de inteligentes acierta á comprender la profundidad del pensamiento, la verdad de los principios, la belleza de la forma, la ciencia del discurso. El general Foy poseia esa especie de brillantez mezclada de verdad, error que deslumbra la parte vulgar de las asambleas; y aun hasta las personas de talento, al ver pasar la multitud, sienten involuntariamente los mismos transportes y se asocian al séquito del triunfador. Pero, despues del cortejo, llega la fria crítica que llama oro lo

que es oro, oropel lo que es oropel, y coloca los hombres y las cosas en su verdadero lugar.

¿ Quien lo creyera? Los discursos del general Foy veíanse, en su tiempo, impresos en papel vitela, magníficamente encuadernados, con cortes dorados, tirados á diez mil ejemplares, y reputados iguales, sino superiores á las arengas de Ciceron y Demóstenes. Hay mas: á fuerza de suscripciones y dinero, sus admiradores consiguieron erigir á su memoria un cenotafio de marmol, con coronas murales y emblemas alegóricos, como al dios de la elocuencia; y en el día, apenas ofrecerian sus amigos con que poner sobre su tumba una cruz de marmol.

El general Foy tenia el exterior, el porte y ademanes de un orador, una memoria prodigiosa, una voz sonora, ojos chispeantes y maneras caballerescas. Su frente combada y proeminente se iluminaba de entusiasmo ó se arrugaba de cólera. El orador asia con fuerza el marmol de la tribuna, lo sacudia, se enardecia, y parecia una sibila sobre su tripode, al verlo agitarse convulso mas noblemente en su argumentacion, espumar sin contorsiones y estoy por decir con gracia. A veces se le veia levantarse inopinadamente de su asiento, y escalar la tribuna como si fuese á la victoria. Sus palabras las lanzaba con un aire atrevido y heróico, á la manera de Condé arrojando su baston de mando por encima de los reducidos enemigos.

El general Foy no improvisaba sus grandes discursos, pues, á los cuarenta años cumplidos es tan imposible aprender la improvisacion como la natacion, la equitacion y la música, y, como el piano tiene la tribuna su teclado. La palabra francesa, sobre todo, es tan correcta, tan cargada de incisos, tan reservada, tan gazmoña, tan exigente, que necesita ser trabajada y manejada desde muy temprano. Asi todos los aspirantes se amañan y amaestran para no llegar desprevenidos á la tribuna, salvo tal vez los abogados, profesores, ó esos habladores de salones, especie de hombres con lengua de mujer.

Para suplir á la insuficiencia de su educacion oratoria, el general Foy meditaba detenidamente sus arengas, formulando y distribuyendo en su vasta memoria el conjunto y las proporciones, disponiendo el exordio, clasificando los hechos, ordenando sus tesis y bosquejando el epilogo. En este estado llegaba á la tribuna, y, dueño de la materia, fecundado por el estudio é inspiracion, se abandonaba á la corriente de sus ideas. Su cabeza hervia, su dis-

curso se calentaba, se ablandaba, se alargaba, adquiria maleabilidad, forma y color. El orador sabia lo que iba á decir, pero no sabia cómo; veia el fin, mas ignoraba los caminos que á él lo conducian; tenia las manos llenas de argumentos, imágenes y flores, y, á medida que se presentaban las tomaba, las escogia, las entrelazaba, para formar el ramillete de su elocuencia. Los discursos de Foy carecian de lo frio de la lectura y la monotonía de la recitacion, y se distinguian por un proceder mixto, mediante el cual el orador, á la vez solitario é iluminado, improvisador y escritor, se encadena á sí mismo sin cesar de ser libre, olvida y se acuerda, rompe el hilo de su oracion y lo anuda, para volverlo á romper y hallarlo de nuevo sin perder nunca el tino; mezclando agudezas, incidentes, palabras pintorescas é inopinadas, dichos chistosos y llenos de oportunidad, á la reflexion sólida, á la recta consecuencia, á la profundidad del pensar, y sacando sus recursos y poder de los preparativos y de lo improvisado, de la precision rigurosa del arte y de las gracias de la naturaleza. No es dado á todos el ser orador de este género, pues se requiere memoria é invencion, originalidad y gusto, espontaneidad y estudio, calidades que las mas veces se excluyen.

Este método, que tal vez tan solo se adaptaba al general Foy, no deja de ser ventajoso, pues, además de que las asambleas agradecen el trabajo que por ellas se da el orador, los límites del discurso marcados de antemano en este proceder, impiden al orador perder el hilo, abandonarse á divagaciones sin fin, presentarse con las manos vacías en la tribuna, y ensartar una cáfila de palabras inútiles hasta que acuda la idea, como si el auditorio no tuviese mas oficio que el oír palabrería hueca é intempestiva.

Hay en efecto oradores que llegan á la tribuna con bata suelta y flotante, y parecen vestirse y acicalarse mientras que hablan, como si la tribuna fuese un tocador. Flojos é incorrectos al principio, poco á poco se arreglan, se animan, corren sin descanso y atraviesan con la vista encedida y sin tomar resuello, lugares floridos ó desiertos, barrancos y llanuras, hasta que caen rendidos, jadeando, sofocados. En este estado es necesario quitarles la brida, y mojarles los labios y sienes con una esponja; y, á pesar de esto, ponen los ojos en blanco y se desmayan, sin atinar á decir, cuando vuelven en sí despues de aflojadas las cinchas, la senda que siguieron, de que no se acuerdan ni mas ni menos que los oyentes.

Las palabras mas brillantes del general Foy eran palabras de reserva, palabras elegidas.

¡ Con qué arte sabia hacer venir una situacion preparada, un efecto dramático, una figura llena de colorido y vehemencia, una palabra feliz! ¡ Con qué oportunidad, por ejemplo, colocó en una discusion sobre el presupuesto, el retrato del mariscal Gouvion Saint-Cyr, pintado de antemano, y con tanta maestria!

Pero si, á pesar de la perfecta exposicion de la materia, la claridad de la diction, y la abundancia de los razonamientos, no se hallan sus discursos al abrigo de la crítica; si se les puede achacar el ser acompasados, laboriosos en demasia y oler á aceite, no se puede decir otro tanto de sus improvisaciones. ¡ Qué naturalidad! ¡ qué ironía viva y poderosa! ¡ qué oportunidad increíble en las respuestas! Y, no una vez que otra, sino en toda ocasion, á cada paso, á cada interrupcion, y siempre las palabras mas á propósito, mas decisivas.

A los que le echaban en cara el suspirar por la escarapela tricolor:

« ¡ Ah! respondió, no serian seguramente las sombras de Felipe Augusto y Enrique IV las que se indignarian en sus sepuleros, al ver las flores de lis de Bouvines é Ivry en la bandera de Austerlitz.»

A los que le preguntaban: ¿ Qué viene á ser la aristocracia?

« ¡ La aristocracia! voy á decirlo: la aristocracia es la liga, la coalicion de los que quieren consumir sin producir, vivir sin trabajar, ocupar todos los puestos sin capacidad alguna propia, invadir todos los honores sin haberlos merecido: tal es la aristocracia.»

A los agiotistas que le decian que enviase las noticias extranjeras á la Bolsa:

« Yo no conozco los juegos de Bolsa, y solo juego á la alza del honor nacional.»

A los diputados que pretendian que la comision de censura estaba á medio sueldo:

« Si es cierto, yo deseo que se la trate como se trata á los oficiales á medio sueldo hace dos años, no llamándola al ser vicio.»

A los ministros que defendian el lujo ridículo y prebendas del departamento de negocios extranjeros:

« Veamos á ver esos diplomáticos que no han servido ni antes, ni despues, ni durante nuestra heroica revolucion; esas pensio-

«nes otorgadas al uno para que publique un libro, al otro para que no lo publique; esos médicos que no tienen enfermos que curar; esos historiadores que no tienen historias que escribir; esos paisajistas que no tienen mas paisaje que pintar que el del «jardin de Wagram.»

A los ministros que se negaban á pagar el sueldo de los legionarios:

«Al celebrar el espléndido festin de la indemnidad, dejad caer de vuestra mesa, sí, de vuestra mesa, algunas migajas de pan para nuestros pobres soldados mutilados.»

A los mismos cuando se guarecian bajo el nombre del príncipe:  
«Cesad de cubrir con el manto real esos andrajos ministeriales.»

Hablando indirectamente á de Serre, transfuga del liberalismo:  
«Hay en política situaciones tan despreciables que en nada son consideradas por opinion alguna.»

En otra ocasion, hablando directamente á de Serre, guardasellos en aquel entonces:

«Por toda venganza, por todo castigo, le condeno á Vm., cuando salga de esta sala, á volver la vista á las estatuas de L'Hospital y Daguesseau (1).»

Este apótrofe oratorio es de los mejores que han resonado en la tribuna.

Noble época era aquella comparativamente á la nuestra, admirable ese intervalo de quince años en que tanto brilló la Oposicion liberal, tiempo que no volverá. Los carbonaros no habian dejado aun sus conciliábulos y guaridas subterráneas para enriquecerse con las francachelas del poder. Los diputados de la izquierda no habian todavía quebrantado su juramento, ni vendido indignamente la democracia á viles concesiones, á temores deshonorosos, ó á recelos mugeriles. Vivíase en la inocencia de las primeras ilusiones, creíase en la probidad de los hombres políticos; al apretar la mano de un colega, no se temía apretar una mano dispuesta á la traicion, ni hallar bajo la capa una espada presta á atravesar el seno. Todos los diputados de la Oposicion no tenian mas que una voz, un alma sola, un pensamiento, una espada, una tienda, un campo de batalla, velando todos en cada uno, y cada uno en to-

(1) Magistrados franceses, célebres como jurisconsultos, y aun mas por la integridad de su vida y entereza estoica de su carácter. (N. del T.)

dos. Siempre con botas y espuelas, siempre en la brecha, levantándose audaces del polvo si derribados por el enemigo, sin asomo de desesperacion causada por el corto número de sus tropas, sin asomo de duda relativa al porvenir. Sistemáticamente organizados, tenian sus gefes, sus centinelas avanzadas, sus flanqueadores, su cuerpo de ejército, su plan de ataque y de defensa, su palabra de orden. La Francia los seguia con el corazon y con los ojos, y asistia á sus luchas con aplausos y palmas. En aquel entonces, es preciso reconocerlo, cabia cierto honor en ser diputado, y era mas glorioso ser orador que ganar batallas, pues poco antes se ganaban á centenares y se improvisaban los héroes. Pero en el dia es tan poca cosa el ser diputado, y ser par menos, aun mucho menos. ¡Cuántos titiriteros hemos visto brincar en el tablado representativo! En vano se agitan nuestros muñecos, en vano esgrimen sus palos y fingen caer muertos; el pueblo disgustado les vuelve la espalda y corre á otros espectáculos.

El general Foy no consideraba que el ser diputado de la Francia fuese cosa de juego, y estudiaba su papel noche y dia, hojeando continuamente las memorias, informes, relatos, ordenanzas y leyes, dictando, tomando notas, analizando sus inmensas lecturas, cogiendo así la flor de tantas materias para fabricar la miel.

Ni desdeñaba bajar, con el hilo de la contabilidad en la mano, en el dédalo de nuestras leyes de hacienda, y examinaba nuestro voluminoso presupuesto, capítulo por capítulo, artículo por artículo, con la paciencia minuciosa de un oficinista. Nada ocultábase á su sagacidad prodigiosa: tan atento á los pormenores de ejecucion como al espíritu de los reglamentos, indagaba el origen de los gastos, volvía á comenzar las cuentas, verificaba las cifras, y descomponia todos los elementos de cada servicio. Intendencia, estados mayores, ingenieros, sueldos, reclutamiento, subsistencias, acuartalamientos, pensiones, tropas, equipages, justicia militar, todo lo veía, todo lo examinaba, todo lo discutía. Leyes eclesiásticas, leyes civiles, hasta los trámites de la justicia, nada se le escapaba, de todo necesitaba enterarse. Empréstitos, rentas, amortizacion, aduanas, deuda consolidada, prensa, consejo de estado, instruccion pública, administracion interior, negocios extranjeros, ninguna de estas cuestiones, tan arduas y diversas, lo cogía desprevenido. Era un hombre de hierro, uno de esos hombres de la escuela napoleónica que marchan á la conquista de la libertad como marcharian á la conquista del mundo, alta la

frente, animado el ojo, sin amedrentarse por los obstáculos ni dudar de la victoria; que sacrifican dias, noches, fortuna, existencia al deber; que se cuelgan tenaces, y como con ganchos, á lo mas difícil, incapaces de ceder, que viven y mueren llenos de energía, ebrios de voluntad.

Pero lo que especialmente muestra la capacidad del general Foy, es la lucha encarnizada, la lucha cotidiana que sostuvo para impedir el cambio de la ley electoral. ¡La ley electoral! Ahí está en efecto todo el gobierno, todo el estado, toda la Carta.

Y aun podriamos decir que no existe en la nacion otra ley política fuera de la ley electoral, ó, en otros términos que esta contiene todas las demás leyes de que es matriz. La Carta es la sociedad en estado de reposo; la ley electoral es esta misma sociedad en marcha. Diganse los electores, y es fácil decir el gobierno. Con los electores funcionarios se tendrá un gobierno despótico. Con los propietarios un gobierno oligárquico. Con el sufragio universal un gobierno democrático.

El general Foy sentía instintivamente que la ley electoral que admite una base pecuniaria, concentra forzosamente el gobierno en la clase media de que él mismo formaba parte, y así trabajaba, sin notarlo, al triunfo ignoble de *cada uno en su casa, y todo para sí* (1). Y sin embargo la historia nos muestra que solo el pueblo y la aristocracia han operado grandes cosas, y la clase intermedia apenas les llega al codo. No obstante un régimen sin libertad y sin gloria, aun en la clase media, hubiera desagradado sobre manera al general Foy.

¿Qué resultado han tenido tantas palabras sobre el voto sencillo y el voto doble? ¿Acaso, en las asambleas del monopolio, la elocuencia, esa hijo del cielo, pudo curar los corazones llagados, y enderezar las inteligencias torcidas? ¿Cuando gobernó al mundo la legalidad? ¿Acaso no lo rige continuamente lo imprevisto? ¿Quien hubiera dicho tres dias antes del 25 de julio que un golpe de estado acabaria con la Carta, y, tres dias despues, que una asonada pondria en fuga la monarquía? La elocuencia,

(1) *Chacun pour soi, tout pour soi*. Con estas expresiones, en cierto modo proverbiales en Francia para designar el egoismo, pusilanimidad y apatía, designaban los patriotas fogosos y entusiastas republicanos, el régimen de somnolencia, enervacion y aislamiento político en que sistemáticamente habian reducido la Francia los partidarios de la monarquía de Orleans, despreciada del pueblo y aristocracia, y estribando tan solo en la clase media. (N. del T.)

cuando mas, es el tambor que toca á la carga, pero hasta la actualidad lo que decide la victoria es la pólvora y la bayoneta.

Un corazon noble abrigaba el general Foy, un corazon lleno de los sublimes sentimientos del amor de la patria y la independencia nacional, un corazon heróico que amaba la gloria, no por sí mismo, ni por la misma gloria, sino por su país, como se amaba en los primeros tiempos de la república.

Jamás el ejército, esa perla de nuestra corona nacional, vió en las lides parlamentarias, caballero mas brillante. Siempre tendrán autoridad esos hombres que hablan de gloria mostrando su pecho acibillado de cicatrices, y magullados los miembros por las balas enemigas.

Se dice que el interior de su casa era admirable, una existencia de soldado y ciudadano, tierno y honrado en sus afecciones de familia, buen amigo y fervoroso, sencillo en sus maneras, dado al estudio, íntegro, franco, desinteresado, caballeresco, frugal, y su vida, como la de los grandes hombres de la antigüedad, merece ser contada por Plutarcó.

En todos los discursos del general Foy reina un pudor y un atractivo indecibles, un olor de virtud, una gracia del corazon que nos obliga no solo á admirar al orador, sino á amar al hombre privado, y hasta sus mismos adversarios políticos le tributaban simpatía al oírlo, al ver su alma exhalarse por sus labios.

¡Ya no volverán á abrirse esos labios elocuentes que consumió el fuego de la palabra. Sí, la tribuna devora los oradores concienzudos, y postra los hombres activos que pierden el reposo del dia y el sueño de la noche, viven agitados y convulsamente, la accion de sus órganos se suspende ó precipita, sus cabellos encanecen, sus manos tiemblan, su corazon se contrae, se dilata y revienta.

En vano quiero retroceder: me veo obligado á tocar una cuestion de filosofia política que cien veces me he preguntado á mí mismo.

Si Luis XVIII, al volver de Gante, hubiera ofrecido al general Foy el gobierno de una provincia, ¿quien podrá asegurar que se hubiese negado este á recibirla, y en el caso de aceptarla, qué hubiera sido de aquella elocuencia tempestuosa? Ni aun viento siquiera. ¡Cuantos liberales ardientes, en las Cámaras de 1816 y fuera de ellas, hemos visto que solo lo habian sido por un motivo peculiar! ¡Cuantos revolucionarios ennoblecidos por Napoleon,

porque se avergonzaban de su origen plebeyo! ¡Cuantos señores de horca y cuchillo porque no se sentaban en cojines con flores de lis! ¡Cuantos generales porque no lograron mando alguno en el ejército! ¡Cuantos oficiales de guardaropa porque cesaron de tener el honor de presentar al rey la camisa al tiempo de levantarse! La necesidad de agradar al que manda fue siempre en los Franceses la flaqueza de las personas mas honradas. Casi todos los amigos del general Foy, casi todos esos diputados cuyos semblantes acongojados y dolorosos parecen llorar en los bajo-relieves de su mausoleo, desertaron la causa de la libertad que fundó su gloria y nuestra esperanza. Todos esos Escévolas, esos Cincinatos, esos Brutos de la Oposicion, fuera de dos ó tres, se han precipitado, cuerpo y alma, en la servidumbre de un nuevo reino. ¿Hubiera tal vez, como ellos, abrazado el general Foy los altares de un nuevo ídolo? Mucho siento el decirlo, pero tal es mi dictamen. A la verdad, ningun orador de la izquierda, profirió mas cumplimientos dinásticos, mas protestaciones expresivas, mas palabras lisongeras á la familia reinante que el general Foy, en términos que muchos opinan que no hubiera abrazado el partido del pueblo en 1830. ¿Cómo hubiera explicado estas palabras: « El que quiere *algo mas* que la Carta, *menos* que la Carta, *otra cosa* que la Carta, ese falta á su juramento? » ¡Bah! ya se hubiera arreglado como los demás, y no es probable que la objecion del juramento hubiese constituido dificultad mayor, sobre todo habiendo dicho, en diversas circunstancias, que el juramento que domina á todos es el de fidelidad á la patria. Así venga un gobierno ú otro, que siempre queda el recurso de decir que es uno fiel á la patria.

Pero al lado de esta hay razones mas decisivas:

El general Foy era uno de los mas asiduos y activos del partido de Orleans, y en la Cámara de 1825, habia sido fautor y sostenedor de las pensiones. El fogoso orador hubiera hecho pedazos, con gusto, los escudos históricos de la antigua nobleza, pero tal vez hubiera mostrado menos enojo para con la aristocracia dominadora que se engrie actualmente en los salones de las Tullerías; y juntamente con Casimiro Périer, y casi toda la Oposicion, se inclinaba á la institucion de una Cámara de pares hereditarios. Hombre de accion y fácil de arrastrar, hubiera seguido la segunda oleada de 1830; mas hubiera dejado el pueblo en la orilla y embarcándose en el bajel dorado que llevaba la fortuna de una nueva

dinastía. Para resistir á los halagos y promesas de esta, no hubiera bastado la grandeza de sentimientos y elocuencia vehemente, sino hubiera sido necesario tener principios, y el general Foy no los tenia. Los mayores oradores del monopolio, sin aplicacion particular al general Foy, son las mas veces pobres políticos; y creen haberlo hecho todo al embozarse magistralmente con la púrpura roida del constitucionalismo, al pronunciar con voz hueca y solemne, las mágicas palabras de libertad, igualdad, patria, independencia, economia, virtud; al ensartar una cáfila de figuras de retórica y rellevar sus discursos de apóstrofes, metáforas y prosopopeyas; al abrir una gran boca para pronunciar esas frases banales prodigadas sucesivamente á Luis XVI, á la Convencion, Directorio, Consulado, Imperio, Restauracion y demás gobiernos. Así nadie mejor que ellos se amaían para teñir la usurpacion de la violencia y astucia, con el color de los derechos de la nacion. Pero del origen de estos derechos, de su soberania, universalidad, imprescriptibilidad, inviolabilidad, carácter, extension, comunicacion, ejercicio, garantías, ¿qué es lo que saben? Eso no se aprende en la escuela de los retóricos ni en las Cámaras del privilegio.

¡Cuantas veces sintió Napoleon el haber sobrevivido á su desgracia! ¡Cómo envidiaba, en la roca de Santa-Elena el destino del pobre soldado que postró la primera bala de Waterloo! Al contrario, al sepultarlo en el seno de sus triunfos oratorios, no quiso la fortuna que el general Foy sufriese menoscabo en su noble y pura nombradía. Si hubiese vivido, hubiese sido cortesano de Luis-Felipe, ministro de la guerra, mariscal de Francia, tal vez condestable.

Mas cuenta le tuvo el morir.

## DE MARTIGNAC.

La tribuna ha perdido este orador brillante que, solo por los últimos días de su vida, pertenece á la revolucion de Julio.

Martignac fue ministro, diputado, literato.

Como ministro, la libertad le debe inmensos servicios, y no admite duda que contribuyó eficazmente á preparar la revolucion de Julio, mas de lo que creia, mas de lo que deseaba.

Al salir del ministerio, Corbière habia dejado la libertad de la prensa en la servidumbre y las elecciones en la corrupcion. Martignac, oponiendo á las inscripciones electorales la comprobacion de personas fidedignas, reanimó la energía de los ciudadanos y desterró los fraudes electorales. Al mismo tiempo, aboliendo la censura facultativa, restituyó á la libertad de la prensa su plenitud de accion, y puso á Polignac en la impotencia de encadenarla. En efecto las elecciones así purificadas, dieron por resultado una mayoría de diputados patriotas, y esta mayoría mantuvo legislativamente la libertad de la prensa, y la libertad de la prensa acabó con la loca usurpacion de Polignac. Estas tres consecuencias se encadenan entre sí, y con razon aseguramos que Polignac hizo un bien inmenso á la nacion.

Comparemos ahora el ministerio de Martignac con el segundo ministerio que hemos visto despues de la revolucion de Julio: aquel emanaba del despotismo, y encaminábase á pasos lentos á la libertad; este, salia de la libertad y dirigíase á la corrupcion. El primero amable, insinuante, afectuoso, de modales finos, y urbanos, cortés en su lenguaje, conciliante en sus transacciones; el segundo duro, altivo, seco, imperioso, grosero, insolente. Nunca se le hubiera ocurrido á Martignac el salariar, durante las elecciones libelistas para insultar la probidad é independenciam de los candidatos de la Oposicion; ni el disolver la guardia nacional para castigarla por su patriotismo y moderacion; ni por sus medidas excepcionales, colocado poblaciones enteras fuera de la ley. No, nunca hubiera pensado Martignac en encadenar el jurado y la prensa; ni en inventar los tormentos del Mont-Saint-

Michel, ni en restablecer la confiscacion por excesivas multas; ni en destituir brutalmente los diputados funcionarios; ni en rodar ferozmente sus ojos como un energúmeno, y amenazar con el puño cerrado á sus enemigos; ni en tratar á sus colegas y miembros del parlamento como vasallos.

Como orador ocupará siempre un puesto distinguido y excepcional en la galería de las celebridades parlamentarias. Lleno de facilidad y elegancia, cautivaba la atencion mas bien que la dominaba. ¡ Con qué arte procedia para no lastimar la susceptibilidad vanidosa de nuestras Cámaras francesas! ¡ Con qué ingeniosa flexibilidad penetraba en los pliegues y repliegues recónditos de una cuestion! ¡ Qué fluidez de diction! ¡ Qué encanto! ¡ Qué finura y delicadeza! ¡ Qué tacto y oportunidad! La exposicion de los hechos tenia en su boca una claridad admirable, y, con tal fidelidad y tal acierto de expresion analizaba los medios de sus adversarios, que se asomaba á los labios de estos la sonrisa del amor propio satisfecho. Mientras que su mirar animado recorria la Asamblea, modulaba en todos los tonos su voz de sirena, y su elocuencia poseia la dulzura y armonía de una lira. Si á tales seducciones, si al insinuante poder de su palabra, hubiese agregado las formas vivas del apóstrofe, y la precision rigurosa de las deducciones lógicas, hubiera sido, no cabe duda, el primero de nuestros oradores, ó, por mejor decir, la misma perfeccion.

Como literato, poseia Martignac esa elegancia natural, ese aticismo que faltan á casi todos nuestros oradores de la tribuna y foro; pero al mismo tiempo carecia de esa riqueza de imaginacion, de esos hermosos efectos de estilo, de esa docta composicion del artista, de esos pensamientos fuertes ó sublimes, de esa perfeccion en el gusto que caracterizan á nuestros grandes escritores.

Como persona privada, la defensa espontánea, generosa, desinteresada de Polignac, su antagonista y sucesor, honra sobremanera el carácter noble é inofensivo de Martignac. Las meditaciones de su defensa, y las agitaciones dramáticas de este proceso, acabaron de arruinar su salud delicada.

Era Martignac hombre de trato amenisimo, costumbres apacibles, talento brillante, conversacion agradable, tan apegado á los placeres como al trabajo cuando era necesario, y de una inteligencia superior en los negocios.

Tal fue Martignac, sin odio como sin lisonja.

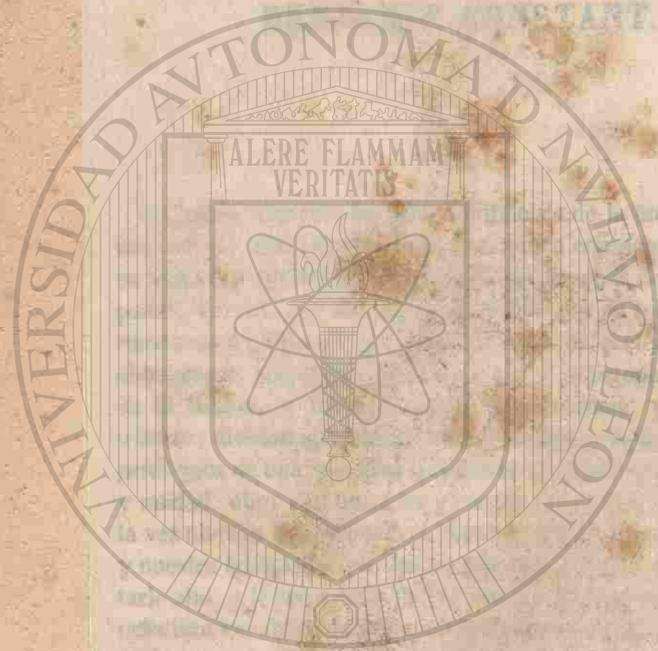
## BENJAMIN CONSTANT.

Benjamin Constant ha sido el publicista de la escuela inglesa, importación ajada de ultramar, que nunca conseguirá aclimatarse en Francia; trinidad incomprensible de personas desiguales por el poder, diversas por su origen, contrarias por su voluntad; constitución caprichosa en que algunos políticos pretenden hallar el elemento de amalgama, la armonía en el antagonismo, la verdad en la ficción, el movimiento en la resistencia, y la vida en la muerte; división sistemática en gerarquías, castas, monopolios, privilegios de una sociedad que tiende sin cesar á la aglomeración y unidad; obra anti-francesa y contra naturaleza que rechazan á la vez nuestro temperamento, nuestras costumbres, nuestra lógica y nuestra igualdad; que ata los piés del gobierno en vez de prestarle alas, y le priva de la fuerza interior y de la grandeza exterior; organización abortada y destinada á perecer en las tempestades de la democracia, ó bajo el brazo de hierro de algun soldado feliz.

Pero tal vez, despues de la acción enervante del despotismo en los ánimos y corazones, la nación doliente y enfermiza, no tenía la fuerza de soportar un régimen de transición; tal vez hubieran acabado con ella los remedios heroicos.

Benjamin Constant se pintaba solo para hacer resaltar toda la parte justa y liberal que parece abrigar este régimen mixto; y aun exageró las consecuencias de la Carta de 1814, teniendo bastante imaginación para persuadir que tendía en favor de la libertad en más de un caso en que era evidente que no tenía más mira que la de robustecer el poder.

Arrastrado, á pesar suyo, por el genio de nuestra nación, explicaba en el sentido de la igualdad esas instituciones inglesas fabricadas en favor de la aristocracia. Aquello era ensartar ficción sobre ficción, pero ¿qué importa el origen del bien con tal que engañe este? Benjamin Constant dió impulso á la nación, le enseñó



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BENJAMIN-CONSTANT



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿quién es este? Benjamin Constant dio impulso a la nación, le enseñó

á hablar y pensar, y educó políticamente la clase media, no pudiendo educar las masas.

No tenia Benjamin Constant ni la facilidad de Manuel, ni la profundidad de Royer-Collard, ni la vehemencia de Casimiro Périer, ni la brillantez de Foy, ni la armonía de Lainé, ni la fluidez de Martignac, ni la energía de Serre; pero seguramente, de todos los oradores de la izquierda, se le puede considerar como el mas ingenioso y fecundo.

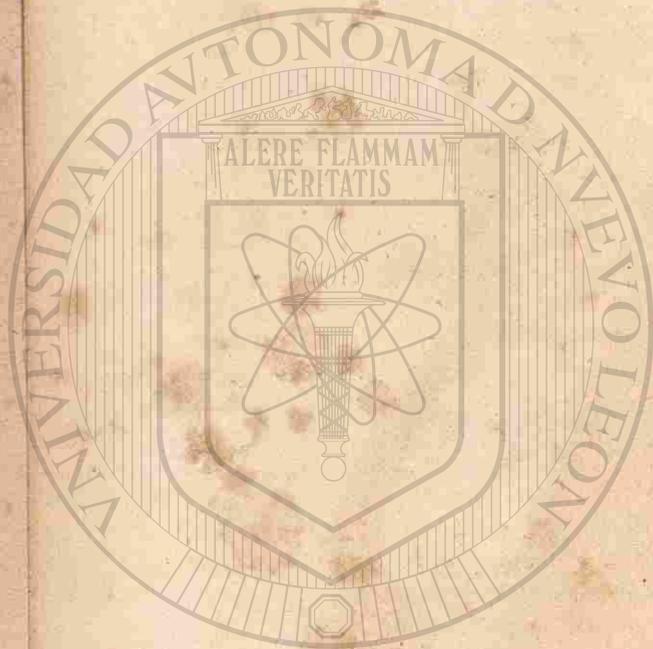
Era delgado de cuerpo, flaco de piernas, cargado de espaldas, largo de brazos, con largos y rizados cabellos que caian sobre sus espaldas, y adornaban su rostro expresivo. Su lengua se enredaba entre sus dientes, y parecia una muger al hablar, silbando y farfullando los vocablos. Cuando recitaba su voz era monótona, y al improvisar, apoyaba ambas sus manos en el marmol de la tribuna, y parecia interminable el flujo de sus palabras. La naturaleza le habia negado todas las ventajas exteriores del porte, gesto y órgano de que tan pródiga ha sido para con Berryer, pero suplía á fuerza de talento y trabajo.

Soldado infatigable de la prensa y tribuna, armado con su espada de dos filos, Benjamin Constant, durante un intervalo de quince años, no dejó un solo instante la brecha. Cuando cesaba de hablar, escribía, y apenas cesaba de escribir, empezaba de nuevo á hablar. Sus artículos, sus cartas, sus opúsculos diversos, sus discursos compendrian mas de doce tomos.

Entonces un diputado, sumergido en la meditacion de las leyes, estudiando continuamente el presupuesto, consagraba sus dias y sus noches á los trabajos parlamentarios. En nuestros dias, la vida política es un pasatiempo, una distraccion, y cuando no así, un trabajo repugnante.

En aquel entonces las grandes cuestiones de la libertad religiosa, libertad de la prensa, libertad individual y libertad de elecciones, tenian el prestigio de la novedad; y, llena de fe en los apóstoles del culto político, la nacion rodeaba la cátedra parlamentaria, recogía religiosamente sus oráculos, palmoteaba con avidez, é inclinábase en presencia de los oradores populares cada vez que entraban ó salian de la Cámara. En el dia, pastores sin ovejas, nuestros predicadores parlamentarios predicarian en el desierto. Religion constitucional, ceremonias, sermones, auditorio, creencias, todo eso ya no existe, pero todo eso existió.

Los discursos escritos de Foy, Bignon, Benjamin Constant, Laf-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

fitte, Dupont de l'Eure, y sobre todo Royer-Collard, fueron los medios mas eficaces de educacion de la Francia liberal. Muchos discursos escritos que hacen poca mella en el auditorio parlamentario, tienen un efecto tan pronunciado como saludable sobre el público; si tienen menos accion en la formacion de la opinion y las leyes, contribuyen enérgicamente á formar la opinion, y ¿acaso no es la opinion la que sanciona las leyes? ¿No vale mas tener millones de lectores que algunos centenares de oyentes? Fuera de esto, se ha encontrado un medio tan cómodo como sencillo de zanjar la dificultad tan controvertida de la superioridad relativa de la escritura y la palabra, y consiste en no leer á los que escriben y no escuchar á los que improvisan.

Nunca hemos visto orador mas habil en el manejo de la lengua política. ¿En qué consiste que, aun en el día, pueden leerse sin cansancio sus mas largos discursos? Es que hay en ellos lo que da la vida, el estilo, y un estilo seductivo á no poder mas. La mayor parte son obras maestras de dialéctica viva y tupida, únicas en su género, que hacen las delicias de un corto número de inteligentes. ¡Qué riqueza! ¡qué abundancia! ¡qué flexibilidad de tono! ¡qué variedad de materias! ¡que suavidad de lenguaje! ¡que arte tan maravilloso en la exposicion y encadenada deduccion de los argumentos! ¡qué trama tejida con tanta finura! ¡cómo se armonizan, cómo se combinan los infinitos matices y suaves degradaciones de colores purísimos! Bajo una piel tersa y transparente se ve circular la sangre, azular las venas, y aparecer ligero el relieve de los músculos.

Tal vez son estos discursos demasiado acabados, esmaltados con excesivo esmero, ingeniosos en demasia para la tribuna; pero este defecto desaparece en la lectura, quedando el recurso de volver á leer lo que desde luego no se comprende, mientras que, si no se entiende bien lo que se escucha, no queda el recurso de hacerlo repetir. Las repeticiones son insoportables en la lectura, pero son necesarias en la tribuna, como en el teatro el retornelo es el único sonido de que se acuerdan los concurrentes. Los oradores son como estatuas erigidas en un pórtico, las cuales deben ser esculpidas algo groseramente para que hagan efecto desde lejos. Las Cámaras no son como los salones de la alta aristocracia, y las finas flores del lenguaje no tienen para ellas ni brillo ni perfume. Los antítesis no los nota, las argumentaciones nudosas y complicadas fatigan su atencion. Para ser comprendido, necesita

el orador decir la misma cosa repetidas veces, la voz y los ademanes pueden mas que el vigor del razonamiento, y hay que hablar á las pasiones del auditorio mas bien que á su inteligencia.

La derecha abrigaba para con Benjamin Constant menos animosidad que para con Manuel, porque en las Asambleas francesas, sean las que fueren, hay una indulgencia general para con los hombres de talento y chiste, y se puede decir de ellas lo que dice el poeta :

J'ai ri, me voilà désarmé.

El interés y las preocupaciones de partido, se mantienen firmes contra la elocuencia, contra los hechos, contra la lógica, contra el mismo entusiasmo, pero no contra la risa.

Y, seguramente, no prodigaba la mayoría á los miembros de la izquierda mimos y contemplaciones; y la tribuna de aquel entonces era mas personal, mas acrimoniosa, mas necia que la nuestra, á pesar de sus pretensiones caballereseas.

Una risa corrosiva resonaba entre los cortesanos cuando alguno de los diputados de la izquierda calificaba de *honorable* al general Lafayette, y con la mayor desfachatez se oia gritar: «Vm. es un faccioso. — Que se le quite la palabra. — Vm. calumnia. — « ¡Rebelde! ¡revolucionario! ¡incendiario! ¡seditioso! »

Citemos otras menudencias parlamentarias llenas de urbanidad de aquella misma época. « Vámonos, no lo escuchemos. — Vm. predica la anarquía. — Vm. deshonor la Cámara. — Vm. no vale « la pena que se le escuche. — Vm. es un infame. »

Benjamin Constant replicaba con energia, y era preciso que el torrente amenazase fragárselo, para que se apartase un poco y lo dejase pasar.

Luchador agil, doblábase de cien modos con facilidad admirable, y nunca se daba por vencido.

Siempre era dueño de su expresion como de su pensamiento. Si la derecha se sentia herida por alguna palabra un poco viva, hallaba, sin perder el hilo de este discurso el equivalente de esta palabra, y si aun ofendia este equivalente, al instante mismo le sustituia otro término. Esta presencia de espíritu, este conocimiento profundo de los recursos de la lengua, esta maravillosa degradacion de sinónimos suavizados, sorprendia y cautivaba hasta sus mismos adversarios. Así por ejemplo decia: quiero evitar á la corona (*murmillos*); entonces cambia Benjamin Cons-

tant : al monarca (*aun continúan los murmullos*); al rey constitucional (*cesan los murmullos*).

Benjamin Constant tenía mas mordacidad que Manuel, si bien untaba con miel su aguijón antes de picar, y todo lo decía porque poseía el arte de decirlo todo.

Por otra parte, por mas liberal y opositor que fuese, Benjamin Constant era caballero, y esto aumentaba la indulgencia de una mayoría aristocrática.

Añádase que estaba dotado, y á un grado superior, de ese poder de apropiación que distingue los literatos, y que es la facultad característica de las imaginaciones penetrantes y móviles. Desde que tales organizaciones se ponen en frente de un objeto, lo reflejan de un modo tan semejante que causan ilusión al vulgo; y poseyendo apenas la superficie de la ciencia, tan solo la nomenclatura, parecen dominar la sustancia y el fondo.

Todos sus discursos abundan en expresiones vivas, ingeniosas y finas : así caracterizaba en estos términos la prensa :

« La prensa es la tribuna ensanchada ; la palabra es el vehículo de la inteligencia, y la inteligencia es dueña del mundo material. »

De este modo definía la censura : « La calumnia en monopolio ejercida por la bajeza en provecho del poder. »

Hablando de los ministros decía : « Es tan imposible, en todo lo que es arbitrario, calumniarlos como compadecerlos. »

Como fingiese lamentarse la derecha de que, á fuerza de exigir garantías, no había medios de encontrar funcionarios : « No teman Vms., decía Benjamin Constant, desalentar á los aspirantes al poder, pues su valor es indecible. Cuando está vacante una prefectura, ¿quien es el que toma la fuga para no ser condenado á recibirla? »

Al hablar de ciertos diputados que defendían verbosamente los empleos lucrosos y parásitas : « Ni en dinero, ni en palabras hay la menor economía. »

Todo esto es chiste y donaire, pero todo esto huele mas bien al escritor que al orador.

Pero insertemos una brillante imprecación contra la lotería, con el fin dar una idea de las calidades y defectos de su manera :

« Si existiese, Señores, en las plazas públicas, ó en una guarida recóndita, un juego que acarrease infaliblemente la ruina de los jugadores; si el director de empresa tan ilícita como falaz consesase que juega á ganancia segura, esto es, en oposición á las

« leyes de la probidad mas vulgar ; si para asegurar el éxito de su desleal especulación halagase y atrajese á la clase mas fácil de engañar y corromper, rodease al pobre de seducciones, impleiese al inocente á cometer las mas criminales acciones, y recurriese, para cegar su presa, á la impostura y á la mentira ; si estas mismas imposturas y mentiras fuesen propaladas y pregonadas del modo mas público en nuestras calles y plazas ; si resonasen promesas á cual mas absurdas é ilusorias á los oídos de la credulidad é ignorancia ; si organizase medios clandestinos y tenebrosos para que sus incautas víctimas se precipitasen en el abismo, sin que pudiese alumbrarlas la luz de la razón, ni detenerlas el temor de la reprobación, ni preservarlas de la tentación el grito de su familia ; si para responder á tan pérfidas solicitudes, renovadas sin cesar, el criado robase á su amo, el marido despojase á su muger, el padre sacrificase el pan de sus hijos, mientras que permaneciese sentado tranquilo y cómodo en su caverna privilegiada aquel que es á la vez instigador, encubridor y cómplice, tendiendo la mano para recoger los productos del robo y miserable dinero arrancado á la subsistencia de las familias ; si en fin fuese demostrado que cada año los desórdenes que provoca, arrastran sus víctimas de la miseria al crimen, del crimen al presidio, al suicidio ó al cadalso, ¿qué sentimientos experimentarían Vms., Señores? »

Cuando Benjamin Constant se veía acosado por las interrupciones, chispeaban sus ojos, soltaba una multitud de dichos picantes y llenos de naturalidad, y sacaba partido de todo, de una carta, de un hecho, de la menor circunstancia, de un cotejo histórico, de una concesión, de una exclamación, de una palabra. Como un buitre que acecha su presa con las garras abiertas, bastábale solamente cerrarlas, para llevarla sangrienta á su nido. Apoyado en sus codos, atento el oído, inclinada la cabeza, con la pluma en la mano, devoraba el debate, la tribuna y el orador.

Era tan poderosa su atención, y tal su facilidad de composición, que, al escuchar el discurso de un adversario político, escribía la refutación que inmediatamente leía en la tribuna. Método, orden, argumentación, estilo, nada faltaba ; tanto poder tenía de abstraerse y aislarse en medio del ruido, de la multitud y de sus propias agitaciones.

Pero, es preciso reconocerlo, esa nimiedad de estilo, esa elegancia exquisita, ese arte de sinonimia llevado hasta el extremo,

despojan la recitación parlamentaria de su vigor, de su flexibilidad natural y aun hasta de su gracia; pues la tribuna no debe ser como la Academia, ni el orador un artista; en cada lugar su género, y á cada personaje su carácter propio.

Hay dos suertes de dialéctica: una insinuante y fina, otra nerviosa y densa; la fuerza de esta reside en los argumentos, la de aquella en la agudeza y la gracia; la dialéctica nerviosa ataca y domina directamente la cuestión, la insinuante la rodea y penetra por las hendiduras; Benjamin Constant poseía esta última.

Hay también dos especies distintas de elocuencia: una brota del fondo del alma como de un manantial caudaloso que todo lo arrasa y avasalla; y otra que envuelve los adversarios con numerosos hilos, los atrae á sus lazos, los fascina con la mirada, los enlaza, los aglutina, los retiene, y les da la muerte con mil mordeduras. Benjamin Constant brillaba por esta última especie de elocuencia.

En efecto deslumbraba más bien que enardecía, tenía más maña que vehemencia, era más persuasivo que convincente, más fino que animado, más sutil que robusto en su lenguaje, más agudo que impetuoso. Complaciase en los reflejos anacarados de su estilo, en las oposiciones de las palabras y pensamientos, en la luz emitida por las facetas prismáticas del antitesis. La oración parlamentaria exige más nervio, más gravedad, más sencillez, más anchura; y, para ser orador, no hay que pretender parecerlo.

Benjamin Constant no era solamente brillante en la tribuna, sino al mismo tiempo un gran publicista, y bajo este título sobre todo se impuso la misión de proteger á los escritores,

Nadie en efecto conoció mejor, y defendió con más porfía los derechos de la prensa, ese poder más fuerte que los ejércitos, códigos y religiones; más rápido que los vientos, más vasto que el espacio, tan inteligente como el pensamiento. Lo que especialmente caracterizaba las Cámaras de la Restauración, era su ojeriza envidiosa, instintiva y mortal contra la prensa. ¿Tenían acaso un secreto presentimiento que la prensa acabaría con ellas?... Ello es cierto que así se ha verificado, pero no lo es menos que en mucho cooperaron ellas mismas á este resultado. Por otra parte, en todos tiempos la tribuna, celosa de la prensa, siempre ha procurado humillarla por chabacanas chocarrerías, y sofocarla por procesos inicuos y penalidades monstruosas. Tal era la rebelión del censo contributivo contra el talento, tal fue el último grito

arrojado por la feudalidad pecuniaria, en las convulsiones de su agonía. No hay diputado, por oscuro que sea, procedente del lugarejo más ignorado de Francia, que no se crea superior á un periodista; y lástima causa el decirlo, pero es así. Tal mostreño que sube á la tribuna á chapurrear nuestra lengua, no se figura que no se le juzgaría digno de ser admitido entre los escribientes de la última mesa de una redacción, por temor de que estropease el nombre de los abonados en las fajas del periódico.

Nunca olvidó Benjamin Constant que, antes de haber sido diputado, había sido periodista, y que esta era la más bella parte de su gloria. En toda ocasión, y á todo momento, reclamó con energía la reforma de la arbitrariedad prefectoral, la abolición de toda jurisdicción excepcional, la intervención del jurado, y la libertad de la imprenta. En el día abogaría por las mismas garantías, porque, con mengua y desdoro de un gobierno nacido de las entrañas y sangre de la prensa, la prensa lucha y forcejea con las mismas trabas que en tiempo de la Restauración, obligada á mentir ó á callarse, y abstenerse de discutir el principio del gobierno, ó aguantar los puntapiés y escupitajos de un senado gotoso. El gobierno le ha atado las manos, y en este estado, le ha colocado entre la ruina procedente de la confiscación y el encarcelamiento; y, para colmo de injuria, los autores de esta alevosía, echan los bofes gritando: la prensa es libre.

Más que otro publicista, contribuyó Benjamin Constant á sacar la clase media de la ignorancia política en que se halla de nuevo aletargada desde 1830. Al mismo tiempo, gustaba sobremanera de prodigar elogios á la juventud estudiosa de las escuelas. En el día la juventud estudiosa dormita con el resto de la nación, y, en vez de formar su juicio, los profesores abruman su memoria, enervan su tierna inteligencia con el hacinamiento de lecciones y cursos, la sumergen y zambullen en las materialidades del eclecticismo, la dejan sin religión, moral, lógica, fraternidad y patria. Pero en cambio, es preciso confesar que nunca la juventud estudiosa y dorada danzó mejor la mazurka.

En los países libres, los que quieren esclavizar al pueblo empiezan siempre por afeminar las inteligencias y corromper los corazones, para sofocar el espíritu de asociación, oprimir la prensa, y desterrar de la república de las letras esos grandes sentimientos, esos generosos instintos, origen de las grandes acciones, y que, si no pueden restablecerla, asisten á lo menos á la

libertad en su hora suprema, con sus consuelos y lágrimas.

Benjamin Constant tributaba continuos homenajes á la virtud, á la profunda prudencia, tino exquisito y legitimidad del rey Luis XVIII; y llegó, por un giro habil de fraseología, hasta imputar la nominacion del convencional Fouché á Luis XVIII, como un efecto de su magnanimidad, cuando solo lo era de su miedo. Igualmente el general Foy, para justificar la absurda sustitucion de la efigie de Enrique IV á la de Napoleon en la cruz de la Legion de honor, la calificaba de noble ficcion. Como los augures de la antigüedad, la derecha y la izquierda no podian mirarse sin reirse, cuando la primera hablaba de su amor por la Carta, y la segunda de su amor por el rey. Pero ¿cómo ha de ser? Es preciso, ó que los oradores mientan, ó que se condenen al mutismo. Así Benjamin Constant aceptaba en Francia los hechos cumplidos. En Inglaterra los radicales aceptan la reina, y ninguno la saluda con mas fervor que O'Connell. Mas adelante, cuando cae el principe, director, consul, ó emperador que recibió el juramento, cada cual se excusa diciendo que la culpa es del gefe del gobierno que desaparece, que él fue el verdadero traidor y perjuro, pues vencido está; que él fue el que faltó á su palabra, y por consiguiente se hallan los demás exentos de cumplir la suya, y que en sustancia no hay razon que obligue á los vivos á enterrarse con los difuntos. Y si no hubiera mediado entre los partidos convencion tácita en este punto, ¿acaso hubiera podido durar quince años la comedia restaurativa? Ninguno de los actores parlamentarios de la izquierda hubiera subido á las tablas, y hubiera sido necesario volver al público su dinero.

El nombre del monarca salia en todos los discursos; todo se referia á su persona soberana; era la causa del efecto, mientras que actualmente es el efecto de la causa; era el principio del gobierno, y en el dia es la consecuencia del principio; existia antes de todo lo que existia, y en el dia existe despues de lo que ha existido.

Todas estas frases, revestidas de respeto y humildes saluciones, no impidieron que el pueblo llevase su mano sobre la persona sagrada é inviolable del monarca, y lo enviase por mar á Holy-Rood. Desde entonces cada partido es libre, sino de decir todo lo que piensa, á lo menos de no mentir. Así, que vaya Berryer á hacer pruebas de obsequio y ternura para con Luis Felipe como los pinches de las cocinas de Neuilly, y todo el mundo se mofará de

él, y con razon. La corrupcion ha invadido aun mas profundamente que bajo la Restauracion, hasta el tuétano parlamentario; pero á lo menos ha desaparecido la hipocresia liberal, y ya es algo.

Tampoco hay que tomar á la letra ciertas fórmulas obsequiosas que emanan de la urbanidad exquisita de nuestro idioma y costumbres. Hombre de mundo, Benjamin Constant subia á la tribuna con las maneras y delicadeza de una sociedad ingeniosa y culta.

Su instruccion de legislador no era de lo mas sólido. Como todos los publicistas de la Restauracion, carecia de un conocimiento profundo de los intereses materiales y verdaderos principios de economía agrícola é industrial. Habia tambien en su religiosidad y en su filosofia política, un tinte vago, y como un reflejo de la incredulidad y escepticismo del siglo décimo octavo. Benjamin Constant tenia la fe de la inteligencia, mas no la del corazón, y no amaba la religion por su dogma, sino por el sosiego que trae á una conciencia inquieta. No queria el trono por su derecho, sino por necesidad, y no rechazaba los principios de la república, sino su forma. «La república, decia, es imposible en el estado actual de los ánimos, en la situacion industrial, mercantil, militar y europea de la Francia.» En otros términos, la forma republicana no tenia, en su concepto, mas obstáculo que el de la oportunidad, y era casi una cuestion de geografia.

Atacaba á Rousseau por haber sostenido el derecho divino, al paso que él mismo no admitia la soberania del pueblo, sino una especie de soberania de justicia, análoga á la soberania de la razon de los doctrinarios, y no menos incomprensible, indefinible é inaplicable. ¿Acaso la soberania del pueblo, tal como nosotros la entendemos, no implica la soberania del derecho, justicia y razon? No conozco una sola cuestion política ó social que no defina y resuelva.

Políticamente la soberania popular es la luz que luce en las tinieblas de la disputa humana, y ella sola puede alumbrar á los lógicos. Fuera de ella solo hay arbitrariedad, iniquidad, contradicciones, caos; y, por falta de este piloto tan seguro, tan infalible; el mayor publicista de la Restauracion se escolló tristemente como un naufrago cualquiera en los escollos de la revolucion de Julio, sin acertar á comprender que ningun poder puede prescribir ó prevalecer contra el derecho eterno de las naciones, ni imponer un gobierno á su antojo.

Su segundo error fue el creer que se puede ser á la vez funcionario é independiente. En lugar de quedar con el pueblo en la ribera y mirar pasar el torrente doctrinario, se detuvo en medio de este, el cual lo arrastró impetuoso. Su alta razon se doblegó, y sucumbió bajo su imaginación. Ya en 1813 habia bastado una mirada de Napoleon para fascinarlo. Quince años mas tarde sucumbía bajo el encanto de otro poder, y, en el burlesco orgullo de su paternidad, se engreía ufano, siendo el engendrador doscientos décimo nono, de haber dado á luz un rey, y cambiado en monarca un simple ciudadano. Su alegría llegaba hasta el delirio, la fiebre abrasaba sus sesos, y, en los transportes de su entusiasmo, le escapaban expresiones hiperbólicas, como por ejemplo: «Tenemos «el ideal de un rey ciudadano.»

A la verdad tales accesos duraron pocos días, y cuando se hubo disipado su embriaguez dinástica, recobró poco á poco la plenitud de sus facultades. Es de notar que, en todos los literatos, hay un rincón en que se aloja el sentimiento democrático, y por mas olvidadizo que lo haga la corrupcion de los favores, dignidades y oro, ese sentimiento aparece siempre por un lado ú otro. Benjamin Constant era literato, y cuando llegó á notar que su cadena dorada le sujetaba ambas muñecas, la sacudió, y con un poco de mas esfuerzo la hubiera roto. Por otra parte tenia una sed inmensa de popularidad, casi tanta como Lafayette, y á toda funcion pública, prefería con razon la calidad de periodista y diputado, pues su fuerza y gloria le venian de la prensa y la tribuna.

Por fin abrió los ojos, y reconoció con Dupont de l'Eure, Lafitte, Lafayette, Salverte, Arago, y toda la gloriosa falange de patriotas, que la revolucion de Julio no era una paz sino una tregua. Benjamin Constant hubiera pronto dejado el botín por la pelea, y, dimisionario ó destituido, no hubiera tardado en sonar la botacilla de la Oposicion.

Pero ya se iban gastando los resortes de su vida. Su noble cabeza se inclinaba, y, á menudo la apoyaba en ambas sus manos, para meditar en la vanidad de las revoluciones. Esos sueños de porvenir, esas bellas ilusiones que, durante quince años habian pasado ante sus ojos, se desvanecian una despues de otra. El brillante orador, con la cabeza llena de negras tristezas é invencibles melancolias, se arrastraba penosamente de su banco á la tribuna, y, con sus labios apagados que ya no podian sonreír, se despidió de la libertad moribunda, y bajó con ella al sepulcro.

## ROYER-COLLARD.

Royer-Collard fue el venerable patriarca de los realistas constitucionales bajo la Restauracion.

Hace algunos años que mostrábase á nuestra vista como una sombra para recordarnos que habia existido, semejante á esas hermosas cariatides de Osiris é Isis que los Romanos, dueños del Egipto, colocaban en sus nuevos templos, para atestiguar que habian existido en esas mismas riberas, otro templo, otras divinidades, otra fe, otros pontífices.

Sentado en la mas alta cumbre de la Cámara, Royer-Collard no se mezclaba á sus debates; ya no dirigia sino observaba, y no hablaba sino meditaba; ya no pertenecía á nuestros tiempos, y actualmente podemos pronunciar sobre su memoria el fallo de los muertos.

Las Cámaras de la Restauracion tuvieron varias escuelas políticas.

El general Foy representaba la escuela militar, Casimiro Perier la económica, de Serre la gubernamental, Benjamin Constant la constitucional, y Royer-Collard la filosófica.

Tenia este orador menos brillo que el general Foy; menos finura, dialéctica y flexibilidad que Benjamin Constant; menos impetuosidad y fuego que Casimiro Perier; menos ciencia legislativa y originalidad que de Serre; pero era el primero de nuestros escritores parlamentarios.

Royer-Collard poseia un estilo vasto y magnífico, un toque firme, artificios de lenguaje muy doctos y prodigiosamente trabajados, y esas expresiones felices que se graban en la memoria de los oyentes. Agréguese á esto una noble virilidad en sus discursos á la manera de Mirabeau, algunos movimientos oratorios casi tan pronto comprimidos como expresados, como si hubiese temido abandonarse á la vehemencia; una razon elevada en las materias

Su segundo error fue el creer que se puede ser á la vez funcionario é independiente. En lugar de quedar con el pueblo en la ribera y mirar pasar el torrente doctrinario, se detuvo en medio de este, el cual lo arrastró impetuoso. Su alta razon se doblegó, y sucumbió bajo su imaginación. Ya en 1813 habia bastado una mirada de Napoleon para fascinarlo. Quince años mas tarde sucumbía bajo el encanto de otro poder, y, en el burlesco orgullo de su paternidad, se engreía ufano, siendo el engendrador doscientos décimo nono, de haber dado á luz un rey, y cambiado en monarca un simple ciudadano. Su alegría llegaba hasta el delirio, la fiebre abrasaba sus sesos, y, en los transportes de su entusiasmo, le escapaban expresiones hiperbólicas, como por ejemplo: «Tenemos «el ideal de un rey ciudadano.»

A la verdad tales accesos duraron pocos días, y cuando se hubo disipado su embriaguez dinástica, recobró poco á poco la plenitud de sus facultades. Es de notar que, en todos los literatos, hay un rincón en que se aloja el sentimiento democrático, y por mas olvidadizo que lo haga la corrupcion de los favores, dignidades y oro, ese sentimiento aparece siempre por un lado ú otro. Benjamin Constant era literato, y cuando llegó á notar que su cadena dorada le sujetaba ambas muñecas, la sacudió, y con un poco de mas esfuerzo la hubiera roto. Por otra parte tenia una sed inmensa de popularidad, casi tanta como Lafayette, y á toda funcion pública, prefería con razon la calidad de periodista y diputado, pues su fuerza y gloria le venian de la prensa y la tribuna.

Por fin abrió los ojos, y reconoció con Dupont de l'Eure, Lafitte, Lafayette, Salverte, Arago, y toda la gloriosa falange de patriotas, que la revolucion de Julio no era una paz sino una tregua. Benjamin Constant hubiera pronto dejado el botín por la pelea, y, dimisionario ó destituido, no hubiera tardado en sonar la botacilla de la Oposicion.

Pero ya se iban gastando los resortes de su vida. Su noble cabeza se inclinaba, y, á menudo la apoyaba en ambas sus manos, para meditar en la vanidad de las revoluciones. Esos sueños de porvenir, esas bellas ilusiones que, durante quince años habian pasado ante sus ojos, se desvanecian una despues de otra. El brillante orador, con la cabeza llena de negras tristezas é invencibles melancolias, se arrastraba penosamente de su banco á la tribuna, y, con sus labios apagados que ya no podian sonreir, se despidió de la libertad moribunda, y bajó con ella al sepulcro.

## ROYER-COLLARD.

Royer-Collard fue el venerable patriarca de los realistas constitucionales bajo la Restauracion.

Hace algunos años que mostrábase á nuestra vista como una sombra para recordarnos que habia existido, semejante á esas hermosas cariatides de Osiris é Isis que los Romanos, dueños del Egipto, colocaban en sus nuevos templos, para atestiguar que habian existido en esas mismas riberas, otro templo, otras divinidades, otra fe, otros pontífices.

Sentado en la mas alta cumbre de la Cámara, Royer-Collard no se mezclaba á sus debates; ya no dirigia sino observaba, y no hablaba sino meditaba; ya no pertenecía á nuestros tiempos, y actualmente podemos pronunciar sobre su memoria el fallo de los muertos.

Las Cámaras de la Restauracion tuvieron varias escuelas políticas.

El general Foy representaba la escuela militar, Casimiro Perier la económica, de Serre la gubernamental, Benjamin Constant la constitucional, y Royer-Collard la filosófica.

Tenia este orador menos brillo que el general Foy; menos finura, dialéctica y flexibilidad que Benjamin Constant; menos impetuosidad y fuego que Casimiro Perier; menos ciencia legislativa y originalidad que de Serre; pero era el primero de nuestros escritores parlamentarios.

Royer-Collard poseia un estilo vasto y magnífico, un toque firme, artificios de lenguaje muy doctos y prodigiosamente trabajados, y esas expresiones felices que se graban en la memoria de los oyentes. Agréguese á esto una noble virilidad en sus discursos á la manera de Mirabeau, algunos movimientos oratorios casi tan pronto comprimidos como expresados, como si hubiese temido abandonarse á la vehemencia; una razon elevada en las materias

religiosas y morales, y, como calidad dominante, un método amplio sin rigidez, dogmático y severo.

Un solo axioma, una palabra fecundada por la meditación de esa poderosa inteligencia, se ensanchaba, esparcía é hinchábase como la bellota que se vuelve encina, cuyas ramificaciones parten del mismo tronco; y, animado de la misma vida, alimentado con la misma savia, forma el árbol un todo, á pesar de la variedad de sus hojas y la multiplicidad infinita de sus ramas. Así eran los discursos de Royer-Collard, admirable por la fuerza de su estilo y la belleza de sus formas.

La filosofía aplicada á la política con sus síntesis abstractas y á veces oscuras: tal era el carácter dominante de Royer-Collard, el cual era, permitásenos la expresión, un pozo de ideas, un pensamiento hablando.

No obstante, en ciertas circunstancias, había mas hueco que lleno en esa profundidad, y el brillo del discurso suplía á la vacuidad del pensamiento.

Las arengas de Royer-Collard, esparcidas abundantemente en todos los periódicos de la oposición liberal, removieron profundamente la clase media, la cual, despertada de su letargo por la novedad de un gobierno representativo, leía en aquel entonces lo que actualmente no lee.

No hubo orador que tuviese mayor eficacia que Royer-Collard, por la autoridad de su nombre y palabra, en formar las costumbres llamadas constitucionales; y se puede decir que condujo á la clase media, mal que pesase á esta misma, á derribar el trono, siendo uno de los mas acérrimos destructores del régimen de la legitimidad, aunque tal vez de los menos intencionados.

Esa famosa exposición de los doscientos veinte y uno, que hizo oír á Carlos X, fue el primer hachazo descargado en el antiguo edificio de la monarquía, la cual vaciló como un pino añoso que siente temblar sus menores hojas hasta la cima de sus ramas, cuando hiere su tronco la segur del leñador.

Así la Providencia se sirve de todas las vías para castigar los imperios que perecen por la obstinación de sus falsas máximas, aun mas que por la violencia de sus enemigos; y, carcomidos ya en sus cimientos, parecen aun sostenerse, siendo las manos de los que debieran afianzarlos las que los desarraigan y derriban.

Partidario de la monarquía aunque plebeyo, enemigo hábil, ar-

diente é inexorable de los privilegios de la aristocracia, la persiguió Royer-Collard sin descanso, por la ironía, argumentación y elocuencia. Pero ¿podía acaso una Carta otorgada, una monarquía de origen feudal, prescindir de apoyarse en la nobleza? Esa Carta no era un contrato nacional, sino una dádiva regia, y esa monarquía no podía escapar á las condiciones de su existencia. Cuando una roca que corona una montaña se halla minada al rededor, no puede menos de caer, y tal sucedió con el trono. Atacar la corona y prescindir del pueblo, tal fue la asombrosa consecuencia de los liberales de aquella época.

Quince años fueron empleados en organizar el antagonismo entre las Cámaras y la dignidad real: esta aspiraba al despotismo, aquella á la omnipotencia; y la Restauración fue un combate perpetuo entre ambos estos poderes, para ganar, el uno al otro, algunas pulgadas de terreno. Pero la teoría verdadera no reconoce mas que un solo soberano, de que nadie se preocupaba en aquel entonces, y es la nación, la cual confía á unos la autoridad legislativa, y á otros la ejecutiva, no para que pugnen entre sí, sino para que se pongan de acuerdo, y procedan en buena armonía. ¿Qué diría un labrador á sus jornaleros, si, en vez de arar la tierra y recoger la cosecha, no pensasen mas que en reñir hasta la efusión de sangre? ¿Qué diría un fabricante á sus obreros, si, en lugar de ocuparse cada uno de su tarea y manejar sus herramientas, se llenasen de denuestos? En todo mecanismo industrial ó político, se requiere unidad y es indispensable la armonía.

Las teorías del gobierno representativo, tales como sedujeron á Royer-Collard, son mas metafísicas que políticas, mas especulativas que experimentales, teorías que forman en orden y bella simetría, pero que cojean al tratarse de marchar. En vano el docto orador las revestía de un lenguaje brillante, sus ideas no pueden resistir al análisis, y se desmoronan al menor choque de la lógica.

Acosado por la argumentación, se hubiera refugiado Royer-Collard en la Carta, y si se le hubiese preguntado lo que la Carta quiere, y sobre todo cual es el origen de esta ú otras, Royer-Collard no hubiera podido salir del apuro.

Esas sutiles y, á menudo, nebulosas distinciones entre las superperiodidades é intereses, entre los partidos y las facciones, entre la soberanía del pueblo y la soberanía de la razón, son mas bien sofismas de escuela que argumentos de tribuna; y bien se echa

de ver que el que habla no es un publicista, sino un profesor de filosofía.

La vida parlamentaria de Royer-Collard fue un continuo vaiven del poder á la libertad, y de la libertad al poder; y no daba un paso el filósofo sin tener á ambos sus lados su ángel de luz y su ángel de tinieblas, que lo tiraban cada uno por su lado, si bien cambiaban á menudo de lugar. Así oscilaba entre uno y otro partido, prestando ayuda al que flaqueaba, conteniendo al que se precipitaba, y olvidando tan solo una cosa, el definirlos.

El grave error del general Foy, Royer-Collard y otros fue el decir: «Siendo la Carta la ley fundamental, debe estar al abrigo de la teoría.» Permítanme Vms., Señores, decirles, que, la teoría que, en sustancia no es mas que el libre examen, tiene el derecho de atreverse con todo y con todos; y que, en hecho, la teoría de la soberanía nacional, la sola verdadera, se ha atrevido con la Carta de 1814, y ha acabado con ella.

¿Qué espectáculo, qué lección presenta ese vano é impotente debate de las mayores inteligencias contra el principio aun mayor de la soberanía del pueblo, que los cubre, envuelve y aprieta como la corteza de esos árboles fabulosos que ocultaba y oprimía, con invencibles pliegues, los héroes y semidioses!

«Para que pueda existir el gobierno representativo, decía Royer-Collard, «no basta la presencia de una Cámara, ni la solemnidad de los debates y regularidad de sus deliberaciones, ni la lealtad, patriotismo y luces de los miembros; y la misma flor de la Francia, escogida por un medio sobrenatural y reunida en este recinto, no serian capaces de realizar el gobierno representativo, si no lo delegase la nación.»

Falta saber lo que es la nación: cuestión tal vez para Royer-Collard, pero, para nosotros, ¡bella pregunta! la nación es la nación.

En otra ocasión decía con cierta ingenuidad nuestro orador: «Nada es tan difícil como el desprenderse de la soberanía del pueblo, y esta idea vive en el espíritu de todos los que la combaten.»

Yo lo creo, y hubiera debido añadir que penetra tan profundamente que no vuelve á salir.

El mismo Royer-Collard le tributó un homenaje involuntario en las palabras siguientes las mas enérgicas de todas las que han sido pronunciadas contra las elecciones actuales.

Yo les pregunto á Vms., Señores, ¿qué representan Vms. aquí? «¿Acaso las personas y las voluntades? Pero los que los han enviado á Vms., no forman tal vez la *quincuagésima* parte de la población capaz de querer. La mas extrema benevolencia y la mayor estimación no puede descubrir en Vms., mas que una imperceptible oligarquía, en contravención flagrante á la soberanía del pueblo.»

Ahora bien si, de las palabras del rey actual, de los ministros actuales, de las Cámaras actuales y de los conservadores actuales, la soberanía del pueblo es el principio fundamental de nuestro gobierno, y si, segun Royer-Collard, este gobierno se halla en plena contravención con su principio, preguntaré yo entonces lo que el mismo gobierno piensa de esta contravención, y lo que la nación debe pensar de este gobierno.

Royer-Collard añade: «La voluntad popular del día de hoy re-tracta la de ayer, sin empeñar la de mañana.»

A esta objeción se puede responder que los monarcas absolutos tienen mil antojos y cambian continuamente de capricho, cada día, cada minuto.

Y si en una sociedad en que reina un hombre solo, no se observan esas transformaciones inopinadas y repentinas, ¿porqué sucedería lo contrario en un país gobernado únicamente por la ley? ¿Porqué lo que sucede en provecho de una sola persona, ó de pocas, sería sujeto á menos cambios que lo verificado en provecho de todas?

Nuestra vida tambien nos pertenece, nadie puede impedirnos el echarnos al agua ó saltarnos la tapa de los sesos; y sin embargo ni aun siquiera pensamos en ello.

Podemos igualmente incendiar nuestra casa, y no obstante ni aun la intención se nos ocurre.

No tiene mayor fundamento Royer-Collard para apoyarse en lo que llama derecho:

«No hay derecho contra el derecho, contra el derecho sin el cual nada hay en la tierra, sino una vida sin dignidad, y una muerte sin esperanza.»

Muy bien dicho: pero falta saber lo que viene á ser el derecho y en donde reside: tal es lo que no demuestra Royer-Collard, y eso es cabalmente lo difícil; ó, por mejor decir, examínese bien la cuestión y se verá que, en definitivo, el derecho cede á la ley del número, porque de este resulta: y esta aserción es tan evidente

que, el derecho tal como se formula en legislacion, tal como se resuelve en aplicacion, en sí ó no, depende siempre de una sola voz. Ciento y uno contra ciento, tal es el derecho legal que exige obediencia, que manda y conduce á la sociedad.

Las leyes fundamentales de que habla Royer-Collard, no son, ni pueden ser otras que las que se impone á sí misma la nacion y que tiene la libertad de modificar. Los derechos nacionales de que habla Royer-Collard, no son, ni pueden ser en sustancia mas que los derechos de la nacion; y no hay medio de ir mas allá.

Ninguna nacion puede ser gobernada para siempre por las leyes de sus padres, pues no seria libre. Las naciones, compuestas de hombres que se mueven y cambian, no pueden permanecer estacionarias é inmóviles, y los muertos no tienen derecho de encadenar y paralizar á los vivos. Cada generacion se pertenece á sí misma, y no tiene mas derecho de ligar el porvenir que obligacion de obedecer á lo pasado. Tal es el hecho, tal es el derecho, y ¿qué recursos hay contra el hecho y el derecho? Ningunos.

«Que otros, exclamaba Royer-Collard, se aflijan ó se irriten, «por mi parte doy gracias á la Providencia porque ha llamado á «los beneficios de la civilizacion mayor número de criaturas.»

Pues bien, lo que deseaba Royer-Collard en el interés de la clase media, nosotros lo deseamos en el interés del pueblo; y, como el orador filósofo, aspiramos á ver los beneficios de la civilizacion esparcidos en mayor número de criaturas humanas. Royer-Collard, al pronunciar esas palabras, se inclinaba, tal vez sin notarlo, al sufragio universal, y encaminábase al término á que nosotros hemos llegado.

Sin embargo Royer-Collard insiste: «La soberanía del pueblo, «nos dice, es la soberanía de la fuerza y la forma mas absoluta «del poder mas absoluto.»

Pero si el poder que viene de todos constituye necesariamente el mas absoluto de todos los poderes, ¿cómo la soberanía del pueblo, que es la forma de este poder, no seria la mas absoluta de todas las formas? Tal es la consecuencia inevitable del principio. Por otra parte la cuestion no es el saber si filosóficamente es la forma mas absoluta, sino si teóricamente es la mas verdadera y prácticamente la mejor.

Así Royer-Collard se da prisa á añadir, no sin alguna contradiccion:

«Con esta soberanía sin reglas y sin límites, sin deberes ni «conciencia, no hay constituciones, ni leyes, ni bien, ni mal, ni «pasado, ni porvenir.»

Todo esto lo declaro una pura declamacion, sirviéndome de una expresion habitual de Royer-Collard, pues negarse á reconocer la autoridad en el número mayor, ó, en otros términos, en la mayoría, es reconocerla y admitirla forzosamente en la minoría. Luego es necesario, ó convenir en que la soberanía de la minoría carece tambien de regla y límites, de deberes y conciencia, y que con ella no hay constitucion, ni leyes, ni bien, ni mal, ni pasado, ni porvenir; ó es forzoso admitir que la mayoría ó el mayor número tiene asimismo deberes, reglas, límites, una conciencia, ni mas ni menos que la minoría ó el menor número.

¿Vemos, por ventura, que en los Estados-Unidos, en que el derecho del número está en pleno dogma y en pleno ejercicio, sean las leyes menos estables, menos morales, menos concienzudas que en las monarquías? Y agréguese que esas regiones poseen una libertad real, de que apenas gozan una escasa sombra las monarquías europeas, juntamente con el derecho, y ¿cuantas son las monarquías que pueden preciarse de poseer el derecho? ¿Cuales son?

Desde los primeros tiempos de la Restauracion, Royer-Collard vislumbraba la Revolucion de Julio que se mostraba ya en los confines algo oscuros del horizonte político; y clasificaba y definía á su modo los partidos, los dos solos que estuviesen animados de vida y se disputasen el mando.

«Hay una faccion nacida de la Revolucion, procedente de sus «malas doctrinas y malas acciones, que busca, vagamente tal vez, «pero que busca incesantemente la usurpacion, por la que tiene «aun mas gusto que necesidad. Hay otra faccion nacida del privilegio, que la igualdad indigna, y aspira á destruirla. Yo no sé lo «que hacen ambas estas facciones, pero sé lo que quieren, y «oigo lo que dicen. La una la reconozco por el odio que profesa «contra toda autoridad legítima, política, moral y religiosa; la «otra por su desprecio instintivo por todos los derechos públicos «y privados, por la arrogante codicia que la impele á desearlo «todo en el gobierno y en la sociedad. Las facciones de que hablo, reducidas á sí mismas, son poco numerosas; al mismo «tiempo odiosas á la nacion y nunca llegarán á arraigarse; pero «son ardientes y, mientras que divididos nos hallamos, marchan

« á su término. Si persistiese el gobierno en abandonarnos y abandonarse á sí mismo, vendrán forzosamente á las manos, y, si nuestra desgraciada patria debe ser despedazada y ensangrentada por ellas, declaro de antemano á la facción victoriosa, cualquiera que sea, que detestaré su victoria, y desde hoy día le pido que me inscriba en sus tablas de proscripción. »

Lo que, en su lenguaje doctrinario, llamaba Royer-Collard, la lucha de dos facciones, no era más que el combate entre la aristocracia y democracia, esos dos poderes indestructibles y rivales que ha depuesto la Providencia en lo profundo de todas las sociedades para comunicarle, hasta el fin de los siglos, la agitación y la vida.

Siguiendo las huellas de su maestro, Guizot ha vuelto á poner en uso la famosa distinción entre las *facciones* y los *partidos*, en inteligencia que tanto él como sus amigos, son los verdaderos *partidarios*, en otros términos, gente llena de corazón, de honradez y talento; mientras que sus adversarios son *facciosos*, esto es, gente cobarde, mala é ignorante; yo me desconfío de las distinciones de esos señores.

En general Guizot ha vivido mucho en los discursos de Royer-Collard, y, en los propios, nos da por nuevo lo que tan solo es rejuvenecido.

Fuera de esto, Royer-Collard, á ejemplo de los legitimistas más moderados, reconocía la primordialidad de un contrato entre el soberano y la nación. Pero, ¿no era esto reconocer implícitamente la soberanía del pueblo? Pues ¿en virtud de qué derecho hubiera hecho el pueblo semejante contrato, sino en virtud de su derecho natural, anterior, independiente y universal? Y si hizo este contrato con una familia, ¿no era acaso libre de hacerlo con otra, ó no hacerlo con ninguna? Luego se debe concluir que todo viene del pueblo, derecho, soberanía, poder.

La elevada razón de Royer-Collard que se debatía continuamente en soluciones imposibles desmentía continuamente sus principios prestados. Sin duda alguna, no nos pertenece por sus sentimientos conservadores y fe política, pero sí nos pertenece en cierto modo por su voluntad involuntaria y ciertas expresiones de sus discursos.

Oigámoslo en ciertas ocasiones :

« Cuando la minoría prevalece, la elección no es un derecho; y « cuando la elección no es un derecho no hay cuestión. »

Y este pasaje : « Mientras más se ejerce el derecho electoral, « más se posee, y ¿ hay garantía más sólida que la posesión? En « materia de elección, cada año es cada día. »

Y esta figura tan viva :

« El origen de la monarquía no está oculto, como el del Nilo, « en desiertos inaccesibles; sino lo descubrimos, y vemos más allá « otras razas de reyes, y más allá, la Francia con un derecho im- « prescriptible y primordial. » ¡ Ah! la Francia tiene un derecho imprescriptible y primordial; pero caballero, Vm. ataca el derecho divino y proclama la soberanía del pueblo.

Elecciones, impuestos, libertad de imprenta, estado militar, ley del sacrilegio, organización judicial, instrucción pública, responsabilidad de los ministros, instituciones municipales, no hay asunto en que no se haya cebado esa inteligencia grave, elevada y meditativa; todos sus discursos se hallan sembrados de bellas sentencias. Citemos algunas :

« Los crímenes de la Revolución no eran necesarios, y fueron « obstáculos más bien que medios. »

« El gobierno representativo es la justicia organizada, la razón « viva, la moral armada. »

« Lo bello se siente y no se define; por do quier reside, en nos- « otros y fuera de nosotros; en las perfecciones de nuestra natu- « raleza y en las maravillas del mundo sensible; en la energía in- « dependiente del pensamiento solitario y en el orden público de « las sociedades; en la virtud y en las pasiones, en el llanto y en « el júbilo, en la vida y en la muerte. »

« Los gobiernos representativos se hallan condenados al trabajo, « y, como el labrador, viven del sudor de su frente. »

« Las constituciones no son tiendas erigidas para el sueño. »

« Las leyes de excepción son préstamos usurarios que arruinan « el poder, aun cuando parecen enriquecerlo. »

« Hay diversos géneros de repúblicas :

« La república aristocrática, tal es la de Inglaterra.

« La república de la clase media, tal es la de la Francia.

« La república democrática, tal es la de los Estados-Unidos.

« La institución de Julio es una democracia real.

« Los ministros tienen dos especies de responsabilidad : la trá- « gica y la moral. »

Al combatir la aristocracia oligárquica decía : « ¿ Queréis que la « nación os llame? Abrazad su causa, defended el derecho contra

«el privilegio, no olvideis que la confianza es el verdadero vínculo de las sociedades; estudiad lo que apetece la nación, lo que le desagrada, lo que la sosiega, lo que la inquieta, en una palabra uníos á ella. ¡Sed populares!»

¡Vanas exhortaciones! la nobleza parlamentaria y provincial se encerraba obstinadamente en sus preocupaciones, y por último Royer-Collard le lanzó estas terribles palabras:

«Todos somos pares ó pueblo; si alguien pretende ser otra cosa, que lo diga.»

La aristocracia quedó anonadada con el golpe.

En un momento de fervor monárquico habia dicho Royer-Collard:

«La Francia no quiere que su rey sea prisionero de las facciones, ni que rinda su espada.»

No obstante, en julio, rindió el rey su espada, y no se acordó de esta profecía de su fiel y concienzudo orador: «El peligro aumenta de año en año, de ministerio á ministerio, de día en día.»

Opuesto, en los primeros tiempos, á la libertad de los periódicos, Royer-Collard se habia desprendido poco á poco de las trabas ministeriales, y de sesion en sesion, crecia en favor de la libertad. Escuchemos como defiende la prensa:

«De las bibliotecas los libros han pasado á las inteligencias, y de ahí se pretende expelerlos. ¡Hay á este fin proyecto de ley alguno? Mientras que no habremos olvidado lo que sabemos, mal dispuestos estaremos al embrutecimiento y á la servidumbre.»

¡Con qué vigor de forma, con qué altura de pensamiento, atacaba la ley del sacrilegio!

«Las sociedades humanas nacen, viven y mueren en la tierra, pero no contienen enteramente al hombre, y queda á este la mas noble parte de sí mismo, esas altas facultades por las cuales se eleva á Dios, á una vida futura, á bienes desconocidos en un mundo invisible. Tales son las creencias religiosas, grandeza del hombre, consuelo de la debilidad y de la desdicha, recurso inviolable contra las tiranías de la tierra.»

¡Cómo aumenta su elocuencia con el asunto!

«La religion es en sí misma, y por sí misma. Es la verdad en la cual no deciden las leyes. Lo solo humano en la religion son sus ministros, hombres débiles como nosotros, sometidos á las mismas necesidades, sujetos á las mismas pasiones, órganos mortales y corruptibles de la verdad incorruptible é inmortal.»

Y mas adelante:

«Segun el proyecto de los ministros, la fe religiosa es todo, y no solamente su reino es de este mundo, sino el mundo es su reino, el cetro ha pasado á sus manos, y el sacerdote es rey. Así, del mismo modo que, en la política, estamos estrechados entre el poder absoluto y la sedicion revolucionaria, en la religion, nos hallamos entre la teocracia y el ateismo.»

Y este otro pasaje ¡qué hermoso es!

«Hemos atravesado tiempos muy criminales, sin buscar la regla de nuestras acciones en la ley, sino en nuestras conciencias; hemos obedecido á Dios mas bien que á los hombres; tal vez somos los mismos que fabricaron pasaportes y levantaron falsos testimonios para salvar la vida de los inocentes. Dios nos juzgará en su misericordia.»

¿Dónde puede verse una pintura mas viva de la inmoralidad y egoismo del siglo que en el cuadro siguiente?

«El gobierno, en vez de excitar la energía comun, deja á cada uno en el fondo de su flaqueza individual. Esta profunda humillacion no la conocieron nuestros padres, y no vieron la corrupcion colocada en el derecho público, sirviendo de espectáculo á la juventud atónita como leccion dada por la edad madura.»

Terminaremos por un fragmento sobre la inamovilidad de los jueces:

«Cuando el poder que tiene á su cargo el instituir al juez en nombre de la sociedad, llama un ciudadano á esta funcion eminente, le dice: ¡Órgano de la ley! ¡sed impassible como ella! Que en vano se agiten en torno de vos las pasiones, vuestra alma no debe flaquear un momento. Si mis propios errores, si las influencias que me obcecán, de que tan difícil es emanciparme, me arrancan órdenes injustas, desobedeced á tales órdenes, resistid á mis seducciones, resistid á mis amenazas. Cuando subais al tribunal, no debeis tener, en el fondo de vuestra alma, asomo alguno de temor ó esperanza. ¡Sed como la ley, impassible!»

«El ciudadano responde: Yo no soy mas que un hombre, y lo que se me exige excede á lo que puede dar la humanidad. El gobierno tiene una fuerza inmensa, y, al combatir con él, no puedo menos de sucumbir, pues la lucha es harto desigual. El mismo poder que así me habla actualmente, el mismo poder que me prescribe el ser impassible como la ley, desconocerá tal

« vez mas tarde los motivos de mi resistencia, y me castigará. No, « yo no puedo ser superior á mí mismo, á menos que me prote- « jais á la vez contra mí mismo y contra vos. Socorredme en mi « flaqueza, libradme del temor y esperanza, prometedme que « no seré destituido de mi tribunal, á menos de ser convencido de « ser traidor á los deberes que me imponeis.

« El poder hesita, pues por naturaleza el poder se desprende « difícilmente de su voluntad; pero, conociendo al fin sus verda- « deros intereses, subyugado por la fuerza ascendente de las co- « sas, dice al juez: Serás inamovible. »

Materias, sentencias, pensamientos, estilo, todo esto es de otro tiempo, y de un hombre á parte. Royer-Collard habia perse- guido, bajo la Restauracion, al través de las vicisitudes de los hombres y cosas el sueño de su gobierno, y aun lo perseguia en los primeros tiempos de la Revolucion de Julio. Las largas borras- cas que agitaron su vida lo habian fatigado en su polémica, pero afianzado en sus opiniones; y creia reconocer en las súbitas tras- formaciones de nuestra patria, las lecciones de una Providencia que castiga los pueblos y reyes, convencido que hay una ley moral que rige el mundo de las inteligencias, como hay leyes físicas que presiden á los fenómenos de la naturaleza. En su concepto, la le- gitimidad era la mas elevada figura del orden social por lo vene- rable de sus recuerdos, como tambien por la extension y profun- didad de sus cimientos; pero anhelaba templar este orden cuyo exceso constituye el despotismo, por las condiciones austeras de la libertad; y, con sus creencias dinásticas, se constituia una es- pecie de religion imponente y razonada, coordinando su tesis de gobierno como una tesis de filosofia: quimera que tiene la forma mas bella que el fondo, pues las alianzas misteriosas y fuertes del pasado y del presente, de la libertad y del poder, bajo el cetro de una dinastía que se pierde en la noche de los tiempos, no pueden estar al alcance del vulgo, y ademas se quiebran desde que se trata de la aplicacion. En efecto la corriente de los negocios hu- manos echa continuamente á perder el equilibrio de esta ficcion; y para que no se desmoronasen semejantes edificios, seria pre- ciso que no hubiese nunca nubes en el cielo, ni viento en la at- mósfera, pues son castillos de naípe que derriba el menor soplo.

Lo que honra á Royer-Collard mas que otra alguna celebridad parlamentaria, es el haber, á pesar de los mimos y promesas de personajes influyentes, conformado su conducta á sus máximas.

¡Raro encomio en nuestros tiempos el ser sencillo en las costum- bres, falto de ambicion, frugal y honrado!

Añadamos que la virtud de Royer-Collard brilla no solo por su luz propia, sino tambien por la corrupcion de sus discipu- los. Cuando esos Griegos de colegio que alababan la pobreza de Diógenes, y la sencillez del Ateniense Platon, se cebaron en las dignidades y llenaron de oro sus alforjas, hemos visto á Royer-Collard, filósofo de accion no menos que de palabra, re- fugiarse modestamente en el retiro, huir los honores del Con- sejo de estado, negarse á ser par, rehusar el ministerio, y se- pultarse en la solitaria y profunda observacion de los aconteci- mientos.

Así, en la práctica, los discipulos de Royer-Collard han dejado á su maestro solo con su filosofia; y entonces Royer-Collard, amigo del orden, mas no hasta el despotismo, se volvió á la li- bertad; pero ya demasiado tarde, pues la libertad no existia.

¿Porqué no existia? Porque nunca ha sido refrenada en Francia la impetuosidad de los caprichos del poder, y siempre lo hemos visto dirigirse á los despeñaderos, sin ser impelido por una mano enemiga, sino por su propia voluntad. La antigua Monarquía, el Imperio, el Directorio, la Restauracion, perecieron siempre por exceso de poder, y el achaque de nuestra nacion es el exceso en el gobierno, administracion y formacion de leyes. La libertad se esfuerza en dirigir el rio por su cauce, entre sus diques; pero no tarda en romperlos la corriente y en salir de madre, extravasán- dose y esparciéndose en términos de no quedar resto alguno de sus ondas ni de su murmullos.

Confesemos igualmente que somos los mas olvidadizos de todos los hombres. Apenas vuelven á nosotros, aplaudimos con frenesi las mismas personas que no podiamos aguantar. Los parti- dos en Francia carecen completamente de rencor, y tanto en el odio, como en el amor, no hay la menor raiz. No diré que no sea este un dote amabilísimo de nuestra nacion, pero arguye tal vez, que si somos aptos á todas las demas ciencias, efecto de la movi- lidad de nuestra organizacion, no somos muy á propósito para la ciencia política que exige aplicacion, constancia y firmeza.

Así hace pocos años reclamábamos á Royer-Collard que ya no nos pertenecia, que poseia demasiada probidad política para per- tenecernos, pues seguia con perseverancia su línea que no es la nuestra.

En efecto Royer-Collard deploraba al ver alterados los cimientos de la monarquía; ni por consejo, ni de mano, ni de corazón, había participado en la obra de julio; había abogado por una Cámara de pares hereditarios; se había opuesto á la extensión del privilegio electoral; vertido el llanto de su elocuencia en la tumba de Casimiro Périer; no pertenecía á la extrema izquierda, ni á la izquierda dinástica, ni al tercer partido; había votado los presupuestos, las leyes y las medidas de nuestras gentes llenas de miedo y corrupción, y fue preciso que llena estuviese la copa para que les gritase que iba á rebosar. Y vosotros, diputados de la Oposición, olvidados de este pasado que no es el vuestro, llamais á Royer-Collard apóstol de la libertad; pero el mismo Royer-Collard no aceptaba este apostolado democrático, ni quería que lo creyesen lo que no había sido, ni pasar por lo que no fué.

Resumamos:

Royer-Collard ha sido casi el único legitimista de este tiempo, pues lo era por principio, y los demás tan solo por corazón ó espíritu caballeresco. Estos afecionan á Enrique V por Enrique V, como otros á Luis-Felipe por Luis-Felipe, y algunos á Napoleon por Napoleon; pero Royer-Collard amaba la legitimidad en sus representantes cualesquiera que fuesen; hoy día el duque de Burdeos, mañana el ramo menor de la familia de los Borbones, si fenecido estuviese el mayor. Era un amor abstracto, un amor de filosofía, y tal es el punto de vista bajo el cual debe apreciarse la conducta de Royer-Collard, consejero de Bonaparte y corresponsal de los Borbones. Observen mis lectores que yo tan solo procuro explicar, excusar la singular aberración de un hombre tan honrado, tan moral y religioso; mas en mi concepto, y, si he de decir mi pensamiento liso y llano, solo es permitido conspirar para el triunfo de la sola y santa legitimidad del pueblo; y llamo conspirar, el traer y el mostrar sin cesar la verdad de los principios á los gobiernos que los quebrantan. Pero con todas mis fuerzas niego que sea permitido á nadie el conspirar aquí para denunciar allá, recibir allá para vender aquí, aceptar dos funciones, una francesa y otra extranjera, una que reina y otra que va á reinar, servir á la vez á dos amos. Entonces es cuando prestos están los hombres á forjarse falsas teorías conformes á sus malas acciones, y precipitarse en una conducta falsa, en discursos llenos de duplicidad. Pero la moral de nuestros tiempos ha sido tan viciada por los ejemplos aun mas que por los sistemas, que podemos decir que

no hay moral, á lo menos moral política. Si emitiese este aserto que, entre los diputados, oradores y publicistas eminentísimos y celeberrimos que han vivido en nuestros tiempos críticos y atravesado tantas revoluciones, no hay tal vez ninguno que merezca ser llamado virtuoso, siempre bajo el punto de vista político por de contado, no faltarán lectores que me acusen de ser mas que folletista, folletista y medio; y si pretendiese que presto estoy á probar mi fallo, me mandarian callar. En efecto callo, pues no puedo mostrarme mas severo que los hombres de mi tiempo, y las opiniones de mi época; y, como no hay nadie, ó casi nadie en la Cámara ó fuera de esta, que profese y practique la verdad política, acabaré diciendo que dichosos seriamos si, en nuestros bancos de corrupción y materialismo, pudiésemos encontrar muchos personajes que tuviesen en sus relaciones oratorias y privadas, tanto desinterés, gravedad y elocuencia, como Royer-Collard.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## REVOLUCION DE 1830.

Los oradores de la Restauracion que acabamos de pintar, esgrimian en el terreno de la Carta, haciendo alarde de disertaciones metafisicas elevadas y nebulosas, y pases de armas mas ó menos hábiles. Ninguno dejaba ver lo que abrigaba en el fondo de su corazon, los legitimistas profesaban afeccion únicamente por la dinastía y poco por la Carta, mientras que los liberales tenian tan solo apego por esta, y poca simpatía por la corona. Ambos lidiaban con sutileza, y hacinaban sofismas á porfia; cada cual tropezaaba con su adversario, y todos se perjuran de corazon, de lágrimas y juramentos. Las ordenanzas de julio fueron el desenlace de esta comedia que habia durado quince años, que debia acabar y acabó en efecto; y al mismo tiempo el principio de otra comedia de diez y seis años que dura aun (1).

Desde que se alzó el telon, avanzáronse en la escena los actores del nuevo drama con el pelo erizado y encendido el ojo, y empezaron á recitar las cosas mas estupendas, por preguntas y por respuestas, en favor del orden y de la libertad. ¡ Cosa bella era, cosa magnífica! Yo aplaudia con ambas manos, pero pronto concluyeron esas palabras llenas de efecto teatral, los paleos quedaron desiertos, y los mismos actores se durmieron. En otros términos, cesaron las luchas animadas, y los partidos trasformados fueron solo reuniones de intrigantes, avidos del ministerio y no celosos por los principios. Formáronse facciones en pro y en contra de Molé, en pro y en contra de Guizot, en pro y en contra de Thiers. Desde entonces no ha cesado de extenderse la corrupcion en el cuerpo electoral, prensa y parlamento; y la nacion mas burlona del mundo, se ha mofado á tal grado de las cartas, constituciones,

(1) Y que acabó inopinada y violentamente en febrero de 1848. Así la comedia llegó á ser tragedia, y el desenlace catástrofe. (N. del T.)

sistemas, reyes, leyes, religiones, gobiernos y aun casi del pueblo, que en nada cree, y casi se halla estipulado, entre las personas honradas, que lo mejor es vivir cada dia sin mira de porvenir, atenderse á los hechos cumplidos y no hacer caso de los principios.

Sin embargo no hay elocuencia sin pasion, y en nuestros dias no hay pasion, ni en el bien, ni en el mal. Cada cual se mantiene en observacion en el justo medio de su opinion, sin darse la molestia de ver lo que pasa en ambas extremidades; ó, por mejor decir, no hay extremidades, ni izquierda, ni centro lleno y franco, y cada partido se descompone, se altera, se desflora, se destiñe y se borra.

Aun los diputados que no llegan á treinta años parecen no tener sangre en las venas: sus ojos hundidos y apagados, sus gestos lánguidos, sus voces de falsete ó de convaleciente, acusan un estado enfermizo que reclama la intervencion del facultativo. Si no fuera por su barba peinada y mezclada con pelos rubios, se les creeria viejos chochos que toman el tiempo como viene, ya hiele, ya sople el vendabal. ¿Son jóvenes ó viejos nuestros diputados de treinta años? ¿Son hombres ó mujeres? ¿cual es su sexo parlamentario? Lo único que sé decir es que no hay nada que exceda á la juventud de nuestras cámaras en la frialdad, gravedad, espíritu positivo y calculador. Se les vitupera, tal es mi dictamen, de ser demasiado filósofos para ser oradores, y demasiado aristócratas para ser demócratas. Si hay entre ellos algunos de talento y son de la Oposicion, ¿se figura acaso el lector que van á atacar el poder? ¿Oh no! no son tan tontos? Por ventura no tienen un porvenir en que pensar? ¿Se sigue acaso que deban reñir con los ministros, de que ataquen el ministerio? Así cada vez que suben á la tribuna emplean un cuarto de horas de precauciones oratorias en decirlo y hacerlo saber á cada oyente y al auditorio entero. Despues se escurren por detras del banco de Guizot y pican ligeramente en las piernas del orador ministro, el cual por toda respuesta les dice, medio enfadado, medio risueño: « Callad, picarillos. »

La sed ardiente de los goces, la codicia y corrupcion han secado la poca sangre, el poco calor que quedaban bajo la epidermis del cuerpo electoral. Los ministros no saben todo lo que podrian osar, é ignoran hasta qué punto podrian llegar si quisiesen. Yo tengo la mas firme conviccion que si hay aun en la Cámara algunos raros miembros de la Oposicion, y en la prensa alguna sombra de independenciam, es que los ministros tienen interés en que, á lo me-

nos, se conserve cierta sombra del gobierno representativo. En efecto es mas cómodo para meterse cada año en la faldriquera los mil y quinientos millones, y no hay otra razon que dar para explicar la moderacion pusilánime de los miembros de la Oposicion, y la longanimidad de los ministros.

Cosa sorprendente será para muchos el saber que hay en Francia trescientos colegios electorales que tienen menos virtud, menos verdadera independenciam, menos inteligencia, eso por supuesto, y aun menos amor por nuestro gobierno representativo, que el mismo Guizot.

Así es ridículo el querer hacernos creer que nuestros colegios electorales profesan muy buenas opiniones, y que gimen, se lamentan y se tuercen las manos al ver la marcha actual de las cosas. De lo que gimen y se lamentan es de que á ellos, á sus mugeres, á sus hijos, á sus nietos y biznietos, no se les harte, con exclusion de otros, de todo lo que forma el objeto de su codicia, y Dios sabe de que naturaleza es esta.

El monopolio ha llegado al término de la corrupcion, de vida y de oradores. Así por todas partes oigo resonar estas palabras. ¿Pues qué, Timon, no veremos nuevos retratos al abrirse la Exposicion? — ¿Retratos! no tengo inconveniente, pero, ¿donde están los originales? Busco oradores, y no veo mas que hombres de negocios. — Pues bien vaya por los hombres de negocio; es preciso pintarlos. — Sí, pero no en este lienzo. — ¿Se figura Vm. acaso que, para ser orador, es necesario tener principios, buenos ó malos, verdaderos ó falsos, pero en fin principios? ¿Se figura Vm. que es necesario pertenecer á un partido serio y decidido, á la derecha ó á la izquierda, ó á los bancos ministeriales? ¿Se figura Vm. que se requiere pasion, conviccion, vehemencia, odio ó amor? ¿Se figura Vm. que el habla de abogados no es tambien verdadera elocuencia? ¿Cree Vm. acaso que la remolacha, el carbon de piedra, el betun, el hierro en barra, el algodón en rama, la seda en capullos, las telas pintadas y engomadas, el añil, los ferro-carri-les, el vapor, las máquinas para limpiar no contengan todo el porvenir de la sociedad? — No, no creo que contengan todo el porvenir. — Entonces, ¿no cree Vm. en la duracion de nuestro sistema? — ¡Yo! ¿pero porqué se empeña Vm. en arrancarme palabras que no serian de este lugar? — Pero entonces ¿qué dice Vm.? — Lo que digo es que voy á enseñarle á Vm. á Garnier-Pagès, y me lisongo que lo he pintado parecido.

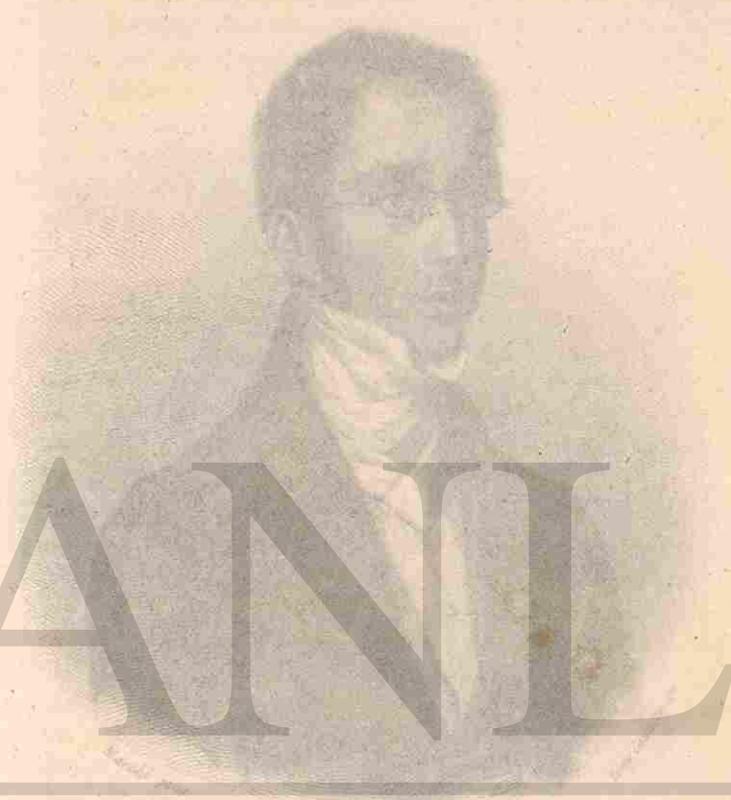
Entre Vm. en mi taller, y verá Vm. despues los demás.

## GARNIER-PAGÈS.

¡ Ay! ¡ cuanto he vivido ya! He visto perecer á Manuel en el ingrato abandono de sus electores y amigos; morir á Lafayette que aun no habia llegado al término de su verde vejez; he visto á Carrel herido de muerte en la primavera de su vida, Armando Carrel, el brillante caballero de la democracia, la flor de nuestras esperanzas, la pluma y la espada del partido nacional; he visto extinguirse á Garnier-Pagès, el cual, si hubiese consentido en separarse mas pronto del aire viciado de la Cámara y de las agitaciones vanas de nuestras luchas estériles, hubiera recobrado sus fuerzas y salud bajo el cielo puro de la Provenza.

Por tí empezaré esta galería de oradores contemporáneos, Garnier-Pagès, y este homenaje te debia, porque ya no existes, y, ¡ se olvida tan pronto á los muertos! Por tí empezaré, porque me amabas tanto y no querias separarte de mí, como yo tampoco de tí; porque no tenias un solo pensamiento que yo no tuviese; porque como tú yo despreciaba los honores y el poder; porque yo amaba lo que tú amabas, el pueblo, y esperaba lo que tú esperabas, la reforma; porque no teniamos necesidad de comunicarnos lo que sentiamos para sentir, y de hablarnos para entendernos. Ambos formábamos votos tan sinceros como ardientes en favor de la union de todos los patriotas, de la grandeza de nuestra Francia, de la mejor condicion de los pobres, del triunfo definitivo de la democracia. Sí, Garnier-Pagès, el cielo te habia dotado de una grande inteligencia unida á un corazon noble y elevado. Nadie mejor que tú comprendia la libertad, nadie mejor que tú acertaba á amarla, nadie mejor que tú sabia servirla. ¡ Ay! no volvi á verte, querido amigo, que dejé lleno de vida, y, cuando regresé á la Cámara, hallé solitario tu asiento.

Doliente yo mismo, y lejos de tí, de un mal menos implacable que el tuyo, no pude recoger tus últimos suspiros, ni pagarte la



GARNIER-PAGÈS

DE BIBLIOTECAS



deuda final de mi amistad. Pero puedan estas líneas que te consagro y que no ha dictado la lisonja, hacerte sobrevivir á este tiempo fugaz, que pasa y nos arrastra, y volverte mas querido á mi corazon, mas caro á nuestra memoria.

Garnier-Pagès tuvo la dicha de no sufrir, como tantos otros hombres parlamentarios la prueba de varios gobiernos. Si hubiese sido diputado cuando estalló la revolucion de Julio, ¿hubiera acaso como otros tantos, traspasado los límites de su mandato? ¿hubiera dejado el campo de batalla para ir á despojar á los muertos? ¿hubiera perdido, al rozarse con el gobierno, esa virginidad política que guardó hasta el fin de su carrera con una continencia sin ejemplar? Yo no lo creo.

Garnier-Pagès tenia el género mas raro de valor en un pais en que todo el mundo es personalmente intrépido; tenia el valor de la conciencia; si lo hubiera exigido la ocasion, no hubiera vacilado en sacrificar mas que su vida, su popularidad, y tal era el principal motivo de la estimacion que yo le profesaba, pues en nada considero los oradores y escritores que no saben, cuando el caso lo pide, resistir á las preocupaciones y seducciones de su propio partido. Todos estamos obligados á decir la verdad á nuestros amigos no menos que á nuestros enemigos, y el que busca la popularidad á toda costa no es mas que un cobarde, un ambicioso y un tonto.

Sencillo en sus maneras, íntegro en su vida, demócrata severo sin ser extravagante, fiel á sus antecedentes, sincero, desinteresado, generoso, inofensivo, tal era Garnier-Pagès bajo el punto de vista moral y político.

Como orador descollaba por la sabia economía de su plan, la flexibilidad de su dialéctica, y la prontitud ingeniosa de sus réplicas.

Tal vez carecia de esa elevacion enérgica, llena y abundante, que sostiene el discurso, y no deja tiempo al adversario para retroceder ni aun respirar bajo la presion abrumadora de un flujo impetuoso; de esa agitacion interior que se comunica á los demás cuando la siente uno mismo; de esa imaginacion que da cuerpo y forma al pensamiento, y constituye la fortuna de los grandes maestros en el arte divino de la palabra; por último de esa vehemencia de accion oratoria que producen pulmones vigorosos y un rostro animado.

Pero en una asamblea seria, en un gobierno de negocios, el

hombre verdaderamente elocuente no es el que tiene mas brillo, mas pasion, mas lágrimas en la voz, sino el que mejor discute; y Garnier-Pagès era el hombre por excelencia de discusion, la razon misma, sazónada con el ingenio.

Garnier-Pagès tenia un talento enteramente parlamentario: decia lo que queria decir, y, como un náutico ducho, conducia sus palabras y sus ideas al través de los escollos de que sembrada estaba la senda, sin naufragar. Una reunion humana cualquiera, cámara ó multitud, prefiere lo que la deslumbra, lo que la conmueve, lo que la arrastra, sin hacer caso alguno de la exactitud del pensamiento, de la propiedad de los términos, del encañamiento del discurso. Garnier-Pagès no seducia á los hombres ligeros, pero gustaba sobremanera á las personas graves y sensatas, que anteponen lo sólido á lo brillante. En efecto Garnier-Pagès se preocupaba de la filiacion de las ideas mas que de su movimiento y brillo, buscaba las palabras convenientes y no una pompa vana. Así su discusion era sabia, enérgica, sustancial; el orador deducia lógica y claramente sus proposiciones unas de otras, comenzando por las principales para llegar á las secundarias, y sus razonamientos se unían y apretaban sin confundirse. No titubeo en asegurar, y creo que bajo este punto de vista soy algo inteligente, que Garnier-Pagès era uno de los mejores dialécticos de la Cámara.

Su conversacion familiar abundaba en dichos finos y epigramáticos sin ser ofensivos, y chispeaba de buen humor é ingenio.

La inmodestia oratoria que, en otros, degenera en soberbia, rayaba en él en ingenuidad. Al volver á su banco, disminuía, con sus bromas, la influencia que le daba en la tribuna su elevada razon; pero ¿no es propio acaso del Francés ligero burlarse y reirse de toda clase de materias, aun en lo mas inminente del peligro y aun en la hora postrera?

Garnier-Pagès, como todos los hombres políticos, se exageraba la importancia del medio en que se agitaba, divisaba un partido donde solo habia individuos sueltos, y parecia mirar con una lente aumentativa la tenuidad microscópica de la extrema izquierda.

Fuera de esto, sabia bien que una opinion muda ante las opiniones que hablan, acusa su propia flaqueza, se pierde en la excentricidad y da ella misma su dimision; y constábase ademas que el terreno de la política radical se hallaba por doquier minado

por las leyes de setiembre; por los murmullos interruptores del centro y las prohibiciones del llamamiento al órden.

Pero, hallándose en un terreno estrecho y ruinoso que flaqueaba por todas partes, quiso hacer ver que la impotencia de la posicion no era la impotencia propia, y se dedicó al estudio con infatigable ardor, meditando noche y dia sobre la hacienda y la economía política. Sus discursos en este punto hacen época. Una claridad perfecta en la exposicion, una seguridad extraordinaria de juicio, una ciencia profunda en los pormenores, una argumentacion vigorosa y precisa, una habilidad sostenida, una medida de ideas exquisita, una circunspeccion admirable de lenguaje, una viveza elegante y urbana en la réplica, tal es lo que, horas enteras, cautivaba la atencion de una Cámara poco atenta de por sí, y lo que obligaba á decir á sus adversarios: « ¡Qué orador tan jóven y de tanta esperanza! Este llegará á ser ministro de hacienda en la «democracia.»

Su penetracion, á la vez pronta y sólida, no se dejaba abusar por promesas falaces, ni deslumbrar por la pompa de las grandezas; y no tardaba en ver las malas intenciones en el fondo de los malos actos.

En las reuniones preparatorias, hablaba de toda clase de materias, poco, pero bien, oportunamente, con claridad, de un modo positivo, sin frases ni énfasis, sin cólera ni injurias, y no tenian los ministros antagonista mas listo, mas inflexible y formidable.

Garnier-Pagès y Guizot eran los dos únicos oradores de nuestros tiempos que se hayan visto en estado de reunir, disciplinar y conducir un partido. Odilon Barrot es demasiado abstracto, Mauguin ligero en exceso, Thiers indolente, Jaubert colérico, Lamartine vago, Dupin voluble, y los demás no podrian, ó no quisieran. Tampoco digo que hayan sido intrigantes Garnier-Pagès y Guizot, sino ambos hábiles, ambos activos, ambos enterados en la estadística personal de sus tropas, tácticos consumados, y con espías en el campo del enemigo; ambos sabian decir á cada miembro la razon de su conducta; y usar mil estratagemas; ambos dominados por la necesidad de obrar, en las secciones, en las reuniones, en todas partes, y muy expertos en establecer la cuestion, disipar las disidencias, coligar las voluntades, organizar planes y conducir sus partidarios; ambos excelentes gefes de oposicion, si Garnier-Pagès hubiese podido adquirir un poco de la gravedad de Guizot, y Guizot algo de la destreza de Garnier-Pagès.

Pero Guizot conduce, con el palo levantado, á sus colegiales obedientes, mientras que la extrema izquierda es rebelde al freno, murmuradora y casi indisciplinable. Como nadie quiere ser soldado raso, y todos aspiran á ser oficial, cada uno tiene el placer de obedecerse y mandarse á sí mismo, con tal que llegue á entenderse, lo que no siempre sucede. Y además ¿acaso no se jacta la extrema izquierda de no depender de persona y no hacer oposicion sistemática? ¡Valiente habilidad! ¡Noble independencia la que impele á esos diputados á proceder sin union y prescindir de toda oposicion sistemática, mientras que el partido opuesto hace ministerialismo sistemático! ¡Qué fructuosos resultados los de semejante táctica!

O me engaño completamente, ó Garnier-Pagès, por la naturaleza de su talento, hubiera llegado á ser un ministro excelente; y no se crea que me hubiera prestado á incluirle en una candidatura, ó que desease pintarlo con una cartera bajo el brazo, y bordado el cuello de su casaca; solamente me ciño á decir que hubiera sido un excelente ministro por su capacidad, mas de ningún modo que hubiese aspirado á serlo.

Sí, Garnier-Pagès reunía todos los requisitos de un ministro: un golpe de vista rápido que iba con la mayor rectitud al fondo de las cosas; un juicio que no se dejaba dominar por la imaginacion; una dialéctica viva, exacta, túpida; un espíritu fecundo en recursos, pronto en expedientes, vasto en su organizacion, activo y perseverante en los medios.

Del mismo modo, si lo hubiera querido, Garnier-Pagès se hubiera puesto á la cabeza del foro de Paris, pues, aun mas que para buen orador, la naturaleza lo habia hecho para ser excelente abogado, dotándolo de todo lo que esta profesion requiere, como penetracion laboriosa, rara inteligencia del derecho, facilidad maravillosa de argumentacion, réplica natural y pronta, lógica encañada, y gran solidez de juicio.

Lo que mas me sorprendia en él era su aptitud eminente por los negocios, aptitud tal que no iba en zaga á la del mismo Thiers; y si este ve mas lejos y mas pronto, Garnier-Pagès veia con mas exactitud.

Lo que admiraba menos en él, lo confieso, era esa rápida flexibilidad de espíritu y palabra que consiste en revolotear al rededor del banco de los ministros, y cubrir su piel de picaduras; pues son medios demasiado sutiles y delicados para ser compren-

didados por un público mal iniciado en las mentiras y sinonimias de la gerigonza parlamentaria. Garnier-Pagès desplegaba una habilidad extrema, y en mi concepto excesiva, en este género de ataque.

Por mi parte prefiero la palabra nerviosa, el calor oratorio, y creo que se debe callar cuando no hay nada que decir. Pero todos los partidos son exigentes como los litigantes. Si el orador no habla, dicen que está vendido; si habla que su defensa es débil y cojea, sin que se les ocurra, ni aun por asomo, que lo que no vale nada es la causa, y no los abogados.

No me cansaré en repetirlo: desde la revolucion de Julio, no ha habido oposicion sistemática, ni gefes incontestablemente reconocidos, ni combates en regla; sino soldados ridiculamente cubiertos con toda clase de armaduras, agregaciones fortuitas, y tiroteo de guerrilleros.

Añadiré, ya que me he propuesto ser franco, que el partido democrático tiene sus inconsecuencias como los demás partidos, y si quisiera emprender su autopsia, veríase de cuantas enfermedades adolece su pobre cuerpo. Hay personas que desean volver á cambiar de rey, para ver si iria la cosa algo mejor; las hay que quisieran desde luego y sin tardanza el establecimiento de la república; otras aspiran igualmente á esta forma de gobierno, pero algo mas tarde; y algunas quisieran que se consultase á la nacion, la cual nunca lo ha sido libre y completamente, y que decidiese la mayoría de los ciudadanos.

La verdad es que no hay en toda la Cámara diputado alguno, de una opinion ú otra, que sea consecuente.

Pregúntese á los ministeriales, al tercer partido, á los dinásticos, si creen representar sinceramente la nacion, y responderán que por supuesto, porque la nacion no ha reclamado contra la Carta y contra las leyes, y *quien calla otorga*.

A esto replicaré yo que tampoco los Turcos piensan en reclamar contra los firmanes de Su Alteza sultan Mahmoud, lo que de ningún modo prueba que los Turcos gocen de libertad, y que tengan el menor gusto por el régimen del látigo y del palo. ¡Singular dilema en efecto! Si nadie reclama, eso arguye consentimiento de la nacion; y si alguien reclama se le encierra provisionalmente en la Concejería, de la cual sale, acompañado de gendarmes, para ser conducido á la cárcel de Clairvaux, en la cual, entre cuatro paredes, puede el encarcelado reclamar tanto como guste. ¡Qué

gobiernos tan honrados, qué representaciones tan verídicas son los gobiernos y representaciones que recurren al refrán *quien calla otorga!*

Pregúntese á los legitimistas que comprenden el juramento en el sentido religioso, si encuentran muy de su gusto colocar su mano juramentada en la de Luis-Felipe, mientras que sus corazones estan en Frohsdorff (1); y responderán sin rodeos que son diputados en virtud de la soberanía del pueblo.

A lo cual tambien replicaré yo que para invocar la soberanía del pueblo, sería necesario empezar por reconocerla; que no es lícito servir á dos amos, ni tener á dos dioses, ni decirse vasallos de dos reyes, ni profesar dos principios contrarios, ni obedecer á la vez á la legitimidad y á la usurpacion. Todas las explicaciones posibles no darán á posicion tan forzada la claridad y lógica de que carecen.

Por último pregúntese á los hombres de la extrema izquierda, si no les causa cierto apuro el juramento; y responderán, que el juramento político es una mera formalidad, que no obliga á servir á fulano ó á zutano; que no une con vinculo fuerte para con el príncipe, la Carta y las leyes, á los diputados que prestan el juramento, los cuales se hallan en el mismo estado de libertad é independencia que los ciudadanos á quienes nunca fue pedido tal juramento; y si se insiste y se les pregunta porque, no siendo nombrados por la nacion, forjan leyes que imponen á la misma nacion, responderán que tales leyes serian peores si se abs tuviesen de intervenir en ellas.

A lo cual responderé yo que la excusa atenua el hecho, mas no lo cambia, y que la infidelidad orgánica de la representacion no se halla suficientemente cubierta por la necesidad de sus consecuencias.

Esto revela la causa de que no haya tal vez un solo diputado, sea cual fuere su opinion, que no sea anti-lógico en su posicion, sino de principio, á lo menos en apariencia, y nos explica porque esa Cámara que, individualmente, contiene tantos y tan descomunales talentos, presente un color tan quebrado, y una fibra tan floja, y se muestre tan temblona en todos sus miembros, tan pos-

(1) Residencia habitual del pretendiente á la corona, conocido en Francia bajo los nombres de duque de Burdeos, conde de Chambord y Enrique V.

(N. del T.)

trada, tan aniquilada, tan exánime, que ni aun tiene fuerzas para el aborto, y aun menos para el alumbramiento.

En efecto, todos los partidos, sin excepcion, faltan al gran principio de la soberanía del pueblo, y además á sus propios principios; situacion falsa y necia á no poder mas.

¿Quien no ha visto á los puritanos y á Garnier-Pagès el primero, apurarse sobremanera, plegarse y replegarse con cien giros oratorios, para dar á conocer, á media voz, que sería mejor otro sistema? ¿Mas de qué sirven esos esfuerzos de estilo, esas sinonimias, esos rasgos de elocuencia parlamentaria? ¿Hay quien se figure que con esta mogiganga se pueden cambiar los hombres que viven de los abusos? Sus orejas son largas y finas, y se enderezan á la menor palabra. ¿Quien puede lisongearse de modificar un sistema de gobierno con una alusion de tribuna? Veinte líneas de impresion sobre cualquier objeto, son mas eficaces que los mejores discursos de tribuna.

Nada hay que esperar de las Cámaras presentes ni futuras, las cuales son y serán lo que siempre han sido, ministeriales á toda costa; llenas, de cabo á rabo, de funcionarios asalariados; Cámaras estacionarias sino retrógadas, juguetes de toda clase de temores, impotentes para el bien, pródigas de nuestra plata, hijas dignas, en una palabra, del monopolio electoral. No, nada han hecho hasta aquí, y nada harán en favor del progreso social: ni han anulado, ni anularán las leyes de setiembre, ni han organizado ni organizarán el trabajo; todas morirán, una despues de otra, de impotencia y de decrepitud, y no cesará de suceder lo mismo, hasta que todos los Franceses sean llamados á los colegios electorales.

Llegará un dia en que esta izquierda silenciosa y helada sacudirá los lazos del monopolio que la sujetan; un dia en que el fecundo manantial del sufragio universal brotará de los oradores independientes, y cuya palabra vibrante esparcirá al rededor la llama y la vida; un dia en que establecerá el pueblo, por manos de sus representantes, los vastos cimientos del templo de la libertad.

Pero en la actualidad, sin ser tan grande como podia ser, la mision de la Oposicion no deja de ser noble; y le cabe el derecho de reclamar todas las consecuencias del principio de la soberanía del pueblo: en el exterior la independencia; en el interior, libertad, igualdad, instruccion, economia, reforma. ¿Qué viene á ser un diputado que refunfuña, y afecta una taciturnidad mohina y deses-

perada? ¿Qué se diría de un soldado que se ocultaría en su tienda, en vez de combatir á la luz del sol, en lo mas recio de la pelea? El deber de los hombres de derecho es esparcir la verdad ante los hombres de abuso, por mas dispuestos que esten estos últimos á pisotear tan preciosa semilla? Desprecio, murmullos, calumnias, ultrajes, todo lo deben arrostrar por el bien general. Si la nacion no los comprende, no los apoya, los olvida, á la nacion cabe la mengua y el desdoro y no á ellos.

Tampoco hay que alegar como un publicista amigo mio, y gracias á mí harto conocido, que no sabe improvisar; que carece de memoria; que los murmullos del centro sofocarían su voz; que esta no tendría eco; que los discursos escritos son frios, acompañados, buenos para la lectura y no para ser escuchados; que al amor propio del escritor perjudicaría la flaqueza del orador; que aquel resume lo que este expone y desarrolla; que el escritor es fastidioso si se repite, é incomprensible el orador si así no lo efectúa; que por consiguiente las calidades del escritor y orador se excluyen recíprocamente, y otros pretextos de este jaez.

No se trata, caballero, de saber si su amor propio de Vm. recibiría menoscabo de no poder decir la verdad, en lenguaje ameno y elegante, sino si le cabe obligación de decirla de un modo ú otro, y si debe Vm. anteponer el bien de su patria á su reputación y vanidad personal. No admite duda que si nada tiene Vm. que decir, mas le vale callar, pero si la conciencia le pesa, es preciso descargarla. Adelante siempre, con franqueza, y corte Vm. con su proa las aguas desconocidas de otro mundo político. La verdad es como el surco que deja tras sí el barco de vapor, y cuyas oleadas, ensanchándose, baten ambas orillas y acaban por remover todo el rio. ¿Se figura Vm. que no será castigado por su silencio como por las palabras que proferido hubiera? ¿Se figura Vm. que su casa no se halla ya señalada por los esbirros del poder, y que tarde ó temprano no tendrá Vm. que pasar por las horcas caudinas de la proseripcion? No titubee Vm., regocijese si sufrir debe persecuciones por la justicia, y sepa que el campo de la libertad necesita ser regado con las lágrimas y sangre de sus defensores.

No, los miembros de la extrema izquierda no pueden permanecer con los brazos cruzados, cuando la sociedad, impelida por una fuerza misteriosa, se adelanta á un porvenir inexplicable y mejor.

No obstante, y no hay que perder de vista esta verdad, hay gran diferencia entre el escritor que vive en el absoluto, y el diputado que se ocupa de lo relativo. El primero depende únicamente de sí mismo, el segundo de sus delegantes; aquel trata de lo que aun no existe, este de lo que existe; el uno se halla en presencia de las teorías, el otro en presencia de la aplicación.

Garnier-Pagès, como verdadero político que era, había comprendido que, en una cámara de monopolio, hay que decir la verdad entera, pero reclamar tan solo lo posible; que un hábil labrador puede hacer que fructifiquen, aun en un terreno árido, las semillas del progreso; que un diputado no es dueño de negarse á admitir una mejora propuesta, por pequeña que sea; que importa doblegarse á las transacciones sobre las personas sin comprometer los principios; que los frutos de la violencia son casi siempre amargos, escasos, y caídos del árbol antes de estar maduros; enfin que las armas de la dialéctica son mas seguras y victoriosas en un país libre, que la metralla y bayonetas.

No, la política no debe asemejarse á esos Atilas, á esos azotes del cielo, á esos taladores de las naciones, que siembran el espanto y la desesperacion bajo sus pasos; que derriban los templos sin volverlos á erigir, y destruyen las instituciones sin reemplazarlas; al rededor de los cuales reina un desierto mudo; entes sanguinarios que solo se complacen en medio de la venganza, ruina y sepuleros. Si no es posible siempre levantar un edificio regular, conviene á lo menos labrar las piedras y traerlas al terreno. A cada tiempo su obra, y cada siglo marca su huella. El legislador debe imitar á la naturaleza que nunca se reposa, que incesantemente se repara y se reproduce, que continuamente se rejuvenece y se engalana con flores y cosechas, en una palabra que saca la vida de la misma muerte. En el día, el fin de todos los políticos que comprenden su mision, debe ser la mejora de la suerte de la especie humana. Todos los esfuerzos del legislador que no cooperen á tan noble resultado, serán anti-morales, anti-filosóficos, anti-religiosos, y al mismo tiempo, estériles, impotentes, negativos, sin el menor alcance, sin la menor excusa.

Si no es posible organizar las grandes instituciones del gobierno, ni aun discutir las, mucho queda que hacer en las cuestiones secundarias. La misma Carta, por mas incompleta que sea, no ha sido forjada en una mañana de agosto, en las mulleras de los legisladores Dupin y Berard; y nada consta que estos señores

hayan inventado el jurado, ni la libertad de imprenta, ni la responsabilidad de los ministros, ni la igualdad del impuesto. También nosotros somos conservadores de todas estas cosas, y de todo lo que hay bueno en la Carta; y desafiamos á los mas ardientes solicitadores de plazas, honores, salarios, acumulacion de empleos y prebendas regaladas, á estimar en mas que nosotros las buenas instituciones que encierra la Carta; y sin embargo mucho decir pudiéramos sobre ella, sin dar margen á la critica, ni oponernos al espíritu de esta misma Carta.

Los que se jactan de ser conservadores, han fabricado una Cartita para su uso, una Cartita de familia, una Cartita enteramente personal y claustrada, en que devota y primorosamente deponen y encierran los favores del ministerio, los diplomas, privilegios, charreteras, grados, decoraciones, juntamente con las leyes de setiembre, los procesos políticos, y las bendiciones del cielo, y ante la cual rezan religiosamente todos los dias. Otro tanto hacemos nosotros ante la grande Carta, la Carta de nuestras garantías y nuestras libertades; y aunque muy incómodos, muy sujetos, no nos hallamos imposibilitados completamente para hacer algunos movimientos, ni deben espirar todas las palabras en nuestros labios.

Pero si bien se examina ¿qué importa que en esta Cámara tétrica y asolada, hable ó no hable la extrema izquierda? ¿Qué importa que sea escuchada ó desatendida? ¿Qué importa que fallezca Lafayette, caiga Carrel mortalmente herido, y desaparezca Garnier-Pagès? Los hombres pasan, pero los principios quedan. En vano hace cincuenta años que en toda la Europa vomita el despotismo balas y metralla contra los batallones democráticos; se llenan los claros, se cierran las filas, la tierra de la democracia se estremece en su fecundidad, nuevas generaciones se levantan llenas de ardor y esperanza, y renuévase el combate en todos puntos, con probabilidades de triunfo.

No, nunca perecerá la soberanía del pueblo, de la que todo sale y en la que todo entra, á menos que las naciones se degüellen entre sí, y llegue á ser la Europa un inmensa yermo. La soberanía del pueblo es el principio de la libertad fundada sobre la igualdad política, civil y religiosa. La soberanía del pueblo es el principio del orden que estriba sobre el respeto de los derechos de todos y de cada uno. La soberanía del pueblo es la mas bella de todas las teorías, porque es la sola verdadera; la mas consola-

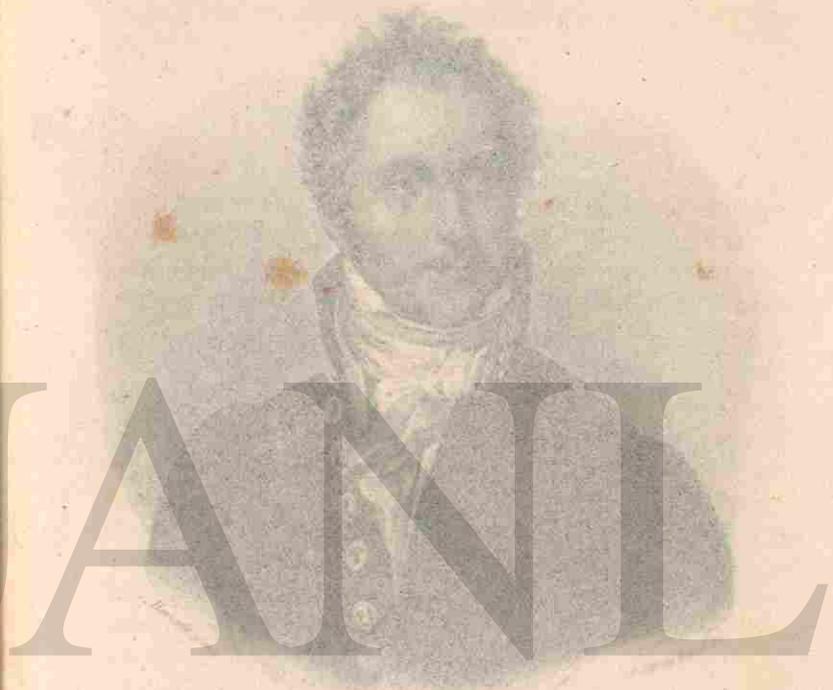
dora, porque no deja desgracia sin auxilio, ni injusticia sin reparacion; la mas sublime, porque es la expresion de la voluntad general; la mas fecunda, porque toda perfectibilidad de ella emana; la mas duradera, porque, si hubo siempre hombres reunidos en sociedad, nunca debió tener principio, y si debe continuar eternamente la raza humana, nunca podrá fenecer; la mas natural, pues no es mas que la ley de la mayoría, que, de un modo implícito ó explícito, gobierna las sociedades libres; la mas noble, como que es la única que responda á la dignidad de la naturaleza humana; la mas legítima, siendo la sola que armonice el poder con la libertad, y permita que sea esta posible, y aquel respetado; la mas racional, porque es de presumir que varias personas acierten mas que una sola, y todas mas que varias; la mas santa, pues es la realizacion mas perfecta de la igualdad simbólica de todos los hombres; la mas filosófica, como que destruye los errores inveterados de aristocracia y derecho divino; la mas lógica, pues no hay una objecion grave que no pueda resolver, ni forma de gobierno á la cual no pueda acomodarse, sin alteracion de su principio; por último, la mas magnífica, porque, del tronco inmenso de la soberanía del pueblo salen todas las ramas del árbol social, brillantes de savia, vestidas de verde follage y cargada de flores y frutos.

## CASIMIRO PÉRIER.

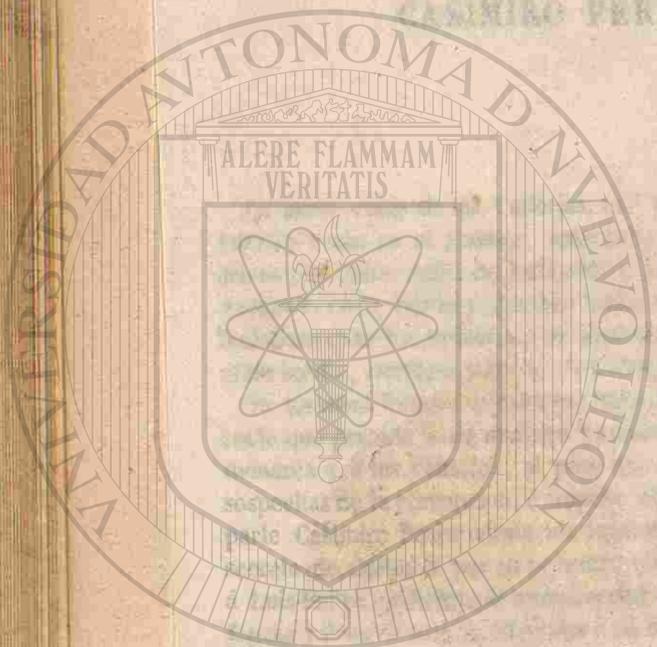
La nueva corte de las Tullerías, mal afianzada aun tanto en el interior como en el exterior, marchaba con irresolucion en su nueva via. Libre en fin de Lafayette y Laffitte, á quienes habia mostrado tanto afecto y apretado tantas veces contra su corazon, hallábase entre los ambiciosos de doctrina y los pusilánimes de la clase media; entonces puso su vista en Casimiro Périer.

Su inmensa fortuna le daba esa especie de independéncia aparente que permite á un ministro apostárserlas á cada instante al monarca y á las cámaras, al paso que aleja de un hombre las sospechas de la corrupcion, é impone siempre al vulgo. Por otra parte Casimiro Périer atraía los legitimistas por la predileccion secreta de Carlos X por su persona, y no podia ser sospechoso á Luis-Felipe no habiendo nunca servido otro amo. Su dialéctica fogosa y llena de brio se adaptaba á las mil maravillas para luchar contra la Oposicion de aquel entonces; de hombre á hombre, de cólera á cólera. Era Périer un orador de accion y réplica viva, dotado empero de mas resolucion parlamentaria que de valor personal, siempre dispuesto á subir, y subiendo en efecto á menudo al asalto. Su elevada estatura, sus modales secos é imperativos, sus ojos ocultos bajo pobladas cejas y siempre rojos y encendidos, completaban el conjunto de su superioridad circunstancial. En una palabra, parecia que habia nacido para el mando y para la presidencia del consejo, y ninguno, ni aun el mismo mariscal Soult, pensaba en disputarle esta prerogativa. La corte, la temerosa clase media, los agiotistas de la bolsa, y la mayoría de la Cámara dócil y tímida como un hato de carneros, se habian repetidas veces echado á los piés de Casimiro Périer para suplicarle que tomase el timon del Estado y salvase la sociedad.

Aquí ruego cortésmente á mis lectores que examinen el retrato que voy á hacer, sino con desconfianza á lo menos con reserva.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
INSTITUTO VINCULADO DE BIBLIOTECAS



CASIMIRO PÉRIER.

... en el  
... sabio  
... corazon,  
... pusilánimes de la  
... Perier.  
... independencia ajus-  
... tas a cada instante al  
... de un hombre ins-  
... ce al vulgo. Por esta  
... per la predilección  
... respeto  
... Su dialéctica  
... para luchar  
... a hombres, de  
... réplica viva,  
... de valor per-  
... y suble- menuda  
... sus prela-  
... cejas y sien- y co-  
... su superioridad circunstancial. En  
... habia nacido para el mando y para la  
... que en el mundo oriental  
... se habian repe-  
... para suplicarle  
... sociedad.

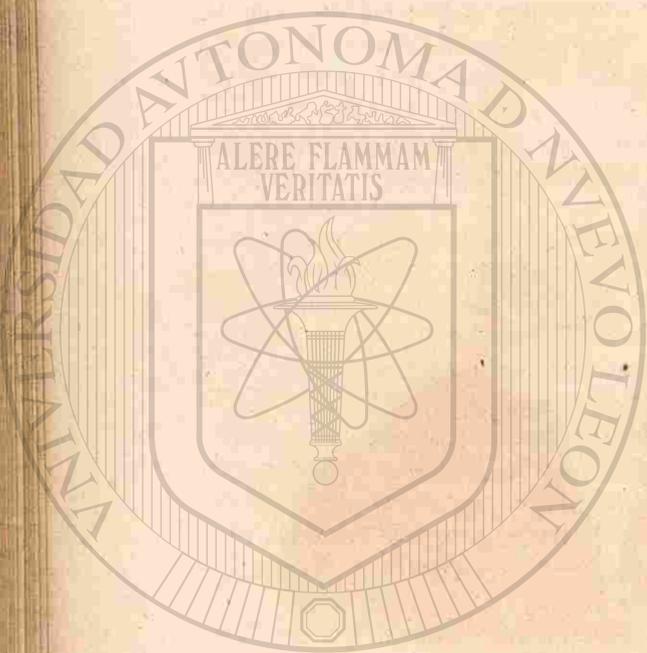
... examinen el retrato  
que voy a nacer, sino con desconfianza á lo menos con reserva.



CASIMIR PÉRIER.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Creo ser sincero, pero no imparcial; Casimiro Périer había engañado mis esperanzas, y atacado mi persona; y en esta situación de espíritu, tal vez, al pintarlo hace algunos años, molí demasiado color negro en mi paleta. Pero al mismo tiempo debo decir lo que he visto, y, por otra parte pinté tan solo al hombre enfermo, devorado por dolores vivos é internos, y abrumado con apuros de gobierno y política, capaces, lo confieso, de trastornar los mas firmes pensamientos y descarriar el juicio mas sano.

En efecto, en sus últimos dias, Casimiro Périer, dominado por una energía borrascosa que lo minaba y conducía rápidamente al sepulcro, removi6, exaltó, á pesar suyo, sin que así lo quisiese ni aun lo notase, y por una especie de simpatía convulsiva, esas malas pasiones que dormitan siempre en el fondo de las almas mas apacibles. A su voz, ambos partidos se arrojaron uno sobre otro, y parecia la Cámara una casa de locos furiosos y desencadenados, mas bien que una asamblea de graves legisladores.

Las sesiones en aquel entonces tenían muchos puntos de contacto con las de la Convencion, salvo la grandeza teatral de los acontecimientos y el fin trágico de los actores. Los ministros y los centros se esforzaban en meter miedo á si mismos y á los otros; tal era su gusto dominante. Las palabras reemplazaban la accion, y el interior de la Cámara presentaba el espectáculo del terror en miniatura.

De todos los resortes parlamentarios, el miedo fue y será siempre el mas enérgico, y tal vez el mas hábil; y su accion es incalculable en las mujeres, niños, ancianos, y diputados pacatos y enfermizos de espíritu, que acosados por un temor real ó imaginario, se estrechan temblando unos contra otros. Agréguese á los temores reales los fingidos, pues hay en los bancos ministeriales mas de una paloma asustadiza. siempre presta á guarecerse bajo el altar, y á cobijarse bajo el ala del dios que reina y gobierna. ®

Para pintarlo con fidelidad, es preciso haber visto á Casimiro Périer, en aquellos momentos, cara á cara, como yo lo he visto. Su elevada estatura se hallaba algo encorvada; su bello y magestuoso semblante invadian ya las sombras y las arrugas; veíanse sus mejillas huecas, sus ojos llenos de fuego é inyectados de sangre; sus palabras ardientes y calenturientas acusaban un cerebro abrasado. Casimiro Périer maltrataba, aguijoneaba, tiranizaba á la mayoría á la vez y á la minoría, y dejaba at6nitos á los

demás ministros. No había á la sazón diferencia de tercer partido, ministeriales puros y doctrinarios; y Casimiro Périér, no dejando á la mayoría el tiempo de reconocerse y contarse, reunía, hostigaba, y enviaba al combate á Dupin, Soult, Thiers, Guizot, Barthe, Jaubert, Jacqueminot y Keratry. El mismo disputaba acalorada é injuriosamente con el diputado Josselin, en la misma tribuna, y llegaban ambos á las manos (1). En otra ocasión fue necesario enviarle á decir aparte y en voz baja, que reparase el desorden de su vestido, poco decente en presencia de las damas (2). Tan absorto se hallaba por las preocupaciones de la lucha política!

La mayoría no le prestaba obediencia por convicción, obstinación ó sistema; no, cedía maquinalmente á la voluntad, á la ira de ese maniático, cuyos ademanes, voz y cólera automáticamente imitaba; como él saltaba, pateaba, se torcía y aullaba; pero, cuando después de varios accesos de frenesí parlamentario, hubo llegado Casimiro Périér al paroxismo de su furor, turbóse su cabeza, y cayó rendido y acabado para dar el último aliento.

Después de su muerte, sus arrebatos de energúmeno pasaron por pruebas de firmeza; dos ó tres palabras siempre las mismas, que le inspiraban y dictaban sus amigos, y que él repetía sin comprenderlas, bastaron para que fuese calificado de hombre de genio; y los sacerdotes del justo medio escondieron el secreto de sus artimañas en la parte hueca de este ídolo, dorándolo de pies á cabeza, para que hincase el vulgo la rodilla.

Una apoteosis fúnebre de pompa descomunal fue tributada á su memoria, y las mismas manos de la Francia le erigieron un mausoleo casi regio, mientras que la trompeta doctrinaria publicaba sin tregua su panegírico, proclamándolo el más admirable de todos los ministros, el vencedor de las facciones, el salvador de la monarquía, el gran Périér (3).

A los muertos se debe la verdad, pero entera, y tanto en el elogio como en la crítica.

Convengo en que Casimiro Périér era duro, irascible, impetuoso, sin gusto, sin estudios, sin instrucción literaria, sin entrañas para el pobre, sin filosofía; pero también reconozco que reu-

(1) Histórico.

(2) Histórico.

(3) Alusión á sus exequias, estatua y suscripciones, como igualmente á los discursos y escritos de aquel entonces.

nia en su persona tres grandes calidades de primer orden que distinguen á un hombre de estado, el ardor y vivacidad de la concepción, la decisión del mando, la fuerza y persistencia de la voluntad.

Los amigos de la libertad que no son ingratos, dividirán su vida en dos partes: la una gloriosa, su vida de tribuno; la otra fatal á la Francia no menos que á sí mismo, su vida de ministro. La Revolución de Julio le debe demasiado en su pasado para no alabarle, y no puede menos de vituperarlo por el mucho mal que después le ha hecho.

Ese personaje fue el representante más fogoso del liberalismo de antaño que abrigaba en su corazón, si bien no lo tenía continuamente en los labios, como tantos otros ministros que le han sucedido; pero, sea ceguedad, sea la fuerza irresistible de la costumbre, nunca llegó á comprender que, entre la legitimidad y la soberanía del pueblo, media nada menos que un abismo.

No veo que haya en los bancos de la Oposición, un orador del temple de Casimiro Périér, y no titubeo en decir que ninguno posee su sagaz penetración, y su pronta y sencilla elocuencia. Había cobrado fuerzas y brío en las luchas vivas y difíciles de la Restauración, y su palabra fogosa y corrosiva no dejaba á Villèle tregua ni descanso. Casimiro Périér se precipitaba encarnizado en la pelea, marchaba derecho al ministro, lo asediaba, lo oprimía, lo abrumaba con repetidas cuestiones, lo aturrullaba con continuos apóstrofes, sin dejarle tiempo de reponerse, ni respirar; lo fascinaba y atemorizaba como el juez al reo, y como el juez le preguntaba con imponente autoridad. Los Franceses son naturalmente algo pendencieros, y brillan más en el ataque que en la defensa: tal vez este método no hubiera convenido á otra persona, pero á Casimiro Périér le iba como de molde.

Mientras que Royer-Collard elevaba sus recriminaciones á la altura filosófica de un axioma, Casimiro Périér reducía en cifras su argumentación, y reprendía con aspereza á los ordenadores, escudriñaba el presupuesto, volvía á hacer las liquidaciones, sondeaba el fondo de las cajas, exigía el depósito de los balances, y recorría, con la antorcha en la mano, las cavernas de los dilapidadores, y los laberintos más tortuosos y oscuros del tesoro.

Desde que Laffitte y Casimiro Périér nos han iniciado á los secretos disfraces del presupuesto, no es posible á los ministros actuales, como en otros tiempos, hacer pasar con maña en el ca-

pitulo de la justicia criminal, el dote de una hija querida y el chal de cachemira de una esposa adorada; ni en la compra de camas militares, el precio de un retrete ó de un divan de seda; ni en las grandes reparaciones de una pared divisoria, la decoracion de un comedor; ni en una oficina de recaudacion, el importe de una casa de campo ó de un viage de recreo; ni en el restablecimiento de los padres de la Trapa, la gratificacion de un cocinero; en fin en el gasto de las huérfanas de la Legion de Honor, la manutencion de una cónica.

Bajo la Restauracion, se habia dedicado Casimiro Périer á vastas especulaciones de negocio, y de un gran banquero á un gran administrador, no hay mucha distancia. Tenia en materia de hacienda una aptitud ejercida, era muy ducho en la teórica y práctica, entendia lo contencioso mejor que los demás banqueros, y casi como un abogado. Si hubiese vivido algunos años mas, es muy probable que hubiera establecido y arraigado en las riquezas del Estado el orden que reinaba en las suyas, pues la naturaleza lo habia dotado de un golpe de vista dilatado, al paso que poseia tanto en su carácter, como en su inteligencia, hábitos y persona, ese distintivo absoluto, ese tono breve y seco, que es tal vez indispensable á un ministro del interior, para vencer las dudas é irresoluciones de sus prefectos y sus empleados, despedir á los cortesanos y pretendientes de antesala, cortar á lo vivo las dificultades que ofrecen los pormenores de la práctica, quitar los escombros de lo atrasado, emprender y llevar á cabo grandes empresas, y dirigir con resolucion la Francia.

Sin duda alguna se le puede achacar el haber conducido á la Revolucion de Julio en una crisis de reaccion pasagera, pero si hubiera vivido, yo creo que hubiera vuelto á entrar en las vias normales de la Carta; pues no hubiera podido nunca imaginarse que el pueblo habia hecho una revolucion únicamente para pintar de nuevo el mostrador de la tienda representativa; ni hubiera nunca pensado en erigir la Cámara de pares en tribunal político, ni recomendado, como los doctrinarios, exponer las cabezas desnudas de los proscritos á los rayos del sol tropical. Antes que aguantar que injuriada fuese la Francia, y recibiese una mancha nuestra bandera, Casimiro Périer hubiera destruido á cañonazos las barreras de los Dardanelos, lanzado nuestras flotas, precipitado nuestros ejércitos, vaciado el erario. Transformado en gran personage el mismo dia en que nació la dinastía, le constaba mejor que á nadie, como agente

principal, de qué modo se fabrican los reyes, y lo que valen; ni era hombre capaz de dejarse gobernar por mimos y zalamerías, ni aun menos de prosternar su indomable voluntad á los piés de un señor. Un hombre tan enérgico como Casimiro Périer no se hubiera contentado con ser presidente nominal, criado de camarilla, mero refrendador de órdenes, forro del manto responsable; y, dejando al monarca reinar en el medio de la pompa y del oro, en su trono solitario, lo hubiera contenido en los límites en que principia el gobierno, y le hubiera dicho: No pasarás de aquí.

## EL DUQUE DE FITZ-JAMES.

La elocuencia aristocrática es una mezcla de insolencia, gracia é ingenio, recitada con un tono adecuado á las gentes que saben lo que valen, ó lo que creen valer, y lo que los demás no valen.

Francisco I, Enrique IV, Brissac, Crillon, el duque de La Rochefoucauld, el cardenal de Retz, el duque de Saint-Simon y el duque de Mortemart descollaron en este género de elocuencia, si nombre tan pomposo puede darse á una cosa tan sencilla, tan ligera y de tan buen gusto.

La corte de Luis XIV hubiera abundado en oradores caballerescos que hubieran oído con aristocrático desden las cuestiones de la Cámara y los interrogatorios de los diputados. En la Asamblea constituyente brillaron los vástagos procedentes de la ostentosa nobleza del siglo décimo séptimo en los rangos de la aristocracia. El conde de Mirabeau acostumbraba á dar respuestas llenas de descaro y osadía tal como convenia á un personage de su noble prosapia. El príncipe de Talleyrand dejaba escapar dichos picarrescos y llenos de agudeza con afectado descuido. En este mismo género de elocuencia sobresalieron el marqués de Chauvelin por la malicia ladina, el marqués de Castelbajac por la petulancia, el marqués de Sémonville por cierto primor y donaire sutil, y el marqués de Lafayette por la gracia y sencillez bondadosa.

No distingúanse estos personajes por la discusion docta que marcha formada en cuadro, en los cuatro puntos del silogismo parlamentario, sino por una conversacion natural, viva, corriente, festiva en lo serio, con flema zumbona, la cual, si es licito decirlo así, se presentaba con las cejas arqueadas y levantadas, los ojos rasgados y ligeramente abiertos; debaja asomar á sus labios una sonrisa indescriptible de desden, asestaba las flechas sin que se supiese ni viese el arco ni la aljaba; no enseñaba ni en la escuela, ni en los libros, ni en las oficinas, ni en las tiendas, ni sobre todo

en las cortes ciudadanas; esparcía un olor de buena sociedad; caracterizaba con una pincelada, y mataba con un dicho; poseía una índole particular, una fisonomía propia, un traje rico y descuidado, la mano blanca, la piel fina, y, no obstante se hallaba mas cerca del pueblo por la naturaleza de su ingenio y la ingenuidad de su decir, que la misma clase media.

Mas fácilmente se llegaria á poseer el griego y el hebreo, que esa lengua que ya nadie aprende, que apenas nadie sabe, si bien todos, especialmente los abogados gustan oír.

Aun en el dia, aun en materia de negocios, el duque de Broglie no hablará como Guizot, ni el conde de Montalembert y el vizconde de Chateaubriand no se expresarán como Berryer. Hay en en los oradores aristocráticos un modo de decir natural que no es la declamacion, una manera de expresarse franca, sencilla y elegante muy distante del tono enfático, y del lenguaje tieso y pedantesco de los diputados salidos de la clase media. La tribuna es para los oradores del antiguo régimen una silla, la Asamblea un salon, la discusion una conversacion amistosa; tratan á los ministros con familiaridad caballeresca, y no hablan del rey como un plebeyo. Es verdad que se inclinan en presencia del monarca, pero nunca llegan al suelo, y jamás, al levantarse, les ha sucedido el limpiarse las rodillas (1).

Nuestras Asambleas parlamentarias se hallan infestadas por la seca gravedad de los magistrados, la habladuría de los abogados, el pedantismo de los profesores, y la brutalidad soldadesca; y carecen del giro vivo de las personas de modales finos, al mismo tiempo que de la sencillez, virilidad, y enérgico lenguaje de la elocuencia republicana. Ambas estas clases cesaron de existir, y, bajo el punto de vista oratorio, es pérdida muy lamentable.

El duque de Fitz-James ha sido el último de los caballeros oradores.

Era alta su estatura, su fisonomía movil y expresiva; tenía en la tribuna el aire, la soltura, la facilidad de maneras que caracterizan un gran señor que habla ante la gente del pueblo, con la cual procedía sin cumplimiento, procediendo á sus anchas, y hablando lisa y llanamente como si estuviese en traje de casa. Tomaba tabaco, se sonaba, tosia, estornudaba, iba, venia, se paseaba de un extremo á otro, y tenía expresiones familiares que

(1) Como sucedió á Sheridan.

soltaba con oportunidad, y distraían la Cámara del fastidio glacial de la etiqueta oratoria.

Sus discursos eran un tejido de palabras finas y delicadas, si bien á veces su hablar era vehemente y fogoso. En el contraste de estos diversos tonos, habia mas labor y artificio de lo que á primera vista se hubiera sospechado; mas lejos estoy de vituperarlo bajo este punto de vista, pues el escollo de casi todos los oradores es la monotonía.

El duque de Fitz-James era á veces sencillo hasta la trivialidad, y otras metafórico hasta la hinchazon; efecto de tener mas facilidad que instruccion, y mas ingenio que gusto.

En Francia es de buen tono el poder decir: creo ser ignorante en casi todas las materias, pero me parece saber algo en cuanto á los negocios extranjeros: manía de rey, manía de gran señor, manía de plebeyo. Carlos X se jactaba de ser muy inteligente en lo relativo al trato con los embajadores, y Dios sabe cuantos autógrafos y garrapatos del Napoleon de la paz (1), corren en las callejuelas y antecámaras de la Europa. No hay duque ó baron de alto ó bajo linage, que no creeria deshonrada su cuna si su hijo abrazase la carrera de escribano ó procurador; pero agregado á una embajada, eso es muy diferente, eso es verdaderamente noble y del mejor gusto. Dupin, Mauguin y Berryer, todos tres abogados, prescindiendo de otros muchos, ambicionan el ministerio de negocios extranjeros, y con tanto mas motivo, cuanto que el ministro de negocios extranjeros es en general presidente del consejo. La diplomacia se antepone á todo y conduce á la Francia. ¡Y qué brillante papel hace hacer á la Francia esta diplomacia!

El duque de Fitz-James debia hacer su entrada en la Cámara por la guerra ó por los negocios extranjeros. Hablar de otra cosa, hubiera sido bueno para un hombre de toga ó birrete; pero las relaciones extranjeras venian como de molde al orador aristocrático, con el tema obligado contra la Inglaterra. En mi juventud, bien me acuerdo que tambien yo manifestaba mi enojo y saña, en prosa y en versos retumbantes si bien de poco mérito, contra la

(1) El tenaz empeño de Luis-Felipe en evitar la guerra á todo precio, le valió el título de Napoleon de la paz con que lo calificaban sus partidarios; título acogido por los enemigos de la dinastía de Orleans, si bien pronunciado de un modo irónico, aludiendo á las continuas concesiones, humillaciones repetidas y sistema de longanimidad del monarca que no ignoraba que una conflagracion general haria periclitarse su trono, y talvez lo derribaria. (N. del T.)

pérfida Albion. No creo que en el dia sea menos pérfida que entonces; pero ¿acaso lo es menos la Santa Alianza? Si la Inglaterra amenaza nuestro comercio, el resto de la Europa amenaza nuestra libertad; y en mi concepto, lo que debemos hacer es defender por do quier y contra todos el interés francés, y no abandonarnos á recriminaciones sistemáticas.

Los legitimistas guardan rencor á la Inglaterra por la usurpacion de Guillermo y el protestantismo. ¿No ha sido el duque de Fitz-James mas que el eco de las pasiones de partido? ¿Ha obedecido tal vez á antiguos rencores de familia, ó á un instinto de partido? Por otra parte, ¿es sola la Inglaterra la potencia que nos lleva á remolque? ¿Cual es la potencia que podamos mirar cara á cara, y de que no tengamos miedo? ¿Hay alguna fortaleza que pueda impedir al margrave de Bade de invadir Pantín (1)? ¿Quien ha sido enviado últimamente al duque de Módena para suplicarle que no se amostaze? ¿Estamos en buenos términos con el schah de Persia? No es muy seguro, y ¿quien sabe si podria atacarnos? El espanto se difunde ya desde Saint-Cloud á las Tullerías, y no faltará quien proponga que es necesario reunir el consejo de ministros para deliberar.

El duque de Fitz-James, como todos los caballeros de ilustre estirpe, abrigaba las preocupaciones inherentes á su nacimiento, educacion, familia, precedentes, sin perjuicio de sus afecciones. No obstante comprendia y amaba la libertad, tanto como puede comprenderla un duque y par.

Fogoso, caballeresco en su talante y expresion, debió ser en su tiempo denodado é intrépido. Si hubiera nacido en la plebe, hubiera tenido esa elocuencia vigorosa y lozana, y en la accion la audacia revolucionaria; pues era una naturaleza ricamente organizada á la cual solo faltó la ocasion, y mas adelante la juventud. Fuera de esto, era grande en sus sentimientos como en su lenguaje, lleno de ese honor que es la vida misma de un caballero, de ese desinterés que prefiere la indigencia á la bajeza; religioso, pero sin hipocresía, algo hueco de su origen, pero convencido de los derechos y necesidades de una nueva generacion, zeloso de la dignidad de su pais, y posesor de un corazon verdaderamente francés.

El duque de Fitz-James habia rehusado, á pesar de las seduc-

(1) Poblacion insignificante en las cercanías de Paris. (N. del T.)

ciones de Napoleon, los honores senatoriales del Imperio, para guardar á los Borbones su antigua fidelidad, lo que parecia anunciar gran constancia en los principios; y, sin embargo cometió la inconsecuencia de prestar juramento al rey de los Franceses; pues, en las ideas de los legitimistas, Luis-Felipe, primo de los Borbones, es seguramente mas usurpador que Napoleon que no les era consanguíneo, ni aliado. No es facil de explicar porque Fitz-James quiso permanecer par en 1830, y porque cesó de serlo en 1832, si se considera que habia dado el paso mas difícil que separaba el *faubourg Saint-Germain* (1) de las Tullerías, al prestar el juramento. Que la abolicion del derecho hereditario cause pesar á gentes llamadas Robin, Robinot, Robinet, es cosa que se comprende; pero ¿qué menoscabo puede causar á las personas llamadas Choiseul, Montmorency, La Rochefoucault, Crillon, La Trémouille, Rohan, d'Uzès, Richelieu, d'Harcourt, Noailles, Dreux-Brézé, Fitz-James? Cada una de estas personas puede decir: está en el poder de una revolucion el que yo cese de ser par hereditario; mas nadie puede impedirme, pueblo ó rey, que el nombre que llevo sea histórico.

Sea arrepintimiento, capricho ó prevision, Fitz-James ha hecho dar un paso á la democracia. El descendiente de los reyes de Inglaterra (2), el gentilhombre de Cámara, el par de Francia, holló su corona ducal, holló sus blasones, al llamar á la puerta de la Cámara de los diputados, al pedir humildemente una entrada en el primer cuerpo del Estado, en ese cuerpo que mutila los pares, que acusa los ministros, que destrona á los reyes y reina por el impuesto.

(1) El *faubourg Saint-Germain* ó si se quiere el barrio de San German, situado en la parte izquierda ó meridional del Sena, era, y aun es hoy día, la residencia de la nobleza cortesana; mas, efecto de la decadencia de este cuerpo desde 1789, han mermado considerablemente la opulencia y auge de este barrio, que parece haber pasado al opuesto llamado *Chaussée d'Antin*, en la parte opuesta del Sena y habitado por los ricos comerciantes, viajeros y rentistas. (N. del T.)

(2) La familia de Fitz-James, originaria de Inglaterra, pero francesa desde el mariscal de Berwick, es vástago de un tronco regio. El primer duque de Fitz-James fue el mariscal de Berwick, hijo natural del rey Jacobo II de Inglaterra que en 1688 abdicó el trono y se refugió en Francia, donde fue espléndidamente recibido por Luis XIV. El duque de Berwick es célebre general, y sus talentos militares contribuyeron á consolidar el trono de Felipe V en España. (N. del T.)

La entrada de este duque y par en la Cámara de diputados fue el homenaje mas completo tributado á la soberanía del pueblo, el testimonio mas sincero del poder de la eleccion, el reconocimiento mas incontestable de la nobleza de la democracia, el acto mas francamente revolucionario de los hombres feudales del *faubourg Saint-Germain*.

Dicese que un tirano de Siracusa se vió obligado á ser maestro de escuela en Corinto (1). Asegúrase igualmente que un príncipe de sangre regia tuvo que dar lecciones de aritmética (2); y que muchos señores franceses emigrados llegaron á ser maestros de baile y de esgrima, empresarios de teatros, pintores de carteles, barberos de aldea, cocheros y aun cocineros (3); pero eso se explica fácilmente si se considera que no eran buenos para otra cosa.

Al contrario, el duque de Fitz-James entregó, sin que nadie lo obligase á ello, su manto de duque y par á su ayuda de Cámara, con los demás despojos de su guardaropa, y este manto sembrado de flores de lis, recorre tal vez hoy día las calles sobre el hombro de un ropavejero.

(1) El tirano Dionisio.

(2) El rey Luis-Felipe.

(3) En Londres y Alemania.

## SAUZET.

Los oradores no se presentan de perfil como los escritores, sino de frente; y se embozan, gesticulan y peroran en el teatro en presencia del público que los considera como un gracioso ó bufon de pies á cabeza. Al escritor solo se le pide cuenta de sus pensamientos, al orador de su exterior.

Sauzet tiene hábitos algo muelles y descuidados; sus miembros carecen de vigor, su musculatura es poco predominante, su tez blanca se sonroja con la mayor facilidad, su frente es vasta y despejada, sus ojos azules y algo salientes respiran la dulzura; y todo acusa en su persona algo de femenino.

Sencillo, apacible, poco barbudo y atlético para resistir enérgicamente, buen hombre que, dentro de su casa, debe ser manejado por su muger si es casado, y por su criada si es viudo.

No sin pena, querido lector, te doy el retrato de Sauzet en carne y hueso, pues es difícil empresa, si se considera que este orador no cesa de moverse y agitarse en su asiento como un niño, en términos de escapar á la acción del buril; y llegué á creer que me sería preciso aguardar á que el daguerreotipo perfeccionado me permitiese fijar á Sauzet en menos de un minuto en el ocular de la cámara oscura. Y esto no obstante, querrá tal vez Sauzet, que lo pintase como un Demóstenes; pero no es culpa mía, ni tampoco la tuya, querido lector, si el Demóstenes de la ciudad de *canuts* (1) no se parece enteramente al Demóstenes de la ciudad de Minerva (2).

Cuando apareció por primera vez en la Cámara el abogado leonés, vagaba en sus labios una dulce sonrisa. Fuese afabilidad na-

(1) Se da este nombre en Leon de Francia á los que trabajan la seda, ramo industrial en que aventaja dicha ciudad. El orador en cuestion es natural de Leon, en el departamento del Ródano. (N. del T.)

(2) Atenas.

tural, fuese combinación política, ello es que quería agradar á todo el mundo, sobre todo á los ministros; y acariciaba con su mirada, una despues de otra, las tenebrosas figuras de ese banco de dolor, impaciente y despechado por no poder aun sentarse en él.

Posee Sauzet medios oratorios excelentes, un órgano sonoro, una frente espaciosa, una inteligencia pronta, y una facilidad de elocución extraordinaria.

Su voz es llena y domina todo el auditorio, si bien hay algunas cuerdas flojas en su órgano, y sus terminaciones fatigadas caen á menudo con el período.

Sauzet es atento, fino, afable, moderado, deseoso de la benevolencia ajena, comunicando fácilmente la propia; y en su fisonomía, sentimientos y lenguaje reina un tinte de honradez y cortesía seductora que atrae y encanta. Con mas ciencia del derecho y de los negocios, tiene casi las flores vivas y la cadencia melodiosa de otro orador, semi-dios de la poesía. Sauzet es Lamartine hecho hombre.

La memoria es el agente principal de su elocución: á diez años recitaba desde la cruz á la fecha, y sin equivocación, un capítulo del Telémaco que no habia leído mas que una sola vez.

Tiene la facultad de suprimir fragmentos enteros de discurso y reemplazarlos por pedazos nuevos que encaja en el mismo tejido, con tanta prontitud y primor como si los prendiese con alfileres.

Es de agudo ingenio, y los *calembours* (1) le vienen tan familiarmente en la conversacion, que, cuando habla en la tribuna, se ve obligado á ahuyentarlos como moscas importunas que zumban al rededor de sus oídos.

Sauzet es el tipo del orador provincial: su palabra se hincha, mas que se llena; lisongea el oído, mas no llega al alma; y su gusto parece estragado por la frecuentación de los tribunales. Así es que prodiga á manos llenas las flores vistosas del lenguaje, las vibraciones de la armonía, los epítetos campanudos, las metáforas clásicas, en una palabra la retórica gastada y manoseada sin título ni valor en el comercio de la elocución.

(1) Llámase *calembour* en Francia á un juego de palabra que estriba sobre un equívoco, y aun mas generalmente sobre la identidad del sonido, prescindiendo de la ortografía. El carácter monosilábico y anti-prosódico de la lengua francesa, no menos que la índole festiva de los Franceses, se presta á este juego, que es muy difícil en castellano. (N. del T.)

Muy lejos estoy de vituperarlo por recurrir á estos medios patéticos ante el jurado y tribunales. Ese espectáculo de una muger llorosa que abraza los altares de la misericordia y de la justicia, esos gritos despedazadores del remordimiento, esas bellas cabezas de mancebos adolescentes prestas á caer bajo el hacha del verdugo, como el lirio primaveral bajo la reja del arado; la inocencia amenazada por un suplicio afrentoso, la lóbrega incertidumbre de la imaginacion, esos destellos fugitivos de la duda, esos suspiros sofocados, esos labios balbucientes, esas quejas, esas súplicas, esas imágenes tiernas de una familia que reclama á su padre, que va á perecer si este perece, las venerables canas de un anciano que se prosterna lloroso y acongojado para expiar el crimen involuntario de un hijo culpable; todo esto procede de la naturaleza, todo esto es de gran efecto en su debido tiempo y lugar, todo esto conmueve á los jurados sensibles al encanto de la palabra y á los dramas de la elocuencia.

Pero á los diputados, á esos hombres hartos de delicadezas intelectuales, á esos estómagos gastados, los alimentos oratorios deben hallarse sazonados con condimentos nuevos y picantes; y no deben ver desde muy cerca los espectadores el aparato escénico, no sea que se disipe su ilusión. En otros términos, un discurso político debe huir la pompa y el olor del teatro, pues el arte de un orador parlamentario consiste en disfrazar este mismo arte.

Hay quien dice que Sauzet carece de principios; pero ¿cual es el abogado causídico que los tiene? Cuando, durante veinte años, un hombre ha defendido y atacado alternativamente lo verdadero y lo falso, cuando se ha esforzado en recoser del mejor modo posible los agujeros del saco de los litigantes por los cuales escapábase el dolo y la malicia, ¿qué medios quedan de tener principios?

Los hombres de ley recitan, siempre que se presenta la ocasion, frases muy bonitas sobre lo que llaman su libre albedrío en materia de pleitos.

¿Pero en qué consiste ese libre albedrío? Voy á decirlo en dos palabras: Pedro forma un proceso á Pablo; en consecuencia toma al momento un cabriolé, y á todo escape va á apearse en casa del abogado mas célebre de la ciudad, el cual le dice: « Su negocio de Vm. es sin asomo de comparacion mejor que el de Pablo; pero ¿qué quiere Vm. que le diga? Pablo ha venido á buscarme antes que Vm. » Yo no diré que todos los abogados

defiendan la causa del primero que llega, pero sí casi siempre.

Bien consta que los abogados tienen en una de sus faldriqueras las razones en pro, y en la otra las razones en contra (1); pero sucede á veces que se equivocan de faldriquera, y á esto debe atribuirse que la conclusion no guarde siempre perfecta correlacion con el exordio. No saben como decidirse, y nunca estan completamente seguros de sí mismos; así es que basta la menor objecion para apurarlos y refutar la argumentacion mas vigorosa.

Para ellos, todo es cuestion, todo obstáculo; échese un grano de arena en la calle por donde han de pasar, y se bajarán para mirarlo en lugar de pasar adelante.

Negarán que es de día cuando el sol está sobre el horizonte, y si alguno se rie, tratarán de probar su aserto.

¡Cosa singular! los hombres que toda su vida no han hecho mas que estudiar el derecho, son cabalmente los que dudan perpetuamente del derecho.

Para ellos la ley tiene casi siempre dos sentidos, dos acepciones, doble lenguaje, doble faz.

Ven menos las cosas que los efectos, menos el espíritu que la letra, menos el derecho que el hecho, el principio que la aplicacion, y el plan que los pormenores.

Un gobierno que se establece, monárquico, aristocrático, republicano, cualquiera que sea, debe ganar el ejército por los honores, el comercio por la seguridad, y los pueblos por su justicia; mas inutil es que se ocupe de los abogados, pues es casi seguro que todos serán sus partidarios.

Estos tienen una habilidad especial en mantener una revolucion por discursos prolongados, pero no son ellos los que la comienzan y acaban.

No hay verdad por clara que sea que no empañen á fuerza de pulirla; no hay oido paciente que no abrumen con el flujo y remolino de su oracion; no hay razonamiento por poderoso y ner-

(1) Alusion al famoso y taimado abogado Barrère, miembro de la Convencion nacional, que en el 9 de termidor, previendo que debia haber gran alboroto en la Asamblea, y que el poder de Robespierre debia consolidarse ó desmoronarse completamente, llevaba escritos en cada uno de sus bolsillos, un discurso en pro y otro en contra del gefe del gobierno, determinado á pronunciar uno ú otro segun la marcha de los acontecimientos. Robespierre fue derribado por la faccion de Tallien y Barras, y Barrère leyó un discurso virulento contra el dictador vencido.  
(N. del T.)

vioso que sea, que no pierda en sus manos, á fuerza de ser manoseado, su elasticidad y vigor.

No hay que creer que entrarán desde luego en materia, porque se les haya dicho: «¿Qué espera Vm.?» comience á hablar; no, porque lo primero es plegar su valona, poner su birrete sobre la oreja, recoger con gracia los pliegues flotantes de su toga, toser, escupir, estornudar. Hecho esto, preludian como los músicos que templan su violin, ó como las bailarinas que hacen cabriolas entre los bastidores, ó los volatines que prueban y ensayan la cuerda y el contrapeso. Los abogados saludan repetidas veces, necesitan un cuarto de hora cuando menos de precauciones oratorias, y emplean mil frases, mil circunlocuciones, mil idas y venidas, antes de llegar á decir: «Señores se trata de esto.»

Y muy engañado iría el que dijera: «¿No teme Vm. amotinar contra su persona tantas golillas y birretes? Vm. que en general es tan circunspecto, como puede ser ahora tan temerario?» — No hay miedo, pues basta un ligero examen para convencerse que por mala que sea mi causa contra los abogados, no me faltarán estos para defenderla, ó si no, yo mismo; ¿acaso necesito yo de nadie para defenderme?

Debo confesar que un gobierno de agiotistas sería un gobierno sin moralidad ni economía; un gobierno regido por la soldadesca carecería de justicia é indulgencia; pero un gobierno de abogados sería un gobierno sin convicción, sin ideas, sin principios, y lo que peor sin acción.

Es una desgracia para Sauzet el no haberse podido desprender de su traje de abogado cuando desempeñaba la función de orador. Así no es de extrañar que agotase todos los medios buenos ó malos, que tenía á su disposición, sin pensar poner freno á su intemperancia de argumentación; ni que no supiese escoger sus causas políticas, sin hesitar en abogar por todas, salvo las que podían comprometerle con la mayoría.

Sauzet no sabe escribir; su estilo, como el de los retóricos es flojo é hinchado, y su lógica, desprovista de exactitud, no adapta las consecuencias á los principios.

Cuando, al tratarse de la indemnización por algunos casuchones medio arruinados (1), estrechaba Sauzet con sus brazos suplicantes las estatuas de la justicia; cuando se golpeaba el pecho,

(1) Proyecto de ley para la indemnización de las casas destruidas en Leon.

y, con voz plañidera, aludía á los deberes que le impusiera su cuna, y á las recomendaciones de su patria ausente; cuando invocaba las sombras de sus antepasados, y presentaba á la Cámara las ruinas humeantes de Leon, ¿quien hubiera creído que se trataba únicamente de unos cuantos vidrios rotos?

¿Qué falsa, qué árida sensibilidad, la que se lamenta por un lienzo de pared, ó por algunos áticos descantillados, y permanece fría al ver degollar los ancianos y débiles mugeres! ¿A quien puede ocurrirse medir una pared aspillerada, cuando el pueblo magullado por las balas cruzadas del motin y la soldadesca, se queja hambriento, y pregunta tal huérfana por su padre, tal viuda por su esposo?

Esos oradores que se lanzan á la carrera y á rienda suelta, esos sonidos de una voz solemne, esos tropos acentuados que se hacían unos sobre otros, esa abundante dicción que arrastra la luz y la sombra, no deja de causar ilusión á los oyentes de las tribunas, gentes de mal gusto en general, y aun los mismos hombres de talento, académicos y cortesanos, incurren á veces en igual falta. Así, cuando Sauzet, despues de su brillante salida, atravesaba el peristilo, jadeando, el cabello en desórden, y mojado en sudor, como un caballo brioso que sale del hipodromo, el bueno y natural de Laborde le dijo estas palabras que yo mismo me acuerdo de haber oído: «Apártense Vms., Señores, y dejen libre el paso al mayor orador de la Cámara que va á cambiar de camisa.»

Se dice que Sauzet, en el proceso del Luxemburgo, conmovió y enterneció al insensible tribunal de pares. Es verdad que la fraseología del orador era algo de nuevo para aquellos graves senadores; pero lo que puedo afirmar es que no volverá á suceder á la Cámara de pares el dejarse sorprender por los artificios vulgares de un tribunal criminal.

Por inclinación natural, imitación ó cálculo, Sauzet es de la escuela de Martignac; menos templado, hábil, elegante é insinuante que su maestro, pero mas abundante, vehemente, patético y animado. Como Martignac sabe quitar con maña los golpes de lanza que le dirigen sus adversarios, y nunca pierde los estribos. Como Martignac delira por las formas representativas de ese constitucionalismo hueco y metafísico que se intitula el gobierno equilibrado de los tres poderes. Por último, como Martignac, resume admirablemente Sauzet las opiniones ajenas, y sabe salir de las

discusiones mas intrincadas, con una sagacidad, una delicadeza y un arte que merecen sinceros elogios.

¡Qué ciencia profunda, qué exactitud de juicio, qué habilidad de dialéctica desplegó en el debate que dirigió sobre la ley de minas! Tan pomposa es su palabra cuando perora, demasiado pomposa, tan sencilla, elegante y bella es cuando discute. Ninguna objecion olvida y sin tardanza responde. Nunca recela hundir su planta, pues sabe donde la pone; ni se deja arrastrar á las personalidades é injurias, ni sustituye epigramas á los argumentos, ni hipótesis á la realidad de la cuestion. Su razon conserva toda su solidez, toda su presencia, y su marcha es siempre progresiva, lógica y firme. Sauzet puede consolarse de su mala suerte en la tribuna, y siempre que lo quiera, será el primer discutidor de los negocios de la Cámara, y ¿qué mas puede llegar á ser?

No extraño que haya dirigido el Consejo de estado con tan notable superioridad, y hubiera sido conveniente dejarlo á la cabeza de ese gran cuerpo de magistratura administrativa, que tan de molde se adaptaba á su talento. Así si llega Sauzet á desconceptuarse enteramente, como orador, y se niegan obstinadamente sus compañeros á darle la presidencia de la Cámara, sería oportuno nombrarlo presidente del Consejo de estado.

Añadiré que, desde Martignac, no creo haber oido relator mas inteligente y fluido que Sauzet, ventaja inapreciable que debe á las tres calidades que constituyen los relatores eminentes: claridad, memoria é imparcialidad.

Acabo de cotejar y contrabalancear los defectos y calidades de Sauzet, como orador, presidente y relator, y nuestros lectores convendrán conmigo, en que lo he juzgado de un modo bastante ventajoso; pero no me será tan fácil seguirlo y excusarlo en sus variaciones políticas.

«No, decia yo, cuando trazé por primera vez el retrato de Sauzet, y esto era antes de las tristes leyes de setiembre, no, es imposible, y jamás creeremos que Sauzet pueda abjurar su vida y nuestras esperanzas, torcer las generosas inclinaciones de su naturaleza, dejarse profanar por el contacto asqueroso del ministerio, perder su reputacion, y mancillar por impuros sofismas las puras y brillantes inspiraciones de su juventud y talento. Sauzet debe ser mas decidido, mas firme en sus opiniones; mas apegado al valor y virtud que estas mismas opiniones arguyen; sin esforzarse en conciliar lo imposible, y curar las cosas con-

«trarias por las contrarias; ni dar margen á que de él se diga que «no reñirá con nadie, porque con nadie está, y que abandona los «principios porque ningunos posee; ni mantenerse en la orilla «del bien y del mal, de lo verdadero y lo falso, caminando sobre «una viga estrecha suspendida entre dos abismos. Sepa todo el «mundo lo que es, lo que quiere, á que tiende, pues la elocuencia no es mas que una forma, y el fondo del orador político es «la verdad de los principios, la bondad de su causa; mas no «hay principio verdadero fuera de la soberanía del pueblo, y la «única causa buena es la de la libertad.»

¡Vanas palabras! Sauzet no pudo contenerse en la orilla, y, arrastrado por el torrente, fue arrebatado por el flujo doctrinario que lo vomitó despues como espuma.

En esta situacion, medio por despecho, medio por desesperacion, permaneció un momento Sauzet entre lo blanco y lo negro, y lo volvi yo á pintar con estas palabras:

«Ello es cierto que Sauzet no es legitimista, ni del tercer partido, ni dinástico, ni republicano; pero es en cierto modo, un «conjunto de estas opiniones. Es hombre capaz de sentarse familiarmente al lado de Berryer, pasearse en plática agradable con «Dupin, sostener el ministerio de Odilon Barrot, y no oponerse «al de Garnier-Pagès. En una palabra, Sauzet es una de esas naturalezas buenas, felices y dóciles que el cielo, en los tesoros de «su misericordia, habia reservado á las devorantes experiencias «de nuestro amado monarca.»

En efecto, no tardó Sauzet en ser devorado como yo lo habia predicho, y no tardamos en verlo vestir la toga, y colocarse en el sillón de d'Aguesseau.

Mas adelante, obligado á dejar el oro y el armiño, se metió entre la gente de Thiers, tirando fusilazos, á diestra y siniestra como buen soldado, sin que nadie se ocupase de él.

Ya verán Vms., decia yo, que no tardarán en enviarlo á cantar en los coros, á pesar que podria ser uno de los primeros tenores de la compañía; y que, en lugar de tener un valor propio y significar algo, Sauzet no será pronto mas que una utilidad secundaria, buena, cuando mas, á ser un guardasellos.

Y no sabiendo por donde cogerlo, añadia yo:

«¿En donde se sienta actualmente Sauzet? ¿En qué bancos y «con quien? ¿Cuales son sus doctrinas? ¿Cuales son sus amigos? «¿A quien sigue? ¿Quien arrastra? ¿Qué posicion es la suya?

«¿Cuales su carácter? ¡Haber comenzado por pedir la amnistía y acabar por votar la confiscación de la prensa y las deportaciones ardientes de Salazia! ¡Qué principio y qué fin! ¿Quien se acordará que Sauzet fue ministro, y qué significa el ser así ministro, ministro de á la legua, criado de camarilla, pertiguero de sacristía, amigo de todo el mundo, sin sistema, sin voluntad? Y al contrario, ¿quien olvidará que Sauzet fue el relator de las leyes de setiembre? Recuerdo cruel, recuerdo despedazador que debe emponzoñar su vida. Los doctrinarios, despues de haberse servido de él, le han vuelto la espalda y abandonado á su triste suerte; se encogen de hombros (1) por debajo de la tribuna, cuando toca al bombo; y ni aun siquiera lo honran con la insolencia de sus murmullos. Aprendan los que quieren ser terroristas en provecho de estos señores, los que desean entregarse á esos demonios, y venderle su cuerpo y alma; aprendan de ese pobre Sauzet, harto castigado, olvidado en un rincon, como un rey de teatro de quien nadie se acuerda, que en vano se agita en las tablas, en vano se afana y ostenta sus ricas vestiduras en la escena, sin dinero ni público.»

No obstante, despues ha cambiado su suerte, y ya tiene dinero y espectadores, pues ocupa el primer puesto del estado despues del monarca. Sauzet preside á la Cámara y por consiguiente la representa, segun él dice, ni mas ni menos que la Cámara representa la nacion, segun ella misma dice, lo que seria cosa magnífica si cierto fuera.

Pero como la representacion de la Francia no pasa de una ficcion en el personal de la Cámara, la representacion de la Cámara puede igualmente no pasar de una ficcion en la persona de su presidente.

Fuera de esto, decir cuales eran ayer, cuales son hoy, y cuales serán mañana los principios de la Cámara, es cosa difícil; y decir en el momento en que escribo, cuales son los principios de Sauzet, es aun mayor apuro, si bien poco importa el saberlo á la Cámara, al mismo Sauzet, ó á mi mismo.

Lo que, sin pretender aludir á nadie, comprenden perfectamente todos los presidentes de la Cámara es el cobrar cien mil francos por agitar la campanilla, por pegar repetidos golpes sobre la mesa con el mango de su cuchillo de ébano, y repetir veinte,

(1) Histórico.

treinta, cuarenta veces, en la misma sesion, estas palabras sacramentales: «Que los señores que son de dictamen de adoptar el artículo, se sirvan levantarse.»

¿No es verdad, lector, que tan interesante y penosa faena vale cien mil francos de sueldo, además de la casa, coche y criados? Por mi parte, no creo que sea cara.

Por otra parte, cuando Giton y Tersito, esas pestes de la palabra, principiaban á arengar en el Areópago, podía yo, Timon, dar un dracma ó dos al portero del servicio para que me abriese la puerta, y de un salto ponerme en la calle.

Pero estar oficialmente fijo al asiento, caberle á uno la obligacion de oír á Giton y Tersito desde las doce de la mañana hasta el ponerse el sol, sin poder ausentarse ni un momento, es preciso ser justo, á cien mil francos no es caro tan abrumante oficio, y á tal condicion no quisiera yo ganarlos.

## EL GENERAL LAFAYETTE.

La opinión tiene sus preocupaciones como los partidos; y en prueba de esta asercion merece citarse la creencia generalmente acreditada sobre tres ilustres personas que son Laffitte, Dupont (de l'Eure) y Lafayette. Dicese que los discursos pronunciados por Laffitte no los componia él mismo; que Dupont (de l'Eure) es un hombre de bien á corta cabal, pero nada mas; y que Lafayette era un bobo.

Ahora bien, Laffitte ocupa el primer lugar entre los hombres de hacienda de nuestra época; la rectitud de juicio de Dupont (de l'Eure) es tan sin igual, que, como el de Focion, puede ser el hacha de mas de un discurso; pero Lafayette es un bobo, muy bobo, un bobolicon, lo confieso; pues como tantos de entre nosotros, creyó en las promesas del gobierno de Julio.

Llegó á imaginarse, ¡qué inocente! llegó á imaginarse que habia encontrado un rey que en nada se parecia á los demas reyes; que cierto personaje seria amante de la libertad porque con voz ronca y temblona cantaba un himno en honor de ella (1); que habiamos regresado á la edad de oro; que se podia dejar rienda suelta al poder, y que él mismo sabia refrenarse. Despues cuando vió que continuaba la representacion de la misma pieza, sin mas cambio en la decoracion que el sustituir un gallo á una flor de lis, se arrepintió, lloró amargamente, dióse golpes de pecho, y exclamó: «Perdóname, Dios mio, perdonadme queridos camaradas; engañado he sido, mas no engañador.»

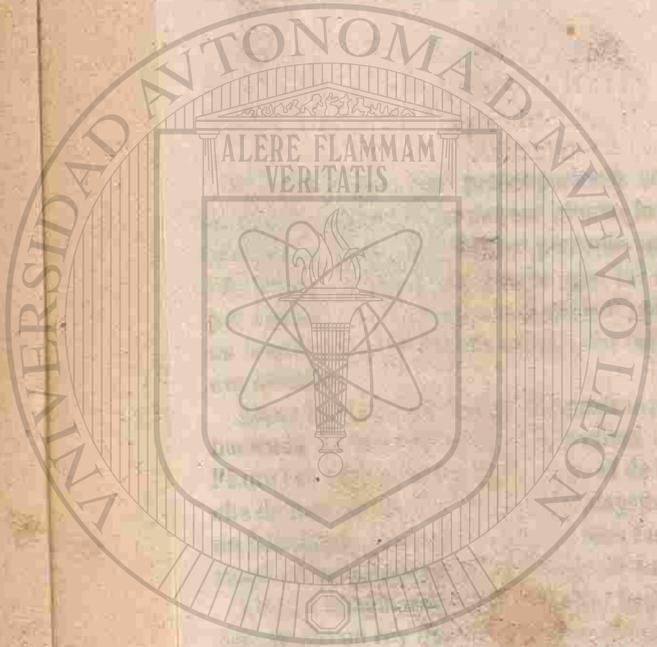
No engañador, es muy cierto y no cabe duda; pero, ya era mucho para tí, Lafayette, el haber sido engañado.

Pocos hombres hay á quienes la Providencia haya deparado

(1) Alusion al entusiasmo con que cantaba Luis-Felipe la *Marsellesa* en el año 1830.

(N. del T.)

EL GENERAL LAFAYETTE



como los que...  
...generalmente  
...tallón. Deputat  
...permanentes  
...que Lafayette

...los hombres de  
...de Dupont (de  
...ser al ha  
...lobo,  
...ros,

...había  
...que  
...voz ronca

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAFAYETTE. ®

Imp. Chardon, Ame et Fils, R. Hauteville 30, Paris.

mayores medios de regenerar su patria y fundar la libertad. Perder esta última y decisiva ocasion es ser culpable para con su patria.

Lafayette ha incurrido en dos culpas graves que no le perdonará la posteridad.

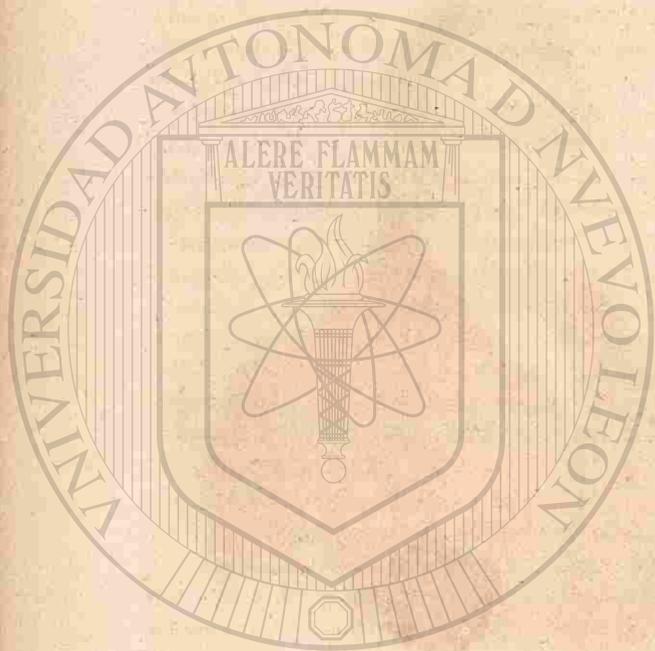
Al hacer á Napoleon, despues de Waterloo, una oposicion personal de tribuna y gabinete, dividió nuestras fuerzas, y cooperó, á pesar suyo, al desmembramiento de la Francia; sin comprender que, en aquel entonces, Napoleon solo podia salvar la Francia. Si, la independecia sola debe de tal modo llenar el alma de un gran ciudadano, que (si es licito comparar las cosas pequeñas á las grandes) yo no titubearia, á pesar de «mis repugancias,» como decia Manuel, en abrazar el partido de Luis-Felipe, si tuviese por cosa cierta que solo Luis-Felipe puede, en una circunstancia dada, salvar la Francia é impedir su servidumbre; pues, con preferencia á la libertad, á toda forma de gobierno, á toda organizacion social y política, á todo poder interior, prefiero que salva quede la patria.

La segunda culpa de Lafayette fue la de Julio.

Vacante estaba el trono: Lafayette reinaba soberanamente al tercer dia en Paris, y Paris en Francia. Tres partidos deliberaban: inutil es nombrarlos, y bien constan las esperanzas del ejército, de la juventud y del pueblo. Pero Lafayette creyó á los halagos fementidos del partido de Orleans, que mimó y deslumbró los ojos del anciano con los reflejos variados de la bandera tricolor, apretó sus manos seniles y las cubrió de besos, haciendo resonar en los oidos del héroe de los primeros tiempos de la Revolucion, los nombres sonoros de 1789, Jemmapes, Valmy, Fleurus, América, libertad, guardia nacional, monarquía republicana, monarquía ciudadana, ¿qué sé yo? En una palabra, se le puso bajo el cubilete, y se le hizo desaparecer (1).

Lafayette, con su candor de niño, no atinó á ver que tenia que habérselas con gente mas astuta y redomada que las de la regeneración. Cuando los patriotas le confiaban sus alarmas, Lafayette ponía su mano sobre su corazón, y respondia con su fidelidad propia de la fidelidad agena. En su deplorable ceguedad, dejó rienda suelta á la mayoría de la Cámara de 1830, que nada habia hecho, y nada al pueblo que lo habia hecho todo. Si los patriotas no hu-

(1) Alusion á un juego de manos que á menudo efectuan los titiriteros ambulantes en las plazas y calles de Paris.  
(N. del T.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

biesen prestado fe á la palabra de Lafayette, que ingénuamente le repetía lo que le decían, las cosas hubieran pasado de otro modo, y no me hallaría yo actualmente encadenado por las leyes de setiembre, é imposibilitado para contar la historia de ese famoso día de chasco y embuste, que nadie podría escribir de un modo mas verídico que yo, porque me hallaba presente cuando se representaba la comedia en los bastidores, y me contentaba con mirarla sin tomar parte en ella.

« ¡ Oh cómicos! ¡ oh cómicos! exclamaba Lafayette cuando lo « despidieron de la escena y lo echaron afuera, ¡ oh cómicos que « disfrazais la libertad! no es esa la que yo habia soñado, la que « yo habia servido, no, no es esa, no la conozco.»

Los cómicos de Julio se mofaron de sus quejas. Ya habian calzado el coturno, y paseábanse erguidos en el teatro con su epitoga de seda y púrpura; ya habian trocado el puñal del carbonarismo por el anillo de oro; y recitaban, con la corona en la frente, declamaciones pomposas sobre el monstruo de la anarquía, induciendo á dar repetidos aplausos á la insensata multitud.

En este momento fatal y decisivo, careció Lafayette de carácter y cordura, y, si bien se considera, mas hubiera valido tanto para él como para nosotros, que no hubiera hecho papel alguno. No obstante su ilusion no duró mas de un día, y nadie acertó á ver mejor y mas lejos, nadie divisó mas pronto á donde nos conducian; y al mismo tiempo es justo decir que la historia no ofrece ejemplo de traicion mas negra, de dolo mas pérfido cometido en perjuicio de mas noble anciano.

Lafayette no era orador, si por esta palabra se entiende ese hablar enfático y sonoro que atolondra los oyentes y deja tan solo viento en sus oídos. Su modo de producirse era como una especie de conversacion seria y familiar, tal vez incorrecta bajo el punto de vista gramatical, y algo superabundante, pero cortada de incisos y animada por ocurrencias felices. Pocas figuras, pocas imágenes deslumbradoras, pero la facultad de encontrar siempre la palabra precisa, la palabra exacta para caracterizar la idea; poca pasion, poco movimiento, pero una palabra vibrante de conviccion; poco artificio en su lógica, pero argumentos unidos entre sí por mutua dependencia, que se encadenaban unos á otros y servian naturalmente de exposicion á los hechos.

Habia en los hábitos de su persona y en su rostro, una mezcla de gracia francesa, flemma americana y placidez romana.

Cuando subía á la tribuna y decía: « Yo soy republicano, » á nadie se le ocurría el preguntarle. « ¿ Pero qué está Vm. diciendo, « señor de Lafayette? ¿ Porqué dice Vm. eso? » Pues todos comprendian que el amigo de Washington no podía menos de ser republicano.

Tenia un modo de hablar liso y llano sobre los reyes de Europa, que trataba sin rodeos de déspotas; y, en su vasta propaganda, atizaba todos los hogares de insurreccion popular, al paso que abría á los oprimidos de todos los países su bolsa y su corazón.

Era preciso verlo cuando clamaba en la tribuna contra el cobarde abandono de los Romaños y Polacos. Entonces rebosaba su iindgnacion y corría á torrentes; su virtud le servía de elocuencia; su palabra, festiva en general, se armaba de fuegos y relámpagos, y le parecía tan fácil votar una revolucion como votar una ley, sin mas apuro.

Lafayette tenía mas que ideas, tenía principios, principios fundamentales, á los cuales adhería con increíble porfía. Quería la soberanía del pueblo teórica y práctica, y ahí reside todo en efecto.

Pero no menos que la tiranía de un hombre solo odiaba la de la multitud, y prefería el fondo á la forma, la justicia á las leyes, los principios á los gobiernos, y el género humano á las naciones, queriendo minorías libres bajo una mayoría dominante.

Cuando dobláronse los mas tenaces caracteres, cuando pasaron las mayores celebridades, una despues de otras bajo las horcas caudinas de Napoleon, y la nacion, ebria de gloria y conquistas, corría anhelosa al encuentro del carro del conquistador, Lafayette resistió á la corriente de la fortuna y de los honores, sin violencia para con los demás ni debates para consigo mismo, por la sola inmovilidad de sus convicciones, como una roca que descuella serena entre las agitadas y espumosas olas.

La pasion del oro que tan tiránicamente reina en el día en los mismos reyes, no atormentó esa alma elevada, para la cual era poca cosa un trono, y cuyo mayor deseo hubiera sido el ser un Washington si no hubiese sido un Lafayette.

Aun en su vejez, ansiaba la compañía de corazones afectuosos y el ser generalmente amado. Pero esta dulce inclinacion, tan fácil de satisfacer en la vida privada, es casi siempre peligrosa en la política. Un hombre de estado, digno de este nombre, debe sa-

ber inmolar sus amistades y aun su popularidad al interés de su país.

Mientras que fue comandante de la guardia nacional, y figuró casi tanto como el rey Luis-Felipe, los camarilleros cobijaron su miedo bajo la fama de tan inclito nombre, recogiendo sus palabras con silencio respetuoso; pero, cuando despues de haberse servido de él y haberlo gastado lo despidió la corte, juntamente con Dupont de l'Eure, Laffitte y Odilon Barrot, los doctrinarios se mostraron sin disfraz, y no tardaron en pasar de los cuchicheos de la indiferencia á los murmullos.

Pero la Oposicion, que no tiene la memoria ingrata de los cortesanos, le profesó siempre una gran veneracion; cuando se mostraba el augusto anciano en la Asamblea, todos los diputados de la izquierda se levantaban espontáneamente para tributarle homenaje (1).

La Revolucion de Julio fue verificada por la juventud de las escuelas, de la clase media y del pueblo, bajo la conducta de dos ancianos, Laffitte y Lafayette: el primero mediante su popularidad y crédito, el segundo mediante la bandera tricolor y las bayonetas de la guardia nacional.

¡Raras invenciones del genio moderno! El telescopio ha poblado el cielo de mundos y estrellas; la brújula ha descubierto la América; la pólvora trastornó completamente el sistema de la guerra; el papel-moneda destruyó la feudalidad por la sustitucion de la riqueza mobiliaria, comercial é industrial, á la riqueza y superioridad territorial; la imprenta ha añadido mil embocaduras á la trompeta de la fama; el vapor ha reemplazado, por tierra y mar, la fuerza motriz de los caballos, del agua y del viento; por último, la guardia nacional ha arrancado el gobierno de las manos absolutas del príncipe, para remitirlo en manos de la nacion. En efecto la guardia nacional de cada aldea es dueña de esta misma aldea; la guardia nacional de cada villa, es dueña de esta misma villa; la guardia nacional de cada ciudad es dueña de esta misma ciudad; y las guardias nacionales de todas las aldeas, villas y ciudades, son dueñas de la Francia entera. Y lo quo digo de la Francia, lo puedo decir de la Europa entera, porque se puede creer, que en todo el resto de la Europa, á los primeros golpes de

(1) Histórico.

la alarma universal, fusiles, grupos, banderas, todo estaria pronto, y no se necesitaria por todas partes mas que echar un pregon y nombrar los oficiales.

Y, como si hubiese en todo esto algun designio de la Providencia, hemos visto que la mas revolucionaria de nuestras instituciones ha sido puesta en práctica por el mas revolucionario de todos los hombres. Sí, Lafayette de todos los hombres de nuestros tiempos el mas franco y resueltamente revolucionario, entraba audaz y lleno de fuego en todas las conspiraciones que tenian por objeto derribar un despotismo, arriesgando su vida del modo mas temerario. Mártir de su fe política, hubiera subido al cadalso con la serenidad de una doncella que, coronada de rosas, se duerme al fin de un banquete.

Se asegura que, en las pomposas exequias tributadas al general Lamarque, hubo conspiradores que concibieron la horrible idea de dar muerte á Lafayette, en el carruage en que se le llevaba en triunfo, y exponer, á la manera de Antonio (1), el cadaver sangriento del anciano á la vista del pueblo para que se alzase iracundo; lo que, habiendo sido contado á Lafayette no hizo mas que sonreirse (2), como si natural y peregrino hubiera encontrado tal estratagema.

Creo, aunque no lo afirmo, pues ¿quien podria afirmarlo ó contradecirlo? que Lafayette moribundo se lisongeaba y se engreia con la idea de que una insurreccion popular podria estallar al pasar sus cenizas, reanimando la libertad, é ilustrando sus funerales.

Hay amantes fogosos de la democracia, y los hay por centenas y por millares que serian los mas aristócratas de entre los hombres, si nacido hubiesen en la clase aristocrática. Dificil es el discernir si semejantes liberales lo son por despecho ó por conviccion, y su amor de la igualdad no es mas, á menudo, que la concupiscencia orgullosa de los privilegios que no poseen. Así nada es mas natural que el precaverse de ellos despues de tantos desengaños, y no cabe medida mas prudente. Pero cuando los grandes señores son demócratas, el pueblo coloca en ellos su confianza, porque no son sospechosos en la opinion que profesan.

Tal fue Lafayette.

(1) Marco Antonio mostró al pueblo romano el cadáver de César cosido á puñaladas, y la toga ensangrentada, para excitar su furor contra sus asesinos.  
(N. del T.)

(2) Histórico.

Habia solo conservado de la antigua aristocracia, ese candor ingenioso y fino que es la gracia del discurso, y esa sencillez elegante de maneras que se ha perdido y no volveremos á encontrar. Pero su alma era enteramente plebeya; amaba al pueblo con todas sus entrañas como un padre ama á sus hijos, presto á cualquier hora del día á levantarse, marchar, combatir, sufrir, vencer ó ser vencido, á sacrificarse, á dar por él su fortuna, su libertad, su sangre, su fama, su vida.

¡ Ilustre ciudadano! contemporáneo á la vez de nuestros padres y de nuestros hijos, colocado, como para abrir y cerrarlo, en ambas extremidades de este medio siglo heróico, tú vistes perecer la Revolucion de 1789 bajo el sable de un soldado, y la de 1830 bajo la palmeta de los doctrinarios; y, á pesar de haber visto dos veces frustrados tus planes, no te arrepentistes de lo que habias hecho, pues sabias que cada cosa viene en su debido tiempo, y que el grano sembrado en el campo de la democracia nunca se pierde, y mas tarde florece y fructifica. Sabias, alma patriótica, que las naciones, unas por caminos rectos, otras por veredas oblicuas, se encaminan á su emancipacion con la fuerza irresistible que precipita al mar la corriente de todos los rios, y marchastes con la cabeza alta y la esperanza en el corazon, en las vias de la verdad. Gracias te doy, generoso anciano, por no haber dudado de la soberanía eterna de las naciones, y haber preferido santamente los proscritos á sus opresores, el pueblo á sus tiranos. Cuando cayó de tus ojos el velo de una ilusion patriótica pero deplorable, y pudistes divisar la generacion actual con sus carnes gangrenadas y languidez moribunda, echastes con consuelo tu mirada en las generaciones futuras, sin dejarte avasallar, como Benjamin Constant, por una invencible melancolía, y fuistes digno de la verdad, porque no dudastes de ella.

## MAUGUIN.

Era en los primeros tiempos de la Revolucion de Julio; la Europa no participaba aun de la franca admiracion de Talleyrand por el Napoleon de la paz, y la corte que no sabia á qué santo encomendarse, vacilaba entre la alianza de los reyes y la alianza de los pueblos.

Pero Mauguin no titubeó un momento, sintiéndose invadido de repente en la tribuna por la fiebre belicosa del general Lamarque. Cosa magnífica era el ver á ambos prepararse á la guerra como el Malbruck (1) de la cancion, arrastrando en su séquito los batallones del gran ejército. A sus órdenes Tolon vomita sus flotas para bloquear Ancona y sublevar el Adriático, mientras que una expedicion de nuestras mejores tropas, costeando el litoral de Argel, Tunez y Tripoli, va á renovar en las playas del Nilo, los prodigios de Bonaparte. Se pasa el Rin, levántase la Bélgica, capitula Viena, abre sus puertas Cracovia, y, aumentada con las falanges de la Curlandia y Besarabia, se abre un paso hasta al Tanais la propaganda victoriosa. Aun no para ahí la impetuosidad de Mauguin, y, como yo no soy ni con mucho tan buen geógrafo y perito en estrategia como él, prescindiré de enumerar, por no estropear sus nombres, las provincias prusianas y rusas, valacas y morlacas, cuya invasion proponia el activo tribuno. Este y Lamarque organizaban continuamente revoluciones, y caidas de imperios, fundaban estados, estipulaban tratados de alianza y comercio, paseaban la bandera tricolor al son de trompetas victoriosas, convidaban á

(1) Alusion á la cancion de Malbruck muy popular en Francia, y que existe traducida en España, Inglaterra y otros países. Asegúrase que los Franceses la compusieron despues de la terrible batalla de Malplaquet, en la que fue grande la mortandad de ambos lados. No obstante la melodía de esta misma cancion remonta á la edad media y fue adaptada á las circunstancias. El Malbruck de la cancion es el famoso John Churchill, duque de Marlborough, el mayor general que ha producido la Inglaterra, y el mas afortunado en sus campañas de todos los caudillos modernos. (N, del T.)

Habia solo conservado de la antigua aristocracia, ese candor ingenioso y fino que es la gracia del discurso, y esa sencillez elegante de maneras que se ha perdido y no volveremos á encontrar. Pero su alma era enteramente plebeya; amaba al pueblo con todas sus entrañas como un padre ama á sus hijos, presto á cualquier hora del día á levantarse, marchar, combatir, sufrir, vencer ó ser vencido, á sacrificarse, á dar por él su fortuna, su libertad, su sangre, su fama, su vida.

¡ Ilustre ciudadano! contemporáneo á la vez de nuestros padres y de nuestros hijos, colocado, como para abrir y cerrarlo, en ambas extremidades de este medio siglo heroico, tú vistes perecer la Revolucion de 1789 bajo el sable de un soldado, y la de 1830 bajo la palmeta de los doctrinarios; y, á pesar de haber visto dos veces frustrados tus planes, no te arrepentistes de lo que habias hecho, pues sabias que cada cosa viene en su debido tiempo, y que el grano sembrado en el campo de la democracia nunca se pierde, y mas tarde florece y fructifica. Sabias, alma patriótica, que las naciones, unas por caminos rectos, otras por veredas oblicuas, se encaminan á su emancipacion con la fuerza irresistible que precipita al mar la corriente de todos los rios, y marchastes con la cabeza alta y la esperanza en el corazon, en las vias de la verdad. Gracias te doy, generoso anciano, por no haber dudado de la soberanía eterna de las naciones, y haber preferido santamente los proscritos á sus opresores, el pueblo á sus tiranos. Cuando cayó de tus ojos el velo de una ilusion patriótica pero deplorable, y pudistes divisar la generacion actual con sus carnes gangrenadas y languidez moribunda, echastes con consuelo tu mirada en las generaciones futuras, sin dejarte avasallar, como Benjamin Constant, por una invencible melancolía, y fuistes digno de la verdad, porque no dudastes de ella.

## MAUGUIN.

Era en los primeros tiempos de la Revolucion de Julio; la Europa no participaba aun de la franca admiracion de Talleyrand por el Napoleon de la paz, y la corte que no sabia á qué santo encomendarse, vacilaba entre la alianza de los reyes y la alianza de los pueblos.

Pero Mauguin no titubeó un momento, sintiéndose invadido de repente en la tribuna por la fiebre belicosa del general Lamarque. Cosa magnífica era el ver á ambos prepararse á la guerra como el Malbruck (1) de la cancion, arrastrando en su séquito los batallones del gran ejército. A sus órdenes Tolon vomita sus flotas para bloquear Ancona y sublevar el Adriático, mientras que una expedicion de nuestras mejores tropas, costeando el litoral de Argel, Tunez y Tripoli, va á renovar en las playas del Nilo, los prodigios de Bonaparte. Se pasa el Rin, levántase la Bélgica, capitula Viena, abre sus puertas Cracovia, y, aumentada con las falanges de la Curlandia y Besarabia, se abre un paso hasta al Tanais la propaganda victoriosa. Aun no para ahí la impetuosidad de Mauguin, y, como yo no soy ni con mucho tan buen geógrafo y perito en estrategia como él, prescindiré de enumerar, por no estropear sus nombres, las provincias prusianas y rusas, valacas y morlacas, cuya invasion proponia el activo tribuno. Este y Lamarque organizaban continuamente revoluciones, y caidas de imperios, fundaban estados, estipulaban tratados de alianza y comercio, paseaban la bandera tricolor al son de trompetas victoriosas, convidaban á

(1) Alusion á la cancion de Malbruck muy popular en Francia, y que existe traducida en España, Inglaterra y otros países. Asegúrase que los Franceses la compusieron despues de la terrible batalla de Malplaquet, en la que fue grande la mortandad de ambos lados. No obstante la melodía de esta misma cancion remonta á la edad media y fue adaptada á las circunstancias. El Malbruck de la cancion es el famoso John Churchill, duque de Marlborough, el mayor general que ha producido la Inglaterra, y el mas afortunado en sus campañas de todos los caudillos modernos. (N, del T.)

la libertad á los Kurdos, Kalmucos y Kirguisos, y aun no tengo bien presente si fabricaban Cartitas adecuadas para esos esforzados bárbaros, ufanos de ser vencidos (1),

Las damas que frecuentaban las tribunas, las cuales, como bien es sabido, son sensibles á la gloria militar, gritaban: ¡Bravo Lamarque! ¡bravo Mauguin! y dejaban deslizar discretamente de la punta de sus pañuelos perfumados versos, laureles y flores (2).

Yo mismo, aunque no susceptible en exceso de dejarme deslumbrar, hallábame atónito, y maravillado de ver que, en tan poco tiempo y con tan débiles medios, fuese posible hacer conquistas tan rápidas y prodigiosas, y no dejaba de concebir temores por la suerte de la Rusia, la Prusia y el Austria, esperando leer cada dia, en la parte oficial del *Monitor*, que Lamarque y Mauguin se habian dignado dar audiencia á las diputaciones de las naciones emancipadas por la marcha victoriosa de sus armas, y que estos señores les habian dicho segun el modo de los conquistadores: «Recibimos «siempre con nuevo placer la expresion de vuestras simpatias «afectuosas;» cuando el cólera vino inopinadamente á interrumpir el curso de estas oraciones triunfales, y herir mortalmente uno de nuestros dos Alejandro, el cual, si hubiese sido justa la fortuna, hubiera debido morir en la tribuna, en la explosion de su victoria (3).

Al perder al general Lamarque, el abogado Mauguin perdió su empleo de gefe de estado-mayor del nuevo ejército, y aun debo añadir en honra suya, que tuvo bastante grandeza de alma para no reclamar, á pesar de sus brillantes hechos de armas, su pago de medio sueldo (4).

Pronto, á fin de poder continuar sus operaciones geográficas, Mauguin pasó del departamento de la guerra al servicio de las colonias (5), y el que queria emancipar á los Morlacos, se negó á emancipar los negros, que valen creo yo, tanto como los Morlacos. Y luego dirán que los abogados son hombres sin lógica.

Tambien tiene Mauguin la pretension de ser un excelente diplomático, y no se crea que, bajo este punto de vista, se le pueda mojar la oreja, pues sabe de memoria Grotius y Puffendorff, ha es-

(1) Véanse los primeros discursos de Mauguin en 1831.

(2) Histórico.

(3) El general Lamarque murió del cólera en 1832.

(4) Histórico.

(5) En calidad de delegado.

tudiado asiduamente los manuscritos de Versalles, conoce los tratados patentes y cláusulas adicionales, y no hay marchas ni contramarchas de ejército que escape á su penetracion. Mauguin prevé la destinacion de las flotas, y es capaz de decir su rumbo, antes que se haya hecho á la vela el almirante y abierto sus pliegos. Nada puede disimularle el telégrafo, y en vano agita y cruza de mil maneras sus largos brazos. Sus comunicaciones, y bien puede creerlo el lector, le vienen de personas fidedignas, y es de creer que tiene sus espías en las fronteras, sus periódicos, correspondencias privadas, sus inteligencias, sus cartas cifradas, y estoy por decir sus embajadores; solo le faltan los fondos secretos para ser completamente ministro de los negocios extranjeros. Así no es de extrañar que aspire á este puesto, y no hay que hablarle al señor Mauguin, abogado, de ser guardasellos. ¡Guardasellos! ¡qué disparate! ¡Guardasellos el señor Mauguin! Ni aun por asomo.

Ya lo he insinuado en la parte precedente de mi obra: dirigir los negocios extranjeros, tal es el tema de los abogados y reyes de nuestra época. Ambos tienen, abogados y reyes, reyes y abogados, abogados sobre todo, la pretension de saber perfectamente lo que pasa en casa ajena, mejor que en la propia. Mas valdria que esos señores reyes y abogados, nos pusiesen un poco al corriente del estado interior de nuestra nacion.

¿Hay que añadir que, en todas las naturalezas francesas, especialmente en las plebeyas de origen, hay un flaco de aristocracia que se descubre siempre por algun lado? Nuestros abogados tienen el prurito diplomático, y aspiran á tratar bajo un pie de igualdad con las cabezas coronadas, figurándose que la Europa los oye hablar, que la Europa tiene en ellos los ojos, que la Europa les profesa la mayor consideracion, que le meten miedo ó la complacen, y que es mucho mas honroso el dar la mano á un embajador de Bohemia que á un juez de Meaux ó de Perona.

Yo me figuraba, tan poco conozco los hombres, que Mauguin, adelantando en edad, llegaria á adquirir ciertos gustos caseros. Pero, ¿cómo ha de ser? el cuerpo le pide otra vez el gusto de los viages caucásicos, y hételo aquí de nuevo en campaña: antes era contra los Cosacos (1), y actualmente contra la Inglaterra (2). ¡Pobre Inglaterra! ¡cómo te compadezco!

(1) Véase su campaña de guerra con el general Lamarque, 1831-1832.

(2) Véase en el *Monitor* los discursos de Mauguin en 1842.

No cabe duda, Mauguin es el orador y poeta de la política descriptiva, y el protector en el parlamento francés de la confederación rusa. ¡Cáspita! ¡Y qué endemoniado es el hombre! Hétele aquí que corta en dos la isla de Sumatra, llega por un giro estratégico al Indo, echa al mar las ricas factorías de la opulenta Calcuta, y penetra con sus batallones galo-moscovitas en los alfoques y desfiladeros del país de los Sikos. Por mi parte no abrigo duda que todo ese estrépito de estrategia y derrotero, meta mucho miedo á la Inglaterra, y no sé como podrá salir de tan peligrosa situación; solamente yo quisiera que Mauguin, si fuese posible, no acabase con la Inglaterra en un abrir y cerrar de ojos, y esto se lo suplico en nombre de nuestro jóven y esforzado ejército, que, una vez la Inglaterra destruida completamente como un ponton por Mauguin, no podría disparar un fusil para hacerse la mano y no perder la costumbre. Por otra parte hay que dejar algo que hacer á nuestros hijos; pero es preciso confesar que no tenemos entrañas, que todo lo queremos para nosotros mismos y abusamos de nuestras ventajas. Ya hemos resuelto la cuestión de Oriente; triunfamos de la Inglaterra desde los mares de China hasta el estrecho de Gibraltar, y somos tan expertos en confederaciones rusas como en colonizaciones africanas y bombardeos siríacos. Por ahora me parece que no sería malo quedarnos ahí, salvo á volver á empezar la campaña el año que viene, una campaña no menos vistosa, que debe conducirnos, al son del tambor, desde el portero que, detrás del sillón del presidente Sauzet, grita: ¡Silencio Señores! hasta el portero que se halla al lado del banco de los ministros, para llevarles sus esquelas de amor y de convite.

En verdad si Mauguin no fuese tan gran conquistador, debería estar ya harto de gloria, y me parece que, después de haber ratificado y sellado con el sello de cera verde, el tratado de alianza entre la Francia y Nicolas I, emperador de todas las Rusias, no haría mal en dirigir su augusta solicitud en el interior, en que no hay menos eriales y abusos que arrancar de raíz, que en los desiertos de Novogorod.

¡Cuanto hemos desatinado, todos nosotros Franceses, durante tres meses y mas, sobre el levantamiento de los Drusos, los favores de la sultana Validé, el emir Beschir, la fidelidad inalterable de Ibrahim y su padre Mehemet, y esos intrépidos salteadores de Damasco y del Líbano. Cosa curiosa era el vernos á nosotros,

honrados diputados, negociantes de telas, surtidores de alquitran para la marina, abogados sutiles, profesores de gramática, agiotistas de caminos de hierro, fabricantes de azucar de remolacha, formar en batalla los escuadrones de Soliman-Bajá, como si se tratase de una revista en las Tullerías. Contábamos todas las baterías de San Juan de Acre, por el flanco y de través, como no tardaremos en contar los cañones de nuestras amables bastillas (1) amenazando á nuestros amables arrabales (2).

Todos nosotros repetíamos á porfía lo que decían ó no decían Mehemet, Kosrew, Reschid, Abdul, la Sultana, Napier, Stopford, Beschir, Ponsomby, el eunuco negro, el seraskier, el internuncio, el mufti, el capitán, todo salvo lo que hubiera debido decir nuestro embajador el conde Alexis Pontois, que nada decía. Y después cuando nos vimos excluidos, sin aviso preliminar, completamente escarnecidos, sin que nos fuese permitida la menor respuesta, y bien derrotados sin haber podido entregar el menor combate, un ministro de aquel entonces, no sé cual era, pues se mudaban cada quince días, vino á decirme al oído, en un acceso de buen humor, que el gobierno de Su Magestad Cristianísima, el rey de los Franceses, no sabía una palabra de lo que pasaba en aquellos lugares. Y tal es cabalmente el motivo que nos induce á dar cien mil francos á los embajadores que nos representan de un modo tan perfecto en el Imperio otomano, y tal es la causa de que, gracias al viaje de Mauguin en Rusia, á los informes exactos que hemos recogido en el Oriente, y á los grandes combates de pluma y lengua que hemos entregado, somos tan temibles á la Inglaterra tanto por tierra como por mar.

Eso va ya muy bien, pero mejor irá cuando será Mauguin ministro de negocios extranjeros, y entonces veremos á todas las

(1) Alude el autor á las fortificaciones de Paris, cuyo proyecto fue leído á la Cámara de diputados en el año de 1841, y realizado en los siguientes. A excepcion de los afiliados ó adherentes al periódico el *National*, todo el partido democrático se pronunció contra esta medida liberticida que tendria á hacer retrogradar la Francia hasta la edad media, cambiar en plaza fuerte la ciudad mas civilizada del orbe, y rodearla de una guarnicion de fuertes que designaban los republicanos bajo el nombre odioso y expresivo de *bastillas*, dando á entender que si los revolucionarios de 1789 habian destruido una *bastilla*, el gobierno salido de las barricadas en 1830 pretendia multiplicar en torno esas horrendas fortalezas. (N. del T.)

(2) *Nos aimables faubourgs*. Este dicho se atribuye á Luis-Felipe, y es otra epigrama que lanza Timon contra este monarca. (N. del T.)

togas y golillas de la Cámara en la calle de Capucines (1). Hay conjuración flagrante de parte de los hombres de leyes para apoderarse de los negocios extranjeros. Los abogados, sin dejar su traje, tiran el cañon, lanzan la flota á toda vela, escriben órdenes, envian correos, firman tratados que no son los de la cuádruple alianza, y juzgan con autoridad á los generales de ejército, embajadores y reyes. El abogado habla, el abogado negocia, el abogado hace la guerra, el abogado reina, el abogado gobierna, el abogado lo hace todo, y así nada se hace en sustancia.

Quiero decir que nada se hace de lo que se debiera hacer; pues supongamos que, mediante el influjo del señor Mauguin y compañía, nos fuese permitido establecer algunas malas chozas de paja en las despobladas costas del Coromandel; admitamos que la alianza rusa nos valiese el reino de Cachemira con algunas cabras del Tibet para nuestro Jardin de Plantas (2), y el vireinato de Cabul para Mauguin, ¿qué ganaríamos con todo esto en último análisis? Lo que me interesa de un modo mas directo, y lo que no parece ocupar sobremanera á nuestros sublimes oradores, es la condicion miserable y precaria de los labradores del centro de la Francia y de los jornaleros de Paris, Leon y Nantes; es la servidumbre corporal y espiritual, la crasa ignorancia, la degeneracion moral de tantas criaturas humanas nacidas en la misma tierra y bajo los rayos de la misma civilizacion que nosotros; la corrupcion de los abusos que corre á torrentes, la confiscacion de nuestras libertades por las leyes de setiembre, despues de la confiscacion de nuestra plata por las leyes del impuesto.

Me detengo, pues desde aquí me parece ver á Mauguin que sonrie de desprecio al ver mi vuelo tan bajo y rozando la tierra, y desdeña en su irónica compasion nuestra pobre persona formada de barro tan grosero, falta de aliento, de alas, de resorte, desprovista de toda inteligencia en materia de alta política, sin asomo de conocimiento en lo tocante á la alianza combinada de la Prusia, el Austria y la Rusia con Mauguin, ni en las peregrinaciones

(1) En esta calle, formando esquina con el *boulevard* del mismo nombre, se halla el ministerio de negocios extranjeros. (N. del T.)

(2) Jardin amenísimo, situado en la parte sud-este de Paris, lugar de paseo, y célebre por sus catedras de ciencias regentadas por los mejores profesores de Francia, su Museo de historia natural, único en su género, y la coleccion de animales vivos que solo cede á la de los *Zoological-Gardens* de Londres. (N. del T.)

de este en el país de los Mongoles, ni en sus correrías geográficas, ni en sus expediciones en desiertos desconocidos, sus incursiones en las posesiones inglesas de la India, y su vireinato de Cabul.

Sin embargo, si Mauguin, en vez de querer ser virey de Cabul, se obstinase en querer ponerse bajo el brazo la cartera en tafílete de las relaciones exteriores, ¿porqué no se le permitiera ese inocente capricho? Por mi parte, desde ahora hago la proposicion formal al consejo de ministros, y alego las siguientes razones en favor de la candidatura.

Mauguin posee un sentimiento vivo, muy vivo de la nacionalidad, un golpe de vista pronto y claro de los intereses comerciales de la Francia, una aptitud laboriosa y familiarizada con los negocios, una conversacion elegante y fina, y modales de corte. ¿Qué viene á ser la falta de famosos abuelos? ¡Valiente cosa! El nombre ilustrado, aunque plebeyo, de Mauguin, no va en zaga á los de tantos duques y pares que cobija el polvo ni mas ni menos que los retratos de sus antepasados. El nombre de Mauguin suena tan bien como el de Guizot que vale tanto como el de Thiers, y este no cede al de Soult, el cual no es inferior al de Maison, que no desmerece al lado del de Mortier, el cual valia el de Broglie, y este el de Sebastiani, y el de Sebastiani no deslucia al lado del de Polignac. Por mi parte, si pudiese dar un movimiento á la rueda de su fortuna, no dejaria de hacerlo con gusto, pues Mauguin es aun hombre fiel al movimiento de Julio, que la corte no dejará de usar y gastar en provecho propio; y me tarda el ver poner manos á la obra á todos esos forjadores de Cartas, fabricantes de reyes, fundadores augustos de dinastía. Veremos como salen del apuro, y si no salen, será preciso convenir que concluidas están las experiencias, que existen incompatibilidades entre ciertas cosas, y que hay lugar á modificacion.

Mauguin tiene tambien otra manía, independientemente de la conquista, diplomacia y esclavitud; se cree un hombre de gobierno, y está persuadido que la mayor parte de sus colegas de la Oposicion son de una ignorancia é incapacidad sin igual en las materias de estado, sin apego suficiente á la centralizacion, inclinados á mezquinas controversias, anegados en consideraciones de segundo orden, é incapaces como él de organizar un plan de administracion y llevar á cabo vastas empresas.

Thiers que era á la sazón ministro de no sé qué departamento,

para anular la oposicion incómoda y acerba de Mauguin, tenia especial cuidado de lisongear sus ideas favoritas; y, tal como el reptil tentador, se acercaba arrastrándose al lado de Mauguin, y, enroscándose al rededor de su cuerpo, é insinuándose hasta su oído, le silvaba estas palabras:

«¿Cómo puede Vm., señor Mauguin, hacer migas con la gente que combatimos, gente de cortos alcances? ¿No es Vm. el solo de entre ellos que comprenda lo que es gobierno, y por consiguiente destinado á proceder como nosotros cuando llegue á sentarse en este banco de angustia y dolor? Así ayúdenos Vm. en nuestra obra, y no olvide que, al hacerlo así, nos presta Vm. auxilios para prepararle la via, y trabajar en su provecho.»

Harto cedió Mauguin á la insinuante astucia de este lenguaje, sin notar que, para lograr una sonrisa de Thiers, se enajenaba la austera amistad de la Oposicion.

¿Qué motivo le impelia? ¿Desertó acaso nuestros principios? No; fue por traicion de corazon? Mucho menos. Su solo movíl fue gusto de paradoja, fantasía de tesis, excentricidad de oposicion, indisciplina, vanidad y nada mas.

Digamos empero, para ser justos, que, miembro del gobierno provisorio que hacia los ministros, hubiera podido serlo si hubiera querido; y proscrito por Carlos X si victorioso hubiera sido, manifestando Mauguin que era capaz de valor civil. Su vida política ha sido enteramente parlamentaria, completamente pura, y de nada le acusa la conciencia. Mauguin ama y busca ansioso la igualdad, por orgullo ó desinterés, poco importa, mas ello es que la ama. Al mismo tiempo es partidario acérrimo de la centralizacion, y bajo este punto de vista, seriamos los últimos á vituperarlo. Todos los hombres de estado reconocen la necesidad de un poder fuerte en un país en que la imaginacion es la facultad dominante, facultad que transporta los espíritus, con una facilidad increíble, de un sistema á otro. Mauguin ama con exceso patriótico la independenciam de nuestra nacion que prefiere á la misma libertad; y cree que esta nacion tan movíl, tan viva, tan caballescica, tan atolondrada, necesita ser ocupada y deslumbrada por el espectáculo de cosas grandes. Así no tiene preferencia por ninguna dinastía, ni por casta alguna regia profesa el menor cariño personal. Hay en el fondo de sus concesiones monárquicas, instintos revolucionarios; y yo estoy persuadido que acogeria la repú-

blica con tanto gusto como la monarquía, con tal que la república tuviese unidad, poder y grandeza.

¡Cosa singular! despues de diez y siete años de ejercicios parlamentarios, Dupin marcha solo, Sauzet solo, Mauguin solo. Ahora bien, los hombres que no pertenecen á ningun partido viviendo en medio de estos, ó que no aciertan á conducirlos á pesar del talento que les deparó el cielo, arguyen por el hecho mismo que carecen de tino, opinion, plan, sistema, principio, carácter y política grande ó pequeña. Con tal naturaleza se puede ser buen ciudadano, ministro, presidente, académico, fiscal, orador, abogado, persona muy amable en su trato, mas no hombre de estado. Y esta no obstante es la idea que continuamente persigue á todos. ¡Ser hombre de estado! Todos se esfuerzan en trepar á tan alta cumbre, y Mauguin mas que otro.

Fuera de esto, siempre perfectamente al corriente de las cosas exteriores, muy bien informado por los cónsules, agentes y hombres de negocios que mantiene en el extranjero; y su manía en este punto llega á tal grado, que, cuando hace poco afirmaba este gran diplomático en la tribuna que estaba mas enterado de lo que pasaba en Europa que los mismos ministros; que estos no podian ni aun sospechar siquiera la extension de sus informes, y que en su mano estaba el dejar traslucir el secreto del estado, la Cámara entera se volvia de mi lado sonriendo, y me decia: ¡válgame Dios, Timon, y que bien lo has pintado!

Pero basta ya del hombre político; pintemos ahora al orador.

Fácilmente se le reconoce. Mauguin tiene su asiento en la extremidad de los bancos de la derecha, y se distingue entre sus compañeros por su fisonomía franca, sus ojos finos é inteligentes, su voz firme y clara, sus ademanes nobles, su modo de recitar algo enfático.

¡Qué bien habla! ¿No es verdad? En la conversacion, en un corrillo reducido, brilla no menos que en la tribuna. Amigo de romper lanzas con el primer campeón que se presente, se constituye el centro de los diputados que murmuran en la sala de conferencias, y, no menos que al brillo de la tribuna, aspira á brillar en los corredores.

Al mismo tiempo es muy cortés y complaciente, y sus maneras son joviales y afables; así es que cautiva y seduce á todo el mundo. A mí me gusta mucho Mauguin, aunque este no lo cree, probablemente porque se le figura que no se puede tener afecto á una

persona sin alabarla sin cesar; pero esto es adulacion, y la simpatía que Mauguin me inspira es demasiado sincera para no decirle francamente lo que de él pienso, bien ó mal, advirtiéndole que en el concepto que de él formo, entra mas bien que mal.

No es tan largo, ni tan difuso como los demás abogados, y, aunque echa á veces á perder su dición á fuerza de corregirla, es preciso convenir que hay mas declamacion en su tono que en sus palabras, y mas en la acentuacion que en las ideas. Tal vez se le puede vituperar de premeditar en demasía sus efectos oratorios, dejar aparente la trama de sus discursos y no abandonarse suficientemente á la naturaleza. Fuera de esto es preciso en sus exordios, afianza bien los argumentos, su modo de proceder arguye no poca pericia é inteligencia, y la habilidad es su primer mérito.

Mauguin, por su larga práctica del foro, la especialidad de sus estudios, la brillantez y flexibilidad de su talento, no tiene igual para tratar luminosamente las cuestiones de derecho civil ó criminal, comercio, aduanas, hacienda; y, cuando á ello se decida, será uno de los abogados mas útiles de la Cámara, como ya es uno de los mas facundos.

Mucho me gusta esta comparacion de Mauguin, pues es realmente hermosa: «Las luces son como los fluidos cuya presion se ejerce en los bordes, y tienden siempre á extenderse.»

A veces cuando se anima, y la naturaleza excede en él al arte, cesa de ser retórico, y llega á ser orador, elevándose á la mayor elocuencia. Entonces hace temblar, palidecer, llorar, sobre las desventuras y despedazamientos de la Polonia espirante; y sus palabras proceden del fondo del corazon, agitan y conmueven á los oyentes. Pero tales efusiones del alma son raras en Mauguin, y en general caracterizan oradores mas verdaderos, mas fogosos, mas irregulares. Mauguin es demasiado dueño de sí mismo para hallar esos arranques patéticos que solo acuden á los que no los buscan; pero al mismo tiempo maneja con la mayor ventaja el punzante sarcasmo y la irresistible ironía.

Temible interpellador es Mauguin, y al mismo tiempo fecundo, ingenioso, atrevido, infatigable, sin dejarse intimidar por las rechiflas ni los murmullos, y mostrándose tanto mas frio cuanto mas animados sus adversarios.

Me acuerdo de haberlo visto, cuando, desde lo alto de la tribuna, luchaba cuerpo á cuerpo con Casimiro Périer, su terrible enemigo. El ministro hostigado y sin aliento, lanzaba en la tri-

buna los rayos de sus ojos encendidos, agitábase convulsivo en su banco, y exhalaba entre dientes exclamaciones coléricas mezcladas de sordas amenazas; mientras que Mauguin, con la sonrisa en los labios, le disparaba esos dardos que no hacen saltar la sangre, pero que pican dolorosamente en la piel; y revoloteaba al rededor del ministro, poniéndose en cierto modo en su frente, como el tábano que pica á un toro bramador y entra en sus narices. Así Casimiro Périer espumaba, escarbaba la arena y se agitaba vencido.

Resumamos el carácter de Mauguin.

Mas político por falta de conviccion que por debilidad de carácter, pero excelente orador, á menudo al nivel de los mas sobresalientes; en ciertas ocasiones elocuente, pero en todas lleno de lucidez y concision; firme, incisivo, dotado de un talento fecundo, muy extenso, penetrante, y flexible; sereno en la tormenta, dueño de sus pasiones menos para reprimirlas que para conducir las; doméñando su impaciencia para poder enviar con mas violencia á sus adversarios los venablos que le disparan; hombre lleno de amenidad y seduccion, si bien algo presuntuoso y ansioso de encomios; en una palabra una de aquellas personas que no es posible ni amar ni aborrecer en exceso.

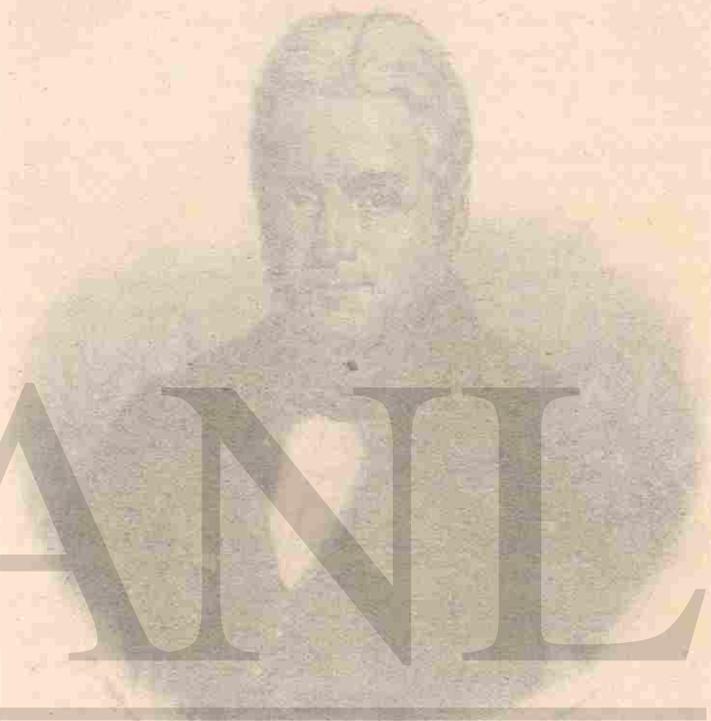
## LAFFITTE.

¿Ha habido un ministro que haya entrado en la carrera de los negocios con mas entusiasmo y sinceridad, y que haya salido con un corazon mas francés y manos mas puras? ¿Cuantos reyes y personas privadas abusaron de carácter tan bueno, tan afable, tan generoso! ¿Qué voz tan agradable! ¿Qué conversacion tan interesante! ¿Qué fluidez tan variada, tan abundante, tan amena, tan llena de chiste y destellos! ¿Qué entusiasmo juvenil por todo lo bueno, justo y verdadero! ¿Como unia á la elegancia de la corte, cuando la corte tenia elegancia, la sencillez de costumbres del negociante! ¿No valia cien veces mas oír á Laffitte, y á Dupont, tan sustanciales, tan llenos, tan claros, que á tantos retóricos habladores, tantos abogados de provincia que sacan su reloj para ensartar desatinos durante una hora, y olvidan que la naturaleza dió la voz al hombre para emitir ideas, y no para fabricar palabras?

La vida privada de Laffitte ha sido un curso de moral en accion, y su vida pública un curso de política al uso de los pueblos que, pudiendo conducirse por sí mismos, se uncen al carro pesado de un rey.

Laffitte tenia el genio de los negocios y de la hacienda, aun mas raro que el genio oratorio. Habia resuelto el problema de la conversion de rentas, de los bancos y amortizacion, con una propiedad de términos que adornaba la ciencia sin ocultarla. Sus discursos sobre el conjunto del presupuesto son modelos de exposicion teórica, y sus discusiones dechados del género deliberativo aplicado al manejo de las cifras. Bajo la Restauracion fundó el crédito público, y despues el crédito privado, no queriendo que se perdiese un solo momento de su vida sin haber sido útil á su país.

El fondo del carácter de Laffitte era republicano, no que creyese á la posibilidad actual de esta forma de gobierno; pero opinaba



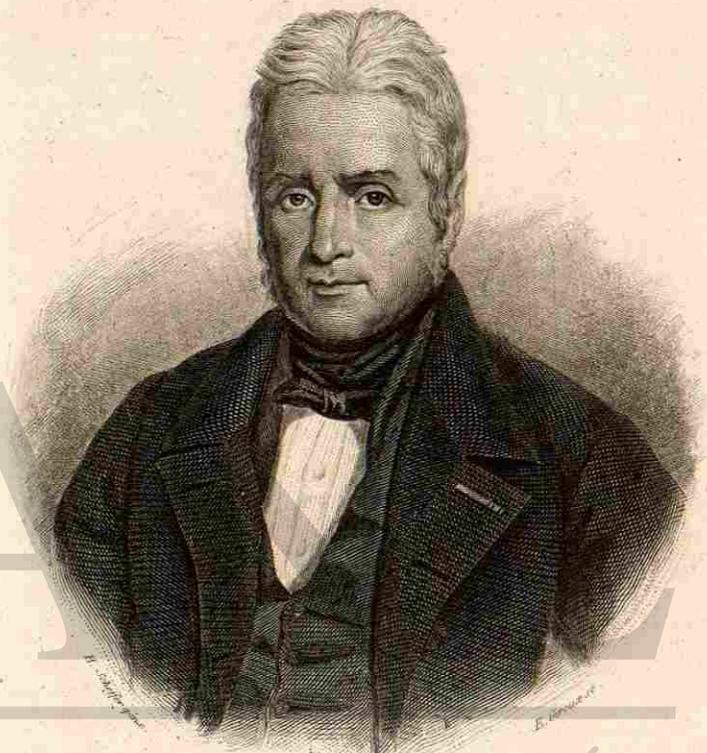
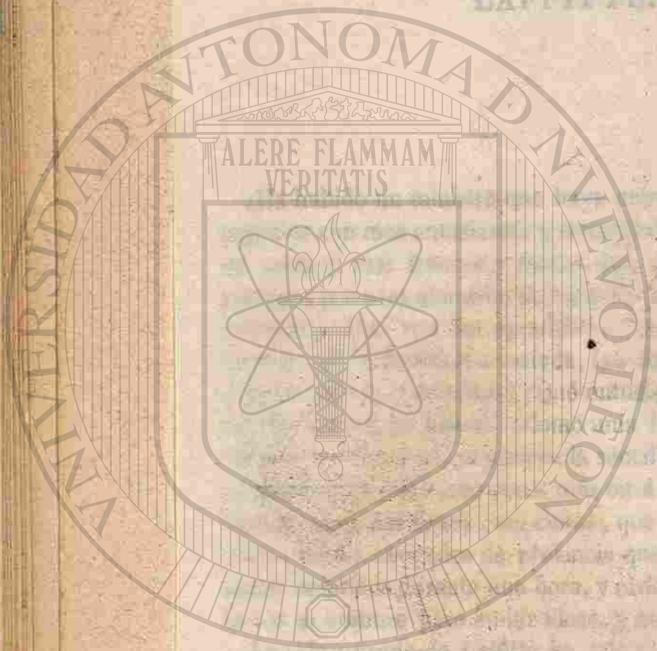
JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LAFFITTE  
AL DE BIBLIOTECAS



LAFFITTE.



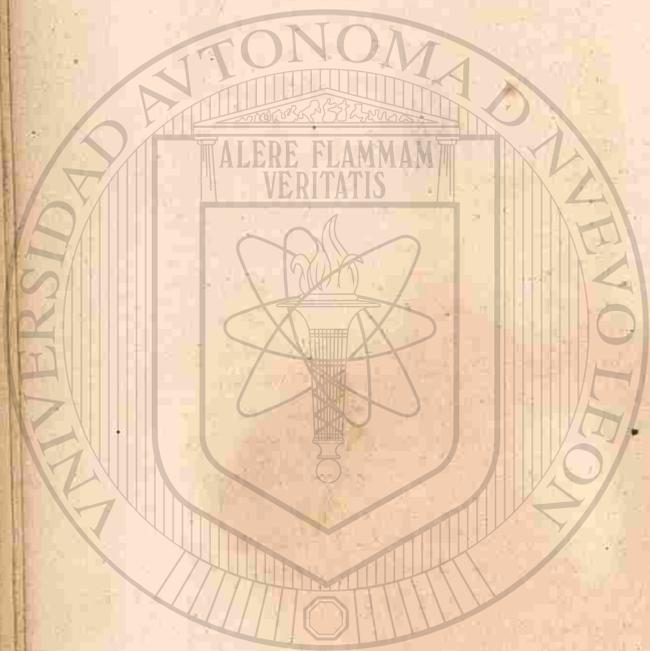
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAFFITTE.



El fondo del carácter de Laffitte era republicano, no que creyese a la posibilidad actual de esta forma de gobierno; pero opinaba



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

como Lafayette, Chateaubriand, Arago, Dupont de l'Eure y, si me es permitido añadir, como yo mismo opino, que los Europeos gravitan á esta forma de gobierno, que será un dia la expresion mas avanzada de la civilizacion europea.

Esa alma tan suave, que á fuerza de benignidad parecia debil, se fortificaba en vivas y poderosas ocasiones; y entonces Laffitte luchaba enérgicamente contra los peligros, que invadia con denuevo y vencía por su decision.

La ingratitud, viniese de donde viniese, le causaba una viva indignacion; y la opresion de la libertad, cualquiera que fuese el pretexto de que se cubriese, encendia su enojo; y entonces dejaba escapar en la tribuna esas palabras que solo proferir atrevida é impunemente puede un hombre que da las coronas y funda las dinastías; mientras que el ministro se sonrojaba y bajaba la vista.

Laffitte sobrellevó su fortuna adversa con tanta serenidad como la próspera, y encontró numerosos ingratos en todas las clases de la sociedad, desde las mas altas hasta las mas bajas. Ningun hombre de nuestro tiempo fue mas magnifico, pues, despues de haber abierto su casa á todos los proscritos, y su bolsa á todos los desgraciados, concluyó por regalar un cetro. ¿ Quien presidia á la Cámara de diputados el 29 de julio? ¿ Quien era el alma, el gefe, el caudillo del Palais-Royal? ¿ Quien instigó y arrastró á Lafayette, Lafayette desafecto y contrario al partido de Orleans? ¿ Quien acercó el Palais-Bourbon (1) del Hôtel-de-Ville (2)? ¿ Quien condujo y terminó todo el negocio si no Laffitte? Si, Laffitte fue el que recogió la corona de Francia que yacia por tierra, y la puso en las sienes de Luis-Felipe.

Yo Timon que nunca me he sentido, como mis vigorosos compañeros, con fuerzas suficientes para engendrar un rey, asistia, mas como aficionado que como legislador, á la sesion secreta del 29 de julio, en que se decidió la suerte de la Francia, en tres minutos, segun el uso de los legisladores galos, los cuales, como consta, procedian con una prontitud sin igual. Solamente, lo que es raro en mi amada patria, yo era el solo que hubiese conservado mi juicio sano, no hallándome, como los treinta y seis padres de la patria que me rodeaban, en los dolores del parto. Así mejor que á

(1) Edificio situado en la plaza de la Concordia, y destinado antes del establecimiento de la República á la reunion de los diputados. (N. del T.)

(2) Como si dijéramos la Casa del ayuntamiento. (N. del T.)

ninguno me ha constado, mejor que al mismo Laffitte que nos presidia, lo que hacia este, y lo que estaba en estado de hacer; y me acuerdo haber visto oscilar, en aquel momento, la futura corona en la punta de un aguja.

¡Si me fuese permitido hablar de un hombre como es permitido hablar de Dios (1)! ¡Si habitase en un país en que existiese la verdadera libertad de la prensa! Pero las leyes de setiembre me detienen al momento mismo en que iba á pintar...

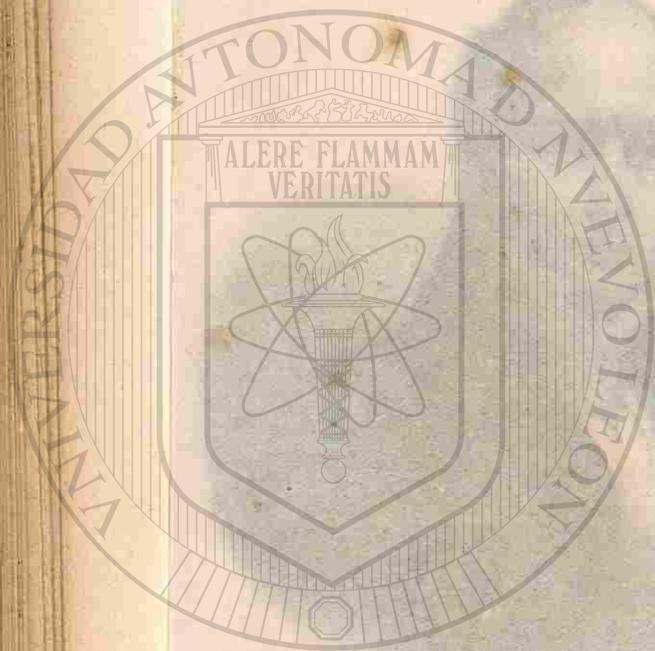
De las tres personas que formaron y sostuvieron por su patriotismo, crédito y virtud, el jóven y revolucionario establecimiento de Julio, no queda mas que Dupont de l'Eure.

Dupont de l'Eure, especie de Romano, pero de los mejores tiempos de la antigua Roma; honrado sin ostentacion ni gazonería; republicano por sus principios, por sus costumbres, por su carácter y sus virtudes; como el patán del Danubio, sencillo, ingénuo, dotado de un carácter franco, sin sombra de disimulacion, y capaz de degenerar en aspereza; incómodo á los aduladores, y abogando en la corte y en un senado corrompido la causa del ahorro y de la igualdad; dotado de una rectitud de juicio que no pueden atajar las frases brillantes, los sofismas ni las protestaciones; inteligencia que descuella por la sensatez como otras por la elocuencia; personage raro en todos tiempos, y especialmente en una época en que los apóstatas del honor y de la libertad marchan con el mayor descaro en vias despreciables, y se colocan en la frente aureas coronas; varon en fin á quien, para completo realce faltaria tan solo la proscripcion, que estoy muy lejos de deseárselo.

(1) Fácilmente comprenderán nuestros lectores que alude Timon al rey Luis-Felipe. En efecto una de las leyes de setiembre era que no pudiese ser nunca atacada la persona del monarca, tanto bajo el punto de vista político como privado. Toda discusion política era consiguientemente superficial, vana é inútil. Timon insinua de paso la chocante contradiccion que presenta una nacion civilizada que permite discutir sobre los atributos de Dios y aun profesar el ateísmo, al paso que no tolera que se trate del monarca nacido de la revolucion de Julio por la voz del pueblo.

(N. del T.)





DIRECCION GENERAL DE B

## ODILON BARROT.

Odilon Barrot no tiene como Mauguin una de esas fisonomías móviles que giran sin cesar sobre sí mismas, que reflejan la sombra y la luz, la fuerza y la gracia, y gustan, cuando acabadas, por la variedad de los adornos, y la vivacidad atrevida de la línea y el colorido.

Odilon Barrot ofrece, al contrario, el carácter de la filosofía imponente y acompasada del filósofo, mas bien que los caprichos y brillantes arrebatos de los improvisadores.

Su razón, como un fruto precoz pero sano, maduró antes de la edad, y á los veinte y cuatro años era abogado en el tribunal de Casación. Nicod era el dialéctico de la compañía, y Odilon Barrot el orador.

Mitad abogado, mitad hombre político, Odilon Barrot habia ya colocado su nombre, bajo la Restauración, al lado de los personajes mas célebres de la Oposición, y la libertad lo incluía con orgullo entre sus defensores.

Odilon Barrot estudia y lee poco, pero medita mucho, y solo en las altas regiones intelectuales tiene su espíritu actividad y energía. Ministro, sería capaz de desmayar y dejarse sorprender en la aplicación, pues es mas apto á concebir que á ejecutar, y brilla menos en la acción que en el consejo. La falta de atención y no la incapacidad natural le haría descuidar las minuciosidades de los negocios y los pormenores del gobierno.

La fecundidad que presta á un asunto es mayor que la que de él recibe; solo coge su flor, solo habita las altas regiones, y reflexiona mas bien que observa,

Lo que sobre todo le impresiona en una materia es el conjunto, y este modo de considerar las cosas le viene de la disposición peculiar de su inteligencia, del ejercicio de la tribuna, y de los procedimientos de su antiguo oficio de abogado en el tribunal de Casa-

cion. Nadie mejor que él sabe abstraerse y resumir una cuestion, y, por mi parte, yo considero á Odilon Barrot como el primer generalizador de la Cámara (1), facultad que posee aun á mayor grado que Guizot que tan solo la ejerce en ciertos puntos de filosofía y política, mientras que Odilon Barrot improvisa sus generalizaciones del modo mas feliz, en cualquier materia que sea. Ambos son dogmáticos como todos los teóricos, ambos afirmativos, pero aun mas Guizot, pues éste duda menos que Odilon Barrot, toma mas rápidamente una resolucion, y marcha á su objeto con la viveza y rigidez que le caracteriza.

Odilon Barrot es hombre de bien, cualidad que me avergüenzo en cierto modo de alabar, y sin embargo que es necesario alabar, pues es tan rara. Nade servil, ni intrigante, ni apenas ambicioso. Su reputacion politica es bella y sin mancha, y su palabra siempre está presta á defender todas las causas generosas y proteger todos los oprimidos.

Odilon Barrot tiene mucha popularidad electoral, mas no goza de popularidad popular, si es permitido este pleonasma. No obstante con dificultad podemos persuadirnos que Odilon Barrot no sea interiormente radical por sentimiento de igualdad, por experiencia de la monarquía, conciencia de su dignidad de hombre, y prevision del porvenir. ¡Cuántas profesiones de fe dinástica hemos empero oido en su boca! Hay quien da la razon de esto diciendo que Odilon Barrot siente por la persona de Luis-Felipe una especie de simpatía que lo cautiva y retiene. Pero nosotros estamos convencidos que Odilon Barrot no profesa por el monarca francés una adhesion ilimitada y absoluta, á la manera de esos domésticos cubiertos de seda y oro, y que no titubearia un momento si se tratase de decidirse ó por la patria ó las ordenanzas de otro Julio.

Odilon Barrot posee una fisonomía bella y meditativa. Su frente ancha y espaciosa anuncia la fuerza de su pensar; su voz es llena y sonora, y su palabra singularmente grave. Hay en su porte y vestido cierto esmero que no le sienta mal. Su actitud es digna sin ser teatral, y sus ademanes tienen una noble sencillez.

Cuando habla, anima, acentua su palabra, que emite con un calor y un colorido sin igual, al paso que es fría y pálida cuando escribe. Su discusion es sólida y docta, llena de recursos, suficien-

(1) Véase su bella discusion sobre la ley del Consejo de estado.

temente adornada y dominada por una razon superior. En una causa cualquiera se atiene á la cuestion de derecho mas bien que á la cuestion de hecho; y, con increíble habilidad se apodera de este, lo profundiza, lo resuelve, haciendo brotar numerosos puntos de vista é ingeniosas consideraciones.

Sin embargo, su método no está al abrigo de defectos. Odilon Barrot se detiene y cojea en sus largos exordios, se pierde en la extension de sus pensamientos, y con dificultad consigue volver á anudar el hilo que los une, cuando este se rompe. Apenas conseguir puede llevar sus arengas á un término, si bien este último defecto me choca en él menos que en otro, porque me gustan sobremedera los discursos llenos de nervio y sustancia. Debo así mismo convenir que Odilon Barrot es mas abundante que difuso, y hay gusto en seguirlo á la caza de ideas, mientras que los retóricos vulgares solo ofrecen frases huecas.

Odilon Barrot es mas razonador que ingenioso, mas desdeñoso que amargo, mas templado que vehemente. Su mirada no llama suficientemente, y su pecho no late con el debido enojo contra la opresion y la arbitrariedad. A menudo su vigor se desploma y cae, y su arma le pesa al fin de la pelea.

Dueño de sus pasiones y de sus palabras, apacigua en sí mismo y al rededor de sí la ira de los centros y los movimientos borrascosos de la izquierda. Al mismo tiempo prepara y cubre la retirada en los pasos difíciles con la destreza de un estrategista consumado, y parece ser el Fabio Cunctator de la Oposicion.

Desgraciadamente, esta táctica de temporizacion, cuando á menudo repetida, enerva el valor parlamentario, el cual ya no es muy osado. El papel de la Oposicion no debe consistir en ocultarse detras de los bagages de la ambulancia, sino mostrarse vivamente al frente de las batallas. Cuando el pueblo no ve á sus defensores subir al asalto y pegar fuego á la mecha, se entibia, bosteza, se aparta, y va en busca de otros espectáculos.

Los oradores son los niños mimados de la prensa, y, del mismo modo que estos pegan á sus nodrizas, los oradores prescinden en la tribuna y en cierto modo desprecian la prensa. La culpa en verdad la tiene esta, oponente ó ministerial, con ese afan y prurito de ponderar cada palabra que sale de la boca de esos heroes parlamentarios, recogéndolas preciosamente y depositándolas con un santo respeto como si se tratase de reliquias santas y venerables. Tal vez no hay uno solo de nuestros oradores dinásticos

á quien no se haya dicho quinientas veces que es admirable, sublime, elocuentísimo, y por consiguiente, que no esté hinchado de orgullo, ebrio de encomios, y no se crea interiormente una maravilla igual cuando menos á Demóstenes. Así nadie debe extrañar que esos señores se muestren tan presumidos, tan pagados de sí, pues no son para menos esos loores incesantes. Yo mismo, á pesar de la amarga misantropía con que se me moteja, he incurrido en mas de una ocasion en esta misma falta que señalo, si bien he moderado el fuego y ardor de mis pinceles. A la verdad no es un mal inmenso el exaltar el mérito de nuestros tribunos, y cuando mas argüiria falta de gusto. Pero hay algo que es mas grave que semejantes manias; en efecto, hemos visto tan súbitos cambios de opinion, que no está por demás el precaverse contra la probidad política de nuestros mas ilustres parlamentarios. Hay siempre que temer que procuren aplacar al cielo ofendido, y nos muestren, como Thiers, la edificacion de verlos un dia invocar de rodillas la divina Providencia. Así conviene apretarles el hocado, y no escasear los golpes de espuela, cuando se paran y le flaquean las piernas, ni aun los latigazos cuando dan coces contra la libertad.

Es una desgracia para Odilon Barrot no tener á su lado un solo amigo, un hombre solo que le diga la verdad; se le llegará á llenar de viento y á reventar de orgullo con tantas lisonjas y ponderaciones sobre su elocuencia y virtudes. Se le llegará á persuadir que las consecuencias que pide se avienen exactamente con los principios que no tiene, que sus vagas teorías no se evaporan en nubes, y que su moderacion no degenera jamás en la languidez de la impotencia.

¿Quién no se acuerda de la Oposicion de los quince años? Poco numerosa pero condensada, no paraba un momento, y continuamente velaba, se armaba, marchaba, combatía. No esperaba el peligro, sino iba en su busca. Apenas habia acabado de violar un domicilio del ciudadano mas oscuro, cuando se le cogia in fraganti y se le interpelaba. Apenas se veía amenazada una libertad, por pequeña que fuese, cuando todos los patriotas la cubrían con su egida. Apenas era notorio un hecho patriótico, un rasgo de entusiasmo, cuando recibía su corona popular. Todos los diputados de la izquierda eran solidarios de pensamientos, doctrinas, votos y accion. ¡Aquellos eran los buenos tiempos del partido, tiempos de juventud y de esperanza!

Pero, desde la revolucion de Julio y en las primeras legislaturas, ha marchado la revolucion de Julio dividida por gefes mal unidos, ignorando donde debía ir, y donde iba, con mas despego que esperanza, con mas repugnancias que principios, excedida por la oposicion de los publicistas, cuya brillante estrella, se levantó en medio de la niebla del anochecer, y vino á guiar á las generaciones á nuevas riberas. Sujeta en el círculo de la clase media, no se reanimaba ni refrescaba sino en el manantial popular; parecia que llevaba en su frente la mancha del pecado original, de esa grande usurpacion que habia cometido en 1830 sobre la soberanía del pueblo; y que, desesperada, arrepentida, cansada de los demás y de sí misma, queria ocultar á todos los ojos y arrastrar en la soledad su dolor y remordimiento.

Ni tampoco sabia hasta qué punto se avanzaba hácia los centros, cuyo tercer partido le cerraba el camino, ni donde se detenía en la direccion de la extrema izquierda. Ni podia, ni sabia definirse á sí misma, ni conducirse, ni dejarse conducir, ni acertar saber donde enarbolaria su bandera, ni cual era su santo y seña, ni en qué dia se daría la batalla, ni por qué causa, ni quien mandaría. ¿Tenía acaso dos gefes ó uno solo? ¿Era el caudillo Odilon Barrot ó Mauguin? Si el primero se apoderaba del mando, el segundo hubiera, como otro Aquiles, permanecido en su tienda, lleno de despecho y devorando sus injurias, dejando á los Griegos expuestos á las flechas de Hector y á la saña ultriz de los dioses. Con semejantes elementos no era posible realizar ninguna combinacion, ningun plan, ningun sistema. Odilon Barrot se mantenía embebido demasiado en sus visiones políticas para poder disciplinar sus tropas, y Mauguin era demasiado temerario, demasiado aventurero para que estas le confiaran el mando. El uno pecaba por abstraccion excesiva, el otro por ligereza. Ambos negábanse á ser soldados, y ni uno ni otro podía ser gefe.

La Oposicion dinástica procedía con una pausa en los movimientos, una circunspeccion de perifrasis, y una abundancia de precauciones oratorias que no cuadran á la índole de los Franceses; y á cada momento daba gana de decir á los oradores. ¡Al hecho! ¡Al hecho! ¡Fuera preámbulos!

La Oposicion dinástica no atacaba sino resistía, disertaba y no argumentaba, cumplimentaba al ministerio por sus buenas intenciones, mientras que cabalmente pecaba por este lado; principiaba por la cólera para concluir con el tedio; deteníase en medio

de las consecuencias por temor del principio; no decía que una institucion falsa fuese tal, sino mal aplicada; queria establecer una monarquia sin las consecuencias de esta, y exigia los frutos de la república, asegurando que repudiaba esta forma de gobierno. Las personas enérgicas protestaban contra tal falta de fortaleza; las débiles temian que, al apoyarse en la Oposicion no se desplomase y los arrastrase al precipicio. Su temporizacion no era mas que inercia, y su moderacion pusilanimidad.

Como ella misma no sabia lo que queria, los patriotas tampoco sabian lo que debian querer. Las semanas se pasaban oyendo discursos magnificos, es verdad, pero muy poco concluyentes, y poco despues sepultados en el olvido.

Bien habrá visto, el lector esas yerbas áridas que crecen en las rendijas de ciertas paredes ó muros campestres, las cuales solo se afianzan por la agitacion del viento. Lo mismo sucede con el ministerio, que arraigan los muelles y ruidosos ataques de la Oposicion.

Otra acusacion que dirigiré á la Oposicion dinástica, y esta es mas grave, es la de no pensar nunca en la instruccion y moralizacion del pueblo. Podrá gastar en la Cámara cuanta fraseologia se quiera, pero fuera de ello, á buen seguro que gaste tiempo ni dinero.

Ni aun la idea se le ocurre de ponerse á la cabeza de un establecimiento intelectual, y nada es capaz de dirigir, ni centralizar, ni vivificar. Apenas concluye la legislatura, cada uno se da prisa á volverse á su pueblo, y mantenerse cómodo y descansado hasta la estacion de las borrascas parlamentarias.

Bueno es, no cabe duda, el lenguaje hermoso, pero mejores son las buenas acciones. El pueblo se dice: « La Oposicion dinástica « no cree que valgamos la pena que se nos confie á nosotros, pobres y estúpidos petates, el derecho de elegir y ser elegidos, ni « tiene empeño alguno en aliviarnos é instruirnos; y, en este « caso, ¿de qué nos sirve la Oposicion? ¿Qué se nos da que reine « fulano ó zutano, no teniendo nosotros pretension alguna á reinar? ¿Qué interes podemos tener en que este ó aquel sea ministro, si no hemos de llegar á serlo nosotros? Para la Oposicion « dinástica, ello puede haber sido una cuecaña que haya habido « una revolucion de Julio, pero por nuestra parte, hasta el presente, es cosa de poca monta. »

La Oposicion radical, es preciso ser franco, merece una buena

parte de las mismas acusaciones. ¿Qué hacemos en favor del pueblo, nosotros que hablamos continuamente del pueblo? Nada, ni la mitad, ni la cuarta parte de lo que pudiéramos y que debiéramos hacer en su favor.

Mas de una vez me he preguntado, no porqué motivo no adopto yo las opiniones de Odilon Barrot, sino porque Odilon Barrot no adopta las mias. Si pudiese tenerlo en un confesional, y preguntarle á mis anchas, estoy seguro que entre mis ideas y las suyas no media un pelo de diferencia. Pero fuera del confesional, el caso es muy diferente. Odilon Barrot, como tantos otros grandes y sinceros liberales, comenzó por servir á este gobierno que despues... Ahora bien, hay ciertos precedentes que explican ciertos miramientos, y colocan á ciertas personas, á pesar suyo, en situaciones inconsecuentes, de las cuales, una vez entrados, no pueden salir. Pero nosotros que hemos tenido la felicidad de no aceptar los grandes favores y pingües empleos que se nos ofrecian; nosotros que jamás hemos sido maculados por el contacto impuro de ministerio alguno, no tenemos empeño en continuar la comedia que dura desde 1830. Bien nos consta que nos acusan ciertas personas de ser pocos advertidos ó tontamente crédulos; y hay quien diga que somos ambiciosos (¿de qué podemos serlo?); mientras que no falta quien nos moteje de ser un utopista, un carlista, un anarquista, un agrarista, y ¿qué sé yo? Con algunas muecas y un poco de arrebol en las mejillas, podríamos representar el papel de hombres independientes y recibir las caricias del poder. Pero es este un papel que nos repugna.

Bien sabemos que debemos ser el objeto de la mofa, ludibrio, escarnio, calumnia, y estoy por decir que nos aguarda el martirio por amor de la libertad; y, lo que es peor que las rechiflas y calumnias, debemos ser desconocidos por los patriotas suspicaces (1) y no comprendidos por los ignorantes; pero es tan vivo el atractivo de la verdad, y hay una satisfaccion de conciencia tan noble y tan pura en defender la causa de esta misma verdad, que los mayores sacrificios, si nos fuesen pedidos, los creeríamos muy ligeros, y todos los goces del mundo insulsos nos parecen al lado de tan puro goce.

La diferencia que existe entre Odilon Barrot y nosotros es que

(1) Así Timon profetizaba ya en 1836 lo que debia suceder en 1846.

(N. del Editor.)

nosotros queremos las consecuencias de nuestro principio, mientras que Odilon Barrot no quiere el principio de sus consecuencias. Otra diferencia es que nada quiere de nosotros, mientras que al contrario nosotros queremos algo de él, y es que nos resuelva ese problema tan insoluble de una monarquía danzando en la maroma sin balancín.

Es un pesar, un pesar del corazón, para mí particularmente que lo estimo y lo amo, bien lo sabe él, y hace nada menos que veinte años, el no poder estar á su lado, y verme obligado un día á ir contra él; así es que por patriotismo yo desearia que llegase al poder, y por afecto lo retendria con ambas manos.

Mucho aprecio á Odilon Barrot, pero lo compadezco. Lo compadezco y al mismo tiempo lo vitupero, pues no es como yo y otros tantos dueño de su individualidad política. En el día es mas que una persona; está al frente de una opinion colectiva, tanto en la Cámara como en la nación, y es la representación de la clase media liberal, el jefe admitido é incontestable de un partido numeroso y lleno de poder. Odilon Barrot conduce al combate la porcion mas compacta de la Cámara. El resto se compone de soldados transeúntes, agregaciones accidentales, gefes sin tropa, tiradores, guerrilleros, aventureros, mercenarios. Pero á fuerza de predicar á sus soldados que sean cuerdos, prudentes, que no afilen sus armas, que no metan ruido, que esperen sin cesar, Odilon Barrot los ha vuelto precavidos en demasia, irresolutos y casi cobardes; á tal grado ha llegado á cortar las alas de la Oposición dinástica, por el temor aparente de que llegue á escaparse, que ya no puede ni volar, ni aun arrastrarse; y de tal modo cercenado los órganos de la virilidad, que, como un anciano caduco, se halla en la impotencia.

En lugar de devolver á sus adversarios flecha por flecha, se contenta muy cristianamente con restañar su sangre y poner hilas en sus heridas. En vez de fluir siempre el mismo cauce, y guardar su nombre, se ha mezclado con otros rios, procedentes de otros manantiales, en términos que no es posible reconocer ni su curso ni sus aguas; ha llegado á perder toda individualidad propia y distinta; va y viene como un cuerpo flotante de una orilla á otra; estalla y se disipa; se extiende y se replega; carece de límites porque carece de imperio; traslada su territorio y su bandera á donde lo impele el capricho de los vientos; contrae alianza con quien se la pide, si bien con la condicion extravagante de no aprovecharse

nunca de la victoria; presta á quien quiere recibir, sin exigir que le sea vuelto el préstamo; se encadena á partidos que quedan libres de toda obligacion para con él; se impone todos los deberes, todos los sinsabores, sin gozar de los beneficios; tiembla en presencia de sus enemigos hasta el punto de no atreverse á mirarlos cara á cara; toma sus ilusiones por sentimientos y sus sentimientos por máximas; es fino y cortés, pero crédulo y confiado; es honrado, desinteresado, virtuoso y elocuente, pero desprovisto de toda habilidad; utilísimo al poder, pero no á la Francia.

¿No valdria mas dejar desaguarse las cloacas de la corrupcion sin mezclarse con su fango; repudiar las uniones adúlteras y deshonrosas, apiñarse al rededor de la bandera, combatir hasta la última gota de su sangre por la eterna verdad de los principios, y decir, como Francisco I al entregar su espada: « Todo se ha perdido menos el honor? »

Hay que advertir que para lograr todo esto, no quedaria reducida la Oposición dinástica al extremo del monarca francés, y ni honor ni otro bien llegaria á perder si quisiese adoptar otro rumbo.

Insisto en esto porque esta anomalía es el rasgo mas característico de la fisonomía de Odilon Barrot; jamás se ha visto tanta fuerza y tanta flaqueza, tantos combates con tropa tan numerosa y tan pocas victorias, tantos discursos y tan poca accion, tanto ruido y tan poco efecto. ¿A qué, ó á quien echar la culpa? ¿á la fatalidad? ¿al vicio del principio? ¿á la falta de táctica? ¿al color de la bandera? ¿á los soldados ó al general? ¿Qué mas se quiere, y cuando se estará mejor servido? No creo ponderar al decir que, en la hora actual, con las elecciones libres, Odilon Barrot seria nombrado diputado en doscientos colegios electorales. De tal modo es la expresion, la fórmula, la verdad verdadera del monopolio de la clase media.

¡Situacion sin ejemplo en nuestros anales! ¡fortuna inaudita que parece haber adquirido durmiendo! Pero tambien responsabilidad mayor que la de ningun ministro, y de que deberá dar cuenta á su país, cuando á oír la Francia gritarle: « Varo, vuélveme mis legiones (1). »

(1) El historiador Suetonio nos cuenta que la pérdida de las legiones romanas bajo el mando de Varo, en la Germania, motivaba accesos de desesperacion frenética en Augusto, que golpeaba su cabeza contra el muro, y decia: « Varo, vuélveme mis legiones. »

Y sin embargo es lástima. ¡Qué escuadrones tan hermosos y esforzados podría conducir Varo si hubiese sabido evitar los desfileros y alfoces de la Germania! ¡Qué guerreros intrépidos! Pero, puesto que desfilan en mi presencia, voy á enumerarlos y describirlos (1).

El primero eres tú, célebre abogado de la Gironda (2), espanto de los doctrinarios, tú que muerto yaces en el sudario del 29 de octubre (3), si bien deseas resucitar ministerialmente antes de juicio final; tú que comenzastes, bien me acuerdo, por ser edecan de Odilon Barrot, ibas, en los días de batalla á llevar las órdenes de tu general, y caracoleabas al lado de la Oposicion dinástica; tú que sostenias las tropas rendidas y protegias su retirada; tú coronel de la caballería de línea.

Tú tambien, diputado de Burdeos, cuyos ojos despiden llamas, y contrastan con una faz pálida y contemplativa. ¡Como se nota en la pompa y colorido de tu lenguaje la estirpe girondina! Tu corazon fluye con abundancia religiosa, y las palabras de patria, conciencia, virtud, se escapan llenas de unción de tus labios. Bien se echa de ver que te dejas mecer con deleite por esas palabras sonoras, y que tu voz te embriaga. En tu talento mucho temo que haya mas imaginacion y ternura de alma que lógica. Pero hay en tí un fondo de dulzura y melancolia que encanta, y es fuerza confesar que tienes las entrañas y el órgano de un orador (4).

En la famosa discusion sobre los créditos americanos, bien pudistes ver lo que es el empeñarse en una mala senda. Cuando te

(1) El autor, nutrido de ideas clásicas y admirador de la antigüedad, imita, en cierto modo, la forma de la célebre enumeracion que hace Homero de las diversas tropas de los diferentes estados griegos aliados contra Troya, bajo las órdenes del gefe principal ó generalísimo Agamenon, que el poeta designa á menudo bajo el título de rey de los reyes. (N. del T.)

(2) La Gironda, departamento al sudoeste del territorio frances, corresponde á una gran parte de la antigua Guyena, y su capital es Burdeos, la mas hermosa ciudad de Francia despues de París.

En la famosa revolucion francesa, la Gironda brilló por sus brillantes y elocuentes representantes, los cuales formaron el centro del partido llamado girondino, si bien compuesto de muchos otros representantes además de los de la Gironda. (N. del T.)

(3) Alude el autor á M. Dufaure, y al auxilio que prestó al ministerio de M. Guizot, formado el 29 de octubre de 1840, ministerio sumamente impopular en Francia. (N. del T.)

(4) Ducos.

servistes de términos misteriosos, cubiertos, inexplicables en apariencia, para decir, ó para no decir á donde habian pasado los créditos, Guizot, con su férula en la mano, corrió á la tribuna y con el tono de un maestro que reprende á un discípulo, te requirió el explicar tus geróglifos.

Tú balbuciestes, y era gracioso ver al doctrinario tenerte apretado en sus garras como un pobre pájaro, sin querer soltarte hasta la retractacion formal de lo que habias dicho ó no dicho. A la verdad no habia motivo para tanto enojo. Nadie ha creído nunca que Guizot se hubiese apropiado, robado, traficado, chalañado, vendido, revendido, rebajado, ni despilfarrado el crédito americano. Bien sabia Vm., señor Guizot que no se trataba en aquel entonces de su persona, y que goza Vm. de la reputacion de un hombre de bien á carta cabal. Bien consta que Vm. no compra acciones en las cavernas de la bolsa, y que no envia Vm. sus cédulas de banco, ni sus letras de cambio, ni su oro en barras ó acuñado, á la Inglaterra ó á los Estados- Unidos. Todo el mundo conviene en que no es Vm. un gran capitalista, ni experto en los juegos de bolsa. Pero sabia Vm., y muy bien, que los dichos créditos, si bien nominalmente en manos de los Americanos, cayeron despues en manos puercas que todo lo convierten en dinero, manos de proverbial rapacidad, y que clavará un dia la historia á la picota. Todo eso lo sabia Vm., señor Guizot, todo eso lo sabia Vm., así como nosotros. ¿Será tal vez preciso escribir los nombres? Vamos pues, un poco de voluntad, y acabará Vm. por saber lo que nadie ignora.

Y tú tambien (1), tú eras uno de los mas ingeniosos de la tropa, y eruditísimo en derecho civil, criminal, administrativo, diplomático y comercial, si bien no eclesiástico, pues hago memoria que no estábamos de acuerdo en tales materias, y que tuve el honor de combatirte y tal vez de vencerte. Hombre concienzudo, ¿de donde procede la elocuencia que á veces empleas? ¡Ah! de tu corazon. Escudriñador de piezas, de documentos secretos y tratados inoficiales, ¿donde vas á desenterrar todo eso? Tu ciencia y tu ardor te guian donde no van los demás, donde no saben estudiar, explorar, sacar botín. No, nadie como tú sabe sacudir el

(1) Timon apostrofa á Isambert que juzga sin hiel, á pesar de las desavenencias que habian mediado entre ambos, desavenencias que hubieran excusado cierta animosidad de la parte del autor. (N. del T.)

polvo de los archivos y libros añejos; compulsar, extraer, descifrar los manuscritos; colacionar las ediciones, textos; confrontar los pasajes, cotejar las fechas, amalgamarlo después todo en una exposición docta y rica en hechos, en cálculos y en cifras. Tú no te abandonas á esas bellas teorías que, con meliflua cadencia, halagan el oído, y que tanto apetece los retóricos campanudos del partido social, los cuales niegan los hechos y prescindien de todo, salvo de una palabra fofa; tú argumentas con documentos á la mano y con cifras, pues los ministros que se mofan de las teorías, no pueden mofarse á tal punto de los hechos, que constantemente niegan, tanto si son verdaderos, como si son falsos; pero tú les presentas los textos, y, si no quieren leer ellos mismos, se los lees, lo que les causa un suplicio insoportable. ¡Pobres gentes! ¿qué han hecho para merecer que se les trate así?

También marchabas tú (1) en las filas de esa falange, tú investigador de cifras, tan laborioso como porfiado, tú que llevabas la luz en los más lóbregos arcanos del presupuesto, y tratabas con habilidad superior las cuestiones de contabilidad y hacienda. Un día que habías propuesto hacer entrar en los límites de la Carta, los ministros que de ella salían, dos de estos señores decían al salir: «Debe ser muy malo este hombre;» y nada, es más natural, pues los que defienden los principios pasan por perversos á los ojos de los que los violan.

Aquel, cuyos cabellos habían encanecido antes de tiempo, de rostro tan pálido, y que la muerte ha sorprendido en un dilema, era Nicod, dialéctico vigoroso, inteligencia noble y elevada, que trataba las materias políticas sin titubear, y las dominaba sin fatiga. Los pensamientos manaban vivos y abundantes de los labios de Nicod. Demócrata por convicción, independiente y lleno de amor por la justicia, Nicod, cuando se animaba, cuando se indignaba viendo violado un principio, hallaba la elocuencia al defender el derecho y al buscar tan solo la verdad.

Veo igualmente á Bignon, que la muerte desalmada precipitó en la huesa; Bignon, escritor muy hábil, dotado de una palabra ingeniosa y docta, zeloso de nuestra nacionalidad, pero tímido en demasía. Hay diputados que faltan á la obligación que les cupo al ser enviados por sus conciudadanos, por abuso de la palabra; mas

(1) Mosbou

también los hay que pecan por exceso de silencio. Desde mucho tiempo preguntábase entre sí los hombres políticos porque no decía una palabra en materia de negocios extranjeros, Bignon, el primer diplomático de la Cámara. ¿Habíamos vuelto á ser los vencedores de la Europa? Bignon no era tan arrogante. Tenía el honor de ser diputado, y se dejó nombrar par de Francia, ¡Oh flaqueza de la edad!

Pasad, pasad en mi presencia, uno después de otro: tú jurisconsulto porfiado, dialéctico sutil, preguntador que tantas veces apurastes á los ministros (1).

Tú, tan exacto y penetrante (2).

Tú, doctrinal mas bien que doctrinario, metafísico profundo y sólido, escritor caluroso é irradiante. Tú concibes con facilidad, pero das á luz con pena. Cuando rebosan tus ideas y pensamientos, no puedes domeñarlos, y parecen que te inundan y sofocan. Quisieras expresarlos todos á la vez, pero tu palabra incompleta no basta. En vano los buscas cuando se escapan, y entonces te turbas, te apuras, te interrumpes, y, para recordar tus ideas, pegas golpes redoblados en la barandilla de la tribuna. Hay oradores á quienes ahogan las palabras, pero á tí son las ideas (3).

Tú, observador sencillo é ingenioso, que tocas con destreza los asuntos mas delicados, y dices, con la risa en los labios, buenas verdades á los ministros que no les hacen reír. Oficial de ordenanza de Odilon Barrot, ¿no fuistes tú el que tan bien nos contastes el banquete de Thorigny, con una riqueza de descripciones y habilidad de partido, por lo que me parece haberte ya cumplimentado (4)?

¿Quién es aquel? creo reconocerlo; ¿no es el discípulo y brillante heredero de Benjamin Constant? Menos flexible tal vez; menos ducho en el lenguaje de los negocios, menos diestro que su maestro para enroscarse como una serpiente en torno de una tesis, y enlazarla en los mil pliegues de la argumentación; menos dialéctico, menos fecundo, menos natural y menos ingenioso, pero tal vez mas hábil y mas perito en el arte de reducir sus ideas en axiomas; mas centellante en la variedad de sus antítesis, mas religioso en sus moralidades políticas, mas castizo, mas puro en las formas

(1) Charamaule.

(2) Charlemagne.

(3) Dubois.

(4) Havin.

de su lenguaje, y el solo diputado cuyos discursos escritos puedan cautivar, por el brillo sostenido del estilo y pensamientos, la atención de una Cámara distraída, apática y poco sensible á todos los esfuerzos de sus miembros para ser elocuentes (1).

Tú, magistrado íntegro, relator imparcial y sagaz, y que después... pero entonces estabas en nuestras filas (2).

Tú, especialidad en materia de hacienda y marina; diputado sincero y útil, que estremecistes de horror la Cámara cuando le pintastes con vivísimos colores, los tormentos de la detención bajo el cielo torrido y devorador del Senegal (3).

Tú, disertador concienzudo, que, con voz sorda y monótona, recitabas discursos aprendidos de memoria y laboriosamente trabajados; tú, publicista instruido, liberal moderado y una de las personas más honradas de la Cámara (4).

Tú, filántropo universal, campeón de la humanidad, varón puro y virtuoso, que hallabas en tu alma noble movimientos de elocuencia, y preferías las palmas de la diputación electiva al honor de ser par de Francia (5).

Tú, general intrépido, patriota enérgico y verdadero (6), cuyo nombre no perecerá mientras que será honrada entre los hombres la fidelidad á la desgracia, y en tanto se eleve sobre la superficie de los mares la roca pelada de Santa-Elena. ¡Libertad ilimitada de la prensa! tal era tu epifonema al fin de cada discurso, y tal es, en efecto, todo el gobierno representativo. Si tan liberal era el amigo de Napoleón, no debía ser tan déspota el mismo Napoleón, por más arraigada que esté la opinión contraria. En efecto, á pesar de lo absoluto de su gobierno, había más ideas de libertad en la cabeza del héroe de Austerlitz, que en la de todos los reyes actuales de la Europa.

Tú, diputado de Tournus, que tuvistes la idea, á la verdad no sé porque, de pintarme, en pie con un manto de púrpura, una faz de artista y dotes fantásticos que acreditan de tu parte más imaginación que juicio. Por mi parte, ni aun tan solo quiero bosquejarte, para que no digan: «¡Ah! Timon, Timon tú

(1) Pagès.

(2) Réal.

(3) Roger.

(4) De Sade.

(5) De Tracy.

(6) El general Bertrand.

«alabas á quien te alaba, y te abandonas al compadrazgo (1).»

Tú, discípulo de Carrel, atleta infatigable de la prensa, que multiplicastes, bajo tu diestra pluma, los amigos de la libertad, y no dejastes pasar, sin mancillarla, ni una apostasia de partido, ni una traición de principios (2).

Tú, patriarca de la izquierda, hombre excelente, filántropo severo, ciudadano valeroso, literato erudito, que, hasta el último aliento, desempeñastes con tanto tesón y dignidad el noble papel de diputado de la nación francesa. Exacto en tu puesto, llegabas el primero y salías el último; é, inmóvil en tu asiento, seguías continuamente con los ojos de la inteligencia, los más espinosos y abrumadores discursos. No había ley importante que te encontrase mudo, embuste ministerial que escapase á la penetración de tus miradas, ni tesis económica en la cual no esparcieses las luces de tu espíritu fecundo, sagaz y aplicado. Por más enconados que sean los rencores é injusticia de los partidos, aun después de tu muerte, te quedará eternamente el nombre de modelo de diputado (3).

Y tampoco te olvidaré á tí, esperanza de otro reino ministerial, de un reino más liberal que con ansia invocas; tú que has dejado con sentimiento á Odilon Barrot, y que, si te le rogase, volverías á su lado (4).

Tales son los gefes de fila de la tropa valerosa, sabia é ingeniosa, que ni supo unir, ni disciplinar Odilon Barrot. Unos, cansados de tocar continuamente el tambor en el mismo puesto, han pasado en los rangos de la extrema izquierda. Otros, y estos eran los *condottieri* del partido, viendo que nadie los ocupaba, prefirieron hacer la guerra por su cuenta, y pasaron con armas y bagages en el campo ministerial. En el día ya no llevan al costado su espadón mohoso, y se ostentan con todas las costuras llenas de bordados, en plena salud, bien comidos y bebidos, y con el aire

(1) Chapuys de Montlaville, actualmente prefecto en el departamento de Lot y Garona, y famoso por su zelo excesivo por el presidente actual de la república francesa, había publicado mucho años antes de la última edición de esta obra, un opúsculo intitulado: *Études sur Timon*, en que prodigaba elogios á este autor. (N. del T.)

(2) Chambolle, amigo de Odilon Barrot, en aquel entonces redactor del periódico cotidiano *le Siècle*, el más esparcido de todos los periódicos franceses. (N. del T.)

(3) Salverte.

(4) Billault.

soñoliento. Los otros menos perezosos, menos rapaces, menos impacientes de servir, han zanjado los límites de la Oposición dinástica, y dispersándose como merodeadores, para vendimiarse en las viñas de Thiers; pero cuando se disipe su embriaguez, volverán tal vez á casa.

Odilon Barrot casi nunca ha tenido la menor pena que darse en su generalado. A medida que comete una falta la reparan sus partidarios; á medida que se abandona lo sostienen; á medida que hay un vacío en las filas se llena este. Así, mientras que una gran parte de los suyos, por no haberlos retenido, escapaba á Odilon Barrot, formábase y juntábase, en sus alas desguarnecidas, una pequeña falange, aristocrática de origen, constitucional de principios, popular de sentimientos, joven, ágil, ingeniosa, experta en los ejercicios de filosofía, historia y economía política, amiga de un progreso moderado pero continuo, que indigna la corrupción que presencia, que disgusta la esterilidad de la palabra que escucha, que fatiga la lucha encarnizada de tantas ambiciones pueriles y sórdidas, que preocupa el deseo de la mejora del pueblo, y que acosa sobre todo el deseo de desprender la política de ese montón de ficciones nebulosas y hacer brillar en ellas algunos rayos nuevos y puros. En esta tropa reducida, figuran como principales caudillos Tocqueville, de Beaumont, Jouvencel, de Lasteyrie, de la Sizeranne, de Chasseloup, de Lanjuinais, de Corcelles, de Grammont.

Todos armados están, equipados, prestos á montar á caballo, y no esperan, para cargar al enemigo, mas que una señal de Odilon Barrot. Pero para ello sería preciso querer, y ¿acaso sabe querer Odilon Barrot? ¿Está destinado á servir eternamente de estribo á Thiers? ¿No acabará de comprender que no debe ser eternamente un cero agregado á la unidad de este? ¿Cuando acertará á persuadirse que la Oposición parlamentaria no debe permanecer como una especie de Júpiter Olímpico, en el seno de una magestuosa inmovilidad, mirando con indiferencia pasar las cosas del cielo y de la tierra? Su destino es el movimiento y el movimiento perpétuo. Cuando no puede, como la Oposición de la extrema izquierda, recoger mas que principios se debe contentar con estos. Cuando puede, como la izquierda, recoger á la vez, principios y hechos que pongan en acción los principios, debe ir de la teoría á la práctica y atacar al gobierno con la punta de las bayonetas. Hay quien moteja Odilon Barrot de ser ambicioso en dema-

sía, por mi parte, creo que no lo es bastante, al verlo así prestar liberalmente sus fondos á personas que los aprovechan sin volver el capital del préstamo, ni el interés de este. Oficio es este de un tonto.

¡Pobre Cámara y pobre nación! la opinión se disipa como el humo y el progreso se inmoviliza. Mientras que así hace alto el parlamento, la corte vuelve á paso de gigante en las vías de lo pasado; la camarilla nos reserva días de vergüenza y servidumbre, y el gobierno cae en manos afeminadas.

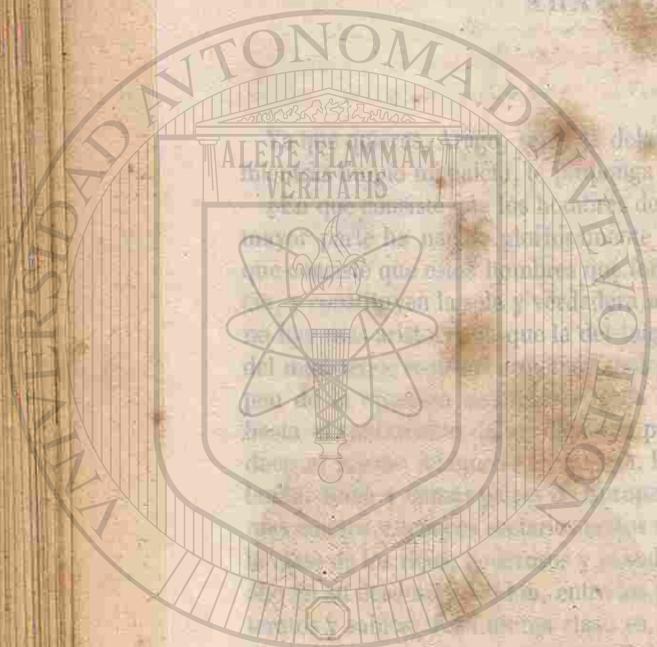
Entretanto, la Oposición dinástica no quiere salir de su apatía, y se divierte en arrojar granos de arena en el torrente revolucionario que pasa y la arrastra en su curso.

## ARAGO.

Ya que quieres, Arago, sentarte delante de mí, permíteme que, mientras limpio mi paleta, te proponga una cuestion.

¿En qué consiste que los hombres de ciencia y literatura, cuya mayor parte ha nacido gloriosamente en el seno del pueblo, en qué consiste que estos hombres que forman el adorno de la Francia, y constituyen la sola y verdadera aristocracia, pues en el dia no hay mas aristocracia que la del talento, pongan su alma al pie del ministerio, sean sus ardientes apologistas, en nada se preocupen de la opresion sistemática de la libertad, y hayan perdido hasta el sentimiento de su dignidad política? ¿Porqué se reproduce el mismo fenómeno en Austria, Baviera, Prusia, Rusia, Holanda, Italia y demás paises de Europa? Pues ¿cosa extraña! sus mas adictos y tenaces sectarios no los encuentra el despotismo en la clase de los ricos, poderosos y grandes señores; sino, y sea dicho en su desdoro y baldon, entre los profesores, académicos, literatos y sabios. Esta última clase es, en efecto, la que tiene la direccion y redaccion de los periódicos, manifiestos, notas secretas, declaraciones, folletos que nos arroja la Europa absolutista, y que reciben nuestros ministros y camarilleros con tanto respeto y humildad como el último de los musulmanes recibiria un firman del Gran Turco. Este inexplicable abatimiento, esta degradacion voluntaria de los mas nobles hijos de la Francia, de seres elegidos, ¿á qué debe atribuirse? ¿es efecto de la profunda corrupcion de nuestra naturaleza, ó hay que admitir con Rousseau que el hombre que piensa es un animal depravado, que la libertad no es patrimonio de los pueblos, y que este debe ser manejado á latigazos por los reyes y grandes de la tierra?

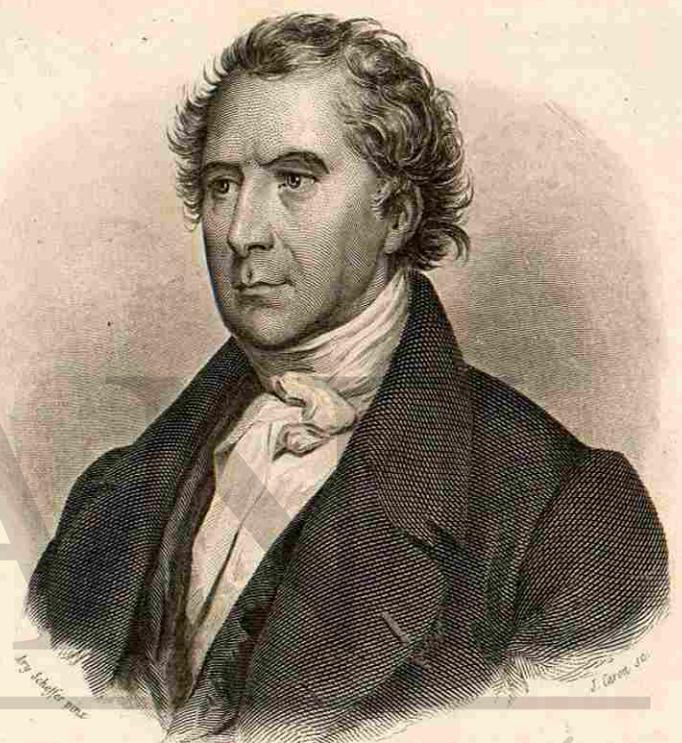
Dime, Arago, ¿qué medio hay de resolver este triste problema? ¿no piensas tú que se puede atribuir la servilidad política, casi universal de los sabios y literatos, á esa mala organizacion social que los pone á la merced de todos los gobiernos? ¿No es verdad que, para llevarlos á tal grado de corrupcion, el gobierno lisongea



ARAGO.

dehato de mi. permiteme que,  
nga un  
ro a un  
eratura, cuya  
ente en el pueblo, en  
ne de la Fran-  
on la de p  
con la de p  
pongan su alma al pie  
nada se preocu-  
isertad, y no han perdido  
política? Porque se repro-  
n. Baviera, Prusia, Rusia, Ho-  
Puedo, como extraña! sus  
el despotismo en  
sea di-  
entre los profesores, li-  
en su efecto, la que tiene la  
directores y secretarios, algunos secre-  
tas, declarados, fellejos, etc. etc. en la España absolutista,  
y que tambien cuentan sus ojos y camarillas con tanto respeto  
los musulmanes, reglados, qui firman  
esta desorganizacion  
de los mas nobles, dignos de la reancia, de seres elegidos,  
¿a que debe atribuirse? en efecto de la profunda corrupcion de  
nuestra naturaleza, a lo que se añaden con Rousseau que el hom-  
leprado, que la libertad no es par-  
de los pueblos, y que esto debe ser para el pueblo  
por los reyes y grandes de la tierra?

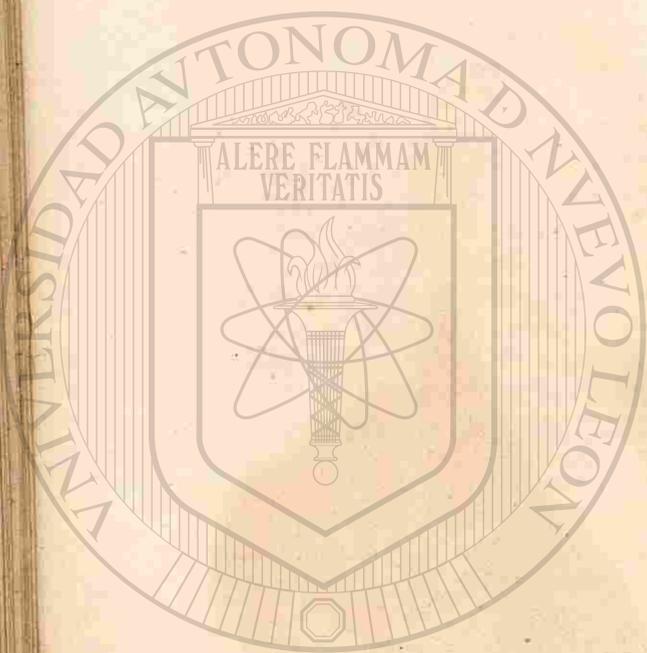
¿Pero, Arago, ¿qué me dice usted sobre este problema?  
¿un punto de la que se llama política, casi  
universal de los sabios y literatos, á esa mala organizacion social  
que los pone á la merced de todos los gobiernos? ¿No es verdad  
que, para llevarlos á tal grado de corrupcion, el gobierno lisongea



ARAGO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

continuamente su ambicion, vanidad y amor de goces, que fomenta y acrisola en ellos la cultura intelectual? ¿No son las fatales pero inevitables consecuencias de nuestras constituciones tan alabadas, la opresion fisica del pobre y la opresion moral del sabio? Artistas, literatos, matemáticos, naturalistas, todos deben venderse al poder ó morir de hambre. Pues no nace el sabio, como los hijos primogénitos de los reyes, con doce millones de asignacion, ni como los hijos menores con una pension de quinientos mil francos que valen un millon. Si no confiesan en alta voz, en presencia de testigos, y con las manos cruzadas sobre el pecho, que aman á su rey, adios cátedras en la Sorbona, en la Escuela normal y en los Colegios; adios inspecciones generales, entradas en el Consejo de estado, misiones en el extranjero, decoraciones rojas en el ojal del frac, asientos en la Academia, encargos de obras, memorias, estatuas y cuadros; adios pensiones en los fondos arbitrarios de la instruccion pública. Aun cuando fuese uno un Chénier, un Monge, un Chateaubriand, un David, un Carnot, un Condorcet, no hay medio de ocupar un puesto entre los miembros mas oscuros del Luxemburgo (1); y podrá llegar á suceder que, por orden del director de la Universidad, el cual puede ser un jumento, el mas ilustre varon se vea imposibilitado para profesar publicamente su ciencia, arte, literatura ó filosofia, reducido á descansar sobre su genio, como sobre montones de oro, encerrados y sellados en un cofre de triple cerradura. Si en nuestra Francia, un sabio, un literato, un artista, no quiere ser lacayo del rey ó del ministro, no es mas que un esclavo, un ilota, y aun menos todavia. ¿No es tal, Arago, la causa, el solo y verdadero motivo de la humilde prosternacion de las personas ilustres por su ciencia ante el poder? ¿Qué necesidad hay de buscar contigo la causa de este efecto en los astros? No, ¿sabes dónde reside? En ese lodazal de corrupcion que nos impide encaminarnos á la gloriosa destinacion del porvenir, en el vicio irremediable, mucho lo temo, de nuestra organizacion social y política.

Pero tú, Arago, supistes librarte por un esfuerzo raro y casi heroico de esa dependencia servil en que mantiene el poder tantos genios eminentes y nobles caracteres; y preferistes ser uno de los nuestros, antes que ir á sentarte á los pies de un principillo en

(1) Residencia de la cámara de pares antes de la revolucion de Febrero.  
N. del T.

los retretes de la corte, ó gobernar tu país con los opresores de la libertad.

Si dijese que Arago es el primero de los sabios europeos, no lo engreiría mucho este cumplimiento; pero si le complaceré; ¡oh debilidad humana! si digo que es un escritor de primer orden, y nada hay mas cierto. Si hubiese querido ser miembro de la Academia francesa, lo sería á la hora presente, pues posee los secretos de la lengua no menos que los secretos de los cielos (1).

¡Singular sociedad la nuestra! Un príncipe nacido tal vez para ser obispo, se hallará al frente del ejército (2). Un necio nace duque y es par de Francia. Un majadero tiene diez mil libras de renta, y hételo aquí elector y eligible (3). Si Arago no hubiese tenido mas que su genio, ni aun siquiera hubiera sido elector de su aldea, y hubiese quedado un simple paria. Pero casualmente paga quinientos francos de contribucion, y esto permite que sea diputado de la Francia. La civilizacion marcha en sentido contrario del gobierno, y mientras una adelanta, el otro retrograda.

Nuestras Cámaras que no reconocen la superioridad del talento y de la virtud, sino la superioridad exclusiva de la propiedad territorial, son en sustancia Cámaras feudales y no liberales, impor-

(1) Secretario perpetuo de la Academia de ciencias, Arago continua la bella tradicion de sus predecesores d'Alembert, Fontenelle y Condorcet, no desluciendo al lado de nombres tan gloriosos, y reuniendo como ellos, al mérito científico, las galas y riquezas de la palabra. Los elogios de Carnot, Watt, Ampère, Young, Condorcet, etc. son obras de primer orden que ventajosamente contrastan, por la elegancia de la dición, la diafaneidad del estilo y la pureza de relieve, con la prosa científica de los demás sabios, tan pesada, tan indigesta y confusa. Arago posee el don de reanimar la atencion del auditorio mas distraído ó fatigado, é interesarlo á las cuestiones mas arduas y transcendentales.

(N. del T.)

(2) Alude probablemente el autor al duque de Angulema, que mandaba la expedicion de España en 1823.

(N. del T.)

(3) Bajo el reinado de Luis-Felipe nadie podia ser elector sin pagar 200 fr. anuales de contribucion, ni elegible sin 500 francos. Así este régimen electoral no solo excluía la casi totalidad de los ciudadanos, sino que estribaba en la mas sórdida de todas las bases: el dinero.

Era de notar que la mayor parte de los sabios franceses y consiguientemente conocidos en todo el orbe, no podían ser acreedores á un derecho de que ampliamente gozaban tantos y tantos menestrales de segundo orden y los porteros del Instituto y del Colegio de Francia; y que los nombres gloriosos de Chateaubriand, Lamennais y Béranger, fuesen excluidos de las listas electorales en que figuraban los nombres de los propietarios de lo que llaman los Franceses *maisons de tolérance*.

(N. del T.)

tando poco el nombre de que se honran. Los diputados censatarios del dia son todos mas ó menos aristócratas; aristócratas de fortuna, lo que es mas que serlo de nacimiento; aristócratas de privilegio, lo que es mas que el serlo de alta y baja justicia, como los barones de la edad media; pues los diputados son miembros del soberano, hacen y deshacen los reyes y los ministros, y otorgan el impuesto, á menos que se les ocurra el negarlo; y tales son las personas á quienes toca hacer leyes en favor de la democracia. No hay en el mundo sistema electivo mas irracional, pues es imposible que sea lógica la consecuencia cuando no lo es el principio. ¿Quién osará extrañar, en visto de esto, que haya en la Cámara, tan pocos sabios y tantos propietarios territoriales?

No arguye esto que haya una ciencia que sea mas noble y excelsa que la ciencia política, que enseña á los hombres á ser morales, dichosos y libres; ciencia tanto mas superior á las demás ciencias, cuanto lo es el hombre sobre los animales y el espíritu sobre la materia; ciencia aborrecida de todos los gobiernos europeos sin excepcion, como que condena severamente sus acciones y máximas. Al contrario, estos mismos gobiernos honrarán, llenarán de decoraciones, enriquecerán á los naturalistas que se dedican á la anatomía comparada de un elefante y un arador, y descienden en lo mas profundo del Océano para describir las extremas ramificaciones de un pólipo. La mayor parte de estos sabios son poco liberales porque poco les interesa el estudio del hombre, de sus necesidades intelectuales y apetitos físicos; y confieso que prefiero verlos en la Academia de ciencia, mas que en la Cámara, detrás de los ministros. Mas no diré lo mismo relativamente á otro género de sabios, tales como los físicos, químicos, mecánicos, ingenieros hidráulicos, arquitectos, cuyas teorías iluminan, fecundan y dirigen la aplicación de la industria. Tales sabios son muy raros en una asamblea política, y no es posible prescindir de ellos, hoy dia sobre todo cuando vemos la atencion de la nacion entera concentrada en la explotación de los intereses materiales, y cuando una gran parte del presupuesto lo absorben los canales, caminos de hierro y trabajos públicos.

Los sabios, cuando son literatos como Arago, inician la Cámara en los misterios de la ciencia, comparan los diversos productos de fabricacion, evalúan con mas exactitud los ingresos y los gastos, sondean el terreno de las experiencias; burlan los artificios de la especulacion, disipan las ilusiones de la presuncion y la ignoran-

cia; dicen lo que es practicable, lo que tan solo es probable, ó lo que es literalmente imposible; ponen á los hombres prácticos y de hacienda en las vias de la economía; traen en cierto modo á la mesa los documentos del proceso; descomponen la materia, hacen ver el interior de los cuerpos, enseñan el juego diverso de las máquinas, resuelven los problemas mas arduos, é iluminan todas las partes de una tesis. Así el docto y magnifico informe de Arago sobre los caminos de hierro, ha revuelto mas ideas que todos los proyectos de comision propuestos por los ministros. Este informe es una obra maestra de exposicion y análisis.

Cuando Arago sube á la tribuna, la Cámara atenta y curiosa guarda el mayor silencio, y los espectadores se inclinan para oirlo. Su elevada estatura, su cabellera flotante y rizada, su bella cabeza meridional, anuncian un hombre ricamente dotado por la naturaleza; mientras que la contraccion musculosa de sus cejas, revela un poder de voluntad y meditacion que caracterizan los varones de alta superioridad.

Diferentemente de tantos oradores que se pronuncian en todo, sobre todo, ignorando la mayor parte del tiempo lo que dicen, Arago habla tan solo en cuestiones preparadas de antemano, que agregan á la magia de la ciencia el interés de la ocasion. Así sus discursos se distinguen por dos atributos inapreciables, la generalidad y la actualidad; y se dirigen al mismo tiempo á la razon y pasiones del auditorio que no tarda en subyugar. Apenas entra en materia, atrae y concentra en sí todas las miradas. Arago ase, por decirlo así, la ciencia con ambas manos, la despoja de sus asperidades y fórmulas técnicas, y la vuelve tan clara que los mas ignorantes quedan atónitos al par que encantados de comprenderla. Por otra parte, una pantomima expresiva anima la persona entera del orador. Hay en sus demostraciones un fulgor recóndito, y parece que de su boca, ojos y dedos, brotan rayos luminosos. Acostumbra á sembrar, de cuando en cuando en sus arengas interpelaciones mordaces, ó anécdotas chistosas que guardan estrecha conexion con su discurso y adornan su tema sin sobrecargarlo. Cuando se ciñe á contar los hechos, su elocucion posee tan solo las gracias naturales de la sencillez. Pero sí, frente á frente de la ciencia, la contempla con profundidad para visitar sus secretos, ó exponer sus maravillas, entonees su admiracion se eleva hasta el lenguaje mas pomposo, su voz se anima, su palabra adquiere color y vehemencia, y su elocuencia iguala en grandeza á la materia que trata.

## JAUBERT.

« Orador bilioso, acre, petulante, agresivo, tan ardoroso en la defensa del poder, como lo fue en otra época por la libertad; fanático, efecto de un temperamento arrebatado é iracundo, de todo partido que podrá servir; pero no menos honrado, leal, independiente, esforzado, pertinaz; arremetiendo intrépido en lo mas recio de la pelea, sin retroceder ante el ridículo, el mas real y espantoso de cuantos peligros pueden amenazar á los Franceses. »

Tal habia yo pintado á Jaubert en 1836, y añadí:

« Este orador no es ya una utilidad meramente secundaria, ni un corista, ni un sustituto de quita y pon. Su improvisacion, es muy cierto, no descuella por la elevacion de los pensamientos, ni se distingue por la generalizacion filosófica, ni brilla tampoco por las imágenes, ni lo anima la vehemencia de la accion, pero rebosa de ironia, chispa y oportunidad. »

« Jaubert estudia con trabajo inteligente y concienzudo, las tesis de economía política, y, sin ser del gremio de los hombres especiales, trata, mejor que tantas personas que se declaran competentes, las cuestiones de trabajos públicos en las relaciones que guardan con la legislacion. »

« A la misma Oposicion sirve por lo preciso de sus conocimientos, por lo mordaz y epigramático de sus revelaciones indiscretas, la manera audaz y militar con que trata todas las cuestiones, y las buenas verdades que canta á todos los partidos, incluso el nuestro. »

« Jaubert es actualmente el porta-arcabuz de Guizot. Mientras que este dogmatiza, aquel ejecuta; el uno dispone el plan de batalla, y el otro hace fuego, á menudo antes de recibir la orden. »

« Ambos se puede decir que gobiernan la escuela. Mientras que Guizot, calada la capucha y arremangado el traje, recita grave-

mente el *oremus* de la doctrina, Jaubert desempeña el papel terrible de hermano azotador, y recorre la Cámara, distribuyendo á diestra y siniestra fuertes disciplinazos.

« Como su maestro en pedagogía, está por los antiguos usos y costumbres, y no gusta de nuevos métodos. Napoleon es el heroe por quien profesa una admiracion sin igual, no por su genio culminante, sino porque era no poco déspota y sabia mantener en órden el aula; y, en el concepto de Jaubert, no hay talento superior.

« Concluida el aula y colgadas las disciplinas, sale y ya es otro hombre. Todos los que se le acercan quedan atónitos á la vez y seducidos por la urbanidad elegante de sus modales, su trato afable, su buen carácter, su índole complaciente; y nadie acierta á reconocer en sugeto tan amable, el fogoso y colérico tribuno.

« Jaubert tiene la palabra pronta y avispada, y no hay que amostazarlo mucho para que suba á la tribuna, y arremeta fogoso á sus adversarios. Si hubiese nacido cuarenta años antes, hubiese sido un revolucionario de primer órden. Su violencia hierve y no puede contenerse; sus labios delgados se comprimen y destilan la hiel, mientras que sus ojos negros lanzan centellas de cólera.

« Jaubert fasca espumando el freno, y por poco que se le tire la brida respinga y se encabrita. Así si agrada á las personas impetuosas, compromete á las de política discreta y prudente. Jaubert huronea, se mete por los matorrales, ahuyenta la caza con sus gritos, y está tan mal enseñado, que no vuelve por mas que se le llame.

« Riñe á los suyos, murmura entre dientes, muerde á sus adversarios, y les hince el diente sin piedad. No admite duda que seria poco decoroso que la discusion parlamentaria se mantuviese siempre en igual pié; pero tambien es necesario confesar que no es malo que, de cuando en cuando, haya una mano algo recia y violenta que rompa el velo tras el cual se representan las farsas políticas, y nos muestre á los actores en su traje usual.

« Jaubert activa y precipita la solucion de las cuestiones, y cuando esta toma otro rumbo, la vuelve al camino derecho. El impetuoso orador interpela á los ministros, no les deja respirar y los coloca en un desfiladero tan estrecho, que no hay medio de escapar, y es necesario decir sí ó no. Es como un mosquito cuyo continuo zumbido importuna el oido, que en vano se ahuyenta y sin cesar vuelve. Este implacable mosquito revolotea en torno del

banco de dolor, se pone en la frente y manos de los ministros, los sofoca, chupa su sangre y taladra su cuerpo con su aguijon venenoso. La piel se hincha, la comezon es insoportable, la llaga se encona.

« Era de ver á Jaubert persiguiendo á Thiers, y, cubierto de polvo, empapado de sudor, casi sin aliento, seguir infatigable al pequeño ministro, y echar mano á su gorro de renegado. Thiers huia á toda prisa y se escurria en los mil rodeos de su argumentacion capciosa. ¿ Pero qué medios puede haber de asirse de Thiers que se escabulle y desliza como un anguila entre los dedos? ¿ Quien podrá jactarse de poder agarrar á ese Proteo, á esa apariencia, esa sombra? »

Tal era, no lo olvide el lector, tal era el Jaubert de 1836.

Despues vino el año 1840, y Jaubert, por no sé qué capricho, se aprovechó de la ausencia de Guizot, para dejar el aula, no sin llevarse la palmeta, y salió á campaña montado en los pesados cañones de Thiers; bella campaña por cierto que amedrentó la Europa entera, y nos volvió tan temible para con las potencias coligadas.

¿ Pero cual puede ser la causa de este cambio repentino de estrategia y quien podrá descifrar este enigma? ¿ Quien? Yo, yo que decia en 1836 de Jaubert lo que queda indicado y repito: que Jaubert es « fanático, efecto de un temperamento arrebatado é iracundo, de todo partido que podrá servir. »

Pero vaya otra metamórfosis. Despues de haber declarado la guerra á la Inglaterra desde lo alto de la tribuna, en la última session, y arrojado en sus buques algunas de nuestras balas perdidas en Abukir y Trafalgar, Jaubert ha tomado una aversion repentina por Thiers y la gloria, y ha abdicado sinceramente el imperio, retirándose como Dioclesiano á Salone. ¿ Quien lo creyera? Ya no vuelve á pensar en la famosa cuestion de Oriente, ni en Beirut, ni en San Juan de Acre, ni en el anciano Mehemet, ni en el jóven Abdul-Mejid, ni en sus visires, ni en su haren. Ya no pega fuego á sus baterias de tres puentes, ni medita la prodigiosa conquista de las islas Baleares, ni mira por el anteojo de larga vista de Thiers, para ver si seria mas conveniente bajo el punto de vista geográfico, mandar regresar á nuestra flota de Atenas á Tolon, para tenerla en caso de necesidad, mas cerca de Alejandria.

El audaz tribuno ha convertido su gabinete en invernáculo y su

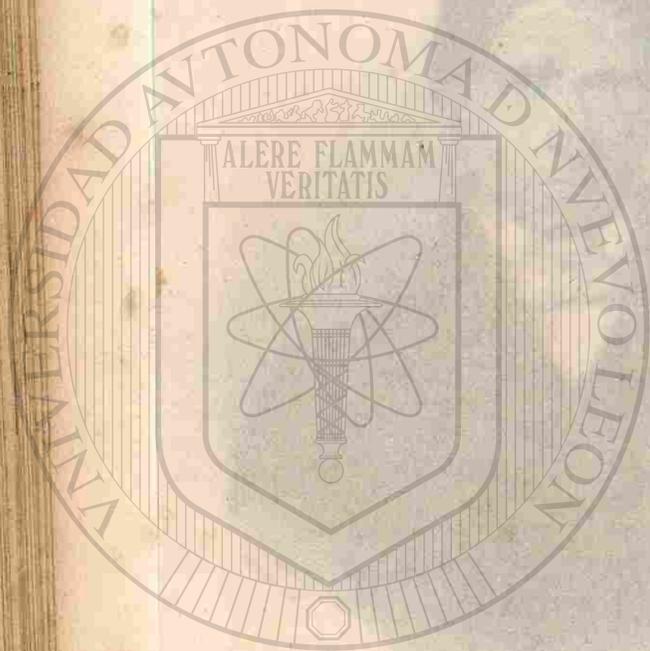
cartera en herbario. Ora respira el delicioso aroma de las rosas, ora moja delicadamente su pincel en la decoccion de no sé qué especie de preparacion química, y ¿en qué se figura el lector que se ocupa el vencedor de Inglaterra? En destruir las mitas. Ese profundo político escamonda y recorta las corolas de los geranios y camelias; describe y arregla simétrica y primorosamente sus preciosas familias, sus variedades y genealogías en su catálogo de tafílete. Con el escalpelo en la mano, penetra y se insinua en la alta fisiología de las gramíneas; asiste á la hora en que abren los nardos sus olorosos pétalos; se enternece al divisar la anémoma, y siente un regocijo indecible al ver florecer los tulipanes. Portero, ten cuidado con no anunciar la visita de ningun importuno y no incomodar al ilustre botánico; ni vayas á decirle que Guizot le ruega que vaya á ver en Grecia lo que convendria hacer en Egipto; ni que Thiers le propone entrar en su cuarto ministerio que no será el último, ni aun siquiera que M. Pataille va á pronunciar un discurso; pues te aviso que Jaubert es hombre capaz de negarse á admitir todas estas ofertas, y á obstinarse á no escuchar ni á Guizot, ni á Thiers, ni aun á Pataille. Por otra parte cuidados mas graves ocupan su ánimo. ¿Acaso no se halla completamente embebido en la contemplacion de su fibrina ó de su herbácea? Como esta aguarda la mañana para abrirse y la noche para cerrarse. El acrimonioso orador cierra los ojos, se mece en las caprichosas alas de la metempsicosis, y parece haber pasado en el cuerpo de un arbusto; su tallo y raices penetran en la tierra, y sus ramas ostentan vistosas y fragantes flores, mientras que difúndese al rededor el polvo dorado de los estambres; mas tambien se eriza de espinas, en memoria de su antigua profesion, y hasta la próxima sesion, Jaubert se figura ser planta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DUPIN.

Ni el camaleón que cambia de color cuando se le mira, ni el pájaro que revolotea mil veces en diferentes direcciones y se escapa por el aire, ni el disco de la luna que se oculta á nuestra vista cuando la estamos observando con el telescopio, ni la navecilla que en un mar agitado sube, baja, y aparece de nuevo en la cumbre de las olas, ni la sombra que pasa, ni la mosca que vuela, ni la rueda que gira, ni el relámpago que brilla, ni el sonido que huye, no pueden darnos mas que una idea imperfecta de la rapidez de sensaciones y movilidad de espíritu de Dupin.

¿Cómo conseguiré dibujar su desigual y mudable fisonomía, y por donde le asiré y le tomaré?

¡Pues dígame á Vm., Señor mio, que si se está Vm. meneando siempre en la silla, si vuelve la cabeza á cada momento, y no se coloca mejor, voy á romper la paleta y á tirar los pinceles! ¿Vm. quiere que le haga parecido, no es verdad? Pues bien, hágame Vm. el favor de permitir que le examine siquiera durante algunos minutos. No se enfade Vm. tampoco si las proporciones de su fisonomía no estan siempre acordes entre sí, ó si algunas de sus facciones hacen mal efecto. Como pintor debo imitar la naturaleza y pintar el cuadro conforme al modelo.

Hay en Dupin, dos, tres, cuatro, una infinidad de hombres diferentes; el hombre de *Saint-Acheul* (1) y el hombre galicano, el hombre palaciego y el de las tiendas, el hombre valiente y el cobarde, el hombre pródigo y el económico, el hombre del exordio y el de la peroracion, el hombre que quiere y el que no quiere, el hombre de lo pasado y el de lo presente, pero nunca el hombre del porvenir (2).

(1) Colegio de PP. Jesuitas. Dícese que Dupin fué á hacer ejercicios en él cuando en 1815 se verificó la Restauracion en Francia, y que en aquella época se manifestaba católico ardiente, no perdonando exterioridad alguna para que se le considerase como tal. (N. del T.)

(2) Todo este pasaje nos parece no solo amanerado en extremo bajo el

Es autor, abogado, magistrado, presidente (1), orador y decidor de agudezas.

Ha escrito mucho, hasta en latin, en mal latin sin duda, pero al fin siempre es latin. Lo aprendió tarde, casi sin maestro, y con una fuerza de inteligencia poco comun. Ha formulado una multitud de tratados elementales sobre el derecho, buenos ó malos, que podrian ensartarse como rosarios unos despues de otros; y que componen todo su equipage de autor. Dichos trataditos no son otra cosa que unas recopilaciones de ciencia comun, breves, concisos y juiciosos, pero sin originalidad.

Dupin no se halla dotado de la facultad de investigacion pacienzuda y aplicada que profundiza una materia y llega hasta las fuentes de los principios. Vé de cerca con exactitud y pronto; pero no vé de lejos ni por largo tiempo. Tiene la filosofia de la experiencia, pero le falta la filosofia de la invencion. No sabe crear, arregla. Así zurce un Manual como cose una Carta (2), pero no seria capaz de componer una obra.

Cuando era abogado hablaba de un modo vivo, acerado, atropellado y rudo; con habilidad pero sin método, con fuerza pero sin gracia. Su respeto hacia la toga y las pelucas del antiguo parlamento rayaba en supersticion; se manifestaba muy celoso de lo que él llamaba las prerogativas de su orden, y habria estado pronto á sacrificarse y á morir, si hubiera sido necesario, en defensa de su toca y de su golilla, lo cual es ciertamente muy heroico. Compulsaba las obras de Justiniano para buscar apotegmas; la historia para recoger citas; los autores antiguos para extraer equivoquillos; y lo mezclaba todo con sales de su cose-

punto de vista de estilo, sino errado; y, á pesar del respeto que nos inspira el nombre de Timon, le diremos que todos los elementos, á primera vista heterogéneos, se armonizan en un conjunto total que constituye á Dupin una individualidad muy pronunciada.

En efecto, Dupin, en su persona, discursos, precedentes biográficos, simpatías, antipatías, calidades y defectos, nos parece la mas completa expresion de esa clase media, llamada por los Franceses *tiers. état ó bourgeoisie*, que, despues de haber expuesto sus quejas respetuosamente al pié del trono, se levantó un dia iracunda como el alcalde de Zalamea, derribó la corona y aristocracia, alióse con el pueblo, y luchó contra el despotismo. (N. del T.)

(1) Cuando se dió á luz esta obra era Dupin presidente de la Cámara de Diputados; despues lo ha sido de la Asamblea legislativa. (N. del T.)

(2) Por ejemplo la Carta ó Constitucion de 1830, cuyo relator fué en la Cámara. (N. del T.)

cha, con lo cual hacia un guiso picante y singular. Brusco, impetuoso, desigual, precipitado, ensartador de anécdotas, pródigo de agudezas, divertia al auditorio, al foro, á los jueces y á los clientes (1).

Como procurador general del tribunal mas sério de Francia, Dupin no ha conservado mas que la parte seria y sólida de su talento de abogado. No posee la vasta erudicion de Merlin, ni los tesoros de su jurisprudencia, ni su delicada y un poco sutil argumentacion; pero tiene una razon recta, un discernimiento seguro, y sus dictámenes fiscales son unos modelos de claridad, precision y lógica. Es legista mas bien que legislador, y amante de los textos mas bien que del espíritu: si son susceptibles de dos interpretaciones, una filosófica y otra vulgar, elegirá esta última por instinto. Tiene mucho sentido judicial y poco genio. Es flojo, veleidoso, y casi cobarde en las causas politicas, pero en las civiles es firme, progresivo, imparcial y digno.

Como presidente de la Cámara tenia Dupin grandes cualidades y algunos defectos. Sabia los precedentes y la jurisprudencia; aplicaba con sagacidad el Reglamento y mantenia los privilegios parlamentarios contra las usurpaciones de los ministros. Puesto en pié inspeccionaba con la vista todos los puntos de la sala, regenteaba como un pedagogo á los diputados revoltosos é indóciles, y les daba de tiempo en tiempo buenos palmetazos en los dedos.

Nadie desenredaba mejor que él el hilo de las madejas legislativas. Si casualmente alguna cuestion caía en manos de oradores confusos y perplejos que la erizaban de enmiendas y sub-enmiendas, de distinciones y sub-distinciones y no pudiendo ya comprenderla la dejaban á un lado, Dupin la recojia, la limpiaba y devanaba; le restituía su sentido, economia, divisiones, principio y consecuencias; resumia admirablemente los debates, y exponia el orden lógico de la deliberacion con tanta claridad, que los me-

(1) Como abogado Dupin ocupa uno de los primeros puestos en el foro francés. Su bella defensa del mariscal Ney, juntamente con los dos Berryer, padre é hijo; la defensa calurosa de los tres ingleses Wilson, Hutchinson y Bruce, cómplices de Lavalette; las defensas de los generales Alix, Savary, Gilly, Porret de Morvan, el duque de Vience; la rehabilitacion del mariscal Brune, traidoramente asesinado en Aviñon; los famosos procesos de Merilhou, Bavoux, Isambert, Desgraviers, Montlosier y del *Journal des Débats*, aseguran á Dupin una nombradía tan general como merecida, al paso que acreditan en él un valor civil infinitamente superior á su valor militar, atributo que es sin embargo característico de la nacion francesa. (N. del T.)

nos avisados la comprendian y exclamaban : ¡ Eso mismo es !

Si algun diputado tenia la desgracia de acercarse á él demasiado, se revolcaba como un erizo y ni aun los ministros se atrevian á rozarse con sus púas. Si algun orador novel se presentaba á perorar por primera vez en la tribuna enmedio de las conversaciones y se volvia hácia él para reclamar silencio, Dupin por toda contestacion le arrojaba un sarcasmo doloroso que aturdió al pobre hombre y le mataba; y esto no porque Dupin tuviera mala intencion, pero á veces se olvidaba de que estaba presidiendo, y cuando le picaba una agudeza era necesario que se rascase.

Todavía hay dos hombres que pintar en Dupin, el político y el orador.

Dupin es la personificacion mas expresiva y verdadera del individuo de la clase media, y no del fino y elegante vecino de la *Chaussée-d'Antin* (1) que remeda á los caballeros, ni del humilde habitante que lleva galones de lana y que los vende, sino del censalista ó *rentier*, del abogado, del notario, del negociante, del rico propietario á quien no gustan los nobles, y que desprecia á los proletarios. *Vivir cada uno para sí y en su casa*, tales son sus máximas favoritas de filantropía interior y de política extranjera. ¡ Y suceda lo que suceda despues del pueblo !

Tiene instintos plebeyos y no tiene instintos revolucionarios. Ha sido legitimista despues de haber sido imperialista. Hoy es filipista y mañana sería republicano sin que por eso quedase muy desconsolado. ¡ Pero en realidad la clase media que él representa no ha sido alternativamente y sería todavía eso mismo ?

Dupin va á hablar : ¿ que será hoy, pueblo ó criado ? como se quiera. Uno y otro á un tiempo es todavía mejor, ó lo uno despues de lo otro, delante, detrás, como Vms. gusten, lo cual no le incomodará en lo mas mínimo, porque siempre le atacan tres ó cuatro intenciones de romper la marcha con tres ó cuatro piés diferentes, y por lo regular se arroja al traves de la primera oleada sin que por lo demás se preocupe del modo con que llegará á la orilla : tabla, corcho, cuerdas, velas ó vapor, todo es bueno para él, porque se fia en su estrella.

A veces tiene humoradas de buen sentido mayores que las que jamas ha tenido hombre alguno en Francia. Se indignará repenti-

(1) Distrito de Paris en donde viven la mayor parte de los negociantes mas acomodados de la capital. (N. del T.)

namente por la menor violacion de las leyes, por la menor dilapidacion del tesoro, ó por alguna grave y solemne injuria al honor nacional ; y entonces encrésbase su probidad, conmuévase y hiérvele la sangre en las venas ; el ardor de la Oposicion le impele ; pateo en su asiento ; se encasqueta el sombrero hasta los ojos ; saca su valiente espada de la vaina, y hele ahí que la empuña con ambas manos y que va á asolarlo todo ! Pero el viento de la corte pasa durante la noche por encima de esa frente soberbia y triunfante, y ese viento le doblega. El leon, convertido en cordero, retira hácia dentro sus garras y se deja atar y conducir ; bala todavía algunos quejidos y en seguida se va á echar á los piés de su amo.

Dupin es bastante difícil para desatar los cordones del bolsillo nacional, pero al fin los desata. Se habia hecho inscribir para hablar en contra y hablará, pero en pró. Habia prometido principiar por decir la palabra que todo lo dice, la palabra decisiva, y concluirá por no deducir siquiera consecuencia alguna. Habia jurado solemnemente que armaria una tempestad, y el soplo de sus palabras es todavía mas suave que el céfiro ; que iria directamente al derecho, y se limita al hecho ; que trataria una de las cuestiones, y trata de otra ; que argumentaria sólidamente sobre la tesis principal, y no toca mas que los puntos accesorios. El flujo del mar no tiene lugar sino doce horas, despues del reflujo ; pero en la cabeza de Dupin el flujo y el reflujo traquean su voluntad en sentido contrario y en el espacio de un minuto ; es mas inestable que el mas agitado mar.

Un editor, que no era el mio por cierto, escribió un dia la biografia de todos los diputados y los puso y clasificó á todos segun su opinion, gestos y hechos, cual ministerial, cual de la oposicion, este á la izquierda, aquel á la derecha, esotro en el centro izquierdo, esotro en el derecho, ese en el centro y aquel en otra parte. Pero cuando llegó á la letra D, y le tocó el turno á Dupin, no pudo ni supo decir si estaba en pró ó en contra, ó ni en pró ni en contra, ni que hacer de su asiento ; y no sabiendo adonde ponerle se vió obligado á no ponerle en parte alguna. Nótese para honra de la Cámara y del mismo Dupin, que este acababa de ser nombrado presidente de la misma Cámara, casi por unanimidad, y el lector no podrá menos de confesar que es esta una cosa muy curiosa !

Dupin se dice todavía galicano, y al manipular la Carta se preo-

cupaba mucho mas de saber si jugaba una pieza á los ultramontanos, que si el principio mismo del gobierno quedaba totalmente cambiado. Y habiendo caído la revolucion de Julio en mano de unos hombres de tal especie, como querian Vms. que sucediera otra cosa que lo sucedido? Dupin se ha figurado que el pueblo se batió durante tres dias y en la mayor fuerza del sol, únicamente para plantar á su amo sobre el trono, y á él sobre las flores de lis del consejo de CASACION(1); pero á la verdad el pueblo tenia otras cosas mejores que hacer!

Dupin tiene tres antipatias, á los ambiciosos, á los aristócratas, y á los militares fanfarrones; teme siempre que las espuelas de estos desgarran la falda de su toga, y enfrena en la Cámara al partido militar.

Tiene valor y es cobarde. Tuvo valor cuando algunos bandos de furiosos sitiaban su casa y ahullaban canciones de asesinato contra él (2). Fué cobarde cuando se negó á tomar la palabra en el tribunal supremo de justicia y en la Cámara, contra las infamias del abominable estado de sitio (3).

No es ambicioso ni desinteresado, ni sencillo, ni ostentoso. Persigue obstinadamente á la fortuna si se le resiste, y si se le presenta la deja escapar.

Tiene tanto y mas talento de lo que se puede tener y hace poco caso de él; pero si quereis agradecerle decidle que es muy constante en sus opiniones, y os creará.

En el palacio de las Tullerías se le teme mas que se le ama, y se le tolera mas de lo que se trata de atraerle; porque es brusco en sus maneras y áspero en su lenguaje. Es una especie de patan del Danubio que se ha calzado con tacones encarnados (4). Miren Vms. detras de la puerta del salon de Diana (5) y allí verán los zapatones claveteados que dejó al entrar (6).

(1) Tribunal supremo de justicia que anula ó confirma las sentencias de los tribunales inferiores. (N. del T.)

(2) En 1831.

(3) En 1832.

(4) Los tacones encarnados eran en otro tiempo uno de los distintivos de la nobleza. (N. del T.)

(5) Salon del palacio de las Tullerías adonde se reunia la familia de Luis-Felipe, y recibia por la noche á sus mas íntimos servidores. (N. del T.)

(6) Los gruesos zapatos que usa Dupin son hoy proverbiales y figuran en todas las caricaturas que de este personage se han publicado en el *Charivari*. Roland, marido de la famosa M<sup>me</sup> Roland, y ministro en 1792, no los de-

En la corte es terdo y mal educado, y con sus dicharachos ofende ciertas augustas susceptibilidades (1). Las excursiones de su facundia importunan; pero no se le impide que corra por la llanura porque se sabe que volverá á su camada y se dejará cojer fácilmente por ambas orejas.

Dupin es el mas rústico de todos los cortesanos y el mas cortésano de todos los rústicos. Pero no hay que equivocarse: los cortesanos de esta especie no son los menos manejables. La parte exterior de la corteza es áspera al tacto, pero su parte interior es lisa.

Tiene para con su rey toda la ternura de un procurador (2), y es probable que en la intimidad de sus augustas confidencias, su rey le habla con mas gusto de la redaccion de algun contrato de arriendo que del genio de sus ministros; y del arreglo de su domesticidad que de la política del Gran Turco.

Dupin ha estado veinte veces á punto de atrapar la cartera ministerial, y aun se la pusieron en la mano, pero la dejó caer al suelo. Tiene humor y caprichos de niño; quiere y no quiere; rie y llora; os saltará á los brazos con un aire alegre y confiado y despues se marchará á un rincón y se pondrá de hocico; hará momos y si os acercais á él os arañará.

Es atrevido, resuelto, y habla bien entre bastidores; pero así que sale á las tablas tropieza, titubea, olvida su papel, tartamudea, se tira la peluca sobre los ojos y hace el mudo.

Dupin ha pasado durante mucho tiempo por ser el general del tercer partido. ¿Del tercer partido! ¿y qué era el tercer partido?

Sabido es que, á la muerte de Casimiro Périet, la mayoría

jaba, sino entraba con ellos en palacio, excitando la saña y murmullos de los cortesanos que respetaban empero el representante del pueblo revolucionario. A diferencia de Dupin, Roland no era una especie de Caton el censor, ó patan del Danubio, sino un republicano austero, si bien, aspero y agrio de condición. (N. del T.)

(1) Dupin goza de una nombradía tan justa como general, por sus felices ocurrencias, dichos chistosos y oportunos *calenbourgs*. Ya hemos dicho que llámase así en Francia á un juego de vocablos que consiste en dar un doble sentido á las mismas voces, prescindiendo de la ortografía; juego casi imposible en castellano á causa de la riqueza y cadencia poética de nuestro idioma que permite el carácter sordo y anti-prosódico del idioma francés. (N. del T.)

(2) Dupin era procurador general del Dominio privado y Lista civil.

(N. del T.)

triumfante se dislocó. Los apóstatas de Julio, los legitimistas vergonzantes, los espadachines, los siervos de la corte, los doctrinarios de raza, los funcionarios ambiciosos y los linceos hicieron bando á parte y formaron el cuerpo mas considerable del ejército.

Pero algunos combatientes principiaron á desertar no queriendo, por pudor ó por prevision, regimentarse bajo la férula de los doctrinarios. Veian surgir en el porvenir un ministerio naciente, y veinte veces estuvieron á punto de cojer, y aun la atraparon por algunos minutos, la sombra tras de la cual corrían. Esta fraccion de los disidentes tomó el nombre de tercer partido. ¿Pero este partido qué era lo que hacia? ¿Qué queria? ¿tenia gefes? ¿tenia soldados? ¿donde estaban? Dicese que sentados en los confines del ministerio y de la Oposicion se inclinaban tan pronto á un lado como al otro; pero se ocultaban tan bien que si se hubiera querido buscarlos habria uno gastado su vista, y pasaban con tanta presteza de un principio á otro que hubiera uno gastado su inteligencia en definirlos. Solo su mano derecha sabia exactamente de qué color era la bola que tenían en la mano izquierda, y el secreto de sus votos se perdía en la urna. No se hacian traicion unos á otros porque no se conocían. No se contaban porque no sabían quienes eran. Ambicionaban el poder y no se atrevían á tomarlo ni á conservarlo. Eran ministros durante tres dias (1) y luego no eran nada, ni ministeriales, ni de la Oposicion. Nadie habria podido decir que estuviesen vivos, moribundos, ni muertos. No tenían fuerza para llevar á cabo una resolucion, un voto, ni un principio, y su fecundidad no era mas que una serie de malos partos. Gentes singulares que la divina Providencia habia compuesto, muy probablemente, de carne y hueso como nosotros, que bebían, comían, hablaban y votaban como el comun de los mártires, y con quienes hemos vivido, nos hemos reunido, discutido y legislado la mitad del dia por años enteros, sin que podamos decir precisamente cual era su nombre ni si lo tenían, cual era su opinion ni si la tenían.

Peró no importa, el tercer partido pasa por haber existido en los tiempos fabulosos, y Dupin pasa tambien por haberlo guiado del modo que van Vms. á ver.

¿Cuan bello era ver á ese hábil y elocuente general cuando,

(1) Alusion al ministerio que solo duró tres dias.

(N. del T.)

saliendo de su tienda (1), arengaba á sus gentes con el tono y maneras de un emperador romano, diciendo así:

«Oficiales y soldados del tercer partido, queridos compañeros; «llegó la hora de manifestar que no sois seres imaginarios, cuerpitos dubitativos, impalpabilidades, ni fantasmas. Presentaos por «fin á la claridad del dia y haced ver quienes sois, cuantos sois, «y sobre todo lo que sabeis hacer! Los Dioses no otorgan su favor sino á los guerreros atrevidos y perseverantes. Vergüenza «para los que huyen antes de combatir! Si os tiembla la mano, si «os falta corazon y os sentis prontos á desmayaros como el señor «conde de Montalivet (2), fijad la vista en mi penacho multicolor «y seguidle, que él os conducirá por el camino de la victoria (3). «Mas si la fortuna hiciese traicion á mi constancia y á vuestro «valor, acordaos, oficiales y soldados, que es muy digno de vosotros y de mí, que es bello y glorioso el que permanezcamos «firmes cada uno en nuestro puesto, y si es necesario que muramos en él con la frente vuelta hácia el enemigo!»

Al decir esto afilaba Dupin su palabra y se armaba de piés á cabeza. Colocado en la altura, el Napoleon de la tribuna dirijia su anteojo sobre todo el ejército, y cuando el fuego era bien nutrido, y el grueso del tercer partido se hallaba ya empeñado, entraba él en la liza, sacaba las flechas de su arco y volviéndose las lanzaba ¿contra quien? contra los suyos. Despues de esto daba una burlona risotada, hacia una pirueta, batía la arena con el pié y se ocultaba. ¿Adónde está ese vencedor de sus propias tropas, ese gran capitán? ¿Que le busquen para coronarle de palmas! Van, vuelven, corren por todas partes, escudriñan á derecha é izquierda la casa de Vm., la mia, la suya, todos los rincones de su tienda y hasta los bagajes del campo enemigo; pero todo en vano; no se sabia absolutamente lo que se habia hecho, y dicese que para encontrarle fué preciso encender antorchas y tocar generala.

Dupin se halla en una posicion de las mas falsas, y él mismo

(1) Tal vez alude el autor al escondite de Dupin en el sótano de su casa (cave) durante los tres dias de julio de 1830. Ya hemos insinuado que, aunque Francés, Dupin tiene mas valor civil que arrojo militar. (N. del T.)

(2) Intendente de los bienes particulares de Luis-Felipe. (N. del T.)

(3) Alusion satírica por el contraste que ofrece, al famoso dicho de Enrique IV en la batalla de Ivry, y muy conocido en Francia: «Soldados, seguid mi penacho blanco que encontrareis siempre en la via de honor.»

(N. del T.)

debe convenir en ello. La antipatía de su opinión, la irritabilidad de su carácter, y el vigor de su talento le inclinarían á hacer á los doctrinarios una guerra abierta, ardiente é impetuosa, y sin embargo es necesario que se contente con exhalar su cólera en sarcasmos de corredores, y que se condene á un silencio del que su corazón se indigna y tiemblan sus labios. ¡ Así sufre el castigo de lo pasado !

Porque si quisiera sacudir la vergüenza de ese pasado sobre la cabeza de los doctrinarios, estos que hasta ahora le han guardado algunas consideraciones le responderían : « ¿ De qué se queja « Vm. ? ¿ No tomó Vm. también parte como nosotros en la usur-  
« pación de la soberanía nacional ? ¿ Y como fiel y obediente sú-  
« dito y servidor no ha votado Vm. á ejemplo nuestro y para su  
« amo la enormidad de su lista civil ? ¿ No ha otorgado Vm., como  
« nosotros, al gobierno de su elección, el donativo gratuito de  
« mas de mil millones de francos ? ¿ No ha encerrado Vm., como  
« nosotros, en el fondo de los corazones las excéntricas simpatías  
« de Julio, haciendo oír estas nobles y generosas palabras, *cada  
« uno en su casa y cada uno para sí* ? ¿ En medio de su indigna-  
« ción ministerial, no ha lacerado Vm. el informe y declamado como  
« nosotros, á grandes voces, contra sus actuales amigos de la opo-  
« sición ? ¿ No ha encontrado Vm. admirable, como nosotros, ese  
« infame estado de sitio y todas esas leyes perversas y salvajes que  
« han corrompido al pueblo, violado la Carta y oprimido la liber-  
« tad ? Pues si somos culpables Vm. es nuestro cómplice ; pero si  
« somos inocentes y gloriosos ¿ porqué no se echa Vm. en nues-  
« tros brazos y viene á participar con nosotros de las bendiciones  
« de un pueblo reconocido y de la alegría de nuestro triunfo ? »

Seguramente Dupin no tendría respuesta alguna sólida que oponer á esta anatematizadora alocución de los doctrinarios y así ¿ qué es lo que hace ? no contesta.

Dupin es de esos hombres con quienes no se puede contar seguramente como amigo político, y á quienes no se debe tener por enemigo. El mismo embarazo causa, poco mas ó menos, al ministerio con quien no está que al ministerio con quien estaría. No es bastante elástico, conciliador ni insinuante para salvar las mil dificultades de mil negocios. Tiene el talento á modo de podadera que sierra mas bien que corta. Si llegara á ser ministro, desharía al dia siguiente el plan de la vispera, y en sus momentos de buen humor pasaria todos sus colegas al filo de sus agudezas.

Solo de él ha dependido el llegar á ser el hombre mas popular de Francia, y lo habria sido hasta un punto á que por mas que hagamos no llegaremos nunca ninguno de nosotros. Hubiera sido por cierto una hermosa posición la suya, la mas bella de todas ! Pero Dupin que pudo apoderarse de ella prefirió ser el hombre de la parte mas rica de la clase media (1). Lo único que acerca de esto puedo decir es, que lo siento por nosotros y por él.

Dupin haría mala figura en las cenas de la corte con la espada en el cinto y los cordones de oro atados al hombro izquierdo, y será uno de los primeros en convenir que tenia poca gracia en cabalgar como D. Quijote, bardado con la armadura feudal, en el caballito de la Dotación. Mejor hubiera hecho en dejar esas heroicas lanzadas para los caballeros de la triste figura.

La lisonja que echa á perder los presidentes y los reyes, ha dañado también á Dupin quien se ha hecho igualmente daño á sí mismo ; yo le compadecí mucho cuando vino diciéndonos en un acceso de vanidad cómica : « Señores, Vms. creerán lo que quie-  
« ran, pero sepan que soy Demóstenes en la tribuna, Ciceron en el  
« foro, y Caton el Antiguo en los campos (2). » No, señor Dupin, no le creeremos á Vm., porque esos tres fieros republicanos que, segun dice, representa Vm. por sí solo, no se hubieran bajado hasta llevar la librea de Luis-Felipe y besar el borde de las sayas de nuestras señoritas reales. Es necesario que Dupin sepa que no existe paridad alguna entre un pobre Welch (3) en miniatura como él, y todos esos gloriosos Griegos y Romanos !

(1) La clase media veía en Dupin su representante legítimo, y en él se miraba como en un espejo ; mas no sucedía así con la nobleza y el pueblo, que profesaban por el diputado de la Nièvre una ojeriza que este les pagaba con usura. Compuesta de personas que no brillaban ni por la altura de las ideas, ni lo delicado de los sentimientos, la Cámara acogía con benévola indulgencia los ademanes impacientes de Dupin, su aire rústico, el modo mezquino si bien pintoresco de exponer los hechos, su elocución áspera y grosera, y sus modales broncos. Por sus calidades y sus defectos, Dupin era el verdadero representante de las gentes de toga y comercio. (N. del T.)

(2) Alusión al retrato de M. Dupin pintado por él mismo en el *Diccionario de la conversacion*. (N. del E.)

(3) Nombre derivado de *Gaëlz* ó *Galli*, esto es de los Galos ó Céltas, población primitiva de la Francia y de la parte occidental de la Gran-Bretaña, llamada país de Gales, cuyos habitantes designan los Ingleses bajo la denominación de *Welsh*. El nombre de *Welche* lo emplean los Franceses para designar los bárbaros é ignorantes, y en tal sentido lo emplea Voltaire en este verso :

*J'ai passé dans Paris, les Welches n'y étaient plus.*  
(N. del T.)

Demóstenes después de haber votado á los dioses infernales á Felipe de Macedonia, murió herido por el puñal de un sicario, abrazando los altares de la libertad, y Dupin no tiene, que nosotros sepamos, el menor deseo de lanzar semejantes imprecaciones á Felipe de Orleans, ni de morir del mismo modo que Demóstenes (1).

Ciceron combatió en el senado romano al melifluo y bellaco Octavio, el cual daba la mano á todo el mundo y meditaba ya la ruina de la república (2), y Dupin ha presidido sencillamente una Cámara de linceos, juzgadores, procuradores, camarillistas, y proveedores de leña, carbon de piedra, lanas, cueros y gorros de algodón, los cuales no tienen la mas mínima semejanza con una asamblea de reyes.

Por último Caton el Antiguo se alimentaba con pisto negro en la fragilidad de los campos y no giraba letras á la vista contra el tesoro de Roma, mientras que Dupin se iluminaba con rosas y vino á la luz de mil bugias en sus brillantes saraos, y acumulaba todo cuanto era posible acumular de oro y billetes de banco, después de haberme alabado á mí mismo por mi valor en combatir los abusos de la acumulación (3).

Dupin no ha tenido nunca mas que una ambicion vulgar y fácil de contentar. Si no ha querido ser mas que presidente de la Cámara, procurador general del tribunal supremo de justicia, académico y gran cruz de la Legion de honor, era preciso que hiciera

(1) Según algunos republicanos, enemigos de Dupin, su genio caprichudo y regañon en la corte, era efecto de una adulacion refinada, y una taimada disimulacion procedente de un espíritu á la vez rústico y cortesano. El chistoso periódico llamado el *Charivari*, le ponía en la boca estas palabras dirigidas á Luis-Felipe: « Señor, mi opinion lisa y llanamente expresada, « pues no me gustan rodeos y aborrezco todo lo que huele á hipocresía, es que « S. M. es el primer político de los tiempos modernos, que la Europa en- « tera le admira, y que la Francia proclama ufana su monarca: Ahora si « mi lenguaje lo encuentra osado, S. M. puede mandarme aborcar si gusta, « pero jamás conseguirá hacerme disfrazar la verdad. »

De todos los géneros de adulacion, el peor es el que usurpa las formas de la franqueza. (N. del T.)

(2) Alusion y muy transparente á Luis-Felipe que daba la mano á todo el mundo. (N. del T.)

(3) En la sesion de 1829.

En varias otras ocasiones tuvo ocasion Dupin de alabar á Timon, y confesó en plena tribuna que á la obra de este eminente escritor, debia todos sus conocimientos en materia de derecho administrativo. (N. del T.)

discursos y no folletos. Pero si queria llegar á la posteridad era necesario que hiciese folletos y no discursos (1).

No quiero decir por esto que aunque Dupin no sea del todo tan elocuente como Ciceron ni tan lógico como Demóstenes, deje de ser un improvisador muy notable. Sin duda su elocucion no es tan sabia en el método, tan alta en el pensamiento, ni tan pura en la forma como la de Berryer, pero es acaso mas sustancial, animada y pintoresca. Vistas con el lente del buen gusto las agudezas oratorias de Dupin parecen un poco toscas, pero á cierta distancia pasman por su misma naturalidad y grosería. Toma sus comparaciones de las cosas comunes, de los hábitos de la vida, de los usos, de las costumbres, de los términos forenses y del modo de hablar proverbial, y hace reir á sus oyentes con una risa franca y nacional. Tiene á veces la elocuencia del buen sentido y la tiene de un modo nuevo, raro, original, admirable.

Vivo, ardiente y lleno de fuego, electriza una asamblea, no la deja respirar y cuando trata de una buena causa y se halla en vena, la sigue con asombroso vigor y precision. Entonces todas sus ideas se encadenan, todas sus palabras contienen y significan algo, todas sus pruebas se deducen unas de otras. Entonces es nutrido, ejecutivo, nervudo, conciso y de una brillante lucidez. Entonces Dupin es comparable á todo lo que ha habido de mas nacional entre nuestros dialécticos y de mas vehemente entre nuestros oradores.

Por desgracia Dupin es desigual muchas veces y cae en lo trivial y bajo. Su imaginacion le domina, y si mientras se halla gesticulando en la tribuna le pasa por la mente alguna agudeza, la coje al vuelo y, tomándola por enmedio del cuerpo, la arroja sobre la Cámara á riesgo de herir la primera cabeza que se le presente (2).

Hay mas virilidad en su palabra que en sus principios, y tiene mas poder de argumentacion que de buen juicio, mas independencia de cabeza que de corazon. Se ha visto mezclado á tantos acontecimientos políticos y ha defendido la verdad y la falsedad en tantas y tan diferentes causas, que no es fácil poder decir si ha hecho mas bien que mal á la libertad, y mas mal que bien á sí mismo.

(1) Alusion á su dicho contra Timon: « Porqué no hace discursos? » (N. del E.)

(2) Estos arranques de Dupin le llamaban sus colegas: *les coups de boutoir* de M. Dupin; y en efecto, el caprichudo orador parecia distribuir como un jabali, dentelladas á diestra y á siniestra. (N. del T.)

Esta clase de oradores, género raro, sobre todo hasta tal punto, son hombres de arrastre y que nunca hablan mejor que cuando hablan de improviso. Se menean con inquietud, se frotan contra su asiento y se encienden como un fósforo.

¿Veis aquel inflamable orador que entra bruscamente en el salón, se sienta, se levanta, se agita, se revuelve, levanta la mano, sube á la tribuna y perora? No le preguntéis porqué ha principiado, ni sobre todo como acabará. ¿Acaso debereis admiraros si habla en pró y vota en contra? ¿Acaso no sabeis que se abandona á la corriente de sus inspiraciones sin sospechar siquiera hasta donde le arrastran? Parte, y de camino revuelve los matorrales en busca de algunos argumentos. Creyéndole un atrevido cazador le buscáis con la vista sobre la montaña, y le encontráis divirtiéndose en cojer flores en la pradera. Despues marcha de nuevo, va, viene, se extravía, vuelve á parecer y desaparece: ¡Fíense Vms. luego de esos políticos mudables, adversarios por la noche de sus amigos de por la mañana, de esos lógicos extravagantes que sientan un principio y retroceden ante sus consecuencias, de esos espíritus ligeros que revolotean al rededor de una imágen, y que cual leves hojas giran sobre sí mismos al capricho del viento que sopla y los arrastra!

Entretanto, ¡quien lo creyera! Dupin insiste todavía y siempre, y quiere pasar contra viento y marea, por hombre constante, y muy constante.

¡Constante! ¿en qué? ¡Constante! ¿con quien? ¿puede él decirlo? ¿y nosotros? ¡Ay! nosotros no podemos mudar. Débiles y volátiles mortales no somos mas que lo que Dios nos ha hecho. Cada rayo debe tener su sombra y cada cualidad su defecto. Si Dupin no tuviera la movilidad que tiene tampoco tendria el talento que le distingue. ¿Que quiere mejor, no tener su movilidad ó no tener su talento? En hora buena, pero que elija.

¿Qué ideas tan extrañas tienen las gentes de talento! Dupin quiere absolutamente ser otro que el que es realmente. Esa es su idea fija. Se mira con coquetería en su espejo y sin duda por efecto de la mucha costumbre, acaba de decirme al ver su retrato: No soy yo el que Vm. ha dibujado, yo no soy Dupin! — ¿Como que no es Vm. Dupin? Pues yo le aseguro á Vm. á fé de Timon que es Vm. mismo el que estoy retratando en este momento. Vm. es el que veo, Vm. es el que dibujo, Vm. mismo, Vm. es el que acabo de pintar!

Pero vamos, ¿qué quiere Vm. que haga para aquietarle? ¿Quiere Vm. por ejemplo que diga que otros oradores han sido tan inconstantes como Vm.; que los Griegos y los Romanos han fluctuado, ni mas ni menos que Vm. entre las sentencias del foro, de la tribuna y del escritorio; que Voltaire, Pascal, Fenelon y Rousseau han variado en toda especie de materias; por último, y esto le agradará á Vm. mas, que ha habido folletistas, malditos folletistas, que habian sido primero torys y luego radicales, primero legitimistas y luego casi republicanos, primero republicanos y luego constitucionales, primero radicales y despues imperialistas, primero absolutistas y despues radicales, primero liberales y despues monárquicos, primero monárquicos y despues liberales? Pues bien muertos ó vivos póngales á estos los nombres que quiera, y con los suyos ponga Vm. tambien el mio; no se contenga Vm. y hágalo como guste!

Pero ya conoce Vm., señor Dupin, que por ganar su gracia no iré yo á perder la del público y á estropear uno de los mejores retratos que he hecho. Despues de todo si Vm. se enfada, y no soy académico por mano de Vm., lo seré por la mia, ó mas bien por la vuestra, amado lector, lo que vale tanto como lo otro, ¿no es así?

Con todo, experimento cierta compasion (Dupin va á decir que son remordimientos), y quisiera con permiso vuestro, ¡oh lector! consolar á ese pobre aflijido y derramar un poco de bálsamo sobre su herida. Quisiera decir, y si no lo dijese haria mal, que Dupin tiene excelentes cualidades morales; que es generoso, inofensivo, que no es rencoroso, y yo soy testigo de ello; que tiene un sentimiento vivo de la justicia y del derecho; que tiene algo de independencia aunque un poco reacía; que es ahorrador del dinero del tesoro, excepto para él y para su amo; que es benéfico, caritativo y naturalmente amigo del pueblo.

¿Añadiré á su pintura este otro rasgo, que le gustan los privilegios y sin embargo no quiere privilegios, que le gusta la corte y sin embargo no quiere la corte ni á los cortesanos?

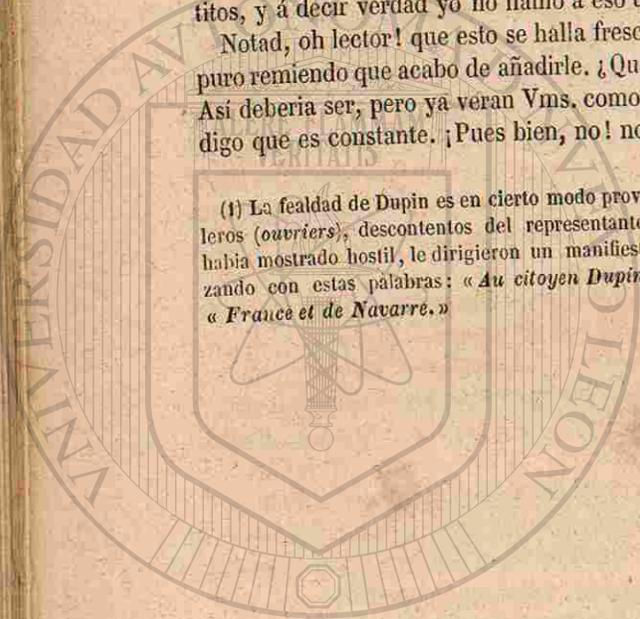
¿Deberé repetir por último, en este punto Dupin no encontrará demasiado largo mi resumen, que brilla por su humor, sarcasmos y jovialidad en la conversacion familiar; que es sutil y profundo, claro, nervudo y sabio en sus dictámenes fiscales; ingenioso y sutil en su literatura?

Diré todavía una palabra mas para completar su retrato:

Dupin tiene una voz llena, grave, sonora, acentuada en el medio, y á veces fuerte y arrebatadora. Su cara tiene costuras, manchas, cicatrices y arrugas; pero cuando su fisonomía se pone en movimiento, cuando la pasión anima y la contrae la argumentación, no carece de elevación ni de nobleza. Sus ojos hundidos saltan de fuego, brillan en el fondo de su órbita como dos diamantitos, y á decir verdad yo no llamo á eso un hombre feo (1).

Notad, oh lector! que esto se halla fresco todavía porque es un puro remiendo que acabo de añadirle. ¿Quedará satisfecho Dupin? Así debería ser, pero ya verán Vms. como no se contenta si no le digo que es constante. ¡Pues bien, no! no se lo diré.

(1) La fealdad de Dupin es en cierto modo proverbial, y, en 1848, los jornaleros (*ouvriers*), descontentos del representante de la Nièvre, que se les había mostrado hostil, le dirigieron un manifiesto en forma de cartel, empezando con estas palabras: «*Au citoyen Dupin l'homme le plus laid de France et de Navarre.*» (N. del T.)



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BERRYER.

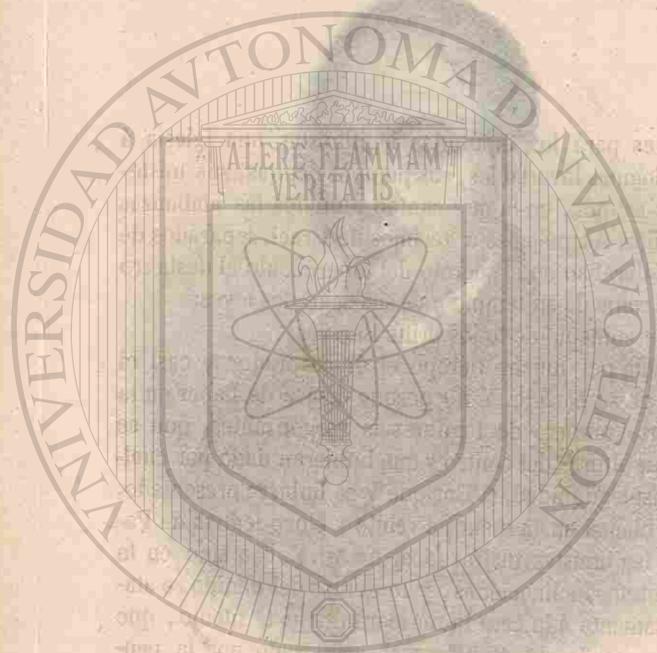
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BERRYER.

La Cámara es para los diputados legitimistas una Iglesia a parte con sus dogmas inviolables, sus pompas ocultas, sus misterios, liturgia y oraciones, en la que cantan reunidos las alabanzas de su amo y señor. Asenajados a los hijos de Israel, separados de su patria y que lloraban en el secreto del tabernáculo el destierro de su Dios, y el ruina de su templo y de sus sagradas leyes.

A su vez, el diputado legitimista es un sacerdote y una Iglesia a parte con sus dogmas inviolables, sus pompas ocultas, sus misterios, liturgia y oraciones, en la que cantan reunidos las alabanzas de su amo y señor. Asenajados a los hijos de Israel, separados de su patria y que lloraban en el secreto del tabernáculo el destierro de su Dios, y el ruina de su templo y de sus sagradas leyes.

siendo...  
era...  
s: hab...  
en tranc...  
viese; p...  
incomoda...  
los...  
y Guana...  
cuerdo Vm...  
'o principes?' Berryer...  
noble conducta, por...  
mas de apoyo cuando...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## BERRYER.

La Cámara es para los diputados legitimistas una Iglesia á parte con sus dogmas invariables, sus pompas ocultas, sus misterios, liturgia y salmos, en la que cantan reunidos las alabanzas de su amo y señor. Aseméjense á los hijos de Israel, separados de su patria y que lloraban en el secreto del tabernáculo el destierro de su Dios, y la ruina de su templo y de sus sagradas leyes.

A su cabeza y en medio de todos brilla Berryer.

Berryer ha sido por mucho tiempo el único orador y casi el único diputado de su partido. Y no porque dejase de haber en la Cámara un cierto número de legitimistas vergonzantes, que se agrupaban en las alturas del centro y que hubieran dado por cualquier cosa la casi-legitimidad, si Enrique V se hubiera presentado, con la bandera blanca en la mano, á veinte y cinco leguas de París. Pero esos legitimistas disfrazados, no revelaban sino en la votación sus secretas inclinaciones, y lo demás del tiempo se ataban tan perfectamente á la cara la máscara del justo medio, que era imposible arrancársela. Si Berryer, arrastrado por la pendiente de la improvisación, dejaba escapar alguna queja demasiado viva por la ausencia de su rey, los legitimistas vergonzantes eran los primeros que hacían oír murmullos de enfado, y creo que si hubieran tenido á la mano alguna piedra, no habrían titubeado en tirársela á la cabeza con tal que el público de las tribunas los viese; pero en los corredores dejaban de representar el papel de incómodos, y si encontraban á Berryer solo, le magullaban los hombros, y le apretaban discretamente la mano diciéndole: «¡Cuanta razón tiene Vm. señor Berryer! ¡Todos somos unos, créalo Vm.! ¡Quien dejaría de echar menos esos excelentes «príncipes?» Berryer admiraba mucho la alta prudencia de esa noble conducta, pero hubiera querido que se le prestase un poco más de apoyo cuando subía á la tribuna.

Para juzgar bien el giro de ideas y el giro de elocuencia de Berryer es necesario colocarse en la inexplicable posición en que él se halla. Como jefe de un partido parlamentario no puede presentarse en la tribuna sino á condición de cubrirse la cara y de encerrar sus sentimientos realistas en el fondo de su corazón. No le está prohibido el ser elocuente, pero con tal que no sea para defender su causa; ni el triunfar, pero con tal que otros recojan el fruto de su victoria. Todo le es permitido menos el ser legitimista.

Acaso también ese sentimiento de indulgencia, de conveniencia y lealtad, que, sobre todo en una Asamblea francesa, circuye á un atleta animoso que lucha él solo contra un batallón de adversarios, ha sido más ventajoso para Berryer que lo hubiera sido la adhesión de un partido numeroso. Acaso la misma dificultad de esa posición extraordinaria, ha dado á su talento más energía y brillo, á la manera que el saltador de agua se lanza con más fuerza mientras más estrecho es el tubo que le contiene.

Después de Mirabeau no ha habido en Francia orador más grande que Berryer.

Si, desde Mirabeau nadie le ha igualado: ni el general Foy que recitaba más bien que improvisaba, y no reunía á la estrecha dialéctica de los negocios la poderosa voz y vasta elocuencia de Berryer; ni Lainé que solo tenía un sonido armonioso y patético; ni de Serre, el cual pesado y embarazoso en sus exordios no dejaba escapar sino por intervalos el grito de su pasión oratoria; ni Casimiro Périer, cuya vehemencia no se desplegaba sino en los apóstrofes; ni Benjamín Constant, cuyo talento tenía más arte y flexibilidad que movimiento y energía; ni Dupin que carece de elocución y sensibilidad; ni Guizot á quien falta la amplitud de las formas, la pasión del gesto y de la voz y el don maravilloso de la electricidad; ni Lamartine que tiene más brillo que color y más colorido que lógica; ni por último Manuel que se hallaba dotado de un juicio seguro y animoso, pero que era más dialéctico que orador y no arrancaba, como lo hace Berryer, de su auditorio encantado y transportado unos estremecimientos involuntarios.

Berryer ha sido tratado por la naturaleza como favorito suyo. Su estatura no es muy elevada, pero su bella y expresiva fisonomía pinta y refleja todas las emociones de su alma. Fascina con su mirada hendida y afelpada y con su gesto que es tan singularmente bello como su palabra. Es elocuente en toda su persona.

Berryer domina la Asamblea con la cabeza erguida. La inclina hacia atrás como Mirabeau, lo cual la dilata y la engrandece.

Se establece en la tribuna y se apodera de ella como si fuera su amo, iba á decir su despota. Su pecho se hincha, su busto se extiende, su talle se alarga, y pudiera compararse á un gigante.

Su orgullosa frente se anima, y ¡cosa extraña! cuando arde su cabeza, sus poros trasudan sangre.

Pero lo que le hace incomparable y lo que tiene mejor que ningún otro orador de la Cámara, es su metal de voz que es la primera de las bellezas para los actores y oradores. Los hombres reunidos son sumamente sensibles á las cualidades físicas del orador y del cómico. Talma y la señorita Mars no debieron su fama sino al divino encanto de su voz. Si uno y otro hubieran tenido una voz común, por más profundos que hubieran sido su manera de representar y el esquisito sentimiento de su arte, la señorita Mars y Talma habrían vivido sin que nadie les hubiera hecho caso. Las más veces se influye en una Asamblea más bien por la voz que por los razonamientos. El mismo señor Barthe, tan vacío de ideas y tan flojo en dialéctica como era, conmovió los centros con el patético acento de su voz, y no menos que haya bajado una sola vez de la tribuna sin excitar los más vivos aplausos.

Pero Berryer no debe solamente su preeminencia á la casualidad de sus cualidades exteriores, sino que es también maestro en el arte oratoria. La mayor parte de los demás habladores se abandonan al capricho de sus inspiraciones y en el desorden de sus excursiones encuentran rasgos muy bellos, pero carecen de método. No siempre se sabe á punto fijo, ni ellos saben tampoco el punto de donde parten y el objeto que se proponen. Descansan en el camino y hacen alto para reconocer el terreno. Lo que hace que Berryer les sea superior es que desde el umbral de su discurso vé, cual desde un punto elevado, el fin á que se dirige. No ataca bruscamente á su adversario; principia por rodearle con muchas líneas de circunvalación; le burla por medio de marchas sabiamente combinadas; se acerca á él poco á poco, le desaloja de posición en posición, le sigue, le envuelve, le apura, le estrecha en los redoblados nudos de su argumentación. Este método, que pertenece á los entendimientos elevados, fatigaría muy luego á un auditorio tan poco atento como una Cámara francesa, si Berryer no sostuviese su ligera preocupación por medio del encanto

de su voz, de la animacion de su ademan y la elegante nobleza de su diction.

Por otra parte cuando nos hemos dejado arrastrar en pos del orador, y en el momento en que nos creemos separados del camino y como extraviados, nos sentimos conducidos de nuevo á la senda por medio de un hábil é ingenioso rodeo, y aplaudimos con entusiasmo su poderoso arte.

Mirabeau no se engrandecía sino cuando tenia que luchar con la contradiccion y los obstáculos. Necesitaba combatir la indisciplina y las rebeliones, porque era un lidiador, un hombre de guerra. Jamás era mas bello que en medio del fuego de la batalla.

Mirabeau estaba siempre sitiado por los murmullos hasta el punto de verse interrumpido por ellos. Por el contrario Berryer habla en medio de un silencio atento y en cierta manera respetuoso.

Se le escucha y se diría que su simpático auditorio repite á coro y en voz baja las notas que se escapan de ese bello y melodioso instrumento.

Subyuga la Asamblea y la somete á su voluntad como el magnetizado á quien, se le hace hablar, callarse, andar, detenerse, proseguir, y dormir como se quiere; pero tambien, luego que el magnetizado se despierta, queda roto el encanto. Del mismo modo cuando la Asamblea se desordena y baja de sus gradas para la votacion, el interes material, los principios ó las pasiones vuelven á tomar su ascendiente, y los diputados votan contra el mayor de todos nuestros oradores, absolutamente lo mismo que si acabasen de oír el patué incomprendible de algun compatriota del señor de Pourceaugnac (1).

Fuera de eso Berryer, impotente y desamparado en la esfera legitimista de sus principios, sabe muy bien que no podría enseñar la mas pequeña punta de su bandera blanca sin que la tempestad universal que se levantaria y soplaría con violencia, le

(1) Nombre de una jocosa comedia de Molière, cuyo carácter principal, M. de Pourceaugnac, es un hidalgo de gotera, natural del Lemosin, muy crédulo, presuntuoso y ridículo. Los nombres de los nobles del mediodia de la Francia acaban en general en *ac*, y á veces en *gnac*; *pourceau* significa *cerdo*. Molière continuaba con su comedia la obra de Luis XI que abatió la feodalidad, de Richelieu que humilló la nobleza, de Luis XIV que entró en el parlamento con espuelas y un látigo en la mano, y preparaba las vías á J.-J. Rousseau.

(N. del T.)

obligase á recojerla al momento. No quiero decir por eso que siga el sendero de los liberales ni que se agarre á los faldones de su casaca; pero se coloca libre y altivo en el terreno de la Oposicion y se sirve de las mismas armas que esa Oposicion manejándolas de una manera admirable.

Pregunta, interpela, aturde á su adversario con el fin de que se descubra de improviso y le permita atravesarle al instante á falta de la coraza.

Mina por su base un hecho ó un documento cualquiera, pero tiene buen cuidado de no echarle abajo enteramente, bastándole que se sostenga á pesar de su poca solidez. Las dudas que emite valen por otras tantas aseveraciones de él para con su auditorio; pero de los ministros para con él, no valen mas que como dudas, y de este modo les quita de antemano á sus respuestas una parte de sus ventajas.

Si algun participante de los fondos secretos de la policia, ó algun familiar de las cocinas de palacio se siente picado en lo vivo, podrá muy bien dejar salir de su tragadero algun gemido sordo y cavernoso; pero no haya miedo que interpele al orador, porque temerá que Berryer volviéndose para mirar quien se permite interrumpirle de esa manera, le aplaste con un revés de su maza (1).

Pero si algun ministro refunfuña alguna interrupcion inteligible, Berryer se echa un poco hácia atras en la tribuna y le deja elevarse; y despues volviendo de repente sobre él como sobre una presa, le sacude, le levanta en el aire, y dejándole luego caer, le clava y le aplasta en su asiento por medio de una réplica fulminante (2).

Su fiel y extensa memoria retiene sin trabajo las mas complicadas fechas, y sin titubear coloca el dedo sobre los pasages dispersos de los numerosos documentos que analiza, y que fortifican la trama de sus discursos.

Nada es comparable á la variedad de sus entonaciones, ya simples y familiares, ya atrevidas, pomposas, adornadas y penetrantes.

Nada de amargo tiene su vehemencia, nada tampoco de injurioso sus personalidades.

(1) Alusion á los que sostuvieron el proyecto de ley de dotacion de la familia de Orleans.

(2) Alusion al señor Barthe, guarda-sellos y ministro de justicia.

Separa de una causa cualquiera todo lo especioso y sólido que contiene, y la eriza de argumentos tan capriciosos y estrechos, que no se sabe por donde cojerla ni aun acercarse á ella.

Luego que ha recorrido toda la série de sus pruebas, se detiene por un momento, y entonces las hacina unas sobre otras y hace con ellas un monton bajo el cual abrumba á sus adversarios.

Cautiva, retiene y descansa la atencion de sus oyentes por muchas horas seguidas; les pasea sin extraviarles bajo el peristilo y al traves de las bellas columnatas de su discurso. Les deslumbra con el variado espectáculo de su genio, y los tiene suspensos con el encanto de su magnífica palabra.

Hombre de mundo, de disipacion y de placeres, y de un carácter alegre, Berryer no es de suyo muy trabajador, pero se halla dotado sin embargo de una grande aptitud para los negocios. Cuando quiere, nadie profundiza las cuestiones mejor que él, ni nadie reúne sus detalles con una investigacion mas curiosa, ni compone un conjunto mas satisfactorio ni mejor ordenado.

Tal vez en medio de su extendida dicion no es á veces muy correcto; pero esta falta, que es muy comun en todos los improvisadores parlamentarios, no perjudica al efecto de sus discursos. Ya hemos dicho que nuestros oradores no deben ser analizados ni leídos, es preciso oírlos. Su reputacion seria mas grande si la prensa no los reprodujese; pero tienen un enemigo en cada taquígrafo.

Desde el establecimiento de nuestro gobierno constitucional y en la larga é inmensa série de nuestros oradores ha habido algunas chispas de genio, algunos axiomas conceptuosos, pensamientos vivos, palabras espirituales, frases de efecto, movimientos ó rasgos oratorios; pero no ha habido un solo discurso que pueda pasar en la lectura por un verdadero modelo de elocuencia. Todos han sido recopilados, impresos en colecciones, publicados en ediciones de lujo y ¿qué sé yo? encuadernados en tafíete y con el canto dorado, pero nadie los lee (1).

Son como un anfora ó vaso antiguo de perfumes que no tuviera tapon, y cuya ambrosia se evaporaria y no seria ya digna de ser presentada en la mesa de los dioses.

(1) Alusion á los discursos impresos de los señores C. Périer, Foy, Salvete, Pasquier, B. Constant, Dupin, Thiers, Guizot y otros que en efecto nadie compra ni lee. Berryer es el único que ha cuidado lo suficiente de su reputacion para no permitir que se impriman los suyos. (N. del Editor.)

Tambien la Pitonisa es hermosa sobre su tripode y en su templo; pero fuera de él no es otra cosa que una mujer desnuda y decrepita, y yo no veo en ella mas que su vejez, fealdad y harapos.

Sí, la impresion mata á los oradores, y si yo me hallara en lugar de Berryer, perseguiria por todos medios y aun ante la policia correccional, á cualquiera editor que me hubiese hecho la injuria de publicar mis discursos; y eso aun cuando para defenderse presentara al juez el «bueno para imprimir» firmado por mí, pues evidentemente no habria podido sacarme la firma sino á traicion y por sorpresa.

¡Pero que, si se nos escuchase, á la muerte de Berryer no quedaria de él otra cosa que su nombre! ¡Pues ¿que se me diga qué es lo que ha quedado de Talma (1), de Mars (2) y de Paganini (3)? ¿qué ha quedado de Apeles (4) y de Fidias (5), de las comedias de Menandro (6), de los suspiros de Safo (7), de la sabiduria de

(1) Talma, el mas célebre de todos los trágicos franceses, muerto en 1826, se distinguia por una voz sonora y acentuada. Habiendo tenido la oportunidad de favorecer con su bolsa al general Bonaparte cuando se hallaba reducido á la estrechez, despues de haber figurado ventajosamente en el sitio de Tolon, el emperador Napoleon, que no sabia olvidar ni un beneficio ni una injuria, dió á Talma repetidas muestras de proteccion y pagó dos veces sus deudas. (N. del T.)

(2) Mlle. Mars, la mas famosa actriz francesa, muerta en 1847 á la edad de 68 años, adquirió el apellido de la *inimitable*, por su belleza, gracia, talento, y sobre todo por la dulzura insinuante de su voz que conservó, segun se dice, hasta la edad mas avanzada. (N. del T.)

(3) El mas famoso violinista de los tiempos modernos. (N. del T.)

(4) Pintor celeberrimo que florecia en tiempo de Alejandro Magno y Ptolemeo Soter. Sus mejores obras eran Alejandro con el rayo, Venus dormida y Venus Anadiómena. Nada nos queda de este admirable artista, como tampoco de ningun otro pintor de la antigüedad. (N. del T.)

(5) Fidias, nacido en el Atica, pasaba por el mayor estatuario de la antigüedad, si bien algunos le preferian Praxíteles. Sus obras principales eran la Minerva guerrera, la Minerva políada, la Minerva lemniana, el Jupiter Olimpico, y los frisos del Partenon. Todas estas obras se distinguian por un carácter de grandeza y sublimidad que valieron al autor el dictado del Homero de la escultura. (N. del T.)

(6) Poeta cómico de Atenas y denominado *el príncipe de la comedia*, distinguióse por un carácter de finura y distincion enteramente opuesto al del chocarrero é insolente Aristófanes. Apenas nos quedan algunos escasos fragmentos de este ilustre escritor que sirvió de modelo á Plauto y Terencio. (N. del T.)

(7) La mas célebre poetisa de la antigüedad, denominada la décima musa, y harto conocida por sus desgraciados amores con Faon, inventó el

Sócrates (1) y de la gracia de Aspasia (2)? ¡Un nombre, solo un nombre!

Nada mas que eso, y para Berryer y su gloria es suficiente? ¡Y arrancareis ahora á ese orador de su sagrado trípode, y le arrastrareis para mostrarnosle sin voz ni inspiracion al pie del peristilo? Hareis reproducir por un taquígrafo esa voz inimitable cuyos acentos van á conmover la fibra de los temperamentos nerviosos? Mirad, una vez que los ha puesto en relacion con él, como les comunica por una especie de eco repentino las rápidas emociones de su alma! Pero esto sucede porque no solo es orador por su pasion y elocuencia, sino que es tambien músico por su voz, pintor por su mirada, y poeta por su expresion.

¡Es preciso ver como cubre, agarra y se apodera de su adversario! ¡como le cautiva y le aprieta entre sus terribles garras, y cuando despues de haberle magullado y desgarrado le arroja desde lo alto de la tribuna, vése al ministro confuso, humillado y agoviado en su banco de dolor, cubriendo con entrambas manos el rubor de su frente y el cinismo de sus apostasias (3)!

Berryer no imita á aquellos diputados de la Restauracion, sentimentalmente necios que por toda respuesta á los argumentos de la Oposicion exclamaban: «¡Yo amo á mi Rey, oh Rey mio!»

hermoso metro conocido bajo el nombre de *verso sáfico*. Solo nos quedan poquitos fragmentos de esta muger insigne, entre los cuales merece una particular mención su *Himno á Venus*, que rebosa de fuego y vehemencia.

(N. del T.)

(1) El nombre de este célebre filósofo ateniense es generalmente conocido, si bien pocos comprenden su método y sistema. La filosofía de Sócrates se reducía casi exclusivamente á la moral y psicología, y el método que empleaba era una ironía interrogativa que conducía á las mayores contradicciones y desbarros á los sofistas que combatía el filósofo. Sócrates no escribió obra alguna, pero su discípulo Xenofonte nos ha conservado su doctrina, y otro discípulo suyo, el célebre Platon, autor de la mas sublime filosofía que han visto los siglos, hace intervenir continuamente á Sócrates en sus diálogos, y nos cuenta la muerte de su maestro.

(N. del T.)

(2) Muger célebre por su belleza, ingenio, gracia é influencia que tuvo en el gran Pericles. Natural de Mileto, se fijó en Atenas, y en su casa, como muchos siglos despues en la de la famosa Ninon de l'Enclos bajo Luis XIII, reunianse los ingenios mas elegantes y profundos, como Alcibiades, Sócrates, Platon, Pericles, y todas las personas sobresalientes de la Grecia, que deliberaban de las mas elevadas cuestiones de arte, literatura, filosofía y política.

(N. del T.)

(3) Alusion á su famosa imprecacion contra el ministro de justicia.

(N. del Editor.)

Berryer no se contenta con eso, y si ama á su Rey, como lo creemos, al menos no lo hace ver demasiado. Como hombre que conoce la Cámara, evita y se abstiene de andar sobre el terreno ardiente de las personalidades dinásticas, y prefiere abordar grandes tesis de nacionalidad en las que mas libre, puede lanzar, elevar y desplegar su talento. No se fatiga inutilmente en justificar artículo por artículo todas las torpezas de la Restauracion; las confiesa, y en la brillante aglomeracion de sus recuerdos históricos, demuestra que los gobiernos precedentes han naufragado todos en los escollos, y han desaparecido durante la borrasca por haber faltado á los eternos deberes de la justicia. Ese estilo está lleno de grandeza porque permite á Berryer cernerse con toda la extension de sus alas de águila, en la alta region de los principios. Tambien está lleno de habilidad, porque sin que parezca ocuparse de los ministros, permite que los mismos oyentes les apliquen inmediata y particularmente las objeciones generales del orador.

Berryer no pide perdon para el dogma de la legitimidad. No explica ni justifica lo que no está ni puede ponerse en tela de juicio en la Cámara; pero cambia el punto de ataque, y combate á los ministros con sus propias armas. Les estrecha y les persigue de consecuencia en consecuencia hasta los últimos límites de la argumentacion deliberativa, y con su soberania del pueblo en la mano les acusa y les prueba la violacion de la Carta y el perjurio de sus juramentos.

Así es sin embargo como todos los defensores de los poderes caidos que han oprimido la Francia, se ven obligados á invocar el sagrado nombre de la libertad para hacer ilusion al mundo. Pero ¡ah! ¡no nos quejemos de eso! preciso es que la verdad se encuentre en nuestra causa cuando nuestros mismos adversarios la confiesan. Preciso es que la fuerza se encuentre tambien en ella, puesto que en ella vienen á templar su espada y hasta su rodela, y el homenaje tardío de los legitimistas hace adelantar nuestros negocios tanto como las traiciones de los renegados del liberalismo.

Con todo, no nos engañemos. En el fondo de su corazon Berryer no profesa nuestros principios, y tampoco existen los suyos propios en sus labios parlamentarios. Si, su propio principio, ese legitimismo vivo y ardiente que le consume, no solo no lo defiende en la tribuna sino que lo oculta, lo encierra en sí mismo y parece que teme su explosion. Se echa á un lado del camino, como si

temiese andar por el camino real de Goritz (1), como si ese camino estuviese obstruido y lleno de abismos y precipicios para él. Tampoco trata de razonar, discutir, ni probar su causa; es una elocuencia de rasgos mas bien que de dialéctica, de acción mas bien que de pensamiento, de sentido, mas bien que de demostración; es á Berryer, es á un gran orador á quien se oye, pero no es un legitimista. No es un hombre político, es un orador, y lo repito, uno de esos oradores que no se pertenecen á sí mismos, que se dejan arrastrar cuando menos como arrastran á su auditorio, y que se impresionan á pesar suyo á la manera de Thiers y de todos los artistas de una organización nerviosa y sensible.

Y no creais que persiga ó solicite sus inspiraciones, sino que estas le vienen por sí mismas. Tiembla con todos sus miembros de piés á cabeza. Se enternece, llora, se irrita, se doblega y sucumbe á las emociones de la Asamblea como á las suyas propias. Una vez entrado en la corriente popular de la libertad no se resistirá á ella, rodará con el torrente, bramará con la tempestad. En sus sienes que se hinchan, en su voz balbuciente, y en sus ojos centellantes, se conoce que no puede permanecer encerrado en su legitimidad; que las cadenas que arrastra le pesan; que le faltan el aire, el terreno y un auditorio realista, y ese hombre tempestuoso y jadeante, necesita aire, terreno y un auditorio. Es preciso que apasione á los espectadores, que dilate su alma, que juegue con las ondulaciones de su voz armoniosa, que luche contra el espacio y que despliegue altamente su vuelo. Entonces olvidará que es legitimista para no acordarse sino de que es Francés; entonces se hará nacional; se apoyará como Anteo (2) en el suelo generoso de la patria, para renovar en él sus fuerzas; se sumergirá, se absorberá en el esplendor de la Francia, y saldrá de él con la cabeza coronada de magníficos rayos. Se paseará con la Asamblea al rededor de nuestro mapa geográfico; colocará en nuestras fronteras, como otros tantos gigantes vivos y armados, á la Italia, la

(1) Ciudad de Iliria en los Estados Austriacos, y famosa por ser la residencia del ramo mayor de los Borbones expulsados del trono, y por la muerte de Carlos X.

(2) Según la fábula, Anteo era hijo de Neptuno y la Tierra, habitaba los arenales de la Libia, y daba muerte á todos los pasajeros, porque habia jurado erigir un templo á su padre Neptuno, formado de cráneos humanos. Tres veces lo derribó Hércules, pero en vano, pues apenas tocaba el seno de su madre la Tierra, cobraba nuevas fuerzas, y en consecuencia su vigoroso enemigo lo levantó en peso y lo ahogó en sus brazos. (N. del T.)

Suiza, la España, la Prusia y la Bélgica; nos representará rodeados de una cintura de hierro, de enemigos y ruinas, y enmedio de su patriótico entusiasmo exclamará: «Doy gracias á la Convención porque salvó la independencia de la Francia.»

Otra vez, indignado y escandalizado por las cobardes concesiones de nuestra diplomacia, y con la mano extendida sobre la tribuna y un gesto de singular belleza. «Que se seque esta mano, exclamará, antes que yo ponga en la urna una bola para decir que el ministerio es zeloso por la dignidad de la Francia. ¡Jamás! ¡jamás!»

Y como si no pudiera refrenar su emoción patriótica se volverá por incidencia hácia Thiers que habrá llegado allí por el hilo de la discusión, y le dirá: «Yo os respeto, señor mio, porque habeis hecho dos actos honoríficos al sostener Ancona y al dar vuestra dimisión (1). Sea la que quiera la distancia que naturalmente debe existir entre nosotros dos, haced todavía algo útil y grande para la Francia, y os aplaudiré, porque ante todo he nacido en Francia y quiero ser siempre Francés!»

Otra vez pondrá á la Rusia en dependencia con la Inglaterra y se ruborizará de que su valiente, su gloriosa Francia, permanezca ante ellas, como espectadora impotente de sus combates y de la repartición de sus conquistas:

«Mirad ese vasto antagonismo político y militar que se extiende desde las fronteras de Tartaria hasta las orillas del Mediterráneo, entre dos naciones que algun día llegarán á luchar una contra otra.»

«Ved como la Inglaterra establece desde el fondo del mundo hasta nuestras fronteras su paralela guerreante contra la Rusia, y como esta la amenaza á su turno en los límites de sus magníficas colonias de la India.»

«Considerad esas grandes expediciones á quinientas leguas de sus fronteras. Por una parte la expedición de Caboul, por la otra la tentativa de Kiwa. Ved esas dos grandes naciones como marchan á través del mundo para tirar sus líneas de precaución una contra otra.»

«¿Y qué, Señores, la Francia no ha de ser mas que una potencia continental á despecho de esos vastos mares que vienen á

(1) Thiers dió su dimisión en 1836 con motivo de la intervencion en España á la que tercamente se oponía Luis-Felipe. (N. del T.)

« hacer rodar sus olas sobre nuestras playas, y á solicitar en cierto modo el genio de nuestra inteligencia (1)! »

Esta imagen es muy bella y Berryer así como todos los grandes oradores, afecta sobre todo el estilo figurado en los diversos procedimientos de su elocuencia.

Hay en efecto muchos modos de influir poderosamente sobre las Asambleas, y son: dirigirse á su lógica por el vigor y la precisión de los ratiocinios, ó á su espíritu por la vivacidad y agudeza de las frases, argumentos y réplicas; ó á sus corazones por las emociones de la sensibilidad, ó á sus pasiones por la vehemencia de las invectivas, ó á su imaginación por el brillo de las figuras oratorias; pero las mas veces la elocuencia produce sus mayores efectos por medio de las figuras é imágenes. La prosopopeya de los guerreros que murieron en Maraton (2), los ciudadanos romanos atados al infame suplicio de Verrés (3), la noche, la horrible noche en que la muerte de Enriqueta resonó como un trueno (4), las vengadoras cenizas de Mario, el apóstrofe de las bayonetas y la roca Tarpeya (5), audacia, audacia, y siempre audacia (6), la República que, como Saturno, devora á sus hijos (7), la voz estrepitosa de los lagos y montañas (8), el carro que lleva las exequias de la Irlanda (9), el turbante que señala en el mapa el sitio del Imperio turco (10), la Argelia cuyo fruto no se presenta ni siquiera en flor en el árbol regado con nuestra sangre (11), los padres de la Revolución, esos nobles espíritus que se inclinan hácia nosotros desde lo alto de los cielos (12); esa sí que es elocuencia de imágenes.

¡ Lástima es que Berryer, que ese poderoso orador no combata

(1) Alusión á un largo y famoso discurso pronunciado por Thiers, en que este orador aconsejaba á su país el dejar el imperio de los mares á la Inglaterra, y contentarse con ser la primera nacion por la influencia terrestre.

(2) Demóstenes.

(3) Ciceron.

(4) Bossuet.

(5) Mirabeau.

(6) Danton.

(7) Vergniaud.

(8) O'Connell.

(9) Grattan.

(10) Lamartine.

(11) Berryer.

(12) Guizot.

(N. del T.)

en nuestras filas á la cabeza del partido popular! ¿Cómo es que un entendimiento semejante no conoce el vacío de las doctrinas de la legitimidad? ¿Cómo no trabaja con nosotros para allanar el camino de la libertad y de la emancipación del género humano? ¿Cómo no comprende que el principio de la soberanía del pueblo es el único verdadero, el único que la razón confiesa y que el porvenir de todas las naciones glorificará?

Napoleon, Chateaubriand, Lamennais y Beranger han proclamado ya la era futura de la democracia europea. Por desgracia los oradores no tienen la vista tan larga como esos grandes hombres. Se absorben y agotan en las pasiones y preocupaciones del momento. Contentáanse con repetir admirablemente en el instrumento de la palabra, los rumores del día que su oído escucha. Se divierten con encantar sobre la cubierta del buque al auditorio que les rodea y les aplaude; pero no abrazan con su mirada la vasta extensión de los mares. No interrogan el soplo de los vientos ni la marcha de las estrellas, ni tratan de descubrir á lo lejos las playas adonde el navio fatigado que lleva la humanidad, debe descansar y echar sus áncoras.

## LAMARTINE

Este es ¡oh lector amado! el mas difícil de todos los retratos que he hecho hasta ahora. Veinte veces lo he tocado y retocado, lo he quitado de su lugar y lo he vuelto á poner en el caballete; pero á pesar de eso ¡cuantas reconvenciones no he recibido de todos los que me han hecho la honra de venir á verle en mi taller! Le ha favorecido Vm. demasiado, le hace Vm. demasiado feo. Es mas liberal, es mas realista, es mas conservador, es mas republicano; es mas socialista, es menos socialista; es mas religioso, es menos religioso, que lo que Vm. le ha pintado.

Verdaderamente ya no sé á quien escuchar. He estado por tirar mis pinceles, y este retrato no ha cesado ni un solo instante de ser el tormento de mi paleta. Cómo haré yo, Dios mio! para contentar no digo á los poetas que nunca estan contentos si no se les alaba mas que á los demás y que á ellos mismos; sino al público que desea haya unidad en un retrato, aunque estaria poco parecido si tuviese esa unidad, y á mis adversarios que me reconviene por haber cambiado de colores cuando Lamartine cambiaba de cara? ¿Cómo lo haré? Por último he adoptado el partido siguiente.

Colocaré en el Apéndice al fin de esta obra los diferentes bosquejos que he hecho de Lamartine, en diferentes épocas como poeta, como orador y como político, poniéndoles las fechas por debajo. ¡Y que me digan si no era entonces tal cual entonces le dibuje! No necesito mas para justificarme, porque yo no tengo obligacion de pintar á las gentes de otro modo que como las veo y son en el momento en que las retrato.

Y para tomar de antemano todas las precauciones posibles diré que no respondo de que Lamartine sea en el año de 1848 (1) y si-

(1) Lamartine era en tiempo de Luis-Felipe el centro de un partido compuesto de hombres de alto pensar, de naturaleza elevada y ricos de nobles sentimientos, conocido bajo el nombre de *partido social*. Sus dogmas,

guientes, lo que es, ó al menos lo que yo creo que es en 1847 (1).

¿Pero no tiene él tambien un poco de culpa al decir que no pertenece á partido alguno? ¡Ay de mí! lo creo porque lo veo; pero el no pertenecer á partido alguno en una Cámara, en que todos los debates se verifican por una accion comun y se resuelven por una votacion comun tambien; el retirarse á un lado, combatir solo y como tirador, y votar á la ventura, es no comprender su propia importancia y su deber; es desconocer su destino; es no querer ser guiado por nadie ni guiar á los demás; es no querer ser hombre de estado á pesar de tener la posicion, la reputacion y el talento necesarios para serlo; es no querer hacer triunfar su propia causa, si se cree que es la mejor de todas, ni servir utilmente á su pais; es hacer el papel de una lira; es girar sobre un eje y á todos los vientos como la veleta, es poner á vuestro retratista, permítame Vm. que se lo diga, en la imposibilidad de hacer un retrato parecido, á lo menos en la apariencia cuando le retrata á Vm. tan diverso, tan contrario á Vm. mismo, tan multiforme de precedentes.

Con todo ya que Vm. lo quiere así, y ya que por otra parte acaso consistirá en eso, voy á tratar de disculparle explicando sus cualidades y circunstancias.

Pero no quieren darme tiempo y en este mismo momento acaban de hacerme esta objecion; primero legitimista, despues socialista, luego conservador, despues dinástico, despues liberal, luego casi republicano, despues católico, despues racionalista, ¿qué ha sido? ¿qué ha dejado de ser? ¿qué es ahora? ¿Quieren Vms. que les diga que nada sé, que no puedo remediarlo y que no quiero responder? No, prefiero preguntar qué objeto tiene esa objecion

principios, miras y aspiraciones guardaban mas de una analogía con Saint-Simon, Fourier, y sobre todo con J.-J. Rousseau, tradicion heterogénea en Francia. (N. del T.)

(1) Este pasage es uno de tantos que pasan sin ser notados si nada los confirma, y que adquieren un carácter profético si el porvenir le da un sentido cuya extension no sospechaba el autor. Todas las personas que están un poco al corriente del movimiento europeo conocen el papel dominante, pontifical, desempeñado por Lamartine en la gran revolucion de 1848. Despues de tantos discursos brillantes, todos improvisados, despues de tantos testimonios de simpatía de la multitud, despues de haber salvado á la clase media, por su elocuencia y denuedo, de la demagogia; despues de una eleccion brillantísima y á la casi unanimidad, el admirable poeta, el brillante orador, ni aun siquiera era nombrado en el departamento de Saone-et-Loire, en su mismo pais, en que todos lo conocian personalmente. (N. del T.)

y qué consecuencia ha de sacarse de ella. ¿Acaso la nota de inconsecuencia política, social y religiosa puede alcanzar á un poeta, y sobre todo á un poeta lírico?

Definir el poeta lírico es definir á Lamartine. Es poeta antes que todo, y en él el poeta vence al diputado, al político y al hombre de estado.

Ahora bien, ¿qué es poeta lírico? es un espíritu vasto, diverso, universal, movable como la naturaleza que describe, como la naturaleza en la que ni un día que se sucede á otro, ni una ola que pasa, ni un ave que suspira, ni un soplo que murmulla, ni una flor que se colora, ni un insecto que respira, ni una hoja de árbol que tiembla, ni un hombre entre tantos millones de hombres que viven, ni un mundo entre tantos millones de mundos estrellados como giran en el espacio, no se parecen unos á otros, ni se tocan, ni se confunden; tal es el poeta lírico y tal es Lamartine!

Canta cuando habla, cuando escribe, cuando medita, cuando cae la noche, cuando despunta el día, cuando gime el viento, cuando el pájaro gorjéa, cuando canta, siempre canta.

Si le he juzgado como juzgaría á los demás hombres, y si le he pedido una constancia de opinion y una conformidad de lenguaje que no eran naturales en él y de lo que no debía darme cuenta alguna, he hecho mal, he dicho una tontería y me castigaré á mí propio reproduciendo mis Variantes (1).

Tanto hubiera valido que yo reconviniese al año porque tiene cuatro estaciones, ó al sol porque tan pronto al retirarse sumerge á la tierra en las tinieblas de la noche, como esparce sus dulces rayos sobre la frente de las vírgenes.

De modo que Lamartine tiene sus estaciones, sus rayos y sus sombras.

¿Qué de inauditas metamorfosis en ese hombre singular! Hace algunos años defendía la política retrógrada que nosotros atacábamos, y hoy en las tierras ilimitadas del socialismo hace correrías y da lanzadas capaces de espantarnos á nosotros mismos. No era mas que un prosista pesado, difuso, nubloso; y hoy escribe páginas con el mismo estilo y profundidad de pensamiento que nuestros mas distinguidos maestros. No era mas que un recitador de memoria, y hoy improvisa sobre el primer asunto dado, con un brio, una audacia, una gracia, una delicadeza de oportunidad, una riqueza de imágenes, una abundancia de rasgos, y una felicidad

(1) Vease el Apéndice.

de expresion, á que no llega orador alguno contemporáneo.

Unos hacen saltar los relámpagos del espíritu de su espada oratoria; otros se atrincheran en la defensa de sus sueldos que no abandonarán sino con la vida; otros defienden la causa del agiotage, de los carbones de piedra y del tabaco; pero las causas que Lamartine prefiere son las de la justicia y la humanidad.

Quiero decir las causas de la humanidad francesa como el socorro de nuestros pobres, nuestra libertad de enseñanza, la salvacion de nuestros niños expósitos, etc.

Peró en cuanto á la causa de la humanidad y de la justicia en general, siento mucho que el señor de Lamartine se haya dejado atacar é infestar á lo menos una vez de esa mala enfermedad, de ese patriotismo apolillado, de ese egoismo seco y sin entrañas que haría sacrificar al interés de nuestro país todo el resto del universo. ¡Tan falso y fatal es el imperio que la pasión de la conquista ejerce sobre los espíritus mas generosos y sobre los mas cristianos corazones!

¿Pues no quería Lamartine en 1840 que tomásemos otro Ancona en el Oriente, como por ejemplo San Juan de Acre, y eso sin la menor agresion por parte del Sultan? ¿Y porqué no mejor Malta á los Ingleses? ¡Oh! no, porque los Ingleses son fuertes; ¿y porqué San Juan de Acre al Sultan? Porque el Sultan era débil, á menos que no fuese porque era Turco; ¡bella moral por cierto (1)!

Que la Inglaterra tomase y guardase Alejandria, que no le pertenecía ¡qué vergüenza! pero que la Francia tomase y guardara San Juan de Acre, que tampoco le pertenecía ¡qué gloria! Con la balanza de esas exclamaciones era como Lamartine, y con él todos los mejores ministros, oradores, guerreros, periodistas, moralistas

(1) Segun Lamartine, la Europa rebosa de fuerzas y capacidades instintivas, que impetuosamente exigen un empleo social; ahora bien, mientras que rebosa en Occidente la vida, una crisis en orden inverso se opera en Oriente; en este opéranse grandes vacíos que llenar debe el exceso de plenitud de la Europa. ¿Qué medio hay de realizar esta idea? Es necesario, dice Lamartine, reunir un congreso europeo, decretar que, despues de la caída del imperio otomano (para Lamartine es cosa ya casi efectuada), cada potencia europea se apodera de una parte del Oriente á título de protectorado, funda en la costa ciudades-modelos destinadas á depositar la porcion exhuberante de la Europa, capta la atención de los indígenas por una organizacion bien-hechora y equitativa, y convierte el Asia entera á la civilizacion. Esto es lo que llama Lamartine tomar una Ancona en Oriente.

(N. del T.)

y zarzuelistas que entonces teníamos, pesaban las acciones políticas de los gobiernos europeos. ¡Gloria y vergüenza tan juiciosamente aplicadas y adjudicadas, palabras sonoras, ¿qué me queréis? Imperio de las frases, ¿cuando cesarás de avasallarnos? Justicia, eterna é imparcial justicia, cuando reinarás en todas las naciones?

Cuando Lamartine, discípulo de Mauguin, recitaba palabra por palabra sus discursos estudiados de memoria, su palabra era floja, blanda, tarda, embarazosa, y no abandonaba las bajas regiones de la fraseología; pero hoy se halla tan seguro de su improvisación que ya no se agarra á las barandillas de la tribuna. Se abandona á toda la fuerza de su vuelo de cisne; hiende las aguas y se despliega, á la manera que una góndola con velas purpúreas é hinchadas suavemente por los céfiros, juega sobre las ondas de un lago en calma.

Habla una especie de lengua magnífica, pintoresca y encantada, que podría llamarse la lengua de Lamartine, porque solo él la habla y puede hablarla, y de la que se escapan con profusión, como otros tantos surtidores luminosos, una multitud de pensamientos felices y de términos figurados que sorprenden, encantan, cautivan, llenan, y arrebatan el oído y el alma de sus oyentes.

Sin duda alguna en otro orador esa pompa de sonidos y epítetos parecería demasiado afectada, esas figuras demasiado líricas, esa dicción demasiado deslumbrante, y demasiado cadenciosas esas terminaciones; pero al escucharle, verle y comprenderle no se tarda en conocer que en su especie de genio no podría explicarse de otro modo que se explica, que hay tanta naturalidad en lo sublime de su lenguaje como en la vulgaridad de un abogado abogadoante, y que esas bellas frases y hermosos sentimientos que podrían creerse preparados de antemano, aprendidos y repetidos en su cabeza, no le vienen sino del corazón.

Y aquí suspendo un momento mi pincel, amados lectores, porque se trata de mi pincel mismo; porque experimento la necesidad de responder de nuevo á los críticos que me han hecho la honra de atacarme por haber pasado y repasado la brocha por la tintura mas que decenal de mis oradores vivos. Repito á esos Señores, y les suplico vengan á bien considerar, que no soy yo el que ha mudado sino los que he dibujado; y que si no los hubiera enseñado tales cuales eran en el momento en que yo los retrataba se

habrían quejado de que no les hacía parecidos, y no hubiesen querido tomar mis retratos para mirarse en ellos á su satisfacción. Y pregunto yo ahora, si Fidias hubiera representado á Júpiter el Tonante, soberano de los dioses y los hombres, con las gracias de su rubia juventud, y si el hombre de estado que gobierna durante veinte años, y el orador que se envejece en las luchas de la tribuna, no manifiestan alternativamente á nuestros ojos las diversas y encanecidas fases de su fisonomía, carácter y talento. También porque todo muda en torno de ellos, y porque esa es la ley de la naturaleza y la triste condición de los hombres. Y para no hablar mas que de dos oradores, quien ha mudado mas que Guizot y Lamartine?

Guizot principia á hablar en la tribuna en tiempo de M. de Polignac y entonces es pesado, seco, dogmático y nebuloso; en los primeros años de la revolución de Julio continúa envolviéndose en sofismas; se disuelve y evapora en la sutilidad metafísica de sus distinciones; es amargo y violento además en sus acriminaciones y recriminaciones. He debido decir también que entonces era mas bien retórico que orador, porque en efecto así lo era. Pero pronto conoce que la tribuna para echar arengas no es una cátedra del Liceo, y modifica y suaviza la aspereza de sus sarcasmos. A fuerza de manejar negocios toma el lenguaje claro y firme de ellos; sus frases cambian de forma y corren con mas facilidad. Desciende de las nebulosas regiones de la abstracción á las realidades de la política; su elocuencia tiene mas vida y movimiento; se anima, se ilumina, se despliega, se eleva y se cierne majestuosamente en los aires. He añadido que en muchas ocasiones habia manifestado una energía indómita, y que en su juventud estudió, comprendió, aprendió y practicó la libertad mas que nosotros, mas que yo, si Vms. quieren. Ahora bien, ¿no ha sucedido todo eso? ¿todo eso no es cierto? Pues si todo ello es cierto y es verdad ¿porque no haberlo dicho en una ú otra edicion á medida que nos adelantamos desde el año de 1830 hasta el de 1847? ¿No debía yo enseñarlo mudado y mudable á medida que mudaba? ¿No es eso lo que pedís á vuestro retratista, queridos lectores, que me honrais con una protección tan continuada y que sois los únicos que me sosteneis hace diez y siete años contra viento y marea? y si Guizot se hiciera de nuevo opositor y liberal, no querriais que os le presentase como tal en una vigésima edicion que todavía tendriais el mal gusto de comprar?

En cuanto á Lamartine, de quien vuelvo á ocuparme, estoy totalmente de acuerdo con mis criticos, quienes no sospechaban ni yo tampoco; y á la verdad no comprendo como hemos podido ellos creer y yo decir que Lamartine no improvisaba. Sin duda alguna cuando hemos creído y dicho que no improvisaba, no improvisaba; pero hubiéramos debido adivinar que Lamartine era un improvisador por excelencia. ¡Profanos! No habíamos previsto, al leer sus obras, que Lamartine era el único entre los grandes poetas modernos, que hubiese improvisado versos. Improvisar versos, ¡y qué versos tan admirables, tan fluidos y melodiosos en la mas didáctica é incolora de las lenguas! ¿con qué genio no ha debido dotarle el cielo? ¡Y he aquí sin embargo lo que mis criticos y yo no hemos sabido adivinar! ¡pero que no seríamos mas que unos bárbaros! ¡pero que no tendríamos oídos para escuchar esas armonías temblorosas y divinas de una lira siempre inspirada! ¿Cómo no hemos visto que al discurrir, en vez de cantar, Lamartine conservaba el don interior de su lengua y que no hacia otra cosa que cambiar de metro y de lira? Si, me equivoqué y si lo he dicho demasiado tarde, consiste en que él tambien habia tardado demasiado en derramar sobre tantos asuntos los inagotables tesoros de su elocuencia.

Si no quereis variar con Lamartine, ataos á sus pies y retened en la tierra esas alas sublimes que le llevan por el espacio al traves de los mundos reales y efectivos de la creacion de Dios, y de los mundos fantásticos de la imaginacion de los poetas

Si ha sido legitimista, despues socialista y en seguida conservador, y si es hoy liberal y mañana republicano ¿qué me importa á mi? ¿Tendré yo acaso la necesad de exigir de semejante poeta la terca opinion de un tonto?

Así como la abeja de los campos extrae su miel de los altos cedros y de la humilde violeta, de las rosas y de la corola del amargo citiso; así tambien Lamartine, esa abeja de la política no ha tomado y recogido revoloteando sobre ellos sino lo mejor y mas puro que habia en el partido social, en el partido republicano, en el partido legitimista, y en el partido conservador.

De ese modo es como ha pertenecido alternativamente á cada uno de esos partidos, y les pertenece acaso todavia, sin dejar de ser lo que es.

No me quejaré yo, pues, como un artista vulgar, porque Lamartine cubra y recargue demasiado mi paleta con sus maravillosos

y mudables reflejos, y cada vez que se presenta á mi vista sobre un rayo del arco-iris, le retrato segun brilla, segun le veo, segun amo!

Si un vástago noble que ha echado su tallo enfermizo entre los bancos de la Cámara sube á la tribuna y no nos hacen saber su nombre, jamás podremos decirnos si es un duque ó un peluquero; pero que se levante Lamartine de su asiento, y á su porte altivo, á las primeras palabras que pronuncie, los extrangeros habrán conocido al momento los grandes modales, el porte elegante y el tono cortés de los antiguos caballeros franceses. De Caton se ha dicho, si no me equivoco, que era el último de los Romanos; pues bien por el conjunto y distincion de su persona pública y privada, Lamartine es el último de los grandes señores.

Muchas veces me he preguntado á mí mismo ¿qué hubiera hecho Lamartine en los bancos de la Convencion? Me parece que con sus patéticos llamamientos habria introducido, en mas de uno de aquellos feroces corazones, afectos de misericordia y de clemencia. ¿Qué hubiera sido en tiempo de Napoleon? un magnífico embajador del grande emperador y de la gran nacion. ¿Qué seria en el dia si le hicieran ministro? entraria en su gabinete con el sencillo entusiasmo de un hombre de bien y tres meses despues, cansado de su impotencia y saciado de disgustos, entregaria al ugier de guardia su cartera encarnada, é iria á respirar, á la sombra de su querida soledad, un aire mas puro que el aire emponzoñado de los palacios.

Ni en la Asamblea constituyente, ni en la Convencion, ni en nuestros conventiculos actuales, ha habido nadie que de cerea ni de lejos tenga una fisonomia semejante á la suya. Si un hombre semejante llegase á desaparecer de la Cámara, su asiento en ella quedaria vacio para siempre, y parece que con él se veria salir del salon la magnífica elocuencia de las imágenes, la poesia de los negocios, la defensa animada de las tesis sociales, la generosidad de las teorías populares y la caballerosidad de los altos sentimientos.

Y no creo que se me acuse de decir demasiado ni demasiado poco, si hoy 30 de enero de 1847 afirmo que Lamartine es el mas florido, el mas lírico y humanitario de todos nuestros oradores, el mas melodioso de todos nuestros poetas, sin exceptuar al mismo Racine, el primero de nuestros improvisadores, un prosista eminente, un vasto entendimiento y un noble corazón.

## THIERS.

Al venir al mundo Thiers no fué arrullado en brazos de ninguna duquesa.

Nació pobre y necesitaba tener riquezas. Nació en la obscuridad y tenía necesidad de adquirir nombradía. No habiendo podido llegar á ser abogado se hizo literato, y se echó á todo trance en brazos del partido liberal, mas bien por necesidad que por inclinacion. Entonces se puso á admirar á Danton y á los hombres de la Montaña (1), y llevó hasta la exaltacion el calculado fanatismo de sus hipérboles. Devorado de necesidades, como todas las personas de imaginacion viva, debió á Laffitte su fortuna, y á su propio talento la reputacion de que goza. Sin embargo si no hubiera sido por la revolucion de 1830, Thiers no seria tal vez en el dia elector, elegible, diputado, ministro, ni aun académico (2), y habria vejetado con la estimacion literaria de alguna pandilla.

Desde entonces Thiers ha cambiado de sistema: se ha hecho autor, fautor y panegirista de dinastias, sostenedor de privilegios, dador y ejecutor de órdenes implacables; ha unido irreparablemente su nombre al estado de sitio de Paris, á los metrallazos de Lyon, á las magnificas hazañas de la calle Transnonain (3), á las deportaciones del Monte de San-Miguel (4), á las fortificaciones (5),

(1) Llamábanse así los representantes del pueblo en la Convencion nacional que ocupaban la extrema izquierda en la asamblea. (N. del T.)

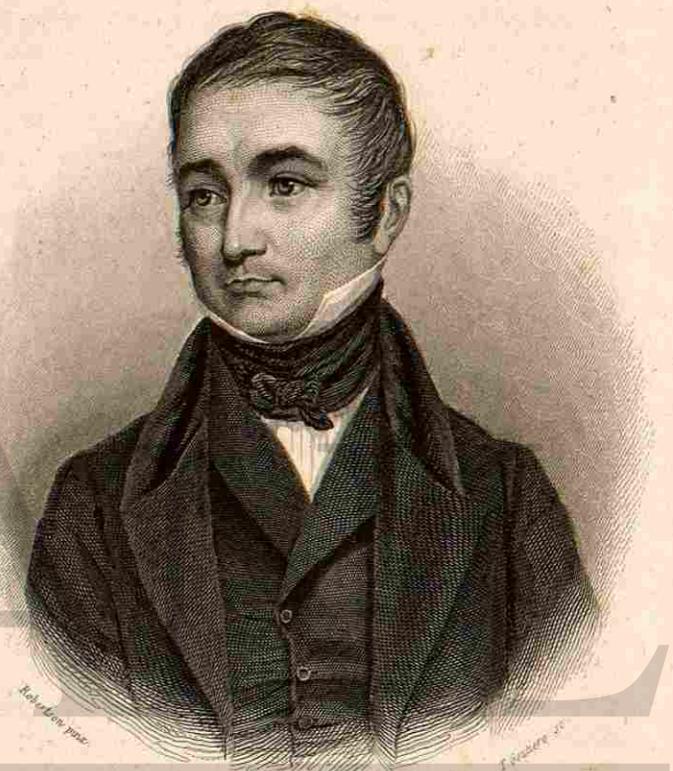
(2) Alusion al famoso epigrama de Piron, el Quevedo francés:

Ci git Piron qui ne fut rien,  
Pas même académicien. (N. del T.)

(3) En uno de los pronunciamientos que hubo en Paris, en los primeros años de la revolucion de Julio, y que tuvo lugar si mal no recordamos durante el ministerio Thiers, la calle Transnonain fué el teatro de las mayores atrocidades. Ancianos, mugeres, niños, todos fueron pasados á cuchillo. (N. del T.)

(4) Ciudadela inexpugnable dentro del mar á la que eran destinados los reos de lesa-magestad ó de lesa-nacion. (N. del T.)

(5) Las fortificaciones de Paris.



# UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

THIERS.



## DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(4) Ciudadela inexpugnable dentro del mar á la que eran destinados los reos de lesa-majestad ó de lesa-nacion. (N. del T.)  
(5) Las fortificaciones de Paris.

á las leyes contra las asociaciones, losregonadores públicos (1), los tribunales de *assises* (2), y los periódicos; á todo lo que ha encadenado la libertad, deshonrado la prensa, falseado el jurado, diezmando los patriotas y disuelto las milicias nacionales; á todo lo que ha desmoralizado la nacion y ha arrastrado por el lodo á la generosa y pura revolucion de Julio.

Se ha separado de sus amigos Dupont de l'Eure (3), Carrel (4), y Laffitte (5); ha renegado de sus doctrinas liberales; ha sido un instrumento de la dinastía abonado y propio para todo; pero de esos instrumentos que se doblan y no se rompen nunca, que se encorvan hasta tocar una punta con otra y vuelven á ponerse derechos como una flecha, ¡tan flexibles y manejables son!

Sin duda alguna los ministros aristócratas tienen mas lisonja y adulacion en sus palabras; pero tambien tienen mas tenacidad en su carácter. Saben inclinar mejor la cabeza y el espinazo. Se bajarán hasta el suelo para recoger el sombrero de su amo, pero se levantarán con la frente erguida. Tratan con los reyes de caballero á caballero, y se estiman á sí propios mas que á la cartera ministerial (6): Y así tal vez por instinto de dominacion los reyes eligen con mas gusto sus ministros entre los plebeyos que entre los nobles, porque saben que estos les servirán como servidores, mientras que aquellos les servirán casi siempre como criados.

Así pues si sucede que en alguna monarquía, un hombre de

(1) Los que vendean periódicos por las calles. (N. del T.)

(2) Los que presiden el jurado y sentencian las causas, ó por mejor decir aplican la ley, con arreglo á las declaraciones del mismo. (N. del T.)

(3) Dupont de l'Eure ha sido despues presidente del Gobierno provisional establecido en Febrero de 1848, el mismo dia en que cayó la dinastía de Orleans. (N. del T.)

(4) Armand Carrel, ardiente republicano, murió en un desalio con Emilio de Girardin, fundador y actual director del periódico *la Presse*. (N. del T.)

(5) Laffitte fué acaso el que mas parte tomó en la Revolucion de 1830; pero maltratado por sus correligionarios políticos y poco apreciado por Luis-Felipe, murió arrepentido y diciendo *que pedia perdon á Dios y á la Francia por haber contribuido al triunfo de la revolucion en Julio*. (N. del T.)

(6) En este pasage alude tal vez el autor al conde de Molé cuya obsequiosidad, para con el monarca francés, era digna, noble, y nada servil. El conde de Molé, presidente del ministerio del 12 de mayo, se retiró sin perder la mayoría, tan solo por la disminucion de algunas voces. Por su antigua prosapia, modales de corte y distincion personal formaba el conde de Molé un contraste perfecto con Thiers, intruso, vivo y atolondrado como una ardilla, y representante de la clase media. (N. del T.)

baja esfera pero con genio, que haya recibido una educación más científica que moral y que llevado en brazos de la fortuna haya llegado á la cumbre del poder, su elevación le hará perder muy luego los estribos. Como se encuentra aislado en las alturas á que llegó y no sabe donde apoyarse, no teniendo consideración propia, ni amigos; no siendo ya ni queriendo ser del pueblo, y no pudiendo ser noble y gran señor, por más que quiera y haga para serlo, se agarrará á las calzas de su rey, se las apretará, se las lamerá y ya no sabrá con qué género de contorsiones, de servidumbre, caricias de suplicación, fingimientos de adhesión, genuflexiones y cumplimientos, manifestarle su humildad y la cautela de su adoración. Los personajes de esa especie son como esos predestinados del infierno que han hecho pacto con el diablo, están marcados con sus garras y si quieren volver la cabeza, romper un anillo de su cadena ó dar un paso atrás, el dueño infernal á quien han entregado su cuerpo y vendido su alma, les gritará ¡Eres mío!

Corre, pincel mío, que ahora no necesito tela preparada y extendida, ni compas; ¡corre como quieras! Quiero pintar á Thiers según él habla, aunque no tan bien sin duda como él habla; quiero presentarle ante el público como él se presenta delante de mí; quiero empezar por la parte inferior de su cara, concluir por los ojos, y para que esté más parecido quiero pasar, ir, cruzar, volver, perderme siguiendo su huella, volverme á encontrar, volverme á perder y hacerle á su imagen y semejanza.

Thiers, considerado por partes, tiene la frente ancha é inteligente, ojos vivos, sonrisa ladina y espiritual. Pero su aspecto es rechoncho, descuidado y vulgar. Su charla se asemeja á la de las comadres, y en su porte hay algo parecido al de los pilluelos (1). Su voz gangosa estropea el oído. El marmol de la tribuna le llega hasta los hombros y casi le oculta enteramente á la vista de su auditorio. Debemos añadir que nadie cree en él, ni aun él mismo, y él menos que nadie! De modo que tiene contra sí, no solo sus

(1) El autor se sirve de la palabra *gamin* aplicada por excelencia á los pilluelos de París, cuyo carácter dominante es una petulancia graciosa, un descaro simpático, muchísima inteligencia, un valor personal increíble, pero poca sensibilidad y humildad de corazón.

Thiers ha sido también comparado al gorrion, pájaro maldito é insolente como consta, advirtiendo que los de París, que en lenguaje de la capital se llaman *pierrots*, pasan por ser más petulantes que los demás y se asemejan mucho al *gamin* de París.

(N. del T.)

defectos físicos, sino también la desconfianza de sus enemigos y de sus amigos, y sin embargo cuando ese hombrecillo se apodera de la tribuna se instala en ella tan á sus anchas, y tiene tanto, tanto talento, que aunque tampoco á uno le falte, se deja arrastrar por el placer de escucharle.

Tiene la costumbre de bajar la cabeza sobre el pecho cuando se dirige á la tribuna; pero una vez que ha subido á ella y habla después de un poco de silencio, levanta tan bien la cabeza y se empina tanto sobre las puntas de los pies, que domina toda la Asamblea.

Aunque principia cada párrafo de sus discursos con esta fórmula: « *Permitanme Vms., Señores, ó Vms. me perdonarán,* » se pasa muy bien sin el permiso y se cree más superior al perdón de nadie. Pero hay tantas gentes vanidosas en una Cámara francesa! Es necesario humillarse tanto con ellos! Pero merced á esa sencilla precaución se os permite que os atreveis á todo y que todo lo digais. Ese es el pasaporte de muchas impertinencias.

No puede decirse que Thiers proceda por medio de agudezas de dos filos como Dupin, ni que tenga la misma gravedad en el decir que Odilon Barrot, ni el sarcasmo burlesco de Mauguin, ni la elocuencia ondeante de Sauzet, ni la razón eminente de Guizot, ni la vehemencia oratoria de Berryer; es una especie de talento á parte, que no se parece poco ni mucho al de nadie.

Si se quiere, eso no es una oración, sino una conversación, pero conversación viva, brillante, ligera, voluble, animada, llena de rasgos históricos, de anécdotas y reflexiones delicadas, y todo ello dicho, cortado, quebrantado, ligado, desleído y recosido con una destreza incomparable de lenguaje. Los pensamientos nacen con tanta rapidez en aquella cabeza, que se diría que son dados á luz antes de ser concebidos. Los anchos pulmones de un gigante no bastarían para la expectoración de las palabras de ese enano espiritual. La naturaleza siempre previsora y compasiva en sus compensaciones, parece haber querido concentrar en él toda la fuerza de la virilidad en los débiles órganos de su laringe.

Su palabra vuela como las alas del pájaro-mosca (1), y pica tan rápidamente que se siente uno herido sin saber de donde ha salido el flechazo.

(1) *Oiseau mouche*. Una mujer muy célebre llamó á Thiers: *Mirabeau mouche*.

(N. del T.)

En sus discursos habria mil contradicciones que hacer notar, pero no da tiempo ni lugar para ello.

Envuelve á su auditorio en el laberinto de sus argumentaciones, en las cuales hay mil caminos que se cruzan y recruzan y de los que él solo tiene el hilo.

Vuelve á tomar bajo un aspecto que no se habrá visto, la cuestion que ya parecia agotada, y la renueva con unas razones tan ingeniosas!

Jamás se le encontrará desprevenido en cosa alguna: tan fecundo y tan vivo es en la defensa como en el ataque, en la réplica como en la exposicion. Ignoro si su respuesta es siempre la mas sólida, pero sé que siempre es la mas especiosa.

A veces se detiene de repente para contestar á los que le interrumpen y les dispara su flechazo con una prontitud y oportunidad que les aturde.

Si una teoria tiene muchas fases, unas falsas y otras verdaderas, las agrupa, las mezcla, y las hace jugar y brillar todas con una mano tan viva que no da tiempo para coger los sofismas al vuelo. No sé si el desórden de sus improvisaciones, el incoherente amontonamiento de tantas proposiciones contrarias, y la caprichosa mezcla de todas esas ideas y tonos, es un efecto de su arte; pero no hay otro orador cuya refutacion sea mas fácil cuando se le lee, ni mas difícil cuando se le escucha. Es el taimado mas ameno de todos nuestros taimados políticos, el mas agudo de nuestros sofistas, el mas sutil y hábil de todos nuestros jugadores de manos. Es el Bosco (1) de la tribuna.

Siempre está pidiendo y suplicando que se le permita decir la verdad, pero ¡por Dios! no repita Vm. tanto que va á decirla y dígala de una vez.

Es temerario y luego tímido. Quiere obrar, corre, va á precipitarse y de repente se oculta y se retira con su fuerza, segun él dice. Percibe todos los puntos de la dificultad y no resuelve ni uno solo. Toma el mapamundo en la mano, como podria cojer la urna del escrutinio, y explica un curso de geografia. Desmonta los círculos, los globos, el ecuador, los solsticios, todas las piezas. Marca las costas, sondea los golfos, aborda y señala los promontorios, escollos, puertos, ciudades, montañas, y embocaduras de los rios. Da la vuelta al mundo y se vuelve á casa despues de haber visto, hablado y viajado mucho y andado poco, enseñado mucho y aprendido poco tambien.

(1) Célebre jugador de manos.

(N. del T.)

Si se le propusiera el mando de un ejército no le rehusaria, y á fé de Timon no sé si dejara de ganar la batalla (1). Os juro que he oido con mis propios oidos á algunos generales infatuados en su favor decirme que servirian con gusto bajo sus órdenes.

¡Se rien Vms., pues hablo muy seriamente; y si hubiera tenido cuatro pulgadas mas de alto y hubiese aprendido la carga en doce voces, habria sido cabo (2) y echadola de Napoleon (3).

No le saquen Vms. por Dios de su ilusion cuando trabaja, manobra y se extasia ante sus hileras estratégicas; porque entonces se cree verdaderamente y de buena fé no ya general de un simple cuerpo de ejército, sino generalísimo y en caso de necesidad almirante, hasta el punto de que para ir desde Grecia á Egipto hará volver la escuadra á Tolon (4) para tenerla á tiro de anteojo, al modo de Bonaparte (5).

(1) Asegúrase que el famoso pintor Ingres cree haber errado su profesion, figurándose haber nacido para la música; tambien el famoso Cherubini estaba persuadido haber nacido para pintor y no para músico. Del mismo modo Thiers cree sin asomo de duda, que hubiera sido el *nec plus ultra* de la estrategia si la combinacion de circunstancias no lo hubiese hecho hombre político. (N. del T.)

(2) Cabo ó cabito, en frances *petit caporal*; nombre con que los antiguos militares del imperio suelen designar á Napoleon. (N. del T.)

(3) El *Charivari* decia que Thiers habia tomado á Napoleon bajo su proteccion. (N. del T.)

(4) En 1840, cuando se susurraba en el público que, á instigacion de lord Palmerston, entonces ministro en Inglaterra, debía tener lugar un tratado de las grandes potencias con exclusion de la Francia, Thiers, ministro entonces de los negocios extrangeros, y presidente del consejo de ministros, desmintió la noticia por sus cuatro periódicos *le Constitutionnel*, *le Courier Français*, *le Messager* y *le Siècle*. Cuando el caso fue auténtico, estos mismos periódicos, órganos de Thiers, dijeron unánimemente que las grandes potencias no osarian dar ejecucion á semejante tratado, y al mismo tiempo echaron mil baladronadas amenazando á la Europa, y proclamando que nunca seria dicho que un tratado sin cooperacion de la Francia podria tener efecto, pues seria descender al rango de segunda potencia. Mas cuando tuvo lugar el bombardeo de Beirut, Thiers agachó las orejas, metió el rabo entre piernas, abandonó á Mehemet-Ali, aliado de la Francia, á quien se habia garantizado el Egipto, Siria y Candia, mandó regresar la escuadra de Salamina á Tolon, á pesar de su ventajosa situacion con respeto á la escuadra inglesa que hubiera podido aniquilar, escribió la vergonzosa nota del 8 de octubre, y, á pesar de los clamoreos de la prensa, órgano de la opinion, Thiers no dió su dimision hasta últimos de octubre del mismo año 1840. (N. del T.)

(5) Alusion á la escuadra francesa en 1840.

Otra vez dirigiéndose á Soult le contradecirá atrevidamente diciéndole que no salió de Génova por la puerta de Francia sino por la de Italia (1), y si Soult fué herido en la batalla de Salamanca, afirmará, con aplausos de la Cámara, que fué en la pierna izquierda y no en la derecha como Soult lo había creído hasta ahora, y se lo probará tan claramente, que para asegurarse mejor de ello el anciano general echará involuntariamente la mano á la cicatriz de su herida (2).

A veces se entenece con respecto á sí mismo, y entonces nadie sabe mejor que él hacer el papel de víctima. O bien toma el acento del misántropo Caton y saca de su pecho un profundo gemido sobre las perversidades de la opinion (3).

Hace tambien maravillosamente del melifluo, y en el momento mismo en que se cree que acaricia á alguno, le araña. ¡ Ah traidorzuelo!

Le gusta poseer el poder, pero no por lo que este es en sí mismo, sino por el bien estar que proporciona. Guizot tiene el orgullo y Thiers el sensualismo del poder; y eso proviene de que durante la mitad de su vida se ha visto privado de los goces de la fortuna; de modo que en el día se atraea de ellos con el ansia y egoismo de un famélico.

Thiers tiene talento como un demonio. Lo tiene, segun yo creo, en todos los pliegues de los labios y hasta en las puntas de los dedos. Su organizacion se asemeja á la de Voltaire: es viva, delicada y movible.

Tiene los mismos caprichos y travesuras que un muchacho, pero al mismo tiempo pretende ser tan grave como un filósofo.

Es mas literato que hombre de estado, y mas artista que letrado, se apasionará mucho por un jarron etrusco, pero poco por la libertad.

(1) Histórico.

(2) La continua volubilidad de Thiers deslumbraba al mariscal Soult, mas acostumbrado al fuego de las baterías enemigas que á la habladería y ergotismo de los sofistas. No obstante la buena armonía no reinó siempre entre ambos, y, habiendo dicho Thiers, con el atolondramiento que le caracteriza, que el mariscal Soult era una *vieille ganache*, noticioso de ella el veterano, respondió: *Qui nous a f... ce petit FOURRIQUET?* Este epíteto de cuartel, fue acogido por un pueblo frívolo y fisgon, y el apodo de *foutriquet* quedó indeleble en Thiers.

(N. del T.)

(3) Alusion á sus discursos.

Semejante á un hombre de gobierno, concibe grandes proyectos; pero semejante á una muger, se atreve á cosas pequeñas.

Su valor se parece algo al de las gentes delicadas y enfermizas; es una especie de valor febril y á resaltos, que termina por ataques de nervios y desmayos. Esas flaquezas pueden pasar y se toleran sobre un sofá; pero en política no debe desmayarse jamás (1).

Como grande orador y como ministro incierto, la accion le resfria, y le clava en su poltrona; y por lo contrario la palabra le anima y arrebatá.

Su antiguo entusiasmo por nuestros famosos revolucionarios no era mas que un entusiasmo de jóven y de estudiante, al que se mezclaba, sin que él mismo lo conociese, el despecho de no ser nada entonces y la esperanza vaga de llegar á ser un personage; pero el abuso de sus goces de ministro afeminó muy luego su temperamento convencional, y bajó cuatro á cuatro los escalones que conducen del desvan al salon para instalarse en los hermosos sofás con flecos de oro, como si jamás se hubiera sentado sobre la paja; es gran señor por instinto, como otros lo son por su nacimiento y por costumbre.

Ministro ó no, en Francia y fuera de ella, esas maneras no le abandonan nunca. Sin embargo tal vez haria bien en no hacerse publicar y poner en carteles por todo el universo, cuando viaja como simple particular para divertirse ó divertirnos (2). Es de buen gusto el dejar esa clase de anuncios para los que enseñan fieras, para las actrices y las princesas.

En otros tiempos los alcaldes y regidores presentaban á los duques de Montbazon y de Montmorency las llaves de sus gobiernos en bandejas de oro; pero hoy día se fletan navios, se tiran cañonazos y se hace voltear el telégrafo por los Montbazones del escritorio y los Montmorencys de la curia. No les falta mas que hacerse acompañar por algunos escuderos con halcones en la mano, gentiles-hombres de honor y pages.

Como por indolencia es escéptico en moral, religion, política y literatura, no hay verdad alguna que conmueva profundamente á

(1) Thiers fue uno de los primeros que firmaron la protestacion colectiva en la redaccion del *National*, el 26 de julio de 1830, acto de valor, pues arriegaba su cabeza. En varias otras ocasiones ha dado tambien pruebas Thiers de intrepidez personal.

(N. del T.)

(2) Alusion á sus viages en Italia.

Thiers, ni adhesión sincera y radical á la causa del pueblo que no le haga sonreír (1). Es como una tela tornasolada que hace viso, y puesta al sol refleja toda clase de colores sin tener ninguno que le pertenezca, y cuya trama poco tupida permite ver la luz al través de ella.

No hay que pedirle convicciones porque duda; ni pruebas de virilidad porque su temperamento se niega á ellas. No quereis que se chancée; pero si todo le parece chistoso! ni que se burle de Vms.; pero si se burla de sí mismo!

Confíadle si quereis el ministerio de marina, el de guerra, el de lo interior, el de justicia, y el de negocios extranjeros, pero no pongais á su disposición algunos millones ni mucho menos centenares de millones, porque pasarian como agua por la criba de sus dedos. A su facilidad para gastar dinero reúne cierta manera de dar cuentas que no es la misma que la de todo el mundo; y á eso llama él con mucha gracia *el arte de agrupar guarismos* (2).

No es fácil calcular exactamente la capacidad de su apetito político; lo único que puede asegurarse es que ha sido, y sería todavía mil veces, mas si llegara el caso, un inmenso consumidor de hombres, caballos, buques, material y dinero. Al ver ese hombre tan pequeño no se diría que tiene el estómago mas capaz que los demás; pero á imitación de Gargantua (3) se tragaria el pres: puesto mas robusto de la tierra.

Ministro flexible y tenaz á un tiempo mismo, indiferente y resuelto, no cede sino para volver á la carga, no concede sino para reprender, no deja otra cosa en que elegir sino la que no puede uno menos de ofrecerle, y al cabo de estas concesiones se encuentra siempre esta idea: Hagan Vms. lo uno ó lo otro, con tal que hagan lo otro; denme Vms. tal ó tal cosa, con tal que no me den sino la que les pido (4).

Por lo demás me agrada mucho ese charlador tan natural, tan

(1) Thiers pertenece á la escuela de Talleyrand, cuyo principio es no tener ninguno, escuela groseramente fatalista, cínica y neciamente inmoral. — Y era tal el honor y satisfacción que cobia á Talleyrand de un discípulo tan brillante como Thiers, que se cuenta que el viejo diplomático, conocido por su carácter desdenoso y mofador, encomiaba á Thiers, y decía en una ocasion: *M. Thiers n'est pas parvenu, mais il est arrivé.* (N. del T.)

(2) Alusión á sus discursos.

(3) Personage de Rabelais, antiquísimo autor francés, cuya voracidad ha llegado á ser proverbial en Francia.

(4) Alusión á sus discursos de 1840. (N. del T.)

vivo y de movimientos tan libres. Habla conmigo y no declama, no salmea siempre en el mismo tono como los hermanos predicadores de la doctrina. Al fin concluye tambien por aturdirme con su charlatanismo; pero es una especie de gorgojo que me quita el cansancio de la monotonía oratoria, de ese eterno fastidio que es el mayor de todos para un oyente y mártir parlamentario, que se ve condenado á sufrirla desde el mediodía hasta las seis de la tarde.

Consigue mas que conmover y convencer; interesa, divierte al pueblo que mas gusta de que le diviertan, que le diviertan aun y siempre hasta con las cosas mas graves.

Thiers encuentra á cada paso en el camino flores, rubies, perlas y diamantes. No tiene que tomarse mas trabajo que bajarse, recojerlos, y toman al momento entre sus manos la forma de guirnalda, broche, sortija, cinturón ó diadema; tan rico, flexible, fecundo y brillante es su entendimiento!

Medita sin esfuerzos, produce sin agotarse, camina sin cansarse, y es el viajero mas rápido de ideas que yo he conocido. Los tiempos pasan por delante de su memoria por su orden y segun sus figuras, y la naturaleza que otros buscan se viene á él, sin que la llame, con todas las magnificencias de su magestad y todas las gracias de su sonrisa.

¿Han visto Vms. en los barcos de vapor, que recorren nuestros rios, un espejo colgado en el cual se reflejan las orillas? A medida que el barco marcha el espejo refleja y ve huir rápidamente las bellas poblaciones, las iglesias con sus ligeros chapiteles, las verdes praderas, las montañas cubiertas de árboles, las velas tremolantes de los buques, las doradas espigas de las inmóviles campiñas, los rebaños del valle, las nubes del cielo, los animales y los hombres. Lo mismo es Thiers; es una especie de espejo parlamentario que refleja las pasiones de los demás y no tiene pasión alguna; llora y no derrama ni una lágrima; se hiere con un puñal y no se saca ni una gota de sangre. Todo ello no es mas que una pura comedia, pero; ¿qué comedia y qué cómico! ¿qué naturalidad! ¿qué flexibilidad! ¿qué facilidad de imitación! ¿qué inflexiones de voz tan inesperadas! ¿qué transparencia, qué claridad en su estilo! ¿qué gracia en el desaliño de su palabra! ¿Señor cómico, Vm. me engaña y quiere engañarme! Representa Vm. admirablemente su papel, pero no es mas que un papel; lo sé muy bien, y á pesar de eso me dejo arrebatar por vuestra seducción,

me someto; mientras que habláis estoy encantado, y casi prefiero escuchar el error en boca vuestra que la verdad en boca de otro.

¡Que bien representó su papel en la cuestión de las fortificaciones! (1) Ciertamente he asistido á todos los mejores dramas, operas, zarzuelas, y comedias de actualidad que se han representado en el teatro del Palacio-Borbon (2). Pero debo confesar que las fortificaciones de París han sido la mas sorprendente de todas las mistificaciones y peripecias que he visto hasta ahora. No ha habido jamás un intermedio mas loco, ni representado por un actor mejor. Se revistió y se acicaló para representarlo con tanto arte y tan ingeniosos caprichos, animó de tal modo la escena, é hizo una ilusion tan completa de manos y de óptica á todos los espectadores, que hasta los mismos que habian ido con intencion de silbarle no pudieron menos de exclamar: ¡Bravo! ¡muy bien! ¡perfectamente representado! y al fin jugó tan bien de manos que puso la Cámara debajo de un cubilete, y cuando despues lo levantó ya no habia Cámara y el chasco fué completo!

Thiers se me representa muchas veces una muger sin barba, instruida y espiritual, no en pié sino sentada en la tribuna, bordando una conversacion sobre mil asuntos diferentes, y revoloteando de uno en otro con una gracia ligera, sin que en sus labios siempre en movimiento, se note el trabajo de su inteligencia.

Es mas elástico que un resorte del mas fino acero, se extiende, se encoje, se humilla ó se eleva al mismo tiempo que el asunto de que trata. Enróllase como una espiral al rededor de cada cuestión, desde el tronco hasta la cima. Sube, baja, vuelve á subir, se agarra á las ramas, se esconde en lo mas espeso de las hojas, aparece, desaparece y da mil brincos y saltos con la misma agilidad que una preciosa ardilla.

Con el primer rayo de sol que pasa por los cristales del salon hace brillar las facetas de su prisma á los ojos de las alondras

(1) El autor se sirve de la palabra *Bastilles*. Bajo su ministerio en 1840, propuso Thiers el fortificar á París, para ponerlo al abrigo de una invasion como la del año 1815. Este intento fue reprobado por el partido dinástico representado por Molé, por el partido representado por Lamartine, por todo el partido legitimista sin excepcion, y, salvo la fraccion del *National*, por todo el partido republicano que acusaba á Thiers de querer retrogradar hasta la edad media, cambiar en fortaleza la ciudad mas civilizada de Europa, y rodear la capital de *Bastillas*, cuando la que sola habia en 1789 fue destruida por el pueblo.

(N. del T.)

(2) El salon de las sesiones de la Cámara se halla en dicho Palacio; y á esto alude el autor.

(N. del T.)

parlamentarias que revolotean á su alrededor y caen en sus lazos.

Seria capaz de extraer dinero de una piedra, y allí mismo en donde los demás no hacen mas que espigar, él siega.

Bate las alas, las despliega, y toma alternativamente el color de púrpura, oro y azul. No habla, arrulla; no arrulla, silba; no silba, gorgéa, y su color y melodias son tan deslumbrantes que no se sabe que admirar mas, si su voz ó su plumage.

Thiers es capaz de discurrir durante tres horas sobre la arquitectura (1), la poesía, el derecho, la marina, y la estrategia, aunque no es poeta, arquitecto, jurisconsulto, marino, ni militar; con tal que se le dé una tarde para prepararse. Cuando era ministro ha debido admirar á sus mas ancianos oficiales mayores cuando se ponía á disertar con ellos sobre la administracion. Al oírle hablar de curvas, de filas de piedra de sillería, de mermas, y de mortero hidráulico, cualquiera diria que es arquitecto ó cuando menos albañil. Seria tan capaz de disputar acerca de la química con Gay-Lussac (2), como de enseñar á Arago á encargar el telescopio hácia Venus ó hácia Júpiter.

Su discurso sobre el estado de Belgica es una obra maestra de exposicion histórica. Cuando se trató del negocio de Ancona explicó las posiciones estratégicas, los bastiones, poligones, frentes de ataque, y vueltas, con admiracion de los oficiales de ingenieros. Hubiérase podido tomarle por un hombre del oficio, por un sabio.

Bellas artes, caminos, canales, hacienda, comercio, historia, imprenta, política trascendental, negocios de calles, teatros, guerra, literatura, religion, ayuntamientos, moralidad, placeres, cosas grandes, medianas y pequeñas ¿qué le importan? De todo es capaz, y para todo se halla dispuesto porque no está pronto para nada. No habla como los demás oradores, habla como todo el mundo. Los otros oradores se preparan mas ó menos, pero él improvisa. Los demás oradores peroran, él habla; ¿y qué remedio hay para ponerse en guardia contra un hombre que habla como Vm. y yo, y mejor que Vm. que yo y que nadie? Los demás oradores dejan parecer entre bastidores alguna punta de su vestido, y por medio del espejo se ven agitarse las plumas de su cimera.

(1) Thiers se ha jactado en mas de una ocasion de poder hablar durante dos horas sobre cualquier materia. (N. del T.)

(2) Uno de los que mas han hecho progresar dicha ciencia. (N. del T.)

Están perfilados, vestidos y con la punta del pié hacia adelante, y solo esperan que se descorra el telon para hacer su entrada. Al contrario no hay mas que cojer á Thiers cuando se apea y decirle: Vamos, despáchese Vm., el teatro se va llenando y el público se impacienta y le espera; tome Vm. su máscara y represente el papel que quiera, de ministro, de general en jefe, de artista, de puritano, poco importa, pero ¡represente Vm. ! Thiers no se tomará tiempo para limpiarse el sudor, ni beber un vaso de agua con azucar, ni siquiera para ponerse otro traje. Entra en escena, saluda, se planta, representa delante de los espectadores, improvisa caracteres, hila el diálogo, desata los enredos, y aprende su papel al mismo tiempo que lo está representando; á veces representa dos papeles á un tiempo, vuelve la espalda, arroja su máscara, vuelve á tomar otra, y siempre es el mismo, siempre diferente, siempre en situacion, siempre cómico perfecto.

Sin embargo tengo que reconvenirle, porque cuando está muy animado al bajar de la tribuna, se rie algunas veces; y como todo buen cómico que desea hacer conservar al público su ilusion acerca de su papel, no debe reirse jamás de la farsa que acaba de representar; reconozco que bajo ese concepto aun le faltan á Thiers algunos progresos que hacer.

Si Thiers hablase mas despacio se le escucharia menos; pero precipita sus frases con tanta volubilidad, que la inteligencia de la Cámara no puede precederle ni aun seguirle. Bajo ese punto de vista su defecto se convierte en una cualidad, y es mas artista de lo que quiere serlo. Es verdad que á veces acaba por embrollarse en los detalles y se extravía de derecha á izquierda tan lejos de su objeto que no concluye. ¿Pero eso mismo, no podria ser tal vez una habilidad mas bien que un defecto de su arte?

Una vez lanzado galoparia sin parar desde maitines hasta visperas.

Si el Todopoderoso hubiera podido prever que algun dia crearia á Thiers, sin duda habria alargado el círculo de los dias y de las noches, y á fin de darle mas tiempo para hablar, habria hecho girar la tierra al rededor del sol en cuarenta y ocho horas en vez de veinte y cuatro.

Es muy raro que esos grandes habladores sean grandes políticos; y sucede con frecuencia que dicen lo que no debieran, y callan lo que deberian decir. Por lo regular son vanos, aturridos, decisivos y presuntuosos. Si se les incita á discurrir, á lo cual no

se niegan jamás, se les hace caer en los lazos de la indiscrecion, se necesita mas recato para los negocios de estado.

Casi me atreveria á creer que Thiers tiene demasiado talento para ser ministro. Para gobernar es preciso desconfiar de los hombres que hablan demasiado y sobre todo de los que hablan demasiado bien.

Cada gobierno tiene sus defectos. En los gobiernos representativos los oradores son los únicos que guian las mayorias, y estas son las únicas que nombran ó hacen los ministros. Todo ministro influente debe ser orador, pero todo ministro orador puede muy bien no ser hombre de estado. Colbert y Sully (1) no eran oradores y por lo mismo no habrian podido ser ministros en nuestra época. J.-J. Rousseau no podia pronunciar dos solas frases en público. Talleyrand habria tenido que callarse al cabo de un cuarto de hora de conversacion parlamentaria. Chateaubriand titubea; y es probable que Montesquieu no hubiera podido luchar de palabra contra el último pasante del último procurador de Brives-la-Gaillarde (2).

Dupin preside ciertamente y pronuncia discursos y dictámenes fiscales de una manera admirable; mas sin embargo sentado a tapete verde de los ministros no podria ensartar dos ideas una despues de otra, y en cuarenta y cinco minutos cambiaria cuarenta y cinco veces de dictámen. Thiers tiene mas asiento, es menos desigual, menos cáustico, menos versátil. No matará á sus colegas con una agudeza; pero tiene acaso el espíritu de consecuencia, direccion, perseverancia y prudencia, tan necesario para los negocios graves? ¿no cede con demasiada facilidad al imperio de un sistema y al capricho de una idea? ¿no es tan pronto demasiado irresoluto, como demasiado fluctuante, brusco y decidido? ¿no tiene acaso mas ardor que juicio? ¿su imaginacion de artista no le arrastra hasta hacerle variar de rumbo? ¿no se deja deslumbrar y determinar mas bien por la grandeza de las cosas que por su utilidad y por lo aventurado mas bien que por lo posible? — No cree en la decision de la virtud ni en los milagros del honor, no cree firmemente mas que en el poder del oro; y ese oro lo prodigaria á toneladas para erigir un arco de triunfo ó para al-

(1) Ambos famosos ministros y ponderados por sus talentos en política y administracion, el primero bajo Luis XIV, el segundo bajo Enrique IV.

(N. del T.)

(2) Poblacion muy reducida, que se cita aquí en sentido irónico. (N. del T.)

guna conquista loca. No sabe que el dinero del Tesoro es el quilo y la sangre del pueblo; que esa sangre es preciosa y es necesario economizarla; que la economía es la mas preciosa de todas las virtudes públicas, y que en todo caso el mejor de los gobiernos es el que menos cuesta. Guizot y su escuela han desecado nuestras almas. Thiers y su escuela serian capaces de vaciar nuestros bolsillos. El uno nos quitaría lo poco que nos queda de virtud, y el otro lo poco que nos queda de dinero. Uno y otro, ayudados por la camarilla, se han dado tan buenas trazas que ya no hay entre nosotros probidad política, ni tenemos la menor creencia en nada ni respecto á cosa alguna; y no creo calumniar á mi país al decir que gracias á esos Señores, el pueblo oficial de Francia es hoy el mas flojo, mas cobarde, servil y corrompido de Europa.

¿Han visto Vms. casualmente á Thiers en las secciones de la Cámara? ¿Han admirado Vms. los recursos de ese espíritu brillante é ingenioso? ¿Le han visto Vms. luchar contra M. de Salvandy acerca de la cuestion española? Pues era el combate del torero vivo, agíl y lleno de audacia con un buey colosal y pesado. M. de Salvandy muy cubierto con su caparazon, sudaba y resoplaba durante su argumentacion. Thiers le tiraba mandobles á la cabeza y á los riñones y le hacía mil heridas hasta que al fin le cojió por los cuernos, y le tumbó boca arriba con mucha alegría de los espectadores.

Los payasos que trabajan en el Circo Olimpico de Franconi hacen ilusion á los espectadores cuando agitan en sus manos muchas banderitas de colores. Cuando Thiers habla en la tribuna hace lo mismo que ellos sobre los caballos.

Si ve que su conversacion pierde el interés y empiezan á bostezar, se vuelve repentinamente hácia los bancos de la derecha que no esperaban de modo alguno esa salida, y les dispara á quemarropa algunos cuentos viejos que tiene de repuesto sobre la victoria de Jemmapes y la bandera tricolor (1). Ese retazo revolucionario no deja nunca de producir su efecto y los *traîneurs de sabre* (2) recojen al orador que cayó despatarrado del caballo y vuelve á montar en seguida (3).

(1) Uno de los motivos, tal vez el principal, de la popularidad de Thiers, es el saber acariciar y dar pábulo al humor guerrero y patriotismo quijotesco de un pueblo que ama poco la paternidad y menos la libertad que la gloria. (N. del T.)

(2) *Traîneurs de sabre*: se dice de los militares que desprecian todo lo que no es militar.

(3) Histórico.

(N. del T.)

Otra vez se tratará de saber si Thiers ha podido crear regimientos por medio de un simple decreto, sin Cámaras y sin ley, y esa será toda la cuestion. Pues bien Thiers pasará por encima de esa cuestion constitucional, y hará una excursion escéntrica sobre el heroismo de los oficiales del ejército, para hacerse aplaudir de sus compañeros de la Cámara (1), y se reirán mucho de esa buena burla. Rianse Vms., Señores, cuanto gusten. Rianse Vms. sobre todo de sí mismos y á sus expensas, que ya él ha ganado su causa y no es la de Vms.

En otro tiempo su voz de falsete se debilitaba, se enternecia y se empapaba en lágrimas si llegaba á hablar de *su* rey, de las virtudes de *su* rey, de *sus* dignos ministros, de *su* noble y paternal administracion (2).

Y á propósito ¿qué me dicen Vms. de esa noble y paternal administracion que ha ahogado la libertad de discusion, y nos ha impuesto las amables leyes de setiembre? Como debió reirse Thiers de nosotros por la noche en su palco de la Opera, y con qué razon debió decir que eramos unas *buenas gentes* (3)!

Reune á su gran talento ministerial tanta inestabilidad, y á sus muchos recursos oratorios, tanto aturdimiento, que no es posible servirse ni privarse de él. Thiers es un auxilio que será siempre un embarazo.

Hoy retirado, y colocado mañana de nuevo en servicio activo, podrá mandar por intervalos el ejército parlamentario. Pero nunca tendrá soldados que le pertenezcan como los tienen Guizot, Berryer y Odilon Barrot; porque no es fácil reconocerle ni por la forma de su tienda, pues la arma tan pronto en un terreno como en otro; ni por el color de su bandera que tiene un poco de encarnada, de azul y de blanca, pero no es blanca, encarnada ni azul.

Los hombres que carecen de moralidad política son sumamente á propósito para gobernar las Asambleas que no tienen principios. Además en Francia todo es permitido para los hombres de talento, hasta el cambiar de opinion. A los tontos es á los únicos á quienes no se les permite ser inconstantes.

En otro tiempo me equivoqué (¿y quien no se hubiera engañado

(1) Histórico.

(2) Alusion á sus discursos cuando era ministro.

(3) Palabra de la duquesa de Berry hablando á Luis XVIII en favor de la familia de Orleans.

(N. del T.)

como yo?) cuando dije que Thiers á pesar de su talento no llegaría jamás á ocupar el primer destino del estado porque le faltaba consideracion. La consideracion se adquiere por una alta probidad como la de Dupont de l'Eure; por un carácter político nunca desmentido como la del general Lafayette; por una fortuna inmensa, obtenida á fuerza de largos trabajos, como la de Casimiro Périer; por un patronato muy antiguo y por una generosidad regia, como la de Laffitte; por una alta dignidad, y aun, preciso es decirlo, segun la preocupacion de nuestras enfermas costumbres, por un nacimiento ilustre, como el del señor duque de Broglie; por la subordinacion militar, el lustre de las victorias y los servicios prestados por una espada gloriosa, como la del mariscal Gerard; por la ilustracion de los antepasados ó por la gravedad personal, como la del señor Molé; por una vida digna y modesta como la de Royer-Collard; y por último algunas veces por la gracia de las maneras y la distinguida afabilidad del lenguaje como la del señor de Talleyrand; y esa consideracion no es de despreciar en un pais en que el pensamiento inmutable (1) comunica sus órdenes al gabinete, y en el cual los ministros no son otra cosa que simples escribientes y meritorios. Ahora bien ¿de cual de esas consideraciones se cree digno Thiers? Muy embarazados nos hallariamos para decirlo y él tambien.

Sin embargo Thiers ha sido primer ministro por dos veces, aun cuando carecia de consideracion y, lo que es mas extraordinario todavia, cayó en desgracia y no fué enviado de embajador cerca del Gran Turco para diversion de las sultanas.

Tampoco los doctrinarios le han estimado nunca, á pesar de que en los primeros tiempos de la Restauracion le tomaron á su servicio. Aun cuando le pasaban la mano para acariciarle temian sus saltos y arañazos. No le hacian sentar á su lado en el sofá sino que le tenian á cierta distancia. Le miraban como un hombre sin consistencia y sin principios que se hallaba ligado á ellos *in solidum* por sus fechorias, pero que no estaba á la altura de sus axiomas, y cuyo vestido, por bien cepillado que estuyese, dejaba siempre ver en alguna de sus vueltas mas de una mancha de fango revolucionario.

(1) *La pensée immuable*. Así se designaba á Luis-Felipe en los periódicos de la Oposicion, para evitar las penas en que incurrian los que criticaban abiertamente al gefe del Estado.

(N. del T.)

Thiers, por su parte sufría con impaciencia su soberbio yugo; se plegaba, se retorcia y bajaba delante de ellos, pero era para cojerles por debajo. Oculto en su madriguera cavaba en ella su ruina, y trabajaba con los pies y con las manos para derrocar el edificio de sus grandezas. Era el topo del ministerio.

Por aquel tiempo habia hecho progresos muy notables en la religion. En la corte y en la tribuna no se hablaba ya de otra cosa que de Dios y de los ángeles, del paraiso, de la Virgen Santísima, de la santa Iglesia, de las santas bendiciones del cielo, de los santos misterios, de los santos milagros, y de la Providencia aplicada á la política. Esto en boca de los hombres extravagantes que pronunciaban semejantes palabras era otra clase de blasfemia. Los filósofos de la calle de Grenelle (1) se arrodillaban humildemente sobre almohadones de oro y púrpura, y el ateísmo se habia dado á la devocion. ¿Cómo querian Vms. que con eso no se salvase la dinastía?

En realidad, aunque Thiers no es enteramente un santo hombre, tampoco es un hombre malo, porque no tiene fuerza para amar ni para aborrecer. Se le puede hacer que cometa excesos pero no los cometerá por su propia voluntad. Si es ligero de carácter y cinico en sus expresiones debe estos defectos á su mala educacion, porque verdaderamente ¿en donde habria podido aprender á vivir? pero no hará mal solo por el gusto de hacerlo.

No le creo tampoco hombre de dinero, es decir capaz de tomarlo para sí, y para que yo diga esto necesito tener mas que buena fé, necesito valor; porque durante mucho tiempo he estado persuadido de lo contrario.

Debo decir tambien que Thiers ha renunciado su cartera por causas honrosas, y aun lógicas bajo el punto de vista en que se habia colocado; que se ha portado con bastante dignidad y desinterés, y que Guizot y él, al dejar su cargo, no han imitado á aquellos personajes chabacanos que se llevaron hasta las servilletas de los porteros.

Por último repito que tengo á Thiers por hombre de un talento maravilloso, de una facilidad de recursos, de una elasticidad de formas, de una lucidez, de una oportunidad, de una sutileza, y al mismo tiempo de una naturalidad que agrada, tanto mas cuanto que contrasta con las ambiciosas magnificencias de la tribuna.

(1) Es decir del ministerio de Instruccion pública.

(N. del T.)

Pero tambien ¡cuanta afectacion en hablar siempre de su probidad! ¡qué cruel y detestable ironía en jactarse de su fidelidad á la revolucion de Julio despues de haberle hecho traicion tantas veces! ¡él, el admirador de la Convencion, que se agarró á la cola de una mayoría casi-legitimista! ¡él, que siendo hijo del pueblo, ha sostenido el derecho hereditario de la dignidad de par! ¡él, el panegirista de Danton, que se ponía de rodillas para jugar con las hebillas de los zapatos de su rey y se hacia el confidente íntimo de los secretillos del guarda-ropa! ¡él, que mas que otro alguno habria debido permanecer siendo el hombre de la tribuna, y se complacia y encerraba en la sospechosa conservacion de los fondos secretos y de los telégrafos!

Thiers ha creído que un advenedizo de corte, semejante á una seta nacida en el lodo revolucionario, llegaria á adquirir la frondosidad de una encina y protegeria con su sombra al palacio de las Tullerías. Pero una vez que la tempestad pasa las setas vuelven á enterrarse. Los reyes no se sirven de nosotros, que somos gentes de poco mas ó menos, sino cuando nos necesitan ó tienen mucho miedo. Las monarquías no se parecen bien sino á las aristocracias. Estas son las raíces y las hojas del mismo arbol, hacen juntas la misma vida, y sacan del mismo fiemo su comun alimento. Eso es lo que Thiers no previó, lo cual hace poco honor á su juicio.

Despues de su primera dimision Thiers ha remado entre Scylla y Caribdis, con una elasticidad de remos increíble, evitando la izquierda sin hacerse á la derecha; se conocia perfectamente que acababa de pasar por el ministerio de negocios extrangeros. Sus discursos de aquella época, aprendidos de antemano y sumamente estudiados, son otras tantas obritas maestras para el uso de las ambiciones abatidas y con esperanzas. Hace sentir á la Oposicion dinástica con acariciadora benevolencia el precio de su nueva amistad. Asegura de paso al señor Molé que puede contar á medias con su desdeñosa proteccion y aplasta á Guizot bajo la burla de su derrota; pero todo ello á paso de lobo y con palabras selapadas. Para los buenos entendedores significaba esto que á cada uno de ambos partidos les convendria mucho servirse de él. Pero como que era un aliado demasiado incierto del uno, y demasiado reciente del otro, Thiers no era bastante liberal para la Oposicion ni bastante realista para los doctrinarios (1).

(1) Véanse sus discursos de aquella época.

Contra mi costumbre alargó un poco este retrato querido lector; pero es preciso hacerlo así, porque tengo que habermelas con el mas charlatan de todos nuestros habladores, y he prometido hacerle muy parecido. Sin embargo si principio á fatigaros decidmelo y tiraré la pluma. Pero no creo que el pintor ó, por mejor decir, su modelo os canse todavía, y voy á aprovecharme de su interregno ministerial adonde he llegado ya para resumir este personage.

Pronto para todo, para trabajar, comer, hablar, no hacer nada, despertarse y dormir; dispuesto para todo, para los cálculos, para las rentas, la historia y la geografía, la estrategia, las letras, las bellas artes, para las ciencias de aplicacion, la economía social, los trabajos públicos, y las especulaciones políticas; sin dudar de nada, excepto algunas veces de sí mismo; no pudiendo pasar sin los demás que tampoco pueden pasar sin él; ni demasiado constitucional para asustar á la corte, ni demasiado monárquico para desagradar á los constitucionales; hombre de circunstancias, en un pais de circunstancias; hombre del momento, en nuestros gobiernos momentáneos; sin creer en nada en una sociedad que en nada se cree, y que está formada perfectamente á su imagen; el mas habil de los escritores y de los hombres de estado que han subido nunca en esas cureñas volantes, ó artillería de los periódicos; charlatan prestigioso, universal y sin término; artista de negocios, artista antes que nada; desdeñoso de las Cartas y de las leyes por haberlas violado impunemente; desdeñoso de los hombres por haberles... iba á decir sobornado pero será mas cortés decir, seducido; volviendo la barca de su fortuna hácia el viento de todos los sistemas y extendiendo todas sus velas al mismo tiempo, aunque haya de estrellarse un momento despues contra mil escollos; presuntuoso y fastidiado, atrevido y medroso; tomando carrera para devorar el espacio y parándose delante de una piedrecita; vagamundo de ideas, inventor de planes, buscador de recursos ó expedientes; embaucador de aventuras; bastardo de principios como lo es aquel á quien sirve; tan embrollado y tan mezclado en todas las pandillas, en todos los secretos de estado, en todas las idas y venidas, debilidades, miedos, pequñeces é interioridades del régimen actual (1), y tan adherente y pegado á sus hijares y á sus huesos que el régimen no podria qui-

(1) Así tambien se designaba á Luis-Felipe.

(N. del T.)

tarselo de encima sin arrancarse tiras de carne y sin desgarrarse sus propias entrañas; por último, verdadero Francés, Francés de nuestro siglo, tal cual se dice que los necesitamos, y que sería acaso imposible que dejasen de serlo; Thiers, como ministro, como diputado ó como ciudadano, y en esta especie de monarquía en que vivimos, será siempre uno de los hombres mas considerables, el mas considerable de todos, ya que lo he dicho lo sostengo.

Por mi parte hubiera deseado que Thiers no hubiese tantas pasadas y repasadas al traves de todo el lodazal de sus primeras presidencias del consejo, del cual tengo ya mucho trabajo para salir; dejo á la consideracion de Vms. lo que sería si tratase de clasificar, comparar, enumerar, definir y admirar las posiciones y méritos de sus colegas. A la verdad hay de que perder la cabeza; y para aumentar la confusion, así que la compañía de Thiers llega á faltar, la oficina de la Cámara se llena al momento de balances y cuentas de administracion. Los ministros, directores, oficiales, escribientes, y hasta los mozos de caja, todos tienen prisa de hacerse numerar y de ser liquidados en la tribuna, en los periódicos y en el Tesoro. Thiers, como liquidador en gefe, pide la palabra veinte y cinco veces seguidas, ergotiza como un procurador sobre cada artículo, pretende ser mas claro que Barème, y oculta un gasto por aquí; evita un cero por allá, disputa un centavo por aculla; y luego animándose poco á poco, estira sus bracitos y amenaza con la cólera de los dioses y con el desprecio del género humano, al que se atreva á criticar un genio tan vasto y unas economías tan honradas como las suyas (1).

A ejemplo suyo cada uno de sus consocios diciéndose responsables de ese fulgurante Agamenon, charlan y batallan por su poquito de ministerio. Se figuran que la Francia tiene la vista fija en ellos y que la posteridad se alarma ya por ellos. ¡Volved á vuestras tiendas, mercaderes de palabras, volved! Ya han tocado la retirada parlamentaria, idos todos á dormir! Buenas noches.

¿Y qué le importa á la posteridad esas miserables disputas de cartera entre el *cuando* y el *porqué*, entre Pedro y Pablo, entre Juan y Diego? Para señalar esos grandes ministerios á la admiracion de nuestros nietos, y elevarles faros en las playas del tiempo se han agotado todos los días del calendario gregoriano. El 2 de noviembre, el 13 de marzo, el 11 de octubre, el 22 de fe-

(1) Alusion á las cuentas que de su último ministerio dió en la Cámara.

brero, el 6 de setiembre, el 15 de abril, el 12 de mayo, el 1º de marzo, el 29 de octubre..., el no sé qué día de otro mes, de todos los meses de Dios. Dichosamente no se les ha ocurrido á todas esas gentes llamarse el ministerio de San Policarpo, de San Turiafo, de San Nicolas, de San Pacomio, ó de San Buenaventura, porque entonces y al paso que van, habrian concluido por invocar á todos los santos del paraíso.

Por lo demás los nombres, fechas, principios, sistemas y personas importan muy poco á Thiers y él no se ocupa de eso. Sea que haya dado su dimision ó que le hayan despachado, siempre está á la espera del ministerio aun cuando parezca que nada quiere, y se mantiene en los lindes de la Cámara dispuesta siempre á arrojarse sobre su presa. Así fué como volvió á colocarse de nuevo en el poder entre dos votaciones (1) en lo cual tuve yo alguna parte.

Pero sus inexorables precedentes le han atado con su cadena, y ha sido debil é inconsecuente, porque ya antes lo habia sido; yendo en el exterior de la Inglaterra á la Rusia y de la Rusia á la Inglaterra; y en el interior del pueblo á la corte, y de la corte al pueblo, sin poder elejir ni decidirse jamás.

El parlamento tiene tambien un poco de culpa, en esto. ¿Quien podrá hacerse una idea del imperio de la fraseología en las Cámaras francesas? Se las engaña, se las commueve y olvidan todas las faltas, los hechos y hasta los crímenes anteriores. Se resistirán si se quiere á los ejemplos, á los guarismos, á la experiencia y á la lógica; pero no á los amañados artificios de los habladores y sofistas, porque eso les es imposible. En el gobierno representativo tiene su favoritismo á la disposicion de los que hablan mucho; y así hacen diplomáticos de algunos hombres de cuarenta años, porque tienen el frenillo de la lengua bien sujeto al paladar y pueden recitar millares de frases, pero ¡qué diplomáticos!

Como ministro de negocios extranjeros Thiers se ha equivocado como un niño y casi en todas las cosas. No ha comprendido que los principios son los únicos que producen las revoluciones y los revolucionarios; que los principios son tambien los únicos que hacen las monarquías, las aristocracias, las repúblicas y las cámaras; que ellos son los únicos que producen la moral y la reli-

(1) Por medio de la no admision de la ley sobre la dotacion del duque de Nemours.

gion, la paz y la guerra; y que ellos son igualmente los que guian al mundo (1).

Es verdad que Thiers afirma que no hay principios, es decir que él mismo no los tiene. A eso se reduce.

En 1837, se había ya equivocado con respecto á España, que segun él no podia defenderse por sí sola contra los carlistas; y en 1840 se ha engañado de nuevo, pero en sentido inverso, con respecto á la Siria que, segun él, debia defenderse por sí sola contra los Ingleses.

Se hallaba en el verano y queria hacer la guerra en la primavera siguiente; sin pensar que desde el otoño el Egipto habria sido ya conquistado, Mehemet-Ali decapitado, Argel bloqueado y la Francia invadida (2).

Por otra parte hubiera sido necesario oponer al cañon las ideas, y Thiers no tenia ideas ni cañones. Al fin creyendo burlarse de Luis-Felipe y meter miedo á la Europa, escondió el gobierno parlamentario detras del rey y la Francia detras de un casco. ¡Vaya una política altanera!

En tal estado y habiendo errado el golpe no bastaba con decirnos que su responsabilidad le habia quitado muchas veces el sueño. Tanto peor, señor mio, ahí está el mal. Un ministro debe dormirse siempre así que llega la media noche. Preciso fué despertar de su profundo sueño á Alejandro, á Condé y Napoleon en la madrugada de las batallas de Arbelas, de Roeroy y de Austerlitz (3). Verdad es que Thiers no ha ganado todavía, que yo sepa, ninguna de esas batallas.

Un ministro debe mirar sin turbarse y con una vista alta y firme todos los peligros del Estado; solo para eso es ministro. No hay que decir que Thiers estaba dominado por la corte, porque esa es una mala excusa. Solo tenia dos partidos que tomar, ó sobre-

(1) Véase el Apéndice.

(2) Véase el Apéndice.

(3) La batalla de Arbela fue ganada por Alejandro Magno sobre los Persas, el año 331 antes de Cristo y acabó con la monarquía persa. — En la batalla de Rocroi, plaza fuerte francesa, en el departamento de los Ardenas, el duque de Enghien, conorido mas adelante bajo el nombre del Gran Condé, derrotó los antiguos tercios españoles que pasaban por invencibles (1643). — Por lo que concierne á la batalla de Austerlitz, todo el mundo sabe que fue ganada por el ejército francés mandado por Napoleon, el 2 de diciembre de 1805, aniversario del coronamiento del emperador, sobre los ejércitos aliados de Rusia y Austria, acaudillados por sus mismos soberanos. (N. del T.)

pujar al poder oculto que le atacaba, ó dar su dimision. Por desgracia solamente despues de los acontecimientos es cuando Thiers sabe siempre que era preciso hacer lo que no ha hecho y vice-versa. Siempre sale muy temprano para llegar demasiado tarde.

En resumen la última vez que fué ministro ha sabido mejor contemplar á sus adversarios que servir á sus amigos. Se ha contentado con una mayoría de mueblaje y de inventario, en vez de una mayoría de simpatías y principios. No ha sabido evitar las redes que le han tendido sus subordinados, ni huir de las caricias de su amo; ni disolver la Cámara, ni convocarla; ni entrar en la alianza, ni salir de ella; ni hacer que la armada se adelantase en tiempo oportuno, ni hacerla volver; ni servirse de esas palabras templadas y suaves que calman; ni ejecutar esas acciones bruscas y decisivas que intimidan; ni negociar, ni vencer, ni gobernar.

Si se hubiera dado crédito á sus pregoneros debia romper la cuadruple alianza, abrir á lanzadas las puertas del Rin, arrasar como un ponton los navios de la escuadra inglesa, enarbolar la bandera tricolor en las fortalezas de Alejandria, pasearse en triunfo en el lago francés del Mediterráneo, y derramar con su cuerno ministerial torrentes de riquezas y prosperidades sobre su pais; pero en vez de eso nos ha dejado por toda herencia los miserables desdenes y la burla de los Cosacos, de los Panduros (1), de los lacayos y *boxeurs* (2) de Londres; la resurreccion del camarillaje, la agravacion de las leyes de setiembre, quinientos millones de deudas y el amurallamiento ó fortificaciones de Paris.

Cuando por un vaiven del columpio vuelve Thiers á subir al carro ministerial es necesario precaverse de sur carreras de Faetonte; por mi parte confieso que entonces no estoy muy tranquilo y me hallo siempre dispuesto á gritar: «Propietarios guardad vuestros granos, que van á doblar las contribuciones. Padres de familia abrazad á vuestros hijos acaso por última vez, porque van á marcharse. Rentistas (2) vended vuestros titulos, que los fondos

(1) Los Cosacos forman como generalmente consta, la caballería ligera rusa, cuya impetuosidad en el ataque, rapidez en las evoluciones, y táctica particular, constituyen un cuerpo terrible al enemigo. — Los Panduros, cuerpos francos húngaros al servicio del Austria, derivan su nombre de Pandur, ciudad de la Hungría, porque primitivamente sus habitantes se alistaban para perseguir los feaineros que desolaban las márgenes del Danubio.

(N. del T.)

(2) Ciertos sujetos en Londres que se dedican al pugilato por oficio.

(3) *Rentiers*. Llámense así á los que tienen impuestos sus capitales en el Tesoro público de Francia.

(N. del T.)

«bajan. Soldados, sacad vuestros espadaones, que va á correr san-  
«gre. Proveedores, el agua se enturbia, preparad vuestras nasas.  
«Rey, ¿qué golpe de fortuna teneis en el fondo de vuestro cubi-  
«lete? Y vos, libertad, ¡atencion! ¡armas al hombre!»

Puesto que el hombre de mas talento de todos nuestros hom-  
bres de talento nos llevaba de ese modo, ruego á Dios todas las  
noches que nos haga gobernar por un tonto de capirote. Si no es-  
tabamos así menos mal, á lo menos estaríamos de otro modo (1).

Y sin embargo Thiers no solamente tiene toda la capacidad que  
se puede tener, y es tan Francés como cualquier otro ciudadano  
de este país puede serlo, sino que tiene un sentimiento de nacio-  
nalidad tan profundo, generoso y verdadero, que á pesar mio siento  
expirar en mis labios la reconvencion de sus faltas; pero la Fran-  
cia tan indignamente engañada, la Francia que esperaba de sus  
incomparables talentos el triunfo de su independenciam y la res-  
tauracion parlamentaria de su libertad, la Francia mas severa, que  
ya se levanta para acusarlo, y la oigo que le dice lo mismo que á  
sus semejantes:

«Hombres de Julio, vosotros á quienes he sacado de la obscu-  
«ridad, tomado por la mano y llevado de escalon en escalon á la  
«cumbre del poder, ¿qué habeis hecho de mi honor? ¿Porqué  
«he llegado á ser la irrision de la Europa? ¿Porqué cuando las  
«naciones indignadas miran fijamente á sus opresores no estoy  
«presente á sus esperanzas ni á su memoria? ¿Porqué mi nom-  
«bre no tiembla sobre sus labios cuando murmullan las sagradas  
«palabras de la libertad? ¿No he derramado lo mas puro de mi  
«sangre sino para expiar el triunfo de mi principio con la amarga  
«irrision de sus consecuencias? Independencia, libertad, patria,  
«honor, virtud, todo lo habeis dado á peso de oro. Habeis inspi-  
«rado vuestros cobardes temores á esas Asambleas que en otro  
«tiempo lanzaron catorce ejércitos sobre el enemigo; á esos ple-  
«beyos de quienes salieron los héroes de nuestras grandes guer-  
«ras; á esos industriales ilusos, que no aprenderán á conoceros  
«bien sino despues de que les hayais arruinado y perdido. ¡Ha-  
«beis ido hasta la extremidad de Europa para pedir á un reyezuelo  
«que tenga la bondad de aceptar el dinero de nuestros artesanos  
«y labradores, y se os ha visto atravesar los mares, con el tributo  
«en la mano, para mendigar á los pies de la burlona América el  
«perdon del general Jackson y el olvido de nuestras victorias!»

(1) Véase el Apéndice.

« Cuando dejais de ser ministros continuais predicándonos la  
«máxima grande y constitucional de que el rey reina y no go-  
«bierna, y cuando sois ministros decis por el contrario que el rey  
«reina y gobierna, y que no habiendo podido todo lo que hubie-  
«rais debido poder, ni sabido todo lo que hubierais debido saber,  
«no se os puede hacer á vosotros, inocentes, material ni aun mo-  
«ralmente responsables de nada; haced los marqueses del *Oeil*  
«*de Bœuf* (1), con zapatos claveteados y juramentos de taberna;  
«echadla de valientes y vencedores, con los morabitos (2) del  
«profeta y los soldados del papa, mientras que la lanza de un  
«Panduro austriaco os pasmará de miedo; y como compensa-  
«cion amedrentad con el cañon de vuestras basillas, la libertad,  
«la propiedad, comercio y seguridad de los ciudadanos, y es-  
«condidos cobardemente detras de vuestros fuertes y murallas,  
«haced ver al enemigo que no sabriais si fuera necesario presen-  
«taros ante la invasion para vencerla ó morir! Arrojad en los la-  
«berintos del porvenir la reforma del parlamento, la igualdad de  
«los votos, la disminucion de las contribuciones y la organizacion  
«de la industria; regimentad vuestras teorías bajo la guardia de  
«vuestros sargentos; suspended sobre nuestras cabezas el terror  
«sombrio y oculto de vuestras confiscaciones y destierros á ultra-  
«mar; violad la santidad y el pudor de nuestros hogares; calcu-  
«lad sobre las plumas de vuestros sofás cuanto puede valer y cos-  
«tar la conciencia de un fabricante de constituciones, ó de un  
«asalariado; pero ¡perdonad la virtud del pueblo! ¡perdonadla!  
«¡No hagais alarde ante él de vuestras apostasias ni de la corrup-  
«cion de vuestros ejemplos!»

« ¡No tengais cuidado! el amor de la libertad que se marchita  
«y estingue en su alma con vuestro soplo impuro, sabrá reani-  
«marse cuando llegue la hora, y por mas que hagais para em-  
«brutecer á este noble pueblo, siempre le quedará bastante inte-  
«ligencia para comprender todo el mal que le habeis hecho, y  
«bastante justicia para castigaros!»

(1) Llámase *œil de bœuf* en francés, una ventana ó claraboya redonda; pero se da por excelencia el nombre de *œil de bœuf*, al famoso aposento de Luis XIV en Versalles, que alumbraba una ventana inmensa circular. Allí, se reunian los nobles y grandes ingenios de la época, de modo que la palabra *œil de bœuf* significa reunion escogida, la flor y nata de la aristocracia. (N. del T.)

(2) Cenobitas musulmanes, que habitan principalmente el Africa, y son muy estimados y muy venerados de los creyentes. El famoso Abd-el-Káder es morabito. (N. del T.)

¡No, Francia mía, no digas que les castigarás, que bastante castigados estan ya! Esa lógica que han violado recae sobre ellos como el peso de una montaña; ese banco ministerial en que se sentaron no ha sido para ellos mas que un banco de espinas y dolor; esos festines oficiales del poder les han hartado bien pronto; esas copas de la embriaguez política, que vaciaban de un solo trago, no han dejado en sus labios mas que una hez de amargura; esos dias nefastos que han pasado al rededor del tapete verde de los consejos no han sido marcados sino con engaños, rivalidades y asechanzas; esas noches de pesadilla pasadas bajo los dorados artesones de sus palacios no equivalian á las noches del pobre en su choza; esas mayorías veleidosas se deslizaban entre sus manos; esos falsos amigos les han hecho traicion; ese principe cuyas pisadas adoraban se ha retirado de ellos; ese pueblo que han oprimido, reniega de ellos; esa imprenta que han destrozado y pisoteado se ha vuelto contra ellos como el dardo del escorpion.

¡No, Francia mía, no digas que no estan bastante castigados! ¡Bastante lo estan ya con verte tan pequeña y humilde, á tí que en otro tiempo eras tan vasta y tan gloriosa! ¡tan coja y rezagada á tí que marchabas como una reina en la vanguardia de las naciones! ¡tan medrosa, escondida y agazapada en tu nido de bastillas, á tí que llevabas tan alto, entre tus garras de águila, el rayo europeo de las batallas!

¡No, sin duda no han seguido el camino que tú les marcabas, ni se han inspirado con tu genio altivo y varonil! Pero tampoco han desesperado de tu fortuna á pesar de sus extravíos; pero sus almas, así como las nuestras, estan llenas del sentimiento de tu independencia y grandeza. ¡Antigua Francia, cuna de nuestros antepasados, tierra de libertad, patria, patria! ensueño eterno de nuestros corazones, te aseguro que ellos te aman como nosotros te amamos, como se debe amarte, como amamos á nuestros hijos y á nuestras madres, como al digno y santo objeto de nuestro puro é inmortal cariño! ¡Darían sus bienes y sus vidas como nosotros por servirte y salvarte! ¡Ah! ¡mucho tienes que perdonar á los que te han amado mucho! ¡Permitenos ofrecerte en expiacion de su pasado nuestro dolor y sus sacrificios, nuestras esperanzas y sus remordimientos! ¡Estréchalos por Dios como nosotros en tu seno maternal, vuelven á tí, te aman, son tus hijos, no les maldigas!

## GUIZOT.

La estatura de Guizot es pequeña y enjuta, pero tiene una fisonomía expresiva, hermosos ojos y un fuego singular en el modo de mirar.

Su voz es llena, sonora y afirmativa; no se presta á las flexibles emociones del alma, pero rara vez es cubierta y sorda. Manifiesta un exterior austero y todo en él es grave, hasta la sonrisa. Esa severidad de costumbres, porte, máximas y lenguaje no es desagradable sobre todo para los extranjeros; acaso por su contraste con la ligereza del carácter francés.

Parece un pedagogo en su cátedra que deja ver siempre por debajo de su ropa la punta de su palmeta. Parece un calvinista que cuando predica enseña mas bien el temor que el amor de Dios.

Es buen literato, distinguido historiador y ocupa el primer lugar entre los publicistas de la escuela inglesa. Está muy versado en el estudio de las lenguas antiguas y modernas. No tiene la misma amplitud en el decir que Royer-Collard, pero tiene mas abundancia de ideas que él; es mas extenso, aplicable y positivo. Se vé que se ha mezclado mas que aquel en el manejo de los negocios humanos.

Como todos los predicantes de la escuela ginebrina, de esa escuela áspera y brusca, procede dogmáticamente; descuida lo florido del lenguaje y carece de variedad, de imaginacion y de nùmen pero no de energía. Su pasion se manifiesta por el brillo de sus ojos, y transpira sobre la palidez de su cara que se ilumina y colorea de repente; pero se absorbe muy luego y es mas concentrada que exterior. Mira á la Oposicion cara á cara y con la frente erguida. La designa por medio de un ademan arrogante y le dispara algunos sarcasmos colectivos que dejan en la herida su punta envenenada.

Guizot trata siempre las cuestiones políticas desde un punto de

¡No, Francia mía, no digas que les castigarás, que bastante castigados estan ya! Esa lógica que han violado recae sobre ellos como el peso de una montaña; ese banco ministerial en que se sentaron no ha sido para ellos mas que un banco de espinas y dolor; esos festines oficiales del poder les han hartado bien pronto; esas copas de la embriaguez política, que vaciaban de un solo trago, no han dejado en sus labios mas que una hez de amargura; esos dias nefastos que han pasado al rededor del tapete verde de los consejos no han sido marcados sino con engaños, rivalidades y asechanzas; esas noches de pesadilla pasadas bajo los dorados artesones de sus palacios no equivalian á las noches del pobre en su choza; esas mayorías veleidosas se deslizaban entre sus manos; esos falsos amigos les han hecho traicion; ese principe cuyas pisadas adoraban se ha retirado de ellos; ese pueblo que han oprimido, reniega de ellos; esa imprenta que han destrozado y pisoteado se ha vuelto contra ellos como el dardo del escorpion.

¡No, Francia mía, no digas que no estan bastante castigados! ¡Bastante lo estan ya con verte tan pequeña y humilde, á tí que en otro tiempo eras tan vasta y tan gloriosa! ¡tan coja y rezagada á tí que marchabas como una reina en la vanguardia de las naciones! ¡tan medrosa, escondida y agazapada en tu nido de bastillas, á tí que llevabas tan alto, entre tus garras de águila, el rayo europeo de las batallas!

¡No, sin duda no han seguido el camino que tú les marcabas, ni se han inspirado con tu genio altivo y varonil! Pero tampoco han desesperado de tu fortuna á pesar de sus extravíos; pero sus almas, así como las nuestras, estan llenas del sentimiento de tu independencia y grandeza. ¡Antigua Francia, cuna de nuestros antepasados, tierra de libertad, patria, patria! ensueño eterno de nuestros corazones, te aseguro que ellos te aman como nosotros te amamos, como se debe amarte, como amamos á nuestros hijos y á nuestras madres, como al digno y santo objeto de nuestro puro é inmortal cariño! ¡Darían sus bienes y sus vidas como nosotros por servirte y salvarte! ¡Ah! ¡mucho tienes que perdonar á los que te han amado mucho! ¡Permitenos ofrecerte en expiacion de su pasado nuestro dolor y sus sacrificios, nuestras esperanzas y sus remordimientos! ¡Estréchalos por Dios como nosotros en tu seno maternal, vuelven á tí, te aman, son tus hijos, no les maldigas!

## GUIZOT.

La estatura de Guizot es pequeña y enjuta, pero tiene una fisonomía expresiva, hermosos ojos y un fuego singular en el modo de mirar.

Su voz es llena, sonora y afirmativa; no se presta á las flexibles emociones del alma, pero rara vez es cubierta y sorda. Manifiesta un exterior austero y todo en él es grave, hasta la sonrisa. Esa severidad de costumbres, porte, máximas y lenguaje no es desagradable sobre todo para los extranjeros; acaso por su contraste con la ligereza del carácter francés.

Parece un pedagogo en su cátedra que deja ver siempre por debajo de su ropa la punta de su palmeta. Parece un calvinista que cuando predica enseña mas bien el temor que el amor de Dios.

Es buen literato, distinguido historiador y ocupa el primer lugar entre los publicistas de la escuela inglesa. Está muy versado en el estudio de las lenguas antiguas y modernas. No tiene la misma amplitud en el decir que Royer-Collard, pero tiene mas abundancia de ideas que él; es mas extenso, aplicable y positivo. Se vé que se ha mezclado mas que aquel en el manejo de los negocios humanos.

Como todos los predicantes de la escuela ginebrina, de esa escuela áspera y brusca, procede dogmáticamente; descuida lo florido del lenguaje y carece de variedad, de imaginacion y de númen pero no de energía. Su pasion se manifiesta por el brillo de sus ojos, y transpira sobre la palidez de su cara que se ilumina y colorea de repente; pero se absorbe muy luego y es mas concentrada que exterior. Mira á la Oposicion cara á cara y con la frente erguida. La designa por medio de un ademan arrogante y le dispara algunos sarcasmos colectivos que dejan en la herida su punta envenenada.

Guizot trata siempre las cuestiones políticas desde un punto de

vista elevado á imitación de su maestro Royer-Collard. Elige una idea, la presenta como axioma, y entorno de este axioma establece la armazón de sus razonamientos. Vuelve á ella sin cesar, la presenta aisladamente á la vista de los espectadores y atrae y fija su atención sobre ella. Su oración no es otra cosa que el desarrollo de un tema; si la idea es exacta todo el discurso lo es; pero si es falsa también lo será su discurso. Los diputados de la mayoría á quien se dirige, están prevenidos á su favor, no convienen nunca en que la idea sea falsa; y Guizot conserva siempre para con ellos todas las ventajas de su método.

Este método es muy hábil para con las asambleas deliberantes, porque no es con una gran cantidad de ideas con lo que el orador arrastra á sus oyentes mas ó menos distraídos; sino con una sola idea diestramente escogida, trabajada, dogmatizada y reproducida bajo toda clase de formas. Por eso mismo es ese el método que acostumbran seguir todos los profesores; y no debe olvidarse que Guizot y Royer-Collard han sido profesores. Si un profesor no se repitiera no se haría entender, y tampoco se le comprendería si formulase ante sus oyentes un gran número de axiomas, porque se dividiría su atención. Así es que todos los profesores siguen el mismo método, y por instinto y costumbre lo transportan de la cátedra á la tribuna.

Guizot ha seguido á tientas la carrera oratoria y su elocuencia ha atravesado muchas masas de nubes antes de llegar á brillar. Al principio hablaba mucho, á la manera de los profesores, y argumentaba escolásticamente, á la manera de los teólogos. Era monótono como aquellos, inflexible como éstos, y le gustaba jugar con las abstracciones. Se servía con gusto de fórmulas equívocas, como las *clases medias*, la *casi-legitimidad*, el *pais legal*; y cuando llegaba á encontrar una de esas fórmulas se adhería á ella, se separaba del hecho, perdía de vista el terreno, y se elevaba á las generalidades en las que á veces se disolvía y evaporaba.

Habría representado perfectamente el papel de gran sacerdote de los Druidas en los bosques sagrados de nuestros abuelos. Sus respetuosos levitas no se atrevían á penetrar en el tabernáculo de su genio. Les tenía prosternados á cierta distancia y se hacía adorar de lejos.

Aunque despues se ha acercado mucho mas á lo positivo todavía le gustan las altas síntesis de la política y de la filosofía. Pero

carece de fé, de fé viva, de esa fé que ilumina los tortuosos pliegues de la conciencia y de la duda, porque lleva una antorcha delante de sí.

El Eclectismo (1) le sitúa, le vence en todas direcciones y le bate con sus olas mudables. Tiende sus velas á todos los vientos y debe haber horribles tempestades en su entendimiento. En política no cree en la legitimidad del derecho divino, ni en la soberanía del pueblo. En religion no es judío, mahometano, protestante, católico ni ateo. En filosofía no está por Descartes (2), Aristóteles (3), Kant (4), ni Voltaire. ¿Es religioso? Sí, pero cuales son sus dogmas y prácticas? ¿Es deísta? ¿qué podré decir? No lo sé; ¿y él? Tampoco. ¿Es filósofo? Sí, ¿pero cual es su filosofía? ¿Es liberal? Sí, ¿pero cual es su liberalismo? Poco importa, él estudiará, como juego de tesis, el modo de amalgamar los elementos mas encontrados; y así mezclará la pureza de los principios democráticos con las corrupciones de su monarquía. Querrá que dos religiones enemigas no solo se toleren recíprocamente acerca de su existencia, sino que se arreglen con respecto á sus misterios y que celebren juntas la pascua al borde del mismo altar.

En medio de la oscuridad con que envuelve á sus admiradores, estos no cojen mas que el vacío, no abrazan sino sombras sin

(1) Dióse el nombre de *Eclectismo*, de una palabra griega que significa escoger, al sistema de ciertos filósofos de Alejandría que pretendían escoger lo mas selecto y racional de las diferentes sectas. Mas adelante se ha dado este nombre á todos los filósofos que han procurado fundir y amalgamar los diversos sistemas.

En el día esta escuela, representada principalmente por el filósofo Cousin, rige en Francia y es oficialmente patronizada, logrando sus miembros empleos, honores y riquezas. Pero los mas distinguidos y profundos filósofos de la Francia, tales como P. Leroux y otros, no adhieren á tal sistema y lo acusan de ser un escepticismo disfrazado. (N. del T.)

(2) Descartes, el mayor genio producido por la Francia y tal vez por la humanidad, es superior á todo elogio, y la exposicion de sus principales descubrimientos en metafísica, matemáticas, física ó astronomía, es incompatible con los límites de esta nota. (N. del T.)

(3) Aristóteles, filósofo de la antigüedad, natural de Estagira en Macedonia, y preceptor de Alejandro-Magno, fundó la escuela del *Liceo*, cuyo método experimental y culto de la realidad formaban contraste con el idealismo matemático y elevación poética de la *Academia* ó escuela de Platon. (N. del T.)

(4) Kant, célebre filósofo alemán, muerto en 1804 á la edad de 88 años, es el autor de la gran revolucion filosófica operada en Alemania, cuyos principales continuadores son Fichte, Schelling y Hegel. (N. del T.)

carne ni hueso, y sin embargo exclaman: ¡Ya las cojimos! ¿Qué han cojido Vms.? ¡las verdades! Pues desafío á Vms. á que las hagan salir de entre sus nubes y las enseñen á la luz del día.

¡Ay de mí! Vuestra desgraciada, vuestra fatal escuela del Eclectismo dirige la juventud, extravía sus generosos instintos y embrolla su viva y pura inteligencia. ¡Mirad entorno vuestro! Esa escuela no ha engendrado mas que caracteres falsos, corazones sin fé, sin llama y sin amor de la patria; corazones que no se han dilatado nunca para sentimientos grandes, que se hallan consumidos por la sed de los placeres egoistas y brutales; y á quienes mata el *esplin* de la duda, corazones apagados y moribundos!

Aun pueden disculparse á esos hombres sus faltas políticas. En tres dias, ¿quien lo sabe mejor que nuestros conservadores revolucionarios? En tres dias se echan abajo un gobierno, una dinastía y una Carta; pues bien todavía en menos tiempo que eso pueden separarse diez y siete años de extravíos y de vergüenza?

Pero el envenenamiento moral y sistemático de las almas; la depravacion de las generaciones letradas, esa lepra repugnante, esa gangrena intelectual, ese mal que jamás conocieron nuestros padres y que aplastará la impotencia de nuestros hijos bajo el sable de algun déspota, ¿le curareis vosotros? ¿Son acaso vuestros discípulos heridos de una precoz y lenta consuncion los que podrian bastar para tomar parte en las luchas viriles de la libertad? ¿Son acaso esas inteligencias petrificadas por vuestras doctrinas las que podrian marchar atrevidamente por los senderos progresivos del entendimiento humano? ¿Son acaso esos brazos enervados, ánimos marchitos los que servirian de baluartes á nuestra independencia, y aun de instrumentos para un glorioso despotismo? ¡Y luego os admirais de que los curas os disputen esos restos de almas que no habeis sabido salvar!

Sí, los padres de la escuela moderna, con sus importaciones nebulosas de Ginebra, Berlin y Escocia (1), han echado á perder

(1) La ciudad de Ginebra, independientemente de los numerosos grandes hombres que ha producido, si se considera su reducida poblacion, ha sido la patria adoptiva de varios varones célebres extrangeros, como Calvino, M<sup>me</sup> Staël, Gibbon, Guizot, Rossi, etc. Distinguense todos estos escritores, salvo el elocuentísimo y untuoso J.-J. Rousseau que no comprendieron los ginebrinos, pues nadie es profeta en su país, por su estilo seco, pedantismo dogmático, arrogancia farisáica, desde el famoso Calvino, el mas antipático de todos los

la filosofía, la juventud y el idioma. Si esa bella lengua francesa llega algun dia al estado de lengua muerta, prevenimos á la posteridad que todos esos profesores de metafísica alambicada, serán para ellos autores intraducibles, puesto que nosotros que somos sus contemporáneos no los comprendemos.

En efecto Cousin y Jouffroy (1) para expresar ideas que no son ideas han hecho para su uso una lengua que no lo es; lengua hinchada de proposiciones falsas, y erizada de dicciones que no pueden terminar; lengua hueca sin ser profunda, afirmativa sin certidumbre, argumentadora sin lógica, dogmática sin conclusion ni pruebas, lenta en moverse, espesa de saliva, y que á penas moja sus labios aridos y desecados.

Pero si Guizot deja su cátedra de predicante y sube á la tribuna, al momento ¡cosa extraña! su pensamiento se despeja y aclara sin perder su amplitud ni su gravedad; se colorea sin cargarse demasiado de adornos; se nutre con hechos y ejemplos; se pone al alcance de todo el mundo, y se desarrolla y adelanta en un orden sabio y natural.

¿Cómo explicar ese contraste del hombre y esa extraña transformación de su pensamiento? ¿Consistirá acaso en que el profesor en su cátedra se pertenece á sí propio, conserva toda su individualidad, y está hecho todo de una pieza, mientras que el auditorio con sus pasiones, sus ideas y su lengua misma, entra siempre mas ó menos en el discurso del orador y se instala en él á pesar del orador mismo?

No hay duda que luego que Guizot sale de sus teorías nebulosas y entra en la parte positiva de los negocios, introduce en ellos una claridad de ideas y de expresion que nunca ha sido bastante alabada. Va directamente al objeto, no dice mas que lo que debe decir y lo dice bien. Como comisario del gobierno en tiempo del señor de Serre, ha sido el mas notable de todos los comisarios que

heresiarcas. Guizot es el tipo de esta escuela, y á la influencia que ejerció la mansion en Ginebra, en el ánimo de este ministro ya naturalmente rígido y agriamente doctoral, alude Timon al hablar de Ginebra.

Por lo tocante á Berlin y á la Escocia, alude el autor á la filosofía trascendental alemana importada por Cousin, y á la mezquina filosofía escocesa propalada por Royer-Collard, cuyos principales corifeos son, Reid y Dugald-Stewart.

(N. del T.)

(1) Jouffroy, filósofo francés muerto en 1842, se hallaba, juntamente con Cousin, al frente del eclectismo. Por su muerte Cousin es el único caudillo de esta escuela.

(N. del T.)

hemos oído hace veinte y cinco años. Como ministro ha defendido su presupuesto de instrucción pública y de negocios extranjeros con más precisión, talento y habilidad que ningún otro ministro.

Nosotros que sentados al lado de Guizot le hemos visto trabajar como relator del Consejo de estado en la sección de lo contencioso, en la que no se le confiaban sino los informes relativos á la formación de causa contra algún guarda-bosques, ó algún alcalde de monterilla; no podemos menos de admirar su maravillosa aptitud para toda clase de negocios; pero eso consiste en que nadie ha manejado más negocios, grandes y pequeños, como él; los penetra á primera vista, los desembaraça de sus pliegues y dobleces, los resume con el poder de su espíritu generalizador, y los exhibe ante la Cámara con una claridad de análisis y exposición que nada dejan que desear.

A pesar de que su elocución no es por lo común viva ni animada, es siempre pura y correcta. Acaso es el único entre todos nuestros improvisadores cuyos discursos reproducidos literalmente por medio de la taquigrafía puedan soportarse al leerlos. Esto consiste en que es el más gramático y letrado de todos ellos.

Guizot no se rinde; está armado de punta en blanco, y en su armadura no hay defecto alguno por donde pueda herirle la espada de la objeción; pero tampoco tiene esos arrebatos felices, ni esos arrojos de corazón, ni esos rasgos de imaginación, ni esos persuasivos pensamientos, ni esos giros vivos que se escapan al verdadero y grande orador, que se apoderan de él á pesar suyo, le arrebatan con su propia emoción y lo hacen pasar á nuestra alma y á nuestras entrañas. Guizot no es lo que se llama elocuente en el sentido de los rasgos patéticos, de la pasión, de la vehemencia oratoria.

Sin embargo lo fué una vez cuando arrebatado de admiración para con los constitucionales de 1789, exclamaba: «No dudó que esas nobles almas que tanto bien han deseado para la humanidad, experimentarían en su desconocida morada una profunda alegría, al ver que nosotros evitamos ahora los escollos contra los cuales vinieron á estrellarse tantas de sus bellas esperanzas.»

No fué menos elocuente cuando en la coalición luchaba con impetuosa energía contra los murmullos, gritos y pateo de los centros. A medida que tronaba la tempestad, se contenía, se agarraba al mármol de la tribuna, palidecía de momento en momento,

se arrugaba su entrecejo, sus ojos lanzaban relámpagos y centellas, y rodeado de enemigos les daba picotazos de águila capaces de arrancarles la carne y los ojos.

Por último en aquella larga y famosa sesión en que la Oposición, semejante á un mar agitado hacia rodar sobre él sus oleadas, Guizot agarrándose á la tribuna con las dos manos, como quien se agarra á una roca, elevándose de toda su altura y mirando cara á cara á la Oposición le lanzó estas palabras:

«Por más redoblado que sea el furor de vuestros gritos no con-  
«moverán mi ánimo, y por más que hagáis no elevaréis vuestras  
«injurias hasta la altura de mi desden.

Esto es lo que se llama elocuencia de situación, es altivo, inexplicable, hermoso, muy hermoso, ó no lo entiendo (1).

Entre la gente de la Oposición pasa por ser cruel. Sus ojos flameantes, su fisonomía lívida y sus labios contraídos le dan el aspecto de un hombre dañino. Se le atribuye la famosa frase: *Sed implacables*; ¡frase espantosa si hubiera sido pronunciada! pero no lo fué.

Guizot parece más bien sectario que terrorista. Tiene todavía más audacia de cabeza que resolución de corazón y de mano. La profunda estimación, la satisfacción inalterable y la alta admiración que tiene de sí mismo, llenan demasiado su alma para que dejen en ella lugar para otros sentimientos. Aunque se tirase de cabeza en el Océano no confesaría que se ahogaba, y cree en su propia infalibilidad con una fé violenta y desesperada.

Aseméjase á aquellos ángeles orgullosos que despreciaron la cólera del Dios vivo y fueron precipitados con las alas al revés en las profundidades del abismo.

¿Y por qué no diré, tan grande es mi deseo de ser sincero, que Guizot, como hombre privado es de costumbres rígidas y puras, y digno, por la alta moralidad de su vida, de la estimación de las gentes de bien? He presenciado su dolor paternal y he admirado la serenidad de su estoicismo; seguramente en aquel alma hay una gran firmeza (2).

Bien se vé que no escribo ahora como hombre de partido ni para lisonjear las pasiones á mis amigos, sino como un hombre verídico y formal para preparar el juicio de la posteridad.

(1) Esta sesión fue posterior á los primeros retratos de Guizot. (N. del E.)

(2) Alusión á la pérdida de su hijo cuyo entierro acompañó á pié hasta el cementerio con una gran firmeza de alma. (N. del E.)

Cuando hace mas de treinta años Guizot fué voluntariamente á Gante como transfugo, volviéndome la espalda mientras que yo iba voluntariamente como soldado á las fronteras, él obraba por un sentimiento liberal y yo por un sentimiento nacional. Él temia la vuelta del despotismo y yo la de los extrangeros.

Pero confieso francamente que para la apreciacion de los hombres politicos y de sus acciones, es necesario tener en cuenta las épocas, los compromisos de partido, los modos de sentir, las posiciones y los antecedentes. Aunque Guizot hubiese considerado entonces á Napoleon como un tirano, otros han hecho lo mismo sin dejar por eso de amar á la Francia y á la libertad.

Tambien yo he sido en tiempo de Napoleon, así como todos los jóvenes de mi edad, loco por la gloria militar, y en el dia consideraria como un absurdo el que me dijeran ¿y qué no quiere Vm. ya talar y saquear la Europa? No, Señores, y Vms. son los retrógrados si lo quieren así, puesto que si son de ese dictámen retroceden por sus tendencias á una generacion precedente.

Y cuando tantas objeciones vivas y actuales pueden hacerse al primer ministro de 1847 con respecto á los negocios del mismo año, qué necesidad de exhumar los huesos de Waterloo para tirarselos á la cabeza?

Quisiera yo saber quienes son los hombres que cuando los Borbones pusieron el pié en nuestro territorio, se hallaban entonces en edad y en disposicion de tener opiniones politicas, y despues de haber llegado á ser personajes en el estado, en la prensa y en la tribuna, tienen hoy exactamente los mismos sentimientos que entonces, y dia por dia arreglaron á ellos sus acciones. Esos raros é invariables personajes, si existen algunos, serán los únicos que tengan derecho para gritar á Guizot: ¡Vm. se fué á Gante! ¡Vm. se fué á Gante! ¿Pero en donde estan esos personajes? Yo no los conozco.

Todos esos argumentos vocingleros y viejos de un siglo no tienen el menor valor y como tesis no es justo pedir cuenta á nadie de sus actos politicos ante la Cámara, sino desde el momento en que ha entrado seriamente en la vida politica como diputado y hombre de estado (1).

Guizot hace justicia á la sinceridad de sus adversarios; pero nutrido con las viejas doctrinas de la oligarquía inglesa, se ima-

(1) Véase el Apéndice.

gina que esa forma es el bello ideal de las formas de gobierno, y se persuade que es mucho mas progresista que los demócratas mas avanzados. ¿Qué hay que hacerle? Dejarle que diga lo que quiera.

El verdadero gobierno para él es la aristocracia, la aristocracia de los grandes señores que le gustaria si hubiera sido noble, la aristocracia de los plebeyos que le gusta porque es plebeyo.

Tiene una especie de rigidez de dictador que impone siempre á su propio partido y á sus adversarios. Las asambleas legislativas, y sobre todo las mayorías que gobiernan y tienen necesidad de que se les imponga una voluntad cuando no la tienen, gustan mucho de hombres decididos; prefieren que se las guie y de este modo se sienten aliviadas del trabajo de guiarse á sí mismas. Guizot tiene una gravedad constante que no le hace amable para la mayoría de la Cámara, pero que le hace necesario para ella. Establece francamente la cuestion en los momentos decisivos y despide con gusto á sus adversarios. Esa táctica que pone á la Oposicion en la actitud mas falsa, cual es la defensiva, le es siempre favorable cuando se halla de ministro. A la verdad ha tenido la suerte de no encontrar á la cabeza de la Oposicion y del tercer partido mas que hombres de talento, si, pero un poco flojos é indecisos, los cuales eludiendo la cuestion, le dejaban casi toda la ventaja de la ofensiva.

No hemos de creer que Guizot carezca de destreza, y esa naturaleza tiesa se pliega y se doblega cuando es necesario. Se ha conservado á la cabeza de su partido mas bien por su habilidad para lisonjear dos feos defectos, el miedo y el orgullo, que por la elevacion de sus máximas. Cuando veia que la generalidad filosófica no caia en la red, metia miedo á los centros con los peligros que corrian sus personas y sobre todo sus fortunas, que es lo que ellos aman sobre todas las cosas; y cuando su temor habia llegado por grados hasta hacerlos temblar, les decia sin reboso que habian salvado el reino pisoteando el horrible monstruo de la anarquía, que poseian la estimacion de todas las personas animosas, de todos los hombres de bien, de la Europa entera, y que faltaba poco menos que nada para que todos, todos ellos fuesen unos héroes, lo cual es siempre muy agradable para aquellos á quienes esto se dice.

Algunos han dicho que Guizot tenia una especie de valor personal, y lo creo; pero en cuanto á su valor político ¿qué sé yo y

qué podré decir? Nunca he visto que lo haya probado en la tribuna, ni en la prensa.

Es verdad que en nuestras Cámaras pacíficas él y los suyos se presentan como vencedores de motines; mas sin embargo Guizot no ignora que en aquellas victoriosas jornadas nunca ha habido menos de ciento contra uno, y que además ni él ni ninguno de sus granaderos parlamentarios ha quemado un solo cartucho; y cree que sus co-vencedores no se acordarán de ello. Ya sabe él con que gentes habla.

Con todo eso yo quisiera que en presencia de la mayoría no se alabase tanto de los peligros é insultos que ha sufrido por amor de ella. La enfeudación de su colegio electoral, cien mil francos de sueldo sin contar la casa, luz y leña; la gran cruz de la Legión de honor, tres plazas en el Instituto, los ministerios de interior y de negocios extrangeros, el empleo de gran maestro de la Universidad, y la embajada de Londres; ¡tales son los insultos y violencias que Guizot se ha dejado hacer, y los peligros que ha corrido en el espacio de diez y siete años; y ni siquiera ha sacado un arañazo!

Combine todo esto con su mucho desinterés privado y con la insustancialidad común á todos los literatos, y dígaseme si hay un hombre mas inexplicable que él.

Es grave como hombre público, tiene mas pertinacia en sus miras que en sus máximas, es ambicioso por sistema y por temperamento, laborioso, decidido, y tiene todas las cualidades y defectos que distinguen y constituyen á un jefe doctrinario.

Como ministro y vencedor, Guizot no se duerme nunca en las delicias de Cápua, persigue á los vencidos, les pone el pié sobre el pescuezo y los aplasta, como vencido y de la Oposición suplente al número con la táctica. En los días de batalla calcula sus fuerzas, vigila sus tropas y les riñe por señas y de viva voz, da las órdenes y se coloca personalmente en los límites del campo para impedir las deserciones y recoger los dispersos. Bajo las órdenes de ese jefe diestro y determinado su tropa marcha muy unida. No es muy numerosa, pero se compone mas bien de oficiales que de soldados; es una tropa dorada, aguerrida, independiente, presuntuosa, colérica en ocasiones, es dócil para ejecutar las evoluciones, trabaja por debajo y zapa en la mina día y noche cuando no cree llegado el tiempo de poner las escalas y dar el asalto. Es preciso que todos los veteranos de Guizot tengan siempre la

mochila á la espalda y el fusil pronto para hacer fuego, mientras que él, colocado en la eminencia y con su anteojo en la mano á la manera del emperador, indica las posiciones de que es preciso apoderarse, una al arma blanca, otra por compañías con fuego bien sostenido, esta haciéndola saltar, aquella penetrando por traición en la contra-escarpa. No permite que se haga un falso movimiento ni que se ataque antes de dar la orden, ni que se pierda un cartucho.

¿Y qué es todo esto sino una guerra? Por eso puede decirse con verdad que desde que Guizot entró en los negocios no ha gobernado sino guerrreado. Ha acampado el poder en una fortaleza amurallada, aspillerada, coronada de almenas y guarnecida con buenos gendarmes que velan en los baluartes, y buenos cañones que hacen fuego á cada instante contra todos los que pasan.

Ha gastado su poderoso talento, sus facultades eminentes, su experiencia consumada y su firme corazón, en el servicio de un principio tan falso, que Guizot me permitirá que le diga que es falso, pero no me permitirá que se lo pruebe (1).

Y no se diga que Guizot, en los últimos años de su largo ministerio, ha dado mas fuerza al poder, mas dignidad á la magistratura, obediencia á las leyes, orden á la administración, crédito á la hacienda, progreso á la industria, y seguridad á los intereses materiales; todo eso es cierto y bueno. Pero por otra parte ¿no ha dejado perder la religion, corromper las costumbres, crecer el egoismo, y apagar las llamas de la libertad? ¿No siente la Francia que le va faltando la vida moral? ¿No es cierto que el amor de la riquezas ha invadido todos los corazones? ¿Ha habido nunca, de treinta años á esta parte, menos espíritu nacional que el que hay ahora en nuestros departamentos; y no es cierto que hemos llegado á un grado de consunción política, que debemos dar gracias á Guizot (¡triste y lastimero elogio!) porque no ha abolido la libertad de imprenta, cuando todas las potencias de Europa, sin exceptuar la Inglaterra, lo hubieran aplaudido en el exterior, y cuando vista la entorpecida flojedad del país no habria encontrado en el interior una resistencia mas seria que la que halló Napoleon despues del 18 brumario?

Aunque posee todas las cualidades necesarias para el gobierno de los estados, ha carecido de afecto y de genio y era mas á pro-

(1) Alusión á las leyes de setiembre.

(N. del E.)

pósito para dirigir el senado de una república protestante que para conducir el gran reino de Francia.

No sé si los gabinetes reinantes deben preferir el contar á Guizot como amigo ó como enemigo, porque sus alianzas son mas costosas que sus odios. Si consiente en remolcar con su carro á algun ministro que desfallece y va á desmayarse, es preciso que este se deje atar las manos y que le siga con el corazon lleno de vergüenza y de suspiros, á la manera de los reyes vencidos por los Romanos. Tira de él por su toga desgarrada, y despues de haberle escarnecido con sus burlas tal vez se dignará dejarle la corona y la vida ¿pero qué vida y qué corona!

Guizot seria cuando mas gefe de algunos sectarios, si hubiera establecido sus baterías únicamente en el centro del parlamento; pero ha sabido construir en el exterior algunas ciudadelas y fortalezas destacadas desde las cuales cañonea á sus adversarios dispersos y desunidos.

Ha conocido perfectamente que bajo una forma de gobierno en que reinan las ideas era necesario principiar por acaparar y conservar las gentes que explotan las fabricas de ideas. Aun en las épocas en que no es ministro, los diarios ministeriales estan llenos de hechuras suyas que diariamente entonan sus alabanzas y le preparan las vias. Ocupó tan perfectamente todas las avenidas de las Academias que ya no es posible entrar en ellas sino con su consentimiento. Las tres cuartas partes de los sub-prefectos, prefectos y procuradores generales son doctrinarios sugeridos por él y que repiten sus lecciones. Todos los pedantes de *us* y de *i*, de la Europa alemana y escita, se extasian ante la incomprendible profundidad de su ingenio; y los embajadores de la santa alianza cuyos negocios maneja tan perfectamente, le recomiendan en sus notas secretas. Él ó su sistema, han poblado el Consejo de estado, reclutado la Cámara de los pares y colocado como centinelas en el guarda-ropa, en las ante cámaras y tal vez hasta en las cocinas del Palacio algunos doctrinarios de toda clase de sexos, con faldas, gorros de lana y charreteras.

Ministro ó no, reina en las habitaciones de Palacio lo mismo que en el canapé de la doctrina. La corte es doctrinaria, pero doctrinaria con limitada inteligencia, con una prolijidad de lenguaje destemplada y floja, y con alguna pobreza, no de dinero seguramente sino de ideas.

Estoy muy lejos de decir que Guizot no sea muy superior á la

corte por su entendimiento, carácter y palabra; pero aunque la corte no pueda competir en talento con Guizot, no por eso deja ella de ser una doctrinaria buena y franca, que se honra de serlo y que ha querido tambien el monopolio electoral, la sucesion de la dignidad de par, las intimidaciones de setiembre, la ley de separacion, los presupuestos crecidos, los infantazgos, dotaciones y bastillas, la paz armada y otras invenciones y hallazgos legislativos y gubernamentales de este mismo tenor é importancia. De manera que puede decirse que la corte y Guizot, Guizot y la corte gobiernan la Francia en compañía hace diez y siete años; y ya estamos viendo de que modo Casimir Perier, Mortier, Broglie, Molé, Soult y Thiers fueron los primeros ministros del sistema, pero no eran el sistema mismo. Por mas que todos los legitimistas, del tercer partido, dinásticos, y anti-dinásticos que hay en la Cámara (1) se agiten y metan ruido, pronostico que los doctrinarios prevalecerán siempre con cartera ó sin ella á menos que la corte ó Guizot cambien ó varien.

Yo no tengo que ocuparme ahora de la corte; ¿pero cómo es posible que Guizot, por no hablar mas que de él, haya podido poner su bella inteligencia al servicio de los camarillistas y linceos? ¿Cómo es posible que un hombre honrado como él, que ha visto tan de cerca el fondo de tantos corazones falsos, de tantas conciencias corrompidas, y de tantas corrupciones venales y vanidosas, no se ruborice hasta el blanco de los ojos del papel despreciable que representa (2)? ¿Cómo es posible que un calvinista como él, cuyos antepasados fueron perseguidos por la libertad de discusion religiosa; y que vino al mundo y se ha engrandecido por medio de la libertad de discusion politica, haya podido prohibir la facultad del libre examen (3) á tantos fabricantes soberanos de constituciones, juramentos y reyes? ¿Cómo es posible que él, despues de haber pedido la abolicion de la pena capital, haya podido proponer que se condene á los escritores al suplicio, mil veces mas terrible, de la deportacion á las playas inhabitables de una isla desierta y bajo un cielo abrasador? (4) ¿Cómo es po-

(1) Por supuesto que yo no hablo nunca de la Cámara actual aunque me sirvo siempre del presente de indicativo. Soy demasiado cortés y respetuoso para dejar de hacerlo así; y suplico desde ahora para siempre que se tenga presente esta precaucion que he tomado por temor de las interpelaciones.

(2) Alusion á la corrupcion por medio de los empleos.

(3) Alusion á las leyes de setiembre.

(4) Alusion á las penas propuestas contra la imprenta.

sible que un hombre de pensamiento y de arte como él haya podido anteponer los intereses materiales (1) que tan obtusos y brutales son, á los intereses morales, al amor sagrado de la patria y de la libertad, y á todas esas inclinaciones nobles que son la vida, el encanto y grandeza de los pueblos civilizados? Dios ha permitido que haga todos esos males en castigo de su orgullo.

Tanto ha imbuido los plebeyos ricos de sus máximas egoístas; tanto les ha repetido que ellos eran los reyes de la ciencia, de la palabra y del pensamiento, que eran los dueños absolutos del suelo y de la industria, que todo les pertenecía por derecho de supremacía social, y que el resto de la nación no era mas que un monton de ilotas y bárbaros, que los plebeyos ricos se han arreglado bajo esas bases; ellos se han sumergido, alimentado y adormecido en las carnales delicias de la materialidad; se han distribuido y repartido todos los empleos de la guardia nacional, de los consejos departamentales, de la magistratura, del ejército, de los cuerpos legislativos, y de todos los ramos de la administracion; han aplaudido las leyes sobre el monopolio de las elecciones, sobre el jurado, el reclutamiento, los cereales y las aduanas; los infantazgos, las dotaciones, los abusos ducales y de los príncipes, todas las dilapidaciones de villa y de corte; y han atado y ligado la nación viva á una especie de terrazgo electoral y fiscal mas insoportable acaso que el vasallaje de la feudalidad.

Guizot, en vez de seguir las ondulaciones, transformaciones sucesivas, y sendas de progreso del siglo, ha querido construir una sociedad de ficción, medio inglesa y medio doctrinaria, que fuese de una pieza, y que desaparecerá tambien de una vez, porque es una obra que repugna á la naturaleza; y al fin la nación, esa nación de treinta y cinco millones de hombres libres preguntará lo que significa todo eso, y será preciso que todos esos intendentes aturdidos y disipadores le presenten sus cuentas. Entonces se oirán crugidos espantosos en ese edificio fundado en la arena, y azotado de todos lados por la tempestad, y en medio del terremoto universal del suelo, todos querrán ser los primeros para salir, y tal vez Guizot, ese pretendido conservador, será el primero que dé el grito general de *¡sálvese quien pueda!*

El retrato de Guizot quedaría á medio hacer si no se le comparase á su rival, y quiero terminarlo haciendo el paralelo entre ambos.

(1) Alusion á sus discursos de aquella época.

Guizot y Thiers son los hombres mas eminentes que el hervidero de Julio ha hecho subir á la superficie de los negocios.

Ambos han nacido de la prensa y han ahogado á su madre al salir de la cuna, despues de haberle mamado hasta la sangre.

A imitacion de los inquisidores ambos han encendido las llamas de la hoguera de setiembre (1) en torno de los pensadores libres, y les han dicho: ¡ Creed ó arded!

Ambos representan en el gobierno, el uno los plebeyos constitucionales de la legitimidad, y el otro los plebeyos dinásticos de la revolucion actual.

Ninguno de los dos es muy devoto de la persona del príncipe, ni realista á todo trance. No pertenecen á la rama segunda, ni á la primogénita, ni á otra alguna. Solo estan guiados por la ambicion de fortuna ó por terquedad de sistema, y si llegase el caso, no lo duden Vms. arreglarían con gusto á Luis Felipe del mismo modo que arreglaron á Carlos X.

Desgraciadamente hace ya diez y siete años que como timoneros temerosos y poco diestros, no han hecho mas que dar vueltas con su barquilla por su pequeño archipiélago, al rededor de los mismos escollos: ocultándose en las ensenadas y sin atreverse á salir á la alta mar.

La Francia, á pesar de las trabas del monopolio y las contribuciones adelanta por sí sola en la carrera floreciente de la agricultura y de la industria y ellos creen que son los que la empujan. La Francia pesa sobre la Europa con el contrapeso de mil y quinientos millones de renta y treinta y cinco millones de hombres, y ellos creen que les basta poner un dedo en la balanza para hacer que se incline al lado que Thiers ó Guizot quieren.

Hay un gobierno parlamentario bastardo y otro legítimo. El bastardo ha nacido de la cópula del monopolio y de la corrupcion. El legítimo ha nacido de la cópula de la nacionalidad y del derecho. ¿ Tendrán la bondad los señores Guizot y Thiers, de decirnos si son bastardos ó legítimos, se entiende, en el órden de la filiacion política?

Por lo demás hay entre Thiers y Guizot un antagonismo en todo y por todo, de carácter, de opinion y de talento: el uno es dócil, hablador, familiar, maligno y zalamero; el otro imperioso, aus-

(1) Alusion á las leyes draconianas de setiembre.

tero y estirado. Los antiguos resabios de su juventud arrastran al uno hácia la izquierda haciéndole perder su rumbo; las sorpresas de la casi-legitimidad inclinan al otro hácia la derecha.

Para con los grandes señores de la diplomacia, y á fuerza de ciencia y gravedad puede Guizot pasar por un aristócrata. Pero Thiers, á pesar de la petulancia y maravilloso brillo de su talento, no será nunca para ellos mas que un advenedizo.

Los embajadores de la santa alianza considerarán á Guizot como conservador, casi como un legitimista aparente; pero en Thiers no verán nunca mas que un revolucionario por mas que dulcifique la voz, baje el tono y esconda las uñas. Esto consiste en que las aristocracias son hermanas así como las democracias. A Molé ó á de Broglie se les harán confianzas que no se harán nunca á Thiers. Eso importa poco en un gobierno de nacionalidad que se apoya en los principios y no en los hombres; pero importa algo en un gobierno excepcional que no se apoya en el pueblo ni en sí mismo.

La accion de Guizot es circunspecta, la palabra de Thiers es atrevida.

Guizot mira cariñosamente á las potencias de Europa, y Thiers de reojo y con saña, pero ellas se burlan de ambos.

Guizot hace que la Francia se acueste en un lecho de descanso, por temor de que se le rompa algun aneurisma. Thiers seria capaz de hacerla correr por el espacio como un cometa con cola.

Tan luego como Guizot vuelve á presentarse en el poder es seguro que la imprenta grande ó pequeña será perseguida como una fiera por todos sus matorrales. Así que Thiers aparece de nuevo en el poder es seguro que habrá rumores de guerra. ¡Ah! ¡cuan cierto es que uno y otro, en el interior y el exterior, son nuestros ángeles de la guarda, los dos ángeles de la paz y de la libertad!

Thiers quisiera dominar la imprenta por la seducción y Guizot por el terror. ¿Pero qué es la libertad de la imprenta al extremo á que la han reducido Guizot y Thiers? ¡Una libertad de imprenta que no puede sondear el principio del gobierno! Y es eso acaso otra cosa que una libertad mofadora? ¡Un alfarero que no se determina á tocar con el dedo el cantarillo que acaba de hacer! ¿Qué vienen á ser semejantes cantarillo y alfarero?

Guizot el ecléctico y Thiers el fatalista, no condenarán al fuego eterno al que quiera discutir acerca de Dios; pero condenarán al

suplicio de Salacia (1) al que quiera discutir acerca del rey. Esto consiste en que Dios, el Dios grande del cielo y de la tierra, no existe para ellos; ¿pero y el rey existe? Esos señores para asegurarse mejor de ello extienden la mano sobre sus carteras encarnadas y exclaman: ¡Sí, el rey existe!

Guizot es corruptor por sistema, y Thiers lo es por recurso; el uno mas bien á la manera inglesa, el otro mas bien á la manera del Directorio.

Guizot procede por máximas, y Thiers por agudezas.

Guizot al subir á las sombras de las abstracciones filosóficas encuentra algunos vivos intervalos de luz. Thiers prefiere no elevarse hasta las nubes para no perderse en ellas. Tiene mas pies que alas.

Guizot no echa muchas mociones á un tiempo sobre el tapete parlamentario. Thiers al contrario, vacía el saco, juega á la ventura y lo arriesga todo.

Thiers reconocerá con mas gusto la soberanía del pueblo, y Guizot la soberanía parlamentaria.

El uno toma como punto de partida la Revolucion de 1688 (2) y el otro la Revolucion de 1793.

El uno prefiere el género humano, el otro su patria.

Guizot tiene mas fè en las ideas, Thiers la tiene en el filo del sable; Guizot en la inercia resistente del interés plebeyo, Thiers en la accion insurreccional de las masas.

Guizot se presenta como gefe de los conservadores; ; conservadores de qué! Thiers como gefe de los progresistas; palabra nueva en su boca, ; si no lo fuera la cosa tambien!

Guizot adula siempre á la mayoría; no aparta de ella su negra mirada por miedo de que se desbande, y á cada momento alaba la constancia inalterable, la union intima y el valor heroico de dicha mayoría, aunque interiormente sabe, tan bien como Vms. y como yo, lo que debe pensar de esas tres cosas. Como la mayoría impaciente y desconcierta á Thiers algunas veces, este la conduciría con gusto á latigazos, y como él prefiere la *calidad* á la

(1) Tumba abrasadora de la Isla de Borbón, adonde querian transportar á los escritores de la Oposicion. (N. del T.)

(2) Época de la expulsion de los Estuardos y advenimiento de la familia de Brunswick. (N. del T.)

*cantidad* (1) se dirige con miradas muy expresivas hácia los extremos de la Cámara.

Guizot y Thiers no tratan del mismo modo á sus respectivas mayorías ¿Me atreveré á decir que el uno es muy insolente y el otro muy impertinente para con ellas?

Thiers y Guizot tienen todavía otros dos modos mas de obrar con respecto á sus mayorías. El uno toca el somaten, menea los palillos y toca generala. El otro pellizca la fibra excitada por el interés personal; con la añadidura de sus diputados empleados es con lo que Guizot llega á obtener el guarismo de la mitad mas uno, y á riesgo de ofender su orgullo filosófico debo decir que el argumento mas transcendental de sus argumentos para con su mayoría será siempre el argumento del puchero.

Guizot es demasiado presuntuoso para no despreciar las injurias, y Thiers demasiado insubstancial para acordarse de ellas.

Cuando se halla fuera de los negocios Guizot se sirve del poder parlamentario para obligar al poder personal á que haga lo que él quiere; pero si está en los negocios se sirve del poder personal para refrenar y reducir el poder parlamentario.

Cuando Thiers se halla fuera de los negocios y en la Oposicion, dirige sus baterías contra el ministerio, en el terreno de los abusos interiores, y para incomodarle en su marcha le hace una guerra de zancadillas; pero si está en los negocios y es ministro, transporta el debate al terreno de las relaciones exteriores, porque allí es dueño de obrar á lo largo y casi sin censura, y de no decir mas que lo que quiere.

Guizot supera las objeciones con su tenacidad; Thiers las evita con su elasticidad. Se escapa entre los dedos como una anguila viscosa y es preciso cojerle con los dientes para detenerle.

Guizot afirma ó niega; Thiers no dice ni sí, ni no.

Cuando Guizot se vé estrechado, interpelado y acosado, se encierra en el desden de una seca y arrogante denegacion ó en la soberbia de su silencio. Thiers defiende con demasiada prolijidad á la manera de un abogado, los menores detalles de sus antiguos ministerios, y como algunos otros oradores quieren imitarle y no tienen el mismo talento que él, los debates legislativos degeneran en habladurías (2).

(1) Frase que dijo con poca reflexion y escandalizó mucho á los diputados de los centros.

(2) Alusion á las cuentas que dió de su último ministerio.

El uno, como es mas espiritualista, se aplica mas al derecho; y el otro como es mas materialista se fija mas en los hechos. El uno cree en una especie de moral; el otro no cree en gran cosa.

Guizot se pone tieso contra las personas, y entonces tiene valor por orgullo; pero cuando solo tiene que hacer con los negocios entonces su orgullo no le sirve de nada. Esto explica el porque tiene tanta resolucion en la tribuna contra las minorías parlamentarias, y tan poca en su gabinete contra las insolencias del extranjero.

Thiers tiene razon en querer un numeroso ejército y un crecido presupuesto, porque se ha hecho hombre de monopolio, y un gobierno de monopolio no puede pasar sin esos dos recursos. Si hubiera querido ser hombre nacional habria podido no tener mas que medio ejército y medio presupuesto, lo cual seria tan bueno para nosotros como para él. Esto que nosotros decimos, crearlo Vms., es lo mismo que lo que él piensa.

Guizot en el ministerio ó fuera de él no vive sino en la vida política. Tiene toda la fuerza, resolucion, obstinacion y experiencia de un hombre que á cada instante del dia no piensa mas que en la misma cosa. Para él es el poder un asunto de temperamento casi tanto como de ambicion.

Thiers no lo hace consistir todo en el gobierno y la política. Cuando deja de ser ministro vive como artista, calienta el vapor, viaja á Nápoles, descose momias y escribe historias.

En el entendimiento y talento de Guizot hay mas generalidad, en el de Thiers hay mas extension y movimiento.

Semejante á un fósforo Thiers brilla y se apaga; Guizot, semejante á la lámpara de un sepulcro, no despidе mas que una luz sombría, pero arde siempre.

Guizot confunde algunas veces la obscuridad con la profundidad, y las grandes frases con las cosas grandes. Thiers tambien confunde á veces el relumbrón del oropel con el brillo del oro, y el ruido con la gloria.

En Guizot hay siempre algo mas de filósofo. En Thiers hay siempre algo mas de artista. El uno se figura siempre que está explicando en una cátedra, y el otro que está hablando en un salon.

Los dos son acaso los mejores periodistas de su tiempo, pero Guizot cultiva mas bien la parte dogmática de la imprenta y Thiers la polémica corriente. El uno se complace en oír el sonido de sus

teorías. El otro agrupa al rededor de su sistema las ocurrencias y hechos de cada día; se desliza é introduce por no sé qué salidas en los reductos de la Oposicion, y cuando mas descuidada se halla le pone fuego á sus cañones.

Como escritor público Guizot es mas apreciado entre los extranjeros que entre nosotros, porque aquí preferimos las gracias de las formas á la solidez del fondo, y creemos que en el estilo se conoce enteramente al hombre. No hablo del historiador que tiene páginas admirables, sino de ciertas tesis y definiciones obscuras del metafísico y del publicista. Sin embargo como el ingenio es la luz, lo que no es claro no es francés.

Thiers es en sus historias, y esto no le incomodará, mas bien hombre de estado que escritor. No brilla por el plan y la composición, ni por el colorido, ni por la profundidad, ni por la concisión; pero es singularmente notable por la alta inteligencia de los acontecimientos, la habilidad del relato, y la perfecta claridad de su estilo. Escribe en cierto modo lo mismo que habla, con una facilidad y un encanto pintoresco.

Ningun escritor francés le ha igualado en la descripción de las batallas, ni en la exposición de las crisis rentísticas. Él ha contado, en la historia mas popular y que mas se ha leído en nuestros días, as guerras de la Revolución, sus asambleas, constituciones, negociaciones y leyes.

Por otra parte Thiers pertenece á la escuela fatalista, á esa escuela árida que cubre las faltas y hasta los crímenes de los gobiernos con la excusa de la necesidad; no reconoce derecho alguno en la nación ni entre las naciones, ahoga el libre albedrío y arroja la virtud á la desesperación. ¡Y que nos importa la historia de los hechos pasados si no hemos de deducir la moralidad de esos hechos para la instrucción de lo presente y del porvenir!

En las improvisaciones y discursos de Guizot hay mas método enlace y vigor. En los de Thiers hay mas abandono y naturalidad.

Guizot es elocuente cuando se encoleriza. Thiers lo es cuando se entusiasma.

Nada hay mas grave que la dición de Guizot. Nada hay mas encantador que la espiritual afluencia de Thiers.

Al cabo de un cuarto de hora de oír á Guizot me cansa. Al cabo de dos horas Thiers me recrea.

No se está con cuidado por Guizot porque tiene hecho su tema y se sabe que no se apartará de él. Tampoco hay que inquietarse

con respecto á Thiers porque se sabe que saldrá siempre con felicidad de las mas lejanas excursiones y de los pasos mas embarazosos y difíciles.

Si el peligro de la situación apura Guizot removerá las fibras del plebeyo *diputado*. En semejante caso Thiers tocará la trompeta y le vereis aparecer á las extremidades del desfiladero con una bandera tricolor en la mano. Es como Bonaparte en el puente de Arcola.

Para resumirnos diremos que los dos han ocupado el primer lugar y no lo han llenado. Han estado á la cabeza de la nación y no la dirijian.

Los dos han sido inferiores á nuestra grandeza y á su fortuna.

Los dos han sido instrumentos ciegos de la Providencia á quien ellos pensaban guiar.

Los dos, bajo los bordados oficiales del traje de ceremonia, han perdido con demasiada frecuencia hasta el sentimiento de su propia dignidad.

Ninguno de los dos ha pensado en el pueblo ni en los principios, cuando no hay en el mundo mas que principios y pueblo.

Los dos, ¡espectáculo miserable! se disputan encarnizadamente los huesos del poder sobre el tafíete de una cartera encarnada, y despues de tan bello combate el vencedor va humildemente á lamer los pies de su amo.

Pequeños en la guerra y en la paz no han sabido hacer, no han sabido presentar la Francia ante el extranjero sino inclinada por el uno sobre la rodilla derecha y por el otro sobre la izquierda.

Ellos que, coaligados intrépidamente, debian encerrar en las cocinas de Palacio al gobierno personal, ¿se atreverán á decir como el gran Chatam? «Yo he sido llamado al ministerio por la voz del pueblo y solo al pueblo debo dar cuenta de mis acciones.»

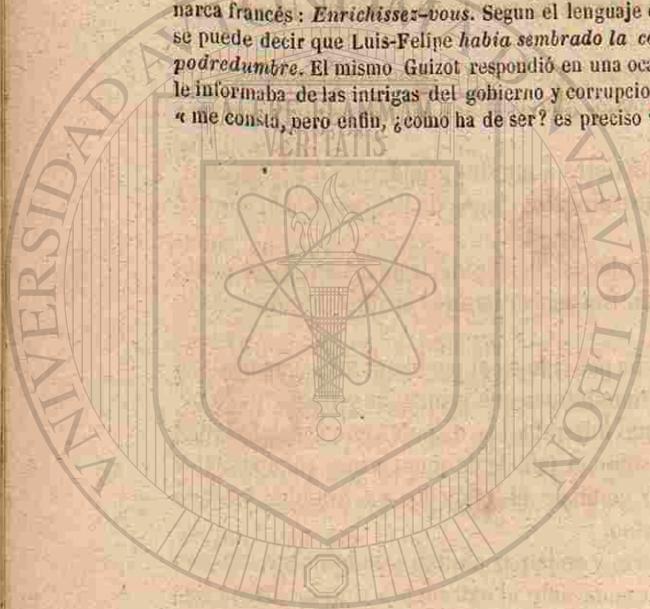
Como ministros responsables y que habian jurado llevar tan altivamente el cetro del 7 de agosto, ¿se atreverán á decir como Napoleon despues de la batalla de Austerlitz? : «¡Franceses! cuando colocasteis sobre mi cabeza la corona imperial, juré con- «servarla siempre con ese alto brillo de gloria que es el único que «podia tener algun precio para mí.»

¡Ay de mí! la Francia, esa noble Francia, asombrada hoy de la soledad en que se encuentra, se mira á sí misma, se busca, se interroga, y no sabe ya comprenderse ni encontrarse á sí propia!

No pudiendo hacer de ella una reina, la han convertido en ten-

dera, y al fin del día retirada en el fonda de su almacén, ¡después de haber manejado en otros tiempos cetros y espadas, se ocupa en contar y hacer montones de calderillas! (1).

(1) Alusión al materialismo y espíritu de codicia en que sumergía la nación el gobierno de Luis-Felipe, que define y cuenta esa famosa palabra del monarca francés: *Enrichissez-vous*. Según el lenguaje enérgico de la Escritura, se puede decir que Luis-Felipe *había sembrado la corrupción y recogido la podredumbre*. El mismo Guizot respondió en una ocasión a una persona que le informaba de las intrigas del gobierno y corrupción electoral: « Todo eso me consta, pero en fin, ¿cómo ha de ser? es preciso vivir. » (N. del T.)



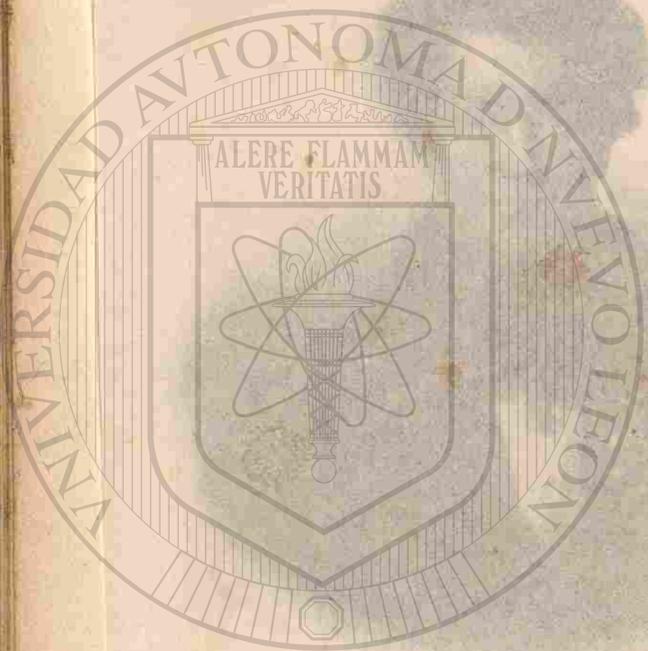
# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

### O'CONNELL.

Apenas acababa Mirabeau de extinguirse en medio del brillante resplandor de su genio, cuando ya se levantaba un nuevo astro en el horizonte de Irlanda.

Si yo me propusiera considerar á O'Connell únicamente como orador parlamentario, principiaria por comparar la nacion británica á la nuestra y nuestra tribuna á la suya.

Diria que hay entre ellos mas hidalgillos con preocupaciones excéntricas é inveteradas y entre nosotros mas embrolladores y *juzadores*; que el diputado inglés lo atribuye todo á su partido, y el diputado francés todo á sí propio; que el uno es aristócrata á pesar de ser plebeyo y el otro es plebeyo á pesar de ser aristócrata; que el uno se envanece mas de las grandes cosas y el otro se jacta mas de las pequeñas, que el uno hace siempre una oposicion sistemática; y el otro casi siempre una oposicion individual; que el uno es mas sensible al interés, á los cálculos, á la decencia y á la razon, y el otro á las imágenes y á los rasgos patéticos, á los golpes de Estado y á las aventuras; que el uno es mas sarcástico y amargo en sus invectivas y el otro mas inclinado á la personalidad fina y burlona; que el uno es mas grave y religioso, y el otro mas alegre é incrédulo; que el uno cita sobradamente en sus arengas á Virgilio, Homero, la Biblia, Shakespeare y Milton, y el otro no podria recordar los nombres y rasgos de su propia historia nacional sin hacer bostezar ó reir á los espectadores y al parlamento; que el uno no obra sino con esfuerzo y lentitud en aquellos cerebros sólidos pero macizos y pesados, mientras que el otro es adivinado por la inteligencia viva y adelantada de su auditorio antes que haya acabado su frase; que el uno levanta y construye á su placer largos periodos de argumentaciones indefinidas, atestadas de ciencia, de derecho y literatura, mientras que el otro ofenderia el gusto sencillo y delicado de nuestra nacion si formase

un hacinamiento de metáforas; y fatigaría nuestro entendimiento si la contextura de sus racionios fuese demasiado llena y tupida.

Podría añadir que entre los Ingleses hay mas fuerza, y mas gracia entre los Franceses. Allí hay mas ingenio, aquí mas talento. Allí mas carácter, aquí mas imaginacion. Allí mas política, aquí mas generosidad. Allí mas prevision, aquí mas actualidad. Allí mas profundidad en las especulaciones filosóficas y mas respeto á la dignidad de la especie humana, aquí mas inclinacion á mirarse coquetamente á sí mismo en el espejo de su palabra, sin tener en cuenta los méritos y perfecciones de los demás. En fin una de esas dos naciones ama mas la libertad, y la otra la igualdad. La una es mas orgullosa, la otra mas vana. La una infatuada en favor de una falsa devocion, la otra escéptica en casi todas las cosas. La una sabe preparar y esperar el triunfo de su causa, la otra precipita la ocasion y está impaciente por vencer bajo cualesquiera gefes que sean. La una se retira á un rincon para enfurruñarse, la otra va dando saltos y así que oye el primer compás se mezcla á toda clase de contradanzas; el Ingles calcula lo que su sangre debe producirle en territorios é influencia, y el interés que ha de sacar de su dinero; el Francés derramando la una sin saber donde y el otro sin saber como.

Y diría que los dos á pesar de sus vicios y defectos son la expresion de un gran pueblo, y que mientras la tribuna inglesa se levante en medio de los mares y en su isla resplandeciente y soberbia, y mientras que la tribuna francesa permanezca en pie en medio de los escombros de la aristocracia y del despotismo, la libertad del mundo no perecerá!

Pero yo no trato de retratar aquí al orador parlamentario, ni á Demóstenes defendiendo su propia causa en el foro oligárquico de Atenas; ni á Mirabeau ostentando las magnificencias de su palabra en el salon de Versalles delante de los tres órdenes, el clero, la nobleza y la clase media; ni á Burke, Pitt, Fox, Brougham ó Canning (1) conmoviendo las vidrieras de Whitehall con los rayos

(1) Burke, célebre orador irlandés, natural de Dublín, brilló en la cámara de los comunes por su elocuencia, se mostró favorable á las pretensiones de la América inglesa, atacó con virulencia Hastings, gobernador de la India oriental, que había abusado de su poder, se mostró enemigo de la Revolucion francesa, y aun la atacó con la pluma en una obra que fue refutada por Thomas Payne.

Guillermo Pitt, célebre ministro inglés y heredero del odio de su padre por

de su elocuencia universitaria; quiero pintar otro género de elocuencia, una elocuencia que no tiene nombre, prodigiosa, que pasma, sin preparacion, y como jamás la oyeron los antiguos ni los modernos; quiero pintar á O'Connell, al grande O'Connell, en pié sobre el suelo de su patria con los cielos por cúpula, la vasta llanura por tribuna, un pueblo inmenso par auditorio, y por objeto de sus discursos el pueblo irlandés, y por eco las aclamaciones universales de la multitud, semejantes á los retumbos de la tempestad y al rugido de las olas sobre las arenas y playas del Océano!

La Francia, concluyó contra esta nacion, en 1788, la triple alianza de la Inglaterra, Prusia y Estados-Unidos; fomentó los disturbios de la Revolucion, rompió con la República francesa en 1793, y continuó la guerra hasta el tratado de Amiens (1802), acarreado por el de Luneville; retirándose Pitt del ministerio, pues su odio contra la Francia no le permitia firmar el tratado de Amiens. Pero, renovándose poco despues la guerra, volvió Pitt á su antigua dignidad, y formó contra la Francia una tercera liga que no pudo impedir repetidos triunfos de la nacion enemiga, y la paz de Presburgo (1805) que siguió á la victoria de Austerlitz. Pitt murió poco despues, y dícese que la prosperidad de la Francia acarrió su muerte.

Carlos Fox, que generalmente pasa por el orador mas elocuente producido por la Gran-Bretaña, se mostró, como Burke, favorable á la América inglesa, se puso por su elocuencia al frente del partido whig, llegó á ser ministro en 1782, concluyó la paz con la Francia, y se mostró muy adicto á la revolucion francesa. Retirado del ministerio, abogó siempre por la libertad y tolerancia, oponiéndose calurosamente á su sucesor Pitt, á quien reemplazó despues de su muerte.

Lord Brougham, canceller de Inglaterra, nacido en 1779 en Edimburgo, se distinguió desde su adolescencia por sus conocimientos exteos y vida estudiosa. Brougham se ilustró mas adelante por las famosas causas que defendió, entre las cuales figuran las de lord Rixbourg y la reina Carolina acusada de adulterio por el mismo Jorge IV; como igualmente por sus luchas parlamentarias y fundacion de la *Revista de Edimburgo*. En 1830, lord Grey le ofreció la dignidad de canceller, y poco despues Brougham, nombrado baron y lord, era presidente de la cámara alta.

Desde entonces lord Brougham ha resistido al movimiento popular á que debia su fortuna, si bien en 1848 lo hemos visto solicitar la dignidad de ciudadano francés. Crémieux, ministro en aquel entonces, le respondió que si queria sinceramente gozar de los cargos y privilegios anexos al título de ciudadano francés, era necesario renunciar á su calidad de Inglés. Esta respuesta no satisfizo al noble lord que al solicitar formar parte integrante de la nacion francesa, no tenia mas mira que proteger su propiedad en Cannes contra vanos temores de saqueo de parte de la multitud.

Mas adelante propuso Brougham en pleno parlamento la expulsion de los refugiados franceses, proposicion que fue unánimemente rechazada, y la vieja

Jamás en ningún siglo ni en ningún país hubo hombre alguno que adquiriese sobre su nación un imperio tan soberano, absoluto y completo. Él es en cierto modo y por sí solo, su ejército, su parlamento, su embajador, su príncipe, su libertador, su apóstol, su Dios (1).

Sus progenitores descendientes de los reyes de Irlanda llevaban pendiente de la cintura la cuchilla de las batallas. Él, como tribuno del pueblo lleva también la cuchilla en los combates de la palabra, la cuchilla de la elocuencia que es más temible que la espada.

Mirad á O'Connell con su pueblo, porque realmente su pueblo es; vive de su vida, se ríe cuando él ríe, vierte sangre de sus heridas, se queja de sus dolores. Él le arrastra del temor á la esperanza, de la esclavitud á la libertad, del hecho al derecho, del derecho al deber, de la suplicación á la invectiva, y de la cólera á la misericordia y á la compasión. Manda á sus Irlandeses que se arrodillen en tierra y oren, y vedlos como se arrodillan y oran; que levanten su frente hácia el cielo y la levantan; que maldigan á sus tiranos y maldicen; que canten himnos á la libertad, y los cantan; que se descubran y presten juramento con la cabeza desnuda y la mano extendida sobre los santos Evangelios; y se descubren, levantan la mano y juran; que firmen peticiones para la reforma de los abusos, que unan sus fuerzas, olviden sus querellas, abracen á sus hermanos, y perdonen á sus enemigos; y firman, se unen, olvidan, se abrazan y perdonan!

Nuestro Berryer no habita más que en las altas regiones de la

Inglaterra repudió con asco tan inicu idea, tan contraria á sus tradiciones, que sólo podía emanar de un plebeyo improvisado lord, que mendigaba pocos años hace y por motivos de codicia, el título de republicano francés.

Jorge Canning, nacido en 1770, y muerto en 1827, se distinguió desde temprano por su elocuencia y abrazó el partido de Pitt. Ministro en 1807, manchó su memoria con el alevoso bombardeo de Copenhague. Retiróse de los negocios en 1809, mas fue elegido en 1822 para suceder al lord Castlereagh, y ocupó el ministerio hasta su muerte, mostrándose más favorable de lo que era de esperar á las ideas liberales, uniéndose á los whigs, apoyando la emancipación de los católicos irlandeses y preparando la independencia de la Grecia.

(N. del T.)

(1) « Os quejais, decía lord Wellington á los lores en 1836, que tengamos siempre en la boca el nombre de O'Connell, y que dirijamos nuestros esfuerzos á la ruina de un hombre sólo; pero este hombre es un poder. »

(N. del T.)

política, y no respira más que la flor escogida de la aristocracia; pero su nombre no ha descendido al taller ni á la cabaña. No ha bebido en la copa de la igualdad; jamás ha tocado las toscas herramientas de los artesanos; jamás ha hablado con ellos, jamás ha apretado su mano encallecida; jamás ha acercado su corazón al suyo ni ha sentido sus latidos; pero O'Connell ¡qué Irlandés y qué popular es! ¡qué estatura! ¡qué formas atléticas! ¡qué vigor de pulmones! ¡qué dilatación, qué ensanche en aquel cutis animado y florido! ¡qué dulzura en aquellos ojos azules! ¡qué jovialidad! ¡qué numen! ¡qué agudezas! ¡qué bien lleva su cabeza sobre aquel cuello musculento, su cabeza echada hácia atrás y en la que se pinta su altiva independencia!

Lo que le hace tan incomparable á los oradores de su país como á los nuestros, es que sin premeditación alguna y por la sola fuerza, por el solo impulso de su potente y victoriosa naturaleza, entra enteramente en su sujeto y parece más poseído que poseedor de él. Su corazón rebosa y va por saltos y brinco de modo que pueden contarse sus pulsaciones.

Como un corcel de raza á quien se detiene de repente sobre sus piernas nerviosas y estremecidas, del mismo modo O'Connell puede detenerse en la carrera desenfrenada de su elocuencia, inclinarse á un lado y volverla á emprender. ¡Tal es la presencia, resorte y vigor de su ingenio!

Al verle se creería que vacila y va á sucumbir bajo el peso del dios interior que le agita. Luego se reanima con la aureola en la frente y los ojos centellantes, y su voz que nada tiene de mortal, principia á resonar en los aires y á llenar todo el espacio.

¡Cómo explicar, cómo definir ese genio excepcional que no descansa en un cuerpo siempre en movimiento y que basta para la expedición de las causas civiles y criminales, para el trabajoso estudio de las leyes, para la inmensa correspondencia con los agentes de la Asociación, y para la agitación nocturna y diurna de siete millones de hombres; esa alma de fuego que enardece á O'Connell sin consumirse; ese espíritu de una movilidad tan increíble que desflora todos los asuntos sin ajarlos, que se aumenta con todo el espacio que ha recorrido, que se multiplica derramándose, que renace y se fortifica con su misma extenuación, que consume sin repararse, que se entrega y abandona sin cesar de pertenecerse á sí mismo; ese fenómeno de una ancianidad tan lozana y vigorosa, esa vida poderosa que encierra en sí tantas otras

vidas, esa inagotable emanación de una naturaleza extraordinaria sin rival ni precedentes?

Si O'Connell hubiese marchado con el claymore (1) en la mano al abordaje del despotismo, habría sido destruido por los fuegos de la aristocracia británica; pero se ha encerrado y amurallado en la legalidad como en una fortaleza inexpugnable. Es atrevido pero tal vez, es más hábil que atrevido. Adelanta pero se retira. Llegará hasta los últimos límites de su derecho pero no más allá. Cubierto con el broquel de los ardidés, disputa en ese terreno, pie á pie, á fuerza de interpretaciones capciosas y de astucias con las cuales envuelve á sus adversarios, y no pueden desasirse de ellas. Escolástico, quisquilloso, camastron, astuto, y procurador ladino, consigue con ardid lo que no puede arrancar por fuerza. En donde otros se perderían él se salva; su ciencia le defiende de su ardor.

Sin embargo la especialidad de su objeto no le aleja de los intereses generales de la humanidad. Quiere la economía en los gastos, porque ese es el deber de todo gobierno. Quiere el voto de todos porque todos tienen derecho á votar. Quiere la libertad de cultos porque esa es la voluntad de la conciencia humana. Quiere el triunfo de las ideas, porque es el único que no hace correr sangre, que está basado en la opinión y en la justicia y que tiene consistencia.

Es poeta hasta la epopeya ó familiar hasta la trivialidad. Atrae á sí su auditorio y le transporta sobre las tablas del teatro ó bien se baja de ellas y se mezcla á los espectadores. No deja un solo momento la escena sin acción ó sin palabras. Distribuye á cada uno su papel; él se presenta como juez, interroga y condena. El pueblo ratifica la sentencia, levanta las manos y se figura que asiste á un juicio.

O'Connell arregla á veces el drama interior de la familia según el drama exterior de los negocios públicos. Hace aparecer en sus discursos á su anciano padre, á sus antepasados y á los progenitores del pueblo. Expide sus órdenes, manda que se sienten, que esten en pie ó que se prosternen. Toma la dirección de los debates, cuida del buen orden en la audiencia, preside, lee, redacta, hace propuestas, peticiones y requerimientos, y concluye. Arregla é improvisa narraciones, monólogos, diálogos, prosopopeyas,

(1) Espadon ancho y de dos filos, usados por los antiguos Irlandeses y Escoceses.

(N. del T.)

intermedios y peripécias. Sabe que el Irlandés es al mismo tiempo risueño y melancólico, que le gustan las figuras, el colorido y el sarcasmo, y corta la risa con las lágrimas, lo grandioso con lo grotesco. Ataca en masa á los lores del parlamento y echándolos de sus guaridas aristocráticas les persigue uno á uno como fieras. Los ridiculiza sin piedad, los escarnece, los disfraza y cubiertos de cuernos y corcobas ridiculas los entrega á la mofa y silbidos de la multitud. Si en medio de la pelea distingue á algún amigo ó enemigo, le nombra. Si él es interpelado se detiene, coje cuerpo á cuerpo á su interruptor, le echa por tierra y vuelve bruscamente á continuar su arenga. De ese modo es como sigue, con maravillosa electricidad, las ondulaciones de ese mar popular, ya loca y bulliciosa bajo los golpes de su tridente, ya rizada por el soplo de un viento ligero, ya tranquila, pura y dorada por los rayos del sol como un baño de blandas y delicadas sirenas.

O'Connell no es whig, tory, ni radical al modo de los Ingleses. Y así es que los whigs, los torys y los radicales le conservan el antiguo odio y el soberbio desprecio de un pueblo conquistador para con el vasallo de un pueblo conquistado, de un Inglés para con un Irlandés, de un protestante para con un católico. Pero con todo, ese odio, ese desprecio y esas insolencias no consiguen abatirle. A diferencia de tantos otros oradores aflijidos y desanimados porque no tienen convicción, entrañas ni fé, O'Connell no duda nunca del triunfo de su causa, y hasta en la Cámara de los comunes, mirando atrevidamente y cara á cara á sus adversarios exclama:

« Jamás cometeré el crimen de desesperar de mi país; y al cabo  
« de doscientos años de dolores me encuentro hoy en pie derecho  
« en este recinto repitiendoos las mismas quejas y pidiendoos la  
« misma justicia que reclamaban nuestros padres; pero no ya con  
« voz humilde y suplicante sino con el convencimiento de mi  
« fuerza, y convencido de que la Irlanda sabrá hacer en adelante  
« sin vosotros lo que hayais rehusado hacer por ella! No entré en  
« compromisos con vosotros; quiero para nosotros los mismos  
« derechos que vosotros gozais, el mismo sistema municipal para  
« Irlanda que para Inglaterra y Escocia; y si no fuera así ¿á qué  
« se reduce la union con vosotros? á una union sobre pergaminos  
« ¿no es así? ¡Pues bien los romperemos y el Imperio quedará  
« cortado por la mitad! »

¡Qué altivez! Para tener un lenguaje semejante se necesita ser casi rey.

No hay que hablarle á ese hombre de un asunto diferente; su alma patriótica, por vasta que sea, no puede contener otro alguno. En el mismo Londres y en el parlamento de los tres reinos no es miembro del parlamento, no es mas que Irlandés. Solo la Irlanda, la Irlanda toda, es lo que tiene en su corazon, en su pensamiento, en sus recuerdos, en su palabra, en su oido.

« Oigo, dice, oigo diariamente la voz lastimera de la Irlanda que me grita: ¿Deberé esperar todavía y sufrir siempre (1)? No, conciudadanos míos, no sufréis mas; no en vano habreis pedido justicia á un pueblo de hermanos. La Inglaterra no es ya aquel país de preocupaciones en que solo el nombre de papismo indignaba todos los corazones y les arrastraba á cometer injustas crueldades. Los representantes de Irlanda se han dedicado á hacer adoptar la ley de la reforma (el *reform-bill*) que ha abierto anchas esclusas al pueblo inglés; tambien serán escuchados cuando pidan á sus colegas que hagan justicia á la Irlanda; y si casualmente el parlamento se hiciese sordo á nuestras súplicas, entonces haríamos un llamamiento á la nacion inglesa; y si ella tambien se dejara arrastrar por injustas prevenciones, volveríamos á nuestras montañas y no recibiríamos consejo sino de nuestra energia, valor y desesperacion. »

Imposible es invocar en términos mas fuertes y tiernos la razon, conciencia y gratitud del pueblo inglés, y mezclar con mas arte la súplica á la amenaza, que en ese bello pasaje.

Pero se conoce que ese orador gigantesco se encuentra estrechado y ahogado bajo la cúpula del parlamento inglés, como un gran vegetal bajo una campana de vidrio. Para que sus pulmones se hinchen, su estatura crezca y su voz truene, necesita aire, sol, y la tierra de Irlanda. Solo cuando toea á esa tierra sagrada, á esa tierra de la patria, es cuando respira y se le ensancha el corazon. Solo allí, en presencia de su pueblo, es donde su elocuencia revolucionaria, su altiva elocuencia, se lanza, se despliega y brilla como las inmensas mangas de cohetes de un fuego artificial. Solo allí derrama y vierte las hirvientes oleadas de esa prodigiosa ironía que venga á los esclavos y hiere á los tiranos.

(1) La miseria de la Irlanda excede á todo cuanto puede figurarse la imaginacion humana, y cuantas ponderaciones podrian hacerse en este punto quedarían muy atrás de la verdad. Aun cuando no lo permitiesen los límites de estas notas, temeríamos horripilar á nuestros lectores con la descripcion de los tormentos causados por el hambre y frio en una poblacion famélica y desnuda que, salvo algunas centenares de familias, puede llamarse una nacion de mendigos. *L'Irlande expire sur sa croix*, dice Victor Hugo.

Sus chanzas no son finas, no pican como con una aguja. Semejante al sacrificador antiguo levanta su maza, hiere á su víctima entre los cuernos en medio de la frente, ella da un largo gemido y cae.

Es preciso verle cuando reúne toda su indignacion y fuerzas para contar la larga historia de las desgracias de su patria, y de su opresion y miserias; cuando evoca del fondo de sus tumbas aquellos héroes generosos, aquellos rígidos ciudadanos que regaron con su sangre los cadalsos de Irlanda, sus lagos y llanuras; cuando presenta á la vista de sus bravos amigos el lamentable espectáculo de la libertad desgarrada por el hierro de los Ingleses; el suelo de sus antepasados en manos de esos tiranos; el gobierno instituido por ellos y para ellos, para ellos solos; los tribunales atestados de sus hechuras; los jurados corrompidos, vendidos los parlamentos; las leyes teñidas de sangre, los soldados convertidos en verdugos; llenas las cárceles; los paisanos arruinados por las contribuciones, embrutecidos por la ignorancia, extenuados de enfermedades y de hambre, descarnados, huraños, doblegados, echados sobre fétida paja; las barracas cerca de los palacios; la insolencia de la aristocracia; la ociosidad sin cargas y sin compasion; el trabajo sin retribucion y sin descanso; la ley marcial restaurada, suspendida la libertad de imprenta; invadida la administracion por los extrangeros; absorvida la nacionalidad; los religiosos incapacitados de ser jueces, jurados, testigos, renteros, maestros de primera enseñanza, y regidores, so pena de nulidad radical y hasta del último suplicio; las iglesias católicas vacías, desnudas y sin ornamentos; sus sacerdotes mendigando, estériles y perseguidos; la Iglesia anglicana con la alegría en la frente y en el corazon, y las manos en los sacos y cofres de oro. Entonces los ojos se inundan de lágrimas en medio de un sombrío y espantoso silencio, y todo ese pueblo oprimido, y destrozado de sollozos revuelve en su corazon proyectos de venganza.

Sin embargo que la Inglaterra, desde lo alto de sus palacios y desde su lecho de púrpura y seda, preste un oido tembloroso al ruido de ese Encélado que ruge bajo el monte en que le tiene enjerrado. Ya recorre sus sombríos subterráneos; ya se endereza sobre los pies y levanta con sus hombros los hornos abrasados de la democracia, y esperando una próxima erupcion la Inglaterra se espanta y ya se le quemán los pies, y se retira temiendo que el volcan rebiente y la haga saltar.

¡Qué le importan á ese turbulento orador, á ese rústico hijo de las montañas, Aristóteles y la retórica, la política de los salones, la propiedad de la gramática y la urbanidad del lenguaje! Él es del pueblo y habla como el pueblo. Tiene las mismas preocupaciones, la misma religion, las mismas pasiones, el mismo pensamiento, el mismo corazón, un corazón que palpita con todas sus fuerzas por la Irlanda, y aborrece con todas sus fuerzas á la tiránica Albion. ¡No le veis como penetra, se introduce, y se hunde en las entrañas de sus queridos Irlandeses para sentir y palpar como ellos sienten y palpitan! ¡Como se condena á sí mismo á arrastrar la cadena de su esclavitud, para rugir mejor con ellos y poder romperla mejor! ¡Como cede, se contornea, se abate, se reanima é investiga la gloria de lo pasado! ¡Como les representa sus males presentes, su soledad, ilotismo político, miseria social, desnudez y degradacion! ¡Como les reanima y les refresca con el soplo religioso de sus esperanzas! ¡Como les levanta de nuevo con los nobles acentos de la libertad y como les cubre tan perfectamente con su voz, gritos y venganzas, con su alma, brazos y cuerpo, que al fin de su discurso todo ese orador y todo ese pueblo de cincuenta mil hombres no tienen mas que un mismo cuerpo, una misma alma, y el mismo grito de ¡Viva Irlanda!

Si, su Irlanda, su muy querida Irlanda es lo que él ha colocado como un altar en medio de todos sus pensamientos y afecciones. Solo á ella ve, solo á ella escucha en el parlamento, en la iglesia, en el foro, en el hogar doméstico, en los clubs, en los banquetes, en sus triunfales ovaciones, ausente, presente, á toda hora, en todo lugar, en todas partes! A ella vuelve sin cesar por mil caminos atravesados, llenos de abismos y precipicios, de altas montañas, de lagos inmensos, de tierras fértiles y de praderas ondeantes. ¡Tú eres, verde Erynn, esmeralda de los mares (1), cuyo

(1) La Irlanda es uno de los países mas pintorescos y variados, y su continua humedad la cubre de una alfombra verde y mollida que la ha hecho dar el nombre de isla verde (*green Island*), y esmeralda de los mares. El Irlandés Thomas Moore, el mas voluptuoso y anacreóntico de los poetas, la llama

*First flower of the earth, first gem of the sea.*  
Primera flor de la tierra, primera perla del mar.

Como la tierra que pisan, los Irlandeses forman una raza hermosísima, y al mismo tiempo robusta, inteligente, festiva, chistosa, intrépida y dotada de un amor invencible por la madre patria, que aumenta con las miserias de estos.

(N. del T.)

Paris. Imprenta de Gerdés, calle Bonaparte, 42.

enturron desata él sobre los arenales de la playa! ¡Tú eres quien se le aparece sentada sobre la cima atrevida de los templos del catolicismo, tú la que él oye entre los murmullos del huracan, tú la que él respira entre las brisas perfumadas de la floresta! ¡tú á quien se figura ver sacando tu formidable cimitarra contra la Inglaterra, al ruido del trueno de las batallas! Tú pobre mendiga, cuyos harapos, pechos desecados y chozas de paja prefiere él á los florecientes palacios de la aristocracia, á la insolente Albion, á la reina del Océano! Tú, verde Erynn, esmeralda de los mares, cuyas gracias enfermizas y cuyas mejillas ahuecadas y marchitas contempla él lleno de respetuosa compasion, porque eres la tumba de sus progenitores, la cuna de sus hijos, la gloria de su vida, la inmortalidad de su nombre, la palma florida de su elocuencia, porque amas á tus hijos, porque le amas á él, porque padeces por ellos y por él, porque eres la Irlanda, porque eres su patria!

Nuestros discursistas parlamentarios no arrastran ni un solo diputado con sus oraciones. Han visto tantas revoluciones, servido á tantos gobiernos, y echado á bajo tantos ministerios, que ya no creen en el poder ni en la libertad; no son san-simonianos, ni cristianos, turcos ni anabaptistas, budistas ni albigenses, y no creen absolutamente en religion alguna. Pero O'Connell cree en los maravillosos prestigios de su arte; cree firmemente en la futura emancipacion de Irlanda. Cree en el Dios de los cristianos, y porque cree y espera es por lo que esa águila sostiene su vuelo sublime en las altas regiones de la elocuencia, á pesar de que sus alas estan ya heladas por el soplo de tantos inviernos. Él no separa el triunfo de la religion del de la libertad. Se estremece de alegría, se gloria, se exalta con sus magníficas visiones del porvenir, y su palabra inspirada participa en cierto modo de la grandeza del cielo inmenso que le sirve de pabellon, del aire y del espacio que le rodean, y de las multitudes de pueblo que le salen al encuentro cuando despues de su eleccion por el distrito de Clare exclama:

« En presencia de mi Dios y con el sentimiento mas profundo  
« de la responsabilidad que traen consigo los deberes solemnes y  
« temibles que vosotros me habeis impuesto por dos veces, yo los  
« acepto ¡oh Irlandeses! y tengo la seguridad de llenarlos no por  
« mi propia fuerza sino por la que vosotros me dais. Los hombres  
« de Clare saben que la única base de la libertad es la religion.  
« Han triunfado porque la voz que se eleva por la patria habia antes

« exhalado su oracion ante el Señor. En nuestras verdes campiñas  
 « se oyen ya algunos cánticos de libertad, cuyos sonidos recorren  
 « las colinas, llenan los valles, murmullan en las ondas de nues-  
 « tros rios; y nuestros torrentes con su voz de trueno, gritan á los  
 « ecos de las montañas: ¡ La Irlanda es libre! »

No, por desgracia no es libre todavía ¿ qué será de ella? ¿ qué  
 será de su agitador? ¿ será herido por el rayo en medio de la tem-  
 pestad? ¿ la Inglaterra y la Irlanda conmovidas hasta sus cimien-  
 tos irán á arrojar una contra otra? ¿ correrán torrentes de san-  
 gre? ¿ Dios quiera desvanecer semejantes presagios!

Pero suceda lo que quiera O'Connell es y será, lo mismo que  
 Mirabeau y Napoleon, una de las tres y acaso la mas grande figura  
 del siglo. ¿ A qué hombre sin espada ni corona ha sido dado mas  
 poder que á él sobre la tierra? ¿ Adonde se ha visto ni se verá ja-  
 más una cosa semejante? Y así no debemos admirarnos de que  
 O'Connell diga: « Me envanezo de mi destino. » Si, razon teneis  
 para envaneceiros, Daniel O'Connell, si, en medio de vuestro po-  
 deroso y legítimo orgullo podeis exclamar: « ¡ La Irlanda soy yo! »

¿ Y qué importará ya, Daniel, que la Irlanda salga de tus manos  
 rodeada de gloria, y palpitando de nacionalidad; ó que sucumbas  
 á la brutalidad de las bayonetas? El éxito; ay de mí! ha justificado  
 demasiado hasta ahora el derecho y legitimidad de los tiranos. El  
 mundo les ha sido entregado y por lo visto Dios quiere que rei-  
 nen; por lo visto todas las naciones deben nacer, vivir y morir en  
 una prolongada noche de tempestad, cortada á raros intervalos  
 por algunos rayos de sol; por lo visto su opresion es uno de los  
 secretos de la Providencia que se burla de la justicia humana y no  
 prueba en este mundo la paciencia y virtud de los oprimidos sino  
 para reservarles las eternas recompensas de la herencia celestial.  
 No te lisonjees demasiado, Daniel O'Connell, de hallarte exento de  
 la ley comun, que al cabo yo no sé si para coronar tu hermosa  
 vida, valdria mas para tí el perecer que el triunfar. Esos Sajones  
 podrán aherrojarte en los calabozos, llevarte al suplicio y alejarte  
 de esa tierra de Irlanda que no veria ya á su O'Connell ni escucha-  
 ria los relámpagos y rayos de su voz. Pero no podran impedir que  
 las sagradas palabras de justicia, libertad y patria sean pronun-  
 ciadas en voz baja por los labios de los Irlandeses, ni que sean  
 repetidas en todos los corazones, ni que se estremezcan con el  
 nombre de O'Connell desde la cumbre de vuestras montañas hasta  
 las orillas del mar. No podrán impedir, ¡ oh generosos hijos de la

verde Erynn! no impedirán que se realice vuestra emancipacion  
 política y religiosa, ni que las generaciones futuras se arrodiven  
 con oraciones y cánticos de gloria, sobre la tumba en que reposen  
 las cenizas de vuestro libertador (1)!

(1) En los últimos años de la vida de O'Connell, fallecido en 1847, un par-  
 tido considerable, acaudillado por hombres esforzados, inteligentes, y sobre  
 todo llenos de abnegacion y desprendimiento, se organizó rápidamente contra  
 el agitador que motejaban con los términos de fullero, parásita, jesuita, y  
 designaban como la causa de todos los males que pesaban en la pobre Ir-  
 landa, por su entorpecimiento sistemático, chocarrerias gróseras é ingenuidad  
 hipócrita.

Ello es cierto que la agitacion de O'Connell fue bastante esteril, y que el  
 pueblo irlandés que se sangraba para constituirle una renta colosal, no reco-  
 gió de él mas que bromas de mal gusto y consejos de tranquilidad « Agitaos,  
 « les decia el orador, pero agitaos sin salir del orden. » Palabra peregrina que  
 nos recuerda la de Arlequino á sus hijos dándoles una trompeta y un tambor:  
 « Divertíos hijos míos, pero no hagais ruido. »

En lugar de pasear por do quier y triunfalmente el estandarte de la verde  
 Erin, en lugar de tantas comilonas, de tantos meetings, de tantos discursos  
 idénticos en el fondo, y apenas diferentes en la forma, mas hubiera valido  
 decir á ese pueblo crédulo y menesteroso: « Sacudid por vuestros esfuerzos  
 « el yugo que pesa en vosotros, vuestra situacion no puede empeorar, y, mal  
 « por mal, mas vale perecer por una bala ó bayoneta inglesa, que de hambre  
 « ó de frio. »

(N. del T.)

## APÉNDICE.

### PERFILES DE ALGUNOS ORADORES<sup>1</sup>.

Oigo llamar á la puerta y veo llegar uno despues de otro una multitud de diputados que van llenando mi taller de pintura. ¡Para que se vea lo que es ser artista á la moda! Cada uno de los honrados *Representantes de Francia* (apellido burlesco que se dan unos á otros) quisiera que hiciese su retrato de cuerpo entero como los de los señores Guizot, Thiers, Lamartine, Dupin, Sauzet, Mauguin, O. Barrot, Fitz-James, Royer-Collard, Arago, Laffitte, Jaubert, Garnier-Pagès y Berryer, á quienes han tenido la bondad de encontrar bastante parecidos. Todos quisieran que les pintase con rasgos griegos en cuanto al brillo de la imaginacion y la elocuencia, y con figura á la romana en cuanto á la fuerza y grandeza de carácter. Pero además de que no todos esos señores son Romanos, ni con mucho, ni Alcibiades, ni Demóstenes, no conocen que llega el verano, que el sol arroja sus rayos ardientes sobre los cristales de mi taller, y que necesito ir al campo para dar descanso á mis ojos y á mis dedos que ya se van fatigando. Además de eso no siempre he quedado satisfecho de mis retratos, ¡pues no se ha atrevido el señor Thiers, entre otros, á venir á quejarseme, con un aire enfadado de coqueta, porque dice que le he pintado haciendo gestos! ¡como si no los hiciese un poco! Y si no hubiera amenazado á Su Excelencia con ponerle de patitas en la calle creo, á fe mia, que enmedio de su mal humor iba ya á revolverme

(1) Para no quebrantar la unidad del plan y conservar todo el efecto de sus grandes retratos, Timon ha tenido por conveniente poner en el *Apéndice* los *Perfiles de los oradores* casi todos inéditos y que completan perfectamente la galería parlamentaria de nuestro pintor. (N. del E.)

todos los colores y á tirarme al suelo los pinceles. ¡Qué gracia de niño!

Es esto tanto mas reprehensible en él cuanto no debe haber olvidado que le he dedicado unas sesiones muy largas; y que le he retratado únicamente por el honor de hacerlo, porque lo juro á Vms. que no he recibido de él ni un solo maravedí, y eso que ciertamente no le hubiera costado gran cosa el darme una librancita sobre la caja del bolsillo reservado, ó fondos secretos, como ha tenido la honradez de hacerlo con muchos de mis embadurnadores colegas (1).

Por lo demás el señor Thiers me ha dado mas que dinero, porque me ha puesto en voga. De todas partes vienen á que les enseñe su retrato, y el del señor presidente Dupin que ha sido muy bueno para conmigo, y que en tiempo de su presidencia me concedió permiso para que pusiese en mi muestra: *Timon, pintor de la Cámara.*

Ruego encarecidamente á los señores diputados que llenan mi taller, tengan la bondad de perdonar si les hago esperar. Conozco que deben tener mucha prisa de volver á sus departamentos, en los que van á recibir bendiciones de los esquilonos de sus lugares, y sentiria infinito retardar los gloriosos desahogos de su patriótica alegría; pero aunque los mismos Rubens, Rafael y David me hubiesen preparado los colores, aunque pintase con ambas manos y con cuatro si las tuviera, no podria en este momento, señores míos, pintarles á Vms. todos en el gran lienzo. Me verá pues obligado, á pesar mio, á reducir vuestras majestuosas fisonomías á las proporciones de un simple perfil, y á rogar á Vms. se lo guarden en sus carteras de viaje.

Un poco de paciencia, Señores, y ¡silencio! que estan Vms. haciendo un ruido como si estuviesen en la Cámara. No traspasen Vms. de ese modo á viva fuerza la entrada de mi taller y no presenten Vms. todos las cabezas al mismo tiempo. Evitemos la confusion para que no tome yo la pierna de un puritano por el brazo de algun legitimista, ó ponga una cabeza de doctrinario sobre los hombros de algun dinástico. Vaya, Señores, un poco de paciencia, y ¡silencio! que ya vendrán Vms. todos á sentarse delante de mí.

¡Atencion, Señores, que voy á pasar lista!

(1) Este pasaje está tomado de la edicion de 1837.

**Crémieux.** Su palabra es franca, satírica su voz, abundante, animada y espiritual su dialéctica, feliz su réplica. Pero en vez de defender una opinion parece mas bien que aboga en favor de una causa. Siempre cree que está hablando con el bonete en la mano delante de los señores del tribunal. Las horas de la abogacía, los negocios de la abogacía, y la toga de abogado le siguen y persiguen desde el vestuario del tribunal hasta el pie del estrado parlamentario. Todavía no ha perdido sus antiguas costumbres.

**De Peyramond,** es otro abogado que pasó por entre los cilindros de la magistratura; orador de largas causas, sin método pero no sin color. Seria elocuente si tomase unas buenas tijeras, bien afiladas, y que cortasen bien; y si recortase las tres cuartas partes de su discurso y la mitad del resto.

**Hebert** no tiene vehemencia, resorte, agudezas ni brillo; pero tiene una dialéctica habilmente encañada y una manera agresiva que agrada por su limpieza y atractivo. Firme en los estribos no se deja desmontar por las interrupciones; ni aturdir por el ruido. Estudia su causa, la limpia y la arma de punto en blanco. No hay ninguno mejor en los bancos que se hallan detras de los ministros (1). El señor Hebert es un luchador muy interesante.

**De La Rochejaquelein.** Su voz estentórea domina los bancos de delante y de atras de los centros, y su valor tiene la misma fuerza que su voz. Cubierto con la armadura de los antiguos caballeros bretones hubiera dado golpes terribles; hizo falta en el combate de los treinta. Le han acuñado y á mi tambien medallas de bronce cuyos héroes creíamos ser y no eramos sino la ocasion de ellos. Se le han atribuido dichos que ya no recuerdo y él todavia menos que yo, y han querido hacerle pasar por un politico consumado. No es mas que un hombre amable, de modales caballerescos, de corazon elevado y que tiene suficiente talento para burlarse de los que quieren darle mas del que tiene.

**Gillon.** ¡Qué figura tan buena y tan sencilla! es rubio y apacible como un Aleman. ¡Si se habrá vuelto mudo? Sus discursos oían á hombre de bien. Habla con facilidad, escribe mal y piensa

(1) En el centro.

(N. del T.)

bien, acaso menos ahora que antes de ser nombrado consejero del tribunal de *Casacion*.

**Gouin** es una de las mas honradas notabilidades rentísticas y comerciales de la Cámara; relator juicioso, político circunspecto, un poco tímido, pero desinteresado y lleno de zelo.

**Charamaule**, jurisconsulto obstinado, dialéctico sutil, preguntador importuno á veces.

**Charlemagne**, orador exacto y penetrante.

**D'Harcourt**, nombre ilustre, ojos vivos, estatura de enano, adelantado economista, tiene mucho talento, tal vez demasiado (1).

**Garnier-Pagès**. Hermano de mi mejor amigo de quien ha heredado el cariño que me tenia. A este en lugar de animarle hay que contenerle y tirarle de los faldones. La tribuna le devora.

Garnier-Pagès *junior* sostiene dignamente el nonibre que lleva, cosa no poco difícil á la verdad. Sin duda no tiene la misma aguda penetracion, ni la misma dialéctica ejecutiva que su hermano, ni los delicados gracejos de su talento; pero tiene mas fuego y animacion. Se presenta en la tribuna con intrépida libertad, con el acento de la verdad y la persuasion de la justicia. En las materias políticas no es tan hábil como en las económicas y rentísticas en las cuales domina enteramente la cuestion.

¡Vm. tiene demasiado ardor y sensibilidad, Garnier-Pagès! ama Vm. demasiado al pueblo en un lugar en donde nadie ama sino á sí propio; es Vm. demasiado exacto y claro en ciertas materias; y la habilidad para tratar de ellas consiste en amontonar guarismos, es decir, en embrollarlas.

Sin embargo he oido que algunos hombres de bolsa y de negocios le decian:

Inutil es que nos demuestre Vm. cuantas vigiliias y sudores cuestan las contribuciones á los que las pagan; mas vale que Vm. nos diga cuanto alimento y harina pueden producir para los que las reciben. Vm. que es tan entendido y hábil para buscar arbitrios fiscales, ¿no podría hallar algun medio para exprimir los cardos

(1) Hoy es par de Francia.

y las ortigas en las calderas del Tesoro? ¿No cree Vm. que si excavasen bien las rocas de Fontainebleau, por ejemplo, no se podría encontrar entre el polvo de la piedra algunas pepitas de plata? ¿No seria fácil que se encontrasen tambien entre las arenas que arrastran tras de sí el Sena, el Ródano y el Loira, ó entre las cenizas de leña, los escombros y el estiércol? Encuéntrenos Vm. eso y á pesar de su honradez le nombraremos ministro de hacienda.

**Bethmont**. Este es un diminutivo de Martignac. Tiene casi la misma gracia que él, pero le falta aquella elegancia de negocios y de sociedad que nacen de cierto trato frecuente y que se pule todavía mas con el cultivo de las letras. Tiene gracejo y finura en una Cámara en que la finura y el gracejo son cualidades casi desconocidas. Pero no tiene aquella voz encantadora de Martignac que dejaba caer una á una en nuestros oídos, y como jugando, las perlas de su discurso. Presenta diestramente el asunto de que trata, pero, ¡qué distancia tan grande hay todavía de sus exordios manoseados y corregidos á las exposiciones tan claras, lúcidas y oportunas de Martignac! Bethmont debe estudiar dia y noche ese gran maestro; y que no crea tampoco que el gobierno de los Estados se lleva con axiomas de curia ni que las palabras dispensan de tener ideas. El correr á pie con la gente vulgar por el camino real de los hechos consumados saludando al paso á todas las teorías que caminan y á todas las banderas que se asoman á las ventanas; y el hacerse unos nuevos principios para cada causa, arrojándolos despues á un lado como si fueran un documento del expediente, es representar el papel de abogado y no el de hombre político.

¡Oh nobles y virtuosos electores! Cuando nombráis los diputados por la gracia de las contribuciones, ya sabeis adonde irá á sentarse un radical, un legitimista ó un conservador; pero sabeis adonde se sentará un abogado? ¿Quien es capaz de definir el banco de un abogado? Se inflan como odres, llegan como la tempestad y no producen mas que sonido.

Bethmont que es tal vez la mas brillante esperanza del foro, se manifiesta en él lleno de resplandor, elasticidad, sensibilidad y armonia. Pero la tribuna es un terreno muy diferente y en el que han resbalado los Target, los Bonnet, los Delamalle, los Tripier, los Bellart y los Hennequin.

En la Cámara hay pocos juristas, publicistas, moralistas, economistas, rentistas y negociantes, pero hay demasiados abogados que quieren hacer carrera y están en camino, y por eso nuestras leyes han contraído redundancias de artículos y desvanecimientos de distinciones sutilizadas. Si se continúan buscando por todas partes todos los habladores que la Francia posee, y si todos ellos hablan, pronto sucederá con la legislación lo mismo que ha sucedido ya con la libertad.

**De Rémusat** tiene un corazón honrado en tiempo de un régimen corrompido; su talento es perfilado, elegante y fino; le gustan demasiado las ficciones constitucionales, tal vez á causa de su afición á las ficciones metafísicas; lo mismo le admiran é inquietan las exigencias de la libertad que las exigencias del poder; no tiene suficientes ilusiones ni voluntad para ser ambicioso; se deja arrastrar demasiado, para ser un hombre de Estado, por la amable pereza de las letras; se coloca demasiado al lado de su partido en vez de ponerse en la corriente y dirigirlo con mano firme. Para ser buen ministro no le ha faltado más que serlo por más tiempo; para ser orador no le falta más que querer serlo.

**Janvier.** Mucho habría que decir de este si él pudiera decir algo, pero le han tapado la boca. Es un orador tapiado.

¡Lástima es que hayan condenado al silencio y á la obediencia pasiva en las votaciones á un abogado tan brillante por sus formas y lenguaje, tan generoso de carácter, tan naturalmente libre en la filosofía de sus movimientos y que no deseaba otra cosa que volar con alas firmes hácia las alturas de la libertad!

¡Bastante ha adelantado con ser consejero de Estado! ¿no le hubiera sido más ventajoso el dejar una gran fama de orador al fin de su carrera?

**Chasseloup.** También consejero de Estado. Es menos orador pero más hombre de negocios. Tiene un entendimiento claro, ciencia administrativa, lógica estrecha, y está seguro de su palabra. A veces tiene algunos arrebatos de independencia; rema sin gracia en los bancos de la galera ministerial

Tascando tembloroso el freno del esclavo.

como un antiguo Romano.

¿Es acaso tan difícil de romper ese freno?

Pues yo también he sido diputado y relator del Consejo de estado y á pesar de ello voté entonces contra el presupuesto con Casimiro Pèrier, Benjamin Constant, Laffitte y Dupont de l'Éure, y pedí el restablecimiento del jurado para los delitos de imprenta, la supresión de los beneficios simples y de la acumulación de empleos, la organización del Consejo de estado, y la abolición de las dotaciones y de la dignidad de par hereditaria.

¡La abolición de la dignidad hereditaria de par, pedida por un relator del Consejo de estado! ¡y haber sido el primero que la pidió en Francia y en la tribuna! ¡y pedirla en tiempo de Carlos X! Verdaderamente todavía estoy admirado de mi audacia.

O más bien me causa lástima la triste condición á que desde la revolución de Julio ha llegado de decadencia en decadencia el libre albedrío de nuestros diputados funcionarios. El ministerio no podría alquilar ni siquiera cuatro para mi justicia imparcial. Los busco por todas partes en los bancos del centro y no los encuentro. Aquellos brillantes aguiluchos que volaban por los aires tienen ahora las alas cortadas y los papagayos habladores que talareaban la *Marsellesa* han perdido la voz; ya no hacen más que ostentar el oro y azul de sus plumas arrastrando de escalón en escalón la cadena de latón con que los han atado por la pata.

Hemos vuelto poco más ó menos á lo mismo que eran los mudos legisladores del Imperio, bordados de oro por todas las costuras. Los oradores del gobierno, como sucede ahora con los ministros, eran los únicos que llevaban la palabra, y los diputados, como sucede hoy con la mayoría ministerial, votaban en silencio todo lo que se les proponía. La única diferencia que hay en ventaja del Imperio, es que entonces la opresión de los actos no iba acompañada con la hiporesia de las palabras, y que los legisladores de entonces no tenían la insolencia de llamarse *representantes del pueblo*.

**Dufaure.** Cuantas veces al oír llamar á la puerta de mi taller he creído que era este orador que venía á hacerse retratar de cuerpo entero: soy con Vm. señor Dufaure, ¡Pero no era él! Sea por indolencia ó por desinterés de ambición, ó por cualquiera otra causa, el señor Dufaure no ha dado un paso de carácter ni de elocuencia hace diez años. Por lo demás aunque no sabe tomar un partido el señor Dufaure no es demasiado abogado. Sin duda

alguna no posee la prevision de los acontecimientos, ni la grandeza de las teorías, ni el don atrevido de la iniciativa; ni tiene esos transportes de elocuencia que someten las voluntades y las almas; ni la oportunidad de los axiomas, los dardos lanzados, pensamientos enérgicos, é imágenes iluminadas que se apoderan de la multitud con una especie de imperio imprevisto y soberano; tampoco tiene esa ciencia profunda que elabora, profundiza y revuelve un asunto, y se impone á pesar suyo, á los hombres mas desatentos é ignorantes; ni esos vivos resplandores de talento, esas réplicas repentinas que iluminan de repente el fondo de una situación por medio de la antítesis de una palabra, de la definicion de una ley ó el recuerdo pintoresco de un hecho, de un recuerdo ó de un hombre; es decir que no tiene casi nada de lo que brilla, conmueve, apasiona y gobierna; en una palabra no está muy animado del deseo de figurar y de mandar que hace los grandes oradores y los grandes capitanes, y no es de él de quien puede decirse:

*Tu regere imperio populos...*

El señor Dufaure, en las proporciones que le convienen, es el orador hombre de bien de que habla Ciceron: hábil en el arte de hablar bien.

Antes de que se retirase á las tiendas de campaña del tercer partido había sido ayudante de campo de Odilon Barrot. En los dias de batalla iba á llevar las órdenes de su general y caracoleaba sobre los flancos de la oposicion dinástica; sostenía las tropas cansadas y protegía su retirada. Era un coronel de caballería pesada.

No sé si el señor Dufaure sabe mucho, pero lo que sabe ¡lo dice tan bien! No ordena el drama y las peripecias de un debate, pero lo resume admirablemente. No toca mas que un punto pero lo agota.

Su arma es la argumentacion, y sobresale en manejarla. Domina las tesis de derecho, las coje por todas partes, la divide, separa y despliega en cierto modo y las limpia á fondo.

Cuando pide la palabra al fin de la sesion es señal de que la discusion se extravía y es tiempo de concluir. La toma, la vuelve á poner en camino, traza al rededor de sus desbordes las poderosas circunvalaciones de su razonamiento, devana y arrolla sus pruebas al modo que una buena muger de su casa hace dar vueltas al

huso entre sus dedos ágiles, y así coloca sus hilos en todas direcciones, los reune, los cruza unos con otros y forma con ellos una malla tan elástica, espesa y fuerte, que su adversario, envuelto entre ella, se ve obligado muy luego á poner una rodilla en tierra delante de toda la Asamblea y á darse por vencido.

**De Beaumont. — Toqueville.** Estoy seguro de que desagradaría al señor de Beaumont y al señor de Toqueville así como al señor de Toqueville y al señor de Beaumont si les separase, del mismo modo que las alabanzas que se dan á un hombre no son completas si no se alaba al mismo tiempo á su hermano que combate á su lado, hiere con la misma espada y se cubre con el mismo broque.

Yo amo la libertad á la manera de los centralizadores y ellos la aman como los federalistas. Administrativamente yo pertenecería mas bien por mis recuerdos y costumbres á la escuela de la República y del Imperio, y ellos á la de Lafayette y de los Estados-Unidos. Yo tendría mas razon que ellos si la Francia electoral, universalizada en sus votaciones necesitase el poderoso contrapeso del poder para equilibrar la libertad; y ellos tienen mas razon que yo bajo nuestro régimen de monopolio en el cual son necesarias las resistencias localizadas para contrabalancear las exageraciones de la autoridad central.

Son hombres de tan buenas costumbres, de tanta simplicidad y virtud, y exhalan entorno suyo tanto olor de honradez, que con gusto les entregaría uno el peculio del tesoro público, y aun él suyo propio, sin recibo.

El uno tiene mas fuego y se inspira mas pronto.

El otro se contiene y medita mas.

El uno se levanta y se incomoda desde su asiento sin tomarse tiempo siquiera para subir á la tribuna. Es preciso que en el mismo momento se escape la verdad de su corazón y que estalle en sus labios; pero si se equivoca no titubea ni se avergüenza para reconocerlo y lo confiesa en alta voz con un candor que encanta.

El otro, menos accesible á las impresiones del momento, menos hombre de negocios, menos práctico, vé su asunto con mas alcance social y mas elevacion filosófica.

El uno tiene mas fuerza en la argumentacion y el otro mas extension y elasticidad; el uno sería mas á propósito para la accion

y el otro para el consejo; el uno se determina así que cree y el otro duda todavía aun creyendo.

Este es uno de esos hombres pequeños, delicados, nerviosos, finos y penetrantes que no le permiten á uno el placer de la conversacion; se lanzan tras de vuestro pensamiento así que disparais el flechazo, y le hacen andar mas camino que el que uno mismo quisiera.

¿Deberé desearles á los dos que lleguen algun dia al poder? Yo sé muy bien lo que nosotros ganariamos, pero tambien podria decirles lo que ellos perderian.

**Billault** es el mas notable de todos los oradores principiantes, y si fuese mas conciso seria como un nuevo Focion, el hacha de los discursos del señor Guizot, ese nuevo Demóstenes. A veces se agarra á su refutacion como la mano del abordaje á los costados del navio; le atenacea, le retuerce y lo hace pedazos; pero las mas veces no hace mas que rodear con una multitud de brulotes al navio de tres puentes de su rival que domina majestuosamente el mar y le aniquila de un solo cañonazo.

Todo abogado que quiere cojer las palmas de la elocuencia politica, debe dejar de ir al tribunal á correr tras la pared medianera y la cuestion de estado. Por otra parte el señor Billault tiene tantos principios como cualquier abogado puede tener, y en todo caso muchos mas de los que se necesitan para un ministro de estos tiempos. Es el lugarteniente del señor Thiers, y le gusta divertirse como su general en las peregrinaciones de mar y tierra firme.

Me agrada el ver á nuestros abogados aferrados en las ejecuciones de alguacil y en el artículo del gran criminal, disertar durante tres horas con motivo de lo que va á ser confiado con mucha reserva en el palacio de San Petersburgo por su magestad el emperador de todas las Rusias al excelentísimo señor ministro de negocios extrangeros. Ese profundo conocimiento que tienen todos nuestros abogados de lo que se dice y se hace en el gabinete de los reyes me ha causado siempre una sorpresa respetuosa. Preciso es que las cancellerías áulicas y los despachos de los abogados se esten tocando con la mano; pero siempre estoy temiendo que nuestros abogados diplomáticos se equivoquen, y en el momento de leer ante los señores jueces sen-

tados con sus togas en dicho tribunal algun texto de Bartolo sobre alguna servidumbre vecinal de vista ó de paso, se pongan á leer los artículos secretos y reservados de un tratado de alianza entre el emperador de Rusia, el emperador de Austria y el rey de Prusia, y en el cual pudiera muy bien haber tomado parte la Inglaterra. ¿Lo ven Vms.? Se me dirá que en efecto es bastante sorprendente que un abogado galicano pero no griego, tenga tanto favor en la corte de Rusia y en la corte de Roma, que sepa lo que pasa aun antes que los mismos que allí estan. Acaso se añadirá que es un chasco propio de su oficio y que, como se dice vulgarmente, quiere meter mentira para sacar verdad. Yo no sé lo que quiere saber, pero sé muy bien que no hay nada mas á propósito para alterar cualquier cordial inteligencia que esas revelaciones indiscretas de tratados, que cuando los señores abogados van á la audiencia, deberian prevenir á sus pasantillos tengan cuidado de no mezclar los grandes tratados de alianza Ruso-Prusiano con los demás expedientes del procurador. ¿Qué necesidad tienen ellos de enredarnos con toda Europa!

Esto no obsta para que el señor Billault pueda llegar á ser algun dia un ministro muy productivo de cualquier ramo de la renta pública. Sus antecedentes no le perjudican ni con la derecha ni con la izquierda, tiene entrada en palacio aunque no es copero ni panetero, goza del favor de la Oposicion sin que para eso necesite acercar sus dedos á las ascuas del radicalismo. Nada se le escapa, adelanta, se retira, se echa á un lado del camino y vuelve á la carga con igual presteza. Esas especies de elocuencia, calentadas á una temperatura moderada, son las que mejor se conservan en nuestras estufas del monopolio.

Por lo demás el señor Billault tiene una elocucion fácil, su carácter es honrado, se halla provisto de jurisprudencia y será muy útil en el futuro gabinete y un excelente ministro de banco de Cámara.

**Malleville.** Este no es abogado, mas no por eso tiene menos talento. Vaya Vm., le decia yo hace diez años, suba Vm. á la tribuna y hable, yo sé lo que digo; Vm. es orador! Mucho ha tardado, demasiado tal vez, pero por fin ya subió y se halla muy agradablemente instalado en ella. Su palabra es segura, su acento decisivo é impertinente, no digo el tono sino el acento; creo sin embargo que he dicho impertinente; vuelvo á empezar, digo un

poco impertinente y mi frase queda completa de este modo: tiene el acento un poco impertinente de las gentes del mediodía, el acento del señor Liadières, y ¿de quien mas? del señor Thiers por ejemplo, y de otros muchos; pero confieso que para mí, para mí solo si Vms. quieren, ese acento no tiene nada de desagradable. El señor de Malleville une á eso la accion, — ¡ola! ¿con que tambien acciona? — Si señor, y eso forma un conjunto en el que hay caballeridad, talento y gracia. Como ha estado metido en los negocios es terrible, porque sabe como se levanta el pestillo de los fondos secretos y como se abren las puertas de ciertos sitios en que nadie ve ni una gota. A cada movimiento que hace, el ministro del interior y de policia tiembla de miedo y le parece que el señor de Malleville se baja para cojer su vela. Felizmente es un hombre muy discreto, ¡como que es él del mediodía!

Como los ministros se han reservado la exclusiva direccion de los debates y ningun funcionario de la mayoría puede sonarse, escupir, estornudar, zumbar, fumar, hablar, ni votar sino á gusto de ellos, resulta que la tribuna no es mas que una dependencia, una añadidura de la mesa ministerial, una sucursal de su iglesia, un anejo, una capilla lateral, una silla del coro, y que cada ministro, cuando se trata de su departamento, se ha hecho el personaje mas importante de la Cámara. Honremos pues á cada uno segun lo merece y principiemos por los Señores:

**Duchâtel.** A pesar de que sus caritativos y ejecutivos mensajes á la prefectura de mi prefecto (¡Dios le dé otra mejor!) han acabado por echarme de la Cámara por indignidad, cuya indignidad he merecido demasiado por haber defendido las dos mejores cosas del cielo y de la tierra que son la Religion y la Libertad, haré al señor Duchatel mas justicia que muchas gentes á quienes no ha herido nunca; porque no tengo rencor y juzgo á los oradores segun sus defectos y méritos y no segun el bien ó el mal que han hecho.

En política general (tanto interior como exterior) el señor Duchatel gira en la órbita del señor Guizot.

En cuanto á los negocios electorales se ha alabado demasiado su habilidad de manos. Ese es un cumplimento bien triste á la verdad y que cuando por desgracia se merece, debe ser recibido con rubor. Para todos los hombres honrados es una máxima muy fea la de la escuela doctrinaria cuando dicen que la corrupcion

puede tantearse en materia de elecciones con tal que se consiga el objeto, y que el fin justifica los medios. He ahí el único fruto, el fruto amargo que habrá producido para nuestros hombres de estado su cordial inteligencia con la Inglaterra.

Esa isleña tan diestra como hostil que va introduciendo y vendiendo por todas partes los productos, mercancías y cultivos de su reducido territorio habrá conseguido colonizar entre nosotros la corrupcion de su parlamento.

Para la direccion de su vasto ministerio el señor Duchâtel es trabajador, expeditivo y vigilante. En sus relaciones extra-parlamentarias tiene rasgos benévolos y es liberal en los socorros que distribuye sin inquisicion ni preocupaciones.

Como economista y *financiero* tiene conocimientos exactos si no son profundos, y mas aplicacion que novedad.

Como orador le haré las mismas reconvenciones que voy á hacer á otro ministro. Habla demasiado de priesa, tan de priesa que á veces se enreda y tartamudea. Pero como se vé obligado con frecuencia á detenerse ante la cólera é interrupciones de la izquierda, esos descansos le sostienen y cortan su discurso, felizmente para él. Esa ventaja de detenerse que debia nacer solo de él, la debe á la Oposicion. Tambien debe la mayor parte de sus éxitos á los ataques mal combinados de sus adversarios, quienes van á atacarle en sus trincheras sin órden, sin preparacion, sin gefes ni disciplina, aislados y á la ventura. Él les espera teniendo en la mano el texto de las instrucciones oficiales, las defensas de los agentes acriminados, las respuestas á las objeciones previstas, tambien tiene prontas excusas y documentos retorcidos. Defiende con marcada aceptacion la causa de los funcionarios ante una mayoría de funcionarios. Invoca las necesidades del órden público y las consideraciones de interés general, motivos que son siempre muy poderosos para con unos hombres indiferentes ó poco atentos. Cuenta igualmente y no sin razon con el aturdimiento de los agresores, el arrebató de sus pasiones, la vulgaridad, error, puerilidad ó mofa de los detalles en que caen y se ahogan. La Oposicion comete casi siempre la falta de querer combatir como tiradores y como bandoleros en un terreno resbaladizo, el terreno de los detalles, desertando el terreno firme que es el de los principios. El señor Duchâtel la estrecha y empuja con mano viva y segura. Lee, comenta, responde, ataca á su turno, niega, afirma, no se deja abatir, ni interrumpir, ni que le obliguen á re-

troceder. Dirije llamamiento sobre llamamiento á los centros, y les interesa, les mezcla en el debate hasta hacerles creer que han sido actores en él. Y en definitivo ¿quien tiene razon y quien no la tiene con respecto al hecho particular de que se trata? Cuando menos hay duda, y en la duda la Cámara se abstiene.

**Dumon** es capaz de defender toda especie de causas, y hasta la suya propia, porque es abogado. Que le dejen estudiar por media hora algun expediente militar, y los nuevos diputados que no han visto jamás al mariscal Soult, cuando vean al señor Dumon en la tribuna dirán: ¡Ese sí que es un gran hombre de guerra!

Pero en cuanto á asegurar que tenga un plan complejo, un sistema enlazado, y algunos principios para nuestros caminos, puentes, calzadas, puertos y canales, eso es diferente. El organizar el puente y la calzada no es el asunto principal de un ministro de trabajos públicos, sino el organizar los grandes y pequeños caminos electorales.

Como buen ministro el señor Dumon ha tenido que prometer los imposibles, hasta ríos; ríos sin agua, si se quiere, pero al fin siempre son ríos; por lo menos ningun elector podrá quejarse de que le hayan negado un río, pero un buen río. Tampoco tienen la crueldad de negar las líneas de caminos de hierro á algunas líneas de diputados. Mientras mas diputados hay anelados sobre la línea, mas seguros estan de obtenerla. Por lo demás con el objeto y á la intencion de dicha línea se coligan patrióticamente; se la hacen pasar y se la votan por supuesto en el interés del estado, y gracias al ministro, tambien en el interés del estado. Añádase á eso que el candidato electoral va mas apriesa en wagon y luego que le nombran diputado ministerial vuelve del mismo modo.

La palabra del señor Dumon va todavía mas de priesa ó por mejor decir va siempre al mismo paso. No hay resalto ni detencion en el ferro-carril por donde corre.

Me gusta el agua fluida de su improvisacion, pero no seria bueno dejarla correr siempre, y el señor Dumon debería algunas veces cerrar su llave.

Nada hay que fatigue tanto una Asamblea como esos oradores fáciles. El discurso parlamentario requiere una diction grave y lenta, algunas pausas, algunos descansos, algunas entonaciones variadas. El señor Dumon en la tribuna carece de filosofia, de

ciencia, de vehemencia, de vigor, de dialéctica y de agudezas; y apenas llega á igualar al señor Cunin-Gridaine.

Pero dirijan Vms. su anteojo hácia alguna comision ó Consejo de estado y le verán en la primera fila. Allí brilla como hombre de negocios con las gracias serias de una templada elocucion. Allí expondrá los hechos con toda la claridad de una memoria feliz. Si la discusion se extravía la volverá á poner en su punto; no dejará sin respuesta objecion alguna; entresacará del derecho lo que se eleva á las regiones de la teoria y solo tomará juiciosamente lo que es aplicable á la causa; resumirá las cuestiones en su orden mas perspicaz, y á veces les facilitará nuevas soluciones. Su talento es frio, metódico, elástico, extenso, abundante en el analisis, es un talento de comisario.

**Lacave-Laplagne.** Jurisconsulto y calculador: tiene conocimientos exactos en derecho, hacienda, y economia politica. Buen relator, cabeza bastante grande y un poco pesada.

El presupuesto con el abono que ha recibido durante su ministerio ha tomado un abdomen rollizo y voluminoso. Está tan grueso que el señor Laplagne le mira con ojos de gloria y de triunfo. ¡Qué salud tan robusta!

Pero si el señor Laplagne hubiese dejado la mitad del impuesto en los bolsillos de los contribuyentes, no estaria mas rico el pais y no marcharia tan bien como marcha el servicio del estado? La ciencia rentistica consiste menos en saber recojer que en saber distribuir, menos en consumir que en producir. Vamos llegando insensiblemente por un lado á la aristocracia de la fábrica y de los bancos, y por otro á la contribucion para los pobres. El dinero tiene sin duda mucho peso; pero cuando millones de miserables fieren del otro platillo de la balanza ¿no la harán inclinar hácia ellos? y entonces qué será del gobierno y tal vez de la sociedad?

Para resolver estas cuestiones seria necesario tener genio, se necesitaria menos y mas que eso, seria indispensable tener corazon.

Menos eso nos complacemos en confesar que los pedidos y envíos de las monedas de cinco francos se hacen en todos los puntos del territorio con la prontitud y regularidad del telégrafo eléctrico, y que el señor Laplagne es un administrador íntegro, puntual, vigilante, acompasado, juicioso, arreglado y empergaminado por las cuatro esquinas como un libro de partida doble.

**Martin (du Nord)** se parece algo á los hijos del mediodía que llegan en el coche de Tolosa, colgados todavía al pecho de sus nodrizas. Por mas que se les lave en las aguas de la pronunciacion parisiense y que se les pase una pluma por la garganta para escamondar su acento, siempre sale y le pica á uno en el oído. El que nace Gascon muere siéndolo. Lo mismo sucede al señor Martin, nació abogado y morirá siendo abogado; él preferiría morir de guarda sellos (1).

No he visto á nadie menos seriamente convencido que él, y porque no está convencido es por lo que es tan hábil. Tiene una especie de ardor ficticio, de animacion anhelante y precipitada bajo la cual trama los hilos de su afilada argumentacion. No debía ser mal abogado en Douai cuando delante de aquellos señores defendia las causas de siete horas. Por lo demás es un hombre apacible, cortés, benévolo, sin gran ciencia de jurisconsulto y sin principios como todos los abogados, pero no sin destreza, y no ha guiado peor que los demás durante su largo ministerio el gobierno de la *jueceria*.

Sus elecciones de obispos que, es preciso convenir en ello, es cosa bastante difícil, no han sido demasiado apasionados.

No es decir por esto que el departamento de los cultos deje de ponerle en ascuas cada vez que empieza una nueva sesion, porque necesita ir á defender en la Cámara de diputados y con traje de paisano las congregaciones religiosas, y casi los jesuitas contra el señor Isambert; y á combatir en la Cámara de pares con la toga de ceremonia y por la Universidad contra el señor de Montalembert.

Montalembert en el Palacio Borbon, é isamberiano en el Luxemburgo (2), allí devoto, aquí filósofo. Todos los años representa el mismo papel doble, y les aseguro á Vms. que no lo hace muy mal.

**Cunin-Gridaine.** Ni les presento á Vms el señor Cunin-Gridaine (3) como un rayo de elocuencia ni apostaría una sola vara de paño Sedan á que sepa que Ciceron abogó *pro Milone*,

(1) Dignidad anexa á la de ministro de justicia y de cultos en Francia.

(N. del T.)

(2) Nombre del palacio de la Cámara de los Pares, hoy del Senado.

(N. del T.)

(3) Antiguo fabricante de paños.

ni que Demóstenes triunfó de Eschino, ni que las Gracias eran tres hermanas, y que Euterpe tocaba la flauta; prefiero que nos diga cuanta azucar y melaza produce la remolacha raspada y cocida, lo que nuestras fábricas han enviado á todos los mercados del mundo en competencia con la Inglaterra, tanto de lino y algodón como de lana y seda; y cuantos hectolitros de trigo ha hecho venir á los depósitos del Mediterráneo y del Océano para alimentar á los pobres jornaleros de nuestras ciudades y aldeas; ¿qué les parece á Vms. ? yo creo que esta ciencia, en la época de escasez de viveres que estamos pasando, vale tanto como la del griego, y lo que, aun en tiempos de abundancia, vale tanto como saber el griego, es tener, como el señor Cunin-Gridaine, un entendimiento exacto, una vista experimentada, buen sentido, experiencia de los negocios, y no dejarse arrastrar por locas teorías. Por otra parte figúrense Vms. que en cuanto al comercio y á la agricultura el gobierno no tiene nada que hacer ni guiar es una especie de peon caminero á cuyo cuidado se halla la limpieza y conservacion del camino real, y debe tenerlo bien despejado y libre para que todos los carruajes del público puedan recorrerlo en todos sentidos de día y de noche sin confusion ni obstáculos. El señor Cunin-Gridaine es un peon caminero bastante bueno de la agricultura y del comercio.

**De Salvandy.** Poco me importa, á decir verdad, que el señor Thiers haya llamado al señor de Salvandy un ministro magnífico ó un magnífico ministro, no sé cual de los dos; ¿pues que, Dupont de l'Eure con su aire de hombre bueno y ladino no parece un arrendador de Normandia? y porque Salvandy, cuyo origen, segun creo, es Español no tendría el mismo aire altivo que un hidalgo? ¿No es acaso necesario que en la corte como en la ciudad cada uno tenga su aire y su peluca?

Sea como escritor sea como orador el talento de Salvandy no produce siempre un sonido metálico y puro. En el acero de su elocuencia así como en su voz hay siempre algunos pelitos. Esos sonidos agrios, gritadores, quebradizos, cascados, y guturales de los Villeles, de los Salvandys, de los Thiers, no aturden los oídos, y nosotros Atenienses de París necesitamos tiempo para acostumbrarnos á ellos.

No es mi ánimo ciertamente comparar el señor de Villèle con su inteligencia viva y su lógica concisa, ni el señor Thiers con su

talento natural y divertido, al señor de Salvandy que no es ni conciso ni divertido. Pero no carece de elevacion en los pensamientos, ni de amplitud en el método, ni de vigor pintoresco en la expresion.

Es verdad que está un poco envaneido del poder, un poco atfado de aristocracia, un poco desarreglado de imaginacion, y un poco enamorado de lo que él cree ser gloria y que pudiera muy bien no ser á veces mas que ruido.

Cae tambien con infinita demasia en la palma y en la calificacion, y al ver sus genuflexiones, sus epitogas de seda y sus grados, nuestros catedráticos pudieran creerse transportados al imperio chino de los mandarines; acaso no es siempre tampoco muy fácil, convengo en ello, el guiar y satisfacer tantas intelectualidades pedantes y vanidosas que tan contentas se hallan de sí mismas, y de las cuales la mas infima considera su clase como un reino y su férula como un cetro.

Cuando el señor de Salvandy se apodera de la tribuna se agarra mucho á ella y no es hombre para dejar tan pronto el sitio. Sabe todas las razones que tiene que decir, pero las dice con demasiada extension. Sus frases se consumen, se ponen estoposas y se enredan. Es verdad que todos, los de la Oposicion, los de los centros, los conservadores, los reformistas, los oradores de guarismos, los oradores de betunes, los ministros, y sobre todo los abogados hablan tres veces mas de lo necesario. ¿Y qué es lo que resulta de todo eso? Viento, viento, y viento.

El señor de Salvandy tiene una cualidad que en el día no es de las mas comunes, se atreve en un país de medrosos; meneas las piernas, anda, cae, se levanta, vuelve á caer, pero al fin anda; ahora bien el movimiento es ya un progreso.

¿Verá lo que hay que ver en la cuestion de la enseñanza y hará lo que hay que hacer? ¿Tendrá el entendimiento tan exacto como pronto lo tiene?

¿Qué deberé añadir? Es caballerosamente cortés, imparcial en sus juicios personales; se apasiona de las bellas acciones y de las grandes cosas; tiene el calor, energía, arranque y decision de las naturalezas generosas. Hace el bien como ellas mas bien por instinto que por reflexion, y si se equivoca es de buena fé.

Desde el banco de los ministros llegó por fin al banco de los oradores útiles. Estos no se dejan pegar las alas con la liga de las teorías, ni van á dar á vuelo perdido como águilas en los rayos

del sol, ó por mejor decir en lo que está mas bajo, en las nubes. Van rasando modestamente la tierra y llegan á su objeto.

Entre los diputados *utilitarios* brilla en primera linea el señor *Arago*, cuando se trata de reducir la ciencia á ley; el señor *Gouin*, con respecto á la cuestion de bancos y rentas; el señor *Garnier-Pagès*, sobre todas las tesis rentísticas; el señor *de Mesmay*, sobre la sal; el señor *de Saint-Priest*, sobre correos; el señor *Real*, sobre las pensiones; el señor *Vitet*, sobre las patentes; los señores *Cordier*, *Bineau* y *Legrand*, sobre los puentes y calzadas; el señor *Duvergier de Hauranne*, sobre la política en general; el señor *Drouin de Lhuis*, sobre los negocios extrangeros; el señor *Fernando Barrot*, sobre la colonizacion de la Argelia; el señor *Desjobert*, sobre los abusos del regimen militar; el señor *Lanjournais*, sobre las cuentas de la marina; el señor *Saint-Marc Girardin*, sobre la Universidad; los señores *Luneau* y *Deslongrais*, sobre el presupuesto; los señores *Isambert* y *Jollivet*, sobre la esclavitud; el señor *de Tracy*, sobre la agricultura y la enseñanza; el señor *Allard*, sobre las fortificaciones é ingenieros; el señor *Subervie*, sobre las remontas; el señor *de Lasteyrie*, sobre la reforma electoral; el señor *Delessert*, sobre las salas de asilo y cajas de ahorros; el señor *Larabit*, sobre los caminos de hierro; el señor *Roger*, sobre la libertad individual; el señor *Lherbette*, sobre la lista civil ó presupuesto de la casa real; el señor *Gauthier de Rumilly*, sobre las aduanas; el señor *Darblay*, sobre el comercio, y los señores *Vivien* y *Chasseloup*, sobre todas las cuestiones administrativas.

Ya he concluido, y mi cansada mano acaba de dar la última pincelada á mi último boceto. Ahora, señores, ya pueden Vms. levantar la cabeza, mirarse y admirarse en sus retratos respectivos. ¡Pues bien! ¡apuesto á que no están Vms. satisfechos de mí, y que cada uno de Vms. encontrará que he adornado á su vecino con ropajes demasiado magníficos, mientras que á él le he pintado desnudo y casi descarnado, bajo de cara, y corto de busto; que no tiene bastante fresco el colorido, ni las pestañas bastante negras ni las mejillas bastante cargadas de vermellon; que para retratar mejor á un legislador habria debido pintarle con un porte noble y una hermosa toga de senador romano, atada y sujeta sobre la espalda con una roseta de oro. Bien sé yo, señores míos, que eso hubiera gustado mas á mis señoras las esposas de Vms. y maravillado mas tambien cuando les vean á Vms. volver á casa á los

electores de vuestros lugares que con tanta razon se envanecen de haberles á Vms. nombrado; pero yo escrulpulizo eso de falsificar y enmascarar la naturaleza, y les he retratado á Vms. tales como los he visto y, segun creo, tales como son, ni mas feos ni mas bonitos, y cuando he notado que tenian Vms. una lupia en la frente ó un garbanzo en la nariz, he pintado el garbanzo ó la lupia.

Al principio pensé regalar á Vms. sus bosquejos dándoles gracias por su bondad en haberse prestado á que les retratase. Pero lo he pensado mejor y Vms. me permitirán que los guarde hasta la apertura de la próxima sesion, para que el público, que es mi amo y el de Vms., pueda entrar en la galeria y juzgar de la semejanza.

## VARIANTES.

### RETRATO DEL SEÑOR DE LAMARTINE (1).

#### PRIMERA VARIANTE (2).

Cuando una Cámara no se halla trabajada mas que por dos principios como el de la nacionalidad y el del privilegio, las diferencias de opinion se borran, las personalidades desaparecen y solo quedan dos banderas, dos campos, dos cuerpos de batalla uno en frente de otro. Así sucedió en tiempo de la Restauracion.

Benjamin Constant, Casimiro Périer, Estanislao Girardin, Chauvelin, Bignon, Dupont de l'Eure, Foy, Manuel y Laffitte, marchaban á la cabeza de la nacionalidad, contra el privilegio defendido por Corbière, Villèle, Labourdonnaye, Sallaberry y Marcellus.

La Cámara que no es sino un espejo grande, reflejaba entonces, como reflejará siempre, la opinion exterior. Los oradores de la derecha representaban la nobleza, el clero, la magistratura, la guardia real, los funcionarios y la corte. Los oradores de la izquierda representaban la juventud, los soldados, la clase media, el foro, los artistas y el pueblo.

Pero cuando el privilegio no se atreve ya á marchar con la cabeza erguida temiendo pasar por retrógrado, y cuando la nacionalidad no se atreve tampoco á desplegarse por temor de ser considerada como revolucionaria, los partidos se desbandan y se concluyen los lazos comunes, las doctrinas hijas, el estado-mayor, y ya no hay tienda de campaña en donde los gefes puedan reunirse para trazar con uniformidad su plan de campaña. Hay casi tantos generales como soldados, y cada uno se arma, se equipa y se disfraza á su gusto. El uno lleva un shakó, el otro una cimera blanca; este un gorro encarnado, aquel va sin escarapela. Cada uno hace la guerra para sí, se situa en el llano ó en la montaña, tirotea á derecha é izquierda y pierde inútilmente la pólvora y las balas.

Ese desórden parlamentario reproduce exactamente la confusion de la sociedad actual. La juventud sueña con las formas republicanas. Los hombres maduros echan de menos el órden glorioso del Imperio. El clero y la nobleza, en parte, invocan á Enrique V. Los artesanos y labradores

(1) Retrato del año 1837.

(2) Véase la página 446.

quieren trabajo. El cuerpo electoral quiere el monopolio. La clase media quiere tranquilidad, poco le importa de que manera ni bajo que régimen. El partido militar quiere el despotismo. El partido doctrinario quiere mando y dinero. El partido nacional quiere libertad é igualdad, y el partido social no sabe lo que quiere.

¿Qué es partido social? Es una mezcla de san-simonismo, de romanticismo, y de liberalismo bastardo que aturde con sus palabras y carece enteramente de ideas.

Cada partido busca en las Cámaras un representante de su opinion, porque las mas bellas teorías, cuando permanecen fuera de las Cámaras, no pasan de ser teorías. Pero cuando estas triunfan en las Cámaras, toman nombre y autoridad de leyes y se convierten en aplicaciones. Ahora bien, todas las opiniones por el inevitable curso de las cosas humanas llegan á recibir su aplicacion. No hay utopia que no pretenda verse realizada. No hay desinterés que no desee llegar al poder.

El partido social no se ha quedado atrás de los demás, y habia creído hallar en el señor de Lamartine, el representante de sus ideas (1).

Hay en el señor de Lamartine dos personajes: el poeta y el político; pero como el político no es en él las mas veces sino el reflejo del poeta, es necesario definir primero el poeta.

He aquí como definen y juzgan al señor de Lamartine los críticos mas acreditados de mi tiempo.

Me limitaré á resumir su opinion.

« La Francia, dicen, ha tenido revoluciones en la literatura lo mismo que en política.

« En tiempo de Montaigne y de Amyot nuestra lengua no era mas que latin y griego escritos en francés. Se diria que sus labios se hallan todavía colgados á los pechos de la antigüedad llenos de una leche pura y abundante.

« El estilo del siglo de Luis XIV llegó á la perfeccion del hombre formado. Tiene madurez, nervio, colorido, magestad y gracia. Sin embargo no tiene mas fuerza que la necesaria para no estar tirante, ni mas originalidad que la necesaria para no ser extravagante; ni mas naturalidad que la necesaria para no ser vulgar; ni mas pompa que la necesaria para no ser enfática. Parece que todavía se vé la sangre de los Griegos correr por sus venas y que las llena y las azula bajo el cutis.

« Mas tarde la invasion de las voces filosóficas é industriales así como las derivadas de los idiomas slavos y bretones, echaron á perder la lengua enriqueciéndola, así como un rio crecido con la mezcla de muchos arroyos, pierde lo cristalino y claro de su origen.

« Voltaire fué casi el único que conservó el fuego sagrado de la antigüedad, y por la universalidad de sus conocimientos, por la exquisita pu-

(1) Esto se escribió en 1834.

reza del gusto y la exactitud de su talento es muy superior á todos nuestros letrados actuales, quienes seguramente no convendrán en ello.

« En una sola página de Voltaire hay mas verdadera filosofía que en todas las páginas reunidas de los señores Cousin, Jouffroy y compañía, quienes aspiran demasiado á la sublimidad y á la profundidad. Voltaire es uno de los últimos maestros del buen sentido. ¿Saben Vms. lo que los Lycófronos de nuestros dias echan en cara á Voltaire, á ese geniecillo? pues dicen que es demasiado claro. El sol es tambien demasiado claro para los topos.

« Lo mismo que con nuestra prosa literaria sucede con nuestra poesía, la cual no se parece ya á la poesía antigua.

« Ya no es una de las gracias á quien el genio brillante de Atenas coronaba de flores. Es un espectro ahullador que sacude sus osamentas entre las hendiduras de los sepulcros.

« Parece que el señor de Lamartine ha derramado toda su alma de poeta en sus primeras *Meditaciones*. Cantaba y la voluptuosa Nápoles se nos aparecía en sus versos. Esas bellas playas de Italia, esas islas encantadas, esas brisas perfumadas, esas blandas quejas de amor, esas notas ocultas que caian de su lira, nos ponian en una especie de vaga y melancólica tristeza; no era puro como lo antiguo, ni severo como el cristianismo, ni positivo como el siglo; pero era una poesía tierna y meditabunda tan agradable como una sombra que pasa, una ola que murmulla, una virgen que suspira, ó una arpa que gime.

« Si en aquel tiempo hubiese habido un poco de crítica literaria, el señor de Lamartine, que sabe escribir, habria aprendido á pensar. Canta con demasiado descuido; rompe la trabazon gramatical de las palabras y la trabazon racional de las ideas. Afecta siempre el mismo sonido, un sonido monótono. Siempre se sirve del mismo color, del azul. El azul de los ojos, el azul del firmamento, el azul del mar, el azul del cadaver, azul, siempre azul! Elije una piedra de sepulcro, la vuelve, la revuelve, la mide con la escuadra y evalúa su medida cúbica; dibuja y pinta hasta las mas pequeñas yerbecillas que vegetan á su alrededor, describe una á una las hojas de cipres que le dan sombra, y en seguida gasta la piedra con sus vestidos sus llantos y lamentos. ¿Pero es ese acaso un dolor de poeta, verdadero, profundo, natural y sentido? ¡Oh! cuanto mas nos enternece el oír exclamar á Malherbe:

Elle était de ce monde, où les plus belles choses  
Ont le pire destin,  
Et rose, elle a vécu ce que vivent les roses.  
L'espace d'un matin (1).

(1) Perteneció á este mundo, en el que las cosas mas bellas son las que peor destino alcanzan, y como era rosa, vivió lo que viven las rosas, solo una mañana.

« El describir y analizar como Dubartas y Ronsard las bellezas mas secretas de una muger, las pestañas y el iris de sus ojos, las manchas de su cutis, el esmalte de sus dientes, las venas de su pecho, y las delicadezas de su talle, aunque sea con acompañamiento de metafísica doliente, es volver á la infancia del arte.

« Praxiteles no recargaba á Venus con adornos galanes ni con rosas, ni flores azules, ni plumas de avestruz. No le ponía colerete ni rubies en cada dedo. La representaba desnuda, pero decente, hermosa y con toda la simplicidad de la naturaleza. Todos los grandes ingenios han sido sencillos, todos, Homero, Virgilio, Racine, Shakspeare, Raphaël.

« Los verdaderos poetas han sido tan maravillosos lógicos como los filósofos. ¿ Quien ha conocido el corazón humano mejor que Molière, quien ha pintado mejor que el anciano Corneille la grandeza de la virtud, quien ha suspirado mejor que Racine las debilidades del amor? ¿ Quien tuvo jamás un gusto mas sano y un entendimiento mas exacto que Voltaire? Y en nuestros días hay acaso algun hombre de gobierno, del foro, ó de la tribuna, cuyo juicio sea mas recto que el de nuestro Béranger? Eso proviene de que la poesía, la verdadera poesía, no es otra cosa que la razón adornada por la imaginación y por el ritmo.

« Por desgracia no podemos decir otro tanto de las poesías del señor de Lamartine. Arroja exclamaciones sublimes, que salen del alma; produce sonidos inesperados que arrebatan el oído; pero también ¡ qué desorden de imaginación! ¡ cuantas notas falsas y sacudidas hay en su melodía! ¡ qué prodigalidad de epítetos ambiciosos! ¡ qué abuso de descripciones, inversiones, metáforas y colorido! Nada de plan, ni de orden, ni de progresión dramática. El señor de Lamartine parece ha olvidado demasiado que las palabras solas no son ideas, ni el choque de los sonidos es armonía, ni la confusión es ciencia, ni la fisiología es dolor.

« Si la lengua francesa llegase á morir, Lamartine será algunas veces, no decimos siempre, uno de los autores mas difíciles de explicar á causa de la incoherencia de sus pensamientos y de su estilo; y causará la desesperación de los escolares y de los comentadores. »

Así es como he oído que los críticos juzgan al señor de Lamartine como poeta. Pero he oído á los puritanos de la izquierda juzgarle todavía mas severamente como diputado y como orador y he aquí lo que decían :

« El señor de Lamartine, como orador político vive por su reputación de poeta. No tiene nada de apasionado ni de inspirador, en la mirada, en el gesto ni en la voz. Es tieso, acompasado, sentencioso ó impasible. Brilla y no calienta. Es religioso y no tiene fé. Sus entrañas no se conmueven bastante, ni tiemblan sus labios, ni se anima ó vive su palabra.

« El señor de Lamartine no deja de distinguirse en sus poesías líricas, por las calidades de los siglos de Augusto y de Luis XIV, es decir por el sabio ordenamiento del plan, la observación de los caracteres, la gradua-

ción del arte, la prudencia de los detalles, la pureza de los rasgos, el encañamiento y precisión de los pensamientos. Pero á lo menos la obligación del metro y de la rima obliga sus ideas á cierto orden que no es el que sigue en sus arengas. Su estilo oratorio, que es todavía mas abrillanado que brillante, mas monótono que armonioso, mas hinado que lleno, no lleva el paso libre, suelto, firme y natural de la bella prosa. Abandona la idea para alcanzar sonidos agradables al oído y efectos de prosodia. Se complace y entretiene con las terminaciones eufónicas; ahoga su pensamiento en un diluvio de tropos y metáforas, y sus mociones parlamentarias acaban á veces en colas de estrofas.

« Cuando se trata de música preferimos la de los buenos versos á menos que no sea la de Rossini.

« El parlamento no es un teatro en el cual hayan de presentarse los actores á recitar amplificaciones flauteadas y períodos redondeados para divertir á los espectadores. Ya que dicen Vms. que representan el pueblo hablen como hablaría el pueblo que hablase bien.

« Por lo demás no hay auditorio alguno mas mezclado que el de la Cámara, y los diputados de provincia se maravillan fácilmente del reflejo centellante de colores que ofende la delicadeza de los hombres de gusto. El género deliberativo tiene sus reglas y bellezas que no son iguales á las del género lírico. El estilo del autor debe ser lleno pero claro; sus pensamientos deben ser grandes pero sencillos. Deben marchar y encañarse unos con otros, con un orden exacto y riguroso. Ahora bien, el señor de Lamartine es difuso y redundante; no tiene profundidad de ideas ni vigor de argumentación. No falta quien considere sus ditirambos en la tribuna como elocuencia. Tienen razón los que dicen que estamos en plena anarquía porque no solamente no hay ya en Francia virtud política sino que tampoco hay lo que hubo en todos tiempos, es decir gusto.

« Insistimos en ello: las frases oratorias del señor de Lamartine tienen mas colorido en el tejido que firmeza de carnes, mas brillo que profundidad, mas relieve que nervio, mas sonoridad que sustancia, mas abundancia que precisión, mas desarrollo que consecuencia.

« Lejos de nosotros, añaden dichos puritanos, el dejar de hacer plena justicia á los sentimientos morales y religiosos del señor de Lamartine, á la elevación de su carácter, á sus agradables cualidades y noble corazón. Sabe encontrar palabras generosas contra las arbitrariedades y venganzas del poder, y le agradecemos sus inspiraciones de hombre honrado. Pero como ignora el lenguaje de los negocios, no ataca los abusos por el lado positivo y no desciende á las aplicaciones; los ministros le dejan con gusto que divague y se pierda en el vacío de sus oraciones. ¡ Buen cuidado les da á ellos de los bellos sentimientos!

« Aunque el señor de Lamartine les predicase todo el día en lenguaje bíblico, moralidades parlamentarias ¿ qué les importa eso á los auri-

voros del ministerio? Jámás han pretendido ellos ganar el cielo por sus buenas obras. ¡Oh Dios mio! con tal que se les deje en paz en la tierra con sus carteras, sus fondos reservados, sus telégrafos, sus adehalas y sus tratados de América, Oriente y Africa, no piden mas. Si el señor Mauguin lee en la tribuna un billetito cortés y bien escrito del señor de Polignac acerca de los documentos procedentes de ultra-mar y plagados de falsedades materiales (1); si el señor Berryer imprime las quemaduras de su palabra en la frente de los signatarios del famoso tratado, los ministros clamarán contra la alianza carlo-republicana que tiene la maldad de designar las cosas por su nombre (2). Pero si un diputado de la Oposicion arroja la presa de su voto á los linceos ó lobos cervales de ambos mundos, el señor Fulchiron saltará de banco en banco volcando al paso plumas, tinteros y sombreros para ir á estrechar á dicho diputado entre sus brazos vengadores (3). Si el señor de Lamartine propone á su turno que los obreros franceses paguen veinte y cinco millones á los banqueros americanos, los mismos ministros se reirán mucho de esa sensibilidad lógica que consiste en aliviar á las gentes de su miseria tomándoles su dinero (4).

« Que un poeta cante con la misma lira los dolores de la Cruz y los misterios de Isis; que celebre con el mismo tono la pureza de las vírgenes cristianas y las gracias de la rubia y voluptuosa Neéra; que componga casi al mismo tiempo odas entusiastas á Napoleon y cantos graves á la libertad, en hora buena! ¡Pasiones del corazón, diversidad de caracteres, caída de estados, héroes, guerras, funciones, escenas de la naturaleza, flores campestres, erupcion de llamas, tempestades de las montañas, soplo suave de los vientos, truenos, mares, cielos, astros de la inmensidad, todo el universo le pertenece!

« Pero cuando el poeta se convierte en diputado, cuando se digna sentarse con el vulgo de sus compañeros en las banquetas del Parlamento, se le pregunta y hay derecho para preguntarle. ¿De donde viene? ¿Adonde va Vm.? ¿que quiere Vm.? Aquí no se trata ya de cantar, ni de tener la vista fija en el firmamento azul, ni de subirse á las nubes. ¿Es Vm. hombre, ó pájaro? Angel, ó diablo? Habita Vm. en el cielo, ó en la tierra? ¿Quiere Vm. ser legitimista, republicano, ó embajador? Vaya, dígallo Vm. que lo sepamos, que le nombren y márchese Vm.

« Vm. nos dice que ha habido dos banderas, la blanca y la tricolor, y eso lo sabíamos ya perfectamente, pero lo que no sabemos todavía es de que color es la de Vm. Canta Vm. con su teorba las mismas alabanzas para nuestros soldados que para los Vendeanos; pero ¿A qué lado planta

- (1) Discusion acerca de los 25 millones pagados á los Estados-Unidos.  
 (2) Histórico.  
 (3) Histórico.  
 (4) Histórico.

Vm. su tienda? Derrama Vm. lágrimas evangélicas por la dureza de corazón de los ministros, y luego, cuando llega el momento de votar, se realiza una especie de revolucion pagana en la punta de los dedos de Vm. y se escapa de ellos la bola blanca! apoya Vm. algunas malas leyes para agradar á los ministeriales y luego dice que esas malas leyes no valen nada, para agradar á la Oposicion! Deplora Vm. la indigencia de los proletarios franceses y les hace Vm. pagar con veinte y cinco millones la filantropía americana de su voto! Alaba Vm. al ministerio por haber conservado lo que Vm. llama el orden público, y le acusa por que forma causa á los que se han indignado contra aquel orden! Encontraba Vm. admirable al gran Périer y al pequeño Thiers y su comparsa; y cuando Thiers el pequeño os pedia fondos reservados para continuar el objeto de vuestra admiracion, se los negaba Vm.! Dice Vm. que la esclavitud es una deshonra, y en el mismo momento pretende Vm. que la ley de la sociedad puede encadenar al ciudadano! Enseña Vm. la emancipacion de los negros y vota al gobierno oro y gendarmas para impedir la emancipacion! Defiende Vm. elocuentemente la causa de los niños expósitos, llora Vm. por la miseria del pueblo, y se opone á la conversion de las rentas pagadas ó servidas con el dinero del pueblo! ¡Trate Vm. por Dios, de poner un poco mas de acuerdo su peroracion con el exordio y sus conclusiones con sus premisas, aunque para ello tenga que desagradar al ministerio!

« Pero donde el señor de Lamartine ha sido enteramente inferior a sí mismo, fué cuando por un extravagante é inexplicable capricho quiso defender la ley de separacion. En cualquier otro pais y con otra Cámara cualquiera, un ministerio que se hubiese permitido hacer escapar al culpable y poner en juicio á los cómplices, habria sido perseguido por haber violado las leyes, si el jurado de Estrasburgo no hubiese declarado unánimemente la inocencia de los compañeros de Luis Bonaparte, habria faltado á la ley divina que es la ley de la conciencia, y á la ley humana que es la ley de la razon.

« Todo el discurso del señor de Lamartine en aquel desgraciado debate no ha sido mas que una larga aberracion y un amontonamiento de contradicciones é inconsecuencias de toda especie.

« Dice que ama sobre todas las cosas la libertad y la igualdad, y pronuncia el discurso mas aristocrático de toda la sesion! Afrenta la ley de separacion con el nombre de golpe de estado legislativo, y vota por el golpe de estado! Respeto la inmutabilidad de la Carta, y quiere una segunda Asamblea constituyente! ¡quiere preservar la patria y excusa el ataque á mano armada de la patria! Acaba de aprender la distincion ó diferencia entre la *conexion* y la indivisibilidad y ya diserta como Bartolo acerca de esa distincion de jurisprudencia pura! ¡Pide que se obedezcan las leyes y mina la inviolabilidad del jurado! ¡Reprueba las revoluciones militares, pero admitiria con gusto las revoluciones populares, pero con

tal que no sucediesen sino de tiempo en tiempo; y todo el resto del discurso es por el mismo estilo!

« Además como el señor de Lamartine no se encontraba allí en terreno conocido no hay que admirarse de que divagase un poco. ¿Y como habia de hablar la lengua de los negocios si, felizmente para su musa, no conoce la gerigonza de ellos? Pero se distingue en las cuestiones literarias que han sido el estudio y la gloria de su vida, y en las cuestiones de sentimiento, poesía de los nobles corazones.

« Escuchamos atentamente al señor de Lamartine cuando canta como bardo piadoso algun himno á la religion; y nos reimos cuando el señor Thiers, volteriano escéptico y burlon, invoca la divina Providencia; porque el uno cree en algo y el otro no cree en nada.

« Pero si el señor de Lamartine en vez de cantar razona, tenemos que examinar si en su argumentacion ha faltado ó no á las reglas de la lógica y tampoco dejaremos pasar sus guarismos sin comprobar la suma.

« El señor de Lamartine se acerca algunas veces á la verdad mas que los otros oradores, porque las inevitables consecuencias de los principios que sienta le arrastran á pesar suyo; y á él se le permite que termine algunas frases radicales que á Michel de Bourges ó á Garnier-Pagès no se las hubieran dejado principiar siquiera. Consiste eso en que el auditorio parlamentario no atribuye la mayor importancia á la opinion de los poetas, porque sabe que en política á través de los acontecimientos, y en poesía á través de las llanuras, siguen los caprichos sombríos ó risueños de su imaginacion; semejantes á las harpas de Eolia que colgadas en los bosques sagrados, temblaban blandamente al paso de los céfiros, ó vibraban con un sonido ruidoso al soplo de la tempestad.

« Qué no se haga ilusiones el señor de Lamartine; si la Cámara le presta universal y benévola atencion cuando habla de literatura y de moral, consiste en que por un secreto y complaciente arrepentimiento, no hay un solo diputado, ministerial ó puritano, que no se precie de ser hombre sensible, de tener un entendimiento delicado, y que no quiera hacerlo creer así al menos por la atencion con que escucha.

« Cuando el señor de Lamartine defiende las letras humanas, compone con demasiada frecuencia su discurso con hexámetros cortados, sonidos de oído y frases incompletas. *Ægri somnia.*

« Como viajero por las nubes se complace en una especie de metafísica áerea y alambicada que él cree es ciencia social y no es mas que una especie de deísmo delirante aplicado á las cosas de la tierra. En sus sueños construye algunas definiciones cuyo sentido no puede analizarse.

« He aquí, como muestra su teoría parlamentaria acerca de la literatura.

« Lo bello es la virtud del entendimiento. Si disminuimos el culto debemos temer el alterar mas tarde la virtud del corazón.

« Esto se parece demasiado á un logógrafo, ¿y qué diremos de todos esos diputados beatos que lo aplaudian?

« ¡ El señor de Lamartine adolece de un defecto extraño pero que es demasiado comun en los mas nobles talentos! No se estima mucho á sí propio sino como publicista y tal vez como financiero; y se desdeña como poeta. Y en efecto ¿ qué es un poeta para el señor de Lamartine? ¡ Un poeta! ¡ Quita allá!

« Solo por pasatiempo suele tomar su lira, y si le avisan que el coro de las nueve musas se halla reunido en su salon de arriba y espera noticias suyas, el señor de Lamartine tomará negligentemente la pluma y se dignará escribirles en verso, así como el Exmo. Señor duque de Broglie se digna á veces escribirnos en prosa.

« No negamos que el talento del señor de Lamartine se haya ejercitado y domeñado. Habla y replica tambien con brillante facilidad, á veces con gran felicidad de giro y de expresion, y siempre con una conviccion tanto mas peligrosa para el vulgo de las asambleas y para el mismo orador, cuanto que no duda de nada; porque en medio de la vision precipitada y por consiguiente incompleta de su imaginacion, no descubre mas que la mitad del objeto, y la otra se le escapa. El señor de Lamartine echa sus ojos en verso á la imprenta, y sus palabras en prosa al auditorio segun le vienen, de improviso y sin preocuparse de lo que precede ni de lo que sigue; á decir verdad el señor de Lamartine no trabaja bastante, y sin las tenaces, profundas y largas meditaciones del estudio no hay lógica posible. Ahora bien, preciso es repetirlo á los escritores y oradores parlamentarios la lógica es lo único que nos hace vivir.

« Nuestro gobierno representativo ha sido arreglado de manera que las gentes de imaginacion son poco á propósito para él. Nuestra legislacion tiene un lenguaje técnico que es preciso haber aprendido. Está erizada de términos de derecho, bárbaros á veces, y sembrada de sofisterias del aula. Por eso abundan en la Cámara los abogados sútiles y redomados. Allí se encuentran ellos á sus anchas, porque el hacer las leyes es discutir y ellos son hombres de discusion. No diremos sin embargo como Platon; cojed de la mano á los poetas y despues de haberlos coronado de flores acompañadles cortesmente hasta las fronteras de la república. Tampoco diremos como Paul-Louis, que los literatos, en general, olvidan su talento en los empleos y no aprenden los negocios; ni como Laffitte, que el señor de Lamartine puede ser muy poético pero no es muy lógico.

« Con todo forzosamente hemos de convenir en que los poetas se hallarian bastante mal colocados en el tribunal de policía correccional, en el Consejo de estado, en la escuela de puentes y calzadas, en las oficinas del papel sellado, y aun en las embajadas. Escandalizaríamos á muchísimos de esos señores si fuéramos á decir y pretender que ciertos alcaldes de monterilla, con buen sentido y experiencia, dirijirian tal vez mas cuerdamente que ellos los negocios del estado.

« Si el señor de Lamartine nos encuentra un poco severos á nosotros

puritanos, consiste en que él no hubiera debido separarse de su papel natural, y siendo como se ha hecho, hombre de estado, debemos decir lo que pensamos acerca del carácter mudable, é inconsecuencias del hombre de estado.

« Cuando se quieren las mejoras sociales, se deben querer también las mejoras políticas. Cuando se tiene lógica, no se habla en pro para concluir en contra. Cuando uno es diputado es preciso que sepa lo que quiere, lo que es, en donde se sienta, y adonde va. Cuando se ama sinceramente la gloria no se trenzan los laureles de la poesía sino para las frentes gloriosas. Cuando se ama sinceramente al pueblo, no se pide para él, sino trabajo, honor, é igualdad. Cuando se ama sinceramente la libertad no se vota con sus enemigos! »

Tales eran las reconvenções clásicas por un lado y políticas por otro, que los críticos y los puritanos dirigian hace muchos años al señor de Lamartine como poeta, como orador y como hombre de estado.

Permitaseme también á mí considerarle bajo esos tres aspectos.

Sin duda el señor de Lamartine no es un poeta clásico, ni ha sido vaciado en el molde del antiguo Apolo; pero es original á su manera como lo son todos los hombres de genio.

Es descuidado, pero sencillo, precisamente porque es descuidado. Juega con la rima, y la melopea se transforma en sus dedos, se modula y se pliega á todas sus inspiraciones, á todas sus fantasías. Las esferas celestes no giran en la inmensidad con mas armonía que sus versos. El arroyo no corre en la pradera con mas ligero murmullo. El canto del pajarillo no es mas gracioso que el suyo. Los lagos de Sicilia, hinchados de suaves brisas no se iluminan por la tarde con rayos mas puros ni mas agradables.

Y no es solamente su voz la que canta, es su alma la que suspira y habla á mi alma, la que vibra en mí, la que hace temblar todo mi ser y me inunda con su ternura y con sus lágrimas. Su meditacion es la que me arrebató en alas de fuego á las regiones de la eternidad, de la muerte, del tiempo, del espacio y del pensamiento en las que jamás había yo penetrado, y expresa algunas verdades metafísicas en un lenguaje pintoresco, sensible, inaudito.

No sé si la cesura de sus versos está algunas veces quebrada, si su rima es siempre suficiente, si la idea fluctúa en el vacío ó se enreda en la contradicción, si las cuerdas de su lira producen siempre el mismo sonido; tampoco quiero saberlo. ¿Acaso los remos iguales no hieren las ondas con un ruido igual y mesurado? ¿Me quejo acaso de la silvia porque repite siempre su dulce canto? ¿Acaso el ruiseñor no me embriaga siempre con su melodía, la belleza con sus miradas y la violeta con su perfume? ¿Acaso separo yo mi oído del ruido lejano de la cascada y mi vista del brillo fijo de las estrellas? ¿Acaso el alma que sufre no arroja siempre el mismo grito? ¿Acaso la madre que acaba de perder á su hijo no se com-

place en las inconsolables repeticiones de su dolor? ¿Pido yo tampoco á Lamartine que pruebe con un silogismo armonioso, la verdad de lo que canta? Yo no le pido mas que meditar sobre su lira y medito, suspiro y suspiro, amar y amo, gozar y gozo.

¿Quién podría desconocer, sin ser injusto, que Lamartine y Victor Hugo han enriquecido con sus perlas y diamantes nuestra corona poética que tan brillante era ya? Los dos son irregulares en su marcha y rebeldes al freno de la gramática; los dos se cuidan mas, sin duda, de la palabra que de la idea, mas de la inversion que del sentido directo, mas de la novedad que del método, mas de lo inesperado que de la gradacion, y á veces mas de la rima que de la razon; los dos son un poco soporíferos con su monotonía, y un poco atronadores con su estrépito. Pero ambos son unos talentos poderosos, ingenios originales, que han venido á regenerar una literatura extenuada. El uno despide llamas y centellas como un carbunco del Oriente; el otro suspira como la lira de Fingal en los matorrales desconsolados. El uno es arrebatado en su fuga lírica, demasiado pródigo de su fuerza y riquezas, desordenado, fantástico, y sublime á veces; el otro es mas religioso, mas meditabundo, mas envuelto entre velos y fábulas mitológicas, mas en comunicacion con el cielo y cantando como si orase. El uno retorciendo su ritmo y violando la musa á quien el otro acaricia. El uno con el brazo extendido parece que saca con su arco unos sonidos hinchados y victoriosos; el otro se deja ir á su fácil y corriente ingenio como el agua mas cristalina. El uno es mas preciso, mas amartillado en sus moralidades filosóficas, el otro mas inspirado y nebuloso. El uno mezcla al hombre con un arte mas dramático á las escenas de la naturaleza; el otro es mas tierno, mas conmovido, mas persuasivo y elocuente en la pintura de los sentimientos íntimos y de los misteriosos laberintos del pensamiento. El uno es mas deslumbrante, mas atronador que el rayo que salta de roca en roca, y se rompe en relámpagos en las profundas gargantas del Hemus; el otro es mas pensador, mas meditabundo, que las vírgenes de Israel á orillas del rio solitario que las separaba de su patria. El uno se dirige al entendimiento, y el otro al corazón. El uno al sexo que razona y obra, el otro al sexo que siente y ama.

Es un fenómeno, que tal vez no se habia visto nunca hasta ahora, el que un orador haya principiado á arengar sin preparacion á la edad de mas de cuarenta y cinco años. Pero esto no es difícil de explicar: Lamartine es el primero y único improvisador de todos nuestros poetas. Los versos se escapan de su vena como el agua de una fuente. Lamartine no ha subido nunca al tripode ni ha sido agitado por el dios de la Pitonisa, jamás ha dejado flotar al viento sus cabellos, ni ha palidecido con los estremecimientos de la inspiracion, ni ha excavado ni labrado sudando los surcos del pensamiento. Su poesía es cristalina, fácil y encadenada como un discurso, y su discurso es abundante, adornado, florido, sonoro y melodioso como la poesía.

Consolaos Lamartine, si no sois tan gran político y gran lógico como vuestros aduladores os lo dicen, como creéis serlo, y como os disgustaría mucho que se dejara de consideraros; consolaos; ¿no hemos de tener siempre que consolar á los poetas? Si Vm. no tuviese sus defectos tampoco tendría sus cualidades; si no fuese Vm. mudable tampoco sería sensible; si no fuese Vm. sensible tampoco sería poeta; si Vm. no produjera sonidos armoniosos tampoco sería lira, si tuviera Vm. exactitud en la prosa, no tendría cadencia en los versos; si tuviese Vm. la lógica del razonamiento no tendría el vacío indeterminado y exquisito de la sensibilidad; si tuviese Vm. pureza en el dibujo no tendría riqueza en el colorido; si Vm. supiera hablar el idioma de los negocios no sabría hablar la lengua de los Dioses.

Si, consuélase Vm. señor de Lamartine, consuélase de no ser el primero de nuestros políticos, así lo creen algunos y yo casi me inclinaria á creerlo también; porque á la verdad eso no valdría gran cosa. Vuestra suerte es ya bien bella, y yo preferiría cuatro ó cinco estrofas de Vm. á todos sus discursos en la tribuna, incluso los de Vm. Vm. vivirá, ilustre poeta, cuando los actuales maestros de la palabra, y sus obras también, habrán ya dejado de existir, y cuando solo dos ó tres nombres se salvarán del gran naufragio de nuestros efímeros gobiernos. Vm. vivirá y nuestros nietos, meditando hácia la caída de una hermosa tarde se complacerán en repetir estas estancias que caen con tanta gracia y suavidad:

Doux reflet d'un globe de flamme,  
Charmant rayon, que me veux-tu?  
Viens-tu dans mon sein abattu,  
Porter la lumière à mon âme?

Descends-tu pour me révéler  
Des mondes le divin mystère,  
Ces secrets cachés dans la sphère  
Où le jour va te rappeler?

Une secrète intelligence  
T'adresse-t-elle aux malheureux?  
Viens-tu la nuit briller sur eux  
Comme un rayon de l'espérance?

Viens-tu dévoiler l'avenir  
Au cœur fatigué qui t'implore?  
Rayon divin, es-tu l'aurore  
Du jour qui ne doit pas finir.

Mon cœur à ta clarté s'enflamme  
Je sens des transports inconnus;

Je songe à ceux qui ne sont plus,  
Douce lumière, es-tu leur âme (1).

Vm. vivirá y mientras se hable de Napoleon ¿quien dejará de recitar estos magníficos versos?

Ta tombe et ton berceau sont couverts d'un nuage.  
Mais, pareil à l'éclair, tu sortis d'un orage;  
Tu foudroyas le monde avant d'avoir un nom.  
Tel le Nil, dont Memphis boit les vagues fécondes,  
Avant d'être nommé, fait bouillonner ses ondes  
Aux solitudes de Memnon (2).

Aquí es donde debo decir que Lamartine, de alta estatura, tiene ojos azules, frente estrecha y prominente, labios finos, facciones altivas y regulares, aire elegante, ademanes nobles y una especie de desenvoltura de gran señor un poco rígida. Las señoras, encantadas de sus vagas melodías que tan directamente llegan á su alma, no buscan á nadie mas que á él entre la multitud de los diputados y se preguntan unas á otras: ¿Adonde está?

¡Adonde está! Felizmente no se encuentra entre las nubes del partido social de las que ha bajado ya mas de medio cuerpo. Ha plegado sus alas de angel, ha tocado á la tierra y se ha dignado confundirse con los demás mortales.

Como orador, porque ahora voy á considerarle bajo este segundo aspecto, el señor de Lamartine ha crecido de año en año, y está hoy en plena posesion de la gloria parlamentaria (3). Tiene un giro feliz de imaginación, memoria extensa, elástica y fresca, que retiene y recita todo lo que le confía, que no titubea á pesar de las interrupciones, juega cómodamente durante su marcha, y sigue, sin perderse, el hilo incierto

(1) Suave reflejo de un globo de llama; rayo encantador, ¿qué quieres de mí? ¿Vienes acaso á mi pecho abatido para inundar de luz mi alma? ¿Desciende tal vez para revelarme el diurno misterio de los mundos y esos secretos ocultos en la esfera á que se llama el nuevo día? ¿Tienes algun secreto impulso que te dirija hácia los desgraciados, y vienes acaso á brillar de noche sobre ellos como un rayo de esperanza? ¿Vienes á descubrir el porvenir para el triste corazón que te implora? ¿Rayo divino! eres tú tal vez la aurora del día que no debe tener fin? Mi corazón se inflama con tu claridad, experimento unos enagenamientos desconocidos, y pienso en los que ya no existen, ¿eres tú acaso su alma?

(2) Tu sepulcro y tu cuna estan cubiertos de nubes; pero semejante al relámpago nacistes de entre una tempestad, y aterrestes al mundo antes de tener un nombre. A la manera que el Nilo, cuyas fecundas olas son bebidas en Memphis, antes de ser nombrado hace hervir sus ondas en las soledades de Memnon.

(3) 1842.

de mil rodeos; tranquilidad en medio de las borrascas de la tribuna que, por lo demás, son poco violentas para con él; una facultad rara y maravillosa para apropiarse las ideas de los demás, facultad que tal vez no tiene igual en la Asamblea; una percepción viva de las dificultades de cada asunto; una riqueza de paleta que se carga con todos los colores y los muele, los confunde, los varía, los arregla y multiplica, esparciéndolos en flores, ondas, y gradaciones en todos sus discursos; un bello desarrollo de frases encañadas; una elocución amplia y nutrida, una réplica animada, una cadencia, un número, una armonía, una abundancia de imágenes, sonidos y movimientos que llenan el oído sin cansarle; y se parecen tanto á la grande elocuencia que fácilmente pudieran confundirse con ella.

A mí que en el parlamento, debo decirlo, me agradan mas los argumentadores que los oradores, los lógicos que los imaginativos, y la lengua de los negocios que la de las musas, preferiría y me haría mas efecto un discurso nervioso y varonil que esos estilos melodiosos rosados y floridos. Pero debo tambien confesar que esa pompa de lenguaje que en otros sería mas que afectación y retórica vacía y hablada, es natural en Lamartine. Habla como canta y es un lírico puro, de fuente, sin mezcla ni esfuerzos.

Sí, me agradan sus frases balanceadas y rítmicas aun cuando sean mas á propósito para transmitir los oráculos de Apolo que para expresar las pasiones del foro. Me agradan porque ruedan entre el limo del río con una especie de gemido suave y doliente como los miembros dispersos de Orfeo. Me agradan porque si no son prosa de discurso, esa grande y bella prosa que no oigo á nadie, son á lo menos prosa de poesía. Solo les falta la rima, y para descansar del dialecto del Perigord de nuestros caballeros parlamentarios, siento mucho que el poeta legislador no nos hable algunas veces en verso. ¡Toma tu lira, oh Lamartine! porque todavía tengo llenos los oídos de los guijarros de su prosa. ¡por Dios, versos, algunos versos!

Ya hemos visto que es menos orador que poeta, y como tambien es menos hombre de estado que orador tengo que verle ahora por ese lado.

El señor de Lamartine se deja dominar demasiado por su imaginación que le lleva y le pasea á través de los caminos llanos ó tortuosos de mis sistemas. Poco mas ó menos sabemos que no quiere la legitimidad, el imperio, la república, la aristocracia, ni la camarilla; pero lo que quiere es mas difícil de saber. He aquí cual es su principio y que lo comprenda quien pueda. « Es la constitución orgánica y progresiva de toda la democracia, el principio expansivo de la caridad mútua y de la fraternidad social, organizado y aplicado con satisfacción de los intereses de las masas. »

Ciertamente que el señor de Lamartine no tiene que temer por las audaces temeridades de esa otra Carta, que se le apliquen las leyes de setiembre, ni que se le cite por el señor procurador del rey ante el señor juez de instrucción en su gabinete del Palacio de la justicia.

Mas si para poner en práctica esas grandes y nebulosas teorías, el señor de Lamartine envidiaba, como envidia, los altos puestos y mandos del poder ejecutivo, yo le conozco mejor que él se conoce á sí propio, no le doy siquiera tres meses de embajada ó de ministerio sin que dejase de experimentar violentos disgustos, náuseas y arrepentimientos sin fin de haber perdido su vaga y querida independencia. ¡Tal es el carácter del hombre poeta!

Por su gloria y tranquilidad, no menos que para el cariño de sus amigos deseamos que el señor Lamartine no sea ministro ni embajador. No conoce los amos ni los criados, los altos y bajos taimados con quienes tendría que mezclarse y vivir. No sabe hasta donde puede descender su jactancia ni hasta donde puede llegar su miedo. No sabe cuantas puras é inocentes reputaciones han quedado ya manchadas con su roce. No es á propósito para ser su víctima, y menos aun para ser su cómplice.

Todos esos interesados agasajos del poder, esas seducciones de una imaginación poética, esas intrigas de partido, esas dificultades de doctrina, esas aberraciones de lógica, no corromperán el excelente fondo de Lamartine. Por instinto y por sentimiento es generoso, caritativo, adicto al pueblo, impaciente por teorías y acciones caritativas; pronto para decir y hacer todo lo que sea útil, grande y nacional: independiente y animoso en sus opiniones, á veces casi radical, mas radical que yo mismo; por último no solo no hay en sus labios la mas mínima hiel, sino que tiene una simplicidad de poeta y una honradez de corazón que tienen algo de virginal.

¡No, Lamartine, por mas errados que hayan sido muchas veces la política, votos y discursos de Vm., no puede Vm. aborrecer la libertad, porque tiene Vm. un alma muy hermosa! No, Vm. no es tan desdichado que puede creer que los gobiernos pueden ser impunemente injustos, violentos y corrompidos; que la necesidad entra con su cuña de hierro en las cosas humanas para romperlas y separarlas ciegamente; que la sanción de un principio no reside mas que en su triunfo, y que las revoluciones compradas con la sangre de los ciudadanos, no deben producir, como enseñanza y resultado definitivo, mas que la cobarde y vil opresión del pueblo.

¡Afronta para esas doctrinas! y necesitamos creer, Lamartine, y creemos de todo corazón que no participa Vm. de ellas, que le horrorizan y le hacen mal, y que repetiría Vm. con gusto con nosotros y como nosotros, ¡Vergüenza para esas doctrinas! Porque ya losabe Vm., nosotros no pasamos de un campo á otro con los caprichos de la victoria. Hemos plantado nuestra bandera en los campos de la patria, y queremos la

libertad, no en las palabras sino en las cosas, no en las mentiras de una Carta sino en las realidades de la vida política; no en los privilegios de unos pocos, sino en la igualdad de todos. No creemos que la verdad esté condenada á transijir con el error, ni que las leyes eternas de la moral y de la justicia cesen de gobernar el mundo, ni que los principios hayan de pedir perdon á la necesidad, ni que la insolencia del hecho deba sobrepajar al derecho, ni que la soberanía del pueblo pueda morir.

**SEGUNDA VARIANTE (1).**

Trabajo nos cuesta el seguir al señor de Lamartine en sus transmutaciones, porque era casi legitimista y ahora es casi radical.

Lo que otros presentan en forma de proposiciones Lamartine lo presenta en forma de sentimientos. Esa es su manera de cifrar ó numerar sus cuentas políticas. Por lo demás ciertos hombres medianos pueden redactar bastante bien algunas proposiciones, algunos artículos de ley, un sistema deducido y que no claudique; pero habrá algun orador mediano que pueda hablar ese bello lenguaje tan abundante en la variedad, tan original en la expresion pintoresca de sus giros? ¿Quien seria el retórico estirado capaz de remover nuestra alma con los grandes sentimientos que desbordan ó se derraman del alma de Lamartine y vienen á inundarnos? Cuando nos ha secado el árido viento de la corrupcion, ¿no se siente uno renacer y ensancharse su ánimo al soplo de esas brisas refrigerantes? No, ante las protestas del corazon y del genio, ante esa palabra generosa no hay ministerio alguno que se atreva á llevar sobre la tribuna sus manos ensangrentadas, ni á mancharse con un perjurio, ni á coronarse impunemente de arbitrariedad! Entonces el señor de Lamartine no estaria ya en la tribuna, se hallaria como en el altar, le perseguiria con sus conjuros y con sus brazos suplicantes, y no produciria en la Asamblea el efecto de un simple orador, sino el de un sacerdote, de un apostol sagrado de la justicia y de la humanidad. R. Collard, Camilo Jordan y Od. Barrot, han tenido á veces esa especie de elocuencia, esa especie de imperio.

Al escucharle se conoce que se trata con un poeta, con un gran poeta, y no se le perdonaria si hablase como todo el mundo. Las imágenes y los sentimientos esa es su dialéctica, y no se le pide otra. No se le exige que razone sino que conmueva, ni que convenza sino que persuada, ni que vaya al objeto por el camino recto, sino que nos lleve á él por los caminos extraviados, errantes y floridos de su imaginacion. No nos equivoquemos, el orden lógico del sentimiento no es el orden lógico del silogismo. Cuando siento correr mis lágrimas, hincharse mi pecho, y delei-

(1) Esta variante de 1842 es inédita.

tarse mi oido, no trato de saber en medio de mi emocion, si lloro, tiemblo, palpito ó gozo segun las reglas. ¿Acaso vuelvo yo á leer á Lamartine como orador á sangre fria y lejos de la tribuna? ¿Es acaso mas legible que los demás? ¿Habla acaso para ser leído? ¿Habla para ser escuchado, para admirarnos y arrebatarnos!

Profesa en la tribuna lo sublime y lo magnífico, así como otros profesan los cálculos y la tecnología. Es tan natural en medio de su grandeza, como Thiers en medio de su simplicidad.

La mayor parte de los oradores desvarian cuando hablan de los negocios extranjeros y recortan gravemente la Europa como una aleluya, dando cual la España á este, cual el Rin ó el Brabante á aquel, y por modestia no se reservan nada para ellos. ¿Cuanto no hemos oido ya sobre el Oriente, los Maronitos, los Drusos, y Mehemet-Ali, sobre la Plata y las zonas del derecho de visita, y cuanto no nos falta que oír todavía? Sobre todo los abogados que vienen de pronunciar las defensas de sus clientes en el tribunal de policia correccional, llegan muy sofocados; y vienen á decir muy de quedito al oido de la Cámara los secretos de la Inglaterra y del Indostan, ¡y con qué estilo! Pero Lamartine, sin que nadie tenga que tomarse cuidado por el fondo del negocio del que nadie comprende ni una sola palabra, nos hablará á lo menos del Oriente, como poeta de Oriente. ¿Qué bello lenguaje! Jamás lo he oido hasta ahora en mi lugar porque ni mi sub prefecto, ni mi procurador del rey, ni mi administrador de rentas hablan así! ¿Qué flores! ¿qué pinturas! ¿qué suavidad! ¿qué perfume! ¿qué gracia! ¿qué brillo! Bien sé yo que á pesar de todas esas brillantes evoluciones y de ese magestuoso ruido no so cambiará tan solo una coma en la carta de la geografía política, pero á lo menos habré pasado una hora de emocion y de placer y me volveré mas alegre á Brives-la-Gaillarde.

**NOTAS.**

**Nota de la página 1.**

(Extracto del Prefacio de la edicion ilustrada.)

Entonces como ahora queria y quiero lo que quiere mi pais cuando este me haya dicho lo que quiere. Entonces como siempre he combatido y combatiré en todas partes todas las tiranías, así la republicana como la oligárquica. ¿Qué me importan los nombres de orden y libertad, si en realidad no existen? Lo mismo se me da del despotismo que de la anarquía, y de la anarquía que del despotismo. Tampoco soy de los que quieren abatir el poder para ocupar su lugar, que incitan al mal con la mira del bien, segun dicen; que votan leyes detestables, para que el gobierno se haga mas odioso con ellas; y que ponen á sus adversarios espantosos pintándoles de negro para que les griten: ¡A ese!

He tomado los pinceles sin odio ni favor. ¿Tengo algun beneficio que agra-

decer? No. ¿Tengo alguna injuria que vengar? Tampoco. La política interior y exterior de los países libres no existe ya en las intrigas de las cortes sino en los debates de los parlamentos. Retratar los oradores es escribir la historia. . . . .

Lo que si sé decir es que para observar mis modelos me he encontrado en las mejores condiciones en que un pintor pudo hallarse.

He visto y escuchado al general Foy, Benjamin Constant, Manuel, Royer-Collard, Martignac, Casimiro Périer, Villèle, de Serre y además he emprendido lo que nadie en Francia había hecho antes de mí, y lo que probablemente nadie volverá á hacer ya: he hecho que me traigan á casa y he leído y releído sino por uno toda la carretada de sus discursos.

Entre tantos espectadores extraños he sido el único que ha visto á los actores de nuestros dramas políticos vestirse y desnudarse entre bastidores. He asistido como ningún otro pintor á la muda representación de su pantomima; á sus semi-confluencias, á esos cambios de gestos, de miradas, de sonrisas, de rubor, de cólera, á las idas y venidas de los edecanos ministeriales, á esas expediciones de billetes por debajo de la mesa, á esos rumores de consigna y de santo y seña, á esos cambios de frente, á esos repentinos cambios de cascaca, á esos tiros ocultos, y á esos estratagemas de guerra ó de comedia que explican mejor una situación ó un orador que todos los discursos de aparato; y que no siempre llegan á los oídos ni á los ojos de los espectadores en las tribunas de los periodistas y de los taquígrafos.

Sí, conozco perfectamente á todos esos oradores, puesto que he vivido en la intimidad de su vida pública mas que persona alguna en Francia. Pero por otra parte he tapiado para mí la puerta de su vida privada y ni siquiera he querido mirarla por el agujero de la llave.

#### Nota de la página 476.

Thiers es mas bien revolucionario que liberal, lo cual es muy diferente; por eso no comprende lo que los pueblos creen que es su *derecho*, ni lo que los monarcas llaman su *legitimidad*. No, Thiers, no ha comprendido al leer ni al escribir la historia de los emperadores y de los ministros *impromptu*, que el eterno error de los ministros de esa especie y de esa especie de emperadores, consiste en creer que la duración de la usurpación borra el vicio que hay en ella; mientras que por el contrario la hace resaltar á los ojos de los monarcas hereditarios de varon en varon y por orden de primogenitura; que el resplandor del trono la absorbe con sus rayos, cuando la hace relucir mas bajo su vizlumbre; que se legitima á la segunda, á la tercera y á la cuarta generación, y entonces es cuando se presenta cada vez mas contagiosa y fatal; y que se consolida con la alianza de los reyes absolutos, cuando lo que consideran como paz los ministros y emperadores de la especie que decimos, los reyes de abolengo y de linaje no lo consideran mas que como una tregua.

Thiers puede repetir cuanto guste que los grandes gabinetes no tienen preocupaciones; será así, pero tienen necesidades de vivir, que son sus principios. Buenos ó malos un gobierno no puede existir sin principios ó á lo menos sin apariencias de ellos. Aquel de que tratamos no los tiene en realidad ni aun en sombra y eso es precisamente lo que hace mas difícil su existencia.

#### Nota de la página 476.

¿ Como no ha conocido, con tanta penetración, pero tal vez mas vanidad, como tiene, que en su destino de los negocios extranjeros habian de ocultarle de altos lugares sino todo, mucho cuando menos, y que en el conciliabulo de los embajadores, no lleva él bastante alta su espada y nacimiento para ser admitido en su intimidad y compañía? ¿ Como no ha conocido que el *usurpador* Mehemet sin mas bastardías que esa debía reunir contra sí á los emperadores y reyes legítimos de Rusia, Austria y Prusia; que no era posible que esas tres potencias sostuviesen á un bajá sublevado contra su soberano; y que naturalmente debian confundir su legitimidad con la del Gran Turco. Solo una guerra revolucionaria habria tenido probabilidades de éxito, y eso si se contaba con la neutralidad de la Inglaterra, neutralidad quimérica, imposible y que pronto se habria convertido contra nosotros en una agresion todavía mas viva que las demás agresiones imperiales. En todo caso vayan Vms. á invocar el apoyo de los pueblos despues de haberles hecho traicion! Vayan Vms. á combatir contra los reyes despues de haberse puesto á sus pies! Gran locura hubiera sido, y Luis-Felipe negándose á ello y bajo su punto de situacion y de vista ha tenido él solo mas tacto y buen sentido que todo su gabinete.

#### Nota de la página 478.

Nunca lo repetiremos bastante: á Thiers le faltan dos especies de sentidos, el de adentro que es el de la soberanía del pueblo, y el de afuera que es el de la legitimidad de los reyes. Por fin si fuera él solo á quien faltase ese doble sentido!

Con todo en los seis años que lleva de no ser ministro es preciso convenir que nadie ha sido mas franco y constantemente de la oposicion que él, sin exceptuar á ningún miembro de la izquierda.

Su grande, bella y verdadera máxima: *El rey reina y no gobierna* dará la vuelta á Europa, por desgracia todavía no ha podido hacerle dar la vuelta por Francia.

Quisiera una asamblea que al mismo tiempo dominase la magestad y se sometiese al ministerio. Pero esta manera doble de obrar y de existir no seria posible sino con el sufragio universal. Eso es lo que Thiers no puede comprender.

En realidad Thiers es en el día el mas inteligente de los hombres de la oposicion, el mas ingenioso de sus publicistas y el mas brillante de sus oradores, así como ha sido y seria todavía para su país el mas revolucionario, gastador y aventurero de los ministros; y para la corona el mas comprometedor de los servidores.

#### Nota de la página 488.

Cuando en otra circunstancia vino el señor Guizot con un volúmen de sus historias en la mano á discutir, analizar é interpretar algunos pasajes y fragmentos filosóficos ante una asamblea de gentes no versadas en las letras, por la mayor

parte, y cuya competencia hubiera debido recusar sencillamente, ha rebajado su carácter de escritor, y ha hecho, permítaseme que lo diga, ha hecho una tontería.

Los mas estúpidos diputados acabarían por pedirle á uno cuenta de la leche y opiniones que mamaba cuando estaba en ama, y por reconvenirle por su modo de jugar al hoyuelo con los galopines.

#### Nota de la página 497.

He hecho justicia al carácter privado, moralidad y talento del señor Guizot; pero su escuela y doctrinas han estinguído de las almas toda fé política y religiosa.

El pueblo y eso es todavía mas fuerte, piensa de nuestros ministros absolutamente lo mismo que yo. He aquí lo que me escribía con gran simplicidad un oficial de carpintero.

« Tome Vm., á la ventura, cuatro de los hombres mas entendidos en los negocios públicos y díjales Vm, esta pregunta: ¿ Creen Vms en Dios? y cuando « menos tres de ellos responderán sin titubear: No. Si es necesario añadirán « que el alma no es mas que la respiracion, el soplo de la vida que anima al « hombre así como á los demás animales. »

Sean Vms ministros durante diez y siete años para llegar á merecer un elogio semejante!

#### ERRATA.

El señor de Remusat, al aclarar en su panegrico del señor Royer Collard, una parte bastante obscura de su vida, dice que se abstuvo de corresponderse con Hart Wel desde el momento que tomó parte en la vida pública en tiempo del imperio. Admitimos la rectificacion de esa interpretacion caritativa; añadiendo que no creemos que recibiese como otros dos personajes sea pensiones secretas, ó bien algun nombramiento provisional de relator ó consejero de estado.

Pero hecha esta rectificacion y admitiendo el hecho tal cual lo anuncia el señor de Remusat, ¿ cómo pudo cooperar el señor R. Collard á sostener como *emperador* cuando se habia hecho mas *déspota*, al mismo hombre que queria, ó á lo menos que deseaba echar á bajo como *primer cónsul*, cuando era mas liberal? y por otra parte, cuando *correspondía* en pleno y glorioso consulado, y en medio de la mas completa paz interior, ¿ no violaba el señor R. Collard las leyes actuales de su pais, y no se arriesgaba á atraer sobre la Francia la doble plaga de la guerra civil y de la invasion extranjera? No digo esto ciertamente con ánimo de herir una memoria que respeto y he alabado, sino para manifestar las inconsecuencias y extravíos á que pueden dejarse arrastrar las inteligencias mas privilegiadas y los corazones mas sinceros.

... y con semejante política política...  
... y en la vida pública...  
... y por reconvenirle por su modo de jugar al hoyuelo con los galopines.

#### Nota de la página 497.

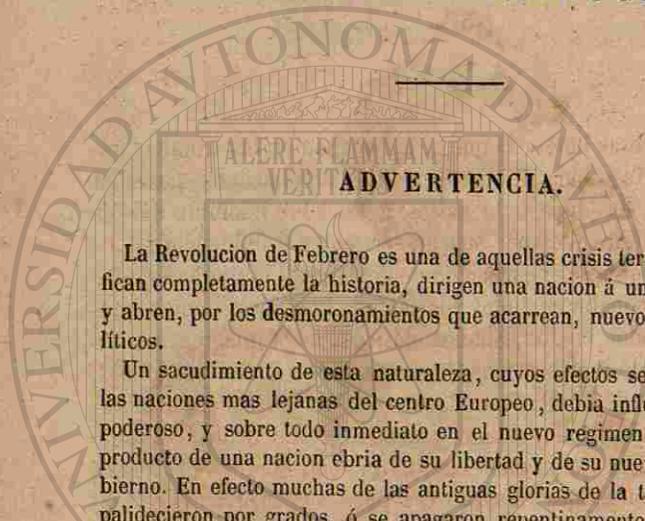
He hecho justicia al carácter privado, moralidad y talento del señor Guizot; pero su escuela y doctrinas han estinguído de las almas toda fé política y religiosa.

El pueblo y eso es todavía mas fuerte, piensa de nuestros ministros absolutamente lo mismo que yo. He aquí lo que me escribía con gran simplicidad un oficial de carpintero.

« Tome Vm., á la ventura, cuatro de los hombres mas entendidos en los negocios públicos y díjales Vm, esta pregunta: ¿ Creen Vms en Dios? y cuando « menos tres de ellos responderán sin titubear: No. Si es necesario añadirán « que el alma no es mas que la respiracion, el soplo de la vida que anima al « hombre así como á los demás animales. »



## APÉNDICE DEL TRADUCTOR.



La Revolución de Febrero es una de aquellas crisis terribles que modifican completamente la historia, dirigen una nación á una nueva senda, y abren, por los desmoronamientos que acarrearán, nuevos horizontes políticos.

Un sacudimiento de esta naturaleza, cuyos efectos se transmitieron á las naciones mas lejanas del centro Europeo, debia influir de un modo poderoso, y sobre todo inmediato en el nuevo regimen parlamentario, producto de una nación ebria de su libertad y de su nueva forma de gobierno. En efecto muchas de las antiguas glorias de la tribuna francesa palidieron por grados, ó se apagaron repentinamente, nuevos astros brillantes de juventud salieron sobre el horizonte, nuevo lenguaje resonó en la tribuna, un lenguaje osado y escenas borrascosas parecieron resucitar las terribles escenas de la primera revolución.

Lo imponente de este acontecimiento, en nuestro concepto el mas grande del siglo, y aun mas que esta consideración, el respeto que profesamos por la ciencia profunda, delicado aticismo y finura de estilo que caracterizan á Timon, nos han hecho titubear varias veces, y seguramente nos hubieran impedido añadir estas páginas á las de tan admirable autor, si no excusaren tamaña temeridad nuestro anhelo de perfeccionar la presente obra, y la indulgencia del ilustre público á que nos dirigimos, el cual, no lo dudamos, suplirá benigno á nuestros defectos, en favor de nuestras intenciones.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

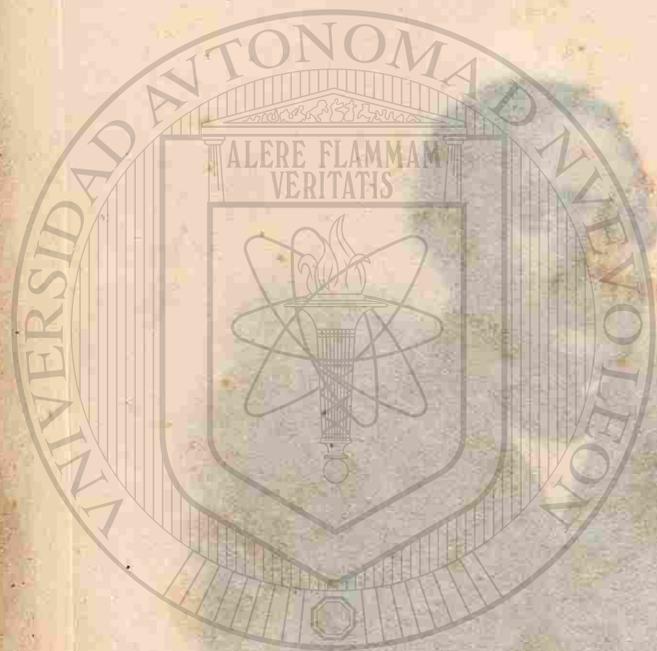
LEDRU-ROLLIN.

Las numerosas publicaciones de la Academia de Ciencias de la Asoc. de los Filósofos, y el heroísmo la ve...  
bierno propo...  
tramas, parec...  
Ben-Holla res...  
sinsias, ven...  
hino...  
taños...  
ra...  
como...  
los...  
plaz...  
el...

En efecto Ledru-Rollin, que se le...  
publicaciones...  
cia; fuer...  
uede...  
a...  
Uno de su...  
aux-Ros... (1) la casa que...  
un famoso...  
sea...

(1) Una colección...  
Hija...  
(2) Poeta francés del siglo...  
león, su...  
M...  
Luis XIV.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paris imp. Chaudon Anv. 1815. R. 11. 10. 11. 12. 13.

## LEDRU-ROLLIN.

Las numerosas personas que se agrupaban en las tribunas públicas de la Asamblea de representantes republicanos, paseaban inquietas la vista, buscando ansiosas el célebre miembro del Gobierno provisorio que, por sus antecedentes é influencia en las masas, parecía ser la encarnación de Febrero; y el nombre de Ledru-Rollin resonaba en todos los labios. Los adolescentes entusiastas, versados en los estudios clásicos, cuya imaginación habían enardecido tantas escenas heroicas, tantas fiestas patrióticas, tantos himnos de libertad cantados por el pueblo soberano, figurabanse á Ledru-Rollin pálido y austero como Bruto, cejijunto como Harmodio, amenazador como Timoleon, torvo y desdeñoso como Algernon-Sidney. Mas no era poca su sorpresa al ver un hombre sanguineo, repleto, propenso á la obesidad, de fisonomía insignificante, cuyo conjunto anunciaba mas amor de la mesa y del placer, que el insomnio de la ambición, la fiebre de la envidia, ó el rencor implacable.

En efecto Ledru-Rollin, aunque revolucionario, demócrata, republicano y socialista, es sobre todo orador, orador por excelencia; fuera de la tribuna, se encuentra fuera de su elemento, y se puede decir de él lo que Napoleon de Ney: « En el campo de batalla es un dios, mas fuera de él un niño. »

Hijo de un honrado vecino cuya familia poseía en Fontenay-aux-Roses (1) la casa que habitó el célebre Scarron (2); nieto de un famoso jugador de manos que había, por su habilidad reunido una suma suficiente para ser denunciado en 1793 como detentor de

(1) Linda población á media legua de Paris, cuyo nombre deriva de la cantidad inmensa de rosas que cultivan sus habitantes.

(2) Poeta francés del siglo décimoseptimo, conocido por varias obras burlescas, su cuerpo jorobado y tullido, su humor jovial, y su matrimonio con Mlle. d'Aubigné, que mas adelante llegó á ser Mme. de Maintenon y esposa de Luis XIV.

dinero, abogado perezoso, pero lleno de facilidad, chispa y verra, Ledru-Rollin habia sido elegido en 1841 para reemplazar á Garnier-Pagès, que la muerte habia arrebatado á sus numerosos amigos.

No constaban aun las opiniones y carácter del nuevo orador, y el *National*, órgano supremo del partido radical, no osaba aventurar su dictámen. Sin embargo la profesion de fe de Ledru-Rollin no podia ser mas explícita: «Por lo tocante á nosotros señores, el pueblo es todo; y pasar por la opinion política para llegar á la social, tal es la marcha que caracteriza el partido democrático en presencia de los demás partidos.»

Desde aquel entonces hasta la famosa Revolucion de Febrero, Ledru-Rollin nunca supo variar de lenguaje. Su palabra siempre calurosa, á menudo elocuente, lo designaban como dotado de un temperamento revolucionario aun mas que republicano; y en el concepto general, era reputado un terrorista, si bien sus amigos, ó por mejor decir los miembros de su partido que iban mas allá que el tribuno, lo acusaban de ser pacato y pusilánime en demasia, indolente, afable en exceso para con el bando opuesto, amigo del ocio y aun del lujo, sobre todo desde que un matrimonio opulento le habia dado los medios de llevar un tren de casa poco conveniente con la austeridad republicana.

Deseoso de ocupar el eminente puesto de caudillo del partido republicano, é impelido por la presion popular, Ledru-Rollin mostróse cada vez mas pronunciado en su género, mas extremado en sus opiniones, mas incendiario, como decian sus adversarios políticos. Las masas ponen á pública subasta sus favores, y el que mas promete es el que logra la popularidad, premio con dificultad divisible. Ledru-Rollin no escaseaba medio para lograr la aprobacion de los corifeos mas exigentes del partido democrático, y presto estaba á tentar todos los recursos conducentes á este resultado.

Sin embargo, en la Cámara, Ledru-Rollin, limitado por las conveniencias parlamentarias, el auditorio hostil en su mayor parte, la severidad del reglamento, y lo preciso de las cuestiones, no podia desplegar su vuelo, y encontraba mas de un competidor para la palma de la elocuencia. Pero en los banquetes patrióticos que precedieron la Revolucion de Febrero, la superioridad demagógica de Ledru Rollin se mostró en todo su auge, y las vehementes palabras del diputado de Mans sonaron tremendas y amenaza-

doras como el toque de asonada que raja el viento y azuza la muchedumbre.

La intriga audaz del matrimonio del duque de Montpensier con la infanta española, habia logrado completa aprobacion de la clase media, y era considerada por los cortesanos como una victoria diplomática ganada sobre la Inglaterra; mientras que la prensa oponente hacia resultar la conducta cobarde y egoista del monarca, que, presto á acumular concesiones á su fiel aliada al tratarse del honor ó interés francés, bajo el vago pretexto del amor de la paz, se manifestaba osado, terco, intratable y dispuesto á no ceder un ápice en materia de dinastía y familia. La boba y crédula clase media figurábase ver relucir de nuevo la política de Luis XIV, y abrirse para la Francia un nuevo período de grandeza y prosperidad. Por otra parte las multiplicadas faltas de los gefes de la Oposicion, habian vuelto tan floja su lucha é incierta su marcha, que no habia que temer un ataque vigoroso, y la opinion general era que la batalla parlamentaria se ceñiría á escaramuzas ligeras. La elocuencia de Guizot y maniobras de Duchatel eran mas que suficientes, en el sentido de los ministeriales, para disipar un enemigo sin concierto ni disciplina. Es verdad que tumultos y desórdenes mas ó menos graves habian sido provocados en los departamentos por la carestía de granos; y aun repetidas escenas sangrientas, análogas á las que habian precedido la primera revolucion, habian inquietado algunos ánimos y amenazado la nacion con un peligro inmediato. Pero la fuerza armada habia reprimido la insurreccion en los diversos parages en que estalló, y acopios numerosos de trigo habian disipado toda duda relativa á una carestía.

A la sazón algunos conservadores de buena fe, que creian sinceramente en las promesas del ministerio (1), elevaron la voz para reclamar su cumplimiento. Esta temeridad ofendió á Guizot, y, hueco por la prosperidad creciente de su política, no disfrazó el desprecio que le inspiraba la credulidad de ciertos sujetos, provocándolos abiertamente á la defeccion. «Los que no están contentos de la marcha del gabinete pueden pasar al campo de la «Oposicion.» Esta injuria tan acerba como gratuita dirigida á la

(1) Todos los partidos os prometerán el progreso, decia Guizot el 2 de agosto de 1846 á los electores de Lisieux, pero solo el partido conservador os lo dará.

mas complaciente de las mayorías, fue origen de una fracción disidente, y, gracias al encono del redactor de la *Presse*, Girardin, cundió una exasperación general contra el ministro altanero.

Desprovista de medios en el parlamento para lograr sus fines, la Oposición radical acudió al público, y una petición de cien mil electores fue presentada á la Cámara, que apenas dignó ocuparse de ella.

Dos miembros de la Oposición, si bien de opiniones diferentes, contribuían á la agitación general. Carnot, hijos del famoso convencional, perteneciente al partido radical, si bien republicano moderado y enemigo de la demagogia; y Duvergier de Hauranne, del gremio de Thiers, dotado de una probidad política y lucidez intelectual extraordinarias. Carnot habia publicado un opúsculo intitulado: *Les Radicaux et la Charte*, en el cual, al paso que no disimulaba sus simpatías republicanas, expresaba el deseo de conformarse á la voluntad nacional é instituciones de Julio, en las cuales se hallaba implícitamente contenida; aseguraba el autor del citado opúsculo, la reforma electoral. Duvergier de Hauranne apelaba á todos los gefes de la Oposición á unirse para provocar una Oposición extra-parlamentaria, con lo que tarde ó temprano debia capitular el ministerio.

Ambos estos escritos facilitaron la fusión de los miembros de la Oposición tanto dinásticos como radicales; y, queriendo la comisión de la Oposición organizar una manifestación imponente, y erigir una tribuna libre faz á faz de la tribuna avasallada del parlamento, decidió que tuviese lugar un banquete político.

La medida propuesta en nada se oponía á la legalidad, ni al uso admitido por los gobiernos representativos de Francia é Inglaterra, de que habian dado recientemente ejemplo Guizot y Duchâtel.

No obstante, el ministerio vió con disimulado disgusto los preparativos del banquete, y, á pesar de sus intrigas y mala voluntad, tuvo lugar la reunión del Château-Rouge, bajo la presidencia de Lasteyrie.

Poco despues, una coincidencia meramente literaria á primera vista, inquietó los ánimos como un presagio. Tres escritores de no menos talento que nombrada, Michelet, Luis Blanc y Lamartine, dieron á luz simultáneamente tres obras llenas de entusiasmo sobre la Revolución francesa, y una especie de corriente eléctrica recorrió la Francia de un extremo á otro.

Varios banquetes, llamados reformistas, sucedieron al del Château-Rouge, y el estado agitado de la nación favorecia sobremanera esta clase de manifestaciones. Entre ellos merece particular mención el banquete de Mâcon, en que apareció Lamartine brillante de elocuencia y lirismo, enardeciendo é inflamando su numeroso auditorio.

Siguieron varias otras fiestas análogas en Colmar, Reims, Soissons, Chartres, etc., á pesar de los obstáculos y vejaciones de todo género que experimentaban los comensales de parte del gobierno, si bien los brindis y discursos explicativos eran muy moderados por no decir insignificantes, y no pasaban una mera oposición contra el ministerio, sin ir al fondo de las cosas. Mas la intrusión de los ultra-radicales en el banquete de Lila, vino á cambiar el aspecto de la agitación.

Antes de este acontecimiento, los ultra-radicales se habian abstenido de esas manifestaciones tendiendo á producir la reforma electoral, y, de acuerdo en este punto con el ministerio, no habian visto en esas demostraciones mas que baladronadas de la Oposición, opinando que, de tantas palabras pomposas y elegantes discursos, solo podia resultar una mera modificación en las personas, y el advenimiento de sugetos menos impopulares que Guizot y Duchâtel, aptos por consiguiente á comunicar cierta popularidad al gobierno de Julio. Pero, viendo que continuaban los banquetes, no pudieron menos de ceder á una agitación tan porfiada y permanente, y, persuadidos que el momento era favorable para el triunfo de su causa, se mostraron inopinadamente en la reunión de Lila, dirigida por Ledru-Rollin, que negóse á admitir el brindis tal como lo habia formulado Odilon Barrot, exigiendo que se brindase á la *reforma electoral* sin el adjetivo *parlamentaria*. Una discusión acalorada encendióse entre los ultra-radicales y miembros de la Oposición dinástica, y estos se vieron obligados á ceder á aquellos, saliendo del banquete refunfuñando y embotijados. La prensa ministerial los comparó á los Girondinos retirándose amedrentados ante el gesto imperioso de los miembros de la Montaña.

La victoria de los ultra-radicales y humillación de la Oposición moderada, alarmó seriamente á los ministros y al rey. Los signos acumulados hacian palidecer á los cortesanos y crujir el trono de Orleans. Mientras que Odilon Barrot ocupaba la escena, el peligro era nulo, y el gobierno veia con tanto recreo como desprecio,

la esteril agitacion del gefe de la Oposicion dinástica que el periódico intitulado la *Reforme* definia un *compadre magestuoso*. Sus brazos cruzados sobre el pecho á la manera de Napoleon, el vano fruncimiento de sus cejas remedando á Júpiter Olímpico, su frente calva y monumental, sus discursos tan fofos como sonoros, sus palabras altisonantes y campanudas, podian divertir ó encolezir, mas de ningun modo atemorizar al monarca y á sus satélites.

Odilon Barrot empezó á arrepentirse de su imprudencia, y á bajar la cabeza ante la corte rencorosa que le echaba en cara, y con sobrada razon, haber inmolado el porvenir á su vanidad mezquina y á su anhelo de figurar.

Una vez dueño de la arena, la ocupó dominante el partido ultra-radical, estableciendo sin rodeos la cuestion, poniendo el dedo en la llaga, desgarrando el velo que cubria tantos equívocos y frívolas disputas, y no ocultando sus tendencias anti-monárquicas, ideas revolucionarias y principios republicanos.

Así, vehemente como Graco y Mirabeau, Ledru-Rollin pronunció entre otras estas palabras: «Al mal que por tantos años emponzoñó el país legal, ¿qué antídoto se propone? Medidas á medias, recursos mezquinos, puntales apolillados, diques impotentes. Oigo indignado la enumeracion de las úlceras vergonzosas y enconadas que consumen el cuerpo social; mas ¿donde está el hierro poderoso que solo puede cicatrizarlas? Sucede á veces que los pantanos fétidos y estancados del Nilo, infectan la atmósfera con miasmas de corrupcion y epidemia; al paso que en su marcha pesada y tortuosa deponen el río en la playa germen de muerte. Pero si en tales circunstancias tiene lugar una inundacion benéfica, barrerá airado el Nilo en su impetuoso curso todas esas impurezas, dejando solo en las riberas elementos de fecundidad y vida.»

El banquete de Dijon, que fue celebrado pocos dias despues, reveló á la Francia las atrevidas intenciones de Ledru-Rollin, el cual reprodujo, de un modo mas explícito, las audaces alusiones de la precedente manifestacion. Un brindis muy extenso á la Convencion que habia salvado la Francia del yugo de los reyes, en presencia de un auditorio ardiente que apostrofaba con la denominacion de *citoyens* el caudillo republicano, era mas que suficiente para dar á conocer las miras de este y el estado general de la nacion. «Si, somos ultra-radicales, decia el orador republi-

«cano, si por esta palabra entendeis el partido que quiere hacer penetrar abstracciones filosóficas en la vida real, y hacer fructificar en las masas las palabras de libertad, igualdad y fraternidad, sin dejarlas anular por las personas caducas y corrompidas. Las palabras solo amedrentan á los niños. Hubo una nacion que glorificó el título de *gueux* (1) con que la motejaban sus enemigos. Como los héroes de la libertad batava, la injuria es «nuestra bandera.»

Bien consta generalmente el resultado de esta agitacion. La crisis de Febrero, llámese desenlace feliz, ó catástrofe como el ministro Rouher, dió el poder á Ledru-Rollin, juntamente con Lamartine, Luis Blanc, Albert, Arago, Flocon, Garnier-Pagès, Crémieux y Marie. Si no fuera ageno de nuestro intento, y superior á nuestras fuerzas, contariamos todas las peripecias de la Revolucion, hasta el movimiento del 13 de junio de 1849, movimiento suscitado á consecuencia de los negocios de Roma, en el cual el fogoso orador no escaseó su persona y mostróse intrépido; pero la victoria del bando opuesto lo obligó á emigrar á Inglaterra. Mas estos acontecimientos han hallado dignos historiadores, y, por otra parte, nuestro objeto es dar una reseña rápida de los oradores de Febrero sobre todo bajo el punto de vista de la tribuna, ó, en otros términos, retratos si no temiésemos ser temerarios empleando la palabra de que á menudo se sirve Timon.

Ledru-Rollin, salvo los vicios y trivialidad grosera, recuerda á Danton por la vehemencia, colorido y ascendiente en las masas. Como Danton posee Ledru-Rollin una estatura elevada, un porte atlético, un temperamento indolente cuando no lo anima el soplo de la elocuencia, una bondad natural, una franqueza ingenua, ausencia completa de rencor, y gran apego al hogar doméstico. Y al mismo tiempo agrega un desinterés á toda prueba, una abnegacion sin igual, una urbanidad esquisita, y una bondad de corazón

(1) La palabra *gueux* significa literalmente pobre, menesteroso, pelou, mendigo; mas fue adoptada con orgullo por los insurgentes de los Países-Bajos, contra la dominacion española. En 1566, trescientos diputados caballeros, pertenecientes todos al partido calvinista, teniendo al frente el conde Enrique de Brederode, se presentaron á la regente Margarita, pidiendo la abolicion del tribunal de la Inquisicion; y, como esta se mostrase amedrentada de esta demostracion, el conde de Berleymont, deseoso de tranquilizarla, le dijo: *Ce ne sont que des gueux*, palabra imprudente que fue oida de los amotinados y llegó á ser un título con que se honraron.

que no han podido menos de reconocer sus mas acérrimos adversarios. Ledru-Rollin ne se ha contentado con predicar las máximas de fraternidad, sino ha sabido ponerlas en práctica, y, ayudado por su esposa, tan republicana y entusiasta como él mismo, supo abrir siempre su bolsa y corazón á todos los infelices.

Ledru-Rollin, ídolo de las masas, tribuno popular por excelencia, es el verdadero fundador de la República por su elocuencia y autoridad; y en el día 24 de febrero de 1848, Ledru-Rollin era el solo fiel á la tradición republicana francesa, el solo orador popular.

Atleta infatigable, había escalado la tribuna del Palacio Borbon cada vez que veía amenazados los intereses y libertades populares; repetidas veces tuvo ocasion de mancillar todas las torpezas de que quería el gobierno volver cómplice la nacion, y sin tregua ni descanso ni para sí mismo ni para el gobierno, abogó y defendió impávido y tenaz esas grandes cuestiones vitales por las que profesaba el gobierno ó afectaba cuando menos, la mayor indiferencia.

Como todos los oradores de temperamentos sanguíneos, une Ledru-Rollin á la audacia, la impaciencia, al ardor y la franqueza. Su voz varonil y vibrante es muy simpática á las masas; su lenguaje rebosan de arranques de elocuencia, atrevimientos inopinados, y palabras de fuego que electrizan el auditorio.

Por último Ledru-Rollin no reconoce superior entre los oradores modernos, y ni aun siquiera rival entre los de Febrero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Qui Lindo*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOUIS BLANC.

*[Handwritten signature]*

LOUIS BLANC.

Antes de la revolución de febrero, 1848, Blanc era un publicista de primer orden. A lo largo de su vida escribió elocuentemente y originalmente sobre los temas que era uno de los más ardientes partidarios de la revolución.

Blanc deriva de J. J. Rousseau en imitar su estilo y su espíritu, al menos de sus primeros escritos. Él mismo más tarde se dio cuenta de que había imitado una fórmula que no era suya.

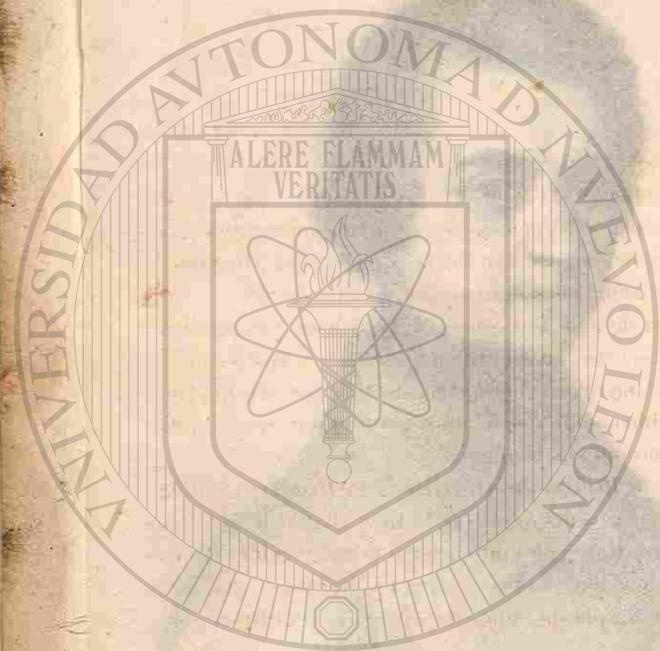
La fundación de la *Revue des Droits de l'Homme* y la *Revue des Droits de la Femme* contaron con él como colaborador. En la primera de estas obras, trató con tanto ardor como profesor, al abordar las cuestiones de disciplina, política, ley y literatura, que aseguraron a su nombre un grande éxito entre los lectores contemporáneos.

En la *Historia de diez años*, obra magna y profusa, y al mismo tiempo sencilla, de reciente lectura, e incluso en el día, Louis Blanc aparece con la misma fuerza y claridad que en sus obras de juventud. En esta obra, él mismo reconoce que su lenguaje es simple sin pedanterías, describe en detalle, y su narración abunda en bellas personificaciones y adiciones sabias.

En esta obra, él mismo reconoce que su lenguaje es simple sin pedanterías, describe en detalle, y su narración abunda en bellas personificaciones y adiciones sabias. En esta obra, él mismo reconoce que su lenguaje es simple sin pedanterías, describe en detalle, y su narración abunda en bellas personificaciones y adiciones sabias.

La *Historia de la Revolución* comenta la popularidad de Louis Blanc, y el concepto general de que gozaba en el arte literario y





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LUIS BLANC.

Antes de la revolución de Febrero, Luis Blanc era conocido como publicista de primer orden, historiador profundo y elevado, escritor elocuente y economista tan sagaz como osado. Añadamos que era uno de los principales corifeos del socialismo.

Luis Blanc deriva de J.-J. Rousseau por las ideas, y se esfuerza en imitar su estilo; si bien, por el primor, finura, y gusto esquisito, algunas de sus páginas recuerdan las de Voltaire; circunstancia tanto más notable cuanto que el autor profesa por este filósofo una antipatía que no intenta disimular.

La fundación de la *Revista del Progreso* y la *Historia de diez Años*, dieron á conocer ventajosamente á Luis Blanc. En la primera de estas obras, trató con tanto acierto como lucidez, diversas cuestiones de hacienda, política, historia y literatura, que aseguraron á su autor un puesto eminente entre los escritores contemporáneos.

En la *Historia de diez Años*, obra pintoresca y profunda, y al mismo tiempo anecdótica, de amena lectura, é interés sostenido, Luis Blanc procede con la mayor sagacidad, tino feliz, y una rectitud de juicio que le hace apreciar á su justo valor los hombres y los acontecimientos. El autor raciocina sin pesadez pedantesca, expone sin prolijidad, describe sin énfasis, y su narración abunda en bellos pensamientos y reflexiones sobrias.

A esta obra siguió la *Organización del Trabajo*, en que expone el autor sus doctrinas sociales, y aboga calurosamente por la extirpación de la miseria. Esta obra logró del público la más favorable acogida, y cualquiera que sea la opinión que formen los lectores de la opinión del autor, todas las personas justas celebrarán su sed de justicia, originalidad de miras y estilo admirable.

La *Historia de la Revolución* aumentó la popularidad de Luis Blanc, y el concepto general de que gozaba en el arte literario y

político. Lamartine habia presentado á los Girondinos retratados en el espejo de su fantasia, complaciéndose en esos hombres llenos de elegancia, republicanos á la manera de Plutarco, federalistas, y de una elocuencia pomposa, mas desprovista de toda accion en las masas.

Michelet, cuyo método es mas bien una pintura animada que una narracion sobria y filosófica, coloca el ideal de la Revolucion en Voltaire, y asigna como este autor, causas ligeras á los gigantes acontecimientos de que fue teatro la Francia en los últimos años del siglo pasado. Para época tan grande, para sucesos tan imponentes, era necesario un corazon jóven, un espíritu robusto, un entusiasmo acendrado, en una palabra todo lo que posee Luis Blanc. Así no es de extrañar el éxito prodigioso de su obra.

El historiador fijó la irresolucion de las conciencias de tantos ánimos timoratos, suspendidos entre la admiracion y el terror de la Revolucion; y, por el hecho mismo, hizo un gran servicio á la ciencia y á las naciones, desprendiendo de aquellos dramas oscuros y terribles, una filosofia política nueva. Si es permitido renocer á las obras individuales una influencia directa en los movimientos populares, diremos que las obras de Lamartine, Michelet y Luis Blanc, decidieron ese heróico transporte de Febrero que, en algunas horas debia barrer la monarquía y elevar la república.

Convencido de que en la Revolucion francesa se hallan depositados el resumen de lo pasado y los gérmenes del porvenir, Luis Blanc hojeó, lleno de zelo y actividad, los archivos de época tan memorable. Pero apenas ponía manos á la obra, cuando fue asaltado por uno de esos pensamientos deslumbradores, que paralizan á la vez y fecundan todo escritor que emprende un monumento gigantesco. El presente y el porvenir se confundieron tan simultáneamente en la imaginacion de Luis Blanc, que solo lo inmensidad de los siglos le pareció contener el prólogo y elementos del drama que iba á exponer; y en este estado de exaltacion escribió estas palabras en el principio de su libro: «La historia no comienza ni acaba en ninguna parte. ¿Quién podrá fijar el verdadero punto de partida de esa Revolucion francesa, emanada de los mas lejanos levantamientos del espíritu humano, que parece contenerlo todo en su profundidad?»

Nada hay mas cierto; nadie puede decir en donde empiezan las revoluciones morales; sus fechas en la historia son las fechas de

su manifestacion exterior y de ningun modo de su formacion, y la historia del mundo antes del año 1789 puede servir de prólogo á la Revolucion francesa. No obstante, considerada en si y constituyendo un hecho histórico, la Revolucion debe ser contenida en sus justos limites, y si á su historiador toca saberlo todo, no está obligado decirlo todo, cabiéndole el deber de no abandonarse á una erudicion excesiva.

Al empezar su libro, establece Luis Blanc el principio del derecho revolucionario, la justicia é igualdad como superiores á la fuerza, no solamente en el orden de ideas, sino en el de los hechos. El derecho siempre dura, una Providencia eterna gobierna á la humanidad, las acciones se encadenan entre sí, y el presente, fruto del pasado, contiene en si el porvenir. Atribuir la Revolucion francesa á negocios de hacienda ó á los vicios de la corte, es un empirismo grosero.

No insistiremos mas en esta obra, cuyo análisis podria llevarnos muy lejos, como siendo, en nuestro concepto, la mejor que en este punto, ha sido publicada.

Algunos meses despues de su publicacion, la campana de la reforma comenzó á agitar la Francia. Los banquetes políticos resonaban de proyectos liberales y aun mas de recriminaciones contra una monarquía gastada y antipática á la nacion. Ya hemos dicho que, al dar la señal de los banquetes, el solo fin de Odilon Barrot y amigos, era tan solo una revolucion de personas, deseosos de hacerse dueños de los empleos y honores; pero otros sujetos mas desinteresados y audaces, debian, dirigiéndose á la verdadera nacion, cambiar en tormenta ese juego parlamentario.

En el banquete de Dijon, el historiador de la Revolucion francesa, dejando la pluma por la palabra, comentó un brindis *al porvenir de la Francia*, y saludó la ciudad inspiradora que encendió el genio del mas elocuente apóstol de la democracia, del inmortal J.-J. Rousseau, recordando este la historia de Francia desde que estalló la famosa Revolucion de 1789, bosquejando un cuadro lleno de vehemencia de la sociedad moderna tal como la han constituido las instituciones viciosas de tantos siglos, y terminando por un destello oratorio que mostraba á la Francia dando la libertad al mundo entero. Mas oigamos al elocuente orador:

«Cuando partieron los cruzados á Tierra Santa para conquistar el sepulcro de Cristo, la Francia fue la que acaudilló el movimiento europeo. Mas adelante, cuando quisieron imponer el

«yugo del papazgo los sacerdotes ultramontanos (1), los obispos galicanos fueron los únicos defensores de las conciencias. Y en los últimos días de la monarquía, ¿quien sostuvo en el «Nuevo-Mundo la jóven América? La Francia, siempre la Francia; y, por un misterioso cálculo de la Providencia, la mas antigua monarquía del antiguo continente (2), fue la primera y la única que voló al socorro de la primera república del nuevo.

«Y lo que es cierto, señores de la Francia monárquica, ¿cómo podría dejar de serlo de la Francia republicana? ¿Acaso ofrece la historia ejemplo análogo á ese admirable desprendimiento de la república, cuando, despues de haber vertido tanta sangre en las fronteras ó en los cadalsos, aun halla en sus venas para sus «hermanos de Batavia; cuando, tanto á los vencidos como á los «vencedores, ilumina con los destellos de su genio? Que nos envíe la Europa diez y seis ejércitos, y nosotros les daremos la libertad.

«En efecto, en toda Europa la difundimos, con tanta prodigalidad, que solo nuestros principios son los que animan á los pueblos que se levantan contra el despotismo. La Revolucion que «dormita en Francia vivifica la Suiza y la Italia. Pero nadie se «engaña, y todos reconocen que de la Francia viene la iniciativa, «pues la Francia de las ideas, la Francia de los sentimientos, invade el orbe entero.

«Así, nunca morirá nuestra patria, pues su existencia es una «condicion de la vida europea. Si la Francia pudiese perecer, nada «podría colmar el vacío inmenso que resultaría para toda la tierra.

«Hemos visto nuestro bello territorio invadido por nuestros «cruels enemigos; pero, apenas habian tocado nuestro sagrado «suelo, cuando lo sintieron estremecerse bajo las plantas de sus «caballos, y lo abandonaron amedrentados de su aparente «triunfo. ¡Insensatos que creían imponernos el despotismo, y «llevaban el contagio de la libertad!»

Bajo el punto de vista de la belleza del estilo, del arte, de la energía y magestad de la imágen, la última parte de este discurso se asemeja á la elocuencia antigua.

(1) Llámase así en Francia á la parte del clero que admite que la autoridad decisiva se halla en la persona del papa, por oposicion á los galicanos que la colocan en el cuerpo episcopal entero y en los concilios.

(2) Se equivoca el orador: la monarquía francesa, fundada por Clodoveo en 496, es posterior á la española, fundada por el godó Astolfo en 412.

En ese mismo banquete de Dijon, celebrado en Francia á fines de 1847, pronunció igualmente Luis Blanc estas palabras proféticas: «El poder que hace poco se mostraba tan vigoroso, se «desploma por sí mismo sin que nadie lo ataque. Una voluntad «sublime siembra en las altas regiones inevitables catástrofes. «Actos inauditos de demencia, caidas vergonzosas, crímenes que «erizan los cabellos en la frente, suicidios inexplicados, llenan de «estupor la opinion pública. Esta sociedad aparentemente tan «prospera se agita, y se pregunta inquieta si no la carcome alguna ponzoña secreta, si un germen de muerte no recorre en «sus venas. Corrupecion, tal es la palabra del momento, y todos «dicen atemorizados: ¿Qué nos traerá el día de mañana? Esto «no puede durar. Señores, cuando los frutos están podridos, basta «el viento para que caigan de la rama.»

El huracan popular que, segun la expresion profética de Luis Blanc debía arrancar los frutos de la monarquía, empezó á soplar el 22 de febrero. El 24, las olas de la multitud habian arrasado el Hôtel-de-Ville y las Tullerías, y Luis Blanc formaba parte del Gobierno provisorio.

Republicano acérrimo, Luis Blanc encontró desde luego una resistencia en la pusilanimidad política de algunos de sus compañeros en el mando, y, secundado por Ledru-Rollin, Albert y Flocon, abogó calurosamente por los derechos del pueblo.

No trazaremos aquí la biografía de Luis Blanc, durante esa época agitada, pues sería escribir gran parte de la Revolucion de febrero, empresa gigantesca superior á nuestras capacidades y á los límites de estas noticias ó retratos oratorios. Solo diremos sucintamente que, inmediatamente despues de la fundacion de la República, Luis Blanc se pronunciaba contra la pena de muerte cuya abolicion consiguió; que el 29 de febrero se declaró, á pesar de la oposicion de casi todos sus compañeros, por la organizacion del trabajo, á cuyo efecto fue instituida una comision en el Luxemburgo, cuyo presidente fué el mismo Luis Blanc, y su amigo Albert vice-presidente; arengó el pueblo el 17 de marzo, logrando aplacar su furia; defendió la causa popular el 16 de abril contra las tendencias de sus compañeros; fue elegido miembro de la Asamblea constituyente por la Córcega y el departamento de la Sena; acogió la multitud que invadió el 15 de mayo la sala legislativa, asociándose á su movimiento de la emancipacion de las nacionalidades, y con una bandera polaca en la mano habló de la

soberanía nacional, de la fraternidad de las naciones, é instó al pueblo á que dejase á la Asamblea la libertad de sus deliberaciones; y fue insultado, maltratado y amenazado por algunos guardias nacionales al regresar á la Constituyente que se habia declarado en permanencia. Jules Favre acusó á Luis Blanc á consecuencia de la proposicion de Portalis y Flandin relativa á las ocurrencias de mayo, y fue absuelto tan solo el acusado por 32 votos de mayoría en una Asamblea que no se sentia aun bastante fuerte para entrar en la via de proscripcion. El 25 de agosto de nuevo fue acusado juntamente con Causidière, por el fiscal (*procureur général*) Corne, y en el dia proscrito en Londres, sostiene noblemente su destierro, es el centro de los refugiados franceses, se ocupa laboriosamente en dar á la luz varias publicaciones, y aprovecha los momentos libres para hacer un curso de economía social.

La práctica de la improvisacion, su vena natural, imaginacion brillante, conviccion firme y abundancia de ideas, asignaron á Luis Blanc uno de los primeros puestos en la tribuna francesa, y una gloria de orador casi igual á la de escritor y economista. Agréguese á esto la autoridad que supo el tribuno ejercer en la Asamblea á pesar de su pequeña estatura y fisonomía juvenil; el brillo de sus ojos negros, las líneas firmes de su rostro, y el modo expresivo de cruzarse los brazos, que revelan una fuerza de voluntad poco comun, la cual impone involuntariamente al auditorio.

Lo que tambien hace que Luis Blanc sea superior á casi todos los oradores contemporáneos, es que, desde el principio de sus arengas, ve de un punto elevado el objeto á que tiende. A diferencia de tantos tribunos que marchan sin saber donde van, porque carecen de método, profundidad, convicciones y principios, Luis Blanc traza al rededor de su palabra varias líneas de circunvalacion que nunca traspasa. Al mismo tiempo el obstáculo lo anima, la contradiccion lo fecunda, y, como los soldados en la batalla, parece embriagarse del fuego, estrépito de las armas y olor de la pólvora. En la tribuna, como en sus escritos, una vez entrado en la corriente popular de la libertad, se precipita con el torrente, muge con la tempestad. Orador por la pasion y la elocuencia, músico por la intonacion de la voz, pintor por la mirada y el gesto, poeta por la expresion, Luis Blanc sabe hallar la senda del corazon de sus oyentes, y transportar el alma de sus lectores por esos arrebatos sublimes de conviccion y sinceridad, de sencillez y grandeza, de que rebosan sus páginas.

## DE FALLOUX.

De Falloux, antes de la Revolucion de Febrero, era uno de los mas distinguidos miembros del partido que seria ó irónicamente designaban sus adversarios bajo el nombre de *neo-católico*. Diputado poco antes de fenecer el reinado de Luis-Felipe, era considerado como uno de los hombres que debian cimentar la reconciliacion entre el pasado y el porvenir, pues reunia en su persona los principios tradicionales de la Francia, si bien su edad, estudios y actividad intelectual lo fijaban á la nueva generacion.

Antes de su carrera parlamentaria, de Falloux habia explorado la vasta época de las revoluciones religiosas y políticas, y sondeado las tormentas de nuestra época, como lo acreditan dos obras gravemente concebidas y audazmente ejecutadas: la *Historia de san Pio V*, y la *Historia de Luis XVI*. En ambas estas obras, examina el autor como puede triunfar y brotar de nuevo lleno de robustez el principio de autoridad, despues de haber sido postrado por el huracan revolucionario; y como este mismo espíritu de autoridad cede al soplo embravecido de la revolucion, aunque personificado en varones llenos de santidad, virtud y mansedumbre.

Despues de la proclamacion de la República, de Falloux publicó espontáneamente una profesion de fe, en la cual procuraba disipar de la mente de sus conciudadanos de la Vendée todo pensamiento de guerra civil, y los exhortaba á aceptar francamente la era nueva.

Elegido representante del pueblo por el departamento de Maine-et-Loire, de Falloux adquirió en el cuerpo legislativo el concepto de ser uno de sus miembros mas instruidos y valerosos, y mostró la mayor presencia de espíritu en la invasion del 15 de mayo, dia de la invasion de la Asamblea.

Pero en los dias 24 y 25 de mayo, de Falloux se acreditó como

orador parlamentario, si se considera su bella defensa contra tan terribles y simultáneos ataques. Tratábase de un terreno retrospectivo, cuestion de los talleres nacionales (*ateliers nationaux*); de un terreno ardiente, cuestion de la responsabilidad del gabinete; y enfin de una cuestion personal. De Falloux se encontraba en la situacion del Horacio romano defendiéndose contra los tres Curiaios. La posicion del orador era peligrosa: por una parte tenia que resistir á Ledru-Rollin, atleta intrépido, á cuya voz levantábase en masa la Montaña; por otra Flocon, con motivo de la proposicion del general Changarnier, evocaba el borrascoso recuerdo de los talleres nacionales, mostraba la sangre vertida en junio, y aludia á las venganzas implacables de los realistas en 1815. Por último Joly, abogado anciano y disertó, acudia con un libro en la mano, anunciando que el hombre que habia osado hacer el panegirico de la inquisicion y de la matanza de San-Bartolomé, era capaz de tramar la pérdida de la República. Y prescindimos de los miles venablos agudos que disparaba la izquierda airada, y venian á silbar en los oidos del ministro impávido en la tribuna, cuya palabra firme, acentuada y elegante, le grangearon sino un triunfo á lo menos una retirada honorífica, desarmando sus adversarios con su urbanidad, y aplacando la tempestad con su cordura, serenidad y palabras corteses.

Como orador, de Falloux posee una dición llena de finura, espontaneidad y fluidez, pero le falta cierto fermento de cólera y vehemencia que solo puede dar animacion al lenguaje de la tribuna. En un círculo de amigos, y en los salones en presencia del bello sexo, tiene, segun se dice, modales de la mejor compañía, y conversacion amenísima; y cierto es que en ningun otro se encuentra mas elegancia, lealtad caballeriza, y nobleza de sentimientos.

## JULES FAVRE.

Jóven aun, Jules ó Julio Favre distinguióse entre los abogados de Leon por una inteligencia viva, una perspicacia increíble, y sobre todo por un talento de produccion incomparable. Pero deseoso de un teatro mas digno de sus brillantes facultades, acudió á Paris, y en esta ciudad se ilustró por varias causas y sobre todo por la de los acusados de abril en 1835. Jules Favre tuvo mas de una conferencia preparatoria con los demás defensores, para establecer las cláusulas y convenciones de los debates jurídicos; y como el presidente de la Cámara de pares se opusiese á la libertad de la defensa, la mayoría de los defensores de los acusados opinó que convenia retirarse si no podia ser completamente libre la defensa. La opinion contraria fue sostenida con autoridad por Armand Carrel, con vehemencia fogosa por Ledru-Rollin, y con lógica persuasiva por Jules Favre. Este último alegó varias razones de gran importancia bajo el punto de vista de la causa, pero que no podian hacer mella en jóvenes entusiastas cuyo fin era entrar en la lid, y hallar una ocasion favorable para profesar públicamente los principios que profesaban. La palabra seca, ademanes frios y semblante poco simpático de Jules Favre, los pensares de egoismo y sequedad de que era sospechado, dieron poco peso á su palabra, destruyó el efecto de sus razones, y acarreó relaciones poco amistosas entre el defensor y los acusados. Mas en el resumen de los debates Favre estuvo tan elocuente como audaz, apostrofando al gobierno, afeándole su conducta, y echándole en cara el haber prolongado la lucha, fomentado los disturbios, azuzado los ciudadanos, complaciéndose en los tumultos; en una palabra fulminó una acusacion llena de vehemencia contra el gobierno.

Desde entonces Jules Favre fue una de las personas mas considerables del partido radical, y uno de los primeros abogados del

foro de Paris, por su espontaneidad, fluidez, lógica irresistible y sobre todo por su talento mordaz y epigramático, arma terrible en un pueblo que teme el ridículo como en otros países se teme al diablo.

Dos partidos campeaban á la sazón en la arena republicana: el de Marrast, partido según la tradición de Voltaire, escéptico, dispuesto á hacer todas las concesiones posibles á la clase media, mas convencido que entusiasta, mas confiante en las intrigas que lleno de fe en los principios; y el de Buchez, partido seco, dogmático, arrogante, provisto de un pedantismo teológico insoponible, que hacía una mezcla monstruosa del pasivismo católico y el terrorismo revolucionario, y cuya última conclusión era el despotismo. Ambos gefes resumían admirablemente su partido respectivo. Marrast, escritor elegante, periodista lleno de chispa y brillantez, excelente en la polémica, nulo en la exposición del dogma, hombre de modales finos, conversación agradable, jovial, amigo del lujo y placer, desprovisto de malicia y rencor, pero demasiado sensual y fisionomía para sentir profundamente, y á quien le había aplicado el pueblo el dictado de *marqués de la República*.

Buchez, al contrario, escritor torpe y pesado, sin fermento alguno artístico, filósofo sin elevación, historiador grotesco, era una de aquellas inteligencias que parecen nacer con un instinto que los lleva al error, como ciertos animales á revolcarse en el fango. Todo su sistema puede reducirse en dos palabras: unidad como fin, y crueldad implacable como medio; y no obstante, por una grosera contradicción, Buchez considera como la mas perversa criatura de todos los vivientes á Nicolas de Rusia que se propone la fusión de todas las razas slavas bajo el nombre de panslavismo, y emplea los medios mas inhumanos. Pero salvo esta sola contradicción, Buchez profesa la mayor admiración por los tiranos mas desalmados, desde que puede vislumbrar una unidad real ó quimérica, y lo que es generalmente obstáculo y repugnancia, es para él aliciente. Así se precia de ser católico en un país de indiferencia religiosa, no á pesar sino á causa del degüello del día de San Bartolomé y la inquisición; y hace alarde de la mayor admiración por la Revolución francesa, no á pesar sino á causa del terror y la guillotina. Todo lo bueno, lo tierno, lo poético, lo designa bajo los nombres de misticismo y panteísmo, nombres que en su boca ó pluma son injuriosos. La unión cristiana, la aspiración ideal, la contemplación de todos los dones el

mas puro y celestial, son cosas que no comprende la caridad de Buchez, caridad farisáica por mas que se precie de ser activa, como si no fuera la mayor actividad la contemplación; y, si se hubiera hallado en Betania, juntamente con Jesucristo, es probable que Buchez hubiera protestado contra la preferencia del Salvador que asignaba la mejor parte á la contemplativa María y no á la afanosa y trabajadora Marta.

El otro periódico representante de la opinión republicana era la *Réforme*, redactado con vigor y audacia por Fernando Flocon, hombre lleno de fe, probidad, entusiasmo y desprendimiento; y por Ribeyrolles, que agregaba á estos dotes, una espontaneidad de pluma increíble, un estilo lleno de color y brio, y una abundancia inagotable. Lo mas selecto del partido democrático pertenecía á la *Réforme*, fiel depositaria de la tradición de J.-J. Rousseau, y como este pobre en dinero, mas rica en ideas, sentimientos y esperanzas. Incapaz de cobijar su bandera la *Réforme* la enarbolaba y hacía tremolar en el aire, mostraba la República con sus consecuencias, debatía las cuestiones sociales, y obstinada en no capitular en cuanto al principio, se mostraba ebria del porvenir, orgullosa é intratable en materia de democracia.

Jules Favre, por su índole natural y antecedentes, pertenecía al partido del *National*, y admitía la República con tantos *peros*, que nada hubiera perdido el partido democrático al perderlo. Sus discursos, siempre acerbos y mordaces, contenían á menudo ataques violentos contra sus compañeros mas avanzados, y por sus epigramas contra el socialismo, se captaba la adhesión de los miembros de la Asamblea designados por el nombre de *reaccionarios*.

Mas lo que lo desconceptuó completamente en la opinión republicana, fue el pedimento fiscal contra Luis Blanc, solicitando á la Asamblea que despojase de su libertad y quebrase el porvenir de este admirable publicista y orador eminente.

Lo mas curioso es que empezaba de un modo almibarado y meliflúo por hacer el elogio de Luis Blanc, y concluía solicitando un voto de confianza en favor del pedimento, sin pruebas ni documentos propios para determinar una decisión de la Asamblea, limitándose á pedir que fuese entregado Luis Blanc á la justicia, sobre la afirmación de la mayoría de la comisión. Con tal sistema no hay miembro perteneciente á la minoría en que no pueda cargar la proscrición; y semejante peligro debía ser comprendido por cada individuo de la Asamblea, sobre todo en tiempos de crí-

sis revolucionarias, en que el vencedor actual puede ser vencido por una de esas vicisitudes inopinadas que cambian completamente el horizonte político.

La obra de Jules Favre era un modelo de perfidia é hipocresía, y el pintoresco redactor de la *Réforme*, Ribeyrolles, tenia razon en compararla á una tasa de leche envenenada. La discusion se trabó el 4 de junio sobre el pedimento de Jules Favre. La inocencia de Luis Blanc era tan patente que hasta sus mismos adversarios lo defendieron, y Marrast dió testimonio que el acusado no habia puesto los piés en el Hôtel-de-Ville en todo el dia de 15 de mayo. Así segun la locucion francesa empleada por un amigo nuestro, y difícil de traducir en nuestro idioma, Jules Favre *en fut pour ses frais de méchanceté*, y el voto de la Asamblea lo obligó á retirarse del empleo que ocupaba como secretario de estado.

En la Asamblea legislativa que reemplazó á la Constituyente, Jules Favre se mostró republicano decidido, y con el mayor acierto y felicidad, se pronunció en casi todas las cuestiones importantes, llegando á ser, á causa de la expatriacion de Ledru-Rollin y Luis Blanc, el primer orador republicano despues de Victor Hugo.

Jules Favre es de complexion seca y huesosa, de cuerpo lerdo y desmañado, de fisonomía desagradable, en que se lee el sarcasmo, la malicia y la misantropía. Tiene la nariz puntiaguda, los labios delgados, la parte superior de la frente protuberante, signos todos, segun Lavater, de carácter disimulado y sequedad de corazon. Su talento es generalmente reconocido, mas nadie lo ama y á nadie él ama. Su modo de recitar es monótono, su voz clara y metálica, sus ademanes raros, su palabra fria. Su mérito oratorio estriba casi únicamente en la fluidez y claridad, pues es preciso reconocer que carece completamente de destellos, arranques y vehemencia contagiosa; y, bajo este punto de vista, forma un contraste perfecto con Victor Hugo.

## EL GENERAL CAVAIGNAC.

En el mes de julio de 1830, dos hechos de la mas alta importancia y ambos simultáneos ilustraban la Francia: la conquista de Argel, y la famosa revolucion que cambió completamente la faz política de la Francia, y hasta cierto grado de la Europa. Mientras que cien cañonazos anunciaban á la metrópoli que arruinada para siempre se hallaba esa guarida de piratas que por siglos enteros habian sido el azote de la Europa; mientras que acudia el baron d'Haussez á anunciar al monarca francés que en pocos dias habia conseguido el denuedo de las tropas francesas llevar á cabo una obra considerada como fabulosa, que no habia podido realizar el mismo Carlos V, á pesar de su colosal poder, y el valor y constancia de las tropas españolas; mientras que, ebrio de gozo, creía afianzado su trono el último de los Borbones, el pueblo de Paris, conocido por su humor belicoso y vivos arranques, formaba corrillos, insultaba la fuerza armada, desempedraaba las calles, peleaba con intrepidez, y comunicaba su entusiasmo á la tropa que deponia sus armas y *fraternizaba* (permitásenos este neologismo) con el pueblo revolucionario, lleno de arena, hirviendo de sudor, y negros sus labios de la pólvora.

Hereditaria de tan brillante conquista, que tan dignamente coronó la dominacion de la raza de los Borbones, la dinastia de Orleans encontró en Argel una especie de revulsivo contra el humor inquieto y belicoso de los Franceses. La juventud de aquel entonces acudió al Africa, deseosa de honores y fortuna, y aun mas de batallas y movimiento; y pocos años despues, nuevos nombres gloriosos agrupábanse á los nombres ilustrados por las guerras de la República, Consulado é Imperio. Entre ellos descollaban los de Valée, Danremont, Bugeaud, Négrier, Duvivier, Changarnier, Lamoricière y Cavaignac.

Este último, hijo de un convencional fogoso, hermano de un re-

publicano austero, cuyo carácter y talento eran admirados por todos los partidos sin excepcion, hijo de una madre que, por su recatada viudez, entusiasmo republicano y amor por sus hijos, era designada bajo el título de *la madre de los Gracos*, se habia ilustrado en Africa por sus talentos militares, vida austera, trato ameno é infatigable actividad; y, cuando regresó en Francia despues de la Revolucion de febrero, se halló con una popularidad inmensa adquirida á poca costa, habiendo pasado fuera de su país los mejores años de su vida; popularidad debida á la memoria de su padre, virtud austera de su madre, y sobre todo á la veneracion inspirada por el nombre de su hermano; advirtiendole que, no habiendo tenido ocasion de mezclarse en materias políticas, y su larga mansion en Africa no habiéndole permitido ni aun siquiera conocer el carácter de las varias fracciones republicanas, se hallaba bien quisto de todos los partidos, y deseado con ansia, á causa de su nombre y grado, por todos los corifeos de la muchedumbre.

Así no es de extrañar que los miembros del Gobierno provisorio pensasen inmediatamente en aumentar la fortuna del general Cavaignac brindándole con el ministerio de la guerra. Mas no fue poca su sorpresa al recibir una respuesta negativa del general, concebida en términos secos y con una arrogancia poco disimulada. El general quejábese con acrimonia de que el gobierno que habia proclamado la República no hubiese tenido la debida consideracion por las tropas, ni considerado que el soldado no es menos ciudadano que los demás que se honran con este título.

Nuevos pasos fueron dados por el benévolo y conciliador Larmartine, que, valiéndose de su compañero Flocon, amigo de la viuda de Cavaignac, visitó á esta señora, y consiguió por último su intento de colocar á un general republicano al frente del ejército.

Elegido por Paris y por el departamento del Lot, se decidió el general Cavaignac á admitir la diputacion de este último, y entró en la Constituyente con el doble título de representante del pueblo y ministro de la guerra.

La formidable insurreccion de junio, es la página mas sangrienta de la Revolucion de febrero, que la posteridad juzgará con equidad soberana. A ella debió el general Cavaignac la dictadura que ejerció durante cinco meses, situacion crítica que le grangeó numerosos aduladores é implacables enemigos.

Desposeido de su autoridad por la eleccion de Luis Napoleon Bonaparte á la presidencia francesa, el general resignó el mando con dignidad, sin tristeza ni amargura, inclinándose ante el sufragio universal. Desde entonces su vida parlamentaria ha sido oscura, y odiado por los republicanos, olvidado por la clase media, el dictador de junio ha desaparecido completamente de la arena política.

Aventurar una opinion sobre el general Cavaignac es empresa difícil. Por sus actos y posicion, el general ha llegado á ser un personage considerable, perteneciente á la historia contemporánea, y en consecuencia se encuentra en el ardiente terreno de la discusion política, tan sembrado de pasiones violentas é implacables rencores. Pronunciar un juicio cualquiera sobre un hombre que se ha hallado mezclado á sucesos tan trágicos y sangrientos, y revestido de un poder dictatorial, sería intempestivo y arriesgado en una publicacion francesa, pero sin mayor inconveniente en una obra de esta naturaleza, destinada á ser leida por los Españoles. Mas por otra parte, atacar á un personage caido de su poder, en una lengua extranjera, en una publicacion que nunca llegará á leer y cuya existencia no es probable que llegue á saber, es acto que repugna á nuestra dignidad. Así nos abstendremos de todo comentario, ciñéndonos á decir que bajo el aspecto político no tenemos el menor afecto por el general Cavaignac, y solo lo examinaremos bajo el punto de vista oratorio.

El general Cavaignac es alto y seco de cuerpo; tiene una fisonomía seria, un rostro enjuto y huesoso, un porte grave, el gesto sobrio, el bigote espeso, la mirada viva, la cabeza elevada y algo echada hácia atrás, y un modo de vestir sencillo. La naturaleza lo ha dotado de una calma llena de energía y de una presencia de espíritu imperturbable en medio de las discusiones mas borrascosas. Como orador, ese tribuno militar no ha dado pruebas de elocuencia, su palabra es grave y severa como su fisonomía, desprovista de adornos, fria, acompasada y seca como un tratado de álgebra. El general podrá convencer, pero nunca arrastrar al auditorio. Todas sus palabras acusan una rectitud intelectual, que todos, partidarios como adversarios, reconocen unánimemente; un lenguaje conciso digno de Esparta, un sentimiento de justicia á lo menos aparente, una sobriedad que puede ser indigencia, una sencillez que raya en desnudez escuálida; pero todos igualmente convienen que nada palpita, nada brilla, nada se estremece en los

discursos del orador militar en cuya organizacion no cabe el menor elemento artístico ni calor de corazón.

Generalmente considerado como hombre severo y rígido, el general Cavaignac deja caer de sus labios esas sentencias que definen un hombre y pintan un carácter. « Me sucede improvisar « muy mal mis frases, decia un día en la tribuna, con su voz « breve y sorda, pero nunca improvisar mis ideas, y cuando digo « una cosa es porque la siento, y presto estoy á sostenerla y á « repetirla. » Esto arguye honor, pero al mismo tiempo desgracia, como que implica ideas pocas y estrechas, impotencia oratoria, rectitud de conciencia algo seca y orgullosa, y una rigidez matemática que pesa como una inexorable fatalidad en las palabras y acciones del general.

## EL CONDE DE MONTALEMBERT.

Antes de la Revolucion de febrero, el conde de Montalembert pasaba por el primer orador en la difunta Cámara de pares, fogoso adversario de la Universidad (1), defensor elocuente de la Polonia y la Irlanda, campeón del catolicismo, sosten celoso del ultramontanismo, escritor elegante, y enemigo de la filosofía moderna. En el concepto de la clase media francesa, poco devota y muy apegada á Voltaire, el conde de Montalembert era meramente un *jesuita*, denominacion sinónima de hipócrita.

Después de la Revolucion, el noble conde ha encontrado sino la afeccion á lo menos la alianza de la clase media, que se figuraba hallarse atacada en sus bienes y familia por algunos demagogos; y, como el miedo abulta los objetos, los ricachos y tenderos de la capital, tuvieron como veleidades de religion, dieron signos de arrepentimiento, asistieron á misa cada domingo, y aun hubo entre ellos quien habló de confesarse. Por de contado el *jesuita* Montalembert fue considerado como un valeroso soldado del orden, un defensor elocuente de la familia, un dique contra la invasion socialista, un talento lleno de firmeza, una inteligencia llena de luz y de autoridad.

Ello es cierto que el conde de Montalembert ha sido un terrible gladiador en la arena parlamentaria, que nadie como él ha luchado con mas encarnizamiento contra los socialistas, que nadie ha roto tantas lanzas, dado y recibido golpes mas recios. Es preciso tambien confesar que ninguno posee calidades tan adecuadas para la lucha: carácter agresivo, estilo acrimonioso, temperamento

(1) Después de diversas tentativas, mas ó menos infructuosas, Napoleon, por un decreto del 17 de marzo de 1808, instituyó, bajo el nombre de *Universidad de Francia*, un cuerpo de enseñanza único, que abrazaba todo el imperio y comprendia la enseñanza superior, juntamente con la secundaria. Este cuerpo ha sobrevivido á la caída del régimen imperial.

bilioso, ironía llena de hiel, calidades que desdienen todas de un verdadero cristiano, y acusan una hipocresía muy mal disimulada. *Faiseur de bons mots, mauvais caractère*, dice el célebre Pascal, para el cual la práctica de la religión fue no solo un gran negocio, no solo el primer negocio, sino el único negocio en este mundo. Pero es preciso confesar que aquel á quien sofoca la hiel, le es difícil hacer muecas de humildad y de caridad.

El conde de Montalembert se habia dado á conocer como escritor, y sido redactor del *Avenir*, juntamente con Lamennais y el padre Lacordaire. Mas adelante publicó una *Historia de Santa Isabel de Hungría*, obra amanerada é insulsa, á la cual siguió la traduccion de los *Pelegrinos Polacos* de Miskewicz, y otras diversas publicaciones sobre las cuales no osamos emitir fallo alguno, no habiéndolas leído.

Las repetidas arengas de Montalembert en la Cámara de pares, le grangearon la fama de gran orador, y una benevolencia general de la prensa que contrasta con la virulencia con que fue atacado despues de la proclamacion de la República.

En 1847, habló con elocuencia y brio sobre la incorporacion de Cracovia, y retrazó en caracteres de fuego la situacion de la Polonia. « Creen anonadar un pueblo, dice el orador, y han abierto to un volcan. »

Seis semanas antes de la Revolucion de febrero, pronunció Montalembert su famoso discurso sobre la guerra de Suiza, modelo de dialéctica sofisticada, y declamacion capciosa. El noble orador atacaba con la mayor violencia las tropas del general Dufour, á cuya victoria no habia sucedido la menor efusion de sangre ni ninguna de las tropelías y venganzas del partido vencedor. Todos los argumentos del conde de Montalembert estribaban únicamente en algunas anécdotas y hechos particulares que cuando mas probarian excesos aislados de la soldadesca, siempre la misma en todos tiempos y en todos los paises.

Al estallar la Revolucion, huyó á Bélgica el ex-par de Francia, aunque en aquel entonces nadie pensase en el conde de Montalembert, y fuese la primera providencia del gobierno republicano el olvido de lo pasado y la abolicion en lo venidero de la pena de muerte en materia política.

Cuando sintió apaciguarse la tormenta, Montalembert que, como la tortuga, habia escondido sus pies y cabeza bajo su concha, empezó á sacarla poco á poco, y á cebarse en las cosas y

hombres de Febrero, asociándose á las medidas mas liberticidas, y procediendo con saña y encono indignos de la mansedumbre evangélica y la urbanidad mundana.

La proposicion hecha á la Asamblea de disolverse, el discurso sobre la inamovilidad de la magistratura, sus diatribas contra la prensa, la discusion sobre la expedicion de Roma, la del restablecimiento del impuesto sobre las bebidas, fueron las campañas del conde de Montalembert, en las dos Asambleas constituyente y legislativa.

El noble conde anhela el combate como un fogoso alazan, y, dotado de un temperamento violento, casi siempre comienza el ataque. Su sequedad de lenguaje, su estilo corrosivo le han grangeado numerosos enemigos, la ojeriza enconada de los emigrados republicanos, y ataques mordaces de la prensa. La ironía amarga, la sátira que silba como fria sierpe, nunca fueron las armas evangélicas, y sí origen de escándalo y descrédito de la religión. En un tiempo como el nuestro de tibieza cristiana, en una nacion indiferente en materia de fe, el proceder del conde de Montalembert puede solo redundar en mengua y desdoro de la religion.

## VICTOR HUGO.

Si hay una verdad evidente, un axioma incontestable, es que tanto en poesía como en las demás artes, no hay mas diferencia que la indicada por la misma naturaleza, esto es, lo bueno y lo malo, y que toda otra es arbitraria, pasajera y mero órgano polémico. Tal era nuestro dictámen hace años con motivo de la famosa querrela de clásicos y románticos, nombres ridículos, nombres olvidados como serlo merecían. Las obras de arte solo pueden ser juzgadas *á posteriori*, esto es, por el efecto que producen, por la emoción que determinan, y de ningun modo por una teoría de estética cualquiera.

Pero era preciso un nombre á la feliz reaccion que se operó en Francia contra el gusto estragado, el exclusivismo grosero, el nacionalismo estrecho y mezquino, la pedantería literaria, el prosaismo estéril, la imitación servil, la preferencia del método á la inspiración, y el orin de la rutina; y esta reaccion se llamó *romanticismo*. Victor Hugo fue el gefe de la nueva revolucion que se operó en la Francia artística, revolucion que se trasmitió á la Europa, pues hasta que el cetro pase de Israel á Judá, la Francia será imitada por los demás países.

Para la alta mision que le estaba confiada, Victor Hugo reunia grandes calidades, pero, es preciso tambien reconocerlo, grandes defectos. Una originalidad sin asomo de imitación alguna, sin filiación alguna con el pasado, y hay que advertir que de todos los elementos del genio, la originalidad es el primero; un colorido lleno de calor y vida, una espontaneidad abundante, un lirismo riquísimo, un derrame inagotable de imágenes con la prodigalidad del genio, un estilo lleno de fuego, tales eran las calidades de Victor Hugo para ser el pontífice de la nueva escuela.

Pero al mismo tiempo, para tan alta mision hubieran sido necesarios muchos otros requisitos, y la naturaleza extrema de Victor Hugo no reconoce calidades ni defectos á medias. Así el gefe revo-

lucionario vislumbraba apenas una teoría en arte, inútil, ello es cierto, para un poeta, necesaria empero á un pontífice en arte; no habia armonía completa entre su imaginación y razón; el elemento ideal á la manera del Platon flaqueaba en esa organización sensual amiga de los cascabeles, y vidrios pintados como los salvajes; su imaginación se difundía en cohetes luminosos sin dejar mas que chispas en el aire; y si bien concebía el arte dramático de un modo colosal, su modo de ejecutar el drama no correspondía á lo grandioso de su concepción, tan cierto es que nada hay perfecto en este mundo, y en todos nosotros hay un activo y un pasivo como en las cuentas de los negociantes.

Mas todas estas consideraciones nos arrastran muy lejos de nuestro terreno, y no debemos olvidar que se trata aqui no del admirable aunque sensual poeta cuyos versos deslumbran como pedrerías que chorrean, sino del orador político.

Estimulado por los laureles de Lamartine, Victor Hugo deseaba tambien una tribuna en que pudiese campear su genio, y sujetaba su bella imaginación al estudio de la política y de la economía; á pesar de los avisos y consejos de algunos amigos imparciales, que le repetían el consejo de Goethe á Lamartine: «La Francia no carece de hombres políticos, pero no posee un poeta como vos.»

La monarquía de julio confirió á Victor Hugo el título de par de Francia, y el nuevo par subió repetidas veces á la tribuna, no sin gran sorpresa de parte de sus compañeros que no podían habituarse á oír al poeta cubierto de laureles discutir de los negocios del estado, espectáculo á la verdad nuevo para esos antiguos senadores calvos y añejos, llenos de galones y decoraciones, cuerpo fósil que Lamennais designaba bajo la denominación de *osuario*. Pero las cuestiones tratadas por Victor Hugo no atañían la política, y el joven par de Francia se mantenía apartado del terreno humeante de los debates contemporáneos. Así no podía chocar con ningun partido; y, si el popular lo encontraba sistemáticamente ridículo, es preciso reconocer que los eseritores ministeriales no se saciaban de admirar al noble y admirable orador que pronunciaba las palabras sonoras de progreso y civilización.

En el año 1847, tuvimos ocasion de ver á Victor Hugo en la tribuna de la Cámara de pares. A la verdad no nos gustó; sus actitudes teatrales, su dicción enfática, sus frases campanudas, la pompa hueca de su lenguaje, el modo pretencioso de emitir luga-

res comunes, nos parecieron señales de falta total de cordura é impotencia de improvisacion.

Mas adelante, su profesion de fé á los electores de Paris nos corroboró en esta idea. Esta profesion de fé es un modelo de mal gusto como forma, amanerada, fofa, y, bajo el punto de vista del fondo, es un sofisma perpetuo. Victor Hugo admite dos repúblicas: una benéfica, justa, austera, progresiva, desinteresada; y otra turbulenta, discolorada, pendenciera, anárquica, incendiaria, sanguinaria, implacable, etc. En otros términos Victor Hugo separa todo lo bueno de la República, y todas las viejas acusaciones de los enemigos de esta forma de gobierno; de ahí dos repúblicas diferentes, y no hay que preguntar cual es la que prefiere el poeta. Todas estas acusaciones son sandeces mezquinas, indignas de tan alta inteligencia si á tan alta inteligencia no empañasen á menudo nubes espesas; y solo pueden ser propaladas por esas personas escépticas y egoistas, ó en otros términos sin fé ni amor, que se cobijan bajo el nombre de moderación. Los excesos de la Revolución francesa fueron históricamente necesarios para preparar á la Francia de un modo inmediato, y á la Europa de un modo mediato el período en que vivimos, y desarraigar tantos gérmenes de muerte que contenia el pasado; los dolores del parto son necesarios para preparar los placeres de la maternidad, y escupir sobre las cenizas de nuestros padres es imitar el hijo maldito de Noe. Las ideas, concebidas á la manera de Platon, son puras y celestiales, mas encarnadas en la humanidad se revelan llenas á la vez de sublimidad y flaqueza, conforme á su doble origen. Tal es la República, á la cual se le puede aplicar este hermoso verso del mismo Victor Hugo, cuando compara una muger que culpable cede á una gota de rocío:

Perle avant de tomber, et fange après sa chute.

¿Y qué es necesario para que la idea salga triunfante de su lepra carnal, para que la gota de rocío sea destilada del fango y vuelta al aire cristalino? El mismo Victor Hugo nos lo dice:

Il suffit, c'est ainsi que tout remonte au jour,  
D'un rayon de soleil ou d'un regard d'amour.

Desde su entrada en la Asamblea nacional, Victor Hugo ha

experimentado en si una completa metamorfosis. Empujado por esa fuerza misteriosa á la que cedieron, antes de nuestro poeta, Chateaubriand, Lamennais y Lamartine, el poeta como el heliotropo se ha vuelto al sol levante, y adorado la República. Una idea purifica como un rayo de luz: Victor Hugo ha perdido todos sus defectos sin perder ninguna de sus calidades, y alzándose con uno de los primeros puestos en la tribuna francesa. Lírico á la vez y sobrio, lleno de fuego y magestad, de calma y entusiasmo, de linea y color, el neófito republicano ha confundido repetidas veces á Montalembert, enardecido su auditorio y arrancado aplausos hasta á sus mismos adversarios. Al mismo tiempo ¡cosa rara! sus discursos no solo son soportables á la lectura sino admirables, por su correccion, diseño y pulimento; en términos que, si no nos constase que fueron improvisados por las ocurrencias parlamentarias é interrupciones que los motivaron, creeríamos que fueron trabajados y bruñidos con método y paciencia. Nosotros conocemos mas de una persona que profesa por las arengas de Victor Hugo una admiracion tan completa y ardiente, que consideran al orador como la fusion de Demóstenes, Ciceron y Mirabeau, esto es de la dialéctica vigorosa, elegancia fluida, y vehemencia patética.

FIN.

## INDICE.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.....	Pág.	v
Prólogo.....		1
Nota del Editor.....		6
Division de la materia.....		9

### PRIMERA PARTE. — PRECEPTOS.

LIBRO PRIMERO. — De la Elocuencia de la tribuna.....		13
CAP. I. De las causas que constituyen en cada pais, el género particular de la Elocuencia parlamentaria.....		13
CAP. II. De los diversos modos de discurrir.....		19
CAP. III. Del poder de la Improvisacion.....		22
CAP. IV. De las profesiones que predisponen á la Elocuencia parlamentaria.....		24
CAP. V. Clasificacion de los oradores segun sus especialidades é indoles.....		27
CAP. VI. Del Taquígrafo.....		34
CAP. VII. De la Reseña de la sesion.....		38
CAP. VIII. De la táctica general de la opinion de la mayoría y del ministerio.....		48
CAP. IX. De la táctica particular de los ministros de cada departamento.....		58
CAP. X. De la dicción y del porte.....		60
CAP. XI. Aforismos de la Elocuencia parlamentaria.....		62
LIBRO II. De los demás géneros de Elocuencia.....		67
CAP. I. De la Elocuencia de la Prensa.....		67
CAP. II. (Continuacion del mismo asunto.) Didáctica del Folleto y ejemplos.....		73
El abate Sieyes.....		82
Benjamin Constant.....		84
Pablo-Luis Courier.....		86
Armando Carrel.....		86
Chateaubriand.....		90
Cobbett.....		93

## INDICE.

591

Enrique Fonfrède.....	95
El abate Lamennais.....	100
CAP. III. De la Elocuencia del Pulpito.....	102
CAP. IV. De la Elocuencia del Foro.....	111
CAP. V. De la Elocuencia deliberativa.....	127
CAP. VI. De los cuatro géneros de Elocuencia comparados en lo tocante al porte, gestos, personal, costumbres, lenguaje y efecto.....	144
CAP. VII. De la Elocuencia oficial.....	148
CAP. VIII. De la Elocuencia militar.....	168

### SEGUNDA PARTE. — RETRATOS.

CONSTITUYENTE.....	177
Mirabeau.....	177
CONVENCION.....	211
Danton.....	211
IMPERIO.....	241
Napoleon.....	241
RESTAURACION.....	267
Manuel.....	271
De Serre.....	279
De Villèle.....	288
El general Foy.....	293
De Martignac.....	304
Benjamin Constant.....	306
Royer-Collard.....	317
REVOLUCION DE 1830.....	333
Garnier-Pagès.....	336
Casimiro Périer.....	348
El duque de Fitz-James.....	354
Sauzet.....	368
El general Lafayette.....	370
Mauguin.....	377
Lafitte.....	388
Odilon Barrot.....	391
Arago.....	408
Jaubert.....	413
Dupin.....	417
Berryer.....	433
Lamartine.....	446
Thiers.....	454
Guizot.....	481
O'Connell.....	503

APÉNDICE. — Perfiles de algunos oradores.....	517
Crémieux.....	519
De Peyramond.....	519
Hébert.....	519
De La Rochejaquelein.....	519
Gillon.....	519
Gouin.....	520
Charamaule.....	520
Charlemagne.....	520
D'Harcourt.....	520
Garnier-Pagès.....	520
Bethmont.....	521
De Rémusat.....	522
Janvier.....	522
Chasseloup.....	522
Dufaure.....	523
De Beaumont. — Tocqueville.....	525
Billault.....	526
Malleville.....	527
Duchâtel.....	528
Dumon.....	530
Lacave-Laplagne.....	531
Martin (du Nord).....	532
Cunin-Gridaine.....	532
De Salvandy.....	533
Variantes.....	537
Notas.....	553
Errata.....	556
APÉNDICE DEL TRADUCTOR.....	557
Ledru-Rollin.....	559
Luis Blanc.....	567
De Falloux.....	573
Jules Favre.....	575
El general Cavaignac.....	579
El conde de Montalembert.....	583
Victor Hugo.....	586 ✓

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

